



Música acuática

~ una novela de ~

T. C. BOYLE

TRADUCIDA por MANUEL PEREIRA

se

Lectulandia

Música acuática fue la primera novela de T. C. Boyle, una sublime fantasía de ritmo trepidante, divertida e indecente, que anunció al mundo el nacimiento de uno de los grandes talentos de la actual narrativa norteamericana. Ambientada en las postrimerías del siglo XVIII, esta ficción histórica narra las disparatadas aventuras de Mungo Park, un soñador que abandona su pacífica Escocia natal para adentrarse en el salvaje e inexplorado corazón del África negra, y de Ned Rise, un estafador y ladrón de cadáveres que, en la línea de los mejores personajes de Charles Dickens, intenta abrirse camino en las calles de un Londres miserable. Dos historias plagadas de anacronismos y licencias hilarantes que mezclan la vida de un personaje real y otro ficticio, y que discurren paralelas para converger en la primera expedición del hombre occidental a las fuentes del río Níger.

Música acuática es para la ficción literaria lo que *En busca del arca perdida* es para el cine (*Boston Sunday Globe*)

La música acuática es la placidez de los salones de la Inglaterra victoriana, el último eco del siglo de las luces, pero también el rumor de un misterioso y desconocido río en pleno corazón del África negra. A finales del siglo XVIII, el cultivador explorador Mungo Park y Ned Rise, un miserable ratero londinense, estafador y ladrón de cadáveres, unirán sus fuerzas para partir en busca de las fuentes del mítico río Níger. En pos del reconocimiento de las sociedades científicas británicas, siempre rodeados de estrafalarios compañeros de aventuras y expuestos a las más impredecibles calamidades y sorpresas, ambos personajes darán vida a una historia increíblemente disparatada.

De la mano de un estilo brillante, una inspirada ironía y una divertidísima historia, T. Coraghessan Boyle ha cautivado con esta novela a más de 250.000 lectores sólo en Alemania y ha sido aclamado como uno de los narradores más imaginativos y verbalmente exuberantes de la narrativa norteamericana contemporánea (*The New York Times*)

Su dominio del lenguaje recuerda a Joyce y a Pynchon; su imaginación a Irving y a García Márquez (*L. A. Times*)

Lectulandia

T. C. Boyle

Música acuática

ePub r1.0

Titivillus 22.09.16

Título original: *Water Music*
T. C. Boyle, 1981
Traducción: Manuel Pereira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

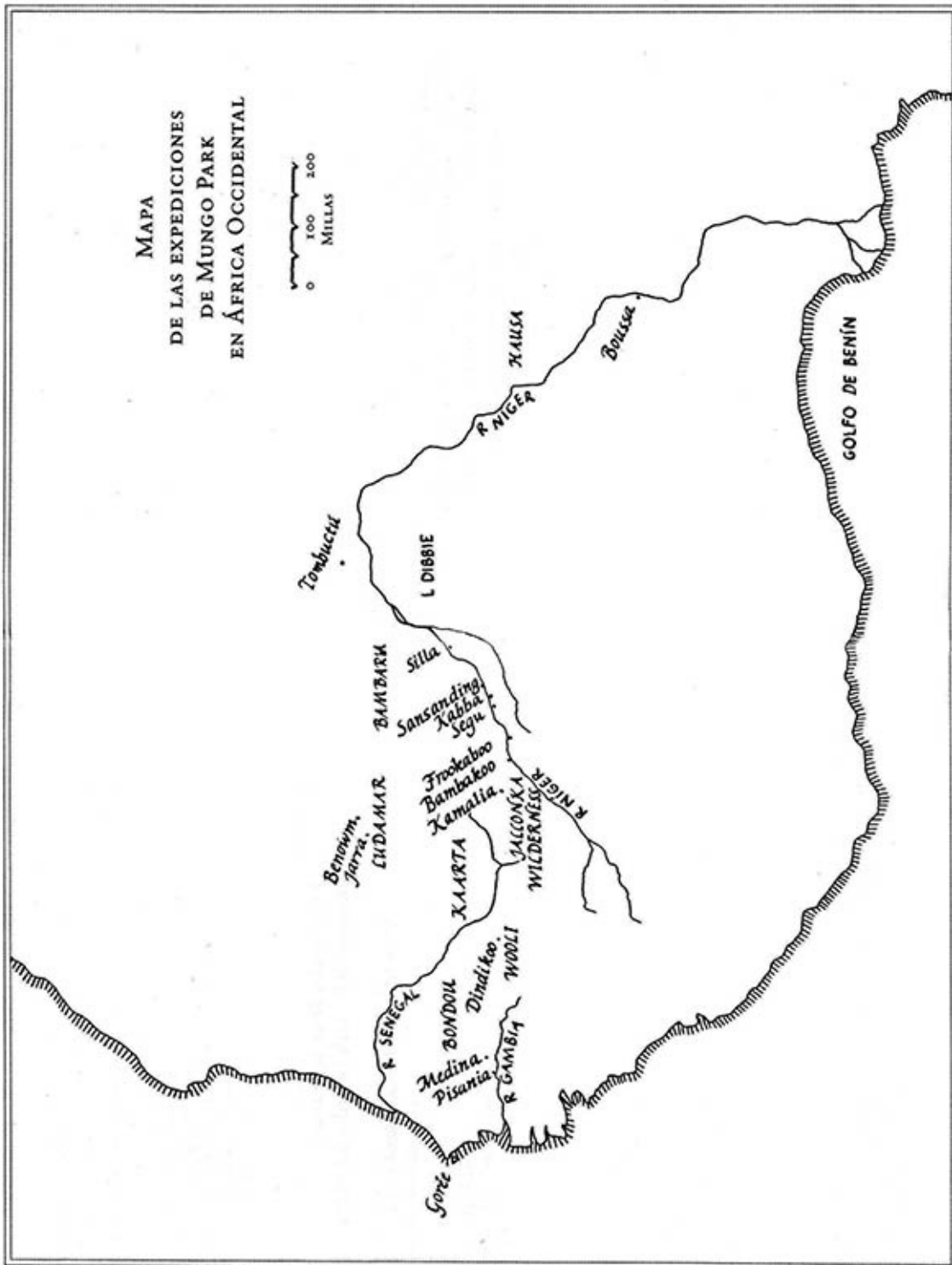
más libros en lectulandia.com

Los oriundos de un lugar árido
oyen caer la lluvia de los dedos del
arpista

W. S. Merwin, *The Old Boast*

MAPA
DE LAS EXPEDICIONES
DE MUNGO PARK
EN ÁFRICA OCCIDENTAL

0 100 200
MILLAS



DEDICO ESTE LIBRO CARIÑOSAMENTE A LOS MIEMBROS
DEL CLUB DE NARRADORES: ALAN ARKAWY, GORDON
BAPTISTE, NEAL ERIDMAN, ROE JORDAN, RUSSELL
TIMOTHY MILLER Y DAVID NEEDELMAN.
Y TAMBIÉN A TI, K. K.

AGRADECIMIENTOS

«Blanda panza blanca», «Antes de la mitad de mi vida», «Castigo quirúrgico», «También llamado Katunga Oyo», «Fátima», «El Sahel», «Tántalo», «En peligro», «Canción de plantación» y «Nuevos continentes, antiguos ríos» aparecieron por primera vez, con ligeras diferencias, bajo el título «Mungo entre los moros», en *The Paris Review*.

«Náyade», «Glegueada», «Rendimiento decreciente», «Apostasía» y «Calabazas» se publicaron por primera vez en *Antaeus* con el título «Paciencia».

«¡Arriba!», «Levadura» y «¡Oh, esa sensación de caer en picado!» salieron a la luz con el título «La caída de Ned Rise», en *The Hawaii Review*.

«Ni Twist, ni Copperfield y ni siquiera Fagin» apareció por primera vez en *The Iowa Review*.

«Hégira» se publicó por primera vez en *The North American Review*.

«Huida», «Historia de Dassoud» y «Huida (continuación)» se publicaron por primera vez con el título «Huyendo de los moros», en *The Agni Review*.

El autor quisiera agradecer a la Fundación Nacional para las Artes la ayuda financiera que le permitió concluir este libro.

ACLARACIÓN

Dado que el ímpetu que anima estas páginas es más estético que erudito, solo me he servido de los antecedentes históricos a modo de divertimento, y no con afán de dramatizar ni reconstruir escrupulosamente acontecimientos que ya constan en los documentos. He incluido deliberadamente algunos anacronismos, he inventado jergas y neologismos, y me he apartado de las fuentes originales para tratarlas más extensamente. Intencionadamente y sin cargo de conciencia, he modificado algunos hechos históricos para adaptarlos a las exigencias de la ficción.

T. C. B.

UNO

EL NÍGER

¡No tienes fe! No lo conseguirás
hasta que llegues
al punto más alto,
al más encumbrado,
oh, del gorro de la señorita.

Robert Burns, «A un piojo»

BLANDA PANZA BLANCA

MIENTRAS LA MAYORÍA de los jóvenes escoceses de su edad araban y sembraban con las faldas remangadas, Mungo Park enseñaba las nalgas a al-Haj'Alí Ibn Fatoudi, emir de Ludamar. Corría el año 1795. Jorge III embadurnaba los muros del castillo de Windsor con sus salivazos, los *notables* perpetraban chapuzas en Francia, Goya se había quedado sordo, De Quincey era un jovencito depravado. Georges Bryan *Beau Brummell* alisaba su primer cuello almidonado, el ceñudo Ludwig van Beethoven, a los veinticuatro años, cautivaba a todos en Viena con su *Concierto para piano n.º 2*, y Ned Rise estaba en la taberna Pig & Pox, en Maiden Lane, bebiendo esa ginebra que algunos llaman «Desnúdame», en compañía de Nan Punt y Sally Sebum.

Alí era moro. Sentado en una almohada adamascada, con las piernas cruzadas, escudriñaba las pálidas y arrugadas nalgas de Mungo con la actitud de un gastrónomo examinando una mosca en su *vichysoisse*. Su voz tenía una resonancia arenosa.

—¡Date la vuelta! —ordenó.

Mungo era escocés. Arrodillado en la esterilla de juncos, con los pantalones bajados hasta las rodillas, le lanzó una mirada a Alí por encima del hombro. Estaba buscando el río Níger.

—¡Date la vuelta! —repitió Alí.

El explorador se mostraba obsequioso y afable, pero su árabe era bastante defectuoso. Cuando por segunda vez no atinó a reaccionar, Dassoud —guardaespalda, secuaz y chacal humano de Alí— se adelantó con un látigo hecho con las colas de media docena de ñúes. El copetudo azote cortó el aire, restallando en lo alto como las alas de los ángeles. Fuera de la tienda de Alí, la temperatura alcanzaba los cincuenta y dos grados. La tienda era una cosa deforme, confeccionada con hilos de pelo de cabra, y a su sombra la temperatura era de cuarenta y cuatro grados. El látigo se abatió con un chasquido. Mungo se dio la vuelta.

Por delante también era muy blanco: blanco como una mortaja y una ventisca de nieve. Alí y sus amigos se quedaron aún más estupefactos. «Su madre lo bañaba en leche», dijo alguien. «¡Cuéntale los dedos de las manos y los de los pies!», gritó otro. Las mujeres y los niños se agolparon en la puerta de la tienda, las cabras balaban, los camellos tosían y copulaban, alguien pregonaba higos. Cientos de voces se entrelazaban en un lelilí que era como un laberinto de senderos, veredas, unas subiendo y otras bajando: ¿qué camino tomar?, y todo eso proferido en árabe, enrevesado, veloz, áspero, la lengua del Profeta. «¡La-la-la-la-la!», chilló una mujer. Las demás también empezaron a vilipendiarlo en una algarabía de falsetes: «¡La-la-la-la-la!». El pene de Mungo, blanco también, se encogió hasta desaparecer.

AL OTRO LADO de la lisa pared de la tienda se extendía el campamento de Benowm, residencia invernal de Alí. Quinientos resecos y abrasadores kilómetros después se encontraba la orilla norte del río Níger, un río que ningún europeo había visto. No porque no les interesara. A Heródoto ya le había interesado cinco siglos antes de Jesucristo. «Caudaloso», concluyó. «Pero tributario del Nilo». Al-Idrisi pobló sus riberas con extrañas criaturas mitológicas: la vermicular correa con patas, que más que caminar se arrastra y habla la lengua de las serpientes; la esfinge y la arpía; la mantícora con su cuerpo de león, su cola de escorpión y esa repugnante predilección por la carne humana. Plinio el Viejo pintó el Níger de oro y lo bautizó negro, y los exploradores de Alejandro lo encandilaron con sus cuentos del río de los ríos, donde damas y caballeros se deleitaban en jardines cuajados de flores de loto, libando en copas de oro. Y ahora, al fenecer el Siglo de las Luces e iniciarse la Era de las Inversiones, no solo Francia buscaba el Níger, sino también Inglaterra, Holanda, Portugal y Dinamarca. Según la más reciente y fidedigna fuente de información —la *Geografía* de Tolomeo—, el Níger se extendía entre Nigricia, tierra de los negros, y el Gran Desierto. Por fin, Tolomeo había dado en el clavo. Pero hasta ahora nadie había sobrevivido a la sequedad de las tempestades del Sáhara ni a las fiebres de la fétida región del Gambia para confirmarlo.

Así las cosas, en 1788, un grupo de distinguidos geógrafos, botánicos, tenorios y otros curiosos, siempre en pos de la verdad, se reunieron en la taberna de St. Alban, en Pall Mall, para fundar la Asociación Africana. Su objetivo: explorar África. El norte de África era pan comido. Hacia 1790 lo tenían vigilado, cartografiado, etiquetado, diseccionado y repartido. Pero África Occidental seguía siendo un misterio. Y en el corazón de aquel misterio estaba el Níger. En aquel año inaugural, la asociación organizó una expedición encabezada por John Ledyard. Empezó el viaje en Egipto, atravesó el Sáhara y descubrió el curso del Níger. Ledyard era americano. Tocaba el violín y padecía estrabismo. Había surcado el Pacífico con Cook, había penetrado en los Andes y viajado a pie a través de Siberia hasta Yakutsk. «He tenido el mundo bajo mis pies», solía decir riéndose del miedo, burlándose del peligro. «He sobrevivido a las hordas de salvajes, a los desolados desiertos, al helado norte, a las nieves perpetuas y a los mares borrascosos. Y he salido airoso. Sano y salvo. ¡Qué bueno es mi Dios!». Dos semanas después de desembarcar en El Cairo murió de disentería. El siguiente fue Simon Lucas, intérprete oriental del palacio de Saint James. Desembarcó en Trípoli, se adentró ciento sesenta kilómetros en el desierto, empezaron a salirle ampollas, a lo cual se sumaron la sed y la ansiedad, y regresó sin haber llevado nada a cabo salvo gastar mil doscientas cincuenta libras esterlinas. Y entonces le tocó el turno al comandante Daniel Houghton. Era irlandés, estaba arruinado, tenía cincuenta y dos años. No conocía absolutamente nada de África, pero le resultaba barato. «Lo haré por trescientas libras», dijo. «Y una caja de

whisky escocés». Houghton remontó resueltamente el Gambia en una canoa que era un tronco ahuecado, bebiendo de los fétidos charcos y comiendo carne de mono y, gracias a su entereza y a fuerza de emborracharse, sobrevivió al tifus, a la malaria, a la loasis, a la lepra y a la fiebre amarilla. Desgraciadamente, los moros de Ludamar lo dejaron en cueros y lo ataron a un poste en la cumbre de una duna, donde murió.

MUNGO SE PUSO DE PIE para subirse los calzoncillos. Dassoud lo derribó. Los ululatos de las mujeres excitaron a la multitud hasta el frenesí. «¡Come cerdo, cristiano!», le gritaban. «¡Come cerdo!». A Mungo no le hacía ninguna gracia aquella algazara. Tampoco le gustaba exhibir sus nalgas en presencia de las mujeres. Pero no tenía más remedio: a la menor señal de resistencia le hubieran cortado el pescuezo desollándolo hasta los huesos.

Súbitamente Dassoud desenvainó un puñal: breve como un piolet, tenebroso como la sangre. «¡Perro infiel!», chilló con las venas inflamadas taraceándole el cuello. Arrebujado en su albornoz, Alí observaba, sombrío e impasible. La temperatura dentro de la tienda ascendió a cuarenta y nueve grados. El gentío contuvo el aliento. Entonces Dassoud dirigió la daga hacia el explorador, sin dejar de farfullar, como un furibundo anatomista disertando sobre las excentricidades de la complexión humana. La punta de la hoja se acercó, Alí escupió en la arena, Dassoud exhortó a la concurrencia, Mungo estaba helado de miedo. Entonces lo pinchó —muy ligeramente— en el abdomen, donde era más blando, y más blanco. La risa de Dassoud sonó como un arroyo secándose. La multitud silbó y chilló. Entonces irrumpió un canoso *Bushreen*, tuerto y con pajas en la barba, abriéndose paso entre la gente. Apartó a Dassoud de un empujón.

—¡Fíjate en sus ojos! —aulló—. ¡Parecen los ojos del diablo!

Dassoud escudriñó los ojos de Mungo. La sádica expresión de regodeo que había en su rostro se convirtió en una mueca de horror e indignación.

—Son los ojos de un gato —siseó—. Tenemos que sacárselos.

¡ARRIBA!

NED RISE DESPERTÓ con dolor de cabeza. Había estado bebiendo esa ginebra que llaman Desnúdame —también conocida como La Perdición Azul y La Maldición— y que tanto enerva a los de la clase baja, clara como orina de borracho y ácida como zumo de bayas de enebro. Había estado bebiendo ginebra y ni siquiera sabía dónde estaba; aunque le parecía reconocer los botines de suelas gastadas, los velludos dedos de las manos y la capa de color rojo canela que tenía delante de sus narices. Sí: esa capa, esos dedos y aquellos botines, aquel desgarrón en el pantalón; todo eso le era

familiar. Incluso entrañable. Sí, concluyó, todo eso pertenecía a Ned Rise, de modo que la cabeza astillada y los ojos desfondados que percibían esa visión, aunque borrosamente, de alguna manera estaban relacionados con todas aquellas cosas.

Se incorporó y, a duras penas, consiguió ponerse en pie. De pronto tuvo la impresión de que había estado durmiendo sobre un montón de paja descolorida, encima de su sombrero. Se agachó para recogerlo, tambaleándose hacia delante hasta recuperar el equilibrio con un enérgico eructo. El sombrero estaba completamente chafado. Durante un rato se quedó inmóvil, adoptando una pose meditabunda, sintiendo en el cogote algo así como redobles de tambor. Entornando los ojos, echó un vistazo a su alrededor, sintiéndose un poco como el explorador que desembarca en un nuevo continente.

Estaba en una cantina, de eso no cabía duda. Allí estaba el sucio suelo, la fregona en un cubo, los muros de áspera piedra. Contra la pared del fondo, una doble hilera de precintados barriles: vinos de Madeira, de Oporto, de Lisboa, de Burdeos, del Rin. En un rincón, un poco de carbón. ¿Estaría en el infierno de la taberna Pig & Pox? De pronto Ned descubrió que no estaba solo. Otras formas, probablemente humanas, dormían sobre puñados de paja desparramados. Se oían ronquidos, gemidos y gárgaras que sonaban como la lluvia en un canalón. Una fétida combinación de orina y vómito impregnaba el aire.

—¿Conque ya te has despertado?

Una vieja arpía calva, con cara de calavera, se dirigía a él desde una tabla puesta sobre dos toneles de vino. Un delgado aro de oro perforaba su labio inferior como una burbuja de esputo.

—Muy bien. ¡Buenos días, señor! —dijo ella—. ¡Ajáaaa! Y ya que has dormido tan bien, ¿no te gustaría empezar el día con un trago, como Dios manda?

Sobre la tabla había dos recipientes de peltre del tamaño de hueveras y un jarro de barro, como en un bodegón. Detrás de la improvisada barra y al lado de la vieja, había una cerda echada. Un orinal volcado ocultaba la abultada jeta del animal. La escena le hubiera gustado a Hogarth. Ned se preguntaba qué había sucedido la víspera.

De pronto la bruja lanzó un chillido como si le hubieran clavado una daga, un largo y áspero hipido: «¡Eeeeeeeeh!». Los redobles de tambor en el cogote de Ned devinieron una serie de percusiones, un retumbar de truenos, la resonancia de un gran bombo. Pero ¿qué estaba pasando? Al fin y al cabo, nadie había golpeado a la bruja: estaba riéndose. Ahora tosía carrasposa y violentamente sobre el mostrador mientras un amarillo hilo de flema brotaba de sus labios alargándose elásticamente hasta la superficie de la tabla.

—Gato... —se atragantó—, ¿te ha comido la lengua el gato, niñato? Detrás de ella, colgaba un rótulo de la pared, garabateado con caligrafía convulsiva:

¡POR UN PENIQUE! BORRACHO

POR DOS PENIQUES: BORRACHO COMO UNA CUBA LA PAJA LIMPIA, GRATIS

Ned se mordió el pulgar haciéndole una mueca.

—¡Que te follen a ti y a tu madre y a toda tu hidrópica progenie, guarra escrofulosa y tísica! —le gritó empezando a sentirse mejor.

—¡Eeeeeeeeeeh! —chirrió ella—. ¿No te gustó el elixir de la Madre Ginebra? Bastante que te gustó anoche... Oye, deja que Madre le eche un vistazo a tu virilidad... Ella encontrará un remedio. —Y se levantó la falda sonriendo lascivamente, mostrando unas piernas largas y flacas, y un coño amarillo como el desenlace de un cuento gótico.

A mano izquierda había un tramo de escalera desvencijada que conducía a la puerta de la calle. A través del resquicio, Ned pudo distinguir la fría luz del amanecer. Se maldijo a sí mismo por perder el tiempo hablando con aquella bruja enloquecida. Tenía cosas mejores que hacer, y empezó a subir los vacilantes peldaños.

—¡Eeeeeeh! —chilló la vieja—. ¡No te olvides de la capa, reina de las hadas!

Ned le hizo un corte de mangas, se ató al cuello la capa acanelada, y abrió de golpe la puerta que daba a Maiden Lane ya inundado por la luz del día. A su espalda oyó un chillido de desesperación que parecía una viola desafinada: «¡Cuidado, cuidado, cuidado con la corbata del verdugo!».

ANTES DE LA MITAD DE MI VIDA

EL INSTRUMENTO QUE PRIVA de la vista tiene dos flejes de latón y parece un cinturón de castidad al revés. Uno de esos flejes metálicos rodea la cabeza a la altura de los ojos mientras el otro se ajusta perfectamente a la coronilla. El artilugio dispone de dos tornillos con sendos discos convexos acoplados para hacerlo funcionar. Originalmente fue concebido en el siglo IX por el caíd Hassan Ibn Mohammed, el ciego baja de Trípoli. Inseguro a causa de su ceguera, el bajá decretó que todo aquel que quisiera entrevistarse con él previamente tendría que dejarse sacar los ojos. Fue un hombre muy solitario.

El aparato funciona con arreglo al principio del sacacorchos. Los tornillos giran hasta llegar a la membrana del ojo. Entonces se aprietan, rosca tras rosca, hasta que la córnea revienta. Simple, inexorable, definitivo.

La muchedumbre se calló. Hacía un instante estaban al borde de la histeria, divirtiéndose, farfullando y azuzando como si estuvieran en una plaza de toros o en una feria de monstruos. Pero ahora: silencio. Las moscas rasgaban la quietud del aire caliente, y el balido de una cabra o un camello meando en la arena sonaban como el estruendo de una catarata. Ruido de sandalias arrastradas, un hombre rascándose la

barba. Muchos se cubrían la cara con sus andrajos, como si quisieran evitar la contaminación de la mirada del explorador. Solemnemente, Dassoud y el tuerto recién llegado miraban a Mungo desde arriba, con los brazos en jarras.

El explorador no acababa de percatarse de lo esencial de aquella función circense. Por lo menos estaba bastante seguro de haber comprendido una palabra: la palabra *unya*, que significa «ojo», cosa que recordaba de la *Gramática árabe* de Ouzel («Levantemos nuestros *unyas* al cielo, donde reside Alá»). Pero... ¿por qué demonios estarían parloteando sobre ojos? Y aquel súbito silencio, eso también le intrigaba. Sin embargo, el calor era tan bestial que apenas podía seguir pensando en todo aquello. De hecho, nunca había experimentado tanto calor, tal vez con la excepción de la sauna sueca que está frente a Grosvenor Square. Sir Joseph Banks, tesorero y director de la Asociación Africana, le había llevado una tarde a esa casa de baños para ultimar los preparativos de su viaje a Níger. Se sometieron a las emanaciones de las piedras caldeadas, piedras candentes como lava derretida —o al menos, eso parecían—. Mientras tanto los azotaban con ramas de abedul y aporreaban sus riñones y espinazos a golpe de pulpejos. A sir Joseph todo aquello le parecía vigorizante. El explorador por poco pierde el conocimiento. De hecho, ahora empezaba a experimentar la misma clase de mareo. Y no era para menos, si se considera que no solo tenía que luchar contra el sol, las pulgas, la disentería y la fiebre, sino también contra la inanición. Los moros habían confiscado sus provisiones, le habían privado de su caballo y de su intérprete, y por lo visto estaban empeñados en someterlo a una dieta rigurosa. Demasiado rigurosa, en su opinión, pues no había visto ni pizca de comida en dos días.

Y a pesar de lo crítica que era su situación y de aquel corro de desconocidas caras hostiles, Mungo apenas si empezaba a sentirse mareado —como si tan solo se hubiera pasado un poco bebiendo vino o cerveza—. Miró a su alrededor, y vio miradas furtivas y ceños fruncidos, barbas y albornoces, indumentarias de profetas y sandalias de peregrinos, y súbitamente todos aquellos rostros amenazadores empezaron a derretirse, perdiendo sus contornos, desmoronándose como figuras de cera hasta difuminarse. «Todo esto no es más que una mascarada», pensó. «Dassoud y el Tuerto son volatineros o tragafuegos, y el viejo Alí no es más que Grimaldi... Grimaldi el payaso.» Pero ahora parecía que le colocaban algo en la cabeza... ¿Un casco? ¿Acaso querían que fuera a guerrear con ellos? ¿O finalmente habían recapacitado y estaban tomándole las medidas para confeccionarle una corona?

El explorador sonrió estúpidamente debajo de su casquete de latón. Sus ojos eran grises. Grises como los efímeros dedos de hielo que se alargan hasta las profundas charcas del Yarrow en una mañana de helada. Una vez Ailie los comparó con los pozos donde los amantes arrojan monedas en Galashiels y, tras agitar su monedero, apoyó sendos peniques contra sus párpados mientras él se tendía a la sombra de un brezo. Según decían, los ojos de Gloucester eran grises. Los de Edipo eran negros como aceitunas. Y los de Milton, los de Milton eran como arrendajos azules

escarbando en la nieve. Dassoud no sabía nada de Shakespeare, de Sófocles, ni de Milton. Sus callosos dedos hicieron girar los tornillos. El explorador sonrió, inconsciente de lo que pasaba. Los mirones, horrorizados ante su demencial serenidad, volvieron las caras aterrados. Pudo oírlos alejándose precipitadamente, escuchó el ruido de sus sandalias en la tierra reseca... Pero... ¿qué era aquello?... Le pareció que algo le pillaba el ojo.

CASTIGO QUIRÚRGICO

—¡ALTO!

Mungo no podía ver nada (al parecer el casquete tenía una visera y cada vez que trataba de alzarla una mano le agarraba la muñeca), pero enseguida reconoció la voz. Era Johnson. El viejo y jovial Johnson, su guía e intérprete, que acudía a rescatarlo.

—¡Alto! —repitió Johnson antes de prorrumpir en una algarabía de consonantes fricativas y glóticas. Dassoud le respondió y el Tuerto intervino con una concatenación de enfáticos gruñidos, subiendo el diapasón. Johnson replicó, siempre hablando árabe. Y entonces, desde el rincón, brotó la voz de Alí, cruel y arenosa. Sonó como una bofetada, y Johnson cayó de rodillas en la esterilla, al lado del explorador.

—Señor Park —cuchicheó Johnson—. ¿No sabe qué es esa cosa que tiene en la cabeza? ¿No se da cuenta de lo que le van a hacer?

—¡Johnson, mi viejo y bondadoso Johnson! ¡Qué alegría me da volver a oír tu voz!

—Le van a sacar los ojos, señor Park.

—¿Y eso por qué?

—Porque el Chacal, que está aquí a mi lado, dice que usted tiene los ojos de un gato. Y por lo visto, eso aquí resulta tan intolerable que ahora mismo están a punto de sacárselos. Si yo no hubiera intercedido a tiempo, apuesto la cabeza a que ya estaría más ciego que un mendigo.

La cabeza de Mungo se despejó como una brumosa mañana dando paso a un sol de mediodía. Entonces empezó a agitarse, cada vez más violentamente, hasta que se puso en pie de un salto, tratando de quitarse el casquete de latón y berreando como un ternero extraviado. Dassoud lo derribó de un empujón. Chasqueó el látigo de ñu un par de veces y luego pidió a gritos, en árabe, un instrumento de tortura adicional. Mungo oyó un ruido de pasos acolchados y el silbido de la colgadura que hacía las veces de puerta en la tienda, y entonces, muy cerca, un grito angustioso. El grito parecía proceder de Johnson. El explorador se alarmó y tiró del casquete con renovado vigor, como a los diez años, cuando se le encajó la cabeza entre los balaustres de hierro de una barandilla.

—Johnson —jadeó—, ¿qué te han hecho?

—Nada todavía. Pero acaban de mandar traer una bilbaína de dos filos.

El casquete finalmente cedió, devolviendo la cabeza del explorador cual si fuera el corcho de una botella de vino espumoso. Parpadeó y miró a su alrededor. Sentados en cuclillas en un apartado rincón, Alí, Dassoud y el Tuerto hablaban y gesticulaban atropelladamente. La turba regresó y la tienda se cerró con un silbido de toldo. Un negro imponente, ataviado con un turbante y una túnica a rayas, se plantó en la entrada, cerrando el paso y cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Una bilbaína? ¿Qué quieres decir? —cuchicheó Mungo.

—Quiero decir una espada de Bilbao. Y quiero decir que pronto seremos como esos monitos que se tapan los ojos y la boca, porque no ven, ni hablan. Esta gente dice que tengo la lengua de un alcaudón, señor Park. Y van a cortármela.

TAMBIÉN LLAMADO KATUNGA OYO

EN CUANTO A JOHNSON, era un mandinga cuya tribu ocupaba la cabecera de los ríos Gambia y Senegal y la mayor parte del valle del Níger hasta llegar a la legendaria ciudad de Tombuctú. Su madre no le puso Johnson, sino Katunga —Katunga Oyo—, por su abuelo paterno. A la edad de trece años, los pastores fulah lo secuestraron en un maizal, cerca de su aldea natal de Dindikoo, durante la celebración de la nubilidad de una sílfide. La sílfide se llamaba Nealee. Los fulah no se lo preguntaron. El jefe fulah, encaprichado con los tatuajes faciales de Nealee al igual que con otros de sus atributos, la retuvo en condición de concubina. Johnson fue vendido a un *slatee*^[1], o sea, un traficante de esclavos, quien le encadenó los tobillos junto con otros sesenta y dos hombres y lo condujo hasta la costa, adonde solo llegaron cuarenta y nueve esclavos. Allí lo vendieron a un negrero americano que lo arrojó a la bodega de una galera con rumbo a Carolina del Sur. Cuando el barco llegó a Charleston, ya hacía seis días que el niño encadenado al lado de Johnson —un *bobo* de Yenné— había muerto.

Durante doce años Johnson trabajó en la plantación del baronet Reginald Durfeys. Luego ascendió a sirviente doméstico. Tres años después sir Reginald visitó las Carolinas, se encariñó con Johnson y lo llevó a Londres como ayuda de cámara. Eso fue en 1771. Las colonias aún no se habían independizado, el comercio de esclavos seguía estando autorizado en Inglaterra, Jorge III ya albergaba en su metabolismo la renegada porfirina que le haría perder la razón y Napoleón tomaba por asalto la empalizada de su parque infantil.

Johnson, como lo bautizó sir Reginald, empezó a educarse en la biblioteca de Piltdown, en la finca de Durfeys. Aprendió griego y latín. Leyó a los clásicos de la Antigüedad. Leyó a los autores modernos. Leyó a Smollett, a Ben Jonson, a Molière,

a Swift. Hablaba de Pope como si le hubiera conocido personalmente, denigraba la puerilidad de Richardson y se aficionó tanto a Fielding que incluso intentó traducir *Amelia* a la lengua mandinga.

Durfeys estaba fascinado con él. No solo con su dominio del idioma y de la literatura inglesa, sino también con sus recuerdos del Continente Negro. A tal punto era así que el baronet ya no podía quedarse dormido sin beber una taza de leche caliente con ajo mientras oía el dulce bajo profundo de la voz de Johnson narrándole cuentos de chozas techadas con paja, hienas y leopardos, volcanes vomitando fuego, o de muslos relucientes de sudor y nalgas negras como un sueño uterino. Sir Reginald le asignó un salario generoso y, en 1782, tras darle la libertad, le concedió una considerable pensión para que siguiera con él como ayuda de cámara. Johnson meditó la proposición ante un vaso de jerez, en el estudio de sir Reginald. Luego sonrió bonachonamente y le pidió al baronet un aumento de salario.

Cuando el Parlamento celebraba sesión, sir Reginald se trasladaba a la ciudad, acompañado por Johnson y un par de lacayos de librea. Londres era una salsa de tomate en su punto. Y Johnson era un macarrón. Se pavoneaba bajando por Bond Street, codeándose con los mejores, de punta en blanco y con sombrero de copa, con su levita de talle de avispa y medias de seda. No tardó en frecuentar los cafés, dedicándose a las réplicas jocosas, aprendiendo a intercambiar epigramas con los parroquianos, devolviéndoles agudezas mordaces. Una tarde, un caballero de mejillas coloradas y largas patillas le llamó «maldito negro hotentote» y lo invitó a batirse en un duelo a muerte. Al día siguiente, al rayar el alba, y en presencia de padrinos, Johnson le descerrajó un balazo en el ojo derecho. El caballero murió en el acto y a Johnson lo encarcelaron. Más tarde lo sentenciaron a morir en la horca. Pero sir Reginald ejerció su influencia y le conmutaron la pena capital por la de deportación.

Y así, en enero de 1790, una vez más los grillos mordieron los tobillos de Johnson, deshilachando el tejido de sus medias. Lo embarcaron en el navío de Su Majestad *Feckless* y lo dejaron en Gorée, una isla cercana a la costa occidental de África, donde los militares lo convirtieron en soldado raso. Cuando desembarcó, una remota emoción lo estremeció. Estaba en casa. Dos semanas después, mientras montaba guardia de noche, Johnson robó una canoa, remó hasta tierra firme y desapareció en la negra espesura de la jungla. Entonces regresó a Dindikoo, donde se casó con la hermana menor de Nealee y se instaló en la repoblada aldea.

Tenía cuarenta y siete años. Estaba salpicado de canas. Los árboles ascendían al cielo y amanecían como mantas de flores. Por las noches se oía el chillido del damán y la tos del leopardo; por el día, la lenta modorra de las abejas. Su madre ya era una anciana, tenía la cara agrietada y seca como los cadáveres momificados que él había visto en el desierto —los cadáveres de los esclavos que no llegaban con vida a su destino—. Ella lo apretó contra sus huesos y chasqueó la lengua. Llovía. Los cultivos crecían, las cabras engordaban. Vivía en una choza, andaba descalzo, con un taparrabo y un paño cruzado sobre el hombro, y a eso le llamaba toga. Se entregó a la

sensualidad.

Al cabo de cinco años, Johnson mantenía a tres esposas y a once hijos —catorce bocas— sin contar una colección de perros, simios, ardillas y lagartos atados con cuerdas. En vez de trabajar como un esclavo, prefería sacarle partido a su reputación de hombre de letras. Los aldeanos le daban un calabacino de cerveza o una lasca de kudu y, a cambio, él les garabateaba unas cuantas palabras. Todos llevaban una *safie* —una bolsa de cuero del tamaño de una billetera— atada alrededor del cuello o en la muñeca. En esas *safies* guardaban los fetiches, los talismanes contra cualquier calamidad: allí consideraban que un dedo anular conservado en alcohol servía como antídoto contra la mordedura de las víboras; un mechón de pelo impedía las mutilaciones en las batallas; la glándula del gato de algalia, que segrega el almizcle, evitaba los bostezos y la lepra. Pero Logos era el amuleto supremo. La palabra escrita otorgaba sabiduría, potencia sexual, abundancia en tiempos de escasez. Podía restablecer el pelo caído, curar el cáncer, atraer a las mujeres y matar a las langostas. Enseguida Johnson se dio cuenta de la rentabilidad potencial de su caligrafía. Le bastaba garabatear un par de versos ramplones para obtener tres libras de miel o granos de maíz para todo un mes. O bien citaba a Pope y adquiría un par de ajorcas de oro para su jovencísima novia:

Para piropear suelta tres silbidos
y chillando deja en ridículo a la tribu de los monos:
y suyo es este tambor, cuyo ronco bajo heroico
apaga el estridente trompetazo del rebuzno del asno.

Ella tenía quince años, y se desvivía dándole muestras de agradecimiento. Johnson se repantigaba y paladeaba todo aquello que era tan dulce como una ficción. «Es el *Paraíso reconquistado*», pensaba.

Así las cosas, una tarde llegó un mensajero de Pisania, la factoría británica en el Gambia. Traía una carta de Inglaterra sellada con el escudo de armas de Durfeys (una cabra). Inglaterra: los clubes, los teatros, el Covent Garden y Pall Mall, la vastedad del Támesis, la textura de las últimas luces del atardecer en la biblioteca de Piltdown, todo eso le asaltó repentinamente. Abrió el sobre apresuradamente.

Piltdown, 21 de mayo de 1795

Mi querido Johnson:

Espero que al recibo de estas líneas te encuentres bien de salud. Debo confesar que la noticia de tu fuga de Gorée nos alegró mucho a todos. Me inclino a sospechar que de nuevo «te has vuelto nativo» gracias a algunas de aquellas guapas sirenas de las que siempre hablabas en términos tan elogiosos, ¿no?

Pero vayamos al grano. El propósito de esta carta es presentarte a Mungo Park, el joven escocés que hemos designado para que explore el interior de tu país y descubra el curso del Níger. Si estuvieras de acuerdo en servirle de guía e intérprete al señor Park, puedes fijar tu precio.

Te saluda, con geográfico fervor,

SIR REGINALD DUFREYS, baronet
Miembro fundador de la Asociación Africana

El precio de Johnson eran las obras completas de Shakespeare que acababan de aparecer en las estanterías de la biblioteca de sir Reginald. Preparó un zurrón y fue a pie hasta Pisania, buscó al explorador y redactaron un contrato estipulando los términos del servicio. El explorador tenía veinticuatro años. Su cabello era dorado sedoso como la pelusa del maíz. Medía un metro ochenta y dos y caminaba como si llevara una lanza atada a la espalda. Agarró la mano de Johnson entre sus manazas mantequillosas.

—Johnson —dijo—, es un verdadero placer conocerte.

Johnson medía un metro sesenta y dos, pesaba noventa y cinco kilos. Su cabello era una pelambreira cubierta de polvo, estaba descalzo, y un alfiler de oro le atravesaba la aleta derecha de la nariz.

—El placer es mío —dijo.

Partieron a pie. Río arriba, en Frookaboo, el explorador se detuvo un momento para comprar un caballo. El caballo era de un mandinga salinero.

—Para ser un potro tan fogoso —dijo el salinero— es una verdadera ganga.

El animal estaba atado detrás de una cabaña hecha de zarzo, al final de la aldea. Rodeado de gallinas, ronzaba cardos aquí y allá, guiñándoles un ojo.

—Magníficos dientes —dijo el salinero.

El caballo era del tamaño de un poni de las islas Shetland, tuerto y más demacrado que un anciano. Tenía mataduras con moscas verdes en la ijada derecha, y destilaba por las narices una baba amarillenta, como papilla aguada. Pero lo peor de todo quizá fuera que padecía de pedorrera senil —grandes ventosidades que obnubilaban el sol convirtiendo el mundo en una sentina—.

—¡Rocinante! —bromeó Johnson.

Pero el explorador no captó la alusión. Y compró el caballo.

Mungo cabalgaba, y Johnson caminaba. Pasaron sin incidentes por los reinos de Wooli y de Bondu, pero al entrar en Kaarta descubrieron que su rey, Tiggitty Sego, estaba en guerra con el país vecino de Bambara. El explorador sugirió dar un rodeo hacia el norte, pasando por Ludamar. Dos días después de haber cruzado la frontera, treinta moros a caballo los rodearon. Era como si aquellos árabes hubieran acabado de cocinar y comerse a sus madres. Llevaban mosquetes, puñales y cimitarras, cimitarras tan frías y crueles como la media luna, armas que, más que hincar,

cortaban: de un tajo podían extirpar un miembro, desgajar un hombro, partir en dos una cabeza. El jefe de los moros, un gigante encapuchado con una cicatriz que le respunteaba el caballete de la nariz, avanzó trotando y escupiéndolo en la arena.

—Tienen que acompañarnos al campamento de Alí, en Benowm —anunció.

Johnson tiró de las polainas del explorador y le cuchicheó al oído. Los caballos piafaban y bufaban. Mungo miró las ceñudas caras, sonrió, y respondió en inglés que tendría muchísimo gusto en aceptar la invitación.

FÁTIMA

Un niño irrumpió en la tienda con la bilbaína de dos filos en la mano. Dassoud sonrió maliciosamente, Johnson sintió un escalofrío. Mungo gateó hasta los pies de Dassoud, se subió los pantalones y se abrochó el cinturón.

—Me gustaría saber qué crimen hemos cometido —empezó a decir. Pero Dassoud lo derribó de una patada.

En ese momento, otro niño entró precipitadamente en la tienda con un mensaje para Alí. Dassoud se volvió hacia sus compinches y tuvo lugar un frenético coloquio. Los dedos negaban, los hombros se encogían en señal de duda, todos se mesaban las barbas. De todo aquel guirigay, el explorador solo pudo descifrar una palabra, repetida una y otra vez, como si fuera un conjuro: Fátima, Fátima, Fátima. Sin dejar de observar a los deliberantes, Mungo tiró de la toga de Johnson.

—Johnson —susurró—. ¿Qué está pasando?

Johnson abrió los ojos desmesuradamente:

—¡Chist! —dijo.

Al poco rato, Alí se levantó. El Tuerto recogió la almohada adamascada, Dassoud tiró la bilbaína disgustado, y los tres salieron de la tienda dando airadas zancadas. El explorador y su guía se quedaron a solas con el centinela nubio. Y con las pulgas.

—Pssst, Johnson —cuchicheó Mungo—. ¿Qué tiene que ver esa Fátima con todo este follón?

—No tengo la menor idea, pero, sea lo que sea, puedo apostar a que usted no perderá los ojos ni yo mi lengua.

LEVADURA

Ned Rise se pasea tranquilamente ante la puerta de la taberna, sacudiéndose las briznas de paja de los pantalones y azotándose el muslo con el aplastado sombrero,

cuando de buenas a primeras le asestan un puñetazo en la nariz. Rueda por el pavimento igual que un globo desinflado, perplejo, dolorido y aturdido. Sin embargo, de pronto se descubre admirando el exquisito lustre color caoba de las botas de montar que, con coreográfica precisión, le están propinando patadas en los órganos vitales. Ned está resollando. Puntapiés. Vómitos. Las botas obedecen a los ágiles pies de Daniel Mendoza, el boxeador, el Judío, el excampeón de los puños de Londres, amigo y socio de Georges Bryan *Beau* Brummell. Mendoza va de punta en blanco: cuello de lino almidonado, chaleco escarlata, pantalón a rayas y botas de tafilete. A su lado, un joven de doce o trece años, tan acicalado como presumido, está doblando sobre su antebrazo la chaqueta de terciopelo azul de Mendoza, como hacen los mayordomos con las servilletas. La cara de Mendoza está roja de ira.

—¡Conque seda china!, ¿no? —grita.

Desde el empedrado, Ned murmura algo que es una mezcla de excusa, desmentido y petición de clemencia.

—¡Satén holandés, a doce peniques el metro! —ruge Mendoza—. Y tú, canalla, le cobras al *Beau* seis libras por «una corbata de seda china, pura y original, sin mezcla, traída directamente de los telares de Pekín», según dijiste, ¿eh? ¿Tengo razón?

Ned está magullado por las patadas que ha recibido en el sobaco izquierdo.

Ahora Mendoza se inclina sobre él, cuchillo en mano. El dandi de la chaqueta doblada en el antebrazo parece un serafín. Ha empezado a nevar.

—Solo te quitaré esta bagatela —dice Mendoza cortando la cuerda de la bolsa de Ned— como una compensación parcial por la decepción de que ha sido víctima mi amigo.

La puntera de la bota de Mendoza golpea el bazo de Ned —una víscera que él ni siquiera sabía que tenía— tres veces seguidas en rápida sucesión.

—Y que esto no vuelva a ocurrir, gilipollas. O te dejaré tullido como dejé al Turco Nasmyth en el segundo asalto en la Feria de Bartolomé. ¿Me oyes?

Ned oye el crujido de la batista rozando con el terciopelo, y luego el ruido de pasos alejándose, dos pares de zapatos. La nieve cae cernida como polvo de huesos triturados, y el aire silba afilado como una lanceta de sangrador.

Ned se levanta y se limpia la boca con el dorso de la mano. Sonríe burlonamente. Aunque aún experimenta el mareo de la resaca, a pesar del dolor que siente en la nariz, los riñones, el bazo y el sobaco; con los huesos molidos, magullado y desvalijado, de todas maneras, sonrío. Lo que tanto le hace sonreír es pensar en la cara que pondrá Mendoza cuando abra la bolsa y descubra que solo contiene doscientos cincuenta gramos de arena de río, dos botones de cobre y un diente de cerdo. Se pasa la mano por la entrepierna y sonrío triunfal: su bolsa está a buen recaudo. Adherida con resina de pino entre el pubis y las nalgas, una tira de muselina le envuelve las partes pudendas. Dentro de ese paquete, como en un nido, calientes y mimadas por el velloso escroto, empolla veintidós guineas de oro: el fruto de una semana de estafas y embustes. Ned piensa invertirlas para verlas multiplicarse.

EN LA TABERNA VOLE'S HEAD, Ned pide una chuleta de cordero, galletas, huevos pasados por agua, lengua estofada, jamón, pan tostado, empanada de pichón y mermelada de naranjas amargas; «y una pinta de cerveza para lubricarme». Luego manda a un niño a una de las tiendas de empeño que están frente a la Casa de Juego de White para que le traiga una muda de ropa, «una que sea digna de un caballero», incluyendo zapatos, corbata y chistera. Los pies del niño están liados con paños, supura por los ojos, la boca y los oídos, y ha perdido los dientes a causa del escorbuto. Ned le da media corona.

El dueño del Vole's Head es un tal Nelson Smirke. Smirke es enorme, sarnoso, con claros de tiña a ambos lados de la cabeza y una mata de pelo demencialmente electrizada en la coronilla. En conjunto, da la impresión de ser un vegetal: a nada se parece tanto como a un nabo colosal.

—¡Hola, Smirke! —saluda Ned inclinado sobre un plato de empanada de pichón—. Trae una silla, amigo. Tengo una proposición que hacerte.

Smirke se sienta y cruza sus macizas manos sobre la mesa.

—Iré directamente al grano —le dice Ned—. Quiero alquilar el Salón Reamer esta noche, desde las ocho hasta quizá las tres o las cuatro de la mañana. Te daré dos guineas y no hagas preguntas.

—¿Qué, una fiesta?

—Exacto. Una fiesta.

—¿No irás a romper los cojines y a orinar en la tetera como hiciste la última vez, verdad?

—Smirke, Smirke, Smirke —dice Ned, chasqueando la lengua—. ¿No confías en mí? Estamos entre caballeros.

En la pared del fondo cuelga la cabeza de un gamo. Las brasas brillan en la chimenea. Ned deja el tenedor a un lado y mete una mano por dentro del pantalón buscando el dinero. Aguanta la respiración, arranca la muselina (y los vellos) del pubis, e introduce la mano en el paquete donde esconde su tesoro.

—¿Caballeros? ¡Y un cuerno! —exclama Smirke—. Bien sé la clase de alborotadores y gandules y escoria humana que tienes por amigos, Ned Rise.

Dos guineas tintinean en la mesa, dulce música. Smirke las tapa con una mano regordeta. Ned mira a los ojos del tabernero, y luego se zampa una galleta, impaciente como un refugiado. Dobla una loncha de jamón, la pone encima de otra galleta y empieza a masticar un huevo pasado por agua.

—Que sean tres —dice Smirke—. ¡Y trato hecho!

Ned se atragantó, algo se le atascó en la tráquea, y luego dejó caer la tercera moneda en la mesa. Smirke se levantó. Apuntando con un grueso dedo entre las cejas del joven emprendedor, gruñó:

—Espero que no armes un lío o juro por Dios que te sacaré los hígados y me los

comeré.

SIETE Y MEDIA. Ned está en la puerta del Salón Reamer, emperejilado como un joven lord. De lejos, y en la penumbra del vestíbulo, casi podía pasar por una persona decente. De cerca, la ilusión se desvanece. Como quiera que se le mire, desde cualquier ángulo, a la luz o a la sombra, deprisa o reposadamente, tiene cara de pillo. La cara del joven golfo que pone los pies encima del pupitre, se divierte prendiéndoles fuego a las viejas y es tan chulo que hasta bebe tinta. La cara del malandrín que aterroriza a los fruteros merodeando sigilosamente por los puestos, fuma opio y se baña en ginebra convirtiendo el mundo en un orinal. La cara rufianesca del alcahuete que facilita relaciones deshonestas, incluso obscenas, en la puerta del Salón Reamer, en la taberna Vole's Head, en Strand Street. Y además está lo de su atuendo. El pantalón a rayas y la chaqueta de alquiler colgaban como una pesadilla de sastre, y el cuello manchado de jerez, de salsa de tomate y de salsa Worcestershire parecía el pellejo de alguna alimaña aulladora de la selva, flojo como una toalla. ¿La leontina de oro? De cobre bruñido. ¿El bulto en el bolsillo de su chaleco? Una piedra que hacía pasar por un reloj. Las medias no eran más que un par de calcetines de lana remendados con parches y la flor en el ojal estaba hecha con papel picado de colores. Pero eso no era nada comparado con la capa —estampada con blancas estrellas sobre un fondo canela— que ondeaba en sus hombros como un campamento gitano.

Sin embargo, el negocio de Ned marcha bien. Los caballeros, de dos en dos, y de tres en tres, incluso algunos solitarios, desfilan por el vestíbulo, estrechándole la mano donde dejan guineas de oro y soberanos de plata, para luego entrar en el Salón Reamer. Ned deposita esas monedas en el Banco del Paquete. Y sonrío con la sonrisa de un burgués. Desde el salón llega el rumor de la juerga en un *crescendo*: tintineo de vasos, chirrido de sillas, los «¡oh, sí!» y los «¡huyuyuy!»». Y los tacos que suelta Smirke, quien de pronto aparece al final del pasillo, enarbolando una bandeja con botellas y vasos, detrás de un par de camareras que van deprisa y corriendo, como burbujas en la cresta de una ola gigantesca.

—¡Hala, moved esos traseros parranderos y aseguraos de que los clientes no dejen de beber o juro por el diablo que arrancaré las putas vigas del techo! —bramó.

Las chicas, con sus risillas tontas, pasaron por delante de Ned y entraron en el salón donde fueron recibidas con una salva de aplausos, rechiflas y frenéticos silbidos. Smirke se detuvo en la puerta.

—Tengo que admitir, Ned, que has conseguido atraer a tantos caballeros que ya han consumido la mitad de un tonel de whisky escocés y cincuenta y tres botellas de vino.

Ned mostró una sonrisa amplia y centelleante.

—¿No te lo dije, Smirke? Déjale esto a Neddy. Te harás rico.

Una voz estentórea, la voz de un temperamental montañés, clamó desde adentro: «¡Bebida! ¡Maldición, me cago en la puta virgen, bebida!». «¡Alcohol!», gritó otro. «¡Yaaaaaar!». Aquellos alaridos producían cortocircuitos en el espinazo de Smirke. Estremeciéndose, agarrotándose, crispándose, con movimientos convulsivos, los vasos y las botellas oscilaban a punto de caerse de la bandeja que sostenía en alto. Entonces abrió la puerta de sopetón, como un soldado, y recibió de lleno la ráfaga de un siroco impregnado de sudor, esperma, cerveza y orina. Sus ojos se achicaron como guisantes.

—Ned Rise, te juro por Dios que este espectáculo tendrá que ser muy bueno, porque de lo contrario te... te...

—¿Me sacarás los hígados?

—Y haré con ellos un fricasé —rugió, y se mezcló con el gentío.

Ned cerró la puerta del salón de un portazo y bebió un trago de su jarro. Había tenido un día muy ajetreado. Primero fue el asunto de los carpinteros y el tablado del escenario. Luego vino lo de los anuncios. Palto de personal, él mismo tuvo que pintar los carteles:

PARA LOS QUE ESTÁN ABURRIDOS DE JUGAR AL SOLITARIO

Una nueva diversión

Esta noche. A las 8 p. m. En el Vole's Head.

¡EXCITACIÓN!

En el Vole's Head. Esta noche.

NO SE PIERDA EL BAILE DE LOS MIRONES

Esta noche. A las 8 p. m. En el Vole's Head.

Luego les pagó a Billy Boyles y a otros dos granujas un chelín por cabeza para que se pasearan por las casas de juego y las tiendas de caballeros con los carteles colgados al cuello. Tenían instrucciones de responder a cualquier pregunta en voz baja, dando los detalles tan delicadamente como fuera posible. Pero él conocía demasiado bien a Boyles, sabía que aquel maldito asno hablaba más de la cuenta y siempre en voz alta. Con semejante bocaza paseándose por las calles no sería de extrañar que muy pronto todos los gilipollas y magistrados de la ciudad se olieran algo. Problemas y más problemas. Pero eso fue solo el principio. A lo largo de toda la tarde, mientras apaciguaba a Smirkey atosigaba a los carpinteros, tuvo que mantener a Nan y a Sally en un cierto grado de embriaguez: lo suficientemente achispadas para que estuvieran alegres, pero aún no lo bastante borrachas para actuar. Y entonces vino el peor quebradero de cabeza: que lord Twit, amo y patrón de Jutta Jim, accediera a alquilar a aquel negrazo congolés. Twit quería tres guineas y una garantía por escrito de que su precioso criado regresaría antes del amanecer, «con su dulce energía

intacta». ¡Mierda! Todo aquello —los líos, la tensión, las largas horas de forzosa sobriedad— estaba a punto de dejarlo tarado. Su cabeza era una ampolla supurando y la ginebra era el único tónico.

Y así estaba allí, en el estruendoso vestíbulo, dándole un tiento a su jarro, soñando, acariciando el paquete de oro oculto en la entrepierna (treinta y dos nuevas guineas hasta ahora), cuando de buenas a primeras se encontró alzado y pegado como con chinchetas contra el marco de la puerta. Había unos dedos de hierro aferrados a su garganta. Y un olor a lavanda emanando del encaje de una manga de camisa. Mendoza.

—Reza para que la diversión sea estimulante, capullo, porque si no te romperé las piernas y los brazos como si fueran cerillas. Como podrás ver, he traído al *Beau* conmigo, y me preocupa mucho saber si será ennoblecedor y edificante lo que el niño está a punto de ver, ¿comprendes?

Los dedos aflojaron su apretón, y la barbilla del joven emprendedor —ayudada por la fuerza gravitacional del planeta— regresó a su altura habitual. Ned se frotó los ojos y vio al campeón de los puños dirigiéndose hacia un joven dandi de diecisiete o dieciocho años que se mofaba de él. El dandi tenía el pelo rizado como un acicalado perro de aguas, sus ojos eran del color de la miel. Su ropa de lino blanco estaba tan impoluta que resplandecía con luz difusa.

—Deja en paz a ese pobre diablo, Dani —dijo con un gimoteo nasal. Tras una pausa, sacó del bolsillo una tabaquera engastada con piedras preciosas, depositó un pellizco de rapé en el dorso de la mano y lo inhaló meneando elegantemente la cabeza. Cuando levantó la vista hacia Ned, su mirada era como un espetón atravesando un cordero—: La entrada es gratis para los amigos, ¿verdad, Rise?

Ned sonrió hasta que le dolieron las encías.

—No faltaba más —dijo—. Absolutamente gratis.

Mendoza abrió la puerta de par en par y el *Beau* Brummell entró en el salón igual que un cisne resplandeciente en un lago de montaña.

—Chupapollas —dijo Ned entre dientes, tan bajo y tan en lo profundo de su garganta que ni siquiera estaba seguro de haberse oído a sí mismo. La puerta se cerró de golpe. Ned sacó la piedra de su bolsillo y la miró fijamente. La piedra era lisa, tersa, dos pulgadas de diámetro. En su superficie estaba pintada la esfera de un reloj. Las ocho, leyó. La hora del espectáculo.

SALLY SEBUM Y JUTTA JIM están actuando en el escenario. Nan Punt, ataviada con un vestido de velarte, está junto a Ned, esperando para entrar en escena.

—¡Ohhh-uhhh-uh-uh! —exclama Sally—. ¡Huy-aah, aaaah! ¡Aaaaahhh!

Jutta Jim se separa de ella. Un negrazo desnudo, con el culo al aire y un miembro diestro y duro a la luz de las lámparas de aceite. Una púa de hueso decolorado le atraviesa la nariz, otras púas perforan los lóbulos de sus orejas, varias cicatrices en

espiral jaspean su torso como si fuera un mapa a relieve de la luna. Los espectadores están profundamente callados. Él se vuelve hacia ellos, despacio, en silencio, metódicamente, y empieza a golpearse el pecho.

—Me toca salir a escena —susurró Nan quitándose el vestido y tropezando melindrosamente al entrar al escenario, borracha como una cerda. Tras exhibirse por el proscenio y frotarse un poco los senos para el público, se metió la polla de Jim en la boca. Los espectadores (los mismos que poco antes pateaban el suelo silbando y lanzando calcetines, sombreros, servilletas y cubiertos de plata) súbitamente se callaron. A todas estas, Sally se había levantado rápidamente del único elemento de utilería que había en el escenario (un diván tapizado de terciopelo verde) y se tambaleaba entre los bastidores. Ned la ayudó a ponerse la bata.

—¡Ostras! —jadeó—. Ese negro caníbal quería follarme hasta matarme.

Estaba empapada en sudor, su maquillaje era una ciénaga, los rizos negros se pegaban copiosamente a sus mejillas y al cuello. Pechos blancos, pezones colorados. Las tetas tirantes dentro del vestido, como frutas en un saco.

—¡Y su aliento! Apesta como un puto orinal. Eso sí, tiene una herramienta de padre y muy señor mío, aunque confieso que es para las bestias.

—Me alegra que hayas disfrutado con el número, Sal.

—¿Disfrutar con qué? —dijo indignada, con los brazos en jarra—. ¿Crees que disfruto oyendo gruñidos y dejándome babear por la hedionda boca de un negro salvaje?

Pero entonces ella le guiñó un ojo.

—La última vez que gané tanto dinero como hoy fue cuando emborraché al lord de Dalhousie con un ponche de huevo que yo misma preparé, y lo emborraché a tal punto que dejó caer su monedero en el escote de mi vestido de raso.

Ned se echó a reír.

—Esto no es nada más que el principio, Sal. He organizado otro espectáculo aquí, el jueves, y otro el sábado en el Pig & Pox. Si vuelves a participar con lo mejor de tu talento histriónico, te daré otras dos coronas.

Ella estuvo a punto de comentar que su madre siempre quiso que se dedicara al teatro, pero en vez de eso se asomó para mirar al público con una risilla tonta.

—Ned —cuchicheó—, échale un vistazo a esto.

Ned miró. Todos los espectadores —lores y caballeros de la Orden de la Jarretera, oficiales de Marina, tenderos, salteadores de caminos y clérigos, incluso Smirke— estaban en trance, paralizados, boquiabiertos, babeando saliva. Jim estaba tendido de espaldas en el proscenio mientras Nan lo cabalgaba como una amazona, saltando acequias, cercas y charcos, esquivando azarosas salpicaduras de eyaculación, jadeando y farfullando sin cesar. No se oía ni un cuchicheo entre los clientes, ni una tos, ni un sonido nasal, ni un «¡joder!», ni un «¡arre!»; no hubieran levantado la vista por nada del mundo, aunque el cometa Halley pasara surcando el techo del salón. Unos contraían los rostros moviendo espasmódicamente los miembros, otros

crispaban las manos aferrándose a sus sombreros y bastones como si quisieran asirse a una ramita al borde de un precipicio. Aquí y allá, había pañuelos enjugando caras que sudaban a mares, castañeteos de dientes mordiendo respaldos de sillas, rodillas entrechocando y pies golpeando el suelo nerviosamente. «¡Yahooo!», gritó Nan en el apogeo de un impecable galope, y el pobre Smirke se cayó de bruces en un torbellino de vasos haciéndose añicos. Nadie le prestó atención.

Sally le dio un tiento al jarro de Ned. Y soltó una carcajada.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Ned.

—¡Joder! —consiguió decir entre ráfagas de risitas nerviosas—, o estos caballeros han vuelto a poner de moda las braguetas de armar o yo juraría que alguien ha echado levadura en sus entrepiernas fermentándoles y haciéndoles crecer el paquete.

EL SAHEL

EL SAHEL ES UNA REGIÓN semiárida que ciñe África Occidental como un cinturón, extendiéndose desde la costa atlántica, en el oeste, hasta el lago Chad, en el este. Al norte está el Gran Desierto; al sur, la selva tropical. Hacia el norte, primero aparece la estepa, tórrido erial, y luego las dunas y los erg del Sáhara. Hacia el sur, el Sahel se convierte en sabana, con exuberantes mares de hierbas verde azuladas. Eso ocurre entre junio y octubre, la época del monzón. Durante esos meses la tribu de al-Haj' Alí Ibn Fatoudi se traslada al norte con sus rebaños de cabras y vacas, sus tiendas, sus esposas y sus caballos, aprovechando al máximo los pastos. Entre noviembre y junio, Alí se dirige al sur, cuando los violentos vientos del *harmattan* aúllan desde el desierto con sus aéreas garras de arena, desecando la humedad del aire, los arbustos, los ojos y el gznate de sus rebaños y de su gente. La triste realidad es que los rebaños de Alí pastan demasiado en la zona norte del Sahel. Sus vacas se comen la hierba antes de que pueda germinar, sus cabras la arrancan de raíz. Cada año, Alí se desplaza más hacia el sur, un kilómetro por aquí, otro kilómetro por allí. Dentro de doscientos años Benowm estará desierto. Las grandes extensiones de arena cubiertas de dunas, Iguidi y Ehech, se dilatan al viento, avanzando, alargando lenguas y brazos, haciendo señas con los dedos y asediándolo todo.

A decir verdad, vivir en el Sahel no es ir de picnic. Si lo que uno busca es penuria, pobreza y caprichos de la naturaleza, ¡bienvenido al Sahel! Puede transcurrir todo un año sin lluvia y entonces el dulce balido de los rebaños se transforma en monumentos óseos al sol. El agua de algún que otro pozo se torna salobre, las tempestades de arena te trasquilan las patillas. Y además, están las hienas, que vienen de noche, clandestinamente, diezmando los rebaños, destripando a las cabras y dejándoles las sobras orinadas a los buitres y a los chacales. Y por si fuera poco, eso de desplazarse

hacia el sur entraña un problema: cuanto más se avanza en esa dirección, mayor es el riesgo de un ataque por sorpresa de los fulah o de los sarakolés. Y eso es algo tremendo. Encadenan a todo el mundo, hacen una carnicería con el ganado, violan a los caballos, devoran el cuscús. Fatalmente, la vida es difícil. Y portátil. El campamento de Benowm, sus trescientas tiendas, pueden levantarse en una hora: *fata Morgana*.

Y porque vive en vilo, toda la riqueza de Alí consiste en bienes semovientes, en ganado: camellos, caballos, cabras, bueyes, esclavos. Si uno hace el inventario de sus posesiones materiales es prácticamente un mendigo. El emir de Ludamar, gobernador de miles de almas, que ejerce su hegemonía en un área del tamaño de Gales, hombre del Libro y descendiente del Profeta, en realidad posee menos cosas que una camarera de Chelsea. Una tienda de pelo de cabra, una juba, un puchero, un hornillo para cocinar, dos mosquetes, un narguile defectuoso y un sable mellado que alguna vez perteneció al comandante Houghton; eso es cuanto posee, poco más o menos. ¡Ah!, pero están sus caballos: lunas blancas, mármoles con músculos, sus colas rojas como venas abiertas (él solía teñirlas). ¡Y están sus mujeres! Si por algo Alí es envidiado, es por sus mujeres. Cualquiera de sus cuatro esposas podría provocar que mil barcos zarparan a guerrear por ellas —suponiendo que supieran lo que es un barco—.

La principal —en influencia y en belleza— es Fátima de Jafnoo, hija de Boo Khaloom, sharif de la tribu de Al-Mu'ta. Los encantos eróticos de Fátima estriban única y exclusivamente en un atributo: su gordura. En una sociedad de flacos, ¿qué otra cosa puede convertirse en ideal de perfección humana? Fátima pesa ciento setenta kilos. Para desplazarse de un lugar a otro de la tienda requiere la ayuda de dos esclavos. En una ocasión, al cabo de cien kilómetros de viaje hacia Deena, al norte, postró a un par de camellos y a un toro castrado, y por último hubo que transportarla en una litera tirada por seis bueyes. Cuando Alí regresa del desierto, con sangre y arena en los ojos, se sumerge en la húmeda fecundidad de su carne. Fátima es un manantial, un pozo, un oasis. Es un cuenco desbordante de leche, un banquete transportable, pasto fresco y un flanco de vaca. Es oro molido. Ella es la lluvia.

Fátima no siempre fue una reina hermosa. De niña no era más que una criaturita —eso sí, con grandes huesos y un enorme potencial—, pero así y todo tenía algo de la delgadez y los ojos negros del patito feo. Boo Khaloom se encargó de ella. Una tarde entró en la tienda con una estera de juncos y una almohada. Extendió la estera en un rincón, colocó la almohada encima, y le ordenó a su hija que se sentara. Luego ordenó que le trajeran leche de camella y cuscús. Fátima estaba perpleja: las sobras de la cena —varios cuencos negros de madera con moscas, un cántaro volcado— todavía estaban en el rincón. De pronto advirtió las sombras que jugueteaban al trasluz en las paredes de la tienda, como si afuera hubiera un gentío apiñándose alrededor del pabellón. Le preguntó a su padre si había convocado a sus consejeros. Él le dijo que cerrara el pico. Súbitamente la puerta de la tienda se abrió con un

aletazo y entró un hombre. Era Mohammed Bello, sesenta y tres años, muy amigo y consejero de su padre. Estaba desnudo. Fátima sintió vergüenza. Nunca antes había visto las piernas de un hombre, mucho menos aquellos mocos de pavo colgando como si fueran un engendro de la naturaleza. Tan fofos y flojos que pensó en gusarapos retorciéndose en la porquería de un agonizante charco de agua. Fátima tenía once años. Y rompió a llorar.

Mohammed Bello no venía solo. La puerta se abrió con un silbido y otros ocho hombres, tan desnudos como vinieron al mundo, entraron silenciosamente en la tienda. Zib Sahman, su padrino, estaba entre ellos. Y Akbar al-Akbar, el hombre más viejo de la tribu. Cuando todos estuvieron reunidos, entró un esclavo con un cuenco del tamaño de una pila para pájaros. El cuenco contenía leche de camella, suficiente por lo menos para una semana. Detrás venía otro esclavo con un cuenco aún más grande, lleno de cuscús. Colocaron el recipiente delante de ella. La leche de camella es dulce y muy nutritiva. El cuscús, una pasta casi líquida hecha de sémola cocida y reducida a bolitas, es el manjar fundamental entre los moros. En modo alguno era incomible, pero todo tiene sus límites. «Come», le dijo Boo Khaloom.

Al principio ella no entendió. Seguramente toda aquella comida debía de ser para los invitados de su padre. ¿Acaso quería que ella les sirviera a ellos? Pero entonces recordó que todos estaban desnudos y otra vez se puso a llorar. Su padre empezó a gritar:

—¡He dicho que comas! —rugió—. ¿Es que no entiendes el árabe? ¿Te has quedado sorda? ¡Come!

Ella levantó la vista hacia los ocho venerables. Estaban sentados en semicírculo, observándola. Seguían desnudos. Y entonces se llevó un susto de muerte: ¡su padre se quitó la juba! Jamás en su vida —ni cuando comían, ni a la hora de acostarse, ni durante los viajes— le había visto otra cosa que no fueran la cara, las manos y los dedos de los pies. Y ahora, de golpe y porrazo, estaba desnudo y con un elástico moco de pavo colgando entre las piernas, exactamente igual que los demás. Fátima estaba aterrorizada. «¡Come!», repitió él. Ella estaba aturdida. Entonces apareció la vara en la mano de su padre. La golpeó dos veces cruzándole la cara. Ella gritó. Él volvió a zurrarla. Una y otra vez. «¡Come!», le ordenó.

Fátima acercó sus labios al cuenco de leche y bebió entre sollozos. Cogió un puñado de cuscús y se lo metió a la fuerza en la boca. Pero no tenía hambre. Simplemente se limitaba a comer —y a comer más que de costumbre—. Su madre siempre la regañaba por estar tan flacucha, por su tosquedad, pues qué marido iba a querer a una niña que parecía un avestruz del desierto. De modo que Fátima hizo un esfuerzo para comer más. Ahora estaba llena: un bocado más y vomitaría. La papilla se pegaba a su garganta. Boo Khaloom estaba desquiciado. La golpeó y gritó hasta que sus brazos temblaron y la voz se le puso ronca:

—No mecerás más gatos en los brazos con las otras niñas, no recibirás más lecciones, no volverás a coser, nada. Te quedarás ahí, en esa almohada, y comerás

hasta que llegues a la mayoría de edad. Comerás y crecerás. Serás bella. ¿Me oyes? ¡Bella!

Mohammed Bello y los otros observaban. De vez en cuando uno de ellos aprobaba moviendo la cabeza. Fátima comía. Lloraba y comía.

—Y cuando seas mayor de edad seguirás comiendo... a todas horas. Ese es tu deber. Para con tu padre y para con tu futuro esposo. ¡Él también tendrá una vara! —gritó su padre—. Una vara igual que esta. ¡Y te zurrará como yo lo hago ahora, y como lo haré mañana, pasado mañana, y tras pasado mañana!

De buenas a primeras, como si obedecieran a alguna señal, los venerables se pusieron en pie. Fátima levantó la vista, boqueando y con los carrillos hinchados de masa blanda y espesa: una repugnante transformación contra natura estaba teniendo lugar en ellos. Aquellas cosas colgantes, antes tan flácidas, ahora eran sólidas. Sus miembros dejaron de ser apergaminados mocos de pavo para dilatarse y acercarse a ella.

—¡Te voy a zurrar! —chilló su padre, y los demás empezaron a mover las manos rápidamente de arriba para abajo, ordeñando sus varas con un chas-chas, con sus rostros deformados y distantes, incluso beatíficos.

Fátima sintió como si estuviera hecha de cera. La cabeza empezó a darle vueltas. Se caía, precipitándose a través de los eones, hasta las simas de la tierra, perdiéndose en los abismos. Entonces sintió las primeras y contadísimas gotas caídas al azar, semejantes a la lluvia. Después de aquella ignominiosa y traumática noche, ella comió. Comió prodigiosamente, furiosamente, tanto que nada le parecía bastante. Dátiles azucarados, carne de cordero, yogur, terrones de sal, cuscús con pescado seco, cuscús con nueces y cuscús con cuscús. Comía las frutas y los tubérculos del sur — tamarindos, mandioca, sandías—, comía insípidas hogazas de pan, tinajas de miel silvestre, batatas, arroz, maíz, mantequilla y leche, leche, siempre leche. Leche de cabra, leche de vaca, leche de camella; incluso mamaba de los pechos de una nodriza esclava, como si fuera una lactante. Era insaciable. Comía por miedo, comía por venganza. Comía para ser bella.

TÁNTALO

ESTÁ MURIÉNDOSE, deambulando cuesta abajo por el largo túnel baldío de la muerte, yendo deprisa y enajenado hacia el polvo de generaciones que ya sucumbieron. Se está muriendo, sencillamente, de sed. También de hambre, pero la sed es más apremiante. De noche, cuando se acuerdan, los moros le dan un puñado de cuscús y media taza de un aguachirle amarillenta. Esta noche han olvidado hacerlo. Su estómago lleno de aire se encoge, sus células se marchitan y mueren como las medusas arrojadas a la playa. De pronto, el calor afloja y él se echa, acurrucándose en

su chaqueta, tiritando y sudando, la fiebre haciendo las veces de una válvula interna de temperatura, encendida y apagada, sol y aguanieve. Afuera, más allá del círculo de tiendas, la voz prolongada de los chacales suena como un cuchillo en el corazón y las hienas se reúnen para intimidar a la luna. Luego llorarán y se afligirán y rechinarán los dientes, piensa. Y cierra los ojos.

El explorador enseguida empieza a soñar, vívidamente. Está afuera, en el Gran Desierto, a la hora en que hace más calor, el mediodía. El sol es una antorcha, él tiene la boca llena de arena. Detrás de él hay unos hombres, son extranjeros; tienen barbas, sus caras están quemadas por el sol, la ropa hecha jirones. Se extienden a lo largo del horizonte como hormigas. Mungo empuña un palo ahorquillado. A su lado está Zander —el viejo y gili Zander—, el hermano de Ailie. Ellos solían ir a pescar juntos. «¿Dónde está ella cuando la necesitamos?», pregunta Mungo. «En casa», responde Zander. «Esperando». Un hombre se estremece con arcadas y cae de bruces. El explorador se vuelve hacia él y entonces retrocede: tiene la cuenca del ojo vacía, la encía recogida, la piel como un jamón vidriado. En ese momento un cucharón de peltre aparece por encima de su cabeza, el recipiente semiesférico está cubierto de rocío, y luego aparece otro, y otro, toda una procesión de cazos llenos de agua, flotando como gaviotas remontándose en una corriente ascendente. Los hombres, todos a una, exclaman un débil «¡hurra!». Relamiéndose, alargan los brazos, pero los cucharones siguen colgando en lo alto, inaccesibles. Frenéticos, se encaraman unos encima de los otros, arañando el cielo. Los cazos coquetean tímidamente, sinuosos y dando pasos de ballet, tendiendo los dedos para excitarlos: pero no darán ni una sola gota de agua. Los hombres se desesperan, se arrojan de cabeza contra las piedras, los arbustos y los peñascos. «¡Tienes que hacer algo!», le imploran. «¡Ayúdanos!». En ese preciso instante el palo ahorquillado empieza a moverse nerviosamente. Mungo aguza los oídos. Oye algo: casi imperceptible y distante, melodioso y lírico. Un goteo de agua, como una flauta o un arpa. ¿Será posible? Enseguida reacciona, enérgico, decidido. «¡Seguidme!», grita, y empiezan a avanzar poco a poco hacia ese *crescendo*, ese fragor, ese siseo, la dulce síncopa del agua precipitándose sobre un lecho de piedras. Aturdidos, los hombres se tambalean y le siguen cojeando. Después de una pradera, desbordándose, ¡allí estaba! El Níger, limpio y frío como una mañana de octubre, con el césped cuidadosamente podado a lo largo de ambas orillas, con peces, insectos, y majestuosos y silenciosos cisnes deslizándose sobre la superficie rizada; con los salmones saltando, con frescos helechos y frondosos olmos diseminados en abanico a lo largo de la ribera. Él se zambulle, y los hombres que lo siguen dan alaridos, extáticos, redimidos, vivos. Pero cuando se vuelve, todos han desaparecido. Las olas chapaletean, los cisnes sumergen las cabezas en el agua: Mungo se ha quedado solo con su triunfo. Pero le da igual, dispone de todo su tiempo, agita el agua con los brazos formando olas, formando burbujas y tragando, deglutiendo, sorbiendo la suave corriente que le enfría los dientes hasta que no puede beber más.

Despierta con la garganta pedregosa. Tiene la lengua seca. El paladar reseco. La campanilla. Lo que necesita es beber. Agua. Hielo. Sangre. Una taza de té. Vasos de leche. Una jarra de cerveza. Se acerca de puntillas a la entrada de la tienda y se asoma curioso. Los tres centinelas están dormidos, mascándose las barbas y roncando como lores después de una borrachera. Pero ahí radica el problema: están tendidos en el suelo, atravesados en la entrada, hombro con hombro; el guardia que está más cerca roza la puerta de la tienda. Mungo tiene que saltar por encima de los tres sin tocarlos. Y aunque pudiera hacerlo, todavía quedaría el problema del ruido que haría al caer. Porque al menor sonido los tres centinelas se levantarían como lobos hambrientos, maldiciendo y empuñando sus dagas. Mungo titubeaba.

Pero entonces, milagrosamente, el hombre que estaba en el medio se volvió para acurrucarse, dejándole unas cuantas pulgadas de terreno libre. Ahora o nunca. El explorador se quitó las botas, aspiró profundamente, y avanzó hacia el hombre que estaba más cerca. El aire estaba inmóvil. En algún lugar, un pájaro graznaba. Pero los centinelas seguían durmiendo, roncando, relamiéndose y moviendo espasmódicamente los párpados. Mungo se apoyó en un pie y ya se balanceaba para tomar impulso cuando de pronto se sintió mareado. Por alguna razón, en un relámpago, acudió a su mente la imagen del acróbata de la cuerda floja en la Feria de Bartolomé. De eso hacía años. El joven explorador estaba entre la muchedumbre, con una muñeca Kewpie bajo el brazo, observando al hombre que caminaba por la cuerda extendida a sesenta metros del suelo. El volatinero oscilaba con un bichero en una mano y con la otra hacía juegos malabares con media docena de manzanas, cuando una paloma se posó en la punta del bichero. El acróbata cayó.

Mungo pestañeó y se encontró sentado en el tórax de uno de los guardias. El Centinela murmuró algo en árabe, lento como el almíbar, y entonces empezó a frotar la mano del explorador contra su mejilla sin descañonar. Tomando en cuenta las circunstancias, la sensación no era del todo desagradable. «Yummah», bramó el guardia con la pasión de un amante, «¡Yibbah!». Pero entonces, en una suave transición hacia los ronquidos del sueño, soltó la mano del explorador y Mungo aprovechó para escabullirse en la noche.

HACÍA MÁS DE UN MES que el explorador era prisionero de los moros. Lo tenían en solitario confinamiento. Le habían confiscado el caballo y todas sus pertenencias. No había sido acusado de ningún delito. Gracias a Alá el asunto de sacarle los ojos, por ahora, había quedado aplazado. Parece que Fátima, principal esposa de Alí, había enviado un mensaje desde Deena insistiendo en examinar personalmente al monstruo, intacto, incluyendo los malvados ojos y todo lo demás. (En Londres la gente se congregaba para ver la oruga humana y al hombre con tres narices; y en Ludamar para ver albinos mutantes). De todas maneras, la existencia del explorador era cualquier cosa menos idílica. Retenido en contra de su voluntad, acosado como un

infiel, amenazado de muerte y a punto de ser mutilado, muriéndose de hambre, amedrentado, torturado, aburrido, privado de conversación, sin ningún estímulo intelectual y ni siquiera un poco de agua. Hacía una semana que no veía a su intérprete. La última vez que lo vio, Johnson todavía conservaba la lengua —por cortesía o por otros motivos—. Allí encontró en el movimiento de aquel órgano muscular de tejidos grasos la condición *sine qua non* para interrogar al explorador sobre el arcano de su ropa y equipaje: los zapatos y los calcetines, los botones de la chaqueta y de los pantalones, el compás, el reloj y la navaja de afeitar. «¿Cómo funciona esto? ¿Y esto otro?», interrogaba Allí, dirigiendo sus preguntas a Johnson mientras clavaba sus ceñudos ojos negros en el rostro del explorador. De vez en cuando, hacía que el explorador se pusiera y se quitara la ropa hasta treinta y siete veces para que sucesivos grupos de mirones pudieran maravillarse de la ingeniosidad de todo aquello. Al cabo de la trigésimo séptima demostración, Allí quiso saber por qué Mungo había viajado al Sahel en primer lugar: si no era un comerciante, tenía que ser un espía. «Estoy buscando el río Níger», le dijo Mungo. Allí se quedó absorto en la contemplación del dedo gordo de su pie y luego levantó la vista: «¿Acaso no hay ríos en su país?».

AL PIE DE LA SUAVE COLINA del campamento —a unos doscientos setenta y cinco metros— están los pozos. Cada noche Mungo podía oír los mugidos de las vacas cuando las llevaban al abrevadero. Ahora, al acercarse, puede distinguir sus redondeadas corcovas y las bestiales puntas de los cuernos hincando el cielo, como un bosque en movimiento. Las vacas —más parecidas a gacelas demasiado gordas que a ganado de pezuña hendida— sacuden violentamente las patas empujándose y bramando en su afán por beber. Él también podría bramar junto con ellas. Está tan sediento que podría gritar y chillar y aullarles a todos los demonios del infierno. Pero ¿qué es aquello? Algo se mueve ahí enfrente, en el bosque de acacias. El explorador se acerca cautelosamente para ver mejor.

Seis o siete esclavos, envueltos en sus albornoces, holgazanean alrededor de una hoguera, pasándose una pipa entre risotadas. De vez en cuando, uno de ellos mete un cubo en el pozo y lo derrama en el abrevadero, donde el ganado bebe entre bufidos y empellones. Mungo salió de entre las sombras y cayó de rodillas ante ellos.

—Agua —suplicó—, dadme agua, por favor. —Y luego añadió en inglés—: ¡Aunque sea una gota, un sorbo, una cucharada!

Al principio, los esclavos se asustaron. Pero luego, cuando vieron al infeliz demacrado postrándose en una alfombra de bostas, empezaron a reírse. Sus ojos brillaron jaspeados en rojo. Tambaleantes y dando alaridos, sus carcajadas se multiplicaron en el eco de la noche: «¡Jee-ja-ja-ja-jaa!»; era una risa como de pájaros estrangulados. Entonces uno de ellos se adelantó, pipa en mano. Sus ojos eran pequeños, ojos de cerdo, y sus protuberantes cejas sobresalían de su cara como la

erosionada orilla de un río.

—¡Agua! —grita Mungo.

El hombre se inclinó, le dio una chupada a la pipa y lanzó una bocanada de humo en la cara del explorador. El olor era fuerte, aromático, viscoso: ¿estarían fumando incienso? Mungo tosió. Entonces el hombre se balanceó sobre sus talones y llamó a sus compañeros.

—¿El nazareno quiere agua? —ríen los otros—. ¡Pues dale agua, Sidi!

Sidi se volvió de nuevo al explorador y siseó: «*La ilah illa Allah, Mahoma rasowl Allahi*». Mungo recuerda esa frase: no hay Dios sino Alá, y Mahoma es su profeta. Le han obligado a repetirla cien veces al día.

—Vale —dice—, vale. —Y murmura un rápido padrenuestro, suplicando una circunstancia atenuante. Sidi le da una patada—. *La ilah illa Allah, Mahoma rasowl Allahi* —dijo Mungo.

—¡Agua! —gritaron los otros—. Dale agua al nazareno, Sidi. Dale agua bendita.

Las bestias machacaban la tierra con sus patas. El polvo que levantaban cubría al explorador como nieve reseca. Le entraba por la nariz y bajaba por su garganta. Podía oír a las estúpidas bestias, en fútil contentamiento, dejando caer sus babas en el abrevadero, las preciosas gotitas resbalando lentamente de sus hocicos, colgando como perlas en las puntas de sus bigotes.

—¿Quieres agua? —preguntó Sidi.

Mungo dijo que sí con la cabeza. Y entonces, sin más ni más, sin avisar, el esclavo se abrió la juba y lo meó: rápida y salada, la caliente orina se derramó por el cuello del explorador, a través de sus dedos, calando la tela de su chaleco. Mungo se puso en pie de un salto, frenético, desesperado y homicida, pero Sidi se alejó riéndose, y ahora los otros se agachaban recogiendo piedras y ramas. Mungo seguía allí, débil y maloliente, cuando los pastores empezaron a apedrearlo.

—¡Bebe orina, cristiano! —se mofaron.

El explorador dio media vuelta y se perdió lentamente en la noche.

Todo estaba tranquilo. Las estrellas se desparramaban por el cielo, parabólicamente, como un chorro de leche; los mosquitos zumbaban en los árboles. Visitó otros tres pozos, y en todos lo rechazaron, recibiendo puñetazos y apaleamientos. En el último pozo, un antiguo y salobre hoyo situado aparte de los demás, un viejo esclavo y su hijo, un niño de ocho o nueve años, estaban abrevando al rebaño del amo, a la luz de las antorchas. Mungo les pidió agua. El anciano se lo quedó mirando suspicazmente, y luego sacó un cubo de agua del pozo. «*Salaam, salaam, Salaam*», dijo Mungo, alargando la mano para coger el balde, pero entonces el niño tiró de la manga de su padre. «Nazareno», dijo el niño. El viejo titubeó, mirando primero al cubo y luego al pozo. Estaba preocupado por la contaminación y el mal de ojo, pues todo eso puede secar un pozo de la noche a la mañana.

—Por favor —dijo el explorador—, se lo suplico.

El viejo se fue arrastrando los pies hasta el abrevadero, vació allí el cubo y señaló

al agua con un dedo curtido. Mungo no se hizo de rogar. Corrió a meter la cabeza entre los cuernos de un par de novillas.

El abrevadero parecía el arroyo de una calle en un día de lluvia, como las aguas inmundas de un albañal, con ramitas y pajas y trozos de asaduras arremolinándose en la superficie. El explorador hundió la cara y bebió, pero la competencia era feroz, el arroyo era ya un charco, el ganado babeaba, sus grandes lenguas rosadas eran como esponjas tomando a lengüetadas las últimas gotas que quedaban. Mungo se volvió hacia el viejo.

—¡Más! —gritó—. ¡Quiero más!

Una vaca con manchas de varios colores y ojos grandes como relojes de bolsillo lo derribó. Y entonces, súbitamente, se oyó un disparo, estridente como un trueno. Y luego otro. El ganado retrocedió, confuso, entrechocando lomos, hocicos y costillas, presa del pánico, huyendo en estampida. Ca-bamb, ca-bamb, ca-bamb, retumbaban las reses en la noche.

Cuando el polvo se asentó, Mungo pudo ver a tres jinetes. Uno de ellos era Dassoud, cuya cicatriz respunteada en la nariz relucía a la luz de la antorcha. Empuñaba un revólver. Firmemente instalado en lo alto de su montura, apuntó con el arma a la cabeza del explorador y apretó el gatillo. No sucedió nada. Mungo seguía allí, entre el polvo y el excremento del ganado, con el corazón helado, hecho un manojo de nervios, preguntándose cómo diablos podía pactar con aquel loco y con su revólver. «*La ilah illa Allah, Mahoma rasowl Allahi*», salmodió en un intento desesperado. Dassoud volvió a llenar de pólvora la cazoleta, sin dejar de gruñir como un perro a los pies de un intruso. Los caballos de guerra piafaban y relinchaban, el viejo y su hijo estaban encogidos de pavor. Entonces Dassoud levantó el arma por segunda vez, gritó algo en árabe, apretó el gatillo. Un fogonazo, una crepitación como de carbones incandescentes cayendo en una tina de agua. El revólver había vuelto a fallar.

—¿Qué he hecho yo? —imploró el explorador, reculando a gatas, poco a poco.

Dassoud empezó a blasfemar, tiró el revólver y pidió otro por encima del hombro.

—¡Hua! —gritó el hombre que estaba a su espalda lanzándole otra arma.

Dassoud la cogió al vuelo, amartilló el percutor y apuntó a una constelación de pecas que se extendía sobre el pómulo izquierdo del explorador.

—¡Señor Park! —intervino Johnson, con la toga revoloteando, irrumpiendo en el círculo de luz de las antorchas como un personaje de la Comedia del Arte. Estaba agitado, jadeante, y unas vetas de sudor recorrían su quijada.

—Señor Park, ¿está loco? Levántese ahora mismo y regrese a paso ligero a la tienda antes de que lo maten. Ha conseguido alborotar a todo el campamento. Esta gente cree que usted se ha dado a la fuga.

Mungo levantó la vista. Vio fuegos chispeando en la ladera. Jinetes con antorchas cabalgando en la noche. Gritando y maldiciendo, disparando al azar. El explorador se puso en pie. Dassoud bajó el revólver.

NÁYADE

AFUERA, AL OTRO LADO de la cortina de encaje que engalana la ventana de cristales emplomados, los densos copos de nieve caen sobre los árboles y los jardines de Selkirk, suavizando aristas, desdibujando los contornos, sepultando los mojones a lo largo de la carretera que va a Edimburgo. Ya no hay senderos, ni macizos, ni césped; las azaleas se doblan agobiadas por el peso de la nieve y los árboles de hojas perennes se tambalean a lo lejos. Hace dos días que está nevando. La nieve acumulada en las ventanas casi no deja pasar la luz a través de los cristales, y se amontona en los umbrales atascando las puertas. Los caballos no pueden correr y los carros pierden su estructura esquelética convirtiéndose en suaves esculturas. El pozo está congelado. Arriba, en lo alto del tejado, la veleta rechina girando sobre su eje.

Adentro, en la cocina, es otro mundo. Viciada y sofocante, la atmósfera es vaporosa como en una isla en el Pacífico. Las ventanas sudan y gotean, el espejo de mano está empañado, las toallas pesan a causa de tanta humedad. En el hogar: un alegre fuego. Montones de brasas, leña de roble dispuesta en cruz y la estridente crepitación de las llamas. Dos calderas tiznadas cuelgan sobre el fuego desde sendos ganchos empotrados en la piedra hace un siglo. Desprenden un vapor tan espeso como la niebla que envuelve los brezales. Unos frondosos y nebulosos helechos brillan encima de la mesa, rociados de humedad, al igual que el leucisco y los relámpagos de pan rallado que resbalan detrás del cristal de la pecera salpicada de gotas de transpiración. Desde un rincón, perdidas en medio del creciente vapor, las tórtolas imitan una flauta en su registro más bajo.

Es el 2 de febrero, aniversario de su compromiso con Mungo Park. Y Ailie Anderson lo va a celebrar con un baño, un lujo insólito en estos tiempos de escasez. Da vueltas por la habitación, disponiendo los objetos para el aseo, tarareando y avivando el fuego de vez en cuando con una ráfaga de fuelle. El jabón verde del doctor Philby ya está en la mesa, junto al peine y al cepillo de carey; y el Bain des Fleurs en su mano. Sea o no un lujo, ella se bañará hoy. Se sumergirá en la tina, en medio de la vaporosa cocina, rodeada por los muebles y los sonidos y las esencias de la naturaleza, y soñará con Mungo bregando y abriendo una trocha a través de las chorreantes junglas del Continente Negro. Su padre solo la autorizaba a bañarse una vez al mes. «Tenemos que ahorrar leña y carbón», decía. Pero lo mismo daba. Se bañaría hoy y luego estaría hedionda hasta marzo. Después de todo, aquello era algo más que restregarse y frotarse, era un ritual de purificación.

Ailie tiene veintidós años y la paciencia de Penélope. Tenía catorce cuando vio por primera vez a Mungo Park. Él había ido a vivir con ellos, como aprendiz de su padre. De eso hacía ocho años. Cuando él se fue a estudiar a la universidad, le pidió que lo esperara. Las hojas se destiñeron en los árboles. Ella gritaba de alegría y

confusión. Después de pasar dos años en Edimburgo, él la besó en la frente y se enroló como cirujano en un barco que iba a Yakarta en busca de especias. Ella siguió esperándolo. Cuando regresó, estaba inquieto y malhumorado. Iban a casarse. Pero entonces, como salida de la nada, llegó una carta de Londres, del cuñado de Mungo. ¿Aceptaría él una misión de la Asociación Africana para explorar África Occidental con el objetivo de localizar el río Níger? Ella leyó la respuesta en sus ojos. Dos semanas después, con el equipaje hecho, él le dijo ante la portezuela del coche que lo llevaría a Londres: «Voy a dejar una huella en el rostro del mundo, Ailie. ¿Me esperarás?».

Y desde entonces lo está esperando.

Por supuesto, en los Borders ningún hombre le llega a la suela del zapato a Mungo. Hay todo un hatajo de yunteros y petimetres, con menos espíritu aventurero que un perro faldero enfermo. Basta con mirar a Gleg —el actual aprendiz de su padre—, quien no es más que un renacuajo comparado con Mungo. Este no es capaz de emprender ninguna hazaña, a menos que la aventura venga y lo agarre por sus grandes y aleteantes orejas. Ailie suspira, deja el frasco de loción oleaginosa junto al cepillo del pelo y llama a su hermano a voz en grito: «¡Zander! Ayúdame a arrastrar la tina, por favor».

Alexander Anderson está arrellanado en el salón, ora leyendo el poema *Juana de Arco*, de Southey, abierto en su regazo, ora contemplando por la ventana los lánguidos copos arrastrados por el viento. Está disfrutando con la ventisca y la paz hogareña, feliz porque al fin tiene un respiro en su ajetreo como médico. También se alegra de la presencia de Gleg. Desde que dejó la universidad, en la primavera, su padre no hace más que llevarlo de un sitio a otro haciendo visitas a domicilio, imponiéndole férulas y escalpelos, ora echándole bravatas, ora lisonjeándolo, suplicándole que ocupe el puesto de médico rural. «¿Qué pasa contigo, muchacho?», tronaba el viejo. «¿Vas a pasarte la vida vagueando y lamiéndote el trasero igual que las ovejas en el campo o vas a buscar un trabajo como Dios manda y como corresponde a un hombre y a un Anderson? ¿Eh? Habla más alto, muchacho... No puedo oírte porque la cólera y la plejidad me están volviendo loco».

Pero Zander no quería ser médico rural. Detestaba el olor de los aposentos de los enfermos, sus labios cianóticos y su fétido aliento. Cuando no era un hombre atropellado por un carromato, con las costillas como rosadas estacas clavadas en su tórax, era un niño que tosía atrozmente por las noches, con sangre en el mentón; cuando no eran huesos rotos, eran venas rotas, y cuando no, ataques cardíacos. No quería saber nada de eso. La mortalidad era un cáncer, una úlcera. ¿Qué necesidad tenía de contemplar todo eso diez veces al día? Hombres borrachos, mujeres embarazadas e inmundos niños con sus hernias y sus diviesos, sus viruelas y sus infecciones; todo eso le inspiraba más terror que compasión. Él no quería explorar heridas, ni sacar sangre, ni poner cataplasmas en tumores y lesiones, lo único que quería era vomitar, echar a correr.

Gracias a Dios estaba Gleg. Puede que sea desagradable y hasta falso, desgarrado y torpe, una extraña presencia que estorba en la casa; pero vive y respira, anda a dos patas y constituye un claro e inequívoco blanco para el entusiasmo del viejo. Desde que Gleg llegó, se acabaron las presiones. Cada vez que hay que enganchar un caballo al carro, colocar un hueso, recoger hierbas y machacarlas, el viejo llama a su Gleg. Cuando se trata de oír monsergas moralizantes, o comentarios críticos sobre los precios, el estado del tiempo, eso de empolvase el pelo o el «gran Rey Alemán», es su Gleg quien debe bajar la cabeza y escuchar atentamente. Lo cual no quiere decir que el buen doctor haya olvidado a su único hijo, ni por asomo. Todavía lo reprende y lo sermonea, regañándolo por estar siempre en Babia, por su falta de ambición, por sus ropas y su peinado y sus opiniones, y de vez en cuando vuelve a sacarlo de casa, en medio del viento cortante, para hacer visitas a domicilio. No, ese empecinamiento nunca cambiará, no mientras Zander permanezca bajo el techo de su padre. Pero al menos, de momento, Gleg mantiene entretenido al viejo. Y Zander puede respirar más tranquilo. Puede sentarse cómodamente ante la chimenea y beber a sorbitos una copa de jerez. Puede jugar al solitario, leer un libro de poesía. O ponerse una bufanda y salir a vagar por la mustia colina preguntándose qué demonios va a hacer con su vida.

—¡Zander! —Ailie está en el pasillo, con una toalla en la mano—. ¿Puedes ayudarme con la tina?

Zander levanta la vista del libro. Afuera la nieve empieza a convertirse en aguanieve.

—¿Vas a tomar un baño? —le dice—. ¿Con este tiempo?

LA TINA ERA UNA RELIQUIA de familia. Oscura y maciza, olía a mar, a jabón rancio, a pelo mojado, a moho y a antigüedad. En ella se había bañado Euan Anderson, el abuelo de Ailie, después de la batalla de Culloden. En aquella tina, Emma Oronsay, su bisabuela, formaba montañas de pompas de jabón mientras Händel se deslizaba aguas abajo por el Támesis a bordo de una gabarra, y a Godfrey Anderson, su tío abuelo por parte de padre, lo encontraron muerto allí, hundido en el agua teñida de rojo, con las muñecas cortadas hasta el hueso. Fantasmas y ecos. El último recuerdo que Ailie conservaba de su madre estaba vinculado al tacto y al olor de aquella tina. A la cálida luz de las velas, en medio del zumbido de la tetera, Zander y ella se divertían chapoteando en la tina, mientras aquella mujer de tristes y sufridos ojos, aquella mujer, su madre, con el cabello como un campo en flor, extendía sus tersas manos para restregarles las espaldas, las orejas y las partes pudendas. Un buen día desapareció. Se fue a pasar un fin de semana a Glasgow y nunca volvió.

Euphemia Anderson, de soltera St. Onge, era una devota de la astrología. Trazaba cartas astrales, hablaba de ascendentes y de conjunciones de planetas. «Compra cereales en la Bolsa, James —le aconsejaba a su marido— ha llegado el momento

propicio». O bien: «La yegua parirá esta noche. Será un caballo bayo, con una de las patas traseras lisiada». Tenía una hermana gemela. «Mi hermana melliza es una princesa árabe», solía decir. «Vive en el ancho mundo. Nunca la conoceré».

Su hija nació en junio, nueve minutos y medio antes que su hijo. Alice y Alexander. Gemelos. Ella los vestía idénticamente, a veces con pantalones cortos, a veces con faldas. Detenía a la gente en la calle para presentarles un día a su querida hijita, y al siguiente, a su hijito. Obsesionada con el concepto de géminis —cuerpos gemelos, mentes gemelas, dedos y orejas y ojos gemelos—, Euphemia era incapaz de aceptar las trascendentales y viscerales disparidades determinadas por cosas tan insignificantes como una hendedura o un arrugado colgajo de piel no mayor que la uña de su pulgar. Eso ofendía su sentido de la proporción. Cuando ella partió para Glasgow, el doctor Anderson se ocupó de los gemelos. A Zander lo envió a un internado y Ailie cayó en el regazo de una institutriz.

Ella tenía seis años cuando llegó la señora Alloway. La señora Alloway le explicó que las señoritas estaban destinadas a los aros del croquet y a los trajes vistosos, que debían ejercitarse en la versificación y en la música y en otras artes anodinas, que las señoritas, por encima de todo, eran señoritas, el vellón y plumaje de la sociedad. En protesta, Ailie se cortó el pelo por el hombro. Desde entonces lo lleva así.

Pero ahora su madre era un recuerdo confuso, algo más bien vago en el fondo de su memoria, y la señora Alloway se reducía a una nulidad, una vieja arrugada, pensionista de la muerte, en una casita de campo con goteras. Siempre había que rendir homenaje a esa vieja tina, a los recuerdos atrapados en el olor que despedía o en el tacto de su áspera madera, pero hoy se trataba de celebrar la vitalidad, y ella cierra los ojos evocando a Mungo, su cara flotando bajo mil máscaras, sonriendo, pestañeando, el ángulo que forma su labio superior cuando él empieza a contar una historia divertida, el aspecto aturdido cuando mete el pie en un cubo o se cae del caballo. El agua está caliente, es reconfortante y sensual. Ruboriza su piel. Ella está en Islandia, está en Noruega. Los copos de nieve se derriten en las aguas termales y de la niebla emerge una silueta, desnuda y atlética, pronunciando su nombre..., pero ¡maldita sea!, ha olvidado la manopla para el baño. Está sobre la mesa, fuera del alcance de su mano.

Cuando se levanta, el agua le chupa la espalda dejando al descubierto unos pechos casi planos, muchachiles, el cuerpo brillando con la humedad, el oscuro coño como un agujero abriéndose paso a empellones en sus entrañas. En ese momento, se abre la puerta y su padre irrumpe en la habitación, seguido de su aprendiz, Georgie Gleg. Ella se queda rígida, y acto seguido se deja caer de sopetón en el agua, como una piedra. Azarosas olas rompen contra el borde de la tina derramándose sobre el entarimado.

—¡Niños! —grita el viejo, fanfarroneando para disimular su desconcierto—. ¡Niños, niños y más niños! ¡Salen gateando del útero en medio de una ventisca!

Ya ha llegado al armario, y está poniéndose el impermeable y las botas.

—¡Es la tercera vez que me llaman! ¡La tercera! Hacía dos meses que no asistía a un parto y ahora que el mismísimo Belcebú alborota el tiempo todas las mujeres del condado se ponen a parir.

Ailie está sumergida hasta el cuello en agua caliente. Sus orejas están coloradas. Gleg, alto y flaco y zalamero, es dos años más joven que ella, y permanece junto a la tina, con sus dientes de caballo, contemplándola extasiado, como si acabara de entrever un ardiente coño o una escalera descendiendo del cielo. Se ha quedado con la boca abierta, arrobado, con la nariz temblando.

—¡Gleg! —ruge el viejo—. Deja de estar boquiabierto como una hiena y ponte el abrigo de una vez, muchacho. ¡Tenemos que salir a hacer una visita! Gleg corre hacia el armario como si estuviera despeñándose por un precipicio, revuelve torpemente los bolsillos de su gabán y empieza a forcejear con el pomo de la puerta. Impaciente, el doctor Anderson se precipita hacia él y lo saca a empujones. La puerta se cierra ruidosamente. Desde el cobertizo trasero llega la resonancia de pies arrastrados, luego el asmático resuello de la puerta que da al exterior, y ellos salen.

El pez se agita en la pecera. Las tórtolas se arreglan las plumas con el pico. El fuego sisea. Y Ailie, animada por el penetrante calor del baño, empieza a frotarse las piernas con la manopla, con la mente en blanco, restregándose y enjuagándose, entregada al proceso de purificación.

NI TWIST, NI COPPERFIELD Y NI SIQUIERA FAGIN

NI TWIST, NI COPPERFIELD y ni siquiera Fagin tuvieron una infancia comparable a la de Ned Rise. Vagaba sucio y andrajoso, casi sin instrucción, sin nadie que le quisiera, maltrecho, preocupado, desvalido, muerto de hambre, mutilado y huérfano; una víctima de la pobreza, de la ignorancia, de la mala suerte, del rencoroso destino y de la ginebra. Su niñez fue tan depravada que, de haberla imaginado, hasta un Zola hubiera sentido escalofríos.

Nació detrás de una posada de mala muerte que los bromistas denominaban Tierra Santa: en un pesebre lleno de paja cuyo alquiler costaba un penique cada noche. Corría el año 1771, era el mes de febrero. A su madre no le alcanzaba para pagar una cama, así que se introdujo a hurtadillas en el cobertizo, con unos dolores del parto que eran puñetazos en el pubis y empuñando una botella de esa ginebra que llamaban Derríbame. La paja estaba sucia. Los excrementos de las palomas caían del techo. Hacía tanto frío que hasta los piojos permanecían inactivos. Ella escogió un pesebre al final, para estar cerca de los caballos y del escaso calor que despedían. Y allí se sentó con su botella.

Era una borracha, la madre de Ned. Un miembro más de la gran hermandad de mujeres que ahogaban sus penas en ginebra. Por aquel entonces, en la historia

británica, las hermandades de mujeres —y su variante masculina, la «fraternidad»— eran instituciones florecientes. Cuando la ginebra se introdujo por vez primera en Inglaterra, a finales del siglo XVII (algunos afirman que la introdujo Guillermo III desde Holanda, otros que el diablo en persona la destilaba de huesos y tuétanos), de la noche a la mañana hizo furor entre las clases más humildes. Era barata como la orina y potente como una coza en la cabeza. Todos se volvieron locos por la ginebra: después de todo, ¿para qué pasarse la noche bebiendo cerveza para emborracharse si ahora uno podía enloquecer en solo media hora y al precio de un penique? Hacia 1710 las calles estaban plagadas de borrachos, unos en cueros, otros tiesos como lápidas sepulcrales. Cuando sir Joseph Jekyll, juez del tribunal de apelación, dio a conocer la legislación para restringir la perniciosa influencia de la ginebra mediante leyes reguladoras e impuestos, una multitud enfurecida apedreó su casa y destrozó las ruedas de su carruaje. La cosa no acabó ahí. La ginebra era un paliativo en aquellos años duros, era sueño y poesía, era la vida misma. *Aqua vitae*. La madre de Ned pertenecía a la segunda generación de adictos a la ginebra. Su padre era curtidor. Bebía dos pintas diarias y zurraba pieles. La vendió como criada cuando ella cumplió nueve años. A los trece ya deambulaba por las calles, y a los catorce era madre. Todavía no había cumplido los veinte cuando murió de cirrosis, meningitis, tisis y vómitos verdes.

Había otros tres inquilinos en la Tierra Santa durante aquellas monótonas noches invernales. Uno era un patriarca sin familia cuya tos sonaba como dados agitados en un cubilete y que murió antes de salir el sol. El casero lo descubrió al día siguiente por la mañana: coágulos de sangre congelados en la boca, en el cuello y en el marchito nido de su barba blanca. Luego estaba el cantero —monumentos y mojones de granito—, quien llevaba tres días borracho. Vomitó en la paja y allí mismo se acostó a dormir. Por último, una vieja envuelta en jirones y retazos, como el maniquí de una modista, que entró arrastrando los pies después de medianoche y cayó de cabeza en un pesebre, frente al de la muchacha embarazada. La vieja, cuya respiración rechinaba como un engranaje oxidado, oyó los quejidos de la madre de Ned. Quejidos. Eso no era nada del otro mundo. La vieja cerró los ojos. Pero entonces se oyó un grito, y luego otro. La vieja se incorporó. En el pesebre de enfrente yacía una chica de catorce o quince años. Tenía la frente perlada de sudor. Del bolsillo de su chaqueta sobresalía el cuello de una botella. Estaba de parto.

La vieja bruja se acercó, agarró la botella y se la llevó a la boca.

—¡Oye! —cacareó—. ¿Qué te pasa, guapa? Vas a dar a luz, ¿verdad? La muchacha levantó la vista, con el corazón en un puño.

—¡Ehhhhhh! —chirrió la anciana, espantando las palomas que anidaban en el techo—. Yo di a luz sola, solita. ¡Oh, sí! Hubo un tiempo en que los niños se caían solos del vientre, como hacen las manzanas de los árboles. El cutis de la arpía era como la piel de una serpiente tras la muda, de una edad indescifrable. ¿Quién podía decir cuán enmohecida estaba su carne o durante cuántos años había languidecido en

un serrallo turco o en una choza bereber? ¿Quién podía adivinar a qué oscuros y tortuosos abismos había descendido, o en qué estaría pensando cuando se atravesó el labio con aquel arillo de oro?

—¡Ayúdame! —susurró la chica.

NACÍO DE PIES. Primero salieron las arrugadas piernas y las nalgas, luego los hombros y el cuello, y la blanca, lisa y brillante coronilla. Lo peor había pasado. Con sus dedos ásperos y resecos, la vieja había sacado a Ned de un tirón. Luego ligó el cordón umbilical y le dio una nalgada. Ned soltó un vagido. Luego, con el borde de la falda, limpió la sangre y las mucosidades del cuerpo del bebé y lo arropó en su abrigo. La bruja miró a su alrededor, taimada y furtivamente, y entonces se dirigió a la puerta del cobertizo. ¡Ladrona de recién nacidos!

La madre de Ned se apoyó en un codo y palpó a su alrededor, no solo buscando al niño, sino también la botella. Ambos habían desaparecido. Vislumbró los hombros enjutos de la vieja huyendo en medio de la penumbra y entonces empezó a chillar, a chillar como una tormenta de arena en el desierto, como si fuera la muerte del universo. La arpía se precipitó hacia la puerta, con los chillidos de la muchacha a la espalda y los caballos dando coces en los pesebres. El patriarca de la barba blanca no se despertó. Pero el cantero sí. Tendría unos veinte años. Día tras día labraba bloques de granito como quien estruja papeles de periódico.

—¡Detenedla! —gritó la chica—. ¡Se lleva a mi bebé!

El cantero saltó la barandilla de su pesebre y corrió hacia la bruja que ya estaba a punto de pasar de soslayo por la estrechura de la puerta medio atascada. Ella se volvió en redondo, con una tijera oxidada en la mano. «¡Atrás!», siseó. El puñetazo fue como un secuestro, callado y brutal. Golpeada en el hombro, la vieja se desplomó como un haz de leña menuda. Al caer, se oyó un ruido de cristales rotos. Y el agudo quejido de un niño.

EL NOMBRE DEL CANTERO era Edward Pin. Para abreviar, le llamaban Ned. Acogió a la muchacha y a su hijo en su domicilio de Wapping. Una feroz resaca asomaba a sus ojos. Ella lo bañó en lágrimas y él se sintió como un héroe, sin que importara cuánto le dolía la cabeza. Según parece, cuando la botella se rompió, el niño resultó herido en el pecho. Pin encendió un poco de leña para caldear la habitación. La cabellera de la muchacha colgaba desparramada cuando se inclinó sobre el bebé para curarle la herida. Su nombre era Sarah Colquhoun. Era una alcohólica.

—Voy a ponerle Ned —dijo articulando mal—. En honó a su salvadó.

Pin sonrió de oreja a oreja. Pero entonces se produjo un cambio en su cara y la cogió por el pelo.

—¡No vayas a ponerle el apellido Pin, guarra! Ese niño no es nada mío.

—Su apellido será Rise —le respondió ella gritando—. ¡Ned Rise, hijo de puta! Era la metafórica expresión de una esperanza.

—¿Y sabes por qué? Porque crecerá y se elevará sobre toda esta mierda en la que su madre ha vivido desde que nació^[2].

—¡Ya! —sonrió el cantero con sarcasmo—. ¿Bautizado con sangre y con ginebra, y con una madre borracha y puta...? Lo dudo mucho.

LOS RECUERDOS QUE NED conserva de su madre son borrosos. Una cara ojerosa, toda pómulos y frente, la piel estirada como un cuero hasta más no poder. Una tos pertinaz por las noches. Tísica palidez. Demacrada. Murió antes de que él cumpliera seis años. Pin, ni que decir tiene, era un borracho empedernido con el temperamento de un gato furioso. Cuando trabajaba, regresaba a casa blanco con polvo de piedra. Los ojos inyectados de sangre a causa del alcohol. Entonces se dedicaba minuciosamente a torturar al niño, por puro placer, como hacen los niños de diez años con una rana o con una rata. Le ataba las piernas y lo colgaba del alféizar de la ventana del tercer piso como si fuera un pantalón mojado. Sujetaba firmemente el orinal contra la oreja de Ned, suavizaba el filo de la navaja de afeitar en su espalda, le sumergía la cabeza en una tina llena de agua durante un minuto. «¡Te ahogaré como a una rata!», rugía.

Cuando el niño cumplió siete años, el cantero decidió que ya era hora de que se ganara la comida trabajando. Una noche regresó del trabajo con una cuerda, cogió al niño por el cuello, lo inmovilizó y le ató las piernas a la altura de las rodillas. Luego le cortó los pantalones por las canillas, confeccionó una muleta con un palo de escoba y lo sentó en la calle para que pidiera limosna. Soplaba un viento frío, y las ataduras mordían las carnes del pequeño. Lo mismo daba. Tenía siete años, el estómago encogido por el dolor de tripas y la cara sucia, se columpiaba en un solo pie igual que una cigüeña borracha y mendigaba en Russell Square, en Drury Lane, en Covent Garden Square. Pero la mendicidad era una profesión demasiado popular en aquellos tiempos, y la competencia era feroz. Un ejército de lisiados, leprosos, mongólicos, paralíticos, tartamudos, babosos y otros gemebundos ocupaba las aceras, codo con codo. Estaba el pordiosero sin piernas sentado en un orinal que avanzaba apoyándose en los nudillos como un mono; estaba la manca que limpiaba botas con la lengua; estaba el hombre-perro con una cola marchita y sobresalientes colmillos sarrosos. Ned no tenía muchas posibilidades.

Había veinte chelines en una libra esterlina, doce peniques en un chelín, y cada penique se dividía en cuatro monedas fraccionarias. El primer día, cuando Ned volvió a casa con dos cuartos de penique, Pin le dio una paliza. Al día siguiente, después de dieciséis horas de súplicas, implorando y rogando, lo único que Ned había conseguido era un trozo de cuerda, tres castañas y un botón de latón. Pin volvió a zurrarlo, esta vez poniendo especial atención en la nariz, la boca y los pómulos. De resultas, la cara de Ned adquirió la coloración y la consistencia de una ciruela

fermentada. Lo cual originó cierto progreso en su recaudación, pero con la circunstancia agravante de que cada día Pin experimentaba la necesidad de provocarle nuevos verdugones. Después de un mes de zurras, a fuerza de tanto pegarle, a Pin se le distendió un músculo del brazo. Tiene que haber una forma más eficaz, pensó el cantero. Y entonces la concibió. «Ned —gritó—, ¡ven aquí!».

Pin estaba sentado a la mesa frente a un vaso de ginebra. La porquería acumulada en el suelo le llegaba a los tobillos: papeles, trapos, huesos de cerdo y de pollo, astillas de madera, fragmentos de vasos, pedazos de vasijas de barro, plumas. Ned estaba quieto en un rincón, fingiendo que era invisible. El cantero se volvió violentamente hacia él.

—He dicho que vengas aquí.

Ned se acercó. Sobre la mesa había una cuchilla de carnicero, fría y opaca. Cuando Ned la vio, empezó a lloriquear.

—¡Cierra el pico! —bramó Pin, forzando la mano derecha de Ned sobre la mesa. El mugriento puño del cantero cubría la mano del niño como si fuera una capucha. Temblorosos, vulnerables, los dedos de Ned yacían en el tajo. Estaba pálido como el cordero que va al matadero. Debajo de sus uñas se formaron semicírculos negros. La cuchilla cayó.

Con un brazo en cabestrillo para que se destacara la mano mutilada y sacar ventaja (Pin había cortado la primera falange de cada dedo, pulgar incluido), las recaudaciones de Ned empezaron a experimentar una franca mejoría. Al cabo de un par de meses sacaba siete u ocho chelines diarios: una pequeña fortuna. Pin dejó el oficio de cantero para pasarse las noches en tabernas y cafés, atiborrándose de pato a la naranja, empinando el codo sin cesar y manoseando con sus anchas y callosas palmas cuantas tetas y nalgas de ramerías se pusieran a su alcance. Mientras tanto, a Ned se le congelaba el culo en la calle, atragantándose con mendrugos y sopa de repollo. La pérdida de las yemas de sus dedos seguía horrorizándolo, una pesadilla despierto. Quería poner pies en polvorosa. Quería morir. Pero Pin lo amansaba dándole coscorriones y amenazándolo con más amputaciones. «¿Quieres perder también lo que aún te queda de dedos? ¿O quizá la mano entera? ¿O prefieres que te corte el brazo? ¿Eh?».

Y luego se echaba a reír.

Una fatídica noche, cuando el excantero salió del Magpie and Stump y cruzaba la calle haciendo eses para ir a inspeccionarle los bolsillos a su pupilo, un landó tirado por cuatro hermosos caballos bayos lo derribó en el pavimento. Enredado en las ballestas del juego trasero, Pin fue arrastrado unos noventa metros a lo largo de la calle. Una mujer chilló. Estaba muerto.



DURANTE AÑOS NED VIVIÓ EN LAS CALLES: mendigando, rateando, comiendo

desperdicios, cobijándose ocasionalmente en casa de locos, pederastas o asesinos. Era una vida muy dura. Sin una mano que le confortara ni una voz que le elogiara. Creció como un salvaje.

Cuando cumplió doce años, su suerte cambió. Estaba en los jardines Vauxhall una mañana, hurtando carteras y descortezando árboles, cuando se detuvo atraído por un sonido que vibraba en el aire, una flauta sobrenatural, como algo salido de un sueño. La música parecía venir de detrás de la fuente, cerca de los macizos. Al acercarse se encontró con un grupo de asiduos al parque —golfos y mujeriegos, damas y furcias, ayas con niños, petimetres, carteristas, vendedores ambulantes—, congregados alrededor de un hombre que tocaba un instrumento de madera. Era un calvo mofletudo, con la cara y la coronilla rojas como el jamón. Su gran papada palpitaba en simpática correspondencia con la intensa vibración del instrumento. Vestía como un caballero.

Ned observó la destreza de los dedos recorriendo de arriba abajo las llaves: ora ligeros, ora haciendo una pausa; ora alzándose, ora precipitándose y saltando como una camada de cachorros jugando. Las trinitarias y los junquillos estaban en flor. También las raspillas y las peonías. Ned se sentó en el césped para disfrutar de aquella melodía tan dulce como pájaros gargarizando miel. El calvo marcaba el compás con el pie. Algunos de los que le escuchaban empezaron a imitarlo: las pantuflas, las zapatillas y los zuecos golpeaban el suelo al unísono, como movidos por medio de hilos. Una mujer meneaba la cabeza describiendo un suave y apasionado arco, casi imperceptiblemente el sol reverberó en sus bucles formando una aureola. Ned también empezó a marcar el compás con los pies. Nunca en su vida había sido tan feliz.

Cuando el músico hizo una pausa para descansar, el gentío se dispersó. Ned se quedó un rato mirándolo. El hombre desenroscó la boquilla del instrumento, aflojó la lengüeta de caña y la mantuvo en equilibrio en la punta de la lengua como si fuera una hostia. De una maleta de piel sacó un cepillo y limpió primero la boquilla y luego el tubo del instrumento formado por piezas de madera dura. Las llaves relucían al sol.

—Todo esto te resulta estimulante, ¿verdad? —dijo el hombre dirigiéndose a Ned.

Ned estaba sentado allí, mascando una hoja de hierba, harapiento como un prado venido a menos. Su vida transcurría en el estiércol de las calles, orinaba en el Támesis, se procuraba la ropa buscando en los cubos de basura, quitándosela a los borrachos comatosos y a los rígidos cadáveres amontonados como leña debajo de los puentes. Más montaraz e inmundo que si hubiera sido criado por los lobos.

—¿Y qué? —bufó. El músico se sacó la lengüeta de la boca, la examinó y volvió a introducirla entre sus labios. Había diez mil carasucias huérfanos como aquel en las calles. Aparecían por doquier, siempre insinuándose, ofreciendo sus bocas y sus cuerpos, gimoteando a cambio de algo de calderilla, un mendrugo y un poco de cerveza. Pero aquel tenía algo que le atraía sobremanera, aunque no sabría decir qué. Hizo un esfuerzo.

—No sé, pero me pareció que apreciabas mi pequeña interpretación... La melodía, quiero decir.

Ned suavizó su actitud.

—Y así es —admitió. El hombre le mostró el instrumento.

—¿Sabes qué es esto?

—¿Un pífano?

—Un clarinete —dijo el calvo.

Ned quiso saber cómo se tocaba el instrumento. El hombre se lo enseñó.

—¿Puedo aprender a tocarlo? —preguntó Ned.

El músico clavó los ojos en la mano de Ned, y entonces le preguntó si tenía hambre.



PRENTISS BARRENBOYNE era propietario de un edificio de pisos en Mayfair. Era cincuentón y solterón. Su madre, una feroz y mordaz señora con la que siempre vivió, había muerto hacía un mes. Aquella noche llevó al niño a su casa y le permitió dormir en la carbonera. Al día siguiente por la mañana, le dio instrucciones a su ama de llaves para que lo aseara y le diera de comer. Había abierto una brecha. Hacia el final de la semana Ned Rise ya era uno más en la casa. Oficialmente era un sirviente, pero Barrenboyne, cautivado por el ingenio del muchacho y por su apasionado interés en el clarinete, empezó a tratarlo más bien como a un miembro de la familia. Le compró ropa, le dio leche y chuletas y menudillos en salsa, le enseñó a leer y a mantener en equilibrio una taza de té en las rodillas. Iban juntos a las salas de conciertos, al teatro, al astillero y al zoológico. Barrenboyne contrató a un preceptor. Y, aparte de un par de frases en francés y algunas nociones de ortografía, de geometría y de piscicultura, Ned aprendió a abominar de los clásicos. Él no era Eliza Doolittle. Sus progresos —si la asimilación bimestral de una fecha histórica o de una operación aritmética merece llamarse así— eran lentos como la deriva continental. El preceptor siempre estaba a su lado. Miraba a la cara de Ned y veía la cara de un sabiondo. Le acusaba de ser un gamberro que se las daba de beber tinta, y le azotaba las nalgas con el mismo fervor con que intentaba meterle los conocimientos en la cabeza. Ned lo soportaba todo con paciencia y humildad. Ningún berrinche, ni un solo reproche, ni tampoco canguelo. Hacía lo que esperaban de él, cantar hosannas a su redentor y mejorar su porvenir. No iba a desaprovechar una oportunidad tan buena como aquella.

Transcurrieron siete años. En Francia cursaban invitaciones para la guillotina, al otro lado del Atlántico talaban bosques y apaleaban a los indios, en el East End de Londres le echaban el guante al misógino apodado el Monstruo, que se había pasado dos años rondando las calles y tatuando a navajazos los glúteos de las mujeres, y en Mayfair, Ned Rise comía tres veces al día, dormía en una cama limpia, se bañaba por

lo menos una vez cada quince días y se cambiaba de ropa interior todas las mañanas. Siete años. El recuerdo de su vida callejera empezaba a desvanecerse. Nunca más había vuelto a comer menudencias, ni a presenciar escenas de perversión, hurto, incendios provocados ni cosas aún peores, ya no tenía que acurrucarse sobre las cenizas, con una costra de hielo en las pestañas y un frío puñetazo en los pulmones; eso nunca volvería a vivirlo Ned Rise, el orgullo de los Barrenboyne.

Durante años, Ned y su protector vivieron tan unidos como el paladar y la lengüeta, unidos por su amor a la música. A la semana de haberlo adoptado, el viejo empezó a impartirle clases de música. Con el rostro encendido y la coronilla colorada, con sus pobladas patillas erizadas, una noche Barrenboyne entró sonriendo en el aposento de Ned. Llevaba un estuche de madera en la mano. Dentro había un antiguo clarinete soprano en do, el mismo que él había tocado de pequeño. Se lo dio a Ned. Al cabo de un año, y a pesar de su mutilación, Ned tocaba aceptablemente, y cuando llegó el verano ya era capaz de repentizar, y cinco años después era lo bastante hábil para acompañar a su mentor en el parque durante su debut. Se sentaron en el mismo banco donde Ned había visto por primera vez al músico, él con su clarinete soprano en do, Barrenboyne con el suyo en si bemol, y ejecutaron partituras de Estienne Roger. La gente se aglomeró alrededor, siguiendo el compás con los pies, balanceándose, mientras Mozart, agonizando en Viena, componía su gran *Réquiem*. Ned estuvo a la altura de las circunstancias.

UNA MAÑANA, poco antes del amanecer, Barrenboyne entró en la alcoba de Ned y lo sacudió por el hombro.

—Levántate, Ned —le susurró—. Te necesito.

Le temblaba la voz. Su cara estaba más colorada que nunca, roja como un tomate, como un estandarte o como las casacas de los húsares del rey. Ned tenía diecinueve años.

—¿Qué sucede? —preguntó. Recibió la callada por respuesta. Los pájaros empezaban a trinar al otro lado de la ventana. El viejo respiraba como una locomotora.

—Vístete y reúneme conmigo en la puerta de la calle —le dijo.

Barrenboyne estaba esperándolo en la entrada. Iba vestido como en el funeral de su madre, chistera de castor, levita de seda. Bajo el brazo, un maletín hecho con la piel escamosa de algún exótico reptil. ¿Un nuevo clarinete?, pensó Ned. Nunca antes había visto aquel estuche. Caminaron a paso rápido: atravesando Grosvenor Square, bajando por Brook Street, cruzaron Park Lane hasta entrar en las áreas tersamente verdes del parque. El lugar estaba desierto. La nieve, cual leche pulverizada, se deslizaba sobre el mojado césped. Un cuervo graznaba en la rama de un árbol.

—¿Sabes qué es un padrino? —preguntó Barrenboyne.

Fue una bofetada en el rostro.

—¿Un padrino? ¿No pensarás...?

El viejo lo cogió por la manga.

—No te pongas nervioso —dijo—. Ya eres un hombre hecho y derecho, Ned Rise. Demuéstralo.

Dos siluetas brotaron de la penumbra, estaban esperándolos en la orilla del lago Serpentine. Uno de los hombres era negro, rechoncho como un puerco. Llevaba una pluma en el sombrero, pantalones de ante, calcetines de hilo de Escocia y un iridiscente chaleco. Todo un dandi. Barrenboyne se dirigió hacia ellos resueltamente, hizo una reverencia y presentó el maletín de cuero. La temperatura rondaba los veintiún grados, pero el negro estaba tiritando. Su padrino, tras inhalar rapé de una tabaquera esmaltada, estornudó llevándose el pañuelo a la nariz y cogió el estuche de cuero. Entre estornudos, abrió el maletín y se lo enseñó al negro. El negro eligió un revólver. Tenía aliento etílico. Entonces el acatarrado le ofreció la maleta a Barrenboyne. El viejo extrajo el arma tan elegantemente como si estuviera sacando el clarinete de su estuche para ejecutar un alegre concierto en la hierba. Empezó a lloviznar.

El acatarrado seguía inhalando rapé en un paroxismo nervioso, abriendo energicamente el maletín, pellizcando el polvo y llevándose a la nariz, respirando con dificultad y moqueando en el pañuelo, sacudiéndose y estremeciéndose incesantemente como un epiléptico. El negro dejó caer su arma. Seguía lloviznando. La papada de Barrenboyne empezó a vibrar como si estuviera afinando el clarinete y, en reciprocidad, Ned también temblaba como una cuerda simpática. Finalmente el acatarrado dispuso que se alejaran veinte pasos y ocuparan sus posiciones. «¡Listos!», se desgañitó. El eco de dos severos chasquidos metálicos resonó en el parque, uno imitando al otro. «¡Apunten!». Barrenboyne y el negro levantaron lentamente sus armas, como si estuvieran saludándose o ejecutando una nueva figura de danza absolutamente revolucionaria. Ned ya los imaginaba, en un paso de ballet sobre el césped, saltando hasta caer uno en brazos del otro. «Ffff...», se oyó la abortada orden, seguida por un séptimo y violento estornudo. Fue un relámpago y un estallido. Los pájaros chillaron al final del parque. El negro se cubría el rostro con el codo mientras su pistola humeaba. Barrenboyne yacía en la tierra. Muerto como un faraón.

EN PELIGRO

AL ROMPER EL ALBA, el sol ascendió sobre el Sahel como la yema de un huevo cascado reanudando su obra: calcinando, incinerando, abrasando cualquier vestigio de vida dentro de su ámbito. Los animales carroñeros y los errantes reptiles nocturnos regresaban a sus guaridas mientras los grandes buitres nubios sobrevolaban la llanura para llevarse las sobras. Las rocas empezaban a dilatarse, los raquíuticos arbustos

hundían sus raíces profundamente en la tierra, las mimosas contraían sus hojas como quitasoles. A las ocho de la mañana el horizonte reverberaba.

Mungo Park estaba inmóvil, tendido de espaldas, observando los descabellados círculos que trazaba un milpiés en el techo de la tienda. Desde la noche de su «intento de fuga» las cosas han empeorado. Ahora, cada noche, hay seis hombres medio dormidos en la puerta de su tienda, y le han reducido a la mitad la ración de comida y de agua. Ha empezado a ocurrírsele que después de todo podía ser un fracasado, que muy bien podía quedarse allí tumbado y consumirse, impávido, mientras descubría las interioridades de una tienda mora. Su nombre se añadiría a los de Ledyard, Lucas y Houghton en la lista de fracasos e ignominias. Nunca volvería a ver a Ailie, tampoco a su madre, ni las amenas orillas del Yarrow. Sus huesos se secarán y se resquebrajarán y se pulverizarán bajo otro sol, bajo la adversa conjunción de los astros conjurados. Empieza a desalentarse.

Súbitamente la puerta de la tienda se apartó con un aletazo, y Johnson entró. Traía una de esas cantimploras o botas de cuero de cabra que llaman *guerbas* en aquellos parajes. El explorador siguió allí echado, atormentado por la fiebre, plagado de gusanos, con el estómago encogido y el esfínter muy dilatado, apenas sin poder levantar la vista. Débil, hediondo y extenuado, había perdido toda esperanza. Johnson se arrodilló a su lado y acercó el brocal de la bota a su boca. Los labios del explorador buscaron a tientas, palpitando aceleradamente. Aquello era agua, fresca y limpia, agua sacada de las arenas movedizas y de las porosas entrañas de la tierra. Aquello estimulaba su cuero cabelludo, fortalecía las uñas de los dedos de sus pies, cantaba en sus frágiles huesos.

—Ahora estoy salvado —boqueó, y luego vomitó.

—Desde luego, señor Park. Tranquílese, toda esta agua es para usted.

—¿Qué? —Los ojos del explorador estaban irritados y amarillos; las mejillas, chupadas; la barba era un paraíso para las garrapatas, las pulgas, los piojos y las larvas de insectos.

—Ya me ha oído. El jefe Chacal me ordenó que le trajera esta bota y luego una escudilla de leche y cuscús.

—¿Leche? ¿Cuscús?

Fue como si Johnson le hubiera anunciado un estómago de cordero relleno y una sopa de cabeza de Carnero. Mungo sintió un temblor peristáltico, entonces se incorporó bruscamente, aferrándose a la *guerba* y mirando a todos los rincones de la tienda.

—¿Dónde? —jadeó, agitándose—. ¿Dónde? ¡Dímelo por el amor de Dios!

En ese momento entró un niño con una escudilla de madera. Leche y cuscús. El niño iba a depositarla a los pies del explorador, pero Mungo se la arrebató y sepultó la cara en la espesa y viscosa pasta con la desesperación de un hombre extraviado en el desierto durante cuarenta días con sus cuarenta noches. Lo cual era exacto.

Tras apurar la escudilla, se dio unas palmaditas en la barriga.

—Johnson —dijo—. ¡Oh, Johnson, Johnson, Johnson, no sabes cuánto te lo agradez...!

Pero ¿qué estaba haciendo? Había limpiado a fondo la escudilla y allí estaba su fiel amigo, su guía e intérprete, muerto de hambre.

—Johnson... —balbuceó bajando los ojos—, ¿puedes perdonarme? Me temo que estoy delirando un poco... y me he olvidado de ti.

Johnson levantó una mano.

—Oh, no se preocupe, ya me dieron de comer hace rato. Están obligados a hacerlo. De no ser así, ¿cómo iba a ir de culo por ellos? Todo el tiempo de acá para allá, carga esto, arregla aquello, friega esa olla, ordeña aquella cabra, engrasa las sandalias de Akbar, dale de comer a los caballos... ¡Joder! Parece que estoy de nuevo en la plantación. Más de una vez pensé que hubiera sido mejor que me dejaran aquí, languideciendo con usted.

Mungo se sacudió los esponjosos granitos pegados a la barba y se chupó los dedos donde aún quedaban restos de miel, luego bebió largamente de la bota. El color volvía poco a poco a su rostro.

—¿Y a qué se debe todo esto? —dijo—. ¿A qué se debe que ese maldito camellero se muestre de repente tan caritativo?

—Fátima.

Las sílabas fluyen como viento sobre el agua. Primero le había salvado los ojos, y ahora el resto del cuerpo. Un rayo de esperanza.

—¿Ella quiere verme?

Johnson dijo que sí con la cabeza:

—Dice Alí que hay que alimentarle, bañarle y ponerle presentable. No permitirá que su esposa examine a un cristiano sucio. Y también me dio esto para usted. —Y le alargó al explorador una pálida túnica doblada.

—¿Y esto qué es?

—Una juba. Dice Alí que tendrá que cubrirse las piernas. Consideró que sus pantalones eran aborrecibles, aunque fueran de nanquín —sonrió Johnson—. Puede que cuando usted regrese a Londres arrase con todos los dandis y petimetres estrenando una moda: faldas para caballeros.

Mungo también se echó a reír, ebrio de comida y de agua. Los dos se desternillaron resollando como asmáticos y enjugándose las lágrimas. De pronto, Johnson le miró súbitamente serio.

—Ella estará aquí mañana por la noche —dijo—. ¡No vaya a cagarla!

CANCIÓN DE PLANTACIÓN

AQUELLA NOCHE SUBSAHARIANA, inundada de pálida luz y afiladas sombras, Mungo

Park, por primera vez en casi tres meses, salió de la tienda y volvió a montar en su caballo. No solo le habían devuelto el caballo (más caquético que nunca, parecía uno de aquellos rocines destripados que los druidas solían empalar a guisa de adorno), sino que estaba acicalado y, en lugar de harapos, llevaba una juba blanca, completamente nueva. Tocado con su chafado sombrero de copa, vestía la chaqueta de terciopelo azul que solía llevar cuando acudía a la Asociación Africana, en la taberna de St. Alban, en Pall Mall. Alí y Dassoud lo flanqueaban en sus caballos de batalla. El de Alí era blanco, y el de Dassoud, tan absolutamente negro que perforaba un agujero en el horizonte (ilusión que él realizaba tiñendo de negro los cascos y el ano del animal, y tiznándole los dientes). Johnson cerraba la marcha montado en un asno abisinio.

Se dirigían a la tienda de Fátima, al final del campamento, a unos quinientos cincuenta o quizá seiscientos cincuenta metros de distancia. Alí y Dassoud iban en silencio, mientras Mungo, en voz baja, repetía las frases aprendidas en su libro de gramática árabe: «Es un gran honor para mí disfrutar del sol en vuestra presencia». «Permitidme que os rinda homenaje postrándome a vuestros pies». «Hace calor, ¿verdad?». Cuando pasaron por el centro del campamento, los perros corrieron ladrando tras los estribos del cristiano, los niños se agruparon para bombardearlo con pelotas de excremento de camello, los adultos salieron de las tiendas para mirarlo de reojo injuriando su raza, su credo y su color. «¡La madre que te parió!», vociferó un hombre. Pero entonces Alí levantó la mano y todos se callaron, los niños regresaron corriendo a donde sus madres, los perros desaparecieron. «Gracias», dijo Mungo. El rostro de Alí permaneció impasible. Lo que acababa de hacer no tenía nada que ver con la compasión ni con sentimientos de camaradería, simplemente lo hizo para que su mujer no se viera obligada a inspeccionar al recién aseado cristiano con una juba embadurnada de mierda, eso era todo.

LA TIENDA DE FÁTIMA era la más grande del campamento, y destacaba porque ostentaba listas de color gris, beige y azul añil. Mungo reconoció al descomunal nubio en la entrada. Estaba allí, en guardia, ejercitando los negros y abultados bíceps de los brazos. A mano derecha había una mujer sentada en cuclillas en el polvo, ordeñando afanosamente cuatro o cinco cabras. Mungo reparó en la pálida planta de sus pies y en los amarillos torpedos de las tetas de las cabras. Una mosca aterrizó en la nariz del explorador. El sol rozaba el horizonte.

—¡Desmóntate! —gritó Alí, mientras él y Dassoud saltaban de sus caballos como un par de volatineros rusos. Acercándose despacio en su asno, Johnson le tradujo la orden a su patrón mientras el nubio avanzaba hacia ellos para encargarse de los animales.

La mente del explorador se esforzaba penosamente, como Sísifo, tratando de asumir su circunstancia: estaba emocionado, nervioso, temblando entre la duda y la

aprensión. El éxito de su misión —incluso su vida— dependía de la impresión que causara durante su inminente entrevista con la reina. Sintió que el vientre se le aflojaba con la misma náusea, la misma sensación de cortocircuito renal que solía asaltarle en la escuela antes del examen final. «Nerviosismo estomacal», le llamaban a eso. Miedo escénico. Tener un tembleque. Atragantarse.

Y así, sudando como si participara en un maratón, se apeó del caballo, pero se le enredó el pie izquierdo en el estribo y ¡cataplum!, se desplomó en medio de una tormenta de polvo y pelos de cabra. Durante un rato se quedó en la tierra, con un pie colgando en alto, preguntándose qué demonios tenía que hacer ahora, mientras Dassoud y Alí intercambiaban miradas y Johnson acudía en su ayuda. Después de sosegar al caballo, Johnson consiguió desenredarlo del estribo, para lo cual tuvo que quitarle la bota. Pero aquello no era más que el principio. Por lo visto, aquel lugar era la meca de todos los moradores estreñidos del Sahel, una especie de letrina que conservaba intactos los primitivos encantos de la madre naturaleza, incluyendo toda su emplumada y peluda fauna. Aquí y allí, coexistían las cagarrutas de cabra con los zurullos de hiena; amén de las granuladas heces de camello, los excrementos de perro, las bostas de vaca y el estiércol de las ovejas que describían una espiral alrededor del viscoso y marchito rastro dejado por las víboras y los lagartos; incluso había cagadas de un par de extraviados íbices. Mungo se levantó de ese cenagal, se sacudió la juba y sopló el polvo que cubría su sombrero.

—Lamento mucho lo ocurrido —dijo.

Alí se encogió de hombros y tras indicarle por señas que lo siguiera, desapareció en la abertura de la tienda de Fátima entrando en el misterio que estaba más allá. Apestando más que un zoológico, con la espalda convertida en un abstracto *collage* de malvas, sienas y amarillos pardos, Mungo, el representante del rey Jorge III y de toda Inglaterra, siguió al emir de Ludamar y penetró en el recinto sagrado de la reina.

DENTRO TODO ESTÁ A OSCURAS, un par de lámparas de aceite arden intermitentemente. Hay tapices, esteras, urnas, una alcándara donde dos aves de presa —halcones de la especie sacre— destripan tranquilamente a un jerbo. El explorador los descubre justo cuando uno está tirando de una larga hebra de intestino, igual que un petirrojo hace con una lombriz. «*Salaam aleichem*», dice Alí, y allí está ella, sentada en un almohadón del tamaño de dos camas. El explorador está pasmado. Esperaba encontrarse con una mujer obesa, pero aquello... ¡Aquello era increíble! Gargantuesca, elefantina, el enorme fardo de su turbante y la reluciente juba son como un par de carpas de circo, cuya sombra salta y se dilata a la trémula luz de las lámparas hasta devorar toda la estancia. Sus criadas —dos muchachas con abombados bombachos y otra que ya peina canas— están sentadas a sus pies, y parecen aceitunas flanqueando un melón en un bodegón surrealista.

Mungo no puede distinguir la cara de Fátima, pues se oculta detrás de una

yashmak —el doble velo llevado por las musulmanas en público—, pero ya está impresionado con sus manos y sus pies. Pequeños y delicados, flotan al final de sus adiposas extremidades como patos en un estanque. El explorador está fascinado. La reina lleva un anillo en cada dedo y, por alguna razón —tal vez para atraer la atención hacia sus encantos—, tanto sus manos como sus pies están teñidos de azafrán. El efecto es deslumbrante. Cuando por fin ella mira a Mungo, suelta un sofocado grito de asombro que concluye en un chillido casi imperceptible. Allí corre hacia Fátima, farfullando árabe. La voz de la reina, al contestarle a su esposo, es suave y sensual como cuando llueve con sol.

Mungo le da un codazo a su intérprete.

—Dice que está aterrorizada —susurra Johnson.

—¿Aterrorizada? Aquí el único que se juega el pellejo soy yo.

—Usted es un cristiano. Para ella eso equivale a ser un caníbal o un hombre-lobo o algo por el estilo.

—¿Qué quiere decir eso?

—A mí no me mire, hermano... Yo soy animista. ¡Chitón!... Ahora se está quejando de vuestro olor. Acaba de preguntar si todos ustedes huelen igual.

De pronto Allí escupe una orden. «Quiere que nos postremos», dice Johnson, arrodillándose y clavando la frente en la arena. El explorador lo imita. Y así permanecen un largo rato («Empiezo a sentirme como un avestruz», bromea Johnson), hasta que una alta voz nasal empieza a cantar las plegarias de la tarde. Es el almuédano, situado en algún lugar fuera de la tienda. Allí y Dassoud también están prosternados, y Fátima desciende de su trono igual que un nubarrón rodando cuesta abajo por la ladera de una montaña. Cuando la reina agacha la cabeza hacia el suelo, el explorador puede sentir su mirada centelleante y azabachada posada en él.

Cuando por fin terminan las plegarias, Fátima regresa pesadamente a su almohadón, se arrellana remilgadamente, y con un gesto delicado despide a Dassoud y a su esposo. Entonces se vuelve hacia Mungo y su intérprete, y les pide que se sienten. Detrás de ellos, al fondo de la tienda, está el nubio, cimitarra en mano. Durante un lapso de tiempo la estancia permanece en silencio, Fátima y sus criadas se están deleitando con la rubia aparición del explorador y con el terciopelo azul de su chaqueta. Al rato, la reina se dirige a él, con una simple frase creciendo en la cresta de una pregunta.

Mungo mira a Johnson.

—Quiere que usted se levante y se quite la chaqueta...

Mungo obedece, y una de las doncellas lo despoja de la prenda y se la entrega a la reina. Fátima estudia la chaqueta silenciosamente, pasando la mano por la felpa, mordiendo uno de los botones de latón. El explorador permanece allí con su juba, igual que un niño en camisón.

—Regálesela —cuchichea Johnson.

El explorador se aclaró la garganta y, en su mejor árabe, le ofreció la chaqueta. La

reina levantó los ojos y cortésmente rechazó la prenda, pero se apropió de dos botones.

—Son para hacerme unos zarcillos —explicó colocándolos en los extremos de su *yashmak* a modo de ejemplo.

Desde la penumbra, uno de los halcones empezó a chillar: «¡Ca-ja! ¡Ca-ja!». Fátima se lamió los labios.

—¿Le apetece comer un poco de carne de cerdo? —preguntó.

—Dígale que no —dijo Johnson.

En ese momento entró el Tuerto con un jabalí atado a una cuerda. El animal tenía una prolongada jeta desfigurada con arrugas y bultos distribuidos al azar, amarillentos colmillos y una mirada alevosa. Con su ojo avieso, el Tuerto le ofreció a Mungo el cerdo. «Grog-grog», dijo el puerco.

—Ponga cara de asco —comentó Johnson.

El explorador hizo todo lo posible para expresar horror y repugnancia, pues de sobra sabía cuánto aborrecen los moros el cerdo. Retrocedió, con dedos temblorosos, dándose palmadas en la frente y haciendo muecas mientras el jabalí chillaba como un acordeón, dando patadas y tirando de la cuerda. La pantomima pareció convencer a Fátima, lo que animó al explorador a exagerar su aspaviento —cada vez más y más— hasta que en una de sus gesticulaciones tropezó con la percha de los halcones. Inmediatamente se dio cuenta de que había cometido un error. Al golpearlas con el codo, las rapaces se engrifaron y le chillaron a la cara, con sus picos y garras como tijeras, aleteando en las orejas del explorador. Entonces el halcón más grande saltó a su hombro. Mungo estaba aterrorizado. En su afán por esquivarlo, se apartó agachándose y entró de lleno en el territorio del jabalí, que ardía en deseos de que algo así aconteciera. En un relámpago, el cerdo salvaje arremetió dando tumbos y mordió al explorador seis o siete veces en rápida sucesión. Presa del pánico, de algún modo Mungo se las ingenió para atravesar la tienda hasta caer despatarrado en el voluminoso regazo de la reina. Enseguida entró el eunuco nubio y decapitó al jabalí con la cimitarra mientras el Tuerto y las criadas en bombachos trataban de separar a la reina de aquel explorador cubierto de mierda y de sangre. Entretanto, Mungo podía oír la acompasada voz de Johnson elevándose en la tesitura de un canto: era casi una endecha, triste y lastimosa como una de esas viejas canciones de plantación que a Johnson le gustaba llamar *blues*:

«La ha cagado —cantaba—, ahora sí que la ha cagado. Juro por Dios Todopoderoso que ahora sí que la ha cagado».

¡OH, ESA SENSACIÓN DE CAER EN PICADO!

le aprieta los tornillos a Babeuf y llama enérgicamente a la puerta de Josefina, Goethe vive en pecado con Christiane Vulpius, y Burns se está muriendo. En Edimburgo, Walter Scott libra una batalla perdida por la mano de Williamina Belches, mientras en Manchester un engreído De Quincey ronda las calles preguntándose qué es una puta. En Moscú está nevando. En París tapan los agujeros con *assignats*^[3], ya que no tienen otra cosa mejor que hacer con ellos. Y en el Soho, en la taberna Vole's Head, están mamando y follando. En el escenario.

Ned no cabe en sí de contento. Jutta Jim ya lleva trabajando intensamente más de una hora (si descontamos los dos breves descansos durante los cuales canta baladas tribales y se bebe una pinta de sangre de pollo para entrar en calor), Nan y Sally han incrementado admirablemente sus papeles, y el público está demasiado hipnotizado para armar follones u orinar en las alfombras. Además, Ned ya no corre peligro de que le arranquen el hígado ni lo estrangulen (Smirke tiene una erección permanente y va de acá para allá vendiendo bebidas, como si fuera el propietario de un oasis en Arabia, y Mendoza no dice ni mu desde que Jim se pavonea en el escenario), y la recaudación ha superado con creces su expectativa (casi treinta y seis libras contra una inversión de veintitrés libras y dos chelines, lo cual incluye traje nuevo, propinas y refrigerios para él y su elenco). Y todo eso lo esconde en el Banco del Paquete, donde cabe perfectamente.

Entonces..., ¿a qué se debía tanta inquietud? Ya había bebido jarro y medio de ginebra, había fumado tres pipas y le había dado la vuelta al salón veintidós veces, cabizbajo, y seguía estando tan nervioso como si le hubiera mordido una rata con la peste bubónica. No conseguía comprenderlo. Incluso empezaba a sentir una picazón en la desaparecida falange del meñique. Por supuesto, en sus adentros, ya sabía la respuesta: las cosas marchaban demasiado bien. Y lo mejor era esquivar esa idea, eludirla, huir de ella, porque cuando las cosas marchan demasiado bien es cuando el Eterno Poder Absoluto se abate sobre nosotros con la fuerza de doce huracanes hasta dejarnos sepultados debajo de media tonelada de escombros.

Eso le recordó la Feria de Bartolomé, donde una vez Billy Boyles y él tuvieron tanta potra en los juegos de mesa que ni queriendo podían perder. Por si fuera poco, hasta consiguieron un par de furcias gratis. Y, como quien no quiere la cosa, robaron un gallo de pelea que era campeón y que muy bien podía valer cincuenta libras esterlinas. Y después, cuando salían del parque de atracciones con su botín y sin ser vistos, allí estaba la capa estrellada de Zeppo el Eleusino colgando de un tendedero, como un regalo de los dioses. Pero en el camino de regreso, Boyles lo condujo por una callejuela oscura como boca de lobo y —como no podía ser de otro modo— un par de atracadores se abalanzaron sobre ellos.

—¡La bolsa o la vida! —ladró una voz, y Ned sintió en la oreja el cañón de una pistola—. Solo voy a aligerarte de tu calderilla —añadió la voz en tono áspero— mientras mi cómplice despluma a tu amigo.

El cómplice era un enano, no más de noventa centímetros de estatura, con una

pelambarrera pelirroja llameando como una maleza incendiada. Mientras Ned entregaba el monedero y el reloj, el enano salió cojeando de las sombras, le ordenó a Boyles que se sentara en medio de la calle y empezó a explorar sus harapos con la punta de una daga.

—¡Eh! —exclamó el gnomo—. ¿Qué tenemos aquí? Era el gallito peleón, anidado en el pecho de Boyles, con las patas y el pico atados con una cinta azul. De un tirón, el enano lo sacó de su escondite, y en menos que canta un gallo le retorció el pescuezo alzándolo para que su compinche pudiera admirarlo.

—Ya tenemos algo para el puchero, ¿verdad, Will?

—Bien hecho, Ginger —refunfuñó el bandolero—. Desnudemos a ese pordiosero a ver si tiene alguna calderilla.

Le bajaron los pantalones, le quitaron la camisa: en un santiamén Billy Boyles estaba en pelotas como un arrendajo.

—Ahora te toca a ti, niño —dijo el pistolero.

Ned apeló a la buena fe y a la compasión del atracador.

—Pero si ya le he dado todo lo que tenía —se quejó—. Vamos, un poco de corazón, ¿no?

—¡Ja! —se echó a reír el pistolero—. ¿Crees que no conozco el paño? ¿Por quién me tomas? ¿Por un dispéptico mandril o algo por el estilo? ¡Vamos, mamón, bájate los pantalones! Todo había acabado. Ned se bajó los pantalones y allí estaba, brillando a la luz de la luna como un pañal luminoso: el paquete de muselina hinchado con sus ganancias. El enano lo arrancó de su vientre y una lluvia de monedas cayó al suelo.

—¡Ohhh! —gorjeó—. Esta vez nos tocó el puto premio gordo, ¿verdad, Will?

Justo cuando el enano recogía la última moneda, un coche de cuatro caballos dobló la esquina estruendosamente y los ladrones desaparecieron. Boyles se acurrucó contra la pared *in puris naturalibus* mientras Ned se arrebujaba con la capa de mago haciéndole señas al coche para que se detuviera.

—¡Sooo! —exclamó el cochero.

El vehículo se detuvo con un traqueteo rechinante.

—¡Nos han atracado! —gritó Ned. La puerta se abrió violentamente. En el carruaje viajaba sir Euston Filigree, magistrado y aficionado a los gallos de pelea. A su lado iba sentado un agente judicial con la pistola amartillada.

—¡Qué coincidencia! —dijo el señor Euston—. A mí también me han robado.

—Suban —dijo el agente judicial.

—El fruto de tres meses y medio de duro trabajo —dijo el juez.

Nunca falla. Siempre que se está creciendo como la espuma, cada vez que la fantasía empieza a convertirse en posibilidad, aparece la Mano del Destino para —de un tortazo— hacer que uno vuelva en sí. Es espantoso. Como para volverse paranoico. Ned le dio otro tiento al jarro y miró a su alrededor igual que una oveja en medio de una asamblea de lobos. En el escenario, Jim, Sally y Nan se acercaban al

clímax: una inverosímil, inextricable selva de miembros, nervios en tensión, una proeza de acrobacias sexuales: cabezas, lenguas y caderas ondulando con ritmo acelerado, *allegro di molto*, mientras los espectadores se caían de las sillas, volcando mesas, jadeando como una exposición canina a mediados de julio. Pero toda esa excitación se frustró un instante antes de la catarsis, poco antes de que las funciones del cuerpo se sublimaran poniéndose en armonía con la rotación del planeta, cuando súbitamente se abrió la puerta y una voz autoritaria retumbó a lo largo del salón: «¡Alto, en nombre de la decencia y de Dios Todopoderoso, alto!».

Los señoritingos fueron los primeros en reaccionar:

—¡Ostras! Es la policía.

—¡Es una redada! —gritó alguien, y el salón hizo erupción en medio del caos.

Los policías tropezaban con sus espadas, los nobles y los tenderos chocaban entre sí, los curas se lanzaban de cabeza bajo las mesas, y los delincuentes, libertinos, zonzos, petimetres, galanteadores y mujeriegos salían pitando hacia la puerta trasera. Ned Rise les había tomado la delantera y llevaba ventaja. En el escenario, Jim salía de Sally y Sally se despegaba de Nan, quien a su vez se liberaba de Jim alargando una mano para servirse un poco de ginebra con agua tónica.

—¡Coged al dueño! —rugió un oficial, y Ned, ya en la puerta, volvió la cabeza para ver al pobre Smirke en las garras de dos corpulentos gilipollas.

—¡A ese! ¡Es a él a quien tenéis que prender! —rebuznó Smirke, señalando con un grueso dedo al joven emprendedor que ya salía por la puerta, apretujado en medio del apiñamiento.

—¡A aquel payaso con capa! —siguió gritando Smirke.

—¡A por él, muchachos! —tronó el oficial que estaba al mando. Ned ya estaba en el callejón, como un zorro al primer ladrido de los sabuesos, aventajando a dandis y galanes, con la ginebra subiéndosele a la cabeza, los pies volando, la capa ondeando en sus hombros como las alas de las Furias. Incapaces de escapar con sus altos tacones, los galanes y los dandis rápidamente cayeron en manos de los policías y el pavoroso escuadrón de la zona del Bowy empezaron a maldecir a Ned por haberlos dejado en la estacada.

—¡Rise, asquerosa sabandija, ya me las pagarás!

—¡Carne de horca!

—¡Traficante de diarreas!

Ned no les hizo caso. Estaba inmerso en un puro frenesí, en el éxtasis de la fuga, en esa pasmosa coordinación que se establece entre el corazón, los pulmones, las articulaciones y los pies, en el vibrante ímpetu provocado por el alcohol y por el pánico. Corrió por la calle y dobló a la izquierda, volando por encima del empedrado —apenas un contorno borroso— hasta perderse en la densa oscuridad que había al otro lado de la esquina. Los gritos y los insultos disminuían cada vez más, casi estaba a salvo. Pero... ¿qué coño era aquello? Alguien corría a su espalda, dando unas zancadas que sonaban como redobles. Se volvió para mirar por encima del hombro y

una daga glacial le pinchó las costillas: dos siniestros y atléticos policías le pisaban los talones, apenas exhaustos, confiados en lo fácil que era interceptar a los que huían en desbandada. ¡Dios mío!, esos tipos no le daban a uno ni un respiro. Los miembros de aquel escuadrón de la zona del Bow tenían fama de ser implacables, infatigables. Se decía que corrían tanto que incluso podían capturar a un hombre montado a caballo.

Apretando el paso para llegar al río, Ned escapó por los pelos. Jadeando, con fuego en los pulmones, las monedas tintineándole en el escroto. «¡Alto, en nombre de la ley!». Eso jamás. La ley era una burla y solo los perdedores se dejaban prender. Sus pisotones resonaban en el pavimento. Entonces dobló la esquina y entró por Villiers, ¡y allí estaba el río! Si al menos pudiera llegar hasta el muelle o esconderse en alguno de los botes... Pero los policías —esos puñeteros atletas— le están dando alcance, y clink-clink, se le caen las primeras dos monedas. Ned aprieta los dientes. Acelerando las piernas como si batieran huevos. De pronto, los tablones del embarcadero de Charing Cross retumban bajo sus pies, no tiene escapatoria, las estruendosas Zancadas de los policías le siguen de cerca, siente unos dedos en la nuca, pero consigue liberarse y cae en picado atravesando el húmedo y malsano aire de la noche. Se estrella contra una costra de hielo, el Banco del Paquete lo arrastra como si fuera un ancla. Un estallido helado en el agua. ¡Splasssh! Y desaparece.

Los policías están al final del embarcadero, registrando las sombras. El hielo es de color pizarra; el agua, negra. Nada se mueve.

—¡Bueno, Nick, supongo que no podemos hacer nada más! —dice el más siniestro de los dos.

—Tienes razón, Dick. Es un caso cerrado.

NUEVOS CONTINENTES, ANTIGUOS RÍOS

PERO ÉL NO LA HABÍA CAGADO. En absoluto. De hecho, a medida que la situación empeoraba, la reina parecía menos disgustada por la presencia de un albino porcinófago e infiel en su regazo; tal vez, de alguna extraña manera, hasta le daba la bienvenida. El explorador percibió la primera manifestación de esa dicha casi de inmediato. Mientras yacía allí, aturdido y ensangrentado, acunado en su tembloroso y acuoso regazo como un barco entrando en la bahía, detectó un movimiento profundo procedente de las entrañas de la reina. Un movimiento ondulatorio, como un mar de fondo. Una vibración tan suave e infalible como los anillos que se propagan en la superficie de una poza cuando arrojamos una piedra. ¿Se estaría riendo la reina? ¿Acaso era una risilla disimulada en el ombligo de aquella magnificente montaña de carne? ¿Habría tenido éxito, después de todo? Desafortunadamente no tuvo la posibilidad de averiguarlo, pues Dassoud, con mirada asesina, ya estaba acuchillando

las paredes de la tienda. Mungo saltó del vientre de la reina y, siguiendo el ejemplo de Johnson, pegó la frente en el suelo. «*La ilah illa Allahi* —cantó disculpándose—, *Mahoma rasowl Allahi*».

Se oyó el crujido de los pelos de cabra —¡zas, zas!— y de un salto Dassoud entró en la tienda, enardecido, pues creía que la reina estaba en peligro, ardiendo en deseos de infligir un brutal castigo. «¡Aaarr!», gruñó, enarbolando la rauda y terrible espada. Pero entonces se detuvo en su marcha huracanada. ¿Qué estaba pasando allí? Las criadas estaban histéricas, los palos de la tienda desencajados, había salpicaduras de sangre y plumas esparcidas por todas partes... y, no obstante, Fátima seguía allí sentada, tal y como él la había dejado, mientras el nazareno y su esclavo se postraban acobardados. El Tuerto y el nubio estaban inclinados sobre ellos en actitud de verdugos.

—En nombre de Alá, ¿qué está pasando aquí? —preguntó.

El nubio, que nunca en su vida había pronunciado una palabra, guardó silencio.

El jabalí yacía en un rincón, aún estremeciéndose. Unas gotas de sangre se deslizaban por su robusto cuello. La cabeza del animal estaba a los pies del nubio.

—¡Oh, Dios mío, apiádate de nosotros! —suspiró Johnson, hablando con la arena.

Poco a poco las lamentaciones de las criadas disminuyeron hasta concluir en un ahogado maullido, y el Tuerto contó brevemente a su jefe lo que había ocurrido, quitándole importancia a su participación en los hechos y exagerando la temeraria e irresponsable conducta del nazareno y de su esclavo. Dassoud oía impacientemente, balanceándose sobre los pies, haciendo girar el sable en la mano, y de pronto interrumpió al Tuerto ordenando que los transgresores fueran conducidos a las dunas y destripados. Al llegar a ese punto, Fátima carraspeó. Dassoud se calló. La reina fue parca, pero su tono era enérgico. El explorador no entendió ni jota de lo que dijo, pero el resultado fue que a Johnson y a él los llevaron de nuevo a su tienda, donde habían añadido a un séptimo y comatoso centinela para reforzar a los probados y fieles guardias ya medio amodorrados ante la puerta.

Una hora después, un inusitado aroma empezó a insinuarse en el aire. Persistente y picante, olía a fogón, a vapor de puchero y a salsa. Olor a comida. El explorador tragó saliva dos veces.

—Johnson, ¿hueles lo mismo que yo?

—Chuleta de cordero de primera calidad. La conozco a la legua.

En ese preciso instante se abrió la puerta y la apetitosa emanación entró en la tienda. Era una de las doncellas en bombachos. Traía una pierna de adax, aún siseando en el espetón. Se lo dio al explorador.

—Para usted —dijo—. De parte de Fátima. —Y a continuación le guiñó un ojo y desapareció en la noche.

Mungo desgarró a dentelladas el pernil hasta dejarlo en el hueso, y luego le pasó los tendones y los nervios a su intérprete. Estaba riéndose.

—Ahora somos hombres libres, viejo amigo. Supongo que a pesar de todo, algo nos salió bien.

—Quizá a la reina le encantan las payasadas —sugirió Johnson.

—¿Quién sabe? Pero de algo estoy seguro, es un ángel. Primero fue la *guerba*, luego la leche y el cuscús... ¡Y ahora esto!

—Sí —dijo Johnson sin dejar de masticar—. Ha sido muy amable por su parte.

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana la reina le hizo llegar a Mungo una escudilla de yogur y agridulces bayas de *hoona*; por la tarde le envió un revoltillo de sesos con arroz. El explorador estaba asombrado. Tras dos meses a agua y gachas, de buenas a primeras podía hincar el diente como Dios manda. Y aquello fue solo el principio. A partir de entonces, las criadas de Fátima le llevaron hígado de carnero, giba de camello (cocida a fuego lento), un cocido de garbanzos con lechecillas, pudines de suero de leche, los menudillos de tres docenas de avutarda y un cabrito asado.

—Es una comida sentimental, como la que hacen los negros del sur —sentenció Johnson^[4]—. Es vuestro ser interior lo que la tiene tan encandilada, aunque vuestro ser exterior esté asqueroso y lleno de mierda.

Ser interior, ser exterior, ¿cuál es la diferencia? Lo importante era que ambos estaban comiendo carne roja. Porque, bien mirado, debía de haber perdido unos veinticinco kilos desde que salió de Portsmouth. Mungo contempló los amarillentos dedos de sus pies, los enflaquecidos tobillos, sus brazos enjutos: ahora mismo no pesaría más de cuarenta y cinco kilos. Sin embargo, sonrió, y murmuró una breve plegaria. Si aquello seguía así, no tardaría en ponerse como antes. Y, entonces —¿quién sabe?—, tal vez entonces estaría en condiciones de poner pies en polvorosa.

Hubo más cambios. Ahora estaba autorizado a pasearse por el campamento (seguido por los siete vigilantes, por supuesto), podía estar con Johnson todo el tiempo que quisiera, e incluso echar un vistazo a algunas de las costumbres y ceremonias de los moros. Esto último, más que cualquier otra cosa, le consolaba. Después de todo él era un explorador y estaba allí para explorar. Así que presencié dos circuncisiones, un funeral, la muerte de un perro que había levantado la pata para mearse en la tienda de Alí. Vio a los esclavos apilando mijo, curtiendo cuero, batiendo mantequilla en una *guerba* suspendida entre dos palos; los vio rezando sus oraciones, defecando, torneando vasijas de barro, mascando raíces, tatuando a niños y a perros. Todo aquello era realmente muy instructivo. Pero fugaz. No podía tomar en cuenta tantas cosas a todas horas.

Entonces, una mañana, mientras observaba a un esclavo atando los pezones de una camella para impedir que la cría mamara en las horas de más calor, se iluminó con un destello: ¡escribiría un libro! Sí, escribiría un libro y sería famoso como Marco Polo, o Gulliver, o Richard Jobson. ¿Por qué no? Aquí estaba viendo, oliendo y probando cosas que ningún hombre blanco había visto ni siquiera en sueños. Sería

un crimen desperdiciar la oportunidad de documentarlo. Regresó a la tienda, arrancó las hojas de su Biblia de bolsillo y empezó a escribir, llenando los márgenes, hoja tras hoja, con sus impresiones sobre el clima, la flora, la fauna, las formaciones geológicas, las costumbres y la fisionomía de los moros, los mandingas, los sarakolés y los fulah. Describió la barba de Alí, el ceño de Dassoud, el calor del mediodía, la soledad del baobab. Habló de la amabilidad de Fátima, del penetrante sabor de las bayas, del sahumero de la leña ardiendo en el aire de la noche. Aquel primer día llenó treinta hojas, y las escondió en su sombrero de copa.

Una noche fue testigo de una boda. Se parecía asombrosamente al funeral al que había asistido: plañidos de viejas, aullidos de perros, una procesión. La novia iba amortajada, con un velo que la cubría de la cabeza a los pies, ni siquiera se veían sus ojos. Mungo se preguntaba cómo se las arreglaba para ver hacia dónde se dirigía. Las plañideras la seguían, marcando el paso al compás del redoble de un atabal. El novio llevaba unas babuchas con las punteras vueltas hacia arriba. Le acompañaba un séquito de musulmanes ataviados con recamados albornoces y una hilera de esclavos llevando cabras y toros castrados, y transportando una tienda. Al llegar al sitio designado, levantaron la tienda, emprendieron la matanza de cabras y toros, encendieron una hoguera en una depresión del terreno. Era un banquete. Carne de res y de cordero, aves canoras, larvas asadas y otros manjares exquisitos. Hubo un baile, se entonaron canciones y se narraron cuentos. Y entonces vino el plato fuerte: un camello cocido al horno.

CAMELLO ASADO (RELLENO)

Receta para 400 personas

500 dátiles
200 huevos de chorlito
20 carpas (cada una debe pesar un kilo)
4 avutardas, limpias y desplumadas
2 ovejas
1 camello grande
condimentos

Se cava una zanja. Se rebaja la hoguera a brasas, a tres pies de profundidad. Por separado, se preparan los huevos. Se escaman las carpas y se rellenan con dátiles y con huevos descascarados. Con las carpas rellenas se rellenan las avutardas. Las avutardas rellenas se meten dentro de las ovejas y las ovejas rellenas dentro del camello. Se chamusca el camello. Luego se envuelve en hojas de palma *doum* y se entierra debajo de los carbones. Hornear durante dos días. Servirlo con arroz.

DURANTE AQUEL AGRADABLE PERÍODO, uno de los temas más frecuentes en el diario del explorador eran sus encuentros con la reina. Cada tarde —inmediatamente después del *dhuhur* u oraciones del mediodía— Fátima lo llamaba a su tienda para someterlo a una sesión de preguntas y respuestas. Ella preguntaba, él respondía. Insaciable, nunca se cansaba de interrogarlo. Era una antropóloga, una socióloga, una especialista en anatomía comparada. Quería analizar y absorber minuciosamente las costumbres del mundo de Mungo, sus pensamientos y sus creencias: quería probar sus comidas, vestirse con sus ropas, sentarse en los palcos de sus teatros. Inglaterra, Europa, el vasto y desconocido océano... La reina aspiraba a reconstruir todo eso con palabras, palabras ágiles y sugestivas, palabras que se calcificarían en su imaginación. Ella quería visiones. Quería digerirlo a él. ¿Por qué había venido a Ludamar? ¿Cómo se las arreglaba su padre para atender sus rebaños sin él? ¿Por qué llevaba aquella estúpida *jalab* cubriéndole la cabeza? ¿Todos los cristianos tenían ojos de gato? ¿Con qué podía compararse el mar? ¿Nunca lo habían crucificado a él? El explorador, sonriendo como un mono y procurando torpemente irradiar talento y encanto, respondía a cada pregunta tan cabal y pacientemente como le era posible.

Una tarde, la reina le preguntó si los nazarenos practicaban la circuncisión.

—Por supuesto —respondió Mungo.

Fátima quería verlo con sus propios ojos. El explorador miró a Johnson.

—¿Y ahora qué hago? —le cuchicheó.

—Dígale que le encantaría hacerle una demostración, pero que eso tiene que ser en privado. Y luego levante dos veces las cejas.

Mungo dijo lo que le aconsejó su intérprete. Y a continuación, enarcó las cejas. Por un momento, la tienda se quedó tan silenciosa como la cara oculta de la luna. Los ojos negros de la reina ardían por encima de la orla de su *yaskmak*. Entonces se dio una palmada en el muslo disimulando una risita.

Aquella noche el explorador comió pernil de cordero.

UNA MAÑANA, veinticuatro días después de su primer encuentro con Fátima, el explorador estaba sentado a la sombra de una acacia, escribiendo:

Las mujeres moras casi siempre llevan el pelo trenzado de esta guisa: dos gruesas trenzas a ambos lados de la cara, seis delgadas trenzas en la coronilla y un sólido rodete recogido en un moño alto. Se lavan y engrasan el pelo una vez al mes, se lo peinan y lo vuelven a trenzar cada semana. Por razones sanitarias, y porque tiende a decolorar algo el pelo, prefieren lavárselo con orina de camello, líquido que almacenan con este fin. (Constantemente hay uno o dos esclavos, vasija en mano, persiguiendo una micción de camello por todo el campamento). La orina es un poderoso astringente, y sirve para destruir bichos y otros parásitos. He podido comprobar su eficacia

personalmente, cuando el vello de mi pubis, de mis axilas, las patillas y los cabellos estaban plagados de piojos y ácaros del desierto. Considero que es un recurso interesante, aunque un poco mefítico...

YA SE NOTABA cierta lozanía en las mejillas del explorador. Un brillo en sus ojos. La tos, los gusanos, los cólicos, la sarna y la fiebre eran cosas del pasado. Desagradables recuerdos. Ahora era una persona que comía carne, un hombre de pelo en pecho, como corresponde a un escocés, y cada día se sentía más robusto. Por supuesto, el calor seguía enervándole y a veces sentía mareos, pero todo cambio en la dieta al aire libre supone un largo camino hacia la resurrección. Y la paz y la quietud también tenían algo que ver con eso. Hace tan solo un mes le habría resultado imposible estar sentado allí: hubiera bastado que cualquier musulmán lo viera para que se pusiera furioso. En cuestión de segundos estaría cercado por una muchedumbre de musulmanes, furibundos fanáticos echando espumarajos por la boca. Ahora todo era distinto. Todos sabían que estaba bajo la protección de Fátima y, salvo aislados incidentes (no hacía ni veinte minutos que un invisible adversario le había arrojado un morro de cerdo a la cabeza), lo habían dejado en paz.

Por otra parte, los moros nunca se bañan. Sin embargo, realizan una ceremonia bianual llamada *asíla má*, durante la cual se sepultan en la arena caliente entre cuarenta y cinco minutos y una hora justo antes de la puesta del sol. Luego los desentierran y los secan frotándoles el cuerpo con el sudor de una yegua en celo y azotándolos con ramas de un arbusto que se llama *seríf*. Puedo afirmar que este ritual contribuye a dar larga vida y potencia sexual.

CUANDO EL EXPLORADOR levantó la vista para mojar la pluma en el tintero, se sobresaltó al descubrir que no estaba solo. Parada ante él, siguiendo los movimientos de la pluma con sus achocolatados ojos, estaba la más rolliza de las doncellas en bombachos.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Mungo.

—Fátima quiere que vayas a verla.

—¿Ir a verla? ¿A las diez de la mañana? ¿Qué puede querer de mí tan temprano?

De acuerdo —dijo, poniéndose en pie—. Voy a buscar a Johnson.

—No —aclaró la muchacha—. Fátima dice que no lo necesitarán.

El explorador se encogió de hombros.

—Muy bien, vamos —dijo.



CUANDO ENTRÓ EN LA TIENDA, la oscuridad lo engulló instantáneamente. Esferas azules palpitaban en su retina, amarillas ruedas de carros giraban ante sus ojos. No podía ver nada. Allí flotaban los conocidos olores a incienso y a orina de camello y, en un rincón, se oía el desapacible rumor de los halcones hurgándose las alas a picotazos. Pero ¿por qué Fátima no encendía una lámpara para alumbrarse? ¿Y dónde se había metido la condenada muchacha en bombachos? Muy bien. Lo mismo daba. Más valía seguirle la corriente a la reina. «*Salaam aleichem*», dijo dirigiéndose a las sombras. «*Aleichem as salaam*», fue la respuesta, suave como el aletear de una mariposa nocturna.

Mungo pegó un brinco. Fátima estaba sentada a su derecha, podría haber tropezado cayendo sobre ella... ¡Dios mío, qué oscuro estaba todo! Realmente no podía dar ni un paso por miedo a derribar cualquier cosa. «¡Braaaaak!», dijo uno de los halcones. Quizá pudiera pedirle a Fátima que encendiera una cerilla, pero ¿cómo diablos se decía «cerilla»? Mungo optó por decir: «*Kaif halkum?*». ¿Cómo está usted? «*Bishára*», respondió la reina, lo cual él interpretó como que estaba bien.

Silencio.

Caminó arrastrando los pies, abriendo los oídos y estirándose los nudillos hasta hacerlos crujir, preguntándose si podría atreverse a tomar asiento. Era una situación difícil. Al cabo de diez o veinte segundos de permanecer oyendo atentamente, trató de entablar una conversación. En primer lugar, quiso expresar su alegría de volver a verla, cuando en realidad apenas podía distinguirla. Desafortunadamente, lo que dijo fue:

—Verla me provoca un placer rabioso.

Fátima sonrió con disimulo.

Envalentonado, él siguió dirigiéndose al indefinido bulto que estaba ante él. Esforzándose por dominar la sintaxis, las desinencias, los verbos y un escaso vocabulario, el explorador se volvió elocuente como Marco Antonio, Demóstenes y el presidente de la Cámara de los Comunes, expresándole cuánto apreciaba sus atenciones, sin contar los perniles de ternera en gelatina y el puré de frijoles. Pero entonces entró la criada de más edad con una vela y el explorador descubrió que estaba hablando con un telar manual. La reina estaba sentada al fondo de la tienda, alzándose desde el enorme almohadón como hacen los Alpes con sus estribaciones. Mungo no salía de su estupor.

—Ven aquí —dijo ella.

Al oír la voz de Fátima, la vieja criada se sobresaltó y se apresuró a cumplir con su obligación. Aseguró la vela en la palma vuelta hacia arriba de una estatuilla de marfil, se arregazó las faldas y pasó rápidamente por delante del explorador dedicándole una sonrisa adulona. Mungo empezó a avanzar hacia la reina, pero entonces vaciló. Había algo raro allí, pero... ¿qué? De pronto lo advirtió: Fátima se había quitado el turbante, las gruesas trenzas desparramadas en abanico sobre sus hombros eran como tallos rastreros o raíces aéreas. Nunca antes había vislumbrado ni

siquiera un solo pelo de la reina —exceptuando sus cejas—.

—Ven aquí —repitió ella.

El explorador avanzó e hizo una reverencia, devanándose los sesos para decirle algo ingenioso. Ella dio una palmadita en la almohada.

—Siéntate aquí —dijo.

Mungo se encogió de hombros. Entonces trepó al almohadón y se hundió en su vastedad. La vieja criada se había esfumado. Tampoco había rastro de las doncellas en bombachos. Nunca antes había estado solo con la reina. Pero ahora la almohada había empezado a temblar, vibrando a lo largo de sus piernas como empujada por la brisa del mar. Levantó la vista. La reina estaba tratando de sacarse la juba por la cabeza, gruñendo melindrosamente mientras forcejeaba con aquel deslumbrante océano de tela. Debajo de la juba: carne desnuda. El explorador empezó a hacerse a la idea.

—Ayúdame —se quejó ella asfixiándose con el vestido atascado entre las tetas y la cabeza.

Mungo se acercó y agarró el asombroso vestido a la altura de la nuca, evocando sábanas y banderas y carpas de circo. Mientras él tironeaba, ella gruñía. Los brazos de la reina ondeaban por debajo de la tela como animales dentro de un saco. Fátima jadeaba. De pronto, sus pechos se liberaron en una sacudida, vibrando poderosamente, colosales globos, esferas celestiales. Las tetas se posaron sobre los múltiples pliegues de su abdomen como las lunas gemelas de Marte. Ahora espoleado por la urgencia y la necesidad, el explorador tiró de la recalcitrante tela con todo el carnívoro fervor de que era capaz, jadeando y gimiendo, hasta que la juba cedió como si fuera de papel. Mungo cayó boca arriba, y contempló a la reina desnuda e ineluctable como el ancho e insondable mar. «*Yudhkul* —suspiró Fátima—. *Yudkul alaiha*».

El explorador se quitó y arrojó las botas, se desabotonó la chaqueta a zarpazos, se despojó bruscamente de la juba. Ella estaba esperándolo, húmeda y montañosa, el velo bajado, sus ojos radiantes, la carne ardiendo sin llamas, igual que el Vesubio. Mungo resollaba deprisa, excitado con lo que le esperaba. Aquello era un sueño, un acceso de fiebre: ¡ningún simple mortal podía acercarse a aquella magnificencia! Se subió encima de ella escalando hasta su cumbre, sintiendo que cada punto donde apoyaba los pies —¡tanto territorio para explorar!— eran montañas, valles y precipicios, nuevos continentes, antiguos ríos.

GLEGUEADA

ELLA ES UNA PLAZA SITIADA, eso es lo que es. Amurallada, mordaz como el aceite hirviendo que arroja desde sus almenas, con las puertas herméticamente cerradas.

Desde que la sorprendió en la tina, Ailie no tiene un minuto de respiro. Es Gleg por aquí, Gleg por allá. Gleg en la ventana, Gleg en la puerta, Gleg en el armario cuando ella va a buscar su bata, Gleg en el jardín cuando ella sale a dar una vuelta. Es ineludible, inexorable. Por la mañana le trae flores —grandes ramos de esas que llaman «dedos de muerto» y también de sauzgatillo— y luego la espera en la escalera mientras ella se viste. A la hora del desayuno, encuentra poemas de amor doblados entre sus tortas de avena o debajo de la servilleta:

¿Qué hacer para amarte mejor?
Mi amor ha crecido tanto
que solo tú puedes darme alegría.
Yo que tanto detesto este mundo,
¿no debería amarlo como el único lugar
donde anida la Belleza en su perfecta gracia,
poseyéndolo?

Ella no puede dar un paso sin oír hablar de la «alborada rosicler» de sus mejillas o de las «espúmeas nubes» de sus pechos. A cada sorbito de té, él la interrumpe con suspiros y visiones amorosas, comparando la rasposa superficie de las tostadas con las estrías de una lima raspando las arrugas de su corazón. Cuando Zander y su padre se levantan haciendo rechinar las sillas y salen de la habitación arrastrando los pies, Gleg se inclina hacia ella y le susurra:

Si tuviéramos suficiente Mundo y bastante Tiempo,
tanto recato no sería un delito.

Y añade, guiñándole un ojo: «Pero no lo tenemos. Y sí lo es».

Gleg, Gleg, está glegueada, está hasta las narices de Gleg. Es ubicuo, inquebrantable, es la pulga detrás de la oreja, un estorbo. Al atardecer, él se sienta al pie de su ventana, unas veces babeando una flauta y, otras, dando alaridos en las copas de los árboles igual que un gato en celo. Cuando no toca la flauta, compone poemas y lanza piedrecitas al cristal de su ventana. Una mañana, al salir de su alcoba, lo encontró embelesado sentado en el orinal que ella había dejado en el pasillo. En otra ocasión lo sorprendió llenándose los bolsillos con trocitos de carne con la esperanza de ganarse el afecto de Douce Davie, el terrier. Ella era más dura que el diamante. Era más fácil convencer al perro.

Sin embargo, hoy podrá bajar el puente levadizo y dejar que se ventilen las almenas... Se lo quitará de encima hasta la hora de cenar. Después de desayunar, Gleg y Zander saldrán con su padre a recorrer la campiña drenando pústulas, extrayendo sangre y aplicando sanguijuelas en hinchazones y bocios y amarillentas

contusiones. Ya los ve alejarse a caballo, lentamente, por el camino vecinal. Zander, rítmico y elegante; Gleg, más desgarrado que una mantis religiosa a horcajadas en un escarabajo. Al final del camino, él se vuelve hacia ella para despedirse agitando un pañuelo. ¡El muy bobo! Hubiera querido sacarle la lengua, pero la actitud de Gleg era tan absurda que de pronto ella se descubrió sonriendo. Lo cual envalentonó más a Gleg. Ahora el pañuelo ondeaba como un foque con viento de costado. A él se le veía radiante, ella era una beldad sonrojada. Aquella noche, ni que decir tiene, hubo más poesía durante la cena: «Mi corazón es una roja úlcera supurando, / pudriéndose, hasta que tu dulce amor lo abra con una lanceta, / restañándolo y consolándolo». Pero, en fin, era el pequeño precio que tenía que pagar por haberse librado de él toda una tarde.

Lo primero que hace es abrir la ventana de par en par. Afuera el césped ha pasado del amarillo al verde, hay un destello de plumas en los árboles, y el puro y penetrante olor a tierra mojada flota en el aire. «¡Pío, pío!», cantan los zorzales y los pinzones, maldiciéndose unos a otros desde los tejados y los setos vivos. Una brisa hace cascabelear el visillo y el sol dibuja romboides en el suelo. Detrás de ella, el pez nada en la pecera. Empieza a sentirse inquieta. Da de comer a las palomas y al leucisco, riega las plantas. Empieza a leer un libro, saca a pasear al perro, abre su bloc de dibujos. Se prepara un emparedado de lengua estofada, hornea unos bollos. Rápidamente ejecuta en su espineta una versión de *Edom de Gordon*. Se queda mirando el reloj. Finalmente se dirige a su escritorio, introduce la llave en la cerradura del cajón, saca una carta y la mete doblada en el escote del vestido. Luego sale del aposento a hurtadillas, como un ladrón. Llega al vestíbulo, baja la escalera de la entrada, atraviesa el barrizal del camino vecinal y penetra en el bosque.

Los helechos flanquean el sendero como centinelas, los coágulos de sombra se aglomeran debajo de los arbustos. El aire es una transfusión. En la charca resuena el vibrante falsete de los sapos cantando «croac, croac, croac». La miran con sus ojos saltones, sus cuerpos de aspecto verrugoso van dejando un rastro viscoso, subiéndose despacio unos encima de los otros, espumajeando, pululando, con un humor de mil diablos. Ella pisa una pareja de lombrices que copulan, aplasta retoños, el dobladillo de su vestido va dejando un rastro ajado de geranios silvestres y saxífragas, linarias y rudas, recolectando polen y dispersándolo. La carta es de Mungo. La última. La ha leído mil veces, y ahora vuelve a hacerlo, sentada en un risco desde donde domina el Yarrow, con las babosas y las sabandijas y las lombrices apareándose a sus pies, sobrevolada por el gorjeo de las alondras que copulan en el aire, todo el mundo a su alrededor está haciendo el amor, saciando la rutinaria sed de la carne, al lento compás de los tenaces latidos del corazón.

Pisania, río Gambia, 14 de julio de 1795

Vida mía:

Aparte de un poco de fiebre, algunos gusanos, la pérdida de unos cuantos pelos y que estoy más delgado, no hay nada de que preocuparse. Estoy en forma y me siento bien a juzgar por mi apariencia externa. Pero... ¡oh, qué dolor en el corazón! Las sanguijuelas, las moscas, la comida digna de perros... Todo eso puedo soportarlo alegremente a cambio de un fugaz recuerdo tuyo. Eres tú quien endulza mis sueños en medio del calor y de la putrefacción, quien me da ánimo para olvidar, quien me da una razón para sobrevivir aquí, donde nadie puede hacerlo. Ailie: encontraré el Níger y regresaré hacia la primavera. ¿Me esperarás?

Cuando estoy desalentado, cuando me parece que nunca dejará de llover y que nunca saldré de este agujero, pienso en ti. ¡Y entonces mi corazón palpita y pienso en Vasco da Gama rodeando el cabo de Buena Esperanza, y en Núñez de Balboa avistando el Pacífico, y solo entonces sé que esto es la vida! Sigo siendo tu fiel y amoroso escalador de montañas, vadeador de ríos y atalayador de lo Desconocido,

Mungo

P. D. He conocido y contratado a Johnson, un excelente y leal compañero, inteligente y elocuente, que le hace mucho honor a la raza negra. Él tiene la esperanza de que no encontraremos ningún obstáculo serio si evitamos pasar por Ludamar, el reino moro.

El sol es una piedra de molino. Ella cierra los ojos. Mungo tiene diecisiete años, el pelo como pajueta de cebada, la musculatura de los hombros fraguada a macha martillo; es el aprendiz de su padre. Durante la cena, desde la otra punta de la mesa, ella le sonrío. Él levanta la vista de la sopa, le devuelve la sonrisa. Ahora comparten un secreto. Ella tiene catorce. Sus pechos son planos, como los de un muchacho. En el campo, se levanta la blusa y se los enseña.

Cuando despierta de ese sueño, ya casi ha oscurecido. Un conejo está agachado en un hoyo de césped, echa las orejas hacia atrás, la observa. Ella se levanta, dobla la carta con toda la reverencia de un devoto doblando el Santo Sudario de Turín y la mete en un bolsillo. En casa están esperándola para cenar. Tan pronto como se sienta, Gleg la mira por encima de las empanadas de riñón, el pollo y la espesa sopa, mientras su padre diserta sobre el mejor procedimiento para extirpar un miembro gangrenoso. Después de cenar, el viejo la lleva aparte.

—Ya no eres una niña, tienes veintidós años —le dice—, y debes encontrar un compañero. En mi opinión, Gleg es tan bueno como cualquier otro, aunque sea un poquito gilipollas.

—Tú sabes que estoy esperando a Mungo —replica ella.

El viejo se queda un rato cabizbajo y gradualmente sus facciones presentan la

austera, piadosa e implacable expresión que adopta cuando tiene que darle una mala noticia a algún paciente. Me temo que es un cáncer. Una meningitis. El hígado vitriólico. Sus cejas se fruncen poco a poco hasta mirarla como si fuera el ojo de Dios.

—Lamento tener que decírtelo —susurra—, pero me temo que no puedes hacerte demasiadas ilusiones con el regreso de ese muchacho.

ESA NOCHE ELLA ENCUENTRA UN MEDALLÓN en su almohada. De oro, en forma de corazón, adornado con cupidos atados por los pies, como halcones. Abre la tapa de la pequeña caja chata. Dentro hay un retrato. Se reconoce a sí misma, desnuda de cintura para arriba. A su lado, pasándole el brazo por el hombro hasta posar la mano en su pecho en un gesto de pudorosa protección, está Gleg. Por supuesto.

LA TRISTE REALIDAD

VIENEN A POR ÉL en plena noche, semejantes a demonios o fantasmas. Son tres. Empuñan dagas, puñales, falces, mosquetes. «¡Arre, esclavo!». Es una voz ronca, despiadada. «Alí te espera». Estaba soñando con Escocia, con laderas de color esmeralda y lagos de origen glaciar, con plateados salmones que suben saltando a las cascadas donde el Gala se adentra en el Tweed. Y ahora lo sacan violentamente de aquel sueño, como a un niño del útero. Un repentino pánico, tan visceral como atávico, le estremece las costillas. Fátima, piensa. Todo ha acabado. Ya está sudando a mares, experimentando retortijones de tripas, trastornos digestivos, flatulencias, se siente culpable y tiene miedo. ¿Lo torturarán a fuego lento? ¿Lo marcarán con hierro candente poniéndole una A en el pecho^[5]? No, por supuesto que no. Aquí, en este sitio tan remoto, todavía reinan los tiempos de los bárbaros. Justicia y castigo son sinónimos, al igual que lo repentino y lo imprevisto. No hay tiempo para tales sutilezas como considerar cuidadosamente un caso, no ha lugar ninguna petición de rehabilitación. Aquí a los mentirosos les cortan la lengua, y a los ladrones les cortan la mano de un hachazo... ¿Y a un adúltero?

Lo cogen por los sobacos. Lo vapulean brutalmente, sacándolo a empujones de la tienda, obligándolo a saltar por encima de las siete formas supinas de los narcolépticos guardianes que yacen en la entrada. «*Wallah!*», gritan. «*Shaitan!*». «¡Hijo de puta!». El aire de la noche es seco como una torta de avena, e inusitadamente frío. Mungo está tiritando. Detrás de él, su escolta se burla en voz baja, los pies silban sobre la arena, las armas rechinan metálicamente como una armadura en movimiento. ¿Debería escapar?... ¿o llenarse de valor y afrontar las

consecuencias? Cuando tenía ocho años, él y su hermano le prendieron fuego al gallinero. Adam lo negó. Mungo afrontó las consecuencias, y se ganó una zurra capaz de derretir el hierro y fundir las rocas. Todavía hoy, al recordar aquella paliza, sentía comezón en las nalgas. Era un recuerdo tan profundamente implantado en los filamentos de sus nervios y en las fibras de sus músculos, que estaba más allá de las palabras, más allá de la razón. De repente lo comprendió: tenía que huir.

Pero desgraciadamente sus custodias pertenecían a la flor y nata de la caballería de Alí, conocidos por su coraje, decisión y rapidez de reflejos. Antes de que pudiera empezar a correr, le metieron un mosquete entre las piernas y cayó de bruces en la arena. Otra vez lo levantaron cogiéndolo por las axilas, ayudándolo a ponerse en pie como si fuera un borracho o un niño haciendo pinitos, y lo condujeron a través del silencioso campamento —pasando por delante de caballos atados, perros que dormían y espectrales bultos de lona— directamente a la fogata que crepitaba frente a la tienda de Alí.

Rodeado de consejeros y cortesanos —entre otros, Dassoud, el Tuerto y el nubio—, Alí estaba agachado junto a la hoguera, daga en mano, probando trozos de carne. El resplandor de las llamas saltaba recortándole la encorvada nariz, afilando sus pómulos, contrayendo sus profundos ojos. Acucillado ante el fuego, escudriñándolo y como al acecho, comiendo vorazmente la carne de los animales cazados que yacían a sus pies. Alí semejava una colosal ave de rapiña, una criatura terrible y correosa que hubiera quedado de la era de los grandes reptiles. El explorador espera lo peor.

Alí sopló un pedazo de carne humeante, bebió un sorbo de té de *hooma*. Luego enseñó los dientes y se tragó el bocado. Se dirigió al explorador gesticulando con la punta del cuchillo.

—Ensilla... —masculló mientras rechinaba los dientes partiendo el cartílago—, ensilla tu... caballo. —Deglutió la posta de carne con una especie de gruñido gutural, se volvió de nuevo al fuego con otra gran tajada de carne cruda ensartada en el cuchillo—. Partimos para Jarra dentro de una hora.

Mungo se quedó atónito. ¡Jarra! ¡Eso debía de estar cien o ciento quince kilómetros más al sur! Desde hacía unas semanas, a medida que se acercaba la temporada monzónica y la retirada de Alí hacia el norte era más inminente, el explorador apelaba a Fátima para que favoreciera su liberación o, al menos, para que le permitieran hacer breves correrías desde Benowm. Le estremecía solo pensar en su suerte si seguía estando prisionero cuando Alí recogiera los rebaños, las tiendas y los caballos para emprender la emigración de verano a orillas del Gran Desierto. Lo desollarían y lo destriparían. Le cortarían el pescuezo. Lo dejarían en las dunas, atado a un poste, para que se consumiera igual que un higo paso. El sol blanquearía sus huesos, como hacía la arena con los restos de los esclavos, según le había contado Johnson, igual que había hecho con los huesos de Houghton, pulverizados por los años; ya no sería irlandés ni celta ni caucásico... Simplemente sería una osamenta, el esqueleto de un hombre, los huesos dispersos de un animal. En un relámpago, vio la

imagen de su propia calavera, bruñida por el viento, medio enterrada en la arena. Y también vio una hiena rondándola, una hiena con el lomo manchado, estúpida, sin expresión, que levantaba parsimoniosamente una pata para mear en las cuencas vacías de sus ojos. El explorador pestañeó y sacudió la cabeza como queriendo apartar esa visión, y solo entonces se dio cuenta de que todos lo estaban observando. ¡Jarra! Agarró por el dobladillo el albornoz de Alí, con intención de besarlo, pero Dassoud apartó su mano. «*An'am Allah 'alaih*», dejó escapar impulsivamente Mungo, dándole las gracias al emir deshaciéndose en una ráfaga de zalamerías y reverencias. Alí, imperturbable como una piedra, siguió mirando fijamente al fuego y masticando.

DICEN QUE CUANDO MUERE un moro del Sahel y se encuentra en medio de los abrasadores calores del infierno, su espíritu invariablemente regresa a la tierra, en busca de una manta. Mungo no lo ponía en duda. Ya hacía casi ocho horas que se habían puesto en camino, y el sol caía a plomo sobre sus cabezas. La temperatura debía de rondar los sesenta grados a la sombra —si es que había alguna sombra. Por supuesto, las criaturas que poblaban aquellos parajes —la ardilla dorada, la araña Blanca Dama, diversas especies de escarabajos, chinches y otros insectos dotados de aguijón, escorpiones, lagartos y topos ratas— estaban profundamente enterradas en la arena. Mungo avanzaba bajo el sol, con la chistera de castor, los inadecuados pantalones y la chaqueta de terciopelo azul, sintiendo a su espalda el golpeteo del pesado fardo con sus recuperadas pertenencias. Alrededor todo era monte bajo y cactus, bancos de arena y euforbios, un paisaje verde claro con mil matices de color pardo, desde el caqui hasta el ocre pasando por el bermejo rojizo. Las colinas estaban raídas, sometidas a la abrasión, como costillares de bestias antediluvianas extendiéndose a lo largo del horizonte. En aquellas colinas había mandriles de culos rojos, con el pelo al rape, la frente estrecha, largos dientes... «¡Yeek-a-yeek-a-yeek!», chillaban. «¡Chip-chip-chip!».

Dentro de un mes toda esa región estará verde. Habrá ríos, charcas. Las letales cobras surcarán la hierba junto con las víboras y esos lagartos con cresta llamados «el-mañana-nunca-llega». Aparecerán los duikers, yendo de sombra en sombra. Y también pangolines, guibas, caracales y moluscos bivalvos. Las cigüeñas, flacas y desvaídas como refugiados, los serpentarios de andrajosas trenzas y patas de halcón, tan inclinados a comer reptiles. Aparecerán adax, pukúes, elands y oribíes. Cabras y asnos salvajes, gacelas, antílopes de cuernos espiralados y mambas. Ratas del tamaño de lechones...

Pero, por ahora, todo estaba bastante desierto. Y reseco. Tan seco que el cuero de las sillas y los arreos se resquebrajaban gimiendo, los pelos se le caían como hojas otoñales y las meadas se evaporaban en el aire antes de caer en parábola. Era allí donde el oficio del explorador devenía una triste realidad.

En la gran mesa de caoba de la taberna de St. Alban, sentado entre los rubicundos y bigotudos rostros de los ensimismados miembros de la Asociación Africana, el explorador no había ni sospechado que aquello fuera así, tan confuso y degradante. Y tan caluroso. Se había imaginado a sí mismo en un hermoso caballo, con la chaqueta ajustada al cuerpo y una camisa blanca como la nieve, a la cabeza de un grupo de reyes y de negros más o menos inteligentes, conduciéndolos hasta las verdes orillas del legendario río. Y ahora estaba allí, no precisamente a la cabeza, sino en algún lugar de la retaguardia de la serpenteante caravana, atravesando toda esa sequedad, prácticamente en condición de prisionero, en un caballo de respiración sibilante que no cesaba de tirarse pedos y con los calzoncillos pegados en la entrepierna. ¿Acaso no había en este mundo sentido de la proporción?

Un kilómetro delante de él, como manchas en blanco y negro, Alí y Dassoud ondulaban por la sabana en sus corceles. Doscientos de los jinetes más selectos de Alí, montados en caballos fogosos y fieros como panteras y leones, iban detrás, desplegados en abanico, a lo largo de dos kilómetros aproximadamente. Los más jóvenes y entusiastas hacían correrías en las malezas cazando varanos o lagartos, desmochando un arbusto aquí, una planta carnosa allá. Para los demás, a pesar del calor, todo aquello no era más que una alegre cabalgata. Iban la mar de entretenidos, pasándose pipas y *guerbas*, contándose chistes verdes sobre camellos y velos y vírgenes, estremeciendo las solemnes colinas con sus explosivas carcajadas.

El explorador se volvió para echarle un vistazo al panorama a sus espaldas, tratando de decidir si formaban parte de una expedición militar o de una partida de caza, cuando un súbito destello a lo lejos hirió sus ojos. Era Johnson, montado en su lastimoso y melancólico asno (un animal notable porque tenía un hocico y unas orejas tan largas como lúgubres), saliendo por la línea del horizonte. El explorador levantó una mano y lo saludó. ¡Y allá, en lontananza —un movimiento engañoso causado por la distancia y la reverberación del aire—, Johnson agitó el brazo devolviéndole el saludo!

EÓLICO

JARRA ES UN PUEBLO de unas mil chozas de barro y zarzo, situado al sur del Sahel, en la frontera que une Ludamar, Kaarta y Bambara. Para entrar en el poblado hay que pasar por una serie de suaves y superficiales colinas que se levantan al otro lado de la llanura, como burbujas en un batido. En esta época del año las colinas están acribilladas con ennegrecidos rastros, como resultado de la filosofía de los aldeanos que consiste en incendiar y dejar que florezca. Hace un mes todo fue pasto de las llamas. Las lenguas de fuego brotaban de la tierra, chisporroteando, enroscándose y oscureciendo el cielo. Lo cual afectó particularmente a las ratas. Legiones de

roedores, como si fueran emigrantes lemming, huían impetuosamente del holocausto entrando por el sendero de la aldea donde las esperaban sus moradores. Los jarranos las apalearon con rastrillos y azadones y garrotes, reventando tantas ratas como cacharros de cerámica. Cosecharon mucha sangre.

Jarra tiene pastos, divididos aquí y allá por cercadas plantaciones —de karité, tapioca y *nitta*, palmeras *doum* y acacias—. Más allá, se desparraman los sembrados alrededor de los muros de la aldea como manos abiertas de gigantes dormidos, buriladas y surcadas, esperando pacientemente lo primero que por ventura caiga del cielo. También hay un río, el Woobah, que ahora no es más que una sucesión de pozas hirviendo con colas y escamas. Atraviesa la aldea haciendo eses igual que un borracho, para luego escabullirse en el bosque como si tuviera vergüenza. Lo demás es exactamente como cabe esperar. Calles polvorientas, vacas tísicas, mujeres que miran angustiadas y niños ventrudos con el pelo decolorado por el hambre. Era la época más dura, los largos y lentos días anteriores a la estación lluviosa. Ubres secas, reservas de granos agotadas; apenas quedaban vainas de la insípida *nitta*.

Alí y su comitiva llegaron levantando una tormenta de polvo blanco, con sus negras barbas, en actitud hosca y engreída. Las aldeas como aquella eran muy criticadas por los moros, porque allí vivían cafres, es decir, no creyentes. Y no solo los vituperaban porque fuera un sagrado deber para todo buen musulmán propagar la fe en Alá, sino porque los cafres estaban indefensos y eran mucho más débiles. Por lo tanto: caza legal. Los iletrados negros de Jarra —mandingas en su mayoría— entraban pertinentemente en la categoría cafre, aunque de manera informal casi todos profesaran el mahometismo. Los moros miraban por encima del hombro las esterillas de las plegarias, las sandalias, las jubas; y luego miraban las narices chatas de los negros. No se dejaban engañar. Para ellos, los jarranos eran una subespecie inferior, realmente infrahumana, una raza designada por Alá para ordeñar las cabras y untar con mantequilla el pan del Pueblo Elegido, como se autodenominaban. Por eso, las vacas cafres, los niños cafres, las mujeres cafres, las cosechas, las alhajas, las chozas, y hasta la ropa que llevaban puesta, eran considerados propiedad de los moros. Cada vez que los muchachos de Alí hacían su atronadora entrada en el pueblo, no era precisamente para visitar los monumentos de interés.

Sin embargo, en esta ocasión, la rapiña y el saqueo no eran el principal propósito de Alí. Desde hacía mucho tiempo él tenía establecido un sistema de extorsión con jarra y otras poblaciones cafres ubicadas dentro de su ámbito. Les vendía protección, y a cambio recibía enormes cantidades de productos agrícolas y rollos de tela. Si conseguía lo que pedía, los dejaba en paz. Si no, los cortaba en pedazos y se llevaba el doble de lo que había pedido. Pero esta vez no los visitaba para que los jarranos se protegieran de él, sino para protegerlos de los kaartanos. Una simple cuestión de poder político. Yambo II, el jefe de jarra, había tomado partido por Bambara en el conflicto que enfrentaba a Tiggitty Sego, de Kaarta, con Mansong, de Bambara. En aquel entonces, parecía la opción más expedita: Mansong estaba destruyendo a sus

enemigos, cercenándolos y traspasándolos a diestro y siniestro. Pero de un tiempo a esta parte, las cosas habían cambiado, los bambara retrocedían, y Tiggitty Sego, tan enfadado que asesinaría a su propia madre a causa de la desertión de los jarranos, avanzaba ahora hacia el pueblo para castigarlos por su defección. Así que Yambo, al precio de trescientas cabezas de ganado y diecinueve vírgenes menores de doce años, había solicitado los servicios de Alí para que le echara un cable.

MUCHO DESPUÉS de que el polvo se hubiera asentado, el explorador hizo su gran entrada. A pie. Cojeaba un poco, y llevaba el caballo de la rienda. Durante el viaje el animal no había dejado de babear, sangrando por el ano, vomitando y con tres patas aspeadas que lo hicieron cojear hasta caerse de cabeza en el lodo un par de veces. De resultas, el explorador tuvo que recorrer a pie los últimos treinta y dos kilómetros. Cuando entró renqueando en el pueblo, los jarranos salieron a la calle para escudriñarlo. La gente rebosaba de colorido: caras como de regaliz, grandes aros a guisa de pendientes, collares de abalorios multicolores y conchas de cauri en el pelo, faldas y fajas que combinaban rojos palpitantes, amarillos y anaranjados, como un millar de banderas. Pletóricos de colorido, pero callados. No hubo ninguna conmoción a lo largo de aquella multitud, ni siquiera un suspiro, ni una sonrisa. Comparado con aquel silencio, el recogimiento de un cartujo en su celda conventual hubiera resultado estrepitoso. Creyendo que su presencia los intimidaba, el explorador hizo lo que pudo aparentando modestia y poniendo cara de inofensivo. A su lado, Johnson hacía breves venías desde su melancólico asno, orondo y ecuánime como un potentado. De vez en cuando levantaba una mano regordeta para saludar a alguna de las sirenas que estaban entre el gentío o para espantar a las moscas. Cerrando la marcha venía Dassoud, pavoneándose en un corcel grande como la estatua ecuestre de un parque. Vigilándolo todo.

Los primeros deseos del explorador eran bastante elementales: un jarro de agua, un plato de gachas, una estera donde echarse con sus huesos molidos. En circunstancias normales, le hubieran proporcionado todo eso y más. Los mandingas de Jarra eran amistosos y hospitalarios: ya habían almohazado y abrevado a los fogosos caballos de Alí, y también habían sacrificado ocho toros castrados para su cena. Pero en cuanto Mungo entró en el pueblo, el viento empezó a alborotarse. De hecho, soplaba violentamente. Los faldones de su levita revolotearon hasta hacerse un lío en su cabeza, el sombrero de copa se elevó igual que una cometa arrastrada por una corriente ascendente y sintió un zumbido atronador en los oídos, como si de repente se los hubieran taponado con sendos caracoles de mar. Detrás de él, el caballo relinchó y se tiró un pedo, con las crines espumajeando. De pronto se oyó un gemido y se desplomó la pared de una casa, y un techo de paja salió volando, desperdigándose en el cielo como una bandada de buitres cuando levanta el vuelo desde la carroña de un animal muerto. ¡Era el viento!

«¡Eh!», dijo Mungo, volviéndose a Johnson. Pero Johnson, junto con Dassoud y los demás, ya estaba corriendo en la dirección opuesta. El explorador se quedó allí, perplejo. «¿A qué viene tanta prisa?», gritó. «No es más que una ligera brisa». El viento silbaba. El cielo se nublaba. Una choza saltó y rodó por la tierra. Y entonces lo oyó: un áspero ruido sibilante, como escupitajos de aire, como si todos los habitantes de Edimburgo, de Glasgow y de los Borders se hubieran puesto de acuerdo para abuchear con una rechifla al villano de un melodrama. De repente, estaba aterrorizado. Y echó a correr, pero era demasiado tarde. ¡Cataplum! El viento había derribado al caballo. Y a Mungo también, que ahora estaba a cuatro patas, sintiéndose agujoneado en todos los poros como si hubiera tropezado con una colmena de abejas. ¡Arena! ¡Era una tormenta de arena!

Salió de allí a gatas, con la chaqueta revoloteando alrededor de su cabeza, como las alas del demonio y todas sus legiones. Tenía arena en los ojos, en las orejas, en las fosas nasales, en la garganta. Súbitamente, una cabra arrastrada por el viento vino volando y le asestó un golpetazo en la espalda que le hizo caer de bruces. Hizo un esfuerzo para levantarse, tambaleándose, y una calabaza seca y hueca rebotó en su cabeza igual que un asteroide, y luego —¡paf!— una gallina guinea le abofeteó la cara dejándolo fuera de combate. Cada vez que conseguía ponerse de pie, volvía a caerse. Aquello iba en serio. «¡Auxilio!», chilló. ¡SSSSSSShhhhhhhhhhh!, le hizo callar la arena. No podía respirar, sus pulmones estaban llenos de arena; iba a quedarse ciego, arrastrándose contra el viento que esparcía la basura en todas direcciones, formando pequeñas dunas, arremolinando ollas y cucharas, jirones de mantas, cadáveres de cabras o de vacas. ¿Adónde ir? ¿Sería aquello el fin? Pero entonces sintió una presión en la nuca, una mano, un brazo. Se agarró a la mano y la siguió, arrastrándose, avanzando sigilosamente como un roedor, con el chillido de la arena en los oídos, con mil cosas golpeándole la cabeza, y el salvaje viento aferrándose a sus pulmones cual tenazas calientes...

—OIGA, SEÑOR PARK —retumbó la voz de Johnson—, ¿todavía no ha aprendido a guarecerse de la arena?

El explorador, luchando con las bascas, pero sin poder vomitar, no respondió. Tenía los ojos cubiertos con costras de arenisca y las orejas taponadas con castillos de arena. No tenía la menor idea de dónde estaba.

—¿Sabe que podía haberle arrancado la piel? Lo que quiero decirle es que con una tempestad de arena no se juega.

El explorador estaba aturdido. No solo no sabía dónde estaba, ni cómo había llegado hasta allí, sino que tampoco podía ver absolutamente nada. ¿Ya era de noche? ¿Qué era lo que estaba oyendo: el sonido del viento, el silbido de la arena?

—Johnson —dijo—, ¿eres tú?

En vez de una respuesta inteligible, Johnson empezó a hablar mandinga, y el

explorador se sobresaltó al oír las carcajadas en la oscuridad que le rodeaba. ¿Qué estaba pasando allí?

—¿Johnson?

—*Obo weebo jalla 'imsta, kootatamballa* —dijo Johnson, y de nuevo estallaron las risotadas. Y luego, por fin—: No se preocupe, señor Park, estamos en buenas manos.

—Pero ¿dónde estamos? ¿Y cómo he llegado hasta aquí?

—Estamos bajo tierra, en una bodega de cerveza. Yo caminaba, usted se arrastraba.

De modo que era eso, él debía de haberse quedado inconsciente durante mucho tiempo. Pero ¿de quiénes eran aquellas voces, esas carcajadas, y a qué se debía tan impenetrable y espantosa oscuridad? Detectó un cuchicheo, cerca de él, seguido de una risita. Y luego oyó un líquido meneándose, arremolinándose en una sacudida.

—¡Johnson! —gritó—. ¿No podríamos tener un poco de luz aquí?

—Me parece que eso puede arreglarse —dijo Johnson, cuya voz cambió abruptamente de dirección desplegándose en tono jocosos, en medio de un embrollo de consonantes mandingas que se reiteraban (la eme y la ka) en combinación con la doble o, siempre alargada y suave.

Otras voces —más bien gruñidos— respondieron desde el vacío. Al cabo de un rato, el explorador advirtió un sonido bajo, apenas distinguible, procedente del fondo del recinto: un murmullo, un crujido, el apacible susurro de las ramas de un árbol frotadas por el viento. Al principio no salía de su confusión, pero luego cayó en la cuenta: palos. ¡Estaban frotando palos! Un segundo después obtenían una chispa, y luego una débil llama creció desde un puñado de virutas de madera iluminando el lugar.

Cinco negros huesudos estaban sentados apoyados contra la pared de tierra, pasándose un calabacino lleno de cerveza. Uno era Johnson. Los otros eran mandingas jarranos, de pies aplastados, rodillas abultadas y narices remachadas. Tocados con gorros blancos de cocineros, semejantes a setas, ceñían sus cuerpos con abigarradas telas que daban varias vueltas entre los hombros y las entrepiernas. Las plantas de los pies eran de color salmón ahumado. El más cercano al explorador —una desdentada reliquia de pecho cóncavo— le ofreció el calabacino. Mungo lo cogió encantado. Mientras lo empinaba, la lumbre parpadeó y se apagó, pero eso le traía sin cuidado, ahora le atraía más la cerveza que reparar en pequeños detalles. Bebió desafortunadamente haciendo bucheros para quitarse la arena de las encías y de los dientes. Se enjuagó la boca, hizo gárgaras, levantando el codo a más no poder, aprovechándose de la oscuridad. Su sed no tenía límites. Cualquier pensamiento, sensación y reflejo había quedado en suspenso. Estaba exclusivamente concentrado en aquel éxtasis, en ese torrente de líquido que entraba por la boca bajando por el esófago. Pero entonces sintió el contacto de una curtida mano y se vio obligado a pasar el calabacino.

—¡Caramba, Johnson, esta cerveza es fantástica! —murmuró, dirigiéndose a las tinieblas, y añadió hipando—: Me recuerda a una excelente cerveza negra irlandesa.

Desde el rincón, la voz de Johnson susurró:

—Esta es mejor que ninguna de las que hayan inventado los recogedores de patatas. Mucho mejor. Lo que acaba de beber, señor Park, es cerveza *sooloo*. ¡Cerveza *sooloo*! Hecha con granos de sorgo tostados y la más pura agua de manantial, añejada siguiendo estrictamente una antigua receta tribal celosamente guardada en secreto. Oiga, señor Park, no olvide que esta es la cuna de la civilización. Quiénes piensa usted que fueron los primeros pobladores de este planeta: ¿nosotros o esos rubios desteñidos de Hibernia? ¡Esto sí que es una cerveza, hermano!

Había algo nuevo en la manera de hablar y en la pronunciación de Johnson. Sus palabras sonaban cachazudas y era como si rumiara, en un tono combativo. Y su timbre de voz era más grave que nunca; la clase de bajo profundo que suele oírse a orillas de una charca en una noche de verano. ¿Acaso había bebido más de la cuenta?

—¿Estás borracho, Johnson?

—¿Borracho? —repitió, con acento aún más profundo—. ¡Sí, qué diablos! ¡Estoy borracho como un emir!

En ese mismo momento una virulenta ráfaga estremeció el techo de caña y adobe, y una lluvia de arena cayó sobre ellos como perdigones.

—¡Soplad, vientos, soplad; y ojalá que estallen vuestros mofletes de tanto soplar! —vociferó Johnson—. ¡Rugid! ¡Soplad!

Una idea había empezado a insinuarse vagamente en el magín del explorador: por primera vez en casi seis meses nadie le custodiaba. Pero la súbita ráfaga en la techumbre y la declamación de Johnson rompieron el hilo de sus pensamientos. A su lado, alguien acababa de pasarle el calabacino.

ALA LARGA LOS REALMENTE BUENOS SALEN A FLOTE

CUANDO LO DIVISARON pensaron que llevaba varios días muerto. Tenía las manos y la barbilla congeladas, pegadas a un bloque de hielo, y el líquido de sus ojos era nieve derretida. Flotaba, balanceándose como un trozo de madera a la deriva, en las oscuras aguas del Támesis que chapaleteaban alrededor de sus hombros y orejas.

—¿Qué es eso, Liam?

—No lo sé, Shem; parece un fiambre, un ahogado.

Shem Leggotty y Liam McClure eran pescadores. Seis veces a la semana desplegaban sus redes capturando los salmones y esturiones que subían río arriba con la marea. Podía tratarse de un gran pez que hubiera chocado con la red, enganchándose las agallas en las mallas de siete centímetros, debatiéndose hasta ahogarse. A veces conseguían revolverse y escapar. Cuestión de suerte. Pero aquella

noche los pescadores presintieron que era algo diferente, peculiar. No por el peso — un buen esturión podía alcanzar hasta tres metros de largo y pesar doscientos veinte kilos—, sino por el tacto de aquella cosa. Un viento frío apuñalaba las gargantas de los pescadores. Tenían las manos en carne viva. ¿Qué coño era eso? ¿Un témpano de hielo? ¿Un tronco? Cuando Shem alzó un farol para alumbrarlo, aquello flotaba como un cadáver de tres días.

—Así pues, es un ahogado. Y congelado.

—Ni más ni menos.

—Bueno, entonces, corta la red y deja que el pobre mendigo siga flotando. Aún nos queda mucho por faenar, no es problema nuestro.

Tiraron de la red. Cuando el ahogado entró en contacto con la barca, su cabeza golpeó contra las tablas con un crujido, madera contra madera. «Ik», dijo.

—¿Qué has dicho, Liam?

—Yo no he dicho nada, Shem.

El ahogado se agitó a sus pies mientras trataban de desenredarlo. Tenía la boca abierta y helada, con la lengua pegada a los dientes. «Ik», dijo.

—¡Por los clavos de Cristo, este hombre está vivo! ¡Hala, vamos a sacarlo del agua, Shem!

El aliento de Liam flotaba en el aire formando nubecitas. Era un monumento de tendones y músculos, forjado durante largos años tirando de las redes y armando jaleos en los muelles. Se encorvó hacia el ahogado y lo metió en la embarcación, témpano de hielo incluido. El ahogado estaba desnudo de cintura para abajo y envuelto en una capa empapada.

—Cúbrelo con una manta, Shem. Y alcánzame el *usquebaugh*.

—¿El *usquebaugh*? Eso será como rematarlo cuando vuelva en sí.

Se trataba de un brebaje casero, potente como el fuego. Liam se lo dio a beber al hombre mientras Shem le despegaba el mentón y los dedos del bloque de hielo. El efecto del bebedizo fue casi instantáneo: el muerto levantó la cabeza, vomitó y perdió el sentido. «Ik-ik», dijo.

EXQUISITECES DE CHICHIKOV

PESTE A PESCADO. Desde hacía tres meses, día y noche, todo apestaba a pescado. La grasienta tufarada de las anguilas impregnaba el agua verde estancada entre las pilas de pescados, mezclándose con el salado hedor de las rayas y las caballas y con el penetrante olor a lodo frío que despedían percas y carpas. A todo eso apestaba Ned — a tenca, a besugo y a raño, a barbados abadejos, lucios, gotosos peces globo, arenques y merluzas— desde que se dedicaba a arrancarles las entrañas con los dedos, aporreándoles las cabezas, engastando el aire con los destellos de sus translúcidas

escamas. Era un trabajo ingrato, horrible y maloliente.

Pero estaba sano y salvo. Y eso era lo más importante. Eso y la invisibilidad. Aquella fatídica noche se había buscado un montón de enemigos: Smirke, a quien habían multado y sentenciado a tres horas en la picota; Mendoza, Brummell y los demás, cuyos nombres habían aparecido en los periódicos al día siguiente; Nan y Sal, quienes permanecieron recluidas en Bridewell hasta que salieron en libertad bajo fianza gracias al Fondo de Misericordia para las Mujeres Desamparadas, y lord Twit, censurado públicamente por permitir la corrupción moral de su sirviente negro. Un montón de enemigos, pero ninguno sospechaba que él había regresado de entre los muertos. Y Ned Rise no pensaba desengañarlos.

Así pues, ahora estaba en la pescadería de los Hermanos Leggotty, en Southwark, con las fosas nasales saturadas de peste a pescado, cortando en rodajas aquel frío y exangüe revoltijo de carne con múltiples ojos que lo miran estúpidamente. Shem y McClure lo habían sacado del río, más muerto que vivo, y luego le cuidaron durante una semana hasta que volvió en sí. Estaba sin blanca, pues se había despojado del pantalón, de las botas y del Banco del Paquete en un frenético esfuerzo por salir a flote. Los pescadores le habían ofrecido un empleo y un lugar donde dormir. Sopa de pescado y pan negro dos veces al día. Liam le prestó un pantalón. «De acuerdo», dijo Ned.

No es que fuera desagradecido, simplemente no tenía madera de pescador. Las redes resbalaban entre sus manos, apenas remaba, le horrorizaban el agua, las lanchas, los remos, los muelles; el olor a pescado le revolvía el estómago. Casi no sabía nadar. Y, además, estaba harto de los dos pescadores, de sus aburridas conversaciones y de sus aún más aburridas vidas («¡Eh! —decía Liam, dándole una chupada a la pipa y poniendo cara de sabio—, una tormenta lo mismo se lleva a los peces que los trae.»), y mientras tanto, Ned suspiraba por los juegos de mesa, los cafés, el Pig & Pox y el Vole's Head. Southwark no era más que un barrio pobre, donde Cristo dio las tres voces. ¿Cómo vas a levantar cabeza si estás atascado en una pescadería del Southwark? Ned asestaba cuchilladas cortando cabezas y aletas. Cada vez más deprimido.

Así las cosas, una tarde, mientras escamaba un esturión, tuvo una idea. Una idea modesta, pero que conciliaba el don de la invisibilidad con el instinto de lucro. Miró a su alrededor, ansioso por comunicar la noticia. Shem y Liam estaban afuera, en la callejuela, pasándose un jarro y escupiendo en el suelo.

—Oye, Liam, ¿sabes lo que hay en África?

—¿Ninfas en los bosques?

—¡No! Un pez de río que pesa doscientos setenta kilos.

—¡Anda ya!

—Es verdad. Ned me lo leyó en el *Evenin' Post*.

—¿Doscientos setenta kilos?

—En el río Níger. Allí donde ha desaparecido el joven escocés que fue a buscar

ese pez para traerlo aquí.

—¡Anda ya!

Tras limpiarse la sangre y la baba de pescado de las manos, Ned salió a la callejuela:

—Tengo una idea —dijo.

Liam lo saludó alzando el jarro.

—Bueno, muchacho, primero échate un trago de ginebra y luego Cuéntame todo lo que sabes sobre ese asunto.

Ned bebió un sorbo, se golpeó el esternón con el puño y les preguntó si habían oído hablar del caviar.

—Eso es latín, ¿no? —dijo Liam.

—Me refiero a huevas..., huevos de esturión. Aquí los desperdiciamos pródigamente, mientras que los lechuguinos del West End pagan a los rusos tres libras por una tarrina.

—¿Tres libras por una tarrina? ¿Por esa menudencia?

—No son menudencias, Liam... Los suecos lo comen.

—¡Bah, esos catetos de cabezas cuadradas! También se atiborran de arenques escabechados, ¿no?

—Dejadlo de mi cuenta —dijo Ned—. Me las apañaré y lo salaré yo mismo, lo venderé más barato que la Emperatriz, a mitad de precio, y lo despacharé de puerta en puerta, desde Tottenham Court hasta Mayfair. Ya veréis: dentro de un mes seremos ricos.

AL CABO DE UN MES, Ned Rise paseaba por el puente de Westminster con unas gafas, una nariz postiza, una peluca blanca, medias de seda y chaleco de brocado, disfrazado de rico. Más o menos. Las Exquisiteces de Chichikov (llamadas así por un compañero ballenero de Japheth, el hermano de Shem) se vendían como rosquillas. En los clubes para caballeros, en los cafés, en las tabernas, en los hoteles e incluso en las residencias, todos compraban el caviar de Ned tan pronto como lo envasaba.

—¡El caviar ruso más exquisito! —pregonaba Ned alargando la erre de «caviar»—. ¡Y a mitad de precio!

Lo vendía a manos llenas. Todo el mundo lo compraba, desde las criadas hasta los jefes de cocina del Brookes o del White. Al cabo de un mes, la mitad de la buena sociedad se había aficionado a sus galletas con Exquisiteces de Chichikov.

Y lo mejor de todo, pensaba Ned mientras daba zancadas, con una cesta de tarrinas de caviar colgando del brazo, es que se trataba de una mercancía que prácticamente le salía gratis. Era como embotellar aire. Un chollo. Desde luego, algo tenía que invertir. A Liam y a Shem les daba dos chelines por pescado en muestra de gratitud, y pagaba un penique por cada docena de tarrinas y etiquetas, y seis peniques diarios a un par de niños callejeros que colaban y salaban el producto. Pero eso no era

nada. Un buen pescado contenía diez o doce kilos de huevas, de manera que solo tenía que desembolsar unos cuantos chelines para recuperar lo invertido y sacar treinta o cuarenta libras esterlinas. Era como un sueño. Pero, por supuesto, sabía que no duraría eternamente. Por una razón, el esturión solo desova durante dos meses — abril y mayo—, así que muy pronto el abastecimiento de huevos disminuiría. Por otra parte, tarde o temprano Shem y Liam caerían en la cuenta y pedirían una tarifa mayor... Pero, de momento, Ned Rise crecía como la espuma: el Banco del Paquete de nuevo era solvente, y debajo de la cama de su nuevo alojamiento, en Bear Lane, había un cofre de hierro que poco a poco se volvía de plata.

Aquella mañana en particular —una mañana soleada y colmada de pájaros y flores— Ned probaba fortuna en algunas casas de las plazas de Berkeley y del Soho. Mientras cruzaba el siniestro y oscuro puente, empezó a silbar haciendo girar rápidamente su bastón. El viento que soplaba desde el río le despeinó la peluca. Una gaviota pasó rozándole la cabeza. «¡Ah, la alegría de vivir!», pensaba mientras andaba con la gallardía de un joven lord que acude a un partido de croquet. Pero cuando llegó al otro extremo del puente, experimentó una súbita transformación. Fue como si el Dios del Espasmo le hubiera tocado con su curvada varita mágica: brazos y piernas se contrajeron mientras sacaba una lengua retorcida y una especie de tortícolis le ladeaba el cuello. Cargado de espaldas, ahora andaba arrastrando una pierna que parecía un leño recién cortado y tenía un tic en el ojo izquierdo. ¿Acaso estaba sufriendo un ataque de epilepsia? ¿Convulsiones? ¿Un pasmo? Una irónica sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Ned mientras los transeúntes se aparraban alarmados. «Gah», les dijo mordiéndose la lengua y levantando su mano mutilada como si fuera una insignia. «Gah», volvió a decirles, dando tumbos por la calle igual que un perro rengo. Por supuesto, todo aquello formaba parte de su plan para que no lo descubrieran. Le gustaba pensar que era su «manto de invisibilidad». La nariz postiza y las gafas, la anticuada vestimenta, los tics nerviosos, los movimientos espasmódicos, sus andares de lisiado; todo eso lo transfiguraba en otra persona, en un tullido más vendiendo caviar. Nadie podría reconocerlo con aquella mascarada, ni siquiera Dios el día del Juicio Final.

Y así siguió andando, de lado, como un cangrejo, subiendo por Great George Street, atravesando el parque de Saint James y la Alameda, cojeando y arrastrando el pie como si fuera un sifilítico terminal, cuando de pronto oyó un grito a su espalda:

—¡Ned Rise! ¡Ned Rise! ¡Espera un momento!

Era el idiota de Boyles, con la cara colorada por el alcohol y por su premura en alcanzarlo.

—Ned —jadeó mientras corría hacia él—. Pensábamos que estabas muerto, que te habías ahogado en el río. Por eso, cuando te vi doblando la esquina, no podía creer lo que veían mis ojos. Ned se encogió más aún y se caló el tricornio hasta las cejas. Su cabeza, los brazos y las piernas se agitaron nerviosamente como ropa tendida al viento. Una ráfaga de tics le cruzó el rostro.

Boyles lo cogió por la manga.

—Pero... ¿por qué llevas esa ropa tan anticuada? ¿Y esa cojera..., y esos encogimientos? ¿Tienes fiebre intermitente o solo estás haciendo un poco de teatro?

El mundo se le cayó encima, fue como si un rayo lo hubiera fulminado. No podía pensar. Le temblaban las manos. Twit, Smirke, Mendoza... Todos aquellos sabuesos lo harían picadillo.

—¡Ohhhh..., ya entiendo! Es un disfraz. ¿Estoy en lo cierto? ¿Verdad, Ned? ¿Estoy en lo cierto? Te estás escondiendo, ¿no es eso?

Ned miró a su alrededor, cogió por el codo a Boyles y lo llevó hasta una callejuela. En una montaña de basura había un perro muerto junto a una sombrilla rota. Desde allí se veían la Alameda por donde circulaba la gente de buen tono en sus carruajes.

—¿Cómo hiciste para reconocerme, Billy?

—¿Bromeas? Te reconozco a la legua, Ned Rise. Una ligera cojera y una falsa nariz no van a ayudarte. Tu farsa está tan clara como la luz del día.

Ya no podía contar con el manto de invisibilidad.

—Escúchame, Billy. No puedes decirle a nadie que me has visto. Si Mendoza, Smirke y los demás llegaran a saberlo...

—Te comerían vivo, Neddy. Mendoza andaba buscándote, y Smirke, después de su humillación en público, se pasó una semana hablando pestes de ti por todas partes. ¡Ja, ja, ja! Deberías haberlo visto, Ned... A Smirke en la picota. Yo le arrojé media docena de nabos podridos y un gato muerto. ¡Dios mío, cómo me divertí!

Pero Ned no le escuchaba. Le volvió la espalda preocupado, y metió la mano hasta la rodilla por dentro del pantalón, buscando a tientas coronas y chelines, para taparle la boca.

—Sin embargo, también tengo que decir —tosió Boyles, destilando una flema sanguinolenta en un andrajoso pañuelo— que en cuanto supo que te habías ahogado sintió remordimientos por haberte maldecido. Montó otra vez tu espectáculo porno, en tu honor, Ned... ¡Tres veces! Y en cuanto a Nan y a Sal... ¡Tenías que haber visto cómo se portaron! Entre las dos robaron unos sombreros con velos enlutados y, la mar de entristecidas, fueron al río, donde tiraron un ramo de geranios en tu memoria... No podrás decir que tu tumba no ha sido llorada, de eso puedes estar seguro, Neddy.

Ned se volvió bruscamente y le mostró una moneda.

—Para ti, Billy —dijo—. Por tu discreción. Nunca me has visto, ¿de acuerdo? Yo estoy muerto y sanseacabó, ¿vale?

—Puedes contar conmigo, Ned. No diré ni una palabra.

HUIDA

MUNGO DESPERTÓ con dolor de cabeza. Había estado bebiendo cerveza *sooloo* — también llamada *bobootoo das*—, se le cruzaron las piernas y la cabeza se le puso como una olla de grillos. Había bebido cerveza *sooloo* y ahora no estaba seguro de dónde estaba. Ciertamente en una especie de bodega. Reconoció las paredes de tierra amarilla, las raíces y rizomas, el techo de cañas, la escalera de mano que conducía a la superficie. Sí. No tenía duda alguna. Una bodega. Se incorporó a duras penas, apoyándose en los codos, y descubrió un calabacino entre sus piernas y una cabeza fofa recostada en sus tobillos. La cabeza pertenecía a Johnson, quien yacía despatarrado junto con sus amigotes en una confusión de brazos y piernas, con la panza subiendo y bajando impulsada por las fuerzas elementales de la naturaleza. Los cinco roncaban serenamente, emitiendo silbidos entre los dientes, con los labios vibrando, las amígdalas aleteando.

Al explorador se le antojó que afuera ya debía de ser de día, pues la oscuridad que antes reinaba en aquel recinto ahora daba paso a esa especie de penumbra crepuscular que suele verse en criptas, caminos y otros húmedos e insalubres lugares. Se rascó el cuello, donde algún bicho le había picado durante la noche, y entonces descubrió en la tierra un espectacular escarabajo negro que empujaba penosamente una bola de excremento del tamaño de una manzana. Así estaba, acodado en el suelo, observando al escarabajo, esperando pacientemente a que se aclararan sus ideas, cuando oyó el primer alarido procedente de arriba. Ahora era más bien un grito sofocado, un suspiro de sorpresa, casi inmediatamente seguido por un prolongado gemido, quejumbroso y desesperado. Entonces oyó un apresurado intercambio de palabras —monosílabos que iban y venían de acá para allá, como pelotas de tenis—, y la gente allá arriba corriendo por el suelo de bambú, y luego el silencio. El explorador ladeó la cabeza y poco a poco notó toda una corriente subterránea de estruendos que venían del exterior, de las calles. Era un zumbido, dilatándose hasta convenirse en rugido..., como si realmente la tierra cobrara vida con aquellas resonancias. Estaba desconcertado. ¿Sería un terremoto? ¿Una estampida? ¿Otra tempestad de arena?

Más curioso que de costumbre, el explorador se levantó y fue hasta la escalera, dejando que la cabeza de Johnson cayera al suelo con un sordo porrazo. Sin embargo, no bien puso el pie en el primer peldaño, se dio de narices con un par de pies descalzos y un huesudo trasero que bajaban por la abertura practicada en el techo de la bodega. El explorador retrocedió mientras un apergaminado y diminuto hombre descendía por la escalera, despacio y ajeno, bamboleándose en el aire como una araña artrítica. Cuando por fin terminó de bajar la escalera y dio media vuelta, retrocedió violentamente al ver al explorador.

Más que anciano, aquel pequeño viejo era antediluviano. Canoso y corrugado, las arrugas de su cara formaban un delta. No llegaba a un metro y medio, pesaría unos cuarenta y tres kilos, parecía esculpido en una sombra. De su cuello colgaba una gallina estrangulada, con la rigidez del *rigor mortis*. Se produjo un momento

embarazoso mientras explorador y gnomo permanecían frente a frente. El pequeño hombre revolvía los ojos, ora mirando a Mungo, ora torciendo los ojos otra vez, mientras en la telaraña de su rostro se reflejaban sentimientos encontrados de asombro y de indignación. Volvió a mirar al explorador, y de nuevo apartó el rostro como si rechazara una aparición. Entonces se agachó junto a uno de los hombres dormidos y ululó a su oído: «*M'bolo rita Segó! M'bolo bolo Segó!*».

El efecto fue instantáneo: Johnson y los demás se levantaron al mismo tiempo, llevándose las manos al pecho y mirando a todas partes con ojos saltones, mientras el viejo daba una palmada para captar la atención del grupo y narrar con voz estridente un cuento de terror (Mungo no era políglota, pero cogió al vuelo frases reiteradas como: «caníbal», «desollador de niños» y «Tiggitty Segó»). Ahora los cinco bebedores de cerveza se retorcían las manos, chocando unos con otros en su afán por subir la escalera.

En su afán por escapar, Johnson rozó al pasar al explorador, quien aprovechó la oportunidad para agarrarlo por el brazo.

—¿Qué pasa, Johnson? ¿Quién es ese Segó?

Los otros ya subían rápidamente la escalera como hormigas ascendiendo por un palo, mientras el anciano daba vueltas inquieto por el sótano soltando plumas. De arriba llegaba un rugido de pánico que crecía sin cesar.

—¡Deprisa! —gritó Johnson, y salió pitando como una bestia enloquecida pasando por encima del viejo—. ¡Van a incendiar jarra! —dijo Johnson tambaleándose en lo alto de la escalera—. Y no hacen prisioneros —cuchicheó.

AL SALIR AL EXTERIOR, la escena que Mungo contempla parece arrancada de las páginas de Milton o de Dante: la gente llorando y lamentándose, autoflagelaciones, informaciones erróneas, miedo cerval, amilanamiento. Madres sin hijos que corren, hijos sin madres que también corren. Humo y polvo por doquier, y en el aire se respira el ímpetu de la sangre. En medio del camino, un viejo azota a su enclenque vaca incapaz de moverse bajo el peso de los serones que cuelgan de su lomo. Otro lleva en brazos a su esposa, quien lleva a su perro, quien a su vez lleva un pedacito de tela en la boca. Todo el mundo corre y grita, arrastrados por la urgencia y el pavor, abriéndose paso a patadas a través de las pequeñas dunas y los escombros dejados por la tormenta, amontonando sacos de granos, arreando a las vacas; huyendo del pequeño caserío de paredes de adobe del Woobah, la aldea donde nacieron.

El explorador, siempre un poco lento a la hora de reaccionar (era algo genérico), se quedó en medio de todo ese dolor y confusión preguntándose qué hacer. En realidad, no podía sumarse al éxodo, pues tanto el caballo como su equipaje (devueltos a instancias de Fátima) se habían perdido en la tempestad, y ¿cuán lejos podría llegar a pie? Además, Johnson también había desaparecido, y ciertamente los moros podrían... Pero, un momento... ¿dónde estaban los moros? Súbitamente se dio

cuenta de que hacía por lo menos doce horas que no veía a un musulmán... Y más súbitamente aún, una idea subversiva empezó a rondarle la cabeza... La misma de poner pies en polvorosa, ahuecar el ala, que ya había barruntado anoche cuando una curtida mano le pasó el calabacino: ¡por fin había llegado su oportunidad!

LO QUE SUCEDÍA EN JARRA era bastante elemental en términos de política militar. En algún momento de la noche, Alí tuvo una crisis de prioridades: sus intereses habían entrado en conflicto con los de los jarranos, quienes, en fin de cuentas, no era más que cafres. Después de una noche de francachela y amistosa rapiña y extorsión, Alí ordenó a diez de sus hombres que seleccionaran trescientas de las mejores vacas de los jarranos y las ocultaran en el bosque donde ellos se habían protegido de la tormenta. Lo había hecho llevado por el interés, simplemente estaba protegiendo su inversión. Los jarranos consideraron que la orden dada por Alí era beneficiosa para ellos, pues significaba que aceptaba el pago de sus servicios por anticipado. Trescientas vacas era mucho que perder, pero no cuando se considera que la alternativa era perder todos los rebaños, así como las cabras, los cultivos, las chozas y las hijas a merced de la rabia indiscriminada de Tiggitty Segó, conocido en todas partes por su temperamento vengativo y su sed de sangre.

Pero a una hora avanzada de la noche, después de que cesara la tormenta, otro factor entró en la ecuación: Alí recibió la noticia de que el ejército de Segó, sacando ventaja del mal tiempo, estaba muy cerca de Jarra, y que atacaría temprano por la mañana. Esa información precipitó la crisis de prioridades de Alí. Como ya tenía sus vírgenes y sus vacas, se dio por satisfecho... Además, si se enfrentaba con los kaartanos no solo no obtendría ningún beneficio, sino que correría el riesgo de perder lo que ya había ganado. No tuvo que pensarlo dos veces. En un santiamén desarmaron las tiendas y todos los hombres estaban montados en sus caballos. Cabalgaron a través de la noche, llevándose a diecinueve exvírgenes, mientras una avanzadilla conducía al ganado. Al día siguiente por la noche estarían de vuelta en Benowm.

«¡AL FIN LIBRE!», pensó el explorador, jubiloso en medio de un abismo de desesperación. Una mujer que huía despavorida pasó por su lado, con toda su vida oscilando en un cántaro de barro que llevaba a la cabeza. Mungo quiso detenerla para bailar con ella, ardiendo en deseos de entonar un cántico de liberación, con ganas de rugir como un león que abre de golpe la puerta de su jaula. «¡Eh, eh!», reía agitando el sombrero de copa para saludar a unos niños raquíticos que corrían raudos, sombríos y furtivos como ratas. Mungo empezó a bailar sobre un pie, a silbar y a tararear: «¡Oh, dónde has estado todo el día, mi linda palomita!», mientras una anciana arañaba la puerta de su choza, sollozando y suplicando a dos hombres que

tiraban de ella remolcándola. El explorador se dejó llevar por el torrente humano, sonriendo neciamente, mientras los niños lloraban llamando a gritos a sus madres, los tullidos andaban a tientas en medio de la polvareda y las mujeres recogían frenéticamente provisiones para el camino. El plan de Mungo era dirigirse —con o sin caballo— al este con los refugiados, hacia Bambara. Hacia el Níger.

Solo al llegar a la salida de la aldea, cobró conciencia de lo que pasaba, y entonces se puso a ayudar, a cargar niños, a transportar camas, a apilar granos, a empujar cabras. Los jarranos, demasiado apremiados y turbados para detenerse a pensar, aceptaban su ayuda y luego lo miraban como si fuera transparente. Una vaca mugiendo aquí, un niño perdido allá, maridos y esposas encontrándose por azar en el camino, poco a poco todos empiezan a emigrar, pasando por las puertas orientales, vadeando el Woobah, avanzando penosamente hacia la distante cuesta, dejando atrás una ciudad desolada. La cosa marchaba bien, los rezagados cerrando filas, los gimoteos y chillidos disminuyendo, cuando de pronto un espantoso rumor recorrió la muchedumbre: «¡Por ahí viene Segó! ¡Segó!». La multitud se calló, momentáneamente aturdida, mientras una corpulenta mujer con pañuelo a la cabeza se abría paso a empujones, pregonando las noticias: «¡Quemó Wassiboo por la noche! ¡Desolló a los niños! ¡Bebió sangre!».

A medida que trascendían las noticias, se sucedían los gritos ahogados y las protestas hasta que finalmente se produjo un largo y generalizado chillido semejante al de los cerdos cuando huelen el tajo del carnicero. Entonces todos echaron a correr como si hubieran dado la señal de salida en un maratón: los calcañales y los cascos volaban, el polvo se levantaba en oleadas eclipsando el sol. «Histerismo colectivo», pensó Mungo alejándose de allí hasta que repentinamente, como si acabara de despertar de uno de esos sueños en los que caemos al vacío, el histerismo se apoderó de él. Con las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada, empezó a correr, desbocándose como una yegua asustada, apartando a los lisiados, atropellando al ganado, abriéndose paso desesperadamente. Cuando se le ocurrió volver la cabeza por encima del hombro, ya había dejado atrás a los competidores y avanzaba por una colina, adelantando a los jóvenes más veloces, dando zancadas como un atleta y un saltador de pértiga, corriendo por su vida, corriendo por su libertad, corriendo a más no poder.

Pero al doblar un recodo del camino, se detuvo en seco. Allí, a horcajadas en su caballo semental, como un coloso, estaba Dassoud, con las riendas del rocín del explorador en las manos. A su lado, tristemente montado en el melancólico asno, estaba Johnson. Johnson se encogió de hombros.

Dassoud señaló con un gesto la silla de montar destinada a Mungo, luego desenvainó la cimitarra y apuntó al norte, en dirección a Benowm.

—Es mejor que se una a nosotros —dijo Johnson.

El explorador vacilaba, alicaído. El eco de los gritos de los refugiados aún resonaba en su cabeza, y no dejaba de jadear.

—Estoy hablando con usted, señor Park. Lo que quiero decir es que este moro no se anda con chiquitas.

Dassoud cortó el aire con un titánico golpe del sable, como si fuera un taco de billar. Algo parecido a una sonrisa asomó en sus labios.

Mungo montó en el caballo.

UNA HORA DESPUÉS, y a kilómetros de distancia del camino de Bambara, los tres jinetes bajaban por una pendiente rocosa plagada de restos de oryx e íbices, cuando, sin más ni más, Johnson metió la mano en su toga, sacó una plateada pistola de duelo y le disparó al caballo de Dassoud en el ojo izquierdo. El animal se encabritó, sacudiendo la cabeza como si tratara de destaponarse las orejas, y se desplomó echando por tierra al Jefe Chacal.

—¡Escapemos cagando leches! —gritó Johnson, azotando frenéticamente la grupa del asno mientras Dassoud salía de debajo del caballo muerto. No necesitó decírselo dos veces. El explorador espoleó a Rocinante y el animal emprendió una marcha a medio galope bastante poco entusiasta, resollando como un fuelle lleno de agua. Mientras tanto, Dassoud se quitó la juba y las sandalias, se aplicó un breve masaje en los dedos de los pies, y empezó a perseguirlos, con la cimitarra entre los dientes.

El reacio y melancólico asno de Johnson iba a trote corto por el terreno pedregoso, Mungo corría en su rocín que avanzaba a trompicones. Enfrente se veía una llanura inculta, solo con monte bajo. Detrás iba Dassoud, saltando como una pantera. «¡Si conseguimos lle... llegar a ese lla... llano, le de... dejaremos atrás!», gritó Johnson. Mungo se agarró bien y rezó. Dassoud solo estaba a unos siete metros de distancia, corriendo como un cuatrero. Tres metros, uno y medio..., pero ahora la tierra uniforme y compacta de la llanura resonaba bajo los cascos de sus monturas, y empezaron a ganarle la delantera al moro. Dassoud se rezagó siete metros, luego cuatro y medio, y Mungo empezó a gritar de alegría. Johnson lo miró preocupado:

—¿Por qué estás tan sombrío? —le preguntó el explorador.

—¿Ha visto cómo corre ese mamón?

Mungo miró hacia atrás por encima del hombro. Ahora Dassoud estaba a unos noventa metros. Su cara carecía de expresión, la luz fija en los ojos. Desnudo, musculoso como una estatua, corría con todas las fuerzas de su corazón, corría contra el sol y la sabana.

—Y eso, ¿qué importa?

—Nos está alcanzando, eso es lo que importa.

El caballo del explorador pasó del medio galope al trote, tambaleándose, las alforjas sonando como maracas. El asno torció el hocico y lo estiró tratando de morderle la rodilla a Johnson. Mungo empezaba a alarmarse.

—No seas ridículo —dijo—. Nosotros vamos a caballo.

Avanzaban lentamente y en silencio. Dassoud levantaba los brazos, manteniéndose en los noventa metros. El sol, por supuesto, era como un horno acabado de estrenar. Entornando los ojos, Johnson miró a Mungo, con una triste y sufrida expresión en la mirada.

—¿Usted no conoce la historia de ese maníaco?

«¡Uhhhhh!», dijo el caballo, reduciendo el trote hasta un enérgico paso de ambladura. El asno se bamboleó imitándolo, moviendo las orejas. Clotocó-clotocó, clotocó-clotocó.

—No —dijo Mungo, sintiendo que los calzoncillos se le endurecían en las ingles —, no la conozco.

HISTORIA DE DASSOUD

NACIÓ EN AZ-ZAWIYA, en la costa mediterránea de Libia, y era el tercer hijo de un sultán bereber. Cuando tenía seis años lo atropelló una estampida. Afiladas pezuñas negras pasaron precipitadamente por encima de él, machacándolo durante un cuarto de hora. Resultó ileso, sin ninguna magulladura. A los catorce, se unió a su padre en una expedición punitiva contra un bando de árabes de la tribu Debab. Los árabes estaban acampados en el oasis de Al-Aziziyah, las hogueras se sucedían por la llanura como una constelación caída del cielo. Dassoud, a los catorce, ya media un metro ochenta y dos. El resplandor de las fogatas era misterioso y se oían los chillidos de las mujeres. Un hombre se abalanzó sobre él con una pica. Dassoud le cortó las piernas con un golpe de cimitarra, luego le aplastó las clavículas y le cercenó la cabeza. En venganza, el hombre le lanzó un chorro de sangre a la cara. Dassoud dio un salto atrás, asombrado y aturdido, con el pulso acelerado y el crudo sabor salado de la sangre en sus labios... Entonces siguió buscando más sangre. Dos días después moría su padre. Dieciséis renegados árabes de la tribu Debab huyeron por el desierto a través de la desoladora meseta de Al-Hammada al-Hamra. Dassoud los persiguió. Los mató a todos, uno a uno, en una sola noche.

Cuando tenía veinte años condujo una caravana por el Gran Desierto. Su destino era Tombuctú, en el río Níger, dos mil quinientos kilómetros al sur. Era muy difícil atravesar aquella zona. Una tormenta de arena los engulló, los camellos se evaporaron, los pozos se secaron. Cuando llegaron a Ghat, había perdido aproximadamente la mitad de sus hombres. El sol rozaba el horizonte, las dunas ascendían trepando al cielo como olas en un océano de hierro. Cuando llegaron a los pozos secos de Tamanrasset, fueron cayendo como moscas. Dassoud medía un metro noventa y dos, pesaba ciento cinco kilos. Era uno de los supervivientes. Los otros doce se apiñaron alrededor de él. «Iremos hacia Taoudenni, al norte de Ludamar — les dijo—. Es nuestra única posibilidad».

El oasis de Taoudenni estaba en una cuenca rodeada de basálticas colinas que brotaban de la arena como las muelas de un gigante enterrado a medias. Ya en

tiempos del Profeta, era la principal aguada en la ruta desde Tamanrasset hasta Jarra. Decían que sus pozos eran inagotables. Cuando avistaron el oasis, hacía tres días que no veían una gota de agua, tenían los párpados hinchados; las gargantas, en carne viva. Iban dejando tras ellos una estela formada por las mercancías —alfombras persas, sal, mosquetes, hachís— aún atadas a los lomos de los animales podridos en las dunas. Cuando se acercaban a los pozos, el único camello superviviente tropezó y se desplomó con las pezuñas pedaleando en el vacío. Uno de los hombres gritó: atravesado en las patas delanteras del animal había un costillar humano. Los huesos entrechocaban sonando como claves de madera, como dados en un cubilete. Los mercaderes miraron a su alrededor. Había montículos de huesos en la arena —cientos de ellos—, una mano alargándose aquí, el occipital de un cráneo brillando allá. Taoudenni estaba seco.

Dassoud reclamó el camello. Dos hombres le desafiaron. A ambos los mató. Entonces desangró al animal, bebió hasta hartarse de la arteria abierta y luego derramó el sobrante dentro de una *guerba*. Se comió los órganos internos, las paredes del estómago, húmedas y crudas. La última vez que había visto a sus compañeros de viaje, estaban acurrucados en la grieta de una roca donde una vez hubo agua.

Caminaba de noche, y por el día desenterraba larvas de insectos, escorpiones y escarabajos. Los cascaba como nueces mientras observaba al viento escarbando las dunas. Entonces se sintió mareado. Estaba en las últimas. Lo cual le divertía. Cuanto más desesperante era la situación, más fuerte se sentía. Una noche, solo en el universo e irremediamente perdido, con la *guerba* vacía, mientras chupaba el abdomen de un escorpión, se dio cuenta de que lo estaba pasando bomba. El desierto era duro. Pero él era aún más duro. Si se le antojaba, podía dar media vuelta y regresar a Libia dando un paseo.

Dos semanas después de haber salido de Taoudenni, Dassoud se topó por casualidad con el pozo de Tarta. Sacó una *guerba* llena de agua y bebió hasta vomitar. Mientras vomitaba advirtió que una sombra caía sobre él, la sombra de tres de los jinetes de élite de Alí. Estaban apuntándole con sus mosquetes mientras él permanecía arrodillado en la arena. Entre los moros, beber furtivamente de un pozo era un crimen tan nefando como el secuestro o mantener relaciones sexuales con el ganado del vecino. El castigo era la muerte. Dassoud oyó el chasquido de los percutores. Estaba muerto de hambre, deshidratado, exhausto, desarmado. El primer hombre solo consiguió herirle de un balazo en el codo, el segundo únicamente pudo cortarle la cara con la cimitarra, y el tercero ya no pudo luchar contra él. Cuando hubo acabado con los tres, le arrancó de cuajo la pata a uno de los caballos, la devoró y se acostó a dormir. Al día siguiente por la mañana, entró cabalgando en Benowm, galopó como una centella hasta la tienda de Alí y le ofreció sus servicios como guardaespaldas y chacal.

HUIDA (CONTINUACIÓN)

—¡POR TODOS LOS SANTOS! —exclamó Mungo, mirando hacia atrás por encima del hombro—. ¿No podías haber tenido un poco más de puntería?

—Eso va contra mis principios. —Johnson corría ahora pesadamente al lado del asno, con la toga empapada en sudor—. Una vez... —jadeó—, una vez le disparé a un hombre..., allá en Londres. Y le partí el corazón a un niño... ¡Uf!... Nunca me lo... perdonaré.

—¿Principios? —dijo el explorador como un eco, preguntándose hasta qué punto los principios eran buenos si solo servían para acercar la hora de la muerte.

Detrás de ellos, Dassoud no daba señales de cejar en su empeño. De hecho, desde hacía cosa de una hora aullaba injurias a la espalda del explorador, blandiendo el sable al sol como si quisiera subrayar su significado: «¡Incircunciso!», rugía. «¡Comedor de cerdo!». Mungo se caló el sombrero hasta las cejas y tuvo una visión del ambiente de la cocina en Selkirk: Hores recién cortadas, jamón frío, Ailie sonriéndole.

—¿Has notado que ese tipo me tiene inquina?

—¡Ah! —retumbó Johnson a su lado—. Le odia. Le odia del mismo modo que... una barba odia a... una navaja de barbero o un globo a... un alfiler. Es su naturaleza. Usted... de pronto se presenta aquí... con su pelo rubio y esos ojos de gato, un monstruo y un prodigio. —Resollaba, con un pitido al respirar—. ¿En qué posición cree que lo dejaba a él? Eso sería como si... un perro callejero se resignara a ser desplazado por un perrito faldero.

—¡Oh! —exclamó Mungo.

EL DÍA TRANSCURRÍA lentamente, Johnson silencioso y malhumorado, el hocico del caballo del explorador salpicando sangre. Dassoud los seguía sin hacer ruido, con la inexorable determinación de un lobo corriendo tras su presa. El caballo era un problema. De vez en cuando, en la medida de lo posible, el explorador prescindía de su cabalgadura. Desmontaba y trotaba un par de kilómetros. Pero así y todo el animal casi siempre estaba a punto de desplomarse, a tal punto que Mungo tuvo que prenderle fuego a la cola para conseguir que avanzara. En cuanto al asno de Johnson, era peor todavía, fingiendo cojera, corcoveando, lanzando mordiscos y rebuznando como un calíope. Indudablemente, era solo cuestión de tiempo que uno de los dos animales fallara, y Dassoud los alcanzaría. Y entonces: adiós Níger, adiós África, adiós a este mundo.

Pero entonces, justo cuando las cosas parecían ir de mal en peor, Johnson trino como un naufrago divisando un mástil en el horizonte.

—¡Mire! —gorjeó—. ¡Allá arriba, entre los árboles!

El explorador miró. Allí, en la colina que se levantaba ante ellos, serpenteando en la arboleda como una sutura errátil, estaba el camino que conducía a Bambara. Pero ¿qué era eso? Una inmensa polvareda parecía cubrir todo el camino, con el cónico

final estrechándose a lo lejos. Lo primero que le pasó por la cabeza al explorador era que se trataba de basureros —miles de ellos— barriendo a lo largo y ancho del sendero, pero luego, como en una Epifanía, se dio cuenta: ¡eran los refugiados! ¡Estaban volviendo sobre sus pasos!

—¡Johnson! —gritó—. ¡Eres un genio!

Sin embargo, ese nuevo acontecimiento no los libró de Dassoud. Al contrario, ahora el jefe Chacal echaba el resto, acercándose a ellos como un velocista llegando a la meta. La distancia que los separaba rondaba los cuarenta y cinco metros, luego treinta y seis; Johnson fustigó al asno, Mungo azotó al caballo: ahora Dassoud estaba a unos veintisiete metros. Entonces Johnson hizo algo muy peculiar. «Un viejo truco mandinga», gritó metiéndose la oreja derecha del asno en la boca y mordiéndola como si estuviera zampándose una chuleta demasiado cocida. El asno rebuznó, corcoveó dos veces y luego salió disparado como si tuviera tres años y emprendiera una carrera de obstáculos. Mungo imitó a su intérprete: la oreja del caballo era como una cinta de fieltro pegada a su lengua, y la mordió hasta probar el sabor de la sangre. Y, en efecto, el rocín volvió a la vida, galvanizando las pocas energías que le quedaban en un ardoroso tropel de cascos y espolones.

Johnson y Mungo, asno y rocín, volaban sobre el pedregal, a través de una arboleda, acercándose al camino mientras el primero gritaba en mandinga a las fantasmagóricas siluetas que emergían de las penumbras. Entonces el asno irrumpió entre el gentío, corriendo a la par del caballo del explorador. Ante aquel diluvio de cascos, los fatigados refugiados se apartaban y las gallinas revoloteaban por el aire. En un santiamén, los jinetes cruzaron el camino en diagonal, perdiéndose en la otra vera. Johnson acicateaba al asno, moviendo los codos como si aleteara. Los árboles se volvían borrosos, y el explorador se esforzaba para estar a la altura de las circunstancias. «¡Ahora!», gritó Johnson, y de nuevo irrumpieron en la oscura polvareda del camino. Esta vez volcaron una parihuela y se llevaron por delante a un dignatario de la aldea que llevaba un ídolo bajo el brazo. Johnson farfullaba ininteligiblemente y sin parar dirigiéndose a las asombradas caras: «¡No dejen pasar al moro! ¡Detengan al moro!». Otras dos veces repitieron la maniobra de entrar y salir del camino, en zigzag, como exhalaciones, haciendo volar los guijarros, dejando detrás un remolino de polvo, hasta que Johnson salió definitivamente del sendero y se adentró en el bosque, con el explorador pisándole los talones.

—¡Chitón! —dijo Johnson, desmontando en un matorral de erizos y satinadas espinas negras.

El corazón del explorador palpitaba estremeciéndole las costillas. Se apeó del extenuado rocín y se sentó en cuclillas en medio de la vegetación.

—¿Crees que lo hemos despistado? —susurró.

Cerca de allí, en el camino, la lenta y fuliginosa procesión seguía pasando frente a ellos con un ruido sordo. A través de los matojos, el explorador divisaba una pierna aquí, una cabeza allá, el cuarto trasero de una cabra o de una oveja. El estruendo era

uniforme, solo interrumpido a veces, ora por una maldición, ora por un alarido. No había señales de Dassoud. Y de repente —como una pesadilla perturbando el sueño de un niño— ¡allí estaba! Incansable, obsesivo, trotando a lo largo del camino, registrando dentro de la nube de polvo, con los ojos tan hinchados de rabia que parecían huevos duros. Las piernas magulladas y amoratadas, las pantorrillas jaspeadas con sangre. Ni siquiera volvía la cabeza.

Oculto en los arbustos, Johnson levantó las manos, con las palmas abiertas hacia el explorador.

Mungo lo miró a la cara, con una necia y eufórica sonrisa, luego se frotó las manos y las levantó también para dejar que el guía se las palmeara en señal de regocijo.

LAS CALLES DE LONDRES

HUBO UNA ÉPOCA en que las calles de Londres, plagadas de miasmas y enfermedades, eran una sucesión de estercoleros unidos en vasos comunicantes, dos veces más peligrosas que un campo de batalla y tan aquejadas de incuria como las mazmorras de un manicomio. Eran tiempos muy duros. Borrachos desparramados en las aceras, algunos muertos y apestando y cubiertos de cuervos; familias enteras agachadas en las esquinas y mendigando. En los callejones se perpetraban asesinatos. Había achocolatados periódicos pegados a los faroles, cascajos de barro y botellas rotas en el suelo, rastros de hortalizas y huesos de pollos podridos en las esquinas. Excrementos de palomas. Lodo, hollín, tizne, cenizas, ratas, gatos y perros muertos, trapos manchados de mierda y, lo peor de todo, por doquier había desagües y aliviaderos desbordados... «Vivimos, sir, como hotentotes», se quejaba lord Tyrconnel, dirigiéndose al presidente de la Cámara de los Comunes. «Y nuestras calles están tan plagadas de inmundicias que hasta un salvaje las miraría atónito». Los demás estuvieron de acuerdo con él. Se creó una Sociedad de Salubridad Cívica y un Club del Aire Limpio. Se reunían asiduamente, seguían al pie de la letra las *Reglas de procedimiento parlamentario* de Bledsoe, hacían públicas sus quejas, sin llevar nada a cabo.

Bien es verdad que había unos cuantos basureros privados y un puñado de barrenderos. Pero los basureros se convertían en montañas de estiércol detrás de las casas y los barrenderos simplemente engendraban humeantes vertederos. De modo que la inmensa mayoría de los londinenses seguía sin recursos para proteger sus traspatios, y los atascados arroyos seguían bisecando las calles como heridas supurantes. Ceñudos tenderos salían penosamente a la calle para verter sus orinales, los taberneros echaban cal en las fachadas de sus establecimientos para amortiguar el hedor de la orina, las amas de llaves arrojaban baldes de aguas mayores desde las ventanas de los segundos y terceros pisos. «¡Agua va!», gritaban las criadas, y los oscuros cuajarones de inmundicia caían en parábola en medio de la calle donde el

cieno rezumaba centímetro a centímetro hacia los fétidos desagües. Por supuesto, todo esto no era más que un inconveniente para los transeúntes, quienes solían ir a la pata coja y limpiándose las ropas, pues a menudo resbalaban cayéndose escaleras abajo en los sótanos, sin contar que también podían tropezar con alguno de los centenares de perros rabiosos que pululaban por la ciudad. Y, por si fuera poco, los desagües estaban cada vez más obstruidos con cagajones, orejas de cerdo y otros desperdicios, haciendo que las aguas residuales formaran charcos, oscuros riachuelos y vaporosos pantanos. De suerte que no solo la porquería llegaba a los tobillos, sino que además los peatones se veían obligados a esquivar constantemente las salpicaduras de mierda que lanzaban las ruedas de los carruajes al pasar.

Ya que las calles estaban tan repugnantes, los que podían permitírselo preferían trasladarse en coche o en silla de manos. La silla de manos se ajustaba de maravilla a la época y al lugar, pues aparte de proporcionar comodidad y seguridad a los privilegiados, era una fuente de empleo para algunos de los muchos muertos de hambre. Consistía en un vehículo con asiento para una persona, cerrado, a manera de caja de coche, sostenido en dos largas varas paralelas. Angarillas que llevaban en andas los portadores, uno a proa y el otro a popa. Los portadores, extremadamente pobres y de linaje endogámico, con sus labios leporinos y sus cabezas deformes, obtenían unos cuantos peniques; y las damas podían salir a tomar el té sin salpicarse de mierda las enaguas. Todos salían ganando. Pero la silla de manos tenía otra ventaja: una vez dentro del vehículo, uno se volvía invisible. Simplemente corría las cortinas y miraba a hurtadillas por la rendija. Ver y permanecer oculto.

¿Acaso había un medio de transporte más idóneo para un hombre invisible?

LA BALADA DE JACK HALL

CON LA SENSACIÓN de que todo se iba a pique, Ned se quedó mirando el cogote achatado de Boyles alejándose entre el gentío. Miró a su alrededor a hurtadillas, sintiéndose desnudo y vulnerable, como un cangrejo sin caparazón. Cerca había una parada de sillas de manos. Ned cojeó hasta allí, le dio una moneda al portador y desapareció dentro del vehículo. Las cortinas estaban corridas. Aquello estaba oscuro como un útero. La cabeza de Ned era un hervidero de estratagemas, planes y contraplanes. Su propia voz le sorprendió. «Monmouth Street», dijo. «Ropavejería de Rose».

LA ROPAVEJERÍA DE ROSE es una tienda de señoras, muy elogiada por Sally Sebum («Las mejores gangas de la ciudad, las tiene Rose»). Es una de las doce tiendas donde se vende ropa de segunda mano ubicadas en un ámbito de dos manzanas, todas orientadas a las sirvientas de los ricos (que venden), a las esposas de frugales burgueses (que compran) y a los pobres (que solo miran). Los mugrientos escaparates

de la pandeada fachada están atestados de vestidos a la moda: miriñaques, guardainfantes, sombreros y corsés armados con ballenas, enaguas, quitasoles, capas, gorras y polisones. Un estrafalario rótulo cuelga encima de la puerta: «Lavamos toda la ropa antes de venderla».

La silla de Ned se detuvo frente a la tienda. «Monmouth Street», anunció el porteador, abriéndole la portezuela.

En la oscuridad del vehículo, mientras se abría paso a través de las concurridas calles, Ned había tenido una corazonada. Intuyó que Boyles no era digno de confianza. Tan pronto como hubiera bebido un poco, se iría de la lengua: «¡Ned Rise está vivo! He hablado con él. ¡Puse mi mano en su brazo!». El rumor se divulgaría, cundiendo como mancha de aceite, recorriendo las tabernas, hasta estar en la sopa, y más temprano que tarde llegaría a oídos de Mendoza, Smirke, Twit y los demás. Dos semanas. Eso era todo lo que necesitaba. Si conseguía trabajar dos semanas más, ganaría quinientas libras con sus Exquisiteces de Chichikov y podría irse de la ciudad. Tal vez probaría fortuna en el continente. París, La Haya, Livorno. «Monmouth Street», repitió el portador.

Ned se enderezó la nariz, ajustó la peluca, y entonces salió a la calle. Le dio al portador media corona.

—Espere aquí —le dijo—, y no pierda de vista esa cesta de tarrinas de huevas, ¿vale?

UNA ANÉMICA CAMPANA tintineó sobre la puerta cuando Ned entró en la tienda. Estaba en una maloliente estancia apenas iluminada por la extraña brizna de luz que se filtraba a través de la avalancha de vestidos amontonados en los escaparates. Aquello apestaba a sobaquina y a chocho, a ropa empercudida, a tela sudada y sin lavar durante infinidad de años, a trapos que albergaban todos los bichos y los miasmas conocidos por la humanidad. Ned miró a su alrededor buscando a la propietaria. «¿Hay alguien?», gritó. El lugar parecía desierto.

Pero, entonces, algo se movió en un rincón, y un bulto de trapos surgió del caos generalizado y empezó a acercarse a él arrastrando los pies. El bulto de trapos resultó ser una vieja envuelta en una capa apolillada. Parecía que solo se hubiera alimentado con huevos de mil años de antigüedad.

—¿Sí? —dijo con voz oxidada—. ¿Qué se le ofrece? ¿Piensa comprar algo o va a quedarse ahí con la boca abierta?

—Quiero un conjunto —dijo Ned—. De todo: falda, guantes, hombreras, una cofia y el sombrero de señora más grande que tenga.

—¡Eeeeh-eeh-eeh! —cloqueó la propietaria—. Un bonito juego de vestir para tu mujercita, ¿eh? —agregó dándole un ligero codazo y guiñándole un ojo.

Súbitamente Ned tuvo una sensación de *déjà vu*.

—La dejaste desnuda en alguna buhardilla, ¿no? Y la desnudaste destrozándole el

vestido a arañazos, ¿verdad, bestia maldita? ¡Eeeeeheeeeh! —Se echó a reír dándole otro codazo.

Ned retrocedió un paso. La mujer era medio calva, de cara macilenta y con la piel pegada a los huesos, completamente arrugada. Algo brillaba en su labio inferior.

—¿Qué le parecen estas sayas? —resolló la vieja agachándose para recoger del suelo un lío de floreadas faldas—. ¿Y esto, le parece bien esto? —añadió mostrándole un sombrero con velo, rematado en lo alto con una acumulación de frutas artificiales y dorados dromedarios.

—E... elegante —tartamudeó Ned, con los brazos chorreando telas de algodón, muselina, lana y cretona. Parecía haber perdido el control de la situación, pues la vieja guarra le había cogido por sorpresa y no conseguía librarse de la sensación de haber vivido todo eso antes.

—¿Enaguas también? —sonrió impudicamente la vieja—. ¿Ropa interior?

Ned puso toda la ropa encima del improvisado mostrador: una tabla dispuesta entre dos barriles. La propietaria sacó un inmundo trozo de papel y un lápiz, y empezó a garabatear cifras en la hoja. Ahora estaba tarareando. No: cantando. Ned conocía la canción: *La balada de Jack Hall*. «Oh, tengo que ir a columpiarme, tengo que ir, tengo que ir...», gemía la vieja astillando la melodía como un serrucho cortando un tronco mojado. «A columpiarme, tengo que irrrr...». Entonces le dirigió una mirada lasciva.

—Cuatro chelines y dos peniques, libertino. ¡Eeece! —cloqueó.

—¿Dónde está el probador? —preguntó Ned.

—¿El probador? ¿No puedes esperar a llegar a tu casa? ¿O acaso eres uno de esos pervertidos que andan por ahí vestidos de mujer y haciéndose pajas como gatas en celo? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eres uno de esos?

Ned dejó caer otro chelín en el mostrador.

—Es solo para ver cómo sienta, ¿me permite?

Con un gesto de la mano, la anciana señaló la trastienda, y se quedó en el mostrador contando el dinero. «Cada loco con su tema», murmuró. «¡Eeeeeeeeh!».

DIEZ MINUTOS DESPUÉS Ned salió del probador convertido en una candorosa beldad. La falda estaba sucia, y apestaba un poco, pero eso nunca se nota de lejos. Se ató bajo el mentón las cintas de una cofia blanca, dejando que su cabello suelto cayera por la espalda, y encima se puso el sombrero de un pie de alto.

La vieja estaba sentada detrás del mostrador, frente a una taza de peltre y un jarro. Cuando echaba la cabeza hacia atrás para beber de la taza, lo vio aparecer y empezó a gargarizar su extraña risa.

—No me habías dicho que hoy era Halloween —cloqueó dando un manotazo en la tabla y soltando la risotada—. ¿O es que vas al baile de los maricones? ¡Eh-eeeh! ¡Eeeeeeh!

Ned se arregazó las faldas y pasó rápidamente por delante de ella, demasiado preocupado para enzarzarse en un interminable intercambio de insultos. Había algo en aquella vieja marrana que le hacía retroceder a sus más remotos recuerdos, perturbándolo como una pesadilla en el útero. Sintió un escalofrío cuando, ya a punto de salir de la tienda, oyó la astillada voz de la vieja:

¡Oh, tengo que ir a columpiarme, tengo que ir, tengo que ir,
tengo que ir a columpiarme! Tengo que ir-rrr,
tengo que columpiarme hasta que esté muerto, muerto, muerto,
tengo que columpiarme hasta que esté mu-er-to,
tengo que columpiarme hasta que esté muerto,
porque he matado a un hombre,
y lo dejé tendido en la fría, fría tierra.

ENDOGAMIA

—A SOHO SQUARE —dijo Ned.

El porteador miró el sombrero, las faldas, la guarnición de volantes. Era un tipo alto y singularmente feo, con el pelo casi al rape en una cabeza desproporcionadamente pequeña. De las orejas le salían mechones de pelo.

—Lo siento mucho, señora, pero este vehículo ya está apalabrado —dijo.

—Estúpido —rezongó Ned—, ¿no está viendo que soy yo?

El hombre aguantó a Ned por el brazo, para impedir que entrara en el vehículo.

—¿Quién?

—Yo. El dueño de esa cesta de tarrinas de huevas que está ahí, en el asiento.

El portador miró con insistencia la curva que describía el polisón de Ned, la cinta con volantes atada bajo el mentón, los rizos cayéndole por los hombros. Luego miró fijamente el cesto lleno de tarrinas y volvió a mirarle. Estaba perplejo.

—¡Eh, Bob! —gritó, y su compañero se asomó por detrás de la silla de manos.

—Dime cómo era el caballero que trajimos hasta aquí desde Saint James o creo que me voy a volver loco.

Bob era achaparrado y estaba como embelesado. Con sus largas orejas puntiagudas y el flequillo de pelo rojo, tenía la apariencia de un gato castrado.

—Era —dijo— un caballero ya entrado en años y cojeaba un poco. Llevaba un sombrero de tres picos y una de aquellas pelucas que se usaban en los tiempos de mi abuelito.

—¿Lo ve? —dijo el rapado—. Es como le he dicho, señora... En otras palabras, la silla ya está alquilada.

Un carruaje subía por la calle traqueteando y roció la silla de manos con salpicaduras de excremento. Dos manzanas más abajo un bebé se cayó por una

ventana.

—Pero lo que estoy tratando de decirle —gritó Ned— ¡es que ese caballero soy yo!

Bob lo miró suspicazmente, el rapado no salía de su perplejidad.

—Me cambié de ropa en la tienda, ¿no lo ve?

La callada por respuesta.

—Vamos a ver... Se lo voy a exponer de otro modo. A un hombre lo invitan a un baile de máscaras. Alquila una silla de manos...

—Sí —dijo el rapado, asintiendo con la cabeza enérgicamente—... en Saint James Square, y pide que lo traigan a Monmouth Street, a la Ropavejería de Rose, para ser más exacto... Le da al porteador media corona para que cuide de su cesta, luego entra en la tienda, compra un traje de señora, se cambia en el probador, sale de la tienda y regresa a la silla de manos listo para acudir como un rayo a la fiesta de disfraces..., disfrazado de damisela.

—¡Ave María Purísima! —se cachondeó Bob.

—¡Quién lo diría! —añadió el rapado—. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

—¡Vale, vale! ¡Que te follen! —gruñó Ned arremetiendo con la sombrilla y entrando de un salto en el asiento de la silla de manos.

—¡Pero señora! —protestó el rapado—. ¡Por favor! Un caballero nos dio media corona para que aguardáramos y cuidáramos de su cesta. Y ahora... ¿qué le vamos a decir cuando salga de la tienda y vea que usted se ha adueñado de la cesta y de la silla al mismo tiempo?

Ned cogió al hombre por el codo, lo acercó a su cara y le susurró al oído:

—Voy a serle franco —dijo—. Realmente se trata de una situación muy delicada. Aquí donde usted me ve, yo soy la amiguita del caballero que está en la tienda, pero no queremos que nos vean juntos por miedo a que su esposa se entere de lo nuestro. Ahora bien: él dejó esta cesta de caviar como un obsequio especial para mí. Luego él saldrá en una escapada y nos encontraremos en su piso para lo que los franceses llaman una «cita amorosa».

El hombre se rascó la cabeza.

—Nosotros llamamos a eso echar un polvo. —Acto seguido esbozó una sonrisa—. ¿Por qué no lo dijo antes?... ¡Oye, Bob, ella dice que es la concubina!

La voz de Bob sonó distante y tenue, saliendo de detrás de la silla de manos:

—Bueno, supongo que entonces todo está en orden.

—Sí —dijo el rapado—, supongo que todo está en orden.

—A Soho Square —dijo Ned.

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

EL BOSQUE. Oscuro y profundo. Dos siluetas sentadas en cuclillas ante una débil llama, asando carne. Rugidos de leones y relámpagos que juguetean en el horizonte como ideas titilantes.

—Dígame, señor Park, si no es una pregunta demasiado personal, ¿qué es lo que le atrae tanto en todo este asunto de explorar? Me refiero a que usted está muerto de hambre y magullado, con fiebres intermitentes, sus ropas hechas jirones, ha perdido la mitad de sus bienes y el caballo está por ahí, entre los arbustos, como si nunca más fuera a levantarse.

—Me alegra que me lo preguntes, Johnson. Como sabrás... ¡Dios mío, qué bien huele eso! ¿Qué dijiste que era?

—Almohadillas de patas de chacal. Es lo único que los buitres nunca tocan.

—¡Hmmm! Todos los días se aprende algo nuevo... Como iba diciéndote, yo soy el octavo de trece hermanos. ¿Sabes lo que eso quiere decir?

Los ojos de Johnson lo miraron desde la broqueta con trozos de carne.

—¿Que usted tuvo que luchar con una obsesión casi demoníaca para confirmarse a sí mismo?

—Exactamente.

—Y que todas las puertas estaban cerradas... Usted era escocés y su padre solo un pequeño granjero. Y así no se puede entrar en política, ni conseguir una posición importante en el ejército, ni codearse con la flor y nata de la sociedad en sus salones y clubes...

—¡Ajá!

—¿Y qué más podía hacer? Confiar en su coraje, en su resistencia y lanzarse a desentrañar lo desconocido para luego regresar como un héroe. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, pero es algo más que eso. Quiero conocer lo desconocido, ver lo que nunca ha sido visto, escalar montañas y ver más allá de las estrellas. Quiero completar los mapas, dar conferencias a los geógrafos, convertirme en una antorcha para los académicos. El Níger... Piénsalo bien, Johnson. Ningún hombre blanco lo ha visto jamás. Yo veré lo que ninguno de ellos ha visto, ni el señor de Dumfries, ni Charles Fox, ni siquiera el mismísimo rey.

—Todo eso está muy bien —gritó Johnson para superar el enérgico rugido de un león que andaba cerca—. Pero si usted es el primero en llegar allí, luego tendrá que regresar, volver por este mismo camino que ya hemos recorrido..., en buenas condiciones físicas y con todas sus notas intactas, por no mencionar sus facultades mentales y sus miembros...

Pero espera un momento; ¿qué era aquel ruido en los arbustos? Estaban tan inmersos en su discusión que no habían reparado en ello... Pero sí, ahora que se fijaban, la maleza estaba moviéndose y las hojas temblaban —constantemente— desde hacía unos minutos. Se quedaron de piedra: con las palabras atropellándose en

la garganta, las piernas y los brazos agarrotados, abriendo los oídos. Hubo un chasquido de ramitas, un rumor de hojas, y de pronto explorador y guía estaban en pie, aquel empuñando un palo espinoso, y este blandiendo una burilada pistola de duelo. Hubo un momento de silencio, y el movimiento volvió a empezar — inequívoco— avanzando directamente hacia ellos. Un leopardo, un león, un lobo, pensaron. O peor aún: ¡Dassoud!

—¡Alto! ¿Quién va? —gritó Mungo—. ¡Sea hombre o hiena, muéstrese!

Los relámpagos rasgaban el cielo, los truenos retumbaban en las colinas. Johnson tragó saliva tratando de mantener firme la pistola. Y entonces, con un dramático crujido, los arbustos se apartaron mostrando al encorvado y apergaminado adivino de Jarra. La gallina muerta aún colgaba de su cuello, medio desplumada, flácida yapestosa. «*Wamba reebo jekeneb*», dijo mientras las bolsas de sus ojos y todas las arrugas del rostro intentaban esbozar una especie de sonrisa bonachona. «*Bobo keemboo*».

Enseguida el anciano estaba agachado entre el explorador y el guía, con sus huesudas rodillas y los pies agrietados, oliendo la broqueta y farfullando como un mono acabado de bajar de los árboles:

—¡Qué noche! Con esos leones tratando de cazar la luna. ¿Oyen a ese? Está cerca, ¿eh? ¡Je, je, je! ¡Hmmm, qué bien huele esta carne! Yo sé preparar muy bien la carne, ¡ya lo creo que sé! Estoy acostumbrado a cocinar, a la fuerza. Sobre todo ahora que me he quedado solo y sin amigos, después de tan terrible calamidad. ¿Sabéis? ¿Por casualidad vamos en el mismo rumbo?

—¿Qué calamidad? —preguntó Johnson, y el anciano, que no esperaba otra cosa, se lanzó en una pomposa narración adornada con gesticulaciones seniles y a ratos interrumpida por el crujido de sus oxidados nudillos. Al parecer se llamaba Abah Eboe o Ebah Aboe, el explorador no pudo descifrar su nombre a ciencia cierta. Se había separado del resto de los refugiados durante una escaramuza con el ejército de Mansong. Por lo visto, cuando Mansong supo que los fugitivos jarranos se dirigían a Bambara en busca de asilo, decidió que había llegado la hora de cobrar un pequeño tributo..., un precio de entrada a los intrusos. Entonces apareció en un recodo del camino, enorme, montado en una cría de elefante y escoltado por ochenta o cien guerreros barrigudos, ataviados con pieles de leopardo y plumas de avestruz. Un *jilli kea*, una especie de pregonero-cantor, le precedía aullando sus demandas. La larga caravana de refugiados se detuvo. Yambo, el jefe de los jarranos, se adelantó y argumentó que su pueblo había sido leal a Mansong durante la guerra contra Tiggitty Segó y que la pérdida de su aldea y de todos sus bienes ya era suficiente calamidad. No obstante, estaban a merced del sabio y caritativo potentado de Bambara.

Una calavera remataba el cetro de Mansong. Tras palpase la imponente barriga, reiteró sus demandas. En ese momento intervino el adivino. (Aquí el anciano se animó sobremanera, dándose manotazos en los menudos brazos y en el pecho). Coléricamente, se abrió paso a empujones a través de la multitud y llegó hasta donde

estaba Yambo. Entonces agitó los puños en el aire y empezó a vituperar al rey bambara. Si Segó era un tirano, graznó el viejo, entonces Mansong era un ogro concebido por maricones y chacales. A Mansong le gustaba untarse de mierda y chupar el esperma de sus guerreros. No solo era un ladrón, sino también una hembra... No había más que ver sus grandes y fofas tetas. Por un momento, ambas partes quedaron atónitas, en silencio. Luego, con un grito, el ejército de Mansong arremetió contra los indefensos jarranos. Mataron a doscientos, niños y mujeres en su mayoría. Al resto se los llevaron encadenados.

—¿Y cómo se las ingenió para escapar? —preguntó el explorador en su titubeante jerga.

El viejo lo miró fijamente, sus facciones se disolvieron en una sonrisa burlona que sacudió en silencio sus costillas.

—*Mojo* —dijo.

El explorador miró a Johnson.

—Dice que hizo su trabajo de *mojo* —explicó Johnson haciendo girar rápidamente la broqueta—. Ya sabe: magia negra, brujería y vudú. Nadie se mete en líos con un brujo.

—¿Con un brujo?

—Por supuesto. ¿Por qué cree que siempre lleva esa gallina colgando del cuello?

De un salto, el explorador se puso en pie.

—¿Entonces es capaz de... decir la buenaventura?

Los párpados de Johnson se hicieron más gruesos, como los de un cocodrilo. Miró al explorador y suspiró.

—Bueno, no es como una gitana, si es eso lo que quiere decir... Pero escúcheme, ¿de verdad quiere que le adivinen la suerte, señor Park? ¿Aquí y ahora? Me refiero a que esto no tiene nada que ver con esas señoronas blancas que leen los posos del té en sus salones de Edimburgo o de Londres o de donde sea..., porque, hombre, no lo olvide, esto es África. El ojo de la aguja, la madre del misterio, el corazón de las tinieblas. Y ahí donde usted lo ve, ese viejo negro desnudo, con los pies llenos de costras y el pene colgando y arrastrándose en el fango..., no pierde el tiempo en tonterías.

—No seas bobo, Johnson. Me asiste la suerte de los escoceses. En mi futuro hay fama, eso lo sé. Laureles, y un libro. Y Ailie. No lo dirás en serio: yo moriré sentado al amor de la lumbre con mi gato en el regazo.

—Muy bien. Después no diga que no le advertí.

Los relámpagos brillaron cual telas en el cielo hasta configurar el mapa iluminado de una especie de río celestial con sus afluentes. A lo lejos, se oían retumbar dispéuticos truenos. Johnson se volvió al anciano y murmuró algo en mandinga. La expresión de Eboe (o Aboe) fue instantánea. La sonrisa se esfumó, las patas de gallo desaparecieron de los ojos, las comisuras de los labios se aflojaron, las arrugas se encogieron al igual que las venitas de sus mejillas, hasta quedar

irreconocible, transformado en un gran sabueso de ojos tristes y orejas caídas, una bola de cera, un cacharro de cerámica inconcluso. A duras penas consiguió levantarse y cogió la mano del explorador, escudriñándola como si fuera un texto o una pintura. Sus viejos y curtidos dedos recorrieron los nudillos y las articulaciones de Mungo. Un rayo bestial iluminó el firmamento mientras los truenos resonaban en la tierra como Zancadas de gigantes. El adivino escupió en la palma del explorador, luego le pinchó un dedo con la uña de un buitre, juntó la sangre con la saliva y añadió un poco de lodo, y mientras mezclaba todo eso en las rayas de la mano murmuraba un conjuro antediluviano una y otra vez, *mojo-mojo-mojo*, cerrando los ojos, con los truenos percutiendo como tambores tribales. Finalmente miró la descomunal y blanca palma. Abrió desmesuradamente los ojos. Estaba sobrecogido, atribulado. Soltó un profundo grito de bestia herida llevándose las manos al pecho.

Una hiena rio en la noche. El viento sabía a arena. Mungo estaba aterrorizado.

—¿Y bien? —dijo Mungo, con la voz vibrándole—. ¿Qué es lo que ha visto?

Pero, en vez de responder, el viejo empezó a alejarse poco a poco del explorador, llevándose las manos a la cara, hasta que su encorvada forma negra no fue más que una sombra entre las sombras. ¡CRACK! Un relámpago iluminó un claro del bosque y ahora el anciano era un fantasma. ¡CRACK! Johnson estaba pálido como la leche. «*Obi-lo-bojóto*», entonó el vidente. «*Obi-lo-bojóto*».

—¡Johnson! ¿Qué está diciendo?

La mirada de Johnson se abismó en el fuego.

—¡Johnson!

La cabeza del guía giró lentamente como una planta siguiendo la trayectoria del sol. Todas las bestias de la llanura aullaban al unísono y el cielo estaba alumbrado como una sala de baile.

—Dice que tienes unas manos muy bonitas.

—¿¡Manos bonitas!? ¿¡Qué...!?

Pregunta o exclamación, quedó para siempre sin formularse. Porque en ese preciso instante se abrieron los cielos y las primeras gotas cayeron como piedras, golpeando la tierra reseca y los árboles marchitos.

Había empezado a llover.

¡EUREKA!

CUATRO DÍAS DESPUÉS, a merced de los pegajosos e intermitentes aguaceros, explorador, guía y adivino —seguidos de cerca por el rocín y el asno— avanzaban penosamente camino de Segú, capital del reino Bambara. A la sazón, Segú Korro era la más importante y occidental de las cuatro ciudades que integraban Segú propiamente dicha (las otras eran Segú Boo, Soo Korro y Segú See Korro). Según el viejo Eboe, quien la había visitado dos veces en su juventud, era una ciudad abierta de par en par, rebosante de vino de palma, agua-miel y cerveza *sooloo*, en cuyas

calles resonaba el eco de las risas traviesas entreverado con retazos de canciones y el revuelo de peleas de gallo, sin hablar de las calzadas de tierra apisonada donde abundan las putas de pieles oscuras como pozos sin fondo hermoseadas con argollas de latón al cuello. Había juglares y enanos y acróbatas, y otros que de una dentellada decapitaban a una gallina, inefables maravillas. El agua corría cuesta arriba en Segú. La gente hablaba al revés, de atrás hacia delante. Había lascivia en las calles, en las calzadas, en los templos del vicio. Había tantas joyas como cascajos. Las calles estaban pavimentadas con mármol, los tenderos comían en platos dorados, y había manjares a pedir de boca: pollo y pescado hervidos, huevos, cordero, arroz. Y el bazar... El bazar era enorme, infinito, todo un catálogo de productos a la medida de las necesidades humanas, de los sueños humanos, de los deseos inhumanos. «Puede pedir lo que quiera», graznó el viejo, relamiéndose. «Dagas, niñas esclavas, monos que hablan, hachís». Al explorador le sudaban las manos. Sí, después de tantos meses nefastos en el desierto, la perspectiva de entrar en una ciudad —una ciudad negra— le excitaba. Pero eso era solo un aspecto del asunto. Ciudades, había visto muchas. Lo que hacía latir su corazón a ritmo acelerado, lo que hacía palpar sus vísceras, era que esa ciudad —sin parangón con las consignadas en los anales de la historiografía occidental— estaba en la orilla oeste del legendario río, el río Níger.

¡El Níger! Solo pensar en ello le hacía sentir vértigo. César, Alejandro, Houghton, Ledyard: jamás ninguno de ellos estuvo tan cerca. ¡Había sufrido tanto para llegar hasta allí, abnegándose, arruinando su digestión y dejando atrás a la mujer que amaba! El Níger. Aquel río había inundado sus sueños, agriándole el té con leche de la mañana, cincelandos su curso en los meandros de su imaginación. Y ahora, después de tanto esperar, estaba allí, al alcance de la mano.

O casi. Por el momento, pensó, la situación no era muy prometedora. Sus dos compañeros y él estaban muertos de hambre, no podían con sus huesos, empapados y resfriados, cojeaban como mendigos. El vidente con sus agrietados pies y las artríticas rodillas; el explorador con ampollas y dolor de Juanetes y unas botas que olían a podredumbre; Johnson con gruesas y oscuras sanguijuelas entre los dedos de los pies y subiéndole por las piernas. El rocín y el asno también cojeaban, casi no se podía contar con ellos. Detrás iban dejando un paisaje que subía y bajaba, áspero y accidentado, lomas picadas de viruelas, como mejillas acibilladas de acné. Hacia delante: más de lo mismo. Abruptos declives, colinas y valles, sierras, barrancos. Pequeños bosques de ciboas ensombrecían los valles, y las macizas tabbas se extendían alrededor como si fueran una proliferación de la torre del Big Ben, para envidia de las cimas. En la tierra que hollaban sus pies, crecía la mustia hierba de Guinea junto con espinosos tojos, erizos y zarzas. Había serpientes al acecho, escorpiones, arañas del tamaño de tortillas. Perros salvajes aullando entre lomas de suculenta estratificación, mientras los buitres, calvos y de alas negras, permanecían encorvados en los árboles como saqueadores de tumbas en una sala de conciertos. El camino, si se le podía llamar así, apenas era una vereda, más bien una senda para

vacas.

Llovía a cántaros, calándolos hasta los huesos. Al principio, cuando empezó a diluviar, se quedaron extasiados. Brincaron haciendo cabriolas y dando volteretas en el aire. Se revolcaron bajo el agua, abriendo bocas y camisas para recibir el regalo de las nubes, dando palmadas y gritando y danzando como criminales indultados. A altas horas de la noche se durmieron en el estiércol, y despertaron riendo, con el chaparrón en la cara y el fresco perfume de la lluvia en los árboles. Cuando se echaron a dormir entre los charcos, también rieron. De pronto, el universo era benigno. Y estaban enamorados de él.

Pero aquello ya duraba cinco días. Bueno está lo bueno. Ahora el agua de los charcos les llegaba a las rodillas. Tenían los pies ensopados en lodo. Estaban acatarrados, moqueando, con los oídos obstruidos. Por las mañanas el cielo se nublaba y la niebla lo empañaba todo, rodeándolos de formas indistinguibles, como en un sueño. El aire que respiraban era húmedo, malsano y fétido. Grandes fantasmas grises surgían ante ellos, como salidos de la nada, haciendo ruidos estruendosos: gimoteando y chillando, siseando, rugiendo. La fatiga empezaba a hacer mella en ellos. En un momento dado, bien entrada la tarde, el explorador ya no pudo seguir. Tras afanarse durante media hora remolcando al caballo por un profundo barranco para que bebiera un poco de agua espumosa y amarillenta, se dejó caer, exhausto, a la orilla del camino. El anciano también se tumbó a su lado, y Johnson, después de toser y escupir una bola de esputo, los imitó. El rocín y el asno se desplomaron, como si fueran de papel.

—¿Cuánto... camino nos queda por recorrer? —jadeó Mungo, afónico a causa del resfriado.

Johnson arrojó otro gargajo y luego se sonó la nariz en un empapado pliegue de la toga.

—A mí no me lo pregunte, yo nunca he estado aquí.

Los dos se volvieron a Eboe. El adivino estaba allí, arrugado, desmadejado y desnudo, encorvado como una gárgola debajo de un arbusto. La gallina, que ya había perdido un ala, seguía colgando de su cuello. Las plumas pesaban ahora más con la humedad y los gusanos.

—*Woko baba das* —refunfuñó.

—Dieciséis kilómetros —gruñó Johnson—. Llegaremos a Segú por la mañana.

LA MAÑANA LLEGÓ como una bofetada en el rostro, violenta y brillante. Johnson ya se había levantado, y estaba recogiendo bayas y setas cuando el explorador, con un respingo, despertó de cara a un cielo despejado donde revoloteaban suavemente un par de pájaros. Al principio se quedó desconcertado, desorientado, pero al cabo de un rato se acordó de que hoy era el día. En el acto se levantó, recogió su petate, le dio unas palmadas al caballo, llamó a Johnson y se agachó para sacudir por los hombros

a Eboe.

—¡Despierta, Eboe, ya es hora de ponernos en marcha!

El anciano, acurrucado a la sombra del arbusto, seguía durmiendo. Un sueño como la muerte. Con la boca abierta, sus encías color de rosa servían de entremés a las enormes moscas verdes que flotaban alrededor de la putrefacta gallina. Las piernas hacían las veces de carreteras para sendas columnas de hormigas, y los mosquitos tatuaban sus mejillas y párpados. Viéndolo tan frágil e inmóvil, en los huesos, casi un esqueleto brotando a relieve de la tierra amarillenta, al explorador se le ocurrió algo terrible. El viejo Eboe, el último de los jarranos, estaba muerto.

Mungo retrocedió, siempre en cuclillas, y volvió a llamar a Johnson —esta vez con gritos más estridentes—. Johnson apareció entre unos árboles, en lo alto del sendero, masticando algo y con un morral lleno de hierbas, nueces, bayas y hongos balanceándose en su hombro. En los brazos: media docena de nudosos tubérculos.

—¡Es el anciano! —gritó Mungo—. Creo que la palmó.

Los tubérculos cayeron con un obsceno ¡paf! rodando loma abajo, y Johnson empezó a trotar, con el pecho y la barriga bamboleándose debajo de la toga. Se arrodilló junto al viejo y pegó el oído al agrietado pecho. Luego miró al explorador con expresión sombría.

—Me temo que tiene razón, señor Park —dijo—. ¿Quiere que lo enterremos o dejamos que de eso se encargue la naturaleza con sus huestes de animales carroñeros? El explorador se escandalizó.

—¡Válgame Dios! Por supuesto, hay que enterrarlo.

Johnson, aún de rodillas, miró al explorador entornando los ojos.

—Hoy va a hacer mucho calor, y será un día muy húmedo. A dieciséis kilómetros de aquí está ese río que tanto le aqueja hasta sacarle de quicio. Y una gran ciudad llena de maravillas y prodigios, mujeres núbiles y bebidas alcohólicas. ¿Está seguro?

Pero el explorador no tuvo tiempo para responder. Ya Johnson iba a cortar la cuerda, para coger la gallina muerta que colgaba del cuello de Eboe, cuando una mano huesuda se lo impidió. Lentos como el sirope, los párpados del viejo se abrieron. Estirando los brazos y bostezando, se incorporó. Entonces señaló a Johnson con un dedo admonitorio.

—Eboe pensaba que éramos amigos —dijo—. Todavía no me he muerto y ya estás tratando de robar mi mojo, ¿eh?

Johnson retrocedió, con el rostro descompuesto.

—Pero pensábamos que...

El viejo estaba ahora de pie, tambaleándose un poco, con una mosca en la burbuja de saliva que manaba de sus labios. Avanzó haciendo eses hacia el guía, estremeciéndose de rabia o de fiebre. Con sus dedos de cangrejo cogió la cuerda y cuidadosamente se sacó la gallina por la cabeza. Ahora colgaba de su mano, floja, babeando viscosidades, pululando insectos.

—¿La quieres? —El mandinga del viejo sonaba espeso como una pócima

adormecedora.

—¡No! —suplicó Johnson—. ¡No!

Entonces, con un movimiento tan rápido y uniforme que desafiaba al ojo, Eboe le dio una vuelta en el aire a aquella cosa horripilante y la lanzó. Hubo un revoloteo de plumas y la cuerda cayó en el cuello de Johnson como un lazo corredizo. ¡Foomp! La gallina golpeó el pecho del guía, y allí se quedó colgada. Los gusanos serpentearon en los pliegues de la panza de Johnson. Las moscas giraron alrededor de su cabeza. Y él adoptó el semblante de la *Pietà*, algo así como una jovial resignación.

El explorador estaba perplejo, boquiabierto, ante aquel primitivo ritual.

—Johnson —dijo, asombrado—. Quítate eso del cuello. Tíralo entre esos matojos.

El viejo Eboe mostró una sonrisa de oreja a oreja.

Johnson bajó la cabeza.

—No puedo —susurró.



CADA VEZ QUE DABAN UN PASO, levantaban una torta de lodo, las bestias removían la maleza, y Johnson cada vez atraía más moscas: verdes, azules, negras... El sendero había empezado a ensancharse, y de vez en cuando asomaban algunas viviendas agazapadas detrás de los árboles o encaramadas en lo alto de montículos de arcilla roja. En las puertas de las chozas: mujeres de pechos desnudos, hombres en pantalones cortos muy holgados, camisas a rayas y cónicos sombreros, apáticos perros. Los hombres fumaban en narguiles, las mujeres mascaban raíces arrojando escupitajos entre sus negruzcos dientes. Las palmas se agitaban contra el cielo. Los rebaños de cabras avanzaban lentamente. La peste a orina cuajaba el aire.

Cada vez que llegaban a la cima de una colina, el explorador hacía visera con la mano, estirando el cuello como un turista, incapaz de contenerse. Gritaba y agitaba el sombrero saludando al horizonte, gesticulando frenéticamente hacia un blanco contorno borroso en lontananza.

—¿Es esa la ciudad? —preguntaba saltando y bailando sobre un pie—. ¿Es esa?

En la cumbre de la decimoctava colina, el viejo Eboe se detuvo a oler la brisa. Mungo contuvo el aliento. Ciertamente había algo a lo lejos, tal vez torres, el lampo de alguna ventana brillando al sol. El marchito adivino se agachó para recoger una piedra blanca del fango. La frotó brevemente entre sus curtidos dedos y luego se la metió en la boca. Los arrugados párpados cayeron como cortinas, frunció los labios mientras chupeteaba la piedra pensativamente. Pasó una eternidad, el mundo dio una vuelta alrededor de su eje, las constelaciones resbalaron por el firmamento.

—¿Y bien? —preguntó Mungo.

Eboe estiró los labios y escupió la piedra. El zumbido de las moscas de Johnson era vivo y sostenido como un redoble.

—¿Y bien?

Con deliberada lentitud, Eboe levantó el brazo señalando con un dedo encorvado:

—Segú Korro —graznó.

Durante una fracción de segundo el explorador permaneció totalmente pasmado, y luego echó a correr como un velocista. Ni el hambre, ni las noches de insomnio, ni las enfermedades, ni las uñas traspasando la piel de sus botas, ni el sol evaporando el líquido de sus ojos..., nada de eso podía detenerlo: su meta estaba a la vista. Sus pies saltaban elásticamente sobre el barro amarillo, borrando las huellas de los que le habían precedido, dejando a la zaga a Johnson, a Eboe, al rocín y al asno, que se achicaban en la distancia a medida que los dorados muros de la ciudad crecían ante él. Las chozas relampagueaban, había movimiento en el camino. Mujeres contoneándose con cántaros en la cabeza, niños pastoreando cabras con largas y flexibles varas, remolcando asnos cargados con serones, transportando parihuelas repletas de hortalizas y jaulas de mimbre con pájaros adornados con lentejuelas. Todo eso borroso. Nada podía detenerlo, ni siquiera ahora que pasaba como un rayo entre las macizas puertas abiertas de par en par, sin reparar en las asombradas caras, bajando por las concurridas calles y calzadas, en su frenético afán de llegar al río, dando estruendosas zancadas, con los desconcertados bambaras congregándose a su espalda como niños en un desfile, siempre descendiendo a través de calles enlodadas, un perro muerto aquí, vendedores ambulantes y tenderos allá, un estallido de color y fugaces movimientos más allá..., hasta que de pronto, ¡allí estaba! Ancho como el Támesis, marrón como una cuneta, atestado de balsas y canoas, con la orilla abarrotada de niños chapoteando, de cerdos hociendo y de lavanderas con gorros blancos. Ni siquiera el fragor que crecía a su espalda le hizo volverse —no se daba cuenta— y siguió en su desenfrenada carrera, saltando por encima de cajones y jaulas, derribando a niños y a ancianas, apartando a manotazos a labradores y a pescadores, con un extraño y primitivo chillido de triunfo quemándole la garganta. El muelle de bambú tembló bajo sus pies, un barquero tuvo que esquivarlo al verlo venir, asustado como si huyera de una tempestad, y el explorador se elevó por los aires. Sus piernas y brazos se agitaron en el vacío durante un breve y delicioso instante, levitando en toda su gloria, necio como un sombrerero^[6] gritando cierta frase en griego hasta que las oscuras y tibias aguas lo envolvieron como el abrazo de una madre.

¡QUE AHORQUEN A HERÓDOTO!

—¿CÓMO DICE, SEÑOR? ¿Duda usted de Heródoto?

—¡Que ahorquen a Heródoto! Y a Plinio junto con él. Francamente, ¿cómo puede pretender que un ser racional acepte todos esos disparates sobre tribus que chillan

como murciélagos y son más veloces que los caballos? ¿O sobre esos pigmeos o duendes —o como los llamen— que corretean y saltan airosamente por los bosques como si la jungla fuera un parvulario de Mayfair? Le digo que todo eso no son más que mitos. Puro folclore. Tombuctú es tan real como la tierra de los lestrigones.

Sir Joseph Banks, presidente de la Royal Society, tesorero y director de la Asociación Africana para la Promoción de la Exploración, está sentado a la cabecera de la mesa de caoba de su biblioteca, en el número 32 de Soho Square. Frente a una copa de Madeira. Estamos en julio, las ventanas están abiertas, las mariposas nocturnas revolotean alrededor de las lámparas. En la pared del fondo, cuelga un mapa de África de Desceliers del siglo XVI. Sir Joseph lo contempla taciturnamente, apenas prestando atención al debate que tiene lugar a su alrededor. Una joya artesanal, ese mapa de Desceliers. Lleno de colorido. Imaginativo. Por supuesto, no es más que un esbozo, un perímetro con alfileres marcando topónimos, pero el vasto e inexplorado territorio interior permanece astutamente oculto tras un goteo de ríos imaginarios y legiones de míticas bestias, doncellas de seis brazos y cíclopes sin brazos o sin piernas. Sir Joseph suspira, bebe un lúgubre sorbo de vino. Dos siglos después, él y sus colegas —hijos de la Ilustración— casi saben tanto como Desceliers.

—Usted olvida, mi querido colega, que puede que Homero se enamore de Euterpe, pero Heródoto era un historiador. Su propósito no era entretenernos con ficciones, sino edificarnos con hechos.

Aunque es miembro fundador de la asociación, esta es la segunda reunión a la que asiste el obispo de Llandaff desde que lo nombraron hace ocho años. Lo que más salta a la vista en él es la prominencia de sus facciones cartilagosas, y la frialdad que emana de sus diminutos y mal alineados ojos (su familia, los Rathbones, blasonan desde el siglo XIV de sus abultadas frentes, sus majestuosas narices y sus pálidas orejas gordas, narices tan majestuosas y orejas tan gordas que casi hacen pensar en el desarrollo de una nueva especie con funciones más agudas). Hace casi una hora que está defendiendo la sagrada e intocable autoridad de los clásicos de la Antigüedad. Sir Reginald Durfeys, William Fordyce y lord Twit, amargados por su experiencia en los internados privados, se oponen a él, mientras que Edwards y Pultney permanecen callados la mayor parte del tiempo.

—¿Y qué es la historia, le ruego que me diga, sino una ficción? —Twit, conocido en la Cámara de los Lores por sus aflautados y ceceantes discursos solemnes, hace una pausa para dejar que sus palabras surtan efecto—. ¿Cómo se atreve a considerar que los hechos de Heródoto no son más que suposiciones? ¿Cómo se obtuvieron esos «hechos»? ¿De tercera, de quinta mano? Responda a eso, sir. Las orejas de Llandaff están coloradas. Empieza a ponerse apresuradamente los blancos guantes de becerro, pero se lo piensa mejor y, en vez de retirarse, bebe un trago de brandy.

—¿Cómo se atreve a impugnar a los clásicos? ¡Vamos, hombre, todo nuestro sistema de pensamiento moderno...

Twit alzó la mano.

—Excusadme. Todavía no he terminado. Quiero decir que toda nuestra entrañable historiografía, empezando por la que nos legaron los griegos hasta la de nuestro fallecido colega Gibbon, es, en el mejor de los casos, una mezcla de rumores, informes de tercera mano, intencionadas distorsiones y ficciones inventadas para el autoengrandecimiento de los partícipes y de sus partidarios. Y, por si fuera poco, resulta que además esa mezcolanza de tergiversaciones y desatinos se ve aún más distorsionada por el punto de vista del mismo historiador.

Twit, con los labios pintados y colorete en las mejillas, estaba en la gloria, gozando de su reputación de iconoclasta e intelectual proscrito tildado de pedante. Twit el Agudo, así lo llamaban siempre. Tras una pausa para llevarse a la nariz dos pellizcos de rapé, prosiguió:

—¿Qué sucedió en la batalla de Culloden? ¿Lo sabe usted, señor? ¿Y qué sucede en Tánger y en Tombuctú? Al menos mis conocimientos del continente africano son mejores que los de segunda mano.

Llandaff estaba esperando a que llegara a ese punto.

—Sí, Twit —sonrió, y emblanqueció muy lentamente la palma de su mano con el salero—. Todos hemos tenido ocasión de leer las crónicas de tus rigurosas excursiones a los más negros poblachos de África... Por cierto, ¿qué tal está tu esclavo negro?

Pultney soltó una risita disimulada.

—¡Muy bien! —gritó Edwards—. ¡Una bofetada a los clásicos!

—¡Caballeros, por favor! Al final de la mesa se levantó una voluminosa y rubicunda forma. Sir Reginald Durfeys, baronet, a punto de cumplir los setenta, todavía no daba señales de empezar a deslizarse hacia la tumba, lo que cabreaba y desazonaba a muchos de sus coetáneos. A los sesenta y ocho años aún gozaba de buen color. Lozano y mofletudo como un bebé, era ingenuo como un adolescente. Daba limosnas, le encantaba el oporto, hacía ejercicios todas las tardes después de comer en el bulevar. Nunca se había casado.

—Si bien no puedo estar de acuerdo con nuestro distinguido colega en que el Níger es solo un producto de la imaginación —empezó, casi eclipsando el mapa de Desceliers con su abundante cabellera plateada—, tampoco puedo aceptar alegremente las aseveraciones del obispo en cuanto a que debemos creer a pie juntillas toda la información recogida por los griegos. No. Yo considero que debemos mirar a nuestros modernos cartógrafos..., al comandante Rennell y D'Anville. —Se inclinó hacia delante, apoyándose con los puños en la mesa—: Caballeros: estoy convencido de que las aguas del Níger corren hacia el este, hacia el corazón del continente.

—¡Tonterías, Durfeys! Corre hacia el oeste y desemboca en la Costa de la Pimienta.

—Discurre hacia el este, repito, y es tributario del gran lago llamado Chad, donde

sus aguas se evaporan en la abrasadora temperatura del Sáhara.

—¡Anda ya, viejo! —exclamó Edwards—. Si ese río fluyera en dirección este, entonces Llandaff y Heródoto quedarían justificados. Y, en tal caso, ¿qué otra cosa podría hacer sino juntarse con el Nilo en las estribaciones nubias?

—¡Disparates! —gritó Twit, cuyos ojos delataban que había consumido una excesiva dosis de rapé—. Todo eso es una fantasía, lo digo yo. Un sueño. Tan insustancial como la Atlántida o los cuentos de hadas.

Durfeys, aún de pie, empezó a balbucear en medio de la confusión.

—Pero, pero caballeros... Yo lo sé..., lo sé porque me lo dijo Johnson.

—¡Uf, Johnson! —Acuchillada por su gran nariz, la cara de Llandaff semeja una manzana cortada por la mitad; y tal parece que sus orejas estuvieran a punto de alzar el vuelo—. Otra voz ofuscadora procedente del Continente Negro. Gatillo fácil y, encima, engreído. Un negro caníbal con una peluca de dos guineas. La próxima vez que necesitemos un cartógrafo, ya podemos consultar con cualquiera de nuestras fregonas y jardineros.

—Sí, Reginald..., ¿qué hay de vuestro precioso Johnson? —dijo Edwards—. ¿Qué parte del trato ha cumplido con nosotros hasta ahora, como no sea la pérdida de otro explorador?

En ese momento sir Joseph Banks se aclaró la garganta. Durfeys, poniéndose colorado, volvió a hundirse en su asiento. Seis pares de ojos se clavaron en el director.

—El término, señor Beaufoy, es «misionero geográfico», y sí, mucho me temo que tenemos que empezar a buscar a otro hombre que se encargue de sacar a la luz la región del Níger. No hemos tenido noticias del joven escocés desde hace aproximadamente ocho meses. —El director se quedó mirando su copa, deslizando el dedo pensativamente alrededor del borde de cristal—. En realidad, caballeros, los indicios son peores de lo que ustedes pudieran imaginar. Tengo ante mí una reciente comunicación de nuestro agente comercial en Gambia, el doctor Laidley.

Sir Joseph se interrumpió y levantó lentamente la vista. Su visión se empañó, desenfocada, como si acabara de despertarse de un sueño. En la pared del fondo, danzando bajo la lámpara, las figuras del mapa de Desceliers parecen acercarse y retroceder, retorciendo sus múltiples brazos y los hombros acéfalos, haciéndole señas, tentándolo, burlándose de él.

—¿Sí? —le instó Llandaff.

Sir Joseph concentró su atención en Durfeys.

—Me temo que todo ha terminado. Park cayó en manos de los moros.

COMO UNA NUBE TRAGÁNDOSE UNA BANDADA DE IBIS

CUANDO JOHNSON ENTRÓ cojeando en Segú Korro, perseguido por las moscas, por el rocín y por el asno, apoyándose en un cayado y con un revitalizado Eboe a su lado, se

quedó asombrado al ver las calles casi desiertas. Las ventanas estaban cerradas, los tenderetes abandonados, las acémilas —aún cargadas con hinchadas *guerbas* y cestos llenos de hortalizas— metían los hocicos tranquilamente en los costales de cebollas, ñames y mandioca. Una fragua chisporroteaba y crepitaba a la amplia sombra de una higuera, los húmedos puñados de barro se endurecían bajo el sol junto a recién terminadas vasijas. Las herramientas yacían por doquier, allí donde las habían dejado caer, las cabras balaban para que las ordeñaran, un varano en venta se retorció tenaz y violentamente alrededor de la estaca donde estaba atado. De alguna parte, emanaba olor a pan quemado. Johnson no las tenía todas consigo. Aquello era muy extraño, un misterio: algo salido de un cuento de hadas. *Blancanienes y Rosa roja. La bella durmiente*. Cuando descubrió un par de ojos detrás de una cerca de bambú, mirándolos ferozmente, se volvió a Eboe.

—¿Qué supones que ha sucedido aquí?

El anciano, casi flotando en su inconsciencia, ajeno a cuanto pasaba, se pavoneaba como un adolescente camino de un baile. Se paró en seco.

—¿Que qué pasa? —dijo, dándole una palmada en la espalda a Johnson y estallando en una serie de ásperas y asmáticas risillas.

—Que hay fiesta, eso es lo que pasa. Vino, mujeres y baile.

Johnson se limitó a mirarlo fijamente.

—¿Es que no lo sientes? —preguntó Eboe.

—A mí más bien me parece que aquí hay una epidemia de cólera.

Eboe le guiñó un ojo.

—Sígueme —dijo.

Entraron en una calle arbolada con tamarindos y palmeras rafia. Las casas, de adobe encalado, eran casi pintorescas. Había huertos, espalderas, y hasta un par de macizos de flores. Tal vez aquello no fuera el paraíso en la tierra, pero de todas formas era un lugar agradable..., muy agradable. A Johnson se le antojó que era la ciudad más grande que había visto después de Londres. Comparada con Segú, Pisania era una sentina, y Dindikoo, a pesar de sus encantos, no era más que un caserío perdido en el culo del mundo. De pronto se descubrió pensando en calabacinos de cerveza *sooloo* y en postas de cordero.

Al doblar en una esquina tropezaron con un borracho tendido en medio de la calle. «Baaaa», decía el borracho. «Urp». Johnson se agachó a su lado, con la gallina describiendo un amplio movimiento pendular hasta detenerse justo debajo del mentón del borracho.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —le preguntó Johnson.

El hombre lo miró, con los ojos inyectados de sangre y los labios flojos.

—Que estoy borracho —murmuró.

—No. Quiero decir, qué pasa en la ciudad. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Dónde está la gente?

—Blanco —dijo el borracho estropajosamente—. Blanco como... —Se golpeó

suavemente el esternón con el puño y escupió en la tierra—. Blanco como un fantasma de sal. Blanco, blanco, blanco. Como una nube tragándose una bandada de ibis.

Enseguida Johnson captó la idea.

—¿Dónde está el blanco?

—Blanco como el algodón, blanco como la luz del día. Blanco como un Colmillo, como un hueso, como un claro de luna.

El borracho se había sentado en el suelo, desgranando sus frases como en una canción infantil, zonzosa y monótonamente, interminable y reiterativo.

Johnson se puso de pie, consternado, respiró hondo. El explorador era un ingenuo, un pobre loco feliz. Se lo iban a comer vivo, lo iban a crucificar. Tenía que encontrarlo cuanto antes.

—¡Eboe! —gritó, girando sobre sí mismo en todas direcciones—. ¡Tenemos que encontrar al señor Park!

Pero Eboe ya estaba a media manzana de distancia, completamente inmóvil, olfateando, husmeando la brisa. Entonces, de golpe, sonrió y empezó a saltar, agitando los brazos como un malabarista con nueve platos en el aire.

—¡Por aquí! —Señaló con la mano—. ¡Deprisa!

Johnson tiró de las riendas, y asno y rocín lo siguieron penosamente.

—¡Blanco como los dientes! —gritaba el borracho—. ¡Más blanco que un muerto patas arriba en el lodo!

Eboe echó a andar como un sonámbulo, dejándose llevar por el olfato. Primero avanzó dos manzanas a la izquierda, y luego de nuevo hacia la derecha, atravesó la abandonada plaza del mercado, bajando por una calle muy pobre, llena de basura, cuyas cabañas entretejidas con amarillentas cañas más bien parecían retretes. Había ratas y caracoles en las cunetas, serpientes en los aleros.

—¡Eboe! —exclamó Johnson, haciendo un gran esfuerzo para alcanzarlo, pero el viejo seguía alejándose apresuradamente, como si no lo oyera.

Cada vez había más lodo, los bosques de bambú se erguían entre las chozas, los pájaros revoloteaban en los árboles. Finalmente el anciano se detuvo frente a una cabaña apuntalada y a punto de derrumbarse. Desde donde estaba, Johnson pudo distinguir entre las sombras las formas confusas de tres o cuatro mujeres detrás de la choza. Se quedó perplejo. Se suponía que Eboe, consciente de la urgencia, le conduciría hasta donde estaba el explorador. Estaba claro que se había equivocado.

Mientras tanto, Eboe seguía allí, comiéndose las sombras con los ojos, olisqueando el aire. Las mujeres eran grandes, de mediana edad a lo sumo. Sus tetas eran péndulos, pesadas, como globos llenos de agua. Si entre todas llegaban a tener veinte dientes, podían considerarse afortunadas.

—¡Eboe! —gritó Johnson, pero las mujeres estaban haciendo cosas fascinantes metiendo las manos debajo de sus faldas, luego las sacaban y se lamían los dedos. El viejo nigromante no pudo resistir mucho más. Su rostro se agrietó en una marchita

sonrisa, levantó el pulgar haciéndole una señal a Johnson y entró tranquilamente en las sombras.

Johnson estaba pasmado. Decepcionado. Disgustado. Muerto de envidia. Él también quería una cerveza, un plato de arroz con carne, una mujer, una cama. Pero he aquí que era un hombre digno y educado, bien pasada la edad de jubilarse, un hombre con esposas e hijos y un hogar feliz... ¿Y qué podía hacer? Recorrer todo el continente, arriesgar la vida y quedar en una situación desventajosa, echándole un cable al hijo del pequeño granjero, a aquel imbécil sediento de gloria. Soltó un suspiro de desesperación y resignación y se montó en el melancólico asno, dominándose y haciendo la vista gorda para no hacer caso de la hermosa mujer de nariz chata que ahora danzaba en medio de la calle levantándose las faldas en su honor.

QUINCE MINUTOS DESPUÉS (primero obedeciendo a una corazonada, y luego, cuando estuvo más cerca, a sus oídos), Johnson se las arregló para encontrar al explorador. Tras recorrer un laberinto de angostas calles de tierra, desembocó en una especie de plaza a orillas del río, donde de golpe y porrazo se encontró con una escena extraordinaria. La multitud apiñada —como abejas en una colmena— se extendía hasta perderse de vista. Debían de ser tres o cuatro mil personas, asomadas a las ventanas, encaramadas en las copas de los árboles, en las cubiertas de paja, a caballo o en hombros de otros, montados en camellos, poniéndose de puntillas. Ambas orillas estaban negras de gente, muchos con el agua hasta las rodillas, otros metidos en el río hasta el cuello, y muchos más balanceándose en piraguas y en barquillas de cuero. Todos callados y aterrados mientras aquella inaudita, inexplicable presencia, aquel hombre caído de la luna, aquel demonio blanco con sus infernales cantos, chillidos, risas, hablaba una jerga ininteligible, batiendo el agua con las manos hasta hacer saltar la espuma, maldiciendo sus cosechas, provocando que el cielo se viniera abajo, y quién sabe cuántas cosas más.

Perdido en la retaguardia del gentío, Johnson ató el asno a un árbol y con mucho cuidado se encaramó al lomo, tan flaco y lleno de vértebras que parecía una tabla de lavar, hasta conseguir mantenerse en equilibrio. Solo desde esa altura pudo ver en toda su extensión las cuatro mil cabezas. Cuanto más cerca del río (el Níger..., ¿qué te parece?, pensó), más cabezas había, como una densa plantación de cañas de papito. Enfrente, un poco más lejos, cerca de un desvencijado muelle de bambú, Mungo Park estaba haciendo espuma con las manos y cantando a todo pulmón: «¡Dios salve al rey!». Los bambara parecían hipnotizados, estupefactos —tan silenciosos y serios como la pasmada muchedumbre que desfilaba lentamente ante el féretro de Jorge II —.

Pero entonces, como suele acontecer en un mundo donde reina la acción y la reacción, la cosa empezó a salirse de sus quicios. El explorador, completamente ajeno

a su público, súbitamente nadó hacia el muelle en un arranque de júbilo. Su meta era una calabaza amarilla, seca y hueca, atada a la red de un pescador; su intención, desatarla y dejarla flotar a la deriva, a merced de la corriente, para, de ese modo, demostrarles al mundo occidental y a las futuras generaciones cuál era el verdadero curso del río Níger. Pero, desgraciadamente, los bambara que estaban más cerca de él malinterpretaron sus intenciones y retrocedieron dando un chillido. Al instante, el chillido se universalizó: el pánico hizo presa de todos.

Huyendo a la desbandada, la gente empujó al asno, y Johnson se cayó y lo pisotearon. Los leprosos corrían dejando caer los dedos de las manos y de los pies, los ciegos se estrellaban contra las paredes. Se oían alaridos y maldiciones, gemidos de niños extraviados, gritos de dolor y exclamaciones de asombro, el tropel hacía temblar la tierra. La muchedumbre se lanzaba en oleadas contra las casas de adobe como un río salido de madre, avanzando torrencialmente por calles y calzadas, barriéndolas con la marejada. Dos minutos después la plaza estaba desierta, las orillas vacías, el río sin embarcaciones. Los únicos que quedaban allí eran Johnson, el asno, el rocín —revolvados en la tierra— y el explorador anfibio. A lo lejos se oía el fragor de la barahúnda, el tumulto, la algarabía y el estrépito de los portazos.

Mientras tanto, la calabaza amarilla se dejaba arrastrar —inexorablemente y sin ningún género de duda— hacia el este. Tras una fugaz distracción, causada por el clamor de los bambara al poner pies en polvorosa, el explorador volvió a concentrarse en su experimento dando gritos de júbilo.

—¡Hurra! ¡Hurra!

Johnson se levantó del polvo soltando un quejido y bajó cojeando hasta la orilla.

—¡Señor Park! —gritó—. Salga de ahí y vamos a presentarle nuestros respetos a Mansong, el potentado, antes de que su ejército venga a por nosotros.

El explorador levantó la vista, chorreando agua, con una maraña de algas colgando de sus cabellos y de su barba. El agua le llegaba a la cintura, la corriente era lenta. Miró fijamente a Johnson, con la expresión de alguien saliendo de un profundo sueño.

Desde el muelle, brazos en jarra, Johnson expuso la situación:

—Mire, si vamos a verlo juntos y le ofrecemos algún obsequio, chucherías, cualquier baratija, puede que nos trate como a visitantes de honor. Y eso significa comida y bebida, un techo, tal vez hasta alguna mujer. Yo no sé usted, pero yo me siento muy enfermo y estoy hasta los cojones de dormir en la tierra, de comer cardos y de follar con la mano.

El explorador chapoteó echándole agua al guía, sus ojos se volvieron mantequillosos y abrió los brazos en un abrazo vasto y vacío.

—¡Johnson, lo hemos conseguido! El Níger, Johnson. —Hizo una pausa y señaló a la otra orilla—. ¡Mira eso! ¡Por favor, mira eso! Ancho como el Támesis y el Westminster. Y pensar que durante siglos y siglos, desde los tiempos de la Creación hasta este preciso instante, todo esto ha permanecido oculto y envuelto en la

leyenda... Me ha tocado a *mí*, muchacho. *Me* ha tocado descubrirlo.

Johnson se volvió para mirar las hileras de encaladas casas arracimadas en la ladera de la colina, contempló los demás muelles de bambú alineados a lo largo de la orilla, donde se balanceaban atadas las canoas hechas de troncos ahuecados.

—Soy consciente de todo eso, señor Park, y le doy mi más sincera enhorabuena. Pero si no movemos pronto el culo hacia el palacio de Mansa y nos humillamos a sus pies, puede que no vivamos para contarlo.

El sol golpeaba como un puño, hacía tanto calor que la tierra de la plaza se cocía literalmente bajo el sol, desprendiendo una trémula reverberación. En algún lugar, un perro aullaba. Todas las cosas parecían humear y apestar. Malignos olores flotaban en el aire, corrosivos, espesamente putrefactos. Todo hedía a cabeza de pescado, a excremento humano, a hojarasca podrida, a inmundicias. De repente el explorador empezó a sentir ganas de vomitar. Se llevó las manos a la barriga, encorvándose. En un anticlímax, la velocidad de las cosas disminuyó, y sus sentidos despertaron gradualmente a la realidad de aquel sol martillador, de aquellas pútridas aguas, ulcerándose a orillas del río. Le extendió una mano a Johnson y salió del agua.

—Tienes razón, Johnson. Podremos celebrarlo cuando hayamos regresado a Pisanía. Pero de momento aún nos queda trabajo por hacer.

Lo había dicho tartamudeando, con la voz entrecortada, experimentando un súbito escalofrío. Su chaqueta de terciopelo azul colgaba flácida, oscurecida y estrujada, tenía la camisa salpicada de lentejas acuáticas y las botas eran viveros de pececillos. Enredado en su enmarañada barba, moviéndose con desgarradas patas, había un descomunal insecto acuático.

Detrás de él estaba la chistera de castor llena de anotaciones sobre las costumbres de los moros, las distancias, las temperaturas y otras curiosidades topográficas. Las notas se desparramaban al borde del muelle como una extraña vegetación de hongos en expansión. El sombrero de copa había sobrevivido intacto. Johnson lo limpió y lo desempolvó sacudiéndolo contra su pierna.

—¿Al palacio de Mansa? —sugirió Mungo.

Johnson le devolvió el sombrero.

—Al palacio de Mansa.

MANSONG

EL POTENTADO DE BAMBARA acababa de desayunar opíparamente (plátanos hervidos, cuatro variedades de melón, arroz con espinacas, pudín de sorgo, vino de palma) y estaba entregado a la lujuria con ayuda de dos niños impúberes escogidos entre los jarranos refugiados, cuando recibió la noticia de la llegada del explorador. Su primera reacción fue un prolongado eructo. Desnudo, con una panza enorme, indolentemente tumbado debajo del sicomoro que sombreaba el patio de su residencia, permanecía inmóvil como un cocodrilo tomando el sol. Los efluvios de sándalo perfumaban el

ambiente, los pájaros enjaulados trinaban en medio de la paz y la soledad, el aire fresco de la lluvia soplaba desde el bosque. El portador del espantamoscas, un escuálido viejo en taparrabo, se esmeraba en ahuyentar los insectos. Los suaves silbidos de su mosqueador eran como pasos en un sueño. Mansong aspiraba meditativamente el humo de su narguile, cuyo recipiente rebosaba en *mutokuane*^[7], pensando: «¡Ah, ah!», mientras sus veinte siniestros y leales guardaespaldas le abanicaban con grandes hojas de exuberantes plantas. La cabeza le daba vueltas a Mansong. El niño más pequeño le practicaba una felación tiernamente, mientras el otro le lamía la cara, deslizando una tiesa y penetrante lengua sobre sus labios, nariz y párpados, como si estuviera lamiendo leche de un cuenco. Todo aquello era tan sublime y sensual, tan semejante a un orgasmo de neuronas y sinapsis —semejante a un viaje— que al principio no entendió las palabras del mensajero. ¿Un demonio pálido? ¿Con ojos de gato? ¿Histerismo colectivo? Pero luego, como alfilerazos, las palabras empezaron a agujijonearlo: al otro lado de la puerta, el horror blanco está pidiendo que le dejen entrar. Ahora mismo. Mansong apartó a los niños con sendas bofetadas.

—¿Qué? —rugió.

Los abanicos vegetales cayeron con un silbido y los guardaespaldas empuñaron sus lanzas, los pájaros enjaulados se callaron, el criado con la palmera matamoscas redobló sus esfuerzos. Mansong se levantó de la hamaca, enorme, terrible, abriendo las mandíbulas como un hipopótamo asustado saliendo de una charca de lodo. Con un bulboso puño aferró la garganta del mensajero, mientras mantenía el otro en alto, listo para darle un puñetazo.

—¿Qué son todas esas mentiras? —dijo.

—No es mentira, es verdad —dijo el mensajero postrándose delante de él—. Un demonio, blanco como la leche materna, irrumpió en las puertas de la ciudad y se metió en el río, agriando sus aguas como si fueran leche cortada. Luego persiguió a la gente por las calles, cantando y farfullando en una áspera lengua extranjera. Y ahora ha venido a hablar con usted, Mansa.

Mansong quitó el pie de la nuca del hombre. De pronto pareció como si estuviera a punto de gritar:

—¿A hablar conmigo? —susurró.

El mensajero postrado levantó los ojos, como si estuviera consultando una nota clavada con alfileres en su frente.

—Eso es lo que ha dicho.

—¡Chacal! Eres un mentiroso. —El pie volvió a aplastar la cara del mensajero, restregando sus mejillas contra la tierra—. Acabas de decirme que ese demonio habla una áspera lengua extranjera. Si es así, entonces, ¿cómo pudo pedir una entrevista conmigo?

La cara del mensajero estaba desfigurada, aplastada por el peso del pie de Mansong, y con la boca fruncida como la de un pez.

—Él habla mandinga.

Mansong retrocedió tambaleándose como si hubiera recibido un balazo. ¿Hablaban mandinga? ¡Aquello era el acabose! Desde el más allá habían enviado a un zombi para arrebatarse el trono. Le pondrían cadenas en los tobillos y lo arrastrarían a lo largo de laberintos subterráneos, a través de las supurantes grutas donde deambulan los muertos farfullando y gimiendo, siempre descendiendo, cada vez más profundamente, hasta llegar al mundo de las sombras. Escrutó las caras de sus guardaespaldas, hombres que podían derribar leones, y vio el terror reflejado en sus ojos. Quería salir corriendo, esconderse, abandonar el país, abrir un agujero y meterse debajo de la tierra.

—¿Dices que..., que está ahí afuera... ahora?

—Sí, Mansa. Ahora mismo está ahí afuera.

El potentado retrocedió, revolviendo los ojos aceleradamente. El sol había desaparecido, junto con la higuera y sus guardias; no podía ver nada salvo las transparentes siluetas de sus víctimas, que formaban legiones: guerreros abiertos en canal y destripados, mujeres carbonizadas, niños alargando sus muñones hacia él.

—No —susurró, siempre retrocediendo, moviendo los labios y la lengua, a punto de gritar, más bien chillar hasta quedarse afónico, dando alaridos como esas cosas ocultas y desesperadas que mueren noche tras noche en lo más intrincado de la jungla.

Pero entonces entró en el patio un hombre pequeño, sosegado y solemne. Eficiente, cada paso era un minuto perdido, cruzó el patio dando zancadas hasta llegar ante su jefe, con un objeto enorme y negro bajo el brazo. Todo en él irradiaba esperanza, como si fuera capaz de tejer intrigas a gran escala. Lo mismo podía ser un abogado todopoderoso que un ministro de asuntos exteriores, tal vez hasta el primer ministro.

—Cálmese, Mannie —dijo—. Yo me encargaré de la situación.

Su nombre era Wokoko, el nigromante de la tribu. Estaba vestido con retazos de piel de una manada de hienas —incluyendo garras, dientes y pellejos amarillos— y con plumas de una bandada de marabúes. El objeto que llevaba bajo el brazo era una máscara de madera tan espantosa y despiadada como diez demonios juntos. Chasqueó los dedos, y la mitad de los guardaespaldas acudió apresuradamente a la puerta principal; luego se dirigió al aún postrado mensajero.

—Dile al demonio —le dijo en tono sensato— que el omnipotente Mansong, estrangulador de leones y domador de toros, no puede recibirlo ahora... Dile que tiene dolor de cabeza.

CINCUENTA MIL CAURÍES

EL PALACIO DE MANSONG es una laberíntica estructura construida al azar con estacas y barro rojo endurecido por la cocción del sol como el que emplean las termitas para

construir sus nidos en forma de montículos. Por dentro es un dédalo interrumpido por una intrincada serie de muros, galerías, corredores y patios cercados. Ahusadas palmas oscilan dominando esos patios como antenas, y la copa de un enorme sicomoro asciende como un dosel desde el centro de la empalizada. Las paredes de las habitaciones están enjalbegadas con una mezcla de hueso pulverizado, almidón y agua. Incapaz de blanquear, la lechada dejaba las paredes de un tenue color rosa pastel; en ciertos lugares se traslucía el rojo en un veteado similar al que dejan los garfios en los flancos de una vaca sacrificial. El recinto está vallado con muros de terracota de tres metros de altura y puntiagudas estacas coronadas de negras espinas de dos centímetros de largo. Hay una sola puerta. Hecha de varas de bambú apretadamente unidas como fascas. Tiene noventa centímetros de espesor.

El explorador y su guía ya llevaban unas tres horas frente a esa puerta. De vez en cuando, Johnson, haciendo bocina con las manos, lanzaba una estentórea declaración anunciando que él no era más que un humilde mandinga de Dindikoo que había traído consigo a un inocente hombre blanco (*hon-kee*) desde más allá de Bambouk, los paramos de Futa Yallon y el gran mar salado, y que aquel hombre blanco venía expresamente a mostrar obediencia a Mansong, matador de leones y estrangulador de toros, cuya fama se propagaba por el ancho mundo igual que el loto floreciente.

Hasta ahora no había recibido ninguna respuesta.

El calor, por supuesto, era agobiante. El rocín y el asno permanecían a la sombra de los muros, meros costales de huesos. Ora tiritando, ora sudando, Mungo moqueaba y sentía como si tuviera clavos incrustados en las articulaciones. Johnson lanzaba manotazos espantando moscas.

—Dime una cosa, Johnson —preguntó el explorador sentándose en el polvo—, ¿por qué te sientes obligado a llevar ese condenado pedazo de carroña colgando del cuello?

La gallina había perdido la cabeza y solo le quedaba un ala. Las costillas, punteadas con pedazos de carne rosada y venas azules, empezaban a emerger del revoltijo de plumas, y los gusanos pululaban cual espuma en la carcasa, brotando como si fuera un tubo de dentífrico exprimido. Por fuerza tenía que atraer moscas.

—Por convención.

—¿Por convención?

Johnson suspiró.

—¡No hay que hacer una montaña de un grano de arena! Cuando los jarranos supieron que Tiggitty Segó iba a atacarlos, acudieron a Eboe. Como nigromante de la aldea, su deber consistía en apaciguar a Chakalla, dios de los tabúes violados, asumiendo los pecados de todos los aldeanos con la esperanza de que Chakalla haría que el ejército de Segó se retirara. Entonces Eboe preparó sus pociones y murmuró sus conjuros hasta que todos los pecados de la aldea fueron transferidos a la gallina guinea. A partir de ese momento, todo era un juego de niños: solo tenía que desangrar la gallina y llevarla colgada del cuello hasta que la carne se cayera a pedazos. Y en

efecto: Se go se detuvo en seco.

El explorador lo miró como si acabara de tragarse un tenedor.

—Pero... ¿me estás tomando el pelo? ¿No irás a decirme que crees en toda esa farsa?

—¿Acaso es más irracional que creer en una virgen que da a luz o en escalas que suben al cielo?

—¿Estás queriendo decir que pones en tela de juicio las Sagradas Escrituras? —Mungo estaba escandalizado en su esencia más arraigada. «Dios mío, son salvajes», pensó. «Dirígete a ellos, edúcalos, haz tu voluntad. Sus corazones están extraviados en la jungla».

Johnson permaneció callado, cruzado de brazos, clavando los ojos en la puerta.

—Muy bien. Si en verdad esa puñetera gallina es tan condenadamente efectiva, entonces..., ¿qué sucedió en Jarra?

—¿No lo ve? La gallina aún no estaba del todo podrida. Eboe empezó a hacer su magia demasiado tarde, eso es todo. Tan sencillo como eso. —Sonrió—. Usted conoce el viejo refrán: «Una puntada a tiempo...».

Mungo agitó la palma de la mano en un gesto de aquiescencia.

—Vale. Estoy de acuerdo con todo eso: magia negra y brujería y todo lo que quieras. Pero aún no has contestado a mi pregunta: ¿por qué tienes que andar con esa condenada cosa al cuello?

Johnson agachó la cabeza. Ahora miraba igual que un sabueso sorprendido en el acto de robar una chuleta de la mesa.

—Bueno, yo lo veo de este modo... En fin, ya sabe, estábamos hambrientos...

—¿No estarás queriendo decir que...?

Johnson volvió a bajar la cabeza.

—Iba a cocinarla con las setas y las bayas y todo eso. ¡Joder! Creí que Eboe estaba muerto. ¿Qué daño podía hacernos la gallina?

—Pues, figúrate, ahora tendrías todos aquellos pecados en tu cabeza —dijo el explorador experimentando, a pesar suyo, el zarpazo de un indecible pavor en algún profundo rincón de su alma. Demonios y fantasmas y cosas que hacen ruidos misteriosos en la noche.

—La culpa fue mía por extender la mano para coger la gallina. Como un imbécil. Y Eboe estaba allí esperando, aguantando la respiración, haciéndose el muerto, ese viejo tramposo. —Johnson palpó nerviosamente su toga, suspirando—. Por eso ahora tengo que responder ante Chakalla por la más mínima cosa que viole un tabú en ese arrasado caserío dejado de la mano de Dios. Cada vez que una mujer embarazada come un huevo o un muchacho copula con un pangolín. Cada vez que una muchacha camina hacia atrás a la luz de la media luna, se frota la cara con savia de *hoona* o tirona el vello de su pubis con la mano derecha. Y eso no es más que el principio. Luego están los pájaros rabuados, el tabú de las heces fecales, el tabú mandibular. ¿Sabía que no está permitido tocarse el mentón con el dedo índice mientras uno está

sentado en la parte norte de una hoguera? Y ahora todo eso recae en mí. Chakalla va a desollarme hasta extirpar los pecados ocultos en mi piel. Si consigo mantenerme al margen del problema hasta que no quede nada de esa condenada ave como no sean los desecados huesos, viviré para bailar sobre la tumba de Eboe. Pero si no..., bueno, entiérreme bien hondo.

En ese momento la conversación quedó interrumpida por un sonido de pasos al otro lado de la puerta. La puerta crujió al abrirse y un sirviente asomó la cabeza.

—Mansong no puede recibirlos ahora. Regresen el año que viene.

¡Y sanseacabó! La cabeza desapareció, la maciza puerta empezó a chirriar cerrándose.

El desconcierto paralizó al aturdido Mungo. Pero Johnson, siempre alerta, pegó un salto y bloqueó la puerta con el pie.

—Oye —dijo forcejeando con la puerta—, tenemos que ver al Mansa ahora mismo. En este preciso instante. Hemos hecho un viaje muy duro y muy largo, y creemos que tenemos derecho a un mínimo de hospitalidad. Además: traemos regalos.

La cabeza del sirviente reapareció.

—¿Regalos? —frunció el ceño—. Esperad un momento, por favor —dijo antes de desaparecer otra vez.

A través de la puerta, se oían voces conferenciando. Los minutos transcurrían lentamente. Un par de opalescentes lagartijas se perseguían mutuamente subiendo por el muro. El explorador se quitó una rama de lenteja acuática del chaleco y miró cariacontecido el costal de los regalos que colgaba del rocín.

—Lujosos regalos —dijo Johnson pegando voces—. Exóticos, cosas mágicas hechas para un dios y un emperador.

Enseguida se abrió la puerta y el sirviente, encogido de preocupación, los invitó a pasar con un gesto. El guía y el explorador entraron en un patio amurallado rodeado de guardias armados. Eran gigantes que medían entre un metro ochenta y dos metros diez, con pectorales como de hierro, y en la negrura de sus cuerpos brillaban los cuchillos, las lanzas, los dardos y las Hechas. Llevaban taparrabos de piel de leopardo, penachos y brazaletes de plumas de avestruz. Cualquiera de ellos podría haber barrido el suelo del Parlamento en treinta segundos.

Sin embargo, cuando el explorador pasó cerca de ellos, notó que apartaban la vista aferrándose a sus *safies* y moviendo las bezudas bocas como si rezaran.

—¡Vaya! —susurró Johnson, recurriendo a una de sus arcanas expresiones coloquiales—. Ha conseguido amedrentarlos.

Retorciendo las manos y pellizcándose el labio y la oreja, el sirviente los condujo a través de una sucesión de idénticas habitaciones, corredores y patios. Todas las cámaras tenían el techo bajo, y estaban decoradas con alfombras persas o tapices. En los suelos cubiertos con esteras de juncos había un caos de vasijas de barro. En los patios crecían delgadas palmas y había charcos llenos de malas hierbas e insectos,

pájaros enjaulados, cabras, pollos, lagartos, polvo. Explorador y guía tenían la impresión de haber recorrido kilómetros entrando y saliendo de las habitaciones, a través de galerías tan angostas que Mungo tenía que encogerse de hombros para poder pasar. Cruzaron un patio con seis palmas, otro con dos. Ocho pollos aquí, cuatro allá. Aquí una cabra, allá una vaca. Finalmente, el sirviente, que había empezado a temblar como un epiléptico, les indicó con un gesto que esperaran al principio de un largo y estrecho pasillo. Explorador y guía observaron el pálido destello de las plantas de sus pies alejándose hasta un sitio donde las paredes parecían converger. Vieron cómo se hincaba de hinojos, clavando la frente en la tierra. Se oyeron anunciar: demonio blanco y negro hechicero.

Mungo dio un traspie y se encontró en un amplio patio, dos o tres veces más grande que los demás, señoreado por una enorme y serpenteante higuera cuya sombra llegaba incluso a los rincones más apartados. Cuando la miró de cerca, el explorador sintió un escalofrío al descubrir que el árbol estaba adornado con cráneos humanos y una serie de figuras esculpidas a relieve representando actos contra natura: autofelaciones, pederastia, gente comiendo excrementos. La imagen más impresionante, de facciones vehementemente distorsionadas, reproducía a una mujer embarazada con las múltiples tetas de una perra tragándose o regurgitando una serpiente, la cual, a su vez, se tragaba o regurgitaba la cabeza de un niño.

Al pie del árbol, entenebrecido por la sombra más profunda, había una especie de trono, de desbastada madera con una capa de centelleante pintura. Al lado del trono, dormía un perro blanco en una nube de moscas. Cuando el explorador se volvió para mirar el estrecho pasillo, descubrió que lo habían copado unos guardias armados, gigantescos negros idénticos a los que custodiaban la puerta principal. Empezó a sentirse intranquilo.

Súbitamente un ser enmascarado surgió de detrás del árbol soltando un chillido primitivo. «¡Wo-ya-ya-yaaa!», aulló el personaje, pateando el polvo con sus pies descalzos y blandiendo un cetro rematado por un pulido cráneo. Cogido por sorpresa, Mungo retrocedió un par de pasos metiéndose en un profundo charco lleno de un líquido oscuro de aspecto repugnante que salpicó sus botas y pantalones. Manchas húmedas y rojas. Rojo sangre. En el acto, el perro estaba a sus pies, aullando y ladrando, echando espumarajos por la boca. «¡Wo-ya-ya-ya-yeee!», tronaba el hombre enmascarado, apocalíptico, danzando y girando hacia él en un borroso vértigo de plumas y huesos, y de repente se oyó un tambor, «doom-baba-doom, doom-baba-doom», y los guardias repitiendo el estribillo: «¡Ya-ya, yaya, YEEE!». El explorador estaba angustiado, paralizado, los pies soldados con plomo, y un sinfín de voces interiores chillando, por puro instinto de conservación, exhortándolo a correr, a huir, a escapar, a arañar, a morder, a matar.

Pero entonces una mano conocida lo cogió por el codo.

—Cálmese —cuchicheó Johnson—. Usted los aterroriza.

«¿Que los aterrorizo?», pensó él. «¿Yo?». Poco a poco el estrépito disminuyó, los

guardias solo cantaban entre dientes, el perro se sentó calmadamente, el tamboreo se convirtió en rumor. El enmascarado, envuelto en pieles y plumas, se arrellanó en el trono y con un movimiento de cetro impuso silencio. El explorador aprovechó la pausa para salir del charco, y Johnson, haciendo una venía, se acercó al hombre enmascarado desplegando los regalos a sus pies. La luz del sol proyectaba rayos de polvo debajo del árbol. Los obsequios, seleccionados en Londres por sir Joseph Banks con el fin de conquistar el corazón de un salvaje, brillaban como el tesoro de los dioses. Una exclamación de admiración se le escapó a uno de los guardias, pero el enmascarado permanecía impassible, con los brazos cruzados al pecho.

Johnson hizo otra genuflexión, y empezó su discurso de presentación:

—Oh, Mansong, terror de las montañas y los llanos, hacedor de viudas, vencedor de espíritus y demiurgos, domador de elands y elefantes, yo te ofrezco estos extraños y maravillosos presentes en el nombre de mi señor y protector, este manso, inofensivo y sano hombre blanco, que ha recorrido inconmensurables distancias para postrarse delante de vuestra majestad.

Y al decir «postrarse», Johnson se volvió al explorador y señaló la tierra. Mungo se arrodilló y se tendió boca abajo en el polvo.

Mientras yacía allí, con la nariz en la tierra, advirtió un intermitente movimiento en el rincón más recóndito del patio. Se concentró en aquel vaivén, algo así como unos pies arrastrándose, borrosamente. Finalmente, con el rabillo del ojo, distinguió una cortina de bejucos trenzados, debajo de la cual había unos pies negros, cuyos pulposos dedos se retorcían. Entonces vio al sirviente, con aire de preocupación, metiendo la cabeza detrás de la cortina y volviéndola a sacar rápidamente, como si la movieran por medio de hilos. Parecía cuchichear con alguien oculto tras la cortina, el mismo que movía aquellos pies de adiposos dedos. He aquí otro misterio, pensó Mungo, ligeramente febril, un poco temeroso, totalmente ensimismado. Y entonces se percató de la voz de Johnson, ahora en inglés, susurrando sobre él como un enjambre de avispa.

—Vale, vale —le decía con un tono entre irónico e hiriente—. Ya está bien. Puede levantarse.

El explorador se levantó sacudiéndose el polvo. Se arregló el andrajoso cuello de la camisa, se peinó la barba con los dedos y se alisó las cejas con saliva. Y de pronto advirtió que nadie le estaba haciendo el más mínimo caso: ahora todas las miradas se concentraban en los regalos. Inclutados sobre los preciosos obsequios, los sirvientes iban pasándoselos reverencialmente al hombre de la máscara para que los examinara. Primero la bandeja de plata. Luego una vajilla para diez comensales, un par de gemelos de marfil. Un parasol. Diez rollos de tabaco y un bote de mermelada de naranja. Una docena de tinteros, un corsé, una peluca. Y, por último, el plato fuerte: una miniatura del rey Jorge.

El presuntuoso monarca estaba tan deslumbrado con el centelleo y la novedad de aquellos obsequios que bajó la guardia: con un simple gesto se alzó la máscara para

verlos mejor. El explorador estaba pasmado. Esperaba ver a un monstruo, pero aquel pequeñajo, con sus avispados ojos y una lisa y bulbosa cabecita, más bien parecía un hurón, un cobarde ladrón, un ratero escamoteando algo entre las altas hierbas y las sombras. Mientras el hombrecillo mordía cautelosamente la bandeja de plata, Mungo tomó consciencia de que no tenía nada que ver con la descripción de Mansong que le hiciera Eboe como un hombre bestial con papada y panza y una cabeza como un melón. ¿Sería aquel tipo un impostor?

Entonces el explorador se percató del trajín que tenía lugar entre el trono y la cortina de marras. El primer sirviente, el mismo que les había abierto la puerta —ahora instigado por un colega todavía más encogido e indeciso si cabe—, iba y venía a hurtadillas entre el trono y la cortina llevando los tesoros. Para el explorador, aquello era como una aparición, una Epifanía.

—Johnson —susurró—. ¿Has visto aquella cortina?

—¡Chitón! —dijo Johnson mirando nervioso—. Es mejor que no piense en eso —siseó—. Y pase lo que pase, no mire hacia allí. “Ni siquiera de reojo. Esa cortina no existe. ¿Ha quedado claro?

En ese momento el segundo sirviente, un joven con la cara tan arrugada como la pata de una iguana, se acercó tímidamente al explorador. Agarró el parasol. Se echó hacia atrás, y de lejos le ofreció la sombrilla a Mungo, alargando el brazo al máximo. Dijo algo en mandinga, algo que sonó como «rub-a-dub-dub». Mungo lo miró extrañado.

—Quieren que lo abra para ver cómo es —apuntó Johnson. El parasol era rosado y nacarado, como las bragas de una mujer. Un artista había estampado en la tela la Torre de Londres, en rojo y negro. El explorador abrió el cierre, desplegando el quitasol con ademán triunfal. Lo cual, se dio cuenta demasiado tarde, fue un error. Al primer crujido de la seda, el sirviente retrocedió ahogando un grito; pero cuando la sombrilla se abrió como una flor, aquello devino un pandemónium. Los guardias dejaron caer las lanzas y huyeron en estampida, el presunto monarca se aferró frenéticamente a la máscara y el perro blanco acometió al explorador y —acaso lo peor de todo— del rincón brotó un afligido grito cuando la cortina se desplomó con una ráfaga de aire. Detrás de la cortina, ahora expuesto a todas las miradas, había un hombre tiránico como un toro, sentado en la postura del loto, con un vientre del tamaño de un balón terapéutico, ladeando una descomunal cabeza mientras garabateaba furiosamente en el polvo. Aunque el explorador no podía comprenderlo, los garabatos del hombretón reproducían la frenética geometría del vudú —vectores y tangentes, catenarias y triángulos—, hechizos para protegerse del diablo. El potentado estaba aterrado.

En medio de la confusión, el explorador cerró el paraguas, no como un gesto de conciliación, sino para defenderse del perro. Sin embargo, el efecto fue inmediato y apaciguador: los guardias dejaron de correr, sonriendo tímidamente; el impostor llamó al perro con una orden tajante; los sirvientes se apresuraron a reponer la

cortina. Johnson no cesaba de cotorrear en lengua mandinga, tan rápido que el explorador no comprendía nada, pero en un tono que parecía tranquilizador, incluso jocoso. Acababa de soltar una retahíla de frases, al parecer calculadas para servir de colofón a un chiste. Se echó a reír y le dio un codazo al explorador.

—¡Je, je, je! —rio Mungo.

El impostor, máscara en mano, asintió dos veces con la cabeza y exhibió los dientes en una expresión facial horripilante, tensa, a medio camino entre la sonrisa y la mueca. Era como si le hubieran asestado un puñetazo en la vejiga tras haber visto a cien gordas resbalando en cáscaras de plátanos. Después de ponerse una vez más la máscara, le ordenó al sirviente que le entregara el parasol. El criado le alargó la sombrilla como si fuera una cobra dormida.

Al cabo de cinco minutos, el enmascarado se deleitaba metiendo los dedos en el frasco de mermelada y lamiéndolos, soltando breves exclamaciones epicúreas, mientras detrás de la cortina se oía el suave crujido de seda. De vez en cuando, el relampagueante rosicler del parasol asomaba con aire coqueto por encima de la cortina. El perro se había quedado dormido, con el hocico aplastado contra el retrato del rey Jorge, como si hubiera sucumbido a la olfativa contemplación de ese magno y distante monarca.

Finalmente, tras una interminable conferencia con el hombre que estaba detrás de la cortina, el impostor empezó un inconexo discurso de bienvenida. La voz que brotaba de la máscara era resuelta y animada, pero a pesar de todo el explorador tenía dificultades para seguirla. Al principio hizo un esfuerzo tratando de interpretar la perorata, enlazando y traduciendo mentalmente las palabras, hasta comprender que era bien recibido por el gracioso y poderoso Mansong, Mansa de Waboo, de M'butta-butta, de Wonda, y de aproximadamente otras doscientas aldeas. Pero, a fuerza de tanto concentrarse, muy pronto empezó a sentir migraña y optó por adoptar una expresión interesada mientras dejaba vagar la mente. Al cabo de diez minutos de discurso, sus peregrinaciones mentales se vieron interrumpidas por una serie de raros y amortiguados ruidos que parecían proceder del patio contiguo. Tal vez fuera el sonido de una refriega, gritos ahogados, un susurro que recordaba un gallinero en Selkirk y la matanza de pollos para la olla. Le tocó el hombro a Johnson.

—¿Qué está pasando en el patio de al lado?

Los ojos de Johnson estaban profundamente hundidos en sus cuencas.

—Es mejor que no lo sepa.

«... el magnánimo Mansong...», decía monótonamente el hombre de la máscara.

—Dímelo. Es una orden.

—Bueno, ellos están tan impresionados que... —Johnson alzó los ojos al cielo y rápidamente los clavó en el suelo. El enmascarado seguía perorando monótonamente — Mansong está destripando a treinta y siete esclavas en tu honor.

—¡Madre de Dios!

Mungo no estaba preparado para aquello. Rechinó los dientes tratando de pensar

en Escocia, en peladas colinas, en inocentes caras blancas, rostros cándidos y sensatos. Pero no le dieron tiempo para pensar: el preocupado sirviente de aspecto cansado estaba a su lado, ofreciéndole una especie de saco y una taza llena de un oscuro líquido, tal vez vino o cerveza.

—¿Y ahora qué quieren que haga?

—Acéptelo todo —siseó Johnson.

Temblando, el explorador cogió el saco y la taza.

—Son cincuenta mil conchas de cauríes —susurró Johnson—. Suficiente dinero para mantener una aldea como Dindikoo durante diez años. Sonría, no sea loco. Asienta y sonría. Eso es. —Johnson se frotaba las manos como un tendero a la hora de sentarse a cenar—. Ahora podremos dormir en camas y hospedarnos en cualquier aldea a lo largo del río. Eso significa mujeres, cerveza, carne roja. Se acabó lo de dormir a la intemperie.

—Pero... estos malditos sanguinarios paganos aborígenes están segando treinta y siete vidas ante nuestras propias narices... y, para colmo, lo están haciendo en nuestro honor. Treinta y siete seres racionales... Aceptar este dinero sería aprobar esa masacre.

—Oiga, señor Park, no es momento para gazmoñerías. Con tal de que no acabemos siendo las víctimas número treinta y ocho y treinta y nueve, creo que lo estamos haciendo muy bien.

Al parecer, el enmascarado estaba terminando, pues sus frases se alargaban y languidecían, mientras el explorador se estremecía con cada sonido gutural, con cada ahogado resuello procedente del patio de al lado, cogiendo al vuelo algunas frases del discurso: «próspero viaje», «¡qué lástima que no puedan quedarse más tiempo!», «río abajo hay muchos más ricos de lo que podéis imaginar».

Por último, el pequeño orador se quitó la máscara. Tenía una taza en la mano. La levantó, como si saludara al explorador.

Mungo se miró torpemente la mano, casi sorprendido al comprobar que sostenía una taza idéntica.

—Levante la taza —le ordenó Johnson.

Desde el patio aledaño, llegaba un burbujeante estertor, un flatulento gemido, como si el aire fuera expelido por un fuelle colosal.

—¡Beba!

El explorador levantó la taza, como si brindara con el pequeño hombre envuelto en piel de hiena. Se la llevó a los labios y el olor del contenido excitó las aletas de su nariz, haciéndole evocar carreras de gamos, una cierta reminiscencia de brezal y bosque, una partida de caza con su padre; y ahora probaba el sabor, tibio y ligeramente salado, como a rosbif, a hígado y a pato: no pensaba, no quería pensar. Solo beber de aquella taza y limpiarse la boca con el dorso de la mano.

RENDIMIENTO DECRECIENTE

AILIE ANDERSON se llevó la taza de café a los labios. El humo que brotaba del recipiente, impregnado de oscuro aroma terrenal, excitó las aletas de su nariz. Igual que las bellotas al vapor, pensó, bebiendo a sorbos. O como una buena cerveza negra. Algunos dignatarios de la Iglesia publicaban cartas pastorales contra el café, libelos tendentes a demostrar que esa infusión conduce a la decadencia moral trastornando a la vez el equilibrio del organismo y entrometiéndose en los designios del Señor en lo tocante a la regulación del apetito, pero ella prefería no pensar en eso. Disfrutaba de su infusión en una vivificante mañana. Le gustaba el aroma y el amargor y el estímulo que la bebida desencadenaba en ella.

Más tradicionales, Gleg y su padre toman el té con sus tortas y sus gachas de avena con nabos. Ambos están inusitadamente silenciosos esta mañana, como si estuvieran conspirando —están ahí sentados, inclinados sobre sus platos, mordiendo las tortas de avena como caballos en un establo—. Los únicos ruidos que hacen es cuando se relamen o algún que otro tintinear de las cucharas chocando con las tazas. El asiento de Zander está vacío. Se levantó antes de salir el sol, desvelado, y fue a deambular por las colinas.

Como de costumbre, Gleg la ha colmado con sus «buenos días» y sus semilascivos cumplidos: que si qué bien le sentaba el vestido, que si el arrebol de sus mejillas, que si su cintura de avispa... Pero ahora, con ojos soñolientos, se consagra a atiborrarse de comida. El padre de Ailie, velludo y despeinado, solo ha pronunciado once sílabas desde que se sentaron a desayunar: «Las tortas están quemadas, muchacha». A ella le choca ver cómo el viejo se inclina sobre el plato y manipula el tenedor, pues son modales poco elegantes, que no son propios de un hombre de su posición social. A través de las canas, se revela una veta de cuero cabelludo, una rosada calvicie.

Sí, las tortas de avena están quemadas. Ella es la primera en admitirlo. Estaba distraída, y realmente la culpa era suya. Hace dos meses, cuando el sol sembraba de flores las colinas, su padre le trajo un regalo de Edimburgo. Algo para entretenerla, algo que la sustrajera de las profundidades de África y de la tediosa prolongación de los días y las semanas y los meses. Entró en la casa con una sonrisita pícara, con la mano derecha profundamente hundida en el bolsillo de su gabán. Ella volvió a sentirse como una niña, su niña. «¿Qué es, dímelo?».

Era un microscopio. Un pie de madera, un brazo cilíndrico, lentes de cristal. Nada de vestir, nada de comer. No le traía un pañuelo ni unos pendientes, ni una caja de praliné. Ni revistas de modas ni perfumes, ni siquiera un ejemplar de *The Lady's Magazine*, ni tampoco de *The Monthly Review*. Un microscopio. Ella no pudo ocultar su desilusión.

Aquello se quedó en el vestíbulo durante dos semanas. Gleg siempre detrás de ella, sonriendo bobamente, sobre todo porque su padre parecía darle ánimos. Su mejor amiga, Katlin Gibbie, acababa de casarse y se había mudado a una granja remota, y Zander estaba cada vez más huraño, absorto en sus propios problemas.

Tampoco tenía noticias de Mungo. Estaba aburrída. Una tarde puso un pedazo de periódico en la platina del microscopio y se quedó asombrada al ver que cada letra estaba compuesta por miríadas de puntitos negros. Aumentados, un trozo de hilo era un cable de barquero; el pelo del perro, un matorral; una mosca, un monstruo. Registró toda la casa, escudriñando cuanto caía en sus manos: el tejido de sus faldas, la topografía de un trozo de papel, la increíble y delicada tensión que mantenía una gota de leche en suspensión. Luego salió al pequeño jardín. Hojas, cortezas de árboles, pétalos de rosas, insectos. Se maravillaba contemplando la malla del ala de una mosca, la pelusilla espumosa que decora como una sarta de cuentas la antena de una polilla, la cruel conjunción de las mandíbulas de una hormiga. Desgarró las telarañas de los aleros, desplumó a sus tórtolas. Una mañana cogió un leucisco del acuario para examinar la fina red de sus escamas, imbricadas como olas en una playa. Estaba fascinada. El vacío dejado por Mungo empezaba a reducirse a medida que los objetos se ampliaban bajo la lente. Aquello se convirtió en el centro de gravedad de su vida. Un centro en expansión.

Sus dibujos, hechos con carboncillos y con tinta, tapizaron las paredes. Aquí la nervadura de una hoja, allá las espirales de una huella dactilar. Una pestaña grande como un mástil, los amenazadores bordes dentados de la pata de un escarabajo. En la biblioteca de su padre encontró un ejemplar de *Micrographia*, de Hooke, y lo devoró como si fuera una novela por entregas. Hooke había ampliado un pedazo de corcho descubriendo su oculta superestructura: estaba compuesta de diminutas unidades entrelazadas, cubículos invisibles al ojo, insospechados para la imaginación. Celdas, las llamó él, porque le recordaban los compartimientos de un convento. Ailie cogió el tapón de una botella de oporto, rebanó una finísima viruta con la navaja de afeitar de su padre y la puso en el portaobjetos. Solo vio abismos y grietas. Esa noche se acostó desilusionada, soñando con mundos más allá del alcance del ojo, más allá del alcance de los lentes de su microscopio de principiante, mundos cada vez más pequeños, mundos dentro de mundos dentro de mundos.

Entonces descubrió a Van Leeuwenhoek.

Encontró una referencia a su obra en una de las revistas de medicina de su padre. Casi con cien años de edad, y con ayuda del potente microscopio que fabricó, Leeuwenhoek había desmitificado la aristotélica noción de la generación espontánea. Describió los ciclos vitales de la pulga y del gorgojo del cereal, afirmando que crecían desde huevos fertilizados y no de la arena o del mismo cereal, como antes se suponía. Del mismo modo que Francesco Redi asoció el crecimiento de los gusanos con los huevos de la mosca doméstica, así Leeuwenhoek demostró que las más humildes criaturas, difícilmente visibles al ojo, siempre nacen de criaturas que las preceden. Para Ailie, que había trabajado durante días haciendo toscos esquemas de las pulgas que había sacado del collar de su perro, aquello fue una revelación.

La biblioteca de su padre no era muy grande, pero su viejo amigo y colega, el doctor Donald Dinwoodie, de Kelso, tenía una colección completa de la *Royal*

Society's Philsophical Transactions, en la cual Leeuwenhoek había colaborado durante los últimos cincuenta años de su vida. Ailie empaquetó el microscopio y el bloc de dibujos, ensilló la yegua y emprendió el viaje de cincuenta kilómetros hasta Kelso. Se hospedó en la casa de Dinwoodie durante un mes, absorta en sus libros. Según descubrió, Leeuwenhoek veía «animálculos» pululando en una gota de agua, los temblorosos glóbulos rojos de la sangre humana, el coleteante enjambre de espermatozoos en el semen de insectos, reses y hombres. Mundos dentro de mundos. Temblando de excitación, fue hasta un tonel lleno de agua de lluvia, cogió un frasquito de agua y examinó una gota debajo de su lente. No vio nada. Su instrumento era demasiado elemental, carecía de poder. Se pinchó el dedo y observó una gota de sangre. Tampoco vio nada. En cuanto al semen, pensó, era mejor esperar a Mungo.

De regreso a Selkirk, prosiguió sus estudios, pero su entusiasmo empezó a decaer. ¿Qué sentido tenía continuar? Nadie conocía los secretos de Leeuwenhoek: ¿cómo se las había ingeniado para afilar sus lentes, capaces de ampliar un objeto hasta trescientas veces, o cómo conseguía realzar ese aumento con espejos y luces para obtener un aumento siempre mayor? La potencia del microscopio de principiante de Ailie lo convertía en un juguete. Estaba disgustada. Pero entonces, una mañana, Gleg se le acercó tímidamente en la cocina, sonriendo como una rana, con las manos a la espalda.

—Te he echado mucho de menos —le dijo, separando las sílabas como si fueran rebanadas tostadas untadas con mantequilla—. Mi corazón sangraba cada mañana en tu ausencia, y se desmayaba cada vez que el sol se ponía sin ti.

Ailie estaba amasando harina. Lo miró fijamente y le asustó la expresión de su cara. Gleg meneaba la cabeza de lado a lado, con las orejas aleteantes y una sonrisa insoportablemente astuta que le encorvaba la nariz hacia abajo dejando al descubierto unos dientes amarillentos como una hilera de lápidas. Súbitamente se dio cuenta: estaba sufriendo un ataque. Ella se levantó de la silla, con las manos blancas de harina.

—Georgie, ¿te encuentras bien?

Él seguía allí, de pie, radiante, sintiendo que lo que escondía a la espalda le quemaba las manos.

—Toma —dijo, sacando un paquete envuelto en papel de estraza—, para ti. Con todo mi amor y mi aprecio. Ella se limpió las manos en el delantal, sonriendo a pesar suyo, y tendió las manos.

—¿Para mí? —preguntó, rompiendo el papel.

Tuvo que contener el aliento. Era un libro, con tapas de piel y letras doradas. *Essays on the Microscope*, de George Adams el joven, 1787. El último grito en microscopía. Ella quiso abrazarlo, de puro contento, pero Gleg la detuvo con un gesto de su mano larga y flaca.

Siempre sonriendo, temblando, ardiendo, como una nutria con un pez en la boca, él sacó otro paquete de detrás de la espalda. Ella rasgó el papel. Una caja de madera.

Pesada. La depositó en la mesa y la abrió palanqueando la tapa con un cuchillo de cocina —el destello de metal—, ¿será posible?

Era un microscopio nuevo W & S Jones, tres veces más potente que el suyo de principiante.

—Oh, Georgie, no tenías por qué...

—Mi tía —dijo él—. Mi tía MacKinnon. Murió de una hidropesía y me dejó una modesta herencia. O más bien —se ruborizó— te dejó eso a ti..., para que hagas lo que quieras. Todo lo que yo tengo es tuyo.

Tambores, había tambores percutiendo en su pecho. Ella dio vueltas alrededor de la cocina, saltando, luego lo cogió por sus desgastadas y colgantes mangas y lo besó.



Y POR ESA RAZÓN las tortas de avena están quemadas. En realidad es por culpa de ellos dos. Se había levantado al romper el alba, para mirar a través del dorado ocular, vigilando un ballet de animáculos, cientos en la cabeza de un alfiler, torbellinos de cosas, translúcidas, con sus bordes envueltos en sombras de cromática distorsión. Había cosas cilíndricas, y otras oblongas que se impulsaban a sí mismas con pelos o colas, cosas que se juntaban y se dividían para unirse otra vez. Y luego estaban las cosas amorfas, que parecían haberse estrellado desde una gran altura, con sus bordes almenados y una grande y oscura mancha rodeándolas como la yema de un huevo frito. ¿Cómo iban a esperar que pensara en tortas de avena ni en gachas aderezadas con leche, cuando ella estaba de parto con las emociones de aquellos descubrimientos?

Ni siquiera ahora, mientras desayunaban, con Gleg pasándose la servilleta por la boca y lanzándole suspirantes miradas de amor, con su padre eructando sobre el té, podía ella dejar de doblar las puntas de las páginas del libro de Adams. Ella solo quería una cosa: que se levantaran y fueran a hacer sus visitas de médico para así quedarse en paz con su bloc de dibujos y su instrumento óptico.

Su padre se aclaró la garganta y se separó de la mesa echando la silla hacia atrás.

—Gleg —murmuró, casi afónico por el resfriado—, ve a ensillar los caballos, ¿quieres? Tenemos que hacer una visita camino de Fowlshiels.

Gleg obedeció a regañadientes. Pegó un rodillazo en la mesa que sonó como un martillazo, y se fue arrastrando los pies hasta la puerta.

Ahora brillaba el sol. Aceradas agujas de luz apuñalaban las cortinas, clavándose en la cabeza incendiada del viejo. Bebió un sorbo de té, ruidosamente. Luego volvió a carraspear, y aquello sonó como el dragado de un río.

—Tengo entendido que Katlin Gibbie se casó, ¿eh?

Ailie levantó la vista del libro.

—Así es, padre. Si mal no recuerdo no hace ni dos semanas tú mismo le lavaste los pies a la novia, rompiste la torta de avena en su cabeza y terminaste bebiéndote un jarro de whisky y bailando un *Highland*^[8] encima de la mesa mientras cantabas *Eh, tuttie taitie!* a pleno pulmón...

El viejo sonrió, amable, paternal y jovial al mismo tiempo.

—Sí, algo así creo recordar.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno —dijo rascándose la perilla, abriendo y cerrando los dedos sin dejar de sostenerle la mirada—. Ella tiene dieciséis años, ¿no es así?

Ailie asintió con la cabeza.

—Y tú ya no eres una menor de edad, ¿verdad?

—Ya lo sé, padre.

—Hay un joven rondando por aquí que daría la vida por un suspiro tuyo.

Ailie apartó la vista, cerró el libro y lo dejó en el aparador. Cuando volvió a mirarlo, él seguía observándola, sabio y flemático, paciente y persuasivo. Ella dijo con voz entrecortada:

—Eso también lo sé, padre.

DEL DIARIO DEL EXPLORADOR

INMEDIATAMENTE DESPUÉS del descubrimiento de ese suntuoso río de leyenda, que en mi opinión es superior al Támesis o incluso al Rin, mi *factótum* y yo nos dirigimos al palacio del soberano local, Mansong de Bambara. Allí fuimos acogidos con un cálido y civilizado recibimiento que nos encantó, sobre todo después de haber sufrido tantas adversidades en las garras del despiadado desierto moro. Aunque Mansong no tenía leones encadenados con eslabones de oro, ni sus calles estaban pavimentadas con ese precioso metal, su palacio y sus tierras reflejaban su opulencia. Por doquier había patios abiertos al estilo ibérico, borboteantes fuentes y exóticos jardines con toda clase de frutas y flores. Nos condujeron a través de esos patios hasta el Sancta Sanctórum, donde nos esperaba Mansong.

El potentado era un hombre huesudo de alegre semblante, sentado en un trono dorado y rodeado por sus fieles guardaespaldas, salvajes entrenados como caballos de carrera que medían entre dos y dos metros diez de altura. Después de hacer una venía, le presenté los regalos que había traído conmigo desde Inglaterra. Parece que el que más le gustó fue el retrato de su homólogo en la otra punta del mundo, nuestro hijo de la Casa de Hannover, Su Majestad el rey Jorge III. Se sentó y estuvo un rato contemplando la efigie de ese augusto monarca mientras sus facciones resplandecían iluminadas con la incandescencia de la ilustración.

Después de dar gracias profusamente, y en reciprocidad, Mansong me hizo un munificente regalo, expresando su más efusiva esperanza de que me ayudaría en la prosecución de la búsqueda del conocimiento. Se levantó del trono, me abrazó como

a un hijo perdido y me dio un saco de piel lleno de conchas de caurí —alrededor de cincuenta mil—. Podéis imaginaros mi gratitud ante la generosidad de este rudo pero auténtico príncipe de la jungla, que me obsequiaba con esa pequeña fortuna, ¡una fortuna que me permitiría seguir viaje, aguas abajo, hasta Tombuctú, y de allí hasta la desembocadura del inmenso Níger!

Aunque insistió en que nos quedáramos, ofreciéndonos las más príncipescas comodidades y un banquete, con pan, manjares exquisitos y otras viandas de la región, previamente preparado por sus sirvientes con vistas a nuestra visita, ardíamos en deseos de proseguir nuestro viaje y salir de allí esa misma noche, lo cual hicimos tras darnos un apretón de manos y compartir una ceremonial bebida...

TODOS LOS HOMBRES DEL REY

—¡PERO ESO ES UNA REVERENDA DE MIERDA! —dijo Johnson, devolviéndole el manajo de notas al explorador—. Una distorsión y una mentira. Lo único cierto es lo de los guardias que medían dos metros diez. Y lo del dinero.

Mungo cabalgaba en silencio, con una sarcástica sonrisa de superioridad bailando en sus labios. Acababan de pasar por delante de la última choza medio derrumbada en el camino de salida de Segú. Se dirigían a Kabba, seis kilómetros y medio río abajo, donde pensaban conseguir comida y alojamiento para pasar la noche, y de allí seguir viaje a Sansanding, una ciudad comercial mora que está en el camino hacia Tombuctú.

La inmensidad del bosque se cernía sobre ellos, con sus copiosas y gruesas lianas cerrándose como un guante. Colosales hojas goteaban, colgando sobre el sendero, como gabanes en perchas, entre un sinfín de hedores: a putrefacción, a estiércol, a bochorno y a descomposición. Cosas ocultas en la vegetación salían disparadas cuando ellos se acercaban. Un damán chillaba desde una rama, los leopardos tosían. Había empezado a oscurecer.

El explorador se volvió en su montura para mirar a Johnson.

—Exactamente —dijo, doblando los papeles mojados y metiéndolos dentro del sombrero de copa—. ¿Imaginas lo indeciblemente insípido que resultaría si me limitara a contar escuetamente los hechos en toda su crudeza... sin una pizca de adorno? Escucha, muchacho, la gente de bien, en Londres y en Edimburgo, no quiere leer nada sobre miserias, calamidades, ni treinta y siete esclavas destripadas... Ya tienen bastante con el horror de sus propias vidas. No, ellos quieren un poco de fantasía, un toque de exotismo y de misterio. ¿Y qué hay de malo en dárselo?

Johnson iba zigzagueando en el asno, apartando hojas y lianas igual que un nadador cortando las olas. Movi6 la cabeza.

—Pero se supone que usted es un explorador. El primer hombre blanco que llega hasta aquí y cuenta esto tal como es. Un destructor de mitos, un iconoclasta, que toma nota escrupulosamente de los hechos de la realidad. Si usted no es absolutamente

riguroso, hasta el más mínimo detalle, entonces es un farsante, y perdone que se lo diga. —Johnson había levantado la voz. En su enfado, le había dado un manotazo a la podrida gallina que goteó un hilo gelatinoso en el sendero—. ¡Un farsante! —repitió—. Igual que Heródoto y Desceliers y todos esos héroes de gabinete que exploran el interior de África entre las cuatro paredes de sus estudios atestados de libros.

—En eso, Johnson, no estás siendo del todo justo. Por supuesto que tomo nota de los hechos. Apunto todas mis observaciones sobre la geografía, la cultura, la Hora y la fauna. Desde luego que lo hago. Para eso estoy aquí. Pero ¿atenerme a los hechos y nada más?... Eso es algo que los lectores ingleses nunca aceptarían. Si quieren hechos, pueden leer las actas oficiales de los debates del Parlamento británico. O la sección necrológica del *Times*. Cuando ellos leen algo sobre África, lo que quieren es aventura, quieren quedarse atónitos. Quieren cuentos como los de Bruce y Jobson. Y eso es lo que ya me propongo darles. Cuentos.

—Muy bien, señor Park, perdone que haya hablado del tema. Me importa un bledo lo que usted haga con su libro. De todas maneras, nunca lo voy a ver. Lo único que ahora me importa es que avancemos muy lentamente, hablando por los codos, y mientras tanto el sol está ocultándose tras los árboles, y si algo puedo garantizarle es que esta selva no es el lugar más indicado para gastar los cauríes... Así que será mejor que nos concentremos en el viaje para llegar cuanto antes a la próxima aldea, ¿vale?

—No es necesario que nos disgustemos por tan poca cosa. Pensé que le gustaría leer lo que había escrito en el último kilómetro. Era solo eso.

Después de esas palabras, un persistente silencio los envolvió, solo a ratos interrumpido por amargados refunfuños y agresivos manotazos para matar moscas. Y así iban chochando sus cabalgaduras, en la creciente oscuridad, en medio de un sendero cada vez más estrecho y enyerbado. Muy pronto empezó a caer una monótona y pertinaz lluvia, como si el hambre, las penurias y la irritación no fueran suficiente. Abrirse paso penosamente a través de la jungla, y además en silencio, les amargaba la existencia. A medida que se sumergían en las verdes fauces del bosque, la vegetación era más densa, árboles y más árboles. Ante ellos, amenazante en la niebla, surgió una imponente cibia cubierta de enredaderas, y el explorador estaba a punto de sugerir que debían guarecerse debajo de aquel árbol cuando recibió un violento golpe en el mentón que lo catapultó desde el caballo hasta un empapado revoltijo de hojas.

Allí se quedó un momento, evaluando la situación, mientras los agresivos insectos corrían precipitadamente por su cuello y por debajo de las perneras de los pantalones. Entonces oyó el alarido de Johnson. Empezó como un chirrido capaz de cuajar la leche, modulándose en una serie de vibrantes octavas hasta terminar en un grito abruptamente sofocado. Mientras tanto, el explorador no estaba demasiado interesado en descubrir qué le había golpeado, sino en ponerse de pie a toda costa, buscando a tientas el cuchillo que solía llevar colgado del cinturón. Y esto fue lo que vio: un

grupo de gigantes de entre dos y dos metros diez de estatura estaban aporreando la inerte forma de Johnson con garrotes del tamaño de traviesas. Uno de ellos derribó al rocín de un solo golpe que hizo crujir sus huesos. Se oyó un asombrado relincho de interrogación, y luego el imponente estrépito del animal al desplomarse.

Entonces uno de los gigantes lo descubrió, señaló con el garrote al explorador y gritó: «¡Tobaubo!». El que había despachado al caballo estaba encima del cadáver saqueando las alforjas y empezó a levantarse violentamente. Mungo estaba a unos tres metros de ellos. Podía ver el sudor en el labio superior del gigante, las puntas de sus limados dientes, el saco de los cauríes en su puño. Casi en un reflejo, el explorador desenvainó el cuchillo, pero el hombre, saltando como un mastín, cayó sobre él, asestándole un golpe en el plexo solar, otro en la entrepierna y otro que le hizo crujir la oreja izquierda, y ahora había manos cogiéndolo por los sobacos, manos sacándole las botas, manos desgarrando los botones de sus pantalones...

Todo era oscuridad y quietud. La lluvia pasaba por el tamiz de los árboles con un susurro. El caballo estaba muerto, el asno se había ido. Ningún sonido revelaba la presencia de Johnson. Mungo yacía tendido de espaldas en el lodo, desnudo como cuando vino al mundo, con los huesos molidos, y realmente muy cansado. Cansado de explorar, cansado de África. Y cansado de estar solo allí en la oscuridad, indefenso y asustado. Con una mueca de dolor, se apoyó en los codos y miró alrededor. Nada. La oscuridad era absoluta e impenetrable, como si la tierra se hubiera vuelto al revés. Pero... ¿qué coño era eso? Un movimiento en la maleza, un fragor de hojas.

—¿Johnson?

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo.

—Johnson, ¿eres tú?

Esta vez obtuvo respuesta, pero no la que esperaba. Un gruñido, estridente y siniestro, irrumpió en medio de la noche. Un gruñido tan salvaje y arbitrario como la misma selva, desapacible y áspero como el parto del diablo.

FANNY BRUNCH

UNA ACIAGA TARDE, mientras la lluvia acuchillaba los cristales de las ventanas del número 32 de Soho Square y sir Joseph Banks subía la escalera aún con el espinazo vibrando por las flagelaciones de la sauna sueca, la primera camarera —una vieja gallina de voluminosos tobillos que llevaba veintisiete años a su servicio— sucumbió a un repentino ataque de meningitis. Estaba en la sala sirviéndoles el té a la señora Banks y a la señorita Sarah Sophia. La tetera era de plata al igual que la bandeja. Las tazas y los platillos eran de porcelana de Sèvres. Cuando la pobre Berry Smoot se inclinó sobre su señora para servirle el té, súbitamente pegó un salto como si la hubieran mordido en el trasero, cantó a pleno pulmón dos estrofas de una obscena canción de taberna y cayó fulminada.

Dos días después la señora Banks estaba en condiciones de comentar la situación

con su marido.

—Jos —dijo—, necesitamos tomar una nueva camarera.

Sir Joseph estaba buscando en el periódico noticias de la expedición portuguesa en el golfo de Benín.

—El cocinero tiene una prima en el condado de Hertford. O una hermana, o algo así. Ellos conocen a una chica ansiosa de conseguir un empleo. Creo que es prima de la hija del cocinero. O su hermana. Bueno, es joven. Diecisiete años. Pero como le dije al cocinero, un poco de juventud no vendría mal por aquí.

Sir Joseph la miró por encima del periódico:

—¿Cómo se llama la muchacha?

—Brunch —dijo la señora B.—. Fanny Brunch.

FANNY BRUNCH estaba acabadita de salir de la vaquería de la granja. Su aliento olía a leche, y evocaba un cuchicheo de pesebres y pezones y penumbras uterinas. Su piel era nata; sus pechos, quesos; había mantequilla en su sonrisa. Cuando tenía quince años dos gamberros pelearon a muerte por su amor. Con azadones. Un año después, el hacendado de aquellos predios la raptó y la ató a una cama. A él lo encontraron en camisón, la cama hecha un mar de plumas, las nalgas de Fanny salpicadas de rojos verdugones. Entonces los padres de ella, trabajadores muy pobres que creían en la bondad humana y en el reino de Dios en la tierra, decidieron colocarla como criada por su propio bien. La muerte de Berty Smoot caía del cielo como un regalo de Dios.

Fanny era afable e ingenua. Sonreía como un trigal bajo el sol, se deslizaba por la casa con blandos y celestiales pies. La señora Banks, después de veintisiete años con Smoot, la comparó con un suspiro de primavera. Sir Joseph, atareado como estaba con la Asociación Africana y la reciente pérdida de su explorador, apenas notó su presencia. Menos mal, porque lo último que ella quería era lidiar con un viejo sátiro en su propia guarida. El cocinero la adoraba. El mayordomo, Byron Bount, trató de lamerle el antebrazo una tarde en que ella tenía las mangas remangadas, pero el cocinero se vengó del criado echándole toneladas de sal a sus tomates fritos. Hubo un desafortunado incidente: un asiduo visitante de la casa de los Banks, un joven poeta, melancólico y con profundas ojeras, se arrojó por la ventana del tercer piso por amor a Fanny. Se rompió nueve costillas, ambas piernas y perdió una oreja. Pero aparte de eso, todo iba como la seda, y Fanny Brunch estaba convirtiéndose en una institución en el número 32 de Soho Square.

Entonces conoció a Ned Rise.

LAS SIETE CIUDADES DE ORO

TENÍA QUE SUCEDER FATALMENTE. O así lo pensó ella, mirándolo retrospectivamente. ¿De qué otra manera se explicaba la combinación de circunstancias que hizo que ella

estuviera paseando por Soho Square la misma tarde de junio en que Ned Rise vendía su caviar en la calle? Mientras eso ocurría, sir Joseph esperaba a uno de los miembros de la Asociación Africana, a sir Reginald Durfeys, para almorzar juntos. En el transcurso de su última visita al número 32 de Soho Square, Durfeys se encaprichó tanto con Fanny que le desgarró el vestido por tres sitios, destruyó un par de jarrones de la dinastía Ming y sufrió un ligero ataque hidrópico que lo dejó mudo durante casi una semana. Sir Joseph, un hombre conocido en el Parlamento por sus excelentes cigarrillos, su buen juicio y su capacidad de previsión, consideró que en esta ocasión sería más prudente quitar de en medio la fuente de tentación.

—Fanny —le dijo, presionando una moneda en la palma de su mano—, ¿por qué no te tomas la tarde libre y te lo pasas bien paseando por ahí?

Ella estaba encantada. Era su mejor tarde libre desde que hacía tres meses trabajaba en la casa de sir Joseph y la señora B. Paseó admirando los escaparates de las tiendas, se compró una tarta, se detuvo a ver el espectáculo callejero de un malabarista lanzando y recogiendo seis erizos mientras su compinche, un enano pelirrojo con pantalones cortos y turbante, tocaba al mismo tiempo una flauta, un contrafagot y un violonchelo. Comió melcocha, se cayó por las escaleras de un sótano, un perro rabioso estuvo a punto de morderla, y se sentó en el parque a meditar en lo triste que era su vida sin la vehemencia que suscita una dulce entrega. Cuando el sol desapareció tras los árboles, se dirigió a la casa.

NED, POR SU PARTE, pensaba en el destino como una fuerza puramente negativa. De acuerdo con la Ley de Rise (todo lo que sube tiene que contener levadura), esperaba una caída. Mientras se reclinaba en el asiento de la silla de manos, seguro en su nuevo disfraz y recuperando la presencia de ánimo por primera vez desde que Boyles gritó su nombre en la calle, no podía sospechar que estaba a punto de ascender. Tampoco supo, cuando pregonaba su caviar por Soho Square, que estaba a punto de tener un encuentro trascendental. No: sus pensamientos eran puramente mercenarios. Deudas y créditos, libras y chelines. Vender tarrinas para comprar un pasaje a Ámsterdam e incrementar sus ahorros. Sí, Ámsterdam, en eso estaba pensando: canales y tulipanes y chicas con trenzas. Ginebra holandesa. Hans Brinker. París estaba definitivamente descartado. Demasiadas decapitaciones y jacobinos y reinos del terror... Ya tenía bastante terror allí en Londres. De eso ni hablar, París estaba descartado. Al igual que las tan reputadas putas con sus cuerpos repletos de vino (¿o es al revés, repletas de vinos de mucho cuerpo?), como quiera que sea, ya podían esperar sentadas, pues por ahora no pensaba descorchar esas botellas.

En el número 14, la cocinera le compró tres tarrinas y lo invitó a una taza de té. Además, alabó su sombrero. Él elogió sus cacerolas. Dos puertas más arriba, una fregona le dio con la puerta en las narices. En el número 19, un perro le mordió el muslo. Sin embargo, el sol flotaba en la copa de los árboles, como un gigantesco y

esférico queso Cheddar, la brisa arrastraba pétalos y, a pesar de sentirse vacío, deprimido, exiliado, encorsetado en un disfraz de mujer y obsesionado con las amenazas, Ned Rise echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar:

Un día en la feria de Derby, señor,
yo vi el cordero más grande del mundo,
constantemente cebado con heno,
constantemente cebado con heno.
Muy gordo por detrás, señor,
muy gordo por delante...

Pero entonces, justo en medio de la estrofa, otra voz llegó a sus oídos conmoviendo todo su ser. Una voz alta y pura, vibrando con la convicción de que, después de todo, había paz y plenitud en la tierra, se unió a la suya:

Medía alrededor de nueve metros, señor,
no creo que pasara de ahí.

Ned giró sobre sí mismo, con las faldas crujiendo como si estuviera ante un escenario vacío. Frente a él, con una cesta de dulces colgando del brazo, había una muchacha de diecisiete o dieciocho años. Llevaba una cofia blanca de la que escapaban tirabuzones rubios. Y una falda color chocolate con una blusa blanca plisada. Una camarera, pensó Ned, mientras ella seguía cantando, sin cortarse ni un pelo, como si lo hiciera delante de la chimenea:

La lana crecía en su lomo, señor,
hasta llegar al cielo,
donde las águilas hacen sus nidos,
donde chillan los aguiluchos.
La lana crecía en su barriga, señor,
hasta arrastrarse por la tierra,
lo vendieron en Derby, señor,
por cuarenta mil libras.

Ned estaba asombrado. Fascinado. Parecía que la hubieran sacado de un cuadro renacentista. Mary la lechera, con el sol nimbando sus bucles, con una cesta de huevos frescos en un brazo mientras acunaba en el otro una jarra de nata, como si fuera el niño Jesús. Inocencia, belleza, dulzura y alegría: la combinación era imponente. Ni corto ni perezoso, él prosiguió la canción, contrapunteando el vacilante contralto de ella con su voz de tenor:

Y todos los niños de Derby, señor,
pidieron sus ojos, para darles patadas en la calle, señor,
como si fueran pelotas de fútbol.
La carne del cordero alcanzó para alimentar a todo el ejército,
y lo que sobró, se lo digo yo, señor,
sirvió de bastimento a la Armada.

Y ahora ella reía, con sus dientes perfectos, echando la cabeza hacia atrás,
dejando ver su pequeña papada.

—¡Tiene usted una voz maravillosa, señora! —sonrió ella.

Ned sonrió como un tiburón.

—Puede que yo no sea lo que parezco, señorita.

—¿Un lobo disfrazado de oveja?

—No exactamente —replicó Ned, quitándose el sombrero.

Ella batió palmas soltando una risilla tonta.

—¡Un señor-señora!

—En efecto —dijo Ned—. Acabo de salir de un baile de disfraces. Es una historia
muy larga. Poncheras de cristal en forma de elefantes, melones como balones, caviar
con hielo triturado.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¡Qué divertido!

Ned se cuadró haciendo sonar los talones e inclinó la cabeza.

—Ned Rise, para servirle.

Su nombre era Fanny Brunch. Era criada en el número 32, la residencia de sir
Joseph y de la señora Dorothea Banks. No tenía inconveniente en que él la
acompañara a casa.

La calle estaba desierta. El sol moteaba los árboles, los pájaros saltaban de rama
en rama. Ned le dio el brazo, y así bajaron por la avenida, su falda frotándose con la
de ella.

—¿Sabes? —dijo Ned—. Empiezo a sentirme como Pizarro cuando tropezó con
las Siete Ciudades de Oro.

CAYENDO

¿QUÉ OTRA COSA podía hacer? Su vida se había transformado.

Despertaba con Fanny en la cabeza, salía a pregonar su caviar, pero solo pensaba
en ella, caía abatido en la cama, atormentado por una pena parecida al hambre, pleno
y vacío al mismo tiempo, siempre soñando con Fanny, Fanny, Fanny. Había tenido
docenas de mujeres. Putas y mozas de taberna, campesinas, dependientas, floristas,
hijas de pescaderos y de caldereros, enfermeras, niñeras, borrachas y tías guarras: las
Nan Punt y las Sally Sebum del mundo. Cuestión de ejercitar su órgano, tan sencillo

como eso. Meterla y sacarla. Pero esto, esto era diferente. Esta vez su corazón estaba involucrado. Y su mente.

Al día siguiente a su encuentro con Fanny anduvo rondando por Soho Square disfrazado de afinador de pianos. Llovía. En realidad, lloviznaba. El falso bigote goteaba, el tinte chorreaba de su pelo, la bolsa donde llevaba los diapasones, el templador y los cepillos estaba empapada. Sir Joseph miró por la ventana de la biblioteca y lo vio recostándose contra las lanzas de hierro de la verja, mojado e infeliz. La señora Banks pasó por su lado cuando salió para ir a jugar al *whist* en casa de la señora de Coutts. Un gato callejero le meó los calcetines. En eso, un amenazador empleado de J. Kirkman & Sons, fabricantes de pianos, salió del establecimiento situado en el número 38 y lo echó con cajas destempladas. Fanny nunca supo que él había estado allí.

Al día siguiente tampoco tuvo suerte. Alquiló un coche, sentó al cochero en la caja, subió al pescante, cogió las riendas y se pasó todo el día trotando por la plaza. Cada vez que pasaba frente a la casa numerada con el 32, trataba de captar el menor movimiento detrás de las ventanas, pero aparte del mayordomo Byron Bount y del dogo de la señora B., no vio nada. En el transcurso de los siguientes días se disfrazó sucesivamente de marinero, de reparador de fuelles, de vendedora ambulante de gachas de trigo, de limpiachimeneas, de sifilítico en fase terminal y de escolta del rey. Hacía casi una semana que Fanny no salía de la casa. A Ned se le estaba acabando el dinero, escapándosele como agua entre los dedos. El negocio del caviar empezaba a languidecer.

Así las cosas, una tarde, mientras se ocultaba bajo el andrajoso disfraz tiznado de deshollinador, la puerta del pórtico se abrió y una mujer —tironeada por un dogo atado a una cadena plateada— bajó la escalera. Ned la abordó, con el corazón palpitando, imaginando simultáneamente una forma de saludo —¿debería silbar unas cuantas estrofas del *Derby Ram*?— y una excusa que justificara su facha.

—Fanny —susurró con la voz enronquecida por la pasión.

—¿Quién es usted? —replicó ella con una voz de estropajo capaz de restregar las calles. Ned se encontraba ante una cara descamada por el eccema y una láctea sonrisa maliciosa. El dogo gruñó.

—Le pido perdón, señora —dijo, haciendo una venía—. Pensé que usted era Fanny Brunch.

—¿Quién? ¿Fanny qué...? Jamás he oído hablar de ella.

Ned estaba hablando con Barbara Dewfly, la fregona. Media corona más tarde ella recordaba que Fanny era «esa joven ramera que lava los calcetines de su señoría», y añadía «será mejor que me pague si quiere que le lleve un mensaje o algo por el estilo». Ned depositó otra moneda en su mano junto con una nota: «Te espero detrás de la casa a medianoche, tu humilde y obediente servidor, que desea conocerte mejor, Ned Rise». El perro echó una cagada en la acera, Dewfly se recogió las coloreadas faldas, subió los escalones y desapareció.

Evidentemente la vida de una sirvienta en la Inglaterra georgiana no permitía un amplio intercambio en la escala social. Los sirvientes, si tenían la fortuna de ser aceptados en las residencias, quedaban empleados de por vida. Se suponía que renunciaban a sus familias, a sus intereses y antiguos vínculos, a su vida sexual y a la esperanza de contraer matrimonio. Desde el momento en que se colocaban, vivían única y exclusivamente consagrados al bienestar de sus patrones, trabajando como abejas, dando vueltas alrededor de ociosos zánganos y engréidas e inútiles reinas. ¿La recompensa? Seis o siete libras al año, un hogar caliente, una cama bajo techo, y —lo más importante— tres comidas al día. En aquellos tiempos —con las calles repletas de ladrones y mendigos, con los precios por las nubes a consecuencia de la guerra con Francia, con viviendas inadecuadas o inexistentes, con el espectáculo cotidiano de escuálidas mujeres y hombres de pechos hundidos muriendo a carretadas—, conseguir un empleo de camarera o de lacayo era poco menos que una bendición. De modo que la pérdida de la autodeterminación resultaba un pequeño precio a pagar.

Eso le ocurría a Fanny. Había saltado de una existencia precaria en el campo (ordeñando vacas, traspalando mierda, comiendo gachas tres veces al día) a una vida relativamente más cómoda y rica, había salido de la autoridad de sus padres para caer bajo la férula de la señora B. El mismo día que empezó a trabajar en aquella casa, la señora Banks la llevó aparte para prevenirla contra la horrible degradación del acto sexual y la esclavitud que entrañaba la maternidad. Le dio un misal y le advirtió de que debía dedicarse a los más elevados pensamientos. Fanny tenía que conservar su posición. A partir de ese momento, era la camarera de sir Joseph Banks, uno de los hombres más eminentes de su tiempo, y no debía hacer nada que lo contrariase a él ni a su familia. Cuando terminó, la señora B. sonrió como una abuelita y le preguntó a Fanny si lo había entendido todo. Fanny asintió con la cabeza solemnemente. Pero a pesar de todo eso, cuando el pregonero pasó dando las doce, ella salió al jardín trasero.

DESPÚES DE AQUELLA PRIMERA y furtiva cita amorosa (durante la cual hicieron manitas e intercambiaron promesas), Ned Rise rondaba todas las noches el jardín de sir Joseph. En ocasiones, él y Fanny se sentaban en el césped, arrullándose y besuqueándose durante G horas; otras veces se iban a hurtadillas a una hostería donde podían comer y hacer el amor más cómodamente. Entre caviar con tostadas y copas de vino, Fanny le contó a Ned sus días en la granja, le habló del terrateniente Trelawny y del duelo con azadones. Ned le contó su miserable origen y su lucha tenaz por elevarse y establecerse por sus propios medios en el mundo del comercio. Cosa que al fin había conseguido, brillantemente. Según le contó, era un hombre de negocios independiente, que gozaba del privilegio de codearse con la aristocracia y sus gorriones, alguien conocido por hombres como lord Twit y el *Beau* Brummell. Los ojos de Fanny se desorbitaron al oír mencionar aquellos nombres tan ilustres. Y le

pidió insistentemente más detalles. Detalles que él inventó. Una noche, mientras estaban tendidos en el césped, debajo del tilo de sir Joseph, Ned le propuso que escapara con él. La luna colgaba entre las ramas como un adorno. Un pájaro empezó a cantar tenuemente. Ella estuvo de acuerdo.

Ned estaba conmovido. Era un preludio, un pivote, un nuevo tono para afinar la escala musical de su vida. Pensó en su clarinete. En capullos abriéndose en lugares oscuros. En un pequeño mesón en Holanda o tal vez en Suiza, una chimenea de piedra, un perro, y Fanny a su lado. Al día siguiente por la mañana recuperó su clarinete del prestamista y reservó dos pasajes para La Haya, vía Gravesend. Después llevó a Fanny a Lamb's Conduit Fields y ejecutó en su honor una versión de *Greensleeves* mientras Venus rutilaba en el cielo. Dentro de dos semanas se habrían ido.

A pesar de todo, él estaba preocupado. Tanta ansiedad y éxtasis, si bien deliciosos, le habían apartado del trabajo. Sesenta y tres tarrinas de Exquisiteces de Chichikov habían quedado olvidadas en el sótano de Bear Lane. Hacía mucho que se había desentendido del esturión, no era época de freza, había despedido temporalmente a los pilluelos que trabajaban para él, dándoles a Shem y a Liam una prima de cinco libras; pero hacía casi un mes que no vendía ni una tarrina de caviar. Sí, el cofre de hierro que estaba debajo de su cama rebosaba dinero —casi trescientas cincuenta libras—, pero estaba entregándose a desembolsos cada vez más galantes a causa de Fanny y sería una pena, un crimen, dejar que aquellas últimas sesenta y tres tarrinas se echaran a perder. Además, iban a necesitar hasta el último cuarto de penique para instalarse en los Países Bajos en medio de todos aquellos neerlandeses de narices afiladas.

Tuvo que volver a las calles, a pregonar de nuevo su caviar con evangélico fervor, y a hacer negocios sucios y tramar intrigas. Dos tarrinas por el precio de una, una por el precio de dos. Hasta Catalina consume mi caviar, le dijo al jefe de cocina del restaurante White. Lo come con vodka helado y grandes jarras de *kvass*. Le mostró al pequeño hombre una tarrina para que la examinara. La etiqueta representaba una amorfa edificación identificada en letras de molde como el Kremlin, y un perro lobo que parecía una foca epiléptica. El cocinero le compró seis tarrinas. Lord Stavordale, borracho como una cuba ante la puerta del Club de Boodle, después de perder mil cien libras jugando al *whist*, compró una tarrina y la consumió en el acto. La señora Courtenay adquirió dos para enviárselas a su tía solterona en Bath; los señores Grebe y Parsley, de Bond Street, compraron una tarrina con galletas para almorzar; Rose Elderberry, dama de compañía de la esposa del primer ministro, quiso otra para usar el caviar como reconstituyente facial. Todo parecía indicar que las Exquisiteces de Chichikov se ponían de moda a medida que escaseaban. Al cabo de una semana, Ned había vendido todas sus existencias.

Sacó la cuenta de sus beneficios, descontando los gastos (disfraces, tarrinas, etiquetas, sal, alquiler de sillas de manos y otras' cosas por el estilo), y descubrió que

había sumado un centenar de libras a sus ahorros. Estaba eufórico. Pero ¿por qué parar ahora? El arenque estaba en su época de desove. Shem y Liam estaban pescándolos a montones. Salaría las huevas de arenque, oscureciéndolas un poco con betún de zapato. Cuando estuvieran envasadas y etiquetadas... ¿quién iba a notar la diferencia? ¿Y qué más daba si alguien se daba cuenta? Para entonces él ya estaría en Holanda, dentro de una semana. Preparó veintiséis tarrinas con el nuevo material, echando mano a huevos de rana cuando los de arenque escaseaban. Y lo vendió todo en una tarde, mientras tocaba la balalaica como un maestro ruso. Cincuenta y dos libras más fueron a parar al cofre de hierro, y todos los peniques fueron para Fanny.

Pero una noche, pocos días antes de la partida, Fanny no acudió a la cita amorosa como de costumbre. Ned estaba perplejo, desesperado, acosado por las sospechas y la tristeza. Pasó tres horas al pie de las oscuras ventanas, con el estómago revuelto, soltando palabrotas y pronunciando discursos para sus adentros, hasta que finalmente desahogó su frustración en un lecho de peonías y escaló la tapia del fondo del jardín, derrotado. Sin embargo, cuando llegó a lo alto, oyó un sonido procedente de la casa. Una especie de silbido o crujido, el zumbido de una mosca atrapada en el cristal de una ventana. Contuvo el aliento. Ahí estaba otra vez: psssssssst.

Se desprendió cayendo de nuevo en el jardín y cautelosamente se acercó a la casa. Las tres plantas con desván, con las ventanas cerradas y las cortinas echadas, oscuras como tumbas, se erguían amenazadoras sobre él. Las sombras se movían en las paredes dibujando arbustos, jardines de rocas, bancos y pilas para pájaros. Cuando llegó al tilo, descubrió que una ventana del segundo piso estaba un poco entornada.

—¿Fanny? —susurró.

Su voz respondió en un murmullo:

—Ned, Ned... ¿Dónde estás, Ned?

—Aquí —musitó, saliendo de las sombras—. ¿Qué es lo que pasa? Ahora podía ver su cara, un pálido óvalo recortándose contra la profunda oscuridad del interior igual que un huevo puesto al revés.

—¡Chitón! La señora B. está al tanto de lo nuestro. O al menos sospecha algo. Cerró todas las puertas y se llevó las llaves a la cama.

—Pero eso no puede ser. Ella no puede...

La noticia fue como una puñalada en las ingles de Ned. La prometedora erección que había experimentado solo al oír el sonido de su voz se desvanecía dando paso a un insondable dolor de decepción y apetito sexual.

—La muy zorra —murmuró, y súbitamente se aferró a los ramos sarmentosos de la hiedra que trepaba por la pared. Subiría hasta ella, eso es lo que haría.

—¡Ned! —siseó Fanny—. ¡Vas a despertar a todos!

Tenía razón. Sesenta o setenta trocitos de ramos de hiedra cayeron a su alrededor, y aún no había despegado un pie de la tierra. De un manotazo, se quitó las hojas de la cara, retrocedió un par de pasos y le pidió una explicación: ¿qué era lo que había fallado?

Ella se lo contó tan sucintamente como pudo, hablando en voz baja. Su insomnio la había delatado. La señora B. había reparado en la torpeza de sus movimientos, en su perezosa sonrisa. Le preguntó si estaba comiendo suficientemente. ¿Acaso estaba enferma? Luego sir Joseph la sorprendió medio dormida en la biblioteca, con el plumero en la mano. Le preguntó si no se estaría acostando demasiado tarde, riéndose tontamente con las otras doncellas mientras leían esas escandalosas novelas de Horace Walpole y la señora Radcliffe. Ella le dijo que no. Pero otro día, a la hora de cenar, dio una cabezada mientras servía la mesa, derramó la sopa de liebre y quemó a su señoría. La señora B. le ordenó que saliera del comedor. Más tarde, la llamó para someterla a un interrogatorio exhaustivo. No, no había ningún hombre en su vida, afirmó Fanny deshaciéndose en lágrimas. No acudía a citas de amor. «Por favor, señora, ¿cómo puede pensar eso de mí!». Simplemente se desvelaba por las noches, sentía nostalgia del campo, y le había dado por sentarse en el jardín hasta altas horas de la noche, oyendo el cri-cri de los grillos y el canto del ruiseñor. Ella no veía nada malo en eso. La señora B. la miraba como un verdugo con indigestión. Calificó la conducta de Fanny de «irregular» y la mandó una semana a la cocina, a ocuparse de las verduras y de cortar la carne. «Eso hará que te canses, querida», le dijo, y luego ordenó a Alicia que cerrara todas las puertas y ventanas de la casa.

Ned hirvió de ira solo de imaginar a Fanny en la cocina. Una prisionera.

—Bueno, está bien —dijo—. Ya ajustaremos cuentas con ella. Mañana, a las dos de la madrugada, estaré aquí con una escalera. Puedes quedarte en mi casa hasta el sábado, y luego tomaremos el barco para Holanda.

—Ned —susurró con voz tan suave como un plumón—, te amo.

Él estaba a punto de darle la clásica respuesta de los amantes, «y yo a ti», cuando de repente el dogo empezó a ladrar en algún lugar de la oscura casa, aullando como si le hubieran arrancado de cuajo la cola. La contraventana se cerró con un clic. Ned echó a correr, pero había alguien en la puerta trasera con un farol —Bount o sir Joseph— y encima habían soltado al dogo, que volaba sobre el césped como un mechón de pelo en un vendaval, pisándole los talones con sus estridentes ladridos. Hubo un relámpago y sonó un disparo, pero Ned ya estaba en lo alto de la tapia y desapareció.

NED SE ESCABULLÓ en las sombras y regresó por los callejones con la elástica gracia y la intuitiva seguridad de un gato. A esa hora las calles estaban oscuras y eran peligrosas, por doquier había gente andando de puntillas, carteristas, borrachos y asesinos. Ned trató de evitar cualquier encuentro. Entrando y saliendo de las tinieblas, pegándose a las paredes, buscando atajos a través de patios, evitó minuciosamente cualquier contacto humano mientras regresaba a Southwark. Antes había escapado por los pelos del jardín —si el viejo Jos no tuviera tan mala puntería, a lo mejor ahora no podría contarle—. De cualquier manera, aquello era una mala señal. Mañana por

la noche podrían estarlo esperando cuando volviera con la escalera. Se preguntó si debía pedirle a Liam que le prestara su oxidado arcabuz.

Aproximadamente una hora después, cuando por fin llegó a Bear Lane, estaba fatigado. Toda una tarde vendiendo sus exquisiteces de casa en casa y toda una larga y frustrada noche en el jardín de sir Joseph le habían costado demasiado caro. Dormiría todo el día hasta la noche siguiente, buscaría un coche, una escalera y quizá una pistola, y luego iría a buscar a su Fanny. La idea lo estimulaba mientras subía la escalera hasta su habitación; al día siguiente por la noche, la tendría a su lado —en su cama—, segura, a salvo y en la intimidad. A partir de entonces, se acabarían los encuentros nocturnos a hurtadillas, ya no tendrían que volver a hacer el amor deprisa y corriendo, nunca más tendrían por lecho el mojado césped ni los espinosos setos. Mientras hacía girar la llave y entraba en la habitación, sintió una turbulencia en los pantalones.

Ni siquiera se molestó en encender la vela. Echando rápidamente los hombros hacia atrás, se despojó de la chaqueta, se quitó la barba postiza y se echó en la cama. Pero espera un momento... ¿qué coño era eso? ¡Alguien estaba en su cama! Al principio pensó que era Fanny, pero enseguida concibió una explicación mucho más fría y verosímil...

En eso, alguien encendió una cerilla en una esquina del aposento iluminando las rojizas y acromegálicas facciones de Smirke; entonces la vela ardió con más fuerza y la habitación se llenó de luz. Ned retrocedió. Aquello estaba de bote en bote. Twit y Iutta Jim estaban recostados contra la cómoda; Mendoza, sentado en el lavabo junto al angelical petimetre que sostenía su chaqueta aquel día del cual Ned no quería acordarse. También estaba Smirke. Imponente, cargado de espaldas, sonriendo un poco como un negro oso en celo. Y en la cama, roncando, estaba Boyles.

—¡Vaya, Ned —empezó Twit con su sibilante pronunciación nasal—, qué sorpresa! ¡No sabes cuánto placer nos da volver a verte!

Mendoza golpeaba un calcetín lleno de arena contra el borde del lavabo: zaz... zaz... zaz...

—Sí, es un verdadero placer. Pero... ¿por qué no nos invitaste antes? Eso es algo que nunca sabremos. Nosotros podríamos haber capitalizado tu milagrosa ascensión desde la muerte. Los papistas se lo hubieran tragado. —Su voz descendió hasta convertirse en un gruñido—. Los ladrones que colgaban a ambos lados de Cristo no tuvieron tanta suerte como tú.

—¡Te voy a partir la puta cara! —tronó Smirke.

Entonces Ned reparó en la caja fuerte de hierro. Estaba encima de la mesa. Tenía la cerradura reventada, las bisagras desencajadas y la tapa retorcida hacia atrás. Vacía.

—¿Qué han hecho con mi dinero, hijos de puta? —dijo Ned.

Boyles, completamente borracho, se sentó al borde de la cama frotándose los ojos.

—¡Digamos que es nuestra compensación por la humillación que nos infligiste,

canalla! —siseó Mendoza.

—¡Neddy! —Boyles lo cogió por la manga—. Yo no pensaba decirles nada, pero me forzaron a hacerlo.

Ned sintió la rabia creciendo dentro de él. Lo tenían arrinconado, sin escapatoria. ¡Al infierno con ellos! Estaba a punto de empezar una pelea. Una pelea brutal. Sin más ni más cogió la caja de caudales, se la arrojó a la cara al joven petimetre, y trató de escapar por la puerta. Pero Mendoza estaba allí y le cruzó el rostro con el calcetín convertido en cachiporra; entonces le tocó el turno a Smirke.

Los dos calcetinazos hicieron retroceder a Ned, y Smirke lo recibió de rebote. El primer puñetazo lo dejó tambaleándose, y el segundo lo proyectó hacia la ventana. Smirke lo siguió, golpeándolo sin parar, haciéndole trastabillar hacia atrás, atolondrado, hasta que lo derribó. Pero Ned cayó sobre alguien —¿Twit?—, y entonces se oyó un ruido de cristales astillados y un grito de asombro que culminó en un rabioso chillido, el chillido de un cerdo degollado.

Ned yacía en el suelo alfombrado de cristales rotos. Smirke y Mendoza estaban asomados a la ventana. El joven petimetre, sentado en un rincón, se limpiaba la sangre de las mejillas lloriqueando: «Estoy asustado..., estoy asustado». Entonces se oyó la voz de Mendoza, temblorosa: «¡Dios mío, se ha empalado a sí mismo!».

Tambaleándose, Ned se puso de pie y echó un vistazo por la ventana. Twit yacía allá abajo, retorcido, traspasado por los puntiagudos barrotes de una reja. La gente empezaba a congregarse a su alrededor. Dos hombres se acercaron y lo alumbraron con una antorcha. «Está muerto», dijo uno de ellos.

La cara de Mendoza se puso lívida. Entonces agarró a Ned por un brazo.

—¡Éste es el asesino! —gritó—. ¡Llamad a la policía!

UN DISPARO EN LA OSCURIDAD

DURANTE UN RATO, no pasa nada, ningún sonido, solo la oscuridad del bosque y lento gotear de la lluvia. La oscuridad es tan absoluta e impenetrable, tan grande la ausencia que lo rodea, que muy bien pudiera estar ciego. Es como vivir en una cueva, piensa, sin fuego ni velas, como caer en el séptimo círculo del infierno. Y, de repente, aquello empieza de nuevo: las ramas apartándose, el ruido de pisadas titubeantes, el débil gruñido como una campanada de alarma: «Tengo miedo, pero lo mataré».

Mungo palpaba en la hojarasca y el moho buscando frenéticamente una piedra, un gajo, un trozo de raíz, la quijada de un asno, cualquier cosa para cubrirse el rostro cuando esa cosa que gruñía se abalanzara sobre él en un torbellino de dientes y garras. La marga que arañaba era fértil y estaba empapada, como café molido o el cieno negro del fondo de las sepulturas; algo así como gusanos se deslizaban entre sus dedos, una araña subió por su brazo. Pero al fin había encontrado algo, parecía un palo; no, era algo más grueso y más pesado, del tamaño de una cachiporra. Trató de desprenderlo, pero parecía estar muy enraizado en la tierra. Y entonces el gruñido se

acercó más, mucho más arrojado, como si el simple hecho de haber alargado la mano para coger un palo hubiera sido una provocación. Ahora estaba a solo dos pasos, imponiéndose, amenazador, maldiciente, con su aliento caliente, bufando y siseando. El explorador tiró del palo con todas sus fuerzas, en un febril instinto de conservación, y ya la cosa gruñidora estaba allí, a su lado, gruñidos convertidos en rugidos, sedientos de sangre, enfurecidos: ¡raaaaaaooowwwwwww!

Pero, por supuesto, la oscuridad más intensa tiene lugar poco antes del amanecer. Y en ese momento la escena se iluminó con la explosión y el fogonazo de un pistoletazo. Hubo un instante de visibilidad —el cadáver del caballo, su mano aferrándose a la pata del animal, el seco y vidrioso ojo, el fruncido belfo de la bestia desvaneciéndose en la noche—, y el negro manto lo envolvió de nuevo, mientras el eco del disparo se perdía entre los árboles.

—Señor Park, ¿está usted bien?

¿Qué podía decir? ¿Que estaba desnudo, aporreado, reducido a la mendicidad y sin caballo, pero aún no del todo destrozado ni devorado? ¿Que estaba perdido, pero no solo?

—Johnson —dijo el explorador.

La voz de Johnson respondió como salida de la nada, incorpórea.

—¿Tiene algún hueso roto?

Aquello era como jugar al escondite en una carbonería.

—¿Dónde estás? Se sobresaltó al establecer el contacto con la mano de Johnson.

—Aquí mismo, señor Park. Aquí mismo —dijo el otro igual que un amante.

—¡Johnson! ¿Cómo estás?, ¿estás bien?

Hubo una concatenación de violentos ruidos respiratorios —carraspeos, escupitajos, roses secas y babeos— seguidos por una serie de gemidos y resuellos.

—Estoy tan derrengado y descalabrado que si hubiera aquí un director de pompas fúnebres ya me habría amortajado, y no le miento.

La ola de depresión que emanaba del vacío llegó a su punto álgido contagiando al explorador. Deslomado, con escalofríos en las ingles y las costillas resentidas, le parecía que la rodilla izquierda se le había dislocado. Cuando habló, su voz era casi inaudible:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué dice?

—¿Que qué vamos a hacer ahora?

—Buscar un árbol.

—¿Un árbol?

—Tenemos que trepar a un árbol y esperar a que salga el sol. Supongo que no querrá estar aquí cuando ese leopardo regrese a por su carne de caballo, ¿no?

Mungo se quedó reflexionando en esa posibilidad. Las cosas a su alrededor empezaron a chirriar, grillos o ranas o algo así.

—En realidad —dijo finalmente—, no sabría qué decirte. Al menos aquí abajo

me comería más rápido.

¿QUÉ SE SIENTE ESTANDO MUERTO?

POR LA MAÑANA Mungo se despertó con un sobresalto, y se encontró frente a frente con la diminuta cabeza calva de un mono que lo miraba con ojos saltones del tamaño de pelotas de golf. Cuando lo ahuyentó, la rama en la que estaba el mono rebotó violentamente. Sobrevino un instante de pura ingravidez —etéreo, casi excitante en su precipitación—, seguido inmediatamente por un cólico de pánico y una fugaz pero nítida imagen del equilibrista en la cuerda Hoja, en la Feria de Bartolomé. La primera rama le abofeteó la cara, y la siguiente cedió; pero finalmente, después de una caída de seis metros o algo así, Mungo quedó colgando de una rama por el sobaco y se estabilizó. Gruñendo, maldiciendo la hora en que nació, cagándose en su Hacedor y en la Asociación Africana, se abrió paso a través del follaje hasta llegar al tronco, al cual se abrazó como si fuera una amante reencontrada. Pero entonces detectó un movimiento con el rabillo del ojo —justo encima de él, colgando de un brazo, estaba el mono—. La arrugada criaturita lo miró burlescamente, luego alargó un cauteloso dedo y lo tocó, suave como un beso, en la frente.

El explorador descendió, rama tras rama, hasta la tierra. Johnson le esperaba sentado al pie del árbol. Estaba envuelto en la toga, pero sus sandalias habían desaparecido. Como estaban en la estación lluviosa y en la zona pluviosa, diluviaba. Mungo estaba allí de pie, con su camisa hecha jirones, las piernas y las nalgas al descubierto. Su vello púbico tenía la coloración del puré de nabo.

—He bajado para darte los buenos días —dijo—, pero en estas condiciones sería una obscenidad.

Johnson gruñó. Tenía el ojo izquierdo a la funerala y una costra de sangre encima de la oreja.

—Tienes muy mal aspecto —observó Mungo.

—Me siento como si la posta de Londres me hubiera remolcado desde Bristol hasta Covent Garden, y encima me hubieran machacado a mazazos. —Se lamió el labio partido y lanzó un escupitajo. La saliva era roja—. Mire —dijo sacando el aplastado sombrero de copa de detrás de su espalda—. Dejaron esto. No era cosa que valiera la pena.

—¿Que no vale la pena? ¡Todas mis notas están metidas aquí dentro!

—Es exactamente lo que he querido decir.

—Veo que no te robaron la toga.

—Eso tampoco tenía ningún valor. Pero los muy bastardos se llevaron mis sandalias. Y mi asno.

Al oír la palabra asno, el explorador giró sobre sí mismo, con una expresión de incredulidad.

—Pero... ¿dónde está el caballo?

Johnson meneó la cabeza.

—¿No estarás insinuando que un leopardo se ha zampado un caballo entero en una sola noche?

—Fíjese bien, señor Park. Puede ver por dónde lo arrastró.

El explorador miró. Una trocha se abría en la maleza, como si alguien hubiera arrastrado un bote de remos por allí: hierbas y tallos triturados, ramas rotas, plantas aplastadas.

—Bueno, hombre, no te quedes ahí sentado... Vamos a por él. Hace días, semanas, que no como nada de carne.

—No podemos. Habrá subido al caballo a un árbol en cualquier parte. Es una práctica común entre los leopardos. Comen todo lo que pueden agarrar, luego esconden las sobras en un lugar alto, donde los perros y las hienas y sus semejantes no pueden subir. Cuando yo era niño, una noche estábamos durmiendo cuando un leopardo se llevó a mi tía Tata. Al día siguiente salimos a buscarla. Yo tenía nueve años cuando la encontré. Estaba atascada en lo alto de un árbol, medio devorada, con los ojos llenos de moscas. Lo primero que vi fue su cabeza, colgando allá arriba como un melón o algo por el estilo.

—Muy bien, me figuro la escena. Pero ¿qué vamos a hacer, morirnos de hambre?

—Lo que vamos a hacer es bajar por ese camino hasta Kabba y limosnear un poco, luego decidiremos cómo vamos a regresar a Dindikoo.

—¿Regresar? ¿Sin completar la misión?

—¡Oiga, seamos realistas! Usted casi ha acabado la misión aquí mismo. Con las lluvias va a ser difícilísimo viajar a cualquier lugar... ¡Joder, puede que ni siquiera podamos regresar! Además, a poco que avancemos, tendremos que enfrentarnos con los moros. Sansanding es una ciudad mora, según decía Eboe. Y también lo es Tombuctú. Ellos le *nazarinarán* vivo hasta dejarle hecho un nazareno. ¿Es eso lo que quiere?

La mandíbula del explorador se puso rígida. Y con la voz embargada por la emoción, dijo:

—Exploraré y cartografiaré el curso del río aunque antes tenga que bailar desnudo en el infierno.

—¡Uh!... Olvidaba eso, señor Park, pera ya está usted desnudo, y este sitio está más cerca del infierno de lo que pueda imaginar. —Johnson hizo una pausa para reír hasta exhibir las muelas—. Así que ya puede empezar a bailar.

EN KABBA, una colección de unas cincuenta chozas de adobe encaladas hasta deslumbrar, Johnson acudió al *Dooty*^[9] Se postró en la tierra y empezó a echarse puñados de polvo en la cabeza. El explorador se mantenía a distancia, en pelotas, solo con el sombrero de copa y los jirones de la camisa cubriendo sus vergüenzas a guisa de pañal.

—¡Una limosna! —exclamó Johnson con voz piadosa—. Somos respetables mercaderes que hemos sido atracados por dacoïts, bandidos que aparte de robarnos las mercancías y la ropa, nos torturaron hasta dejarnos tirados en el bosque dándonos por muertos.

Nada convencido, el *Dooty* contempló a Mungo, su mirada subió por las blancas piernas cubiertas de ronchas hasta el pañal, el desnudo pecho, la enmarañada barba y los monstruosos ojos, y finalmente se detuvo en el sombrero de copa convertido en acordeón. Johnson se agarró a la túnica del hombre y moduló su voz en un estremecedor y desgarrador rumor:

—Hace dos semanas que solo comemos cortezas y hierba. Una migaja, es todo cuanto le pedimos, una migaja.

El *Dooty* entró en su choza, regresó al cabo de un rato con un perro atado a una cuerda. El perro tenía el pecho ancho, los huesos sólidos. Macizo, de desproporcionadas mandíbulas, con una cabeza más bien pequeña, tenía unos pelos que recordaban a los de las hienas. Al principio el explorador pensó que el hombre iba a darles el perro, y empezó a ver imágenes de aquellas jugosas piernas crujientes en el espetón, rellenas con baratas, servidas con arroz, etc. Pero entonces el *Dooty* hizo algo curioso. Alargó una mano hasta su espalda y sacó un dardo, la clase de cosa que uno suele asociar con ruidosas tabernas y pintas de cerveza negra, una astilla de hueso afilada como un cuchillo y rematada con un estallido de plumas. Rápido como un prestidigitador, pinchó al perro en el flanco tres o cuatro veces seguidas. Al instante el animal se puso furioso, histérico, ladrando y lanzando dentelladas al aire. Si no hubiera sido por la traílla, el perro habría saltado sobre Johnson destrozándolo.

—Tienen dos minutos —gritó el hombre sobreponiéndose a los ladridos del perro — antes de que lo suelte.

A un kilómetro de la aldea, el explorador se dejó caer a la sombra de un árbol.

—Yo no puedo seguir, Johnson. Estoy demasiado enfermo y demasiado molido y demasiado desalentado.

A unos noventa metros de distancia, disimulado tras los juncos, estaba el Níger, oscuro e indiferente como los ojos de todas las caras de África.

Los turacos graznaban en los árboles. Un rojo cerdo de río emitió un gruñido desde el lodo de la orilla, espantando a una gran grulla coronada que huyó en una explosión de plumas doradas, grises y azules como jabón de sastre. El explorador contempló al pájaro elevándose en el cielo, con sus largas y delgadas patas dobladas hacia atrás, batiendo las alas como un redoble, hasta que desapareció entre las nubes. Cuando bajó los ojos, Mungo se asustó al ver un par de buitres volando bajo, en círculos, encorvando sus desnudos cuellos, pacientes como directores de pompas fúnebres.

—Bueno, por lo visto solo tenemos dos alternativas —suspiró Johnson, sentándose para descansar al lado de su patrón—. Podemos quedarnos aquí y morirnos de hambre o podemos volver sobre nuestros pasos.

El explorador no contestó, pero esta vez una expresión más suave asomó a sus ojos, menos inflexible, una expresión que daba a entender que por fin la voz de la razón empezaba a susurrar en su oído.

—Si regresamos —dijo finalmente con voz casi inaudible—, ¿cómo vamos a resolver el problema de la comida y del alojamiento? ¿Y lo de la ropa? —Se miró los pies descalzos y llenos de ampollas—. ¿Y el problema del calzado? ¿Voy a caminar mil quinientos kilómetros descalzo?

—¿Y qué otra cosa puede hacer? ¿Cómo piensa llegar a Tombuctú..., volando? Y, aunque llegara..., ¿qué iba a hacer cuando estuviera allí? No, escuche. Tenemos otra posibilidad: pedir limosnas a los mandingas regresando por donde hemos venido. Eso será mejor que seguir adelante con esta gente de por aquí. Gente como ese *Dooty*, por ejemplo. Que no es un cafre..., sino un converso. Un verdadero creyente (y me estoy refiriendo a una estirpe, a los animistas) no lo deja morir a uno de hambre. Son estos malditos apóstatas los que no le dan a uno ni un palo para masticar, aunque fueras el último hombre que queda en la tierra.

Súbitamente, del bosque salió un ruido sibilante, suave y bajo. Los dos se sobresaltaron, listos para cualquier cosa, esperando lo peor. No pasó nada. Lo único que veían era un gigantesco baldaquín vegetal, proyectando sombras, un billón de nudosos troncos con enredaderas enroscadas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el explorador—. ¿Un pájaro?

Inconscientemente, Johnson se acarició el ojo amoratado.

—No fue un pájaro —dijo.

Ahí estaba de nuevo: prolongado y bajo, como el viento soplando en una tubería de desagüe.

—¿Quién está ahí? —gritó Johnson, primero en mandinga, luego en árabe.

Una sombra se desprendió de la penumbra vegetal, avanzando cautelosamente hacia ellos. El explorador, muerto de hambre y apestando, miró con ojos aburridos, cansado y resignado, casi en las últimas, mientras la sombra se convertía en una espigada negra deslizándose a través de los matorrales como una aparición. Cuando estuvo a tres metros de distancia, se detuvo, dispuesta a luchar como una cierva sorprendida en el jardín. En una mano llevaba un calabacino, y en la otra un disco de pan ázimo.

—No vamos a hacerle daño, hermana —dijo Johnson, y entonces ella se acercó, ofreciéndoles pan y cerveza *sooloo*.

Se llamaba Aisha. Tenía el pelo estirado y recogido en lo alto de la cabeza en forma de copete, unos aros de oro colgaban de sus orejas. Frisaba los treinta años, vestía una túnica a rayas y calzaba sandalias. Los había estado siguiendo desde la aldea, donde presencié cómo el *Dooty* los rechazaba. Era un criminal. Un desalmado. ¿Querían aceptar su hospitalidad?

Caminando a su lado, un poco aturdido por el súbito impacto del pan y la cerveza, el explorador se descubrió examinando detenidamente el perfil de la mujer: el

alargado cuello, la sobresaliente mandíbula, aquellas orejas tan pequeñas y delicadas que se preguntó si de alguna manera ella se las habría podido encoger artificialmente. Mientras reflexionaba sobre estos extraños y apasionantes fenómenos, reparó en sus cicatrices, pálidos y rosáceos verdugones que seguían la línea de su mandíbula y espirales que cruzaban elegantemente sus mejillas. Luego se fijó en el color azul pastel que esmaltaba sus párpados y, finalmente, en los recalcitrantes cabellos proyectados en todas direcciones hasta formar una casi transparente aureola alrededor de su cabeza. Inexplicablemente, se descubrió pensando en gerenuks y en gacelas. Mientras caminaban, ella apartaba la vista, pero les contó que su padre siempre había creído que los hombres blancos existían, que eran espíritus de la muerte, que volvían con la piel y el alma blanqueadas, y que si alguna vez ella se encontraba con alguno, debía tratarlo con cortesía y respeto, porque ese hombre blanqueado habría tenido que realizar un largo y terrible viaje buscando su aldea y el color de la piel que había perdido. Mungo, interrumpido por sus propios eructos y por los puntapiés que le propinaba Johnson, aseguró a Aisha que todo eso no eran más que pamplinas, y que él estaba tan vivo como ella, y que además estaba encantado con el color de su piel y que no veía ninguna necesidad de mejorarlo. La única reacción de la mujer fue mirarlo de reojo, tímidamente, y luego sonreír, como si ya hubiera oído eso antes.

Aisha los llevó de vuelta a Kabba, pero a una apartada empalizada en las afueras de la aldea. Dentro de la empalizada de afiladas estacas cubiertas de espinas y florecientes enredaderas había tres chozas. Ella les presentó a sus achacosos y pasmados padres, a una sucesión de hermanas cuyas edades eran indescifrables de resultas de lo arrugadas y desdentadas que estaban, a un hermano y a su esposa, y a un par de entristecidos perros guardianes. En potencia, Aisha era una viuda. Hacía dieciséis meses que su marido, un pariente del *Dooty*, había salido hacia el norte tras la pista de una cuadrilla de moros que había secuestrado a la menor de sus hermanas. Ella comprendía cuál era su deber, pero de todas maneras se sentía abandonada. Desde entonces no había vuelto a tener noticias suyas.

Pero, por ahora, había leche de cabra y queso. Algo hervía en el puchero con espinacas y cabezas de pescado. Aisha extendió dos nuevas esteras en la choza de sus padres. Johnson raspó el fondo del puchero. El explorador, sintiéndose algo indispuerto, se acostó temprano. A lo largo de toda la noche, el viejo patriarca lo despertó en varias ocasiones. Atemorizado, el padre de Aisha lo abrumó con sus preguntas sobre la vida en el más allá. ¿Cómo se alimentan los espíritus? ¿Se ennegrecería su piel por sí sola o tendría que esperar a que alguien muriera, tal vez algún viejo, para entonces meterse dentro de la piel del difunto? Al resplandor del fuego, Mungo miraba la intrigada, sobresaltada e ilusionada cara del viejo. Pero estaba tan exhausto que apenas podía murmurar. Las preguntas del anciano se desvanecían en el sueño, amontonándose en su cabeza como los peldaños de una escalera: ¿cómo y cuando y dónde y qué se sentía estando muerto?

MO O MO INTA ALLO

DURANTE LA SEMANA que permanecieron en el suburbio de Kabba, un dramático cambio se produjo en la gallina de Johnson: en vez de un amasijo de carne podrida y desechos de plumas, ahora no era más que huesos mondados, blancos y secos como la espoleta de un ganso colgando en la repisa de la chimenea. Aunque seguía presentando un aspecto rosáceo y húmedo en las articulaciones, esencialmente se había transformado en un frío esqueleto, relativamente inofensivo, desprovisto de interés para todos, salvo para las perspicaces moscas.

—¡Mira qué bien! —dijo Mungo. Johnson se miró el pecho, deslizando los dedos sobre los frágiles huesos, examinando los cartílagos.

—Aún están frescas las articulaciones. Pero tiene razón: dentro de poco podré desembarazarme de esta cosa. —Sonrió alegremente igual que un niño con un pirulí—. Tres o cuatro días más, es todo lo que falta.

Después de discutirlo durante horas, los dos admitieron que lo mejor que podían hacer era regresar, siguiendo el curso del Níger en dirección suroeste, y luego desviarse hacia el Futa Yallon hasta llegar a Dindikoo. Aisha le dio al explorador una toga de tosca tela (teñida con manchas rojas y anaranjadas contra un fondo amarillo plátano), un par de sandalias y una bolsa de cacahuets para el camino. Su padre, que no se separó de Mungo desde que entró en la choza, le regaló un cayado, intrincadamente esculpido con la descripción del cambio de pieles después de la muerte. Cuando Mungo preguntó qué podía hacer para compensarlos, el anciano le pidió un mechón de pelo para preparar un hechizo; Aisha apartó la vista y toqueteó tímidamente sus aretes, luego volvió a mirarlo, con los ojos plenos y oscuros, y los labios temblando.

Esta vez Johnson no le dio ningún codazo, ni ningún puntapié.

EL DÍA PREVISTO para la partida, Johnson se apropió de un trozo de papel del explorador, escribió deprisa algunos versos de Herrick y Donne y los repartió entre la familia de Aisha para sus *safies*. Mungo lo dejó hacer, incrédulo, con media cabeza rapada.

—¿*Julia's Clothes*? ¿O sea... que lo único que tienes que hacer es emborronar un par de líneas con tonterías a cambio de una semana de comida y alojamiento... y ellos se quedan tan panchos?

—Asómbrese del poder de la palabra escrita, señor Park.

Aisha les preparó el último desayuno: un plato de huevos crudos con mijo y yogur, aderezado con pedacitos de tamarindo para darle acidez y con brotes de bambú para darle volumen. Mientras el explorador comía, ella se sentó a su lado, le cogió una mano y le acarició los pocos pelos que le quedaban. El viejo también se sentó muy cerca, mirándolo embelesado como si fuera la octava maravilla y el nieto del

Demiurgo. Con una voz que crujía como hojas secas de maíz, el anciano reanudó su escatológico interrogatorio: ¿dónde termina este mundo y empieza el otro? ¿Por qué tenemos que morir? El alma, una vez salida del cuerpo, ¿sigue experimentando apetito sexual? Con la boca llena, el explorador respondía tan paciente e imaginativamente como podía, hasta que finalmente, terminado el desayuno, se levantó para irse.

Pero entonces, justo cuando él y Johnson estaban liando los bártulos, una de las hermanas de Aisha entró en la choza guiando a una ciega, una mujer tan jorobada y marchitada por los años que, a su lado, el padre de Aisha parecía recién salido del útero. Era Djan-na-geo, de Djenné, y venía para interrogar al explorador sobre *Tobau-bo doo*^[10] y la vida de ultratumba, y para hablarle sobre la geografía y la sociedad del Níger oriental. El explorador había ofrecido mechones de pelo a cuantos podían informarle sobre el curso del Níger inferior y sus ribereños, y fueron muchos los que aceptaron ese cambalache. Un hombre le había asegurado que el río corría hasta desembocar en el fin del mundo. Otro, que terminaba en un violento remolino que se tragaba todas las cosas arrastrándolas hasta el vientre de un monstruo marino llamado *Karib-dish*. Un tercero afirmó que el río cercaba las Montañas de la Luna y que sus afluentes estaban en el Reino de Kong, una tierra vedada por sus caníbales y los monos gigantes que vagan por sus macizas nubes-colgantes.

Otros, en particular un par de hermanos salineros, le suministraron lo que parecía ser una información más fidedigna. Después de pasar Sansanding, según dijeron, había una ciudad llamada Silla, a doce días de viaje de Tombuctú. Era un pueblo mandinga, pero los moros se reunían allí para comerciar. Hacia el norte de Silla estaba el reino de Masina, habitado por pastores fulah. Aguas abajo, hacia el nordeste, había un lago pantanoso —el Dibbie, o el de las aguas oscuras— tan inmenso que mientras uno lo cruzaba perdía de vista la tierra durante todo un día. Más allá del lago, en la orilla norte, estaba Tombuctú, un lugar donde los nobles vivían en palacios y cagaban lingotes de oro. El rey de Tombuctú era Abu Abrahima, y era un fanático mahometano. Durante su primer viaje a aquella ciudad, los hermanos se habían alojado en una especie de hostería, y el dueño, al enseñarles su habitación, sacó una larga cuerda. «Si sois musulmanes —les dijo—, podéis ponerlos cómodos, pero si sois cafres, entonces seréis mis esclavos y con esta cuerda os llevaré al mercado como si fuerais una pareja de novillos». «*La ilah illa Allah, Mahoma rasowl Allahi!*», corearon los hermanos.

A pesar de todo, todavía nadie le había dicho nada concreto sobre el recorrido del Níger —o Joliba, como le llamaban los lugareños— más allá de Tombuctú. En ese sentido, la última esperanza del explorador se tambaleaba ante él en la persona de aquella contrahecha, y muy probablemente desquiciada, vieja ciega. Enseguida estuvo listo, pluma en mano, esperando a que ella hablara. A duras penas, moviendo las piernas como varas y con la cadera derecha deformada por alguna enfermedad innominada, la vieja se sentó en la estera. Aisha le trajo una jícara de cerveza *sooloo*

y se la bebió como si fuera un minero saliendo de una mina de carbón después de un turno de ocho horas. Chasqueó la lengua, inspeccionó la habitación con sus nublados ojos, y anunció que quería hacer de cuerpo.

Cuando regresó cojeando a la choza, agarrándose del vestido de la hermana de Aisha con la desesperación de un niño abandonado al borde de un precipicio, pidió más cerveza con voz estentórea, y luego gritó que quería oler al hombre blanco y tocar su pelo antes de cerrar un trato con él para revelar sus secretos. El explorador se agachó a su lado. Los yertos dedos recorrieron su cuero cabelludo mientras la husmeadora nariz hacía lo mismo con la cara. Finalmente, al cabo de tres o cuatro minutos de manoseos y olisqueos, ella pareció satisfecha.

—*Tobaubo* —dijo, y soltó una especie de risilla tonta.

Estuvo hablando una hora, con voz tan clara y resonante como la de una pregonera de feria. Nacida en Djenné, los negreros la habían raptado para venderla a un mercader del reino de Hausa que la llevó más allá de Tombuctú, mucho más lejos; más allá de Kabara y Ansongo y una docena de otros pueblos que ni Aisha ni su padre habían oído mencionar jamás. Tras ocho años en el serrallo del mercader, se escapó con un hombre llamado Ibo Mmo, un mandinga de Kaarta. Dos semanas después, Ibo Mmo cayó en manos de una banda de *maddumulos* —comedores de hombres—. Lo asesinaron y lo cortaron en pedazos mientras ella permanecía escondida en el lecho de un arroyo poco profundo, enterrada en el fango y respirando a través de una caña. Seis años le costó regresar a Djenné, consiguiendo comida y cobijo a cambio de favores.

De vez en cuando, a lo largo de su relato, Djanna-geo se callaba abruptamente, emitía dos o tres retumbantes eructos y pedía más cerveza a grito pelado. En un momento dado, se levantó acercando su agrietada cara de ojos vacíos al rostro del explorador y habló en voz tan baja que era un siseo.

—Hay en el río un lugar llamado Bussa —dijo moviendo el índice como si reconstruyera aquel paraje en el aire—. Es un lugar de dentadas rocas y aguas bravas, donde el río se bifurca como las lenguas bífidas de un millar de serpientes. Es un sitio muy peligroso. ¡Tened cuidado con Bussa!

Entonces volvió a sentarse y le pidió un mechón de pelo.

Mungo ardía en deseos de seguirla oyendo. Tan excitado estaba que apenas podía sostener la pluma, con la imaginación anegada por el Níger y los nombres de remotas ciudades: Kabara, Yaour, Bussa. Al fin había dado con alguien que hablaba con la voz de la experiencia. Chapuceramente, se cortó un mechón de pelo con el cuchillo de hueso que Aisha le había dado como regalo de despedida y lo depositó en la mano de la anciana, con la última pregunta temblando a flor de labios:

—Pero... ¿dónde desemboca el Joliba... después de Hausa, más allá de Bussa?

La cabeza calva de la vieja dio vueltas a su alrededor, ceremoniosa y pausadamente, hasta que los nublados ojos se detuvieron a la altura de los de Mungo. El explorador podía sentir su aliento en la cara.

—*Mo o mo inta allo* —susurró ella.

—¿Qué significa eso? —preguntó Mungo—. No lo comprendo.

Ella sonrió, silenciosa, como el gato tragándose al canario, y luego eructó. El explorador se volvió a Johnson.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho *Mo o mo inta allo*... Nadie sabe lo que significa.

TUTEÁNDOSE

LOS RÍOS ESTÁN PREÑADOS, desbordándose, abriendo torrenteras entre los árboles. Lluve a cántaros, y el diluvio forma sábanas de vidrio que se hacen añicos cuando golpean la tierra. Los vientos monzónicos aúllan, inclinando las copas de los árboles. Donde hace poco había un torrente, ahora hay un río, impetuoso y terroso, tachonado con troncos astillados, con reses ahogadas y chozas que navegan destechadas. Los campos están inundados, el agua llega a la cintura, los pantanos son insondables. Las ranas suponen que han heredado la tierra.

Después de un largo día lluvioso vadeando ciénagas y comiendo con asco cacahuets mojados, el explorador y su intérprete se detienen en lo que alguna vez fue un vado del río Toolumbo, un afluente menor del Níger. Allí, en la confluencia de los dos ríos, hay un miserable montón de covachas agazapadas en un árido altozano. Es Bamako, o «El baño del Cocodrilo», y el nombre parece apropiado cuando el Toolumbo avanza impetuosamente ciñendo la cumbre del cerro, arañando las roscas empalizadas levantadas de prisa alrededor de cada choza. A los dos mendicantes los han echado con cajas destempladas de las tres primeras cabañas, pero en la cuarta, un desdentado adolescente fumando una pipa les informa de que la última covacha está temporalmente desocupada. No muy lejos de allí está su morador, un cabrero, dándose cabezazos contra una roca en un intento de aliviar la pérdida de las cabras que se llevó la riada.

En la cabaña deshabitada encuentran leña pulcramente apilada en un rincón. Después de media hora frotando y soplando, Johnson consigue encender un fuego. Entonces coge prestada la pluma del explorador y una hoja de papel, lo esconde todo en la toga, y sale agachando la cabeza debajo del aguacero. Diez minutos más tarde regresa, sonriendo, con un calabacino de cerveza en una mano y una arrugada gallina de aspecto canceroso en la otra.

MÁS TARDE, Mungo y Johnson compartían una pipa de tabaco local, una embriagadora y aromática hoja que ponía los ojos extáticos haciendo vagar la mente. Por primera vez desde que salieron de Kabba, sus ropas estaban secas y tenían la barriga llena.

—¿Sabes? —dijo Mungo—. Después de todo lo que hemos pasado juntos,

realmente no creo que sea necesario que me sigas tratando de usted ni llamando señor Park. ¿Estás de acuerdo?

Johnson negó con la cabeza.

—Es la fuerza de la costumbre, señor Park.

—Por favor. —El explorador le tendió una mano—. Llámame Mungo.

Una tímida sonrisa se esbozó en los labios de Johnson. Parecía inmensamente contento cuando estrechó la mano del explorador y murmuró:

—Vale..., Mungo.

CROCODYLUS NILOTICUS

EL COCODRILO DEL NILO (*Crocodylus niloticus*) pulula por doquier en el continente africano, desde Madagascar hasta África del Sur, y a lo largo de la cuenca del Níger en dirección oeste. Es uno de los cocodrilos más grandes y temibles: veloz, brutal e inexorable. Los ejemplares más grandes llegan a medir seis metros y a pesar mil cien kilos. Los jóvenes, en condiciones óptimas, pueden llegar a crecer hasta treinta centímetros anualmente, pero cuando el animal pasa de los cincuenta años, empieza a ponerse gordo, y a partir de entonces, más que crecer, engorda. De este modo, la diferencia de peso entre el promedio de los ejemplares que tienen entre cuatro y medio y cinco metros es de alrededor de ciento veinte kilos, o el peso completo de un ejemplar de unos tres metros.

Característicamente el *Crocodylus niloticus* se alimenta de peces, pero también es un activo cazador y devora cualquier cosa que pueda apresar, incluidos mandriles, gacelas, aves acuáticas, otros cocodrilos, leopardos, tortugas y seres humanos. Se traga enteras a las presas más pequeñas. Y a las más grandes, las arrastra bajo el agua hasta ahogarlas, luego las descuartiza y las devora tranquilamente. Al igual que otros reptiles, los cocodrilos son incapaces de masticar.

El miedo de los egipcios al cocodrilo creció tanto a lo largo de los siglos que se convirtió en una adoración fetichista —el culto del cocodrilo— y se han encontrado ejemplares momificados en las tumbas de los faraones. Entre los miembros de la tribu Igbo Ukwu había un ritual que consistía en sacrificar cabras a las deidades del río, ritual que combinaban con otro aproximadamente anual: el banquete de vírgenes arrojadas a un amurallado recinto donde vegetaban dos perezosos y panzudos cocodrilos. Las tropas de Perdicas fueron diezmadas por los cocodrilos en el siglo IV a. C. mientras cruzaban el Nilo, en Menfis; murieron casi mil hombres. Un siglo después, cuentan que el poeta griego Calicles perdió su lira en el Nilo mientras recitaba versos a bordo de una barca. Al día siguiente, al oír unos acordes, bajó hasta la orilla y se quedó asombrado al ver fuera del agua un gargantuesco hocico verde entre cuyas mandíbulas estaba alojado el instrumento. Se agachó para recuperarlo. Estúpidamente.

IN MEMORIAM, K. O. J.

EL MUNDO ES UNA VERDE CONMOCIÓN, tan brillante e intensa como un campo de tenis sobre césped artificialmente iluminado recortándose contra la noche; el cielo de la mañana, feo y encapotado, no da señales de sol. En los árboles se oye el lúgubre chillido de los queleas cabecinegros, y el cansado susurro de los gálagos desplazándose de regreso a sus guaridas tras una minuciosa noche en busca de presas. El olor a pescado flota en el aire evocando desechos y masacres.

Mungo salió rodando de la estera, tiritando, y salió a contemplar el panorama. El río avanzaba impetuosamente, imperturbable. Sus aguas seguían arañando los contornos de la aldea, en un fragor de árboles arrancados e hinchados cadáveres de animales; raíces, pezuñas y cornamentas emergiendo en la superficie, girando, arremolinándose y sumergiéndose como si alguna fuerza invisible los arrastrara bajo el agua. Mientras el explorador orinaba contra una pared de adobe, súbitamente un pedazo de muro se desplomó cayendo al río. El impacto hizo que salpicara espuma a la barba de Mungo, empapándole la toga y las piernas. Y luego toda la pared se desmoronó, hundiéndose como una galleta en una taza de café con leche. Aún con el mojado miembro en la mano, el explorador seguía allí, de pie, soñoliento, algo atontado, viendo pasar velozmente la muscular superficie del Toolumbo. Pero, espera un momento..., ¿qué era aquello que emergía dando tumbos desde las profundidades, sumergiéndose con sus dos metros y medio de ancho, balanceándose en la corriente, con la misma inseguridad de un aguilucho intentando volar? Se quedó mirando aquella cosa que daba vueltas, ora hundiéndose, ora emergiendo —una serie de maderos toscamente cortados y unidos con lianas sarmentosas y tallos espinosos—, hasta que la vio recobrar el equilibrio y empezar a flotar..., a flotar igual que..., ¡igual que una balsa!

MEDIA HORA DESPUÉS, empuñando las largas y flexibles varas que cortaron en un bosquecillo de bambú, el explorador y su guía navegaban a golpe de pértiga a través del enfurecido Toolumbo, bajo un cielo que se desgarraba, amenazando con inundarlos, y abriéndose paso a pesar de los tocones y otros obstáculos ocultos bajo el agua. Aquello era una pesadilla, algo así como tratar de subir al Himalaya con patines de ruedas o cruzar a nado el canal de la Mancha amarrado a un cañón.

En cuanto se separaron de la orilla, la corriente dio una sacudida hacia delante a la balsa haciéndola girar peligrosamente entre la antesala del desastre y los confines de la aniquilación. Una rama negra, retorcida como una garra, los embistió majestuosamente y estuvo a punto de proyectar al explorador al furioso raudal; dos troncos del tamaño de columnas corintias chocaron besando la proa en una colisión volcánica, mientras tres de los maderos de la balsa se soltaban yéndose al garete; al mismo tiempo, un atolondrado mandril, empapado y rechinando los dientes, trataba

de subir a bordo a pesar de que Johnson se abalanzaba frenéticamente hacia él con la vara de bambú..., dejando desprotegido el costado izquierdo de la armadía, por donde irrumpió un anegado leopardo en cuyo lomo viajaban aferradas dos mangostas y un varano, y entonces vieron venir de frente un tocón del tamaño del Mont Blanc, raudo como un carruaje desenfrenado, a un tris de chocar con ellos..., lo cual el explorador evitó por los pelos, con un golpe de pértiga que sonó como un crujido de bambú astillado provocando una violenta sacudida de la balsa que lanzó por los aires al mandril, al leopardo, a las mangostas, al varano y a Johnson, quien cayó de cabeza en la corriente; el mandril desapareció mientras el guía nadaba hacia un tronco que chocó con la proa de la balsa, y Mungo se agachó para sacar a Johnson de las turbulentas aguas..., pero entonces la balsa fue tomada al abordaje por un banco de rápidos peces, pequeños como hojas, saltando en oleadas, como una epidemia contagiosa a bordo, derribando al explorador y al guía, poniendo punto final a cualquier intento de pilotar la embarcación, y ambos se agarraron en vano a los carcomidos maderos de la armadía, que se hundía bruscamente una y otra vez...

MUCHO DESPUÉS, aguas abajo —mucho más allá de la confluencia del Toolumbo con el Níger—, la balsa encalló entre las copas de unas tabbas. Había llegado la hora de abandonar la embarcación. Explorador y guía se lanzaron al agua y nadaron como perros de árbol en árbol hasta acercarse a la orilla, donde los troncos empezaban a salir a flote en medio de la arremolinada corriente amarilla. Finalmente, cansados y calados hasta los huesos, hicieron pie y empezaron a vadear el río, avanzando poco a poco hacia terrenos más firmes y elevados. Ninguno había pronunciado una palabra desde hacía aproximadamente una hora; lo único que podían hacer era resistir y esperar, luchar encarnizadamente para sobrevivir, sin permitirse el lujo de expeler aire por la laringe. El explorador fue el primero en comentar la situación.

—Creo que lo hemos conseguido —jadeó.

Johnson, con media panza hundida en la fétida agua, estaba a punto de responder, pero, en vez de eso, se dobló en dos y vomitó. La gallina, casi disecada unos días atrás, volvía a colgar tan floja y empapada como si la acabaran de sacrificar.

Siguieron andando por el vado, el bosque colgaba alrededor como el telón de un teatro, el agua desprendía una especie de vaho, y junto con ellos vadeaban el río crecido una serie de cosas medio ahogadas —chacales, monos, patos, jabalíes— mirando entre asombradas y pesimistas. Mientras chapoteaban, esquivando a serpientes con cabezas como saetas y venenosas ranas arborícolas, sus caderas empezaron a salir del agua. Luego salieron los muslos, las rodillas, y finalmente los tobillos.

—¡Aleluya! —murmuró Johnson.

Llegaron a una cuesta, tan densamente poblada de bambú que tuvieron que abrirse paso a fuerza de tajos. Iban dejando tras de sí una horrible estela de

empapados tejones, ratas y arañas peludas que seguían sus pasos. Súbitamente Johnson dejó de cortar y se quedó completamente inmóvil, olfateando el aire.

—Estofado —dijo, y se lanzó contra el bosque de bambú con bríos renovados.

Cinco minutos después estaban frente a una olla llena de trozos de algún herbívoro ahogado. Una familia de refugiados de la riada —un hombrecillo de hombros estrechos con discos en los lóbulos de las orejas, su esposa embarazada y seis niños flacos— estaba reunida alrededor del puchero, cebando el fuego y royendo costillas y articulaciones. El hombre los invitó por señas a acercarse y les hizo un sitio.

—Hay suficiente para todos —gruñó, señalando con un movimiento de cabeza hacia los hinchados cadáveres de dos ciervos y una sitagunga—. Dentro de un par de días se habrán podrido, y ya no podrán comerse.

Johnson se frotó las manos y se abalanzó hacia el puchero. Se le hacía la boca agua imaginando el cuenco de caldo con el que se iba a deleitar, pero en vez de un fragante vapor, lo que salió del puchero fue un espeso humo negro.

—Oiga, a esto le hace falta un poco más de agua —observó, manoteando para aventar el humo.

El pequeño hombre, sentado con las piernas cruzadas, recostado contra un tocón, le preguntó a Johnson si podía ir a buscar un calabacino de agua al río. Johnson dio media vuelta y vio que por aquel lado la colina estaba relativamente despejada: solo había unos cuantos troncos y algunos matorrales, el río estaba a unos cuarenta y cinco metros de allí.

—Con mucho gusto —dijo, agarrando el calabacino y bajando por la pendiente de muy buen humor ante la perspectiva de un condumio caliente.

—¿Quieres que te eche una mano? —le gritó el explorador.

—No..., quédese tranquilo, señor Park... Perdón, quiero decir Mungo... Estaré de vuelta en un santiamén.

Los participantes en esta escena permanecían completamente ajenos al hecho crucial de que un colosal cocodrilo —de casi seis metros de largo— había seguido la crecida de las aguas hasta lo más profundo de la jungla con la esperanza de capturar a alguna criatura de sangre caliente medio ahogada, alguna víctima fácil, arrastrándose hacia un terreno más alto. Estaba oculto detrás de una maraña de broza arrastrada por la riada al pie de la colina, sumergido en el agua a menos de medio metro de profundidad. Hacía tres horas que estaba al acecho, pues el olor que despedían los cuerpos en descomposición de los animales, sumado al aroma del estofado, así como la imagen de los tiernos niñitos, le abría el apetito. Hacia allí dirigía su oblongo hocico de saurio, con los ojos fijos en el grupo que disfrutaba de la comida al aire libre. Por delante de él habían pasado chapoteando varias presas fáciles —cosas despreciables, húmedas, vomitadas por el río, saliendo silenciosamente del agua—, pero él las ignoraba. Había pasado un mandril arrastrando una pata rota y también un corpulento jabalí, cosas que en otras circunstancias hubieran sido manjares

demasiado exquisitos para renunciar a ellos, pero ahora tenía puestos los ojos en la mujer embarazada: una forma de matar dos pájaros de un tiro. Tampoco quitaba los ojos del pequeño pero fibroso hombre. Ni de ese extraño cara pálida recién llegado. Y esperaba pacientemente pues sabía, desde el principio, que tarde o temprano alguno de ellos bajaría hasta aquella orilla para llenar de agua un calabacino.

Cuando Johnson entró en el agua, ya la bestia estaba lista para saltar sobre él. No hubo ningún aviso —ni siquiera hicieron un reverencial silencio los loros, los turacos, ni los pájaros tejedores—, solo hubo una explosión. La maleza se abrió para dejar al descubierto seis metros de brutal voracidad, los niños chillaron, Mungo enmudeció horrorizado, la calabaza vacía salió volando por el aire y Johnson, el pobre Johnson, quedó atrapado entre las imponentes mandíbulas, inmovilizado entre los dientes del reptil, igual que una aceituna pinchada en un palillo dentro de un vermut. Sin vacilar, el explorador se puso de pie, corrió cuesta abajo con el cuchillo desenvainado, heroico hasta los tuétanos..., pero el cocodrilo, en un relámpago de dentada cola y garras de dragón, ya se agitaba en el lodo, presto a sumergirse en las profundidades y aferrando a Johnson entre sus mandíbulas. Mungo voló por encima de las aguas como en una carrera de obstáculos, con la abnegación palpitando en el pecho, pero era demasiado tarde, demasiado tarde, y tuvo que presenciar, impotente, cómo los ojos de Johnson le gritaban mientras la horripilante bestia mesozoica se hundía en el cieno.

NEWGATE

LOS MUROS SON DE PIEDRA, bloques de granito tiznados, garabateados con pintura y con tinta, manchados con las huellas de cientos de miles de manos, agrietadas palmas con los dedos desesperadamente abiertos.

ROGER PEMBROKE 1786

Nan Featherstone, Guarra, enterró su
dolido corazón
bajo el peso de
estos muros dezpiadados.

VENI. VIDI. VICI. PULGARSITO.

DESDE QUE DESPUNTABA LA AURORA, Ned Rise disponía de una visión inmediata de aquellas paredes. De hecho, era una visión muy íntima. Porque estaba encadenado a esos muros, aherrojado al grillete que le cortaba la circulación en los tobillos. Era como si tuviera los pies metidos en un cubo de hielo, mientras que los tobillos, traumatizados por la presión, parecían haber quedado pillados debajo de la piedra

angular de algún monumental edificio —la abadía de Westminster o la Gran Pirámide de Gizeh—. Pero eso no era lo peor. Incapaz de acometer con dinero, pues ni siquiera tenía para untar al humildísimo carcelero, le quitaron la ropa y lo metieron en aquel profundísimo, oscurísimo y sucísimo agujero de la prisión Newgate. Allí no había baldosas, ni paja, ni siquiera serrín; no había nada sino lodo. Un tercio del suelo era de tierra, y las otras dos terceras partes estaban alfombradas con excrementos humanos. Lodo. El hedor era espantoso. Por supuesto, había ratas, pulgas, piojos; en el moho pululaban animalillos protozoarios, bacterias, virus. Cosas que se criaban secretamente en los agujeros medrando en la putrefacción, cosas que te amargaban la vida carcomiéndote hasta reducirte a una forma convenientemente digerible. La mitad de los que estaban allí a la espera de juicio no lograban sobrevivir para ver por dentro una sala de justicia. Antes se los llevaba el tifus o las viruelas, la disentería, la neumonía, la consunción, la inanición, la muerte por frío. Es el acabose, pensaba Ned. Esto es el fin.

Súbitamente oyó un ruido de cadenas a su lado, y lo que al principio confundió con un montón de trapos empezó a adquirir la apariencia de un pecho acartonado, una andrajosa barba y unos ojos luminosos.

—¿Qué hiciste para estar aquí? —carraspeó una voz en la oscuridad.

—Nada —dijo Ned—. Excepto ser un honesto hombre de negocios, tal vez. Alguien que trataba de salir adelante. Y de vivir decentemente.

—Tú eres el asesino que anoche trajeron por los cabellos, ¿no? Asesinaste a un lord, ¿no es verdad? Por lo que he oído decir, no le diste cuartel.

—¡Maldita sea!, ¡espere un momento, amigo! Yo soy inocente. Eso fue un accidente.

—Lo único que puedo decir es que te admiro. Me gustaría cargarme a un lord con mis propias manos. A diez. A un millar. Si me los trajeran aquí, ahora mismo, a todos los lores y damas del condado, los iba a estrangular hasta matarlos uno a uno, y te juro que me daría un gustazo tan grande como si estuviera en un banquete con vinos portugueses y ostras, lo juro.

—Ya se lo he dicho: yo no lo hice. Han levantado un falso testimonio contra mí. Es obra de mis enemigos.

—No, señor, tú eres un criminal y un auténtico héroe del pueblo. Lo sé por la disposición de tus orejas. Es inútil negar un crimen pasional, salvaje y valiente además; juro por Dios que me gustaría matar a unos cuantos lores cuando tenga oportunidad... ¡No! Puedes estar seguro de que te ahorcarán, eso es tan seguro como que la ropa se pone gris y una botella de ginebra se vacía, te colgarán bien alto. El consejo que te doy, tronco, es que te portes como un hombre, y que justo cuando te vayan a ahorcar, te bajes los calzoncillos y les muestres las nalgas a todos esos lores en sus remilgadas narices perfumadas con lavanda. ¡Eso es lo que tienes que hacer!

—Cállate, viejo loco. Cállate o te juro que...

—Dime una cosa. ¿Cómo lo hiciste? ¿Lo estrangulaste? ¿Le pegaste con un palo

en las costillas? ¿O tan solo desnucaste al endogámico degenerado? ¿Eh?

Ned no respondió. Cuando tomaba conciencia de todo lo ocurrido pocas horas antes, se le ahuecaba el estómago y un nudo de preocupación le resecaba la garganta. Allí no había ninguna posibilidad de escapar, así que adiós a la hostería holandesa, adiós a Fanny... Ni siquiera podría defenderse, pues no habría otra audiencia del Tribunal Supremo hasta dentro de seis semanas. Y, para entonces, el hedor ya lo habría matado. Con un poco de dinero, la prisión no era tan mala. Uno podía tener una celda privada, un fuego, grillos tan ligeros como cordones de zapatos —que solo tendría que llevar puestos por las noches—. Con dinero, podías pedir que te trajeran comidas de la calle, una botella, una puta de grandes tetas, podías invitar a cenar a tus amigos y jugar a las cartas con ellos, alquilar juglares y músicos, criar un gato, esnifar rapé, beber ginebra y dormir entre sábanas de seda. Pero otra cosa es llegar a la prisión sin un penique, y que te quiten la ropa y te metan en el calabozo, donde el día y la noche se funden convirtiéndose en una sola y misma cosa, donde comer consiste en tragarse un rancio mendrugo regado con una taza de agua estancada que no solo parece sino que apesta a orina de vaca.

—Yo habría estrangulado a ese cerdo —dijo el viejo loco—. O quizá habría atado a ese hemofílico cabrón a un palo, dándole de latigazos y desollándolo hasta que sus huesos astillados perforasen su aristocrático pellejo.

Mendoza. Él era el jefe. Él había instigado a Smirke y al joven petimetre para que declarasen contra él, luego habló y sobornó sin parar, hasta que el magistrado estuvo de acuerdo en enviar al prisionero por el río hasta Newgate. «La prisión de Southwark no es lo bastante horrible para los hombres como él», sostuvo Mendoza. «Además, ¿por qué hacer viajar hasta tan lejos a los amigos de su difunta señoría solo para ver a ese mendigo recibiendo su merecido?». Y así, después de saquearle los bolsillos a Ned y meterle un trapo sucio en la boca, el magistrado lo aherrojó con media tonelada de cadenas y lo mandó a Newgate en prisión preventiva.

—Lores... ¡Bah! Sanguijuelas es lo que son. Nunca me hicieron ni una pizca de bien en toda mi puñetera vida, y sí muchísimo daño. Mira, ahí tienes el caso de Jock... ¡Eh, Jock! ¡Jock!... Está..., está muerto desde hace tres días, pero el único que lo sabe soy yo. Y ahora tú. ¿Sabes cómo vino a parar aquí Jock?

Ned dijo que no con la cabeza.

—Birló dos peniques del bolsillo del chaleco de uno de tus lores en King's High Street. Dos peniques. ¿Tú crees? Jock era zapatero remendón, eso era Jock. Yo lo conocía bien. Tres niños chillando en su cuna día y noche con el estómago vacío, así que Jock fue y metió los dedos dentro del precioso bolsillo de un lord despistado. ¿Y qué consiguió? Dos peniques. Y como sabes, tronco, birlar dos peniques no es un caso de pena capital. Pero él pagó por eso con la pena capital, ¿qué te parece?

—Ya —dijo Ned, distante, sintiendo que se le dormían los tobillos. Trató de cambiar de posición, pero los grilletes le impedían moverse—. Así que lo mataron.

—¿Matarlo? No seas imbécil, ¿es que aún no lo sabes?

—¿Saber qué? ¿Cómo quiere que lo sepa?

El viejo loco soltó un bufido.

—Pronto sabrás muchas cosas, te lo aseguro. Jock murió de cólera.

ESCÁNDALO Y ATROCIDAD

SIR JOSEPH BANKS dio un grito y dejó caer el periódico. Se puso en pie de un salto, volcando una jarra de jerez y el humidificador de puros de Virginia.

—¡Dorothea! —bramó mientras salía corriendo de la biblioteca, llevándose por delante una pata de elefante que hacía las veces de paragüero, la bandeja del té y un estuche charolado con laca japonesa que estaba medio sepultado debajo de sus papeles, sobres y barras de lacre.

Fanny, que estaba limpiando en el vestíbulo, estuvo a punto de ser derribada por su patrón cuando este salió disparado de la biblioteca dirigiéndose a la escalera igual que un ciervo herido, gritando: «¡Dorothea! ¡Dorothea!», como si fuera un grito de combate. Sobresaltada, Fanny se volvió para verlo subir de dos en dos los escalones y desaparecer en un recodo de la primera planta. Entonces oyó el ruido de sus Zancadas encima de su cabeza, otro grito, y luego el enérgico repiqueteo de sus nudillos en la puerta de la señora B.

La había cogido por sorpresa, a Fanny. Estaba soñando despierta, mirando a las musarañas y bruñendo un busto de Licurgo mecánicamente, como si ella fuera la rueda dentada de una maquinaria. Así se había pasado todo el día. Bount había atribuido ese estado de distracción a la excitación de la noche anterior («a todo ese lío del ladrón»), mientras que el cocinero la llevó aparte para preguntarle si su menstruación era especialmente molesta debido a la luna nueva. ¡Cómo podían ser tan ingenuos! Fanny sonrió, colmada por anticipado de un delicioso sentimiento, intoxicada ante la perspectiva de la noche que se avecinaba y de su fuga con Ned. ¡Holanda! Apenas podía creérselo. Se compraría una gola de encaje holandés, y una de esas cofias blancas con cintas y blondas como alitas y un par de zuecos de madera. Era posible que se alojaran en un molino de viento o en una barcaza... ¡Ah! Por fin sería dueña y señora de su propia casa, con un sirviente que le trajera a la cama su té y flores recién cortadas... Nunca más tendría que inclinarse servilmente ante la señora B., ni agacharse para recoger la mierda del dogo en la chimenea.

Desde el piso de arriba, llegó la voz de la señora B.:

—Jos, ¿qué pasa?

—¡Es Graeme! Graeme Twit. ¡Lo han matado!

—¿Que lo han matado? Pero... ¿qué diablos estás diciendo?

La voz de Joseph vibró emocionada:

—Es una atrocidad, eso es lo que ha sido. Un escándalo y una atrocidad. ¡Dios mío!

Distraídamente, perdiendo interés en el alboroto de la planta alta

—¿Twit? ¿Dónde había oído aquel nombre?, —Fanny se asomó a la puerta abierta de la biblioteca y al caos que allí reinaba. Hablando entre dientes para sí, puso en su sitio el estuche de laca japonesa y se agachó para recoger unos fragmentos de porcelana de la alfombra. El periódico, el humidificador y los puros estaban desparramados al pie del sillón de sir Jos.

—¡... no, Dorothea, no trates de calmarme! —tronaba sir Joseph en los altos—. ¡No quiero calmarme!

Fanny recogió los cigarrillos y los devolvió a la caja humidificadora, luego cogió el periódico, ordenando y doblando las páginas, y ya estaba a punto de dejarlo encima del brazo del sillón cuando se detuvo en un titular: «Lord Twit asesinado en Southwark».

Siguió leyendo, inexplicablemente atraída por una fuerza irresistible, tropezando con las palabras: «Un sospechoso ha sido detenido», reconstruyendo mentalmente una noche siniestra en un pobre barrio de Londres, imaginando el tenebroso móvil en la mente del criminal, «un premeditado acto de salvajismo sin que mediara provocación». Y entonces llegó a la frase que heló su corazón: «Ned Rise. Ned Rise, el asesino».

Procedente del piso de arriba, ella oyó la voz de sir Joseph elevándose como un triunfal y vengativo clarín, recorriendo majestuosamente la escala hasta concluir en un *allegro furioso*, en un estallido de poder y vituperación: «¡Juro que no descansaré hasta que lo ahorquen y lo tiren al estercolero para que los perros lo orinen...! ¡Juro por Dios que así será!».

QUID PRO QUO

EN AQUEL MOMENTO de la historia, lo que se estilaba, lo que se consideraba de rigor, era que una heroína se desmayara ante un cambio de la fortuna tan súbito como devastador. Pero Fanny tenía más carácter. Después de un breve pero catártico grito, alegó sentirse indispuesta y se refugió en su cuarto, en la parte trasera de la cocina, donde empezó a devanarse los sesos buscando la manera de ayudar a su amante a salir de aquel lío, lo cual parecía imposible. Ella solo tenía un par de libras (dinero que había ido atesorando durante meses, penique a penique), sus padres eran unos pobres harapientos, al igual que sus amigas, todas lecheras y sirvientas, y obviamente no podía acudir a sir Joseph. Pensó en recurrir a la extorsión para sacarle dinero a la familia del cocinero, también se le pasó por la cabeza escapar con toda la vajilla de plata de la señora B... Pero no, ella no podía hacer eso. Y, entonces, ¿qué iba a hacer? Inocente o culpable, tenía que salvar a Ned... a toda costa. De golpe cayó en la cuenta: ¡Adonais Brooks! ¡Claro que sí! Fanny recordaba su mirada cuando él le metía mano en el vestíbulo amenazándola con lanzarse por la ventana si ella rechazaba sus requerimientos amorosos. Cetrino, cargado de espaldas, había algo enfermizo en sus ojos. «¡Adelante, salta!», le había dicho ella. Y él saltó. Adonais

Brooks. Ahora andaba con un bastón. Ella sonrió calculadora. Adonais Brooks. Cachondo como todo un calavera.

Fanny salió de puntillas de su cuarto. En la casa reinaba la paz. Sir Joseph había ido a su club en medio de una tormenta de amenazas e imprecaciones, y la señora B. se había encerrado en sus habitaciones con dolor de cabeza. Furtivamente, Fanny echó un vistazo a la agenda de direcciones de la señora B., se puso un chal y a toda prisa escapó por la puerta principal.

Hubo un tiempo, cuando tenía dieciocho o diecinueve años, en que Adonais Brooks les exigía a sus amigos que le llamaran Werther. A tal punto le había impresionado el retrato que Goethe había trazado de aquel triste y neurótico joven. Posteriormente descubrió a Collins, a Smart, a Cowper y a Gray. En su estantería estaban las *Églogas orientales* junto con las baladas ossiánicas de Macpherson y las *Reliques of Ancient English Poetry*, de Thomas Percy. Escribía baladas y cultivaba el primitivismo cultural, vestía pantalones rojos y chaquetas de terciopelo negro. En los encuentros que tenían lugar cada quince días en el Club de Poesía de la parte oeste de la ciudad, del cual era secretario, defendía la supremacía de la pasión sobre la precisión, de la sensibilidad sobre la inteligencia. Una tarde, en medio de «Tacita y cucharilla», una elegante sátira de Blythe Bender, se levantó y gritó; «¡Basta ya de Pope, de Addison y de Steele! ¡Basta de inteligencia, urbanidad y heroicos pareados! ¿Dónde está la vida, dónde la sangre, dónde la sepultura?». Un impactante silencio se hizo en el salón; nunca nadie había interrumpido la lectura de un poema, nunca antes había tenido lugar allí semejante violación del buen gusto y del decoro. Sus colegas lo abuchearon, y al poco tiempo se dio de baja del club.

Ahora, a los veintiséis años, vagaba triste por las brumosas calles, con los ojos arrasados en lágrimas, floreciente en medio de eléctricas tormentas y ráfagas de viento, soñando con montañas, heridas, hazañas y emocionantes aventuras sexuales, mórbido y voluptuoso erotismo. Soñando con hacer el amor en cementerios y en catafalcos, entre cadenas, en cárceles, en mazmorras. Tenía cuatro sirvientes y un carruaje. Creía en brujas y aparecidos, y vivía en decadente esplendor en Great George Street. Todavía sufría de un persistente dolor en las costillas —especialmente cuando tosía o respiraba demasiado profundamente— y el hueso roto de su pierna derecha, aunque ya estaba curado, no había soldado correctamente. En secreto, le emocionaba haber perdido una oreja.

Cuando Fanny llegó a su casa, él estaba trabajando en su «Elegía a nuestros fallecidos exploradores africanos»:

¡Oh, Ledyard!, ¡oh, Lucas!, ¡oh, Houghton y Park!
¿Acaso he de contaros entre los queridos difuntos,
mientras Tombuctú aún languidece en la sombra?
Bellows, su criado, la anunció con voz estentórea:
Fanny Brunch, señor.

Se quedó asombrado. ¿Cuántas veces la había imaginado allí? ¿Cuántas veces, estando solo en su alcoba, él había..., etc. Pegó un salto, sacudiéndose como un cocker spaniel mojado, se lamió las palmas y se las pasó por el pelo alisándoselo, y de pronto ella estaba allí, de pie ante él, como en un sueño.

—¡Fanny! —exclamó apresurándose a ofrecerle una silla. Pero... ¿qué era eso? ¿Lágrimas en sus mejillas?

—He venido a suplicar vuestro perdón, señor, y a imploraros un favor —dijo ella entre sollozos.

Él la escuchaba, absorbiendo su imagen igual que un vampiro: sus tobillos, sus caderas, su cabellera. El metal de su voz era un afrodisíaco, manzanas y ostras, una pluma haciéndole cosquillas entre las piernas. Él quería sumergirse en ella, perderse en ella; pero la escuchaba, nerviosamente, experimentando una incómoda erección empinándose en sus pantalones. Cuando ella acabó, él cogió su mano.

—Te ayudaré —le dijo, con una voz tan forzada que era casi un silbido—. Dios sabe que te ayudaré, que haré lo que me pidas, cualquier cosa... Mortificar mi carne, sacarme los ojos, abrirme las venas... ¿Quieres que te lo demuestre? ¿Ahora mismo? Lo haré, lo haré. Cualquier cosa que pidas. —Entonces la miró a lo profundo de los ojos, frío como un cuchillo—. Pero tendrás que comprender que... esto es un *quid pro quo*.

—¿Un qué, señor?

—Un toma y daca. Una cosa por otra.

Fanny bajó los párpados.

—Lo sé, señor... ¿Qué puede ofrecer una pobre chica como yo? Pero usted no será vulgar al respecto.

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana Fanny visitó Newgate. Apretando un pañuelo perfumado contra la nariz, siguió al carcelero, bajando por una tortuosa escalera hasta los calabozos. El eco de sus pisadas resonaba como disparos en un pozo. Cuando la maciza puerta de hierro giró sobre sus goznes, el mal olor la golpeó hasta aflojarle las rodillas. Allí todo era fetidez y oscuridad: los charcos humeaban, y de entre las sombras brotaban gemidos. Siguió avanzando cautelosamente mientras sus pupilas se acostumbraban a la penumbra. La porquería se adhería a sus zapatos, retorcidas garras se alargaban para tocarla, los ojos le escocían con el hedor de la orina.

—¡Oye, culona, ven a sentarte encima de mi cara! —gruñó una voz.

—¡Tetona! —gritó otro preso—, tetona, tetona, tetona.

Un miedo cerval se apoderó de ella —miedo a que la enterraran viva, a morir emparedada, a ser absorbida por el agujero de una letrina, arrastrada hasta las humeantes entrañas de la tierra donde tras ser despellejada por los demonios, las bestias aulladoras olisquearían su alma cagándola con duras cagarrutas negras—. Fanny desfalleció dando un grito, pero el carcelero la aguantó por el codo.

—Todo está bien, señora —le dijo—. No les haga caso... Mire, ya estamos llegando a la celda de su amigo.

Ned estaba delirando, farfullando sobre cabezas de pescado y ollas de oro, revolcado en su propia mierda, desnudo y tiritando. Un viejo con las encías inflamadas yacía muerto a su lado. Fanny depositó media corona en la mano del carcelero y él le quitó los grilletes a Ned, lo envolvió en una manta y lo sacó del calabozo. Más tarde, en una celda privada, Fanny limpió a su amante con una esponja empapada en vinagre y le hizo un caldo caliente. Sostuvo el humeante cuenco a la altura de sus labios y lo besó. Él vomitó. La miró a los ojos y no pareció reconocerla. Antes de que el cirujano llegara, Ned ya estaba bañado en sudor y dándose cabezazos contra las paredes.

—¿Qué es lo que tiene, señor? —suplicó Fanny—. ¿Qué le pasa?

El cirujano tenía setenta u ochenta años, vestía pantalones estrechos y llevaba una peluca de joven calavera. Las aletas de su nariz se dilataron mientras abría una vena en la pierna del paciente dejando salir la sangre hasta que Ned se quedó quieto.

—Fiebre carcelaria —dijo el cirujano flemáticamente—. Si no sale de esta, morirá como un perro. Tire una moneda a cara o cruz si eso la hace sentirse un poco mejor.

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana la señora B. pidió una explicación del hecho de que Fanny no acudiera al sonar la campanilla. Byron Bount permanecía de pie ante ella, talones unidos, mirando a la punta de sus zapatos.

—Bueno, ¿a qué espera, Bount? ¿Aún está la chica indispuesta? ¿Será necesario que venga un médico? Pidiéndole perdón a su señoría, Bount le anunció que Fanny no estaba en la casa.

—¿Que no está en la..., me está diciendo que no está en la casa? —Eso mismo le había dicho. Pero, entonces, ¿dónde estaba? Bount se aclaró la garganta.

—Nadie lo sabe, señora.

La cara de la señora B. se endureció metamorfoseándose, pasando desde la petrificación hasta la fase ígnea.

El resultado de esa entrevista fue que cuando aquella tarde Fanny regresó de la prisión, con el vestido manchado y el corazón en un puño, se encontró con Byron Bount esperándola en la escalera del pórtico. A los pies del mayordomo, había dos bultos de ropa y un ordinario retrato al óleo de la madre de Fanny. Bount cruzó los brazos y la miró como un buitres.

¿Qué otra cosa podía hacer ella?

—A Great George Street —le dijo al cochero.

APOSTASÍA

ALEXANDER ANDERSON estaba en guerra consigo mismo. Su padre le presionaba para que sostuviera una conversación con Ailie a propósito de su situación marital, y no lograba decidir de qué parte estaba.

—No hay nadie en el mundo que esté tan unido a ella como tú, muchacho, ni siquiera su viejo papá. —Lo halagó su padre—. Dile algo que la haga entrar en razón.

Desde hacía casi dos años no se sabía nada de Mungo: el viejo quería que se casara con Gleg.

En otro tiempo, semejante idea le hubiera parecido un anatema. Pero ahora no estaba tan seguro. Gleg seguía siendo un poco imbécil, pero era infinitamente menos imbécil que cuando llegó por primera vez a Selkirk. Por otra parte, no cabía duda de que adoraba a Ailie: la adulaba y la colmaba de regalos y poemas y desafinadas baladas cada vez que la veía. Lo único que obsesionaba a Zander era que aceptar a Gleg equivalía a darle la espalda a Mungo, y eso era peor admitiendo que Mungo se hubiera perdido, que estuviera muerto, enterrado en una tumba anónima o fermentándose lentamente en los intestinos de alguna bestia. Y, sin embargo, por duro que fuera aceptarlo, ¿realmente había alguna esperanza? ¿Qué sentido tenía seguir alimentando falsas ilusiones? ¿Podía permanecer con los brazos cruzados mientras su hermana esperanzada, siempre esperando, se amargaba hasta la desesperación? ¿Podía permanecer indiferente mientras pasaban los estériles años y ella envejecía prematuramente, agobiada bajo el peso de la desilusión, entrando y saliendo de la iglesia, cada día más encorvada, arrastrando los pies y rezando el rosario?

Gleg no era tan malo. Tenía sus defectos: comía como un carretonero y reía igual que una hiena, con sus dientes cariados y vaharadas de halitosis... Era desgarbado, narizón, más feo que matar a un padre... y, con todo, tenía buen corazón y sin duda llegaría a ser alguien en este mundo...

Zander se sirvió un vaso de Whisky y fue despacio hasta la sala, donde Ailie estaba inclinada sobre el microscopio y un bloc de notas. Gleg y el viejo habían ido a visitar a Malcolm McMurtry, para tratar de aliviar la hemorragia del moribundo. Faltaban dos semanas para el día de Navidad. Las guirnaldas de acebo y las ramitas de pino colgaban en las ventanas. Afuera, el viento soplaba entre los árboles.

Zander se sentó en el borde de la mesa y estuvo un rato estudiando el perfil de su hermana: la inclinación del cuello, la nariz respingona, el negro pelo corto.

—Ah —dijo finalmente—. He estado pensándolo mucho, tratando de ser racional, y no creo... Bueno, no creo que puedas hacerte ilusiones con el regreso de Mungo.

Ella no despegó el ojo del microscopio.

—Lo que quiero decir es... ¿No te parece que ya va siendo hora de hacerle frente a esa realidad? ¿No crees que ya deberíamos empezar a pensar en un futuro sin él?

Bebió un sorbo de whisky mientras ella dibujaba algo en el bloc, volvía a asomarse al microscopio, de nuevo a sus apuntes, y otra vez al microscopio.

—No te lo había dicho..., pero dentro de poco me iré de Selkirk, ya sabes..., en cuanto pueda organizarme. No puedo quedarme aquí, viviendo del viejo, hasta que

las ranas críen pelo.

Ella seguía sin responder.

—Y... ¿qué va a ser de ti? El viejo no va a vivir eternamente. ¿No te parece que deberías hacer planes?

Ailie se volvió y le miró.

—¿Y tú, Zander?

Él se echó a reír.

—Sí, yo también. Padre quiere que te cases con Georgie. Me pidió que hablara contigo. Y ya ves, realmente, no creo que sea tan mala idea.

—No quieres verme convertida en una solterona.

—Sí, pudiera decirse así.

—¿Y Mungo?

Zander dejó el vaso en la mesa y fue a atizar el fuego. Las palomas de Ailie entonaron un lastimero zureo a dúo, una especie de treno, y luego se callaron abruptamente sin concluir el canto.

—Tenemos que asumirlo, Ali —dijo él, dándole la espalda—. Han pasado dos años y no ha dado señales de vida. ¿Qué otra conclusión podemos sacar?

Cuando él se dio la vuelta, ella estaba otra vez mirando por el microscopio.

—¿Y bien? —Su voz era amable, un susurro—. ¿Piensas que hay alguna esperanza?

—Yo no amo a Georgie Gleg —dijo ella.

DOS SEMANAS MÁS TARDE, la noche de Navidad, después de brindar e intercambiar regalos, hubo un baile. (Gleg había colmado de obsequios a Ailie: una caja de bombones, tres metros de muselina verde confeccionada en Edimburgo, los dos volúmenes del último estudio sobre la vida de los protozoos de Pierre Menard, *Le monde secret*, un salabre y media docena de blocs de dibujos, pañuelos perfumados, un frasco de esencia de lilas. En cambio, ella solo le dio un cortaplumas). Vecinos y primos iban de aquí para allá haciendo resonar el entarimado, entre otros Kathy Kelpie y el tío Darroch, Nell Gwynn, Robbie Campbell y todos los Motherwell Anderson. Godfrey MacAlpin hacía gemir su gaita, Zander tocaba un pífano y el viejo Deans rascaba un violín. Había ponche de leche y whisky con especias, y en el aire flotaba el aroma de los gansos y las liebres asándose en el espetón. Katlin Gibbie llegó tarde, con las mejillas ruborizadas, del brazo de su nuevo marido y con el protuberante vientre abultándole la bata. Gleg sacó a bailar a Ailie.

Más tarde, cuando todos estaban a la mesa para comer, el doctor Anderson levantó la copa y proclamó que Ailie tenía que anunciar algo. Ella se levantó titubeante, Gleg le sonreía alegremente, Zander la miraba perplejo.

—Como todos ustedes saben —empezó ella— he perdido a mi prometido en las tierras indómitas de África. Yo abrigaba esperanzas de que un día volvería a pisar el

umbral de esa puerta..., muchas esperanzas..., pero los días y los minutos y las horas han sido para mí como un veneno y yo... —Sorbió por las narices. El viejo Deans le ofreció un pañuelo—. Otro hombre, amable y gentil, ha ido ganando mi estima... —Buscó a tientas su vaso, y lo apuró de un trago—. Lo que quiero decir es que si no llegan noticias de Mungo a tiempo, me casaré con Georgie Gleg en esta misma sala, dentro de un año, contando a partir de hoy, ¡así Dios me salve!

HORRIPILACIÓN

LOS DÍAS SE CONVIRTIERON EN SEMANAS; las semanas, en meses. Ned, milagrosamente recuperado pero con una tendencia a quedarse dormido a mitad de frase, bebía cerveza en su celda privada mientras tostaba riñones sobre la parrilla. Afuera estaba nevando. Él podía ver los sólidos copos arremolinándose al otro lado de los barrotes de su ventana como la grava arrastrada por una corriente.

Billy Boyles estaba en una esquina, sentado en un taburete, con un jarro de cerveza en la mano. Estaba de visita. Cruzó las huesudas piernas, tomó un largo trago y se limpió la boca.

—¿Estás nervioso, Neddy?

—¿Nervioso? ¿Por qué habría de estarlo? Soy inocente, ¿acaso no lo sabes?

—Es verdad, Neddy. Yo estaba allí.

El tribunal se reunía en el Old Bailey (un tribunal convenientemente contiguo a la prisión) ocho veces al año, o cada seis semanas, o algo así. Ned había sido arrestado a primeros de agosto, pero su abogado, Neville Thorogood, de la poderosa firma Jagers & Jagers, se las había ingeniado para conseguir tres aplazamientos de la vista debido a la mala salud de su cliente. Thorogood era uno de los principales abogados criminalistas de su tiempo, contratado por Ned gracias a la cuenta bancaria de Adonais Brooks. Pero, por muy bueno que fuera, no podía hacer milagros. Ned Rise se sentaría en el banquillo de los acusados a las diez de la mañana del día siguiente.

FANNY ESTABA TAN NERVIOSA que no podía cenar.

—Pero Fanny —se quejó Brooks—, tienes que alimentarte. Come un poco de ternera..., o por lo menos una cebolla y unas gachas de avena.

No, la verdad era que no podía probar bocado. Brooks enarcó las cejas y con un gesto de la mano le indicó la alcoba.

—¿Entonces, retozamos un poco? ¿Eso te distraerá?

Los meses en Great George Street eran un suplicio. No porque Brooks no fuera amable —era más que generoso—, sino por sus exigencias sexuales, que eran implacables, incesantes, extravagantes y bestiales. Despedía a la servidumbre y la

ataba al pasamanos de la escalera del vestíbulo, la penetraba por detrás, y usaba sus nalgas empinadas como cenicero. Otras veces la ataba a la mesa de la cocina, despatarrada, y sondeaba sus orificios con zanahorias, pepinos, calabacines, salchichas. Luego revolvía media docena de huevos en su ombligo y se los tomaba crudos a lengüetadas, sacaba moldes de sus tetas para hacer gelatina, la sepultaba bajo ensaladas de coles^[11]. Una tarde, a la fuerza, le marcó sus iniciales con hierro candente en la nalga izquierda; en otra ocasión apareció en la casa con un terrier y una caja llena de ratas, y le hizo el amor furiosamente mientras el perro correteaba por la alcoba decapitando roedores y gruñendo como una sierra. Las ratas aterrorizadas saltaban chillando en la cama, escondiéndose debajo de las sábanas, y el amortiguado e insistente snap, snap, snap de los cuellos triturados de sus compañeras las espoleaba como si fueran latigazos. Fanny estaba asustada, sumida en una especie de postración nerviosa. Pero Adonais no dejaba de follar.

Aquello era difícil de soportar. Pero o bien se resignaba, o tendría que ver morir lentamente a Ned en medio de la podredumbre de Newgate. La historia del amor estaba llena de sacrificios similares: Píramo y Tisbe, Venus y Adonis, George y Manila Washington. Si ellos habían podido hacerlo, ella también. Cuando abrazaba a Ned entre los fríos muros de Newgate, tan dolorida y exhausta que apenas podía moverse, con los labios hinchados y los ojos empañados en lágrimas, sentía que ascendía a las etéreas soledades de los mártires cristianos, levitando en el reino de los cielos, junto a Ignacio, Policarpo, Juana de Arco y hasta el mismísimo Señor jesucristo. Aquello era un martirio. Era amor.

Ned hacía lo que podía para mitigar su dolor. La calmaba, aplicándole masajes en los verdugones y cardenales, suavizando con cremas y ungüentos el estigma caligráfico en su nalga izquierda, jurando venganza sin cesar, proclamando que la vengaría y luego se irían a alguna isla en el Mediterráneo donde levantaría un altar consagrado a ella. Fanny le dejaba hablar, su voz era como un sedante. Las paredes eran de granito; la puerta, de hierro fundido. Él no tenía ni un penique, su impotencia era total, estaba castrado por un sistema que aplasta al oprimido premiando a perjuros y ladrones. Pero ella no se lo recordaba. Jamás socavaba sus esperanzas, nunca arruinaba sus ilusiones con el lastre de la realidad y, sobre todo, nunca aludía al juicio que pendía sobre sus cabezas como la cruel y destellante cuchilla de una guillotina.

Pero ahora se acercaba el momento. Si Ned quedaba absuelto, ella podría darle la espalda a Brooks para vivir con su amante en la pobreza y el éxtasis. Pero si no...

Fanny se infundía valor a sí misma. El ejemplo de Tisbe no la abandonaba.

EL BIRRETE NEGRO

EL DÍA DEL JUICIO amaneció como una infección, con el cielo bajo y purulento, y el sol era un ojo cubierto por una costra. Unas cuantas palomas enfermizas sobrevolaban los muros de la prisión como periódicos levantados por el viento. Desde la calle llegaba el patogénico bramido de la multitud congregada frente al tribunal. A Ned Rise le dolía el estómago.

El gentío estaba bastante controlado, y lo integraban tenderos, sacerdotes, industriales en ciernes y esposas de miembros del Parlamento: la flor y nata de la clase media. Habían sido minuciosamente convocados gracias a los esfuerzos de sir Joseph Banks. Infatigablemente, a lo largo del otoño y principios de invierno, había llevado a cabo una campaña en la prensa y en los salones del Soho y de Mayfair para convertir aquel caso en un público escarmiento, para «dejar colgando su hinchado cadáver ante los ojos y las narices de la ciudadanía hasta que ese repugnante espectáculo los incite a levantarse y exterminar a los gusanos humanos que infestan nuestras calles amenazando la vida, la libertad —y sí, la propiedad— de nuestros buenos ciudadanos». No podía perdonar aquel gratuito acto de violencia contra su viejo amigo y consocio africano, pero lo que aumentó su ira hasta el borde del infarto fue saber que su propia exsirvienta estaba relacionada —de la manera más odiosa— con el malhechor. Solo una cosa le había traído hasta el Old Bailey: ver a Ned Rise sentenciado a morir en la horca.

La sala estaba de bote en bote. Charles Fax estaba allí, y también sir Reginald Durfeys, el duque de Omnium y la señora Bledsoe. La condesa Binbotta, hermana de Twit, había venido desde Leghorn con su marido Rudolfo. La Asociación Africana asistía en pleno. Carlotta Meninges estaba allí, y Bishop Erkenwald. También estaba el *Beau* Brummell, ahora íntimo del príncipe de Gales, ya en vías de convertirse en el doblador de chorreras más preeminente de su época. La muerte de Twit los había conmovido a todos, sobre todo porque conmovía los cimientos de su propia vulnerabilidad. ¿A quién no le habían dado un tirón de bolsa en la calle? ¿Quién no había sido asaltado a punta de pistola en su propio coche? ¿Quién, de regreso a casa, no había encontrado sus habitaciones saqueadas incluyendo las joyas escondidas? Pero aquello..., aquello pasaba de castaño oscuro.

En el transcurso de aquel invierno, entre el 96 y el 97, se habían registrado casi doscientas figuras delictivas castigadas con la pena capital, incluyendo crímenes tan atroces como: robar ropa de una lavandería; disparar al cobrador de impuestos; demoler casas, iglesias, etc.; estropear el lúpulo de la cerveza; incendiar trigales o minas de carbón; apuñalar a una persona desarmada si esta moría al cabo de seis meses; enviar cartas amenazadoras; participar en disturbios de doce o más personas que duren más de una hora; envenenar viveros; hurtar ropas de lana de los tendedores; robar de un barco en peligro; intentar asesinar a los consejeros del

Consejo Privado, etc.; profanación de lugares sagrados; destrucción de barreras de portazgo o puentes. Con tantas felonías donde escoger, a aquel pobre idiota se le había ocurrido pasarse de la raya y matar a un noble. Aquello era algo más que un crimen. Era una atrocidad, una violación de las reglas, un desafío al sistema. Si hoy se toleraba el asesinato de un lord, mañana cualquier dama de alcurnia podría ser violada. Y eso era algo inconcebible. Tanto los burgueses como la buena sociedad habían salido a la calle en son de protesta. Y estaban allí para ver al prisionero recibir su merecido. Para ver al juez poniéndose el birrete negro.

TODOS LOS ACTORES del drama estaban congregados cuando Ned Rise entró en la sala del tribunal con las cadenas campanilleando en la cintura y los tobillos. Los jurados habían prestado juramento, besando la antigua Biblia, cuyos cantos estaban ennegrecidos de tanto besuqueo, y tomado asiento; los abogados barajaban papeles riéndose de algún chiste en privado; los jueces —el alcalde, el concejal, los oficiales de justicia y el presidente del Tribunal Supremo— se arreglaban las togas, tosiendo discretamente, debajo del oleaje de sus pletóricas pelucas, que eran como la estampida de un rebaño de ovejas. Clank-clank, resonaron las cadenas. Los que estaban leyendo, miraron por encima de los periódicos, las mujeres dejaron de hacer ganchillo, aquí y allá se destapaban frascos de brandy, todos excitados como comadreas olfateando un pájaro herido. Con los hombros caídos, Ned tenía aspecto de estar pidiendo perdón cuando ocupó el banquillo de los acusados rechinando metálicamente.

El presidente del Tribunal Supremo limpió sus gafas y luego se frotó el caballete de la nariz mientras Ned buscaba en la sala alguna cara amiga. A primera vista, no había ninguna. Atrabiliarios y desabridos, cualquiera diría que a los jueces acababan de sacarlos de la siesta; los miembros del jurado permanecían tiesos como las estacas de una cerca, unos llevaban peluca, otros no, y sus rostros parecían esculpidos en granito; al abogado de la acusación le rechinaban los dientes. Ned estaba frente al público que abarrotaba la sala como si fuera la platea de un teatro, y su mirada se cruzó con las mejillas encendidas y las cejas vesubianas de sir Joseph Banks, la nariz en forma de estoque de la condesa Binbotta, el encrespado pelo plateado de Reginald Durfeys y, por último, con una visión consoladora: la triste y melancólica sonrisa de Fanny. Al menos *ella* estaba allí, gracias a Dios. Pero... ¿quién era el tipo que estaba a su lado, con chaqueta escarlata y labios hinchados como si le hubiera picado una abeja? ¿Sería el tal Brooks? Y, aún peor, ¿quién era aquella bruja andrajosa sentada en primera fila, esa con un aro colgando del labio? Había algo en ella que le helaba la sangre, algo extraño y terrible, algo que se remontaba a lo más recóndito de su memoria susurrándole: «¡Estás perdido, perdido, todo está perdido!».

—¡Escribano! —tronó el presidente del Tribunal—. Lea la acusación. La voz del escribano sonó como un fagot, profunda y meliflua.

—Se acusa al prisionero Ned Rise —leyó— de haberle quitado la vida al lord Graeme Eustace Twit con alevosía y premeditación, violentamente, en la noche del 11 de agosto de 1796, después de haberse valido de artimañas para atraer a su difunta señoría a la infame y asquerosa casa del reo en Southwark, quien, acto seguido, lo defenestró causándole graves daños corporales de resultas de los cuales falleció posteriormente.

—La acusación ha sido leída —observó el presidente del Tribunal Supremo con voz vibrante—. ¿Cómo se declara el prisionero?

Ned se atragantó.

—No... —dijo con voz entrecortada, en un súbito acceso de tos, en medio de espasmos, babeando y resollando como un asmático mientras el alguacil le daba manotazos en la espalda y los espectadores inhalaban jarros de vinagre y desmenuzaban ramitas de ruda para protegerse del contagio. Finalmente, lagrimeando, Ned consiguió articular cuatro palabras—: Soy inocente..., señor juez.

Desde la galería destinada a los espectadores, lo abuchearon. El presidente del Tribunal aporreó la mesa con el martillo.

—¡Que se presente el primer testigo! —rugió.

El primer testigo era Mendoza. El campeón de los puños atravesó la sala dando Zancadas en medio de un murmullo de aprobación, resplandeciente con una prístina corbata, chaqueta gris marengo y pantalones de terciopelo negro. Llevaba el cabello ligeramente empolvado, recogido en una coleta y atado con una cinta primorosa a juego con sus pantalones. Contó su versión de los hechos con voz clara y enérgica, solo a ratos interrumpida por accesos de emoción cada vez que el abogado de la acusación le obligaba a extenderse en los detalles más desagradables del crimen. Todos coincidieron en que había desempeñado muy bien su cometido.

Ned experimentó una ráfaga de alivio cuando su abogado, Neville Thorogood, se levantó para interrogar severamente al testigo. Thorogood era fofo y gordo, un hombre cuya reputación radicaba tanto en el hecho de que una vez se comió trece pollos asados de un tirón como en su habilidad jurídica. Avanzó de un modo impresionante, con una austera e imponente mirada de hierro brillando en su obesa complexión, cuya inmensidad envuelta en la toga negra eclipsaba a media sala. Desafortunadamente, su voz era atiplada como la de un niño de coro, y hubo risitas disimuladas en la galería cuando empezó su interrogatorio.

—Señor Mendoza —dijo con un tono de voz bastante aflautado—, ¿puede decir a los caballeros del jurado qué hacía usted exactamente en el domicilio del acusado el 11 de agosto de este año, a las cuatro de la mañana?

Mendoza no se inmutó.

—El prisionero vino a proponernos la venta de una vajilla de plata y unos cuadros antiguos y otras reliquias de familia, ilustrísimo señor, y como sabíamos que a la señora Tuppenham le habían robado recientemente esas mismas cosas, acordamos vernos en su casa con el propósito de recuperar esas propiedades y retenerlo a él hasta

que se diera aviso a las autoridades.

Una salva de aplausos estalló en la galería.

El alcalde felicitó al testigo por su gran sentido del deber cívico.

Ned estaba perplejo.

—¡Pero si está mintiendo! —gritó—. ¡Miente más que habla!

El presidente del Tribunal pegó un martillazo en la mesa y ordenó al alguacil que tuviera a raya al prisionero. Ned recibió un golpe en los riñones y se dobló en dos empezando a toser de nuevo. Cuando se recuperó, levantó la cabeza y miró fijamente a Mendoza.

—Fuisteis vosotros los que vinisteis a robarme a mí —le dijo.

En ese mismo momento el abogado de la acusación se levantó de su asiento.

—Señor juez —empezó—, le ruego que considere que en el momento de su arresto, el acusado era un fugitivo de la justicia, culpable de promover aquel sórdido asunto de la taberna del Vole's Head que tanto nos escandalizó hace pocos meses. Además, permitidme que os diga que evidentemente es absurdo acusar a un hombre que deja una fortuna valorada en unas sesenta mil libras de intentar... robarle a un miserable indigente de Southwark. —Aquí hizo una pausa solemne—. Y más allá del absurdo que ello entraña, esa descabellada y desesperada historieta constituye una cruel profanación de la memoria de un gran noble inglés que, si no fuera por culpa de este canalla aquí presente, hoy estaría entre nosotros para defenderse de la afrenta que representa semejante calumnia.

—¡Bravo! —gritó Rudolfo Binbotta.

El presidente del Tribunal, ignorando el ímpetu de Binbotta, miró al prisionero como si estuviera examinando una piltrafa.

—Estoy absolutamente de acuerdo, abogado. —Y tras un martillazo, añadió—: ¡El siguiente testigo!

El siguiente testigo era Smirke. Subió pesadamente a la tribuna de los testigos, y torpemente contó su versión. Ned Rise era un ladrón y un mentiroso. Un sinvergüenza que le había engañado mancillando el buen nombre del Vole's Head para luego escabullirse con el fin de no «cargar con los gastos». La noche del 11 de agosto, según argumentó, él fue a Southwark con «el majestuoso púgil, su difunta señoría y el negro esclavo para recuperar las propiedades que el prisionero le había robado a una gran dama. Y para ver esas propiedades, fuimos a su domicilio. Allí fui testigo de cómo retrocedió igual que una rata acorralada y de cómo rencorosamente empujó a su difunta señoría por la ventana causándole la muerte».

Cuando Ned protestó, el alguacil le metió un trapo en la boca.

Entonces llamaron a Jutta Jim a declarar como testigo. Como su inglés oscilaba entre lo inexistente y lo rudimentario, hizo su relato valiéndose de gesticulaciones y pantomimas. Mientras describía su actuación en el Vole's Head, por ejemplo, hizo un círculo con el pulgar y el índice de su mano izquierda, a través del cual metió y sacó repetidas veces el rígido dedo índice de la mano derecha.

—*Mojo-jojo* —sonrió bonachonamente—. Follá.

Cuando llegó a la descripción de la fatídica noche, se puso a cuatro patas y dio varias vueltas a la sala de justicia gateando y enseñando ferozmente los dientes para indicar el sigilo y salvajismo del prisionero, después de lo cual se dejó caer pesadamente boca arriba, imitando a su amo muerto. Concluyó su actuación bañado en lágrimas.

El abogado terminó la presentación de su alegato y Neville Thorogood se levantó para llamar a su primer y único testigo: Billy Boyles.

Boyles, con su cogote aplastado como un libro, entró en la sala tambaleándose a lo largo del pasillo. Con la ropa ajada y deshilachada y una barba que era un pegote de mugre, apestaba a ginebra de a medio penique. Durante un largo rato, se quedó en el centro de la sala, aturdido e indeciso. Todos clavaban los ojos en él. Sacudió la cabeza dos veces, como si quisiera despejársela, dio un paso hacia delante y tropezó con el escribano.

—¡Alguacil! —tronó el juez—. Ayude a ese hombre a subir al estrado de los testigos.

Thorogood protestó:

—Pero, señor juez..., el testigo está ebrio.

—¡Tonterías!

Ya habían ayudado a Boyles a levantarse del suelo, y ahora se agarraba a la baranda del estrado subiendo casi a rastras hasta la tribuna.

—¿Está usted ebrio, señor? —preguntó el presidente del Tribunal.

Boyles consiguió sentarse y miró al presidente.

—¿Qué dice?

—Que si está usted ebrio, señor.

No hubo respuesta.

El alcalde cuchicheó algo al oído del presidente del Tribunal. El presidente formuló su pregunta en otros términos.

—Borracho, señor. ¿Está usted borracho?

Eso sí pareció comprenderlo, pues Boyles se puso pálido.

—¿Quién, yo? De ninguna manera. Yo podré beberme un par de gotas de ginebra al día, pero en una ocasión tan sagrada como esta —aquí hizo una pausa para soltar un eructo y golpearse el esternón con el puño—, ¡ni hablar!

El presidente del Tribunal volvió a repantigarse en su asiento.

—El testigo está a su disposición, abogado.

Thorogood infló las mejillas en un gesto de exasperación, y luego se volvió al testigo y le preguntó si conocía a Ned Rise como un hombre honrado.

—¿Honrado? —ladró Boyles—. ¡Vamos, es tan honrado como puede serlo un pícaro obligado a vivir del cuento!

Alguien se echó a reír en la galería. Boyles le guiñó un ojo a Ned. Entonces el abogado le preguntó a Boyles sobre lo sucedido en Southwark la noche del 11 de

agosto.

Boyles parecía desconcertado.

—¿11 de agosto? Si casi no puedo recordar lo que me pasó la semana pasada, ¿cómo quiere que sepa lo que pasó hace cinco o seis meses, eh?

—La noche del fallecimiento de lord Twit —trinó Thorogood.

—¡Ahhhh! —exclamó Boyles, como si eso arrojara una nueva luz sobre el asunto—. ¿Fue esa noche, no? ¿El 11 de agosto? ¿Está usted seguro? —Se hurgó a fondo la nariz durante un momento y luego empezó su relato.

—Bueno, pues le diré. Yo estuve presente todo el tiempo y le digo que Neddy Rise es tan inocente como un bebé.

Eso provocó una airada protesta entre los espectadores, a quienes Boyles respondió con un gesto obsceno.

—Ellos me cogieron desprevenido, estando yo borracho —continuó— y me obligaron a llevarlos a la casa de Neddy, aunque hacía cinco meses que Neddy estaba muerto y ahogado. Así que subimos a su habitación y lo esperamos allí, yo y Twit y los demás..., y los demás...

—Sí —chilló Thorogood—, continúe...

Pero Boyles no podía continuar. De una cabezada, su frente fue a dar contra la baranda, y empezó a roncar con un ruido de serrucho. El presidente del Tribunal ordenó al alguacil que lo sacudiera por los hombros, pero fue en vano: había perdido el conocimiento.

—¡Sacad al testigo de la sala! —tronó el juez. Y luego—: ¿No tiene otro testigo a quien llamar, señor Thorogood?

—No, señor juez —se lamentó el abogado de Ned—, pero...

—Señor abogado de la acusación..., puede dirigirse al jurado.

En su recapitulación, el abogado de la acusación evocó a los clásicos, desde Shakespeare hasta la Biblia. Citó a poetas, presentó pruebas, se refirió al pecado y a la corrupción, al deplorable estado de las calles de Londres, a la endogamia y la mentalidad criminal. Enardecido, habló de tortura y de horca, del efecto disuasorio que tendría una ejecución pública. Ned Rise, según afirmó, era un demonio y un libertino. Un Jack el Destripador, un Ethan Allen, un Robespierre. Era una inmundicia, un gusano, una lacra. Acabar con él no solo sería patriótico, sino cristiano, pues sería una ocasión propicia para que el pueblo inglés confirmara su identificación con Jesús de Nazaret galvanizando su odio a Satanás y a sus infames secuaces en la tierra.

—¡Os imploro —concluyó—, no..., os ordeno en el nombre del rey Jorge y del Señor que está en los cielos extirpar este tumor canceroso, esta buba, este Ned Rise, antes de que crezca y nos consuma a todos nosotros!

El abogado de la acusación estaba sudando a mares. Sus últimas palabras habían sonado como las trompetas de los arcángeles anunciando el día del Juicio Final. La galería estalló en una espontánea salva de aplausos.

Y entonces le correspondió el turno a Ned. Le sacaron el trapo de la boca, y ya estaba preparado para pronunciar su alegato final. (En aquel momento de la historia de la jurisprudencia inglesa, al abogado de la defensa le estaba prohibido dirigirse al jurado. Ese privilegio le estaba reservado únicamente al acusado. En la mayoría de los casos, el acusado estaba medio muerto de hambre, o era un ignorante, intimidado por el procedimiento, incapaz de ponderar las pruebas o de razonar con lucidez. ¡Pero ése era su problema!).

Ned respiró hondo, se volvió hacia el jurado, y dio lo mejor de sí.

—Caballeros del jurado —empezó—, toda historia tiene dos versiones, y yo os ruego que ahora prestéis atención a la mía. En primer lugar, todo lo que habéis oído hoy aquí es mentira.

En la galería hubo pataleos, abucheos y silbidos; el juez llamó al orden con su martillo.

—Yo solo quería vivir decentemente. Ganarme unas cuantas libras para así poder casarme y abrir una taberna o algún otro negocio respetable. Trabajé muy duro y ahorré algún dinero. Pero estos hombres vinieron a mi casa, en plena noche, a golpearme y a robarme: Smirke, Mendoza, y sí, lord Twit, ¡que Dios lo guarde en su gloria!

—¡Infamia! —vociferó sir Joseph Banks.

—¡Está mintiendo! —chilló la condesa Binbotta.

Ned levantó la mano encadenada pidiendo silencio.

—¿Cómo iba a adquirir alguien como yo las casi quinientas libras que me robaron aquella noche? Muy sencillo. Las conseguí con el sudor de mi frente, envasando..., er..., importando... el renombrado caviar, Exquisiteces de Chichikov.

En cuanto mencionó la marca, un colérico rumor recorrió la sala; Ned empezó a sentir que había cometido un error. Aquello había sido una auténtica metedura de pata.

—Las Exquisiteces de Chichikov, que yo vendía con mil sacrificios al buen pueblo de Londres para que pudiera disfrutar del más fino...

—¡Huevos de rana embetunados! —gritó un jurado enojado.

—¡Veneno! —gritó otro.

—¡Que lo ahorquen!

El alguacil tuvo que contener a uno de los jurados que, con la cara enrojecida, trataba de saltar la baranda para arrojar a la yugular del prisionero. La galería se alborotó, y Ned tuvo que agacharse esquivando zapatos y trozos de frutas podridas mientras el presidente del Tribunal y el alcaide aporreaban la mesa con sus martillos.

—¡Orden en la sala! —gritaba el escribano—. ¡Orden!

Cuando todos en la sala volvieron a sentarse, el presidente del Tribunal fulminó a Ned con una mirada furibunda.

—Alguacil —rugió—, el prisionero ha provocado un amotinamiento. Amordácelo.

A Ned volvieron a meterle el trapo en la boca y el presidente del Tribunal ordenó al jurado que se retirara a deliberar y pronunciara su veredicto.

El presidente del jurado se levantó. Era un tipejo alto y flaco, con cara de dispéptico y el ceño fruncido.

—No es necesario que deliberemos, señor juez. Nuestra decisión es unánime. Encontramos al acusado culpable de los cargos que se le imputan. —Hizo como si fuera a sentarse, pero entonces lo pensó mejor—. Y si me permite decirlo con más franqueza, señor juez, creo que ahorcarlo sería demasiado bueno para él.

El presidente del Tribunal miró a la hilera de sus colegas sentados por debajo de él —los oficiales de justicia, los concejales, el alcalde— mientras todos en la sala contenían el aliento. Entonces, poniendo una cara patibularia, alargó la mano debajo de la mesa, sacó el birrete negro y se lo puso encima de la peluca.

—Ned Rise —dijo con una voz capaz de despertar a un muerto—. Póngase frente al tribunal y oiga nuestra condena a muerte. —Hizo una pausa para sonarse poderosamente la nariz—: Después de sopesar las pruebas le encontramos culpable de los cargos y lo sentenciamos a colgar de la horca hasta que esté ¡muerto, muerto, muerto!

Cuando el presidente del Tribunal pronunció la sentencia, el alguacil deslizó un cordel alrededor del pulgar del prisionero, hizo un nudo corredizo y lo apretó, bien tirante, para ilustrar las palabras que acababan de ser pronunciadas. Ned estaba aturdido. Miró a su alrededor y vio que toda la sala estaba en pie, la gente aplaudía y silbaba, abucheándolo y burlándose de él; no vio a Fanny en ninguna parte. El alguacil lo sujetó por el brazo y lo condujo hasta la puerta que comunicaba con la prisión. Por encima del estruendo del gentío, hubo un chirrido que se introdujo en sus oídos, llenando su ser, arrastrándose por su carne, como si todos los cadáveres del mundo se hubieran levantado para arañar con las uñas la superficie de una monstruosa pizarra: «¡Eeeeeeeh!», rechinó el chillido. «¡Eeeeeeeh! ¡Eeeeeeeh-eeeeeeh!».

HÉGIRA

LA MUERTE DE JOHNSON fue un mazazo para el explorador. Si antes la situación era grave, ahora era desesperada. No solo estaba medio desnudo, muerto de hambre, febril, tan sucio que daba asco, sin dinero y extraviado, sino que de golpe y porrazo se encontraba en un ambiente ajeno y hostil; sin guía, sin compañero. Su vivencia con los moros había sido un juego de niños comparada con aquello.

Cuando vio la cara de Johnson hundida en el lodo, perdió los estribos y fue presa del furor, igual que las madres griegas en los funerales de sus primogénitos, o como aquellos federalistas, cuyas firmas, por mala suerte, quedaban en último lugar al pie de un histórico documento revolucionario. Simplemente, se dejó arrastrar por la consternación y la rabia. Sentado en el agua, empezó a llorar arrancándose los

cabellos, lamentándose, sollozando y gimiendo, rechinando los dientes, arañándose la piel, clavando una y otra vez su inútil cuchillo en el agua mientras maldecía y blasfemaba, gritando contra la carencia de sentido que regia el universo y el negro y arbitrario corazón que lo supervisaba todo. Así estuvo unos diez minutos, hasta que sintió una mano en el hombro. Era el refugiado. Detrás de él, con el agua por las rodillas, estaban su esposa y los raquíticos niños, acongojados.

—Venga con nosotros —dijo el pequeño hombre—. Aquí ya no tiene nada que hacer..., como no sea atraer a otro cocodrilo.

El hombre se llamaba Jemafoo Momadoo. Al igual que muchos mandingas de la región, era musulmán, convertido al islamismo bajo presión de los moros. Se prosternaba en dirección a la Meca dos veces al día, no comía carne de cerdo y su primer hijo se llamaba Ismael, pero no era un fanático. Antes del diluvio, era un agricultor arrendatario en la aldea de Sooha, vivía arañando la tierra polvorienta de sol a sol, ordenando las desecadas tetas amarillas de sus cabras, salcochando y comiéndose los huesos de las serpientes, los sapos y las ratas. Tras una semana de lluvia incesante, los cultivos de Sooha se inundaron hasta quedar sumergidos bajo un metro de agua. Él, su mujer y sus famélicos niños estaban durmiendo en su choza de caña cuando el Níger los arrastró, entre oleajes y truenos. La riada le arrebató sus cabras, dos hijos, la cabaña, las herramientas y su exigua reserva de legumbres y arroz. A cambio, el río entregó los abotargados cadáveres de dos antílopes y un sitatunga.

El pequeño hombre condujo de nuevo al explorador a la eminencia donde el puchero seguía hirviendo a fuego lento. El claro en el bosque era tan verde que hería los ojos.

—¿Quiere un poco de caldo? —le preguntó Jemafoo.

MUNGO ACOMPAÑÓ a los Momadoo hasta la aldea de Song, cuyo *Dooty* era el suegro de Jemafoo. Eso estaba a dos días de caminata. Jemafoo abrigaba el propósito de contribuir a la merma de la despensa de su suegro, mientras que Mungo, aún anonadado por el impacto de la súbita muerte de Johnson y temblando con la arremetida de la fiebre, se alegraba de poder viajar a cualquier parte, lo más lejos posible, con tal de que fuera en la dirección correcta. (Había descubierto, para su consternación, que en su frustrado intento de atravesar el Toolumbo había desembarcado al otro lado del Níger, *cuarenta kilómetros detrás del punto del cual había partido*. El descubrimiento no fue realmente una sorpresa, pues no era más que otro eslabón en una concatenación de contratiempos y sinsabores que había empezado con la desaparición del baúl que traía en el barco —a los diez minutos de haber desembarcado en Gorée— y que continuaba inalterable desde entonces).

La familia Momadoo llegó en tropel a Song poco después del amanecer, con el explorador en retaguardia. Las hogueras ardían débilmente bajo la llovizna, los perros

ladraban, las gallinas guineas picoteaban la tierra. No se veía a nadie. La señora de Momadoo, embarazada de ocho meses y medio, era oriunda de la aldea, y estaba atónita. Se asomó a la choza de sus padres y llamó un par de veces, luego se volvió a su marido y se encogió de hombros. Pero entonces contuvo el aliento y se quedó completamente inmóvil, escuchando. Su jovial cara se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Mola lave akombo* —dijo—. Están cantando. Escucha.

El sonido era tenue y distante, como ruidos parásitos en el aire, uno de esos zumbidos que anuncian un enjambre de insectos —o una concentración de ejércitos—. El explorador abrió los oídos: aquello parecía venir del río. Miró en esa dirección automáticamente, sin pensarlo, casi como si estuviera hechizado. Eran voces humanas, elevándose en canto. ¿Cuánto hacía que no oía un coro así? Bajos y contraltos, contrapuntos, altísimos sopranos; la tesitura de aquellas voces le hizo recordar la cavernosa catedral de Edimburgo y la sencilla capilla con vigas de roble de su infancia en Fowlshiels. Mungo le devolvió la sonrisa a la señora de Momadoo.

El lodoso sendero serpenteaba a través de una serie de huertos que ya germinaban con amarillas calabazas, melones de agua, ñames, mandioca, maíz y cacahuets, para luego bajar por una breve pendiente hasta unos predios ribereños que parecían un arrozal anegado. Los niños se adelantaron corriendo, enflaquecidos, como aves desplumadas, y la señora de Momadoo los siguió, con la gran barriga bamboleándose al compás de sus rápidos codos. Mungo iba al lado de Jemafoo, interrogándolo sobre la estructura del poder local, las técnicas agrícolas, los ritos iniciáticos. Los cantos se elevaron en un *crescendo*.

Entraron en un oscuro coágulo de vegetación que los rodeó por todas partes, luego doblaron en un recodo y Mungo se quedó sin respiración: el Níger se extendía ante ellos, oceánico, teñido de gris por la neblina. Los árboles brotaban del agua mostrando solo sus ramas, como si fueran mujeres levantándose las faldas, y la orilla estaba llena de gente. Sobrevolando la escena, bandadas de chillones y pendencieros pájaros. A Jemafoo se le iluminó el rostro.

—¡Es la arribazón de los *akeena*! —gritó, precipitándose hacia el río como un podenco tras un rastro.

Nadie levantó la vista para mirar al explorador cuando este se unió al gentío en la orilla. Estaban demasiado atareados sacando entre todos una descomunal jábega mientras cantaban con toda el alma. «¡Wo-habba-wo!», cantaban los hombres en un bajo tan robusto que estremecía la tierra, inclinándose hacia delante cuando decían «habba», y echándose hacia atrás para tirar de los largos cabos al tiempo que entonaban un optimista «¡wo!». «Weema-woppa, weema-woppa», cantaban mujeres y niños, mientras un viejo, lleno de costillas pero musculoso, entrelazaba una melodía que serpenteaba por encima del coro con la misma efusión que un tenor de la Royal Opera.

Mungo miró a su alrededor. La señora de Momadoo se unió a uno de los grupos

que tiraban de los cabos, poniéndose detrás de su primogénito. Jemafoo se quedó al lado de un montón de plateados peces, pequeños como sardinas, y se dedicó a espantar con una vara a las golondrinas de mar y a los pelícanos que se abatían sobre la hirviente masa para enseguida salir disparados al cielo. Cada cual tenía su cometido —desde las viejas que avivaban las fogatas hasta los niños que ahuyentaban a perros y chacales con andanadas de piedras— y, no obstante, todos estaban en armonía gracias a la insistente cadencia de la canción. Orden y armonía, cantaban las voces, cooperación y prosperidad, interjecciones para izar y tirar. El explorador permanecía allí, como un maniquí, dispuesto a trabajar afanosamente con la red cuando empezó a detectar un cambio en la intensidad del canto. Era como si las voces estuvieran a punto de estallar, retumbando a lo lejos como una estampida, y entonces una voz de mujer subió la escala en un estallido de dionisiaca energía, punzante y triunfante, y ahora el ritmo latía aceleradamente, creciendo hasta el clímax, atronador; y de pronto Mungo estaba tirando de un cabo con todas sus fuerzas, instintivo y febril, hambriento, afligido, dejándose llevar por aquella oleada de emoción colectiva.

La red empezó a cerrarse como una garganta, ciñéndose en una U, luego en una V, y de golpe los peces bulleron en el agua. Miles de peces saltando en el aire, por encima de la red, y cientos de miles más hirviendo en lo más profundo, atrapados en las mallas, agitándose hasta hacer espuma. Unos hombres con el agua a la cintura aporreaban a los que se escapaban mientras los niños sacaban con palas a los aturcidos transgresores. La multitud siguió tirando de los cabos, y todo acabó. La red se quedó encallada en seco, colosal, un río de carne.

Culebras y anguilas se deslizaban por el agua, los peces se agitaban saltando en la lodosa orilla como volatineros. Pero cada vez que uno estaba a punto de fugarse, se encontraba con un escuálido y diligente niño mandinga con un garrote. Zas, zas..., sonaban los garrotazos, y una nueva canción empezó, menos rítmica que la anterior, más bien lenta, metódica: una canción de matanza. Ni un solo pez escapó. Ya las hogueras crepitaban y las mujeres ensartaban los pequeños peces plateados en cuerdas, colgándolos para tostarlos. En la red había una perca que debía de pesar más de cuarenta y cinco kilos, y un pez parecido a un siluro que hubiera podido tragársela entera. Entre dos hombres levantaron una tortuga del tamaño de la rueda de un coche, otro sacó a rastras una serpiente pitón de tres metros y medio y la llevó hasta la aldea. En cuestión de minutos, la tortuga estaba sin caparazón, desmembrada y borbotando en un puchero; la perca y el siluro estaban destripados, envueltos en hojas y puestos a fuego lento en un hoyo mientras un par de marabúes se disputaban las sobras. Jemafoo le dio una palmada en el hombro al explorador.

—Mire —le dijo, ofreciéndole un pescado de ocho centímetros que relampagueaba retorciéndose en su mano—. *Akeena*. —Sonreía para infundirle ánimo, pues la experiencia le había enseñado que toda aflicción se cura con la comida—. Fíjese bien... hágalo así. —Le hizo una demostración, aplicando sus labios a la

cloaca del pescado y apretándolo para sacar la hueva—. Vamos, trate de hacerlo.

Los pájaros chillaban, y un denso y grasiento humo flotaba en el aire. Los cantos a coro aumentaban y disminuían. Mungo se llevó el pescado a la boca, pero cuando trató de chuparlo, descubrió que sus fuerzas le abandonaban. Con fuertes latidos en las sienes, sintió que las rodillas se le aflojaban. Desfalleció y todo se hizo oscuro.

LA FIEBRE HABÍA SUBIDO enervándolo hasta el delirio. Una humillante diarrea lo debilitó tanto que ni siquiera era capaz de limpiarse. Durante dos semanas estuvo postrado en una estera, en la choza del suegro de Jemafoo, sudando y hediendo, despertando en medio de adversas pesadillas para enfrentarse con la espantosa realidad de cuatro paredes en otro planeta. De vez en cuando alguien se inclinaba sobre él con un trapo húmedo o introducía una cuchara de madera en su boca. Una anciana le ofreció una poción de cortezas machacadas: tenía la cara de Dassoud. Demonios aullando y extrañas melodías resonaban en sus oídos. Vio la red izada hacia las estrellas, y luego la vio hundirse en el centro de la tierra, debatiéndose en las gélidas y oscuras profundidades del océano. La lluvia siseaba en el techo de paja, ciempiés y arañas carmesíes reptaban por su cuerpo, chupándole la sangre, anidando en sus ojos. Chilló hasta quedarse ronco. Y entonces —tan súbitamente como había empezado— la fiebre remitió. Ahora podía ver y oír. Al fin sabía quién era.

En la choza no cabía un alfiler: niños y adultos, perros, gallinas y un viejo leproso. Las cortinas de lluvia oscurecían la entrada, todo olía a cuneta y a aguas del pantoque. Jemafoo y su suegro estaban discutiendo.

—Has venido a cargarme con tus problemas.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? ¿Dejar que su hija y sus nietos se murieran de hambre?

—¿Y qué me dices de él?

—Usted no puede darle la espalda a un huésped.

—Yo no lo invité a él. Ni a ti tampoco, si vamos a eso.

El explorador se incorporó apoyándose en los codos.

—Ya me siento mejor —graznó—. Mucho mejor. —Se levantó tambaleándose. Estaba tan delgado que no era más que ojos—. Si tan siquiera pudiera darme algo de comer para el camino...

En ese momento brotó un grito desde un rincón de la cabaña, un chillido sobrenatural, un berrinche de otro mundo. Las mujeres rodeaban a la señora de Momadoo. Una de ellas alzaba un recién nacido, lustroso y rojo. Era un varón. Volvió a chillar. Fue un extraño vagido lleno de terror, rabia y perplejidad. Pero que contenía algo más: una apremiante exigencia.

—No puedo darle nada —le dijo el suegro.

El explorador recogió sus bártulos —el sombrero de copa atiborrado de notas, su bastón, un calabacino y una brújula abollada— y cogió el portante. Jemafoo lo

alcanzó y le dio un saco de pescado seco, granos y tabaco.

—¡Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —chilló el bebé, como si le estuvieran saliendo los dientes. El explorador se alejó bajo la lluvia.

TRAS UN KILÓMETRO de camino, empezó a sentirse mareado y se cobijó en un cobertizo hecho de hojas del tamaño de gabanes. Muerto de cansancio, enseguida se quedó dormido. Cuando despertó, el sol resplandecía. Le habían dicho que la próxima ciudad se llamaba Frookaboo, y que desde allí, pagando veinte cauríes, podría pasar el río en una canoa a golpe de canaleta. Así que tenía dos posibilidades. Podía quedarse allí tumbado en un montón de hojas podridas, o tragarse a la fuerza un puñado de pescado seco y subir renqueando por el camino que llevaba a Frookaboo. Indomeñable, prefirió cojear.

En Frookaboo, recurrió al *Dooty* para pedirle comida, cobijo y permiso para cruzar el río. Dijo que era un escriba, y que podría pagar su alojamiento escribiendo palabras que serían potentes y eficaces *safies*. Pero enseguida empezó a quedarse dormido. El *Dooty* lo zarandó y le preguntó si era moro. Mungo estuvo un rato meditando una respuesta, con los párpados medio cerrados. La barba casi le llegaba al ombligo, llevaba una andrajosa túnica y sandalias, tenía la piel amarilla a causa del sol y de la ictericia. Miró bizqueando al *Dooty*. «*La ilah illa Allah* —dijo—, *Mahoma rasowl Allahi*».

El explorador estuvo tres días en Frookaboo, como huésped del *Doaty*. Comió bien, durmió en una choza sin goteras, efectuó sus prosternaciones en dirección a la Meca. La calentura bajó un poco y empezó a recobrar algo de su vigor. Incluso, por primera vez en semanas, cobró ánimo para tomar algunas notas.

Le pagué al *Dooty* —escribió— garabateando las Oraciones al Señor en un trozo de pizarra. El hombre era un mahometano muy estricto, y creyó que yo estaba escribiendo en árabe. Considere oportuno no desengañarlo. Cuando terminé, limpió la pizarra con un trapo húmedo, estrujó el trapo en un cuenco y se bebió el contenido, pues de ese modo aseguraba el máximo beneficio de mis palabras. Más tarde, me ofreció una pipa de *motokuane* y le bajó el velo a su esposa para que yo pudiera verla fugazmente.

Al tercer día por la tarde, Mungo le dio las gracias a su anfitrión dedicándole los garabatos de una última bendición, y bajó cojeando al río, donde se encontró con varios barqueros encaramados en las proas de sus canoas, como arañas acuáticas. Cerró un trato con un bobo de ojos endrinos cuya piel era tan morada como esas uvas que casi son negras: seis líneas de inspirada caligrafía a cambio de cruzar el río hasta Sibidooloo, en la otra orilla. El explorador pensó que lo idóneo sería dedicarle al Caronte del Níger algunos versos de Virgilio, pero no pudo recordar ni una palabra de

latín y acabó pagándole con una versión condensada de *El búho y el gatito*.

En la canoa viajaban cuatro cabras, un loro y una jaula llena de monos, por no mencionar a otros seis pasajeros y una docena de jarras de barro llenas de granos. Cuando Mungo preguntó para qué eran los monos, el barquero sonrió exhibiendo una reluciente hilera de dientes.

—Cocerlos en horno —le dijo—. Hacer pan de mono.

SIBIDOOLOO ESTABA EXACTAMENTE EN LA OTRA MARGEN del río cruzando desde Frookaboo. Según el barquero, era una ciudad comercial de casi mil habitantes. También le dijo que desde allí hasta Kamalia habría unos ciento veinte kilómetros. Kamalia era un mercado de esclavos situado en la linde del Futa Yallon. Si el explorador conseguía llegar hasta allí, podría unirse a una caravana de esclavos que se dirigiera a la costa. Era una esperanza. Mungo hubiera preferido un coche tirado por cuatro caballos y regresar a Pisanía, pero al menos ahora sabía que había una manera de regresar. El explorador desembarcó en Sibidooloo lleno de optimismo. Su plan era pernoctar y partir al otro día por la mañana hacia Kamalia. Si la fiebre no subía y el camino no estaba demasiado enlodado, debería ser capaz de hacer el trayecto en tres o cuatro días.

Pero antes tenía que resolver cosas más urgentes: encontrar un lugar donde pasar la noche. Empezaba a oscurecer, las nubes bajas pasaban velozmente ahumando los techos de paja y las encaladas murallas de la ciudad. Se oían truenos en lontananza, y de pronto refrescó. Probablemente ya estaría lloviendo en Frookaboo. El explorador apretó el paso subiendo una estrecha calle de chozas muy bien construidas con adobe y zarzo, asomándose de vez en cuando a las puertas, pidiendo cobijo. Después de dos o tres desaires, se detuvo ante una cabaña donde una mujer con pañuelo en la cabeza y grandes aros en las orejas amamantaba a un niño y preparaba cuscús con trozos de akeena. Tras presentarse, sacó un trozo de papel del sombrero y escribió deprisa un par de líneas del *Art of Divine Converse*, de Abercrombie, y se lo dio a la mujer. Ella le miró suspicazmente.

—¿Usted es un marabú?

Él no sabía qué decirle. Los marabúes eran santos musulmanes que viajaban de ciudad en ciudad, difundiendo conocimientos. Aquello prometía ser un buen comienzo, seguramente le darían alojamiento, y sin embargo... ¿por qué ella le dirigía aquella extraña mirada? Optó por mentir.

—Eso soy —dijo.

La mujer dejó al niño en el suelo, y le gritó a alguien que estaba dentro de la choza.

—Flancharee —dijo—. Ven aquí.

Un mandinga muy alto con unos pantalones cortos abombachados salió de la choza, flanqueado por dos moros. A Mungo se le encogió el corazón. Los moros

vestían mugrientas jubas blancas y *tagilmusts*. Había en ellos algo que le era familiar.

—Este hombre afirma ser un marabú —dijo la mujer—. Mira lo que escribió en este papel.

Flancharee y los moros miraron la cita de Abercrombie entornando los ojos. Uno de los moros miró al explorador directamente a los ojos y le preguntó algo en árabe. Mungo no sabía qué responder. El moro repitió la pregunta. Aquello sonaba como si estuviera diciéndole: «Tu madre come cerdo».

—No es un marabú —dijo Flancharee hablando mandinga.

El otro moro dio un paso adelante. Tenía la piel endurecida como el cuero, la nariz torcida como una guadaña, pero lo peor de todo —cosa que el explorador advirtió con un escalofrío— era que le faltaba el ojo izquierdo.

—No es musulmán —siseó el moro chapurrando mandinga—. ¡Es un nazareno!

—¡Impostor! —tronó la mujer.

Flancharee agarró por el brazo al explorador.

—Es un ladrón —dijo el primer moro—. Huyó del campamento de Ali arrastrándose en la noche igual que un perro. Dassoud está ofreciendo cuatro esclavos de primera clase por él, lo suficiente para hacer rico a un hombre.

—¡Nazareno! —chilló el Tuerto.

Flancharee miró al explorador como hubiera podido mirar a una serpiente a punto de arremeter contra su tobillo.

—Encadenadlo —dijo.

ESA NOCHE LA LLUVIA ESTALLÓ como una explosión en una cristalería, arrancando las hojas de los árboles y los árboles de la tierra. Los relámpagos resquebrajaban el cielo, los truenos flagelaban las colinas como manotazos. En medio de todo eso, el explorador tenía más o menos donde guarecerse, aunque no era la clase de cobijo que él hubiera deseado. Estaba echado dentro de una jaula que, a su vez, estaba en el centro de una especie de plaza, expuesto por los cuatro costados a la violencia de la tormenta. En algún momento de la noche, se produjo en lo alto un súbito paro cardíaco, un estallido como de cien mosquetes disparando al unísono, y una palma rafia, cuyas hojas eran grandes como canoas, cayó violentamente junto a la jaula de madera, haciéndola saltar un metro en el aire y sacando al explorador de un estado de desaliento que rayaba en el sueño catatónico. Después de todas sus victorias, de sus evasiones y esperanzas, caer en manos de los moros era demasiado. Estaba anonadado.

Se incorporó y miró a su alrededor. Lo que vio no era precisamente para alegrarse: barrotos de madera, insectos, un cielo demencial, y una oscura y silenciosa hilera de chozas. La jaula estaba hecha de madera dura y de bambú, y la habían construido para encerrar a un león solitario y peligroso que había irrumpido en el tejado de una choza, matando y devorando a sus moradores. Según parece, después

de aquel atracón, consideró que tenía la barriga demasiado llena para huir. Al día siguiente por la mañana, los aldeanos lo encontraron durmiendo encima de una pila de cadáveres medio devorados. Mientras un par de hombres temerarios permanecían con sus lanzas en la entrada de la cabaña, otros construyeron precipitadamente la jaula que luego arrimaron a la puerta. Al despertarse, el león desayunó frugalmente y luego avanzó pesadamente hacia la puerta entrando en la jaula. Cuando se dio cuenta de que algo iba mal, ya era demasiado tarde. Durante un mes más o menos el comedor de hombres fue la atracción de Sibidooloo, pero hacía poco se lo habían enviado a Moosee, rey de Gotto, como ofrenda de paz. Cuando el Tuerto y Flancharee comprobaron que todos los hierros de la aldea se habían empleado para aherrar a los esclavos destinados a Kamalia, se les ocurrió que la jaula era el sitio indicado para encerrar al explorador. Y así, pues, pasó la noche allí, en medio de un montón de excrementos de león, embargado por los pensamientos más tenebrosos.

La fulminante caída de la palma fue una especie de bendición. Eso lo sacó del sopor, obligándolo a buscar un modo de escaparse de la jaula. Empezó a gatear dando vueltas en la oscuridad mientras cosas secas como cangrejos se escabullían de entre sus dedos y la lluvia azotaba los barrotes reavivando el hedor a orina de león. El olor de aquellas sales medicinales no le permitía ordenar las ideas de manera efectiva. Jadeaba entre sofocos, lagrimeando, palpando frenéticamente cada resquicio, cada juntura de su celda. En la primera vuelta, no encontró nada —los carpinteros habían hecho muy bien su trabajo—. Pero luego, tras un examen más detenido, descubrió una aspereza en la esquina superior, a mano derecha, donde los tablones del techo coincidían formando un ángulo. Allí la madera estaba desgastada, pues obviamente el león la había estado arañando y mordiendo durante las semanas que duró su cautiverio. El corazón de Mungo empezó a latir con fuerza: ¡era su oportunidad! Pero ¿cómo sacar ventaja de aquello? Intuitivamente empezó a morder la roída madera, pero lo más que consiguió fue quedarse con algunas astillas en los labios. Siguió arrancando astillas con las uñas hasta que le sangraron. Finalmente, sacó la mano por entre los barrotes de la jaula, palpando la tierra hasta encontrar una piedra plana y afilada que usó a guisa de sierra para desbastar la debilitada esquina.

Al cabo de tres horas la primera barra cedió con un quejido de protesta. Mungo aguantó la respiración y miró en derredor. La lluvia caía con un sostenido y mecánico rugido. No había ninguna luz en la aldea. Reanudó su trabajo, afincándose sobre las barras de madera, retorciéndose como un enorme y diligente roedor. Dos horas más tarde, la última barra crujió y pudo salir bajo el diluvio, calándose el sombrero hasta las cejas. No había ni un alma en las calles de Sibidooloo —ni siquiera perros— cuando embistió la tormenta y emprendió el camino hacia Kamalia.

TARDÓ SEIS DÍAS en llegar hasta allí. Viajaba de noche, ocultándose en el bosque por el día, bebiendo de las charcas, comiendo raíces, arrancándose las sanguijuelas de la

carne. Al segundo día por la tarde, despertó en un sobresalto a causa de un estruendo de cascos. Sin salir de su escondrijo, miró hacia el camino y pudo ver al Tuerto y al otro moro pasando a galope tendido. Al amanecer del cuarto día, pasó por un caserío. Hacía días que no comía: sus escasas fuerzas lo estaban abandonando. Desesperado, despertó al *Dooty* y le propuso escribir hechicerías a cambio de un poco de comida. El *Dooty* dijo que no había comida en la aldea para gente como él, un vulgar ladrón.

—Muy bien —dijo el explorador, plantándose frente a la puerta—. Me sentaré aquí hasta morirme de hambre. Y te maldeciré a ti y a tus cosechas, y a tus descendientes y sus cosechas, por toda la eternidad y en el nombre del Mansa rey Jorge III de Inglaterra.

Veinte minutos después la mujer del *Dooty* apareció en la puerta con un cuenco de cuscús.

En Kamalia cambió una carta inconclusa destinada a Ailie por un tazón de leche y un plato de *boo*, un manjar a base de cascabillo de maíz que sabía a arena. Cuando se interesó por la posibilidad de unirse a una caravana de esclavos que se dirigiera a la costa, su anfitrión le señaló la casa de Karfa Taura, hacia el centro del pueblo. Corría el mes de septiembre. La neblina subía desde las calles y por doquier se oía el maligno ruido metálico de las cadenas, pues los traficantes de esclavos estaban haciendo acopio de sus mercancías, preparándolo todo para marchar hacia el océano en cuanto terminara la estación lluviosa. El explorador mantuvo agachada la cabeza.

La casa de Taura —cuatro o cinco habitaciones construidas con arcilla y piedra— dominaba una colina en el centro de la ciudad. A la sombra de un par de árboles, tenía un pozo, y estaba rodeada por una extensión de lodo rojo acribillada con huellas de cabras. Detrás había unas cuantas chozas de caña y un corral cercado con espinos. El explorador se acercó a la puerta, fatigado, famélico, ansioso, demacrado, desbaratado por la jungla, lleno de ampollas, con hemorroides, con más de una infección, aquejado de hepatitis, con diarrea y treinta y ocho grados de fiebre. Su toga era una telaraña de jirones anudados, su sombrero estaba tan despachurrado que parecía el subproducto de un gato despellejado, y andaba descalzo. Tenía veinticinco años, pero aparentaba sesenta.

—Dile a tu amo —le graznó a la incrédula cara del negro que se asomó a la puerta— que soy un hombre blanco que quiere viajar al Gambia con una de sus caravanas de esclavos. Dile... —aquí perdió el hilo del discurso—, dile... que... suspendí griego pero que puedo recorrer un campo de fútbol dándole patadas al balón.

Al poco rato lo conducían a través de la casa hasta el *baloon*, una espaciosa sala reservada a los visitantes. Allí estaba Karfa Taura compartiendo una pipa de tabaco con algunos *slatees* que habían venido a unirse a su caravana. Taura llevaba una *tarboosh* y una lustrosa túnica azul. Posado en su hombro, un loro gris pelaba una baya.

—¡Conque, según tú, eres un hombre blanco venido del Oeste! —dijo—. Nunca

he visto a un hombre blanco, aunque, de pequeño, una vez vi a dos portugueses en Medina.

Taura era mandinga de nacimiento, musulmán por conversión. Era tan rico que daba asco.

—Es muy gracioso —continuó después de una pausa—, pero no pareces blanco. Yo esperaba algo, bueno..., algo más pálido. Algo así como el abdomen de una rana.

Uno de los *slatees* intervino. Tenía aspecto sanguinario y la mirada aviesa:

—Esto no es un hombre blanco.

—Jamás —escupió otro—. Yo he visto hombres blancos en Pisanía y en Gorée, y tienen la piel tan blanca como las páginas de este libro. —Y mostró un ejemplar del Corán.

El explorador sintió vértigo. Apenas podía sostenerse en pie.

—Dadme una pelota de fútbol —gritó en inglés sin darse cuenta— y os demostraré que soy blanco.

Esa salida pareció despabilar a sus interrogadores, quienes le miraron fijamente con renovado interés.

—¿Qué está diciendo?

Pero entonces el primer *slatee* gruñó:

—¡Bah! Éste no es más que un paria moro caído en desgracia, que anda rondando por aquí con la esperanza de que le den una limosna.

—Un loco es lo que es —dijo su compañero—. Más furioso que una hiena. ¡Mira esos andrajos... y ese sombrero!

Karfa Taura alzó una mano.

—Suleiman —le dijo al hombre que tenía el libro—, dale tu libro al recién llegado.

Suleiman se lo dio al explorador.

—¿Puedes leer el Corán? —preguntó Taura.

Mungo se esforzó, tratando de recordar la Gramática de Ouzel y el arcano de aquella salpicadura de puntos y latigazos que tenía que ver con letras y palabras. Después de estar un rato mirando fijamente las páginas, levantó la cabeza y murmuró:

—No, no puedo leerlo.

—¡Analfabeto! —gritó el primer *slatee*.

—¡Cafre! —rezongó el otro.

Taura le cuchicheó algo a su sirviente y el hombre salió de la habitación para regresar enseguida con otro libro. Cuando el criado se lo dio al explorador, la voz de Taura, sosegada y paciente, susurró rompiendo el hielo:

—Tal vez esto sí puedas leerlo...

La piel de las tapas estaba mohosa, había huellas digitales en el polvo de la portada. El explorador abrió el libro y trató de concentrarse en las negras letras impresas que hormigueaban ante sus ojos como manchas solares. No conseguía

verlas con claridad. Los *slatees* empezaron a insultarlo:

—¿No puedes? —preguntó Taura.

Entonces, de golpe, las letras dejaron de bailar ante sus ojos y empezó a leer, a leer de corrido, como un hombre que se sienta a desayunar desplegando un ejemplar del *The Monthly Review*: «Queridos hermanos en la fe de Cristo, yo os ordeno que recéis vuestras oraciones en la Santa Iglesia católica cristiana, la bienaventurada congregación de todos los fieles...».

Era una de las oraciones de un devocionario.

—Niyazi —ordenó Taura al sirviente—, barre y limpia la choza de atrás para el hombre blanco.

CUANDO EL EXPLORADOR se recuperó por completo ya era noviembre, y el viento seco del *harmattan* había empezado a barrer el desierto. En el intervalo, no había hecho otra cosa que revolcarse bruscamente en su jergón de la última choza, sudando y delirando. Karfa Taura se alegró al ver que había pasado lo peor. Se había encargado de que lo alimentaran a cucharadas, como a un niño. Le habían dado caldo de pollo y leche caliente con ajo, frotándole el cuerpo con hierbas medicinales y practicándole sangrías. En uno de sus momentos de lucidez, Mungo le prometió a Taura que en cuanto llegara a la factoría del doctor Laidley, en Pisania, le recompensaría con la misma cantidad de dinero que le pagarían a él por un esclavo de primera clase. Taura consideró que era un excelente negocio, pues de todas maneras él habría atendido al explorador, fascinado como estaba por aquel extraño y mítico ser blanco como la luz del día y cuyo pelo era tan rubio.

Una noche, en la mesa de Taura, mientras comían cuscús y puré de garbanzos, el explorador sacó a relucir el tema de la caravana de esclavos: ¿cuándo partirían hacia el Gambia? Afuera, los grillos súbitamente dejaron de cantar. Todas las caras miraron primero al explorador y luego a Taura, que estaba sentado a la cabecera de la estera que hacía las veces de mesa. (Esta vez había más *slatees*, muchos de los cuales dependían de Taura para sus gastos corrientes, deudas que le pagarían cuando vendieran los esclavos en Medina). Taura le dedicó una sonrisa al explorador, como habría hecho con un niño de seis años que le hubiera preguntado por qué las estrellas no caen del cielo.

—Bueno, amigo mío —empezó—, te lo voy a explicar. Para llegar a Dindikoo, al otro lado de los paramos del Futa Yallon, tenemos que cruzar seis ríos crecidos. Y entre ellos hay océanos de hierba, hierbas del alto de un hombre. Si esperamos un mes o algo así, a últimos de diciembre o principios de enero, la crecida bajará y los aldeanos quemarán gran parte de la hierba. Yo sé que estás ansioso de regresar a *Tobaubo doo*, pero viajar ahora es imposible.

El 19 de diciembre Taura cobró todo lo que le debían los aldeanos y se puso en camino Níger arriba hasta la ciudad de Kancaba donde adquirió los esclavos que

llevaría al Gambia. Al cabo de un mes regresó con una nueva esposa (la cuarta) y trece esclavos razonablemente vendibles, pues todos tenían la cantidad de miembros y ojos requeridos. El explorador recibió jubilosamente a su benefactor cuando lo vio entrar por la puerta. Impaciente, contaba los días, despertando cada mañana con la imagen de Ailie y pensando en la Asociación Africana. Ya se veía a sí mismo vestido de punta en blanco, con una centelleante corbata de muselina y una nueva levita de sarga, disertando ante sir Joseph Banks y Durfeys y los demás, convertido en una leyenda viviente. No más sufrimientos ni privaciones. Dentro de dos meses lo recibirían a bombo y platillo en Londres. Karfa Taura le echó el brazo por el hombro.

—La riada ha cesado —le dijo—, ya han quemado toda la hierba, los *slatees* han agrupado sus mercancías. Partiremos el primero de febrero.

Pero el primero de febrero llegó y pasó. Suleiman fue a Sibidooloo para cobrar unas deudas de poca monta; Hamid y Madi Konko no tenían a punto sus provisiones; la luna estaba mal situada. Excusas. Y así, dando largas, llegó marzo. Y entonces los *slatees* argumentaron que no podían viajar hasta que no hubiera terminado el Ramadán. Marzo se convirtió en abril, el mes del santo ayuno se impuso. Entonces, una noche, a mediados de mes, todos en Kamalia salieron a la calle, formando una mezquita al aire libre, para ver aparecer la nueva luna, señal del final del ayuno del Ramadán y de buen agüero para los viajeros. El explorador estaba en medio de los mandingas que cantaban, desazonado, contemplando el nublado cielo nocturno. Las horas transcurrían lentamente. Algunos aldeanos, cansados de esperar, regresaron a sus chozas, resignados a ayunar un día más. Pero a medianoche los nubarrones empezaron a separarse, desgarrados por los cuernos de la luna nueva, en medio de un coro de silbidos, vítores y pistoletazos: el Ramadán había terminado.

Como todo el mundo, Karfa Taura se dejó contagiar por la excitación. Desinhibido, empezó a trotar por las calles, de aquí para allá, como un animador en un espectáculo de variedades. Las hogueras iluminaban el cielo, el pandemónium creció como la cresta de una ola. Karfa cogió al explorador por el codo y le gritó al oído:

—¡Nos vamos al amanecer!

LA LUZ SE ABRÍA PASO a través del cielo nocturno, poco a poco, casi imperceptiblemente, cuando la caravana empezó a reunirse frente a la casa de Karfa Taura. Setenta y tres personas y seis burros en movimiento, levantando nubes de polvo, esperando a que el sol asomara entre las colinas. Treinta y cinco eran esclavos, destinados a ser vendidos en la costa. El resto eran mercaderes itinerantes, *slatees*, sus mujeres y sirvientes. Además estaban Mungo y seis *jilli keas* (pregóneros-cantores), cuyos cantos darían solaz durante el viaje propiciando la recepción de la caravana en las ciudades que encontrarán a su paso. Cuando los primeros rayos del sol iluminaron las copas de los árboles, ya había un frenesí de gente apretando y

aflojando cinchas, tosiendo y carraspeando, ultimando los preparativos, amén de los ociosos que vagaban por allí matando el tiempo. Entonces se pusieron en marcha, saliendo de Kamalia en una ordenada hilera, encabezada por Karfa Taura, Suleiman y los cantores. Cuando llegaron a la cima de la colina que estaba a tres kilómetros de la ciudad, todos recibieron la orden de sentarse, la mitad de los viajeros de cara al oeste, la otra mitad mirando atrás, hacia Kamalia. Entonces Suleiman entonó una solemne e interminable plegaria nasal, después de lo cual otros dos *slatees* le dieron tres veces la vuelta a la caravana, clavando en la tierra las puntas de sus lanzas y murmurando algo ininteligible, un encantamiento propiciatorio para el viaje.

Cuando reanudaron la marcha, el explorador advirtió que algunos esclavos caminaban con dificultad. Agobiados bajo el peso de los fardos, tambaleándose y arqueando las piernas, andaban como borrachos. Karfa Taura meneó la cabeza. Era una lástima, dijo, pero algunos llevaban años encadenados, y nada más lógico que, con aquella marcha, se resintieran sus músculos, tendones y articulaciones. Era una lástima, repitió, pero eran gajes del oficio. Los esclavos eran proclives a escaparse, de modo que la mejor manera de impedirlo era aherrojando sus tobillos por parejas para que ninguno de los dos pudiera moverse independientemente del otro. Como en una fallida carrera con tres pies, saltando a la pata coja, uno de los esclavos tenía que levantar las pesadas cadenas de los grilletes. Y solo entonces, dando cautelosos saltitos, la pareja podía avanzar. Cuando los llevaban al mercado, les quitaban los grillos, y los esclavos iban de cuatro en cuatro, unidos por una cuerda pasada alrededor de sus cuellos. Un hombre con lanza marchaba junto a cada grupo de cuatro, para desalentar cualquier plan de fuga. Por las noches, cuando la caravana se detenía, volvían a colocarles los grillos en los pies, asegurados con cadenas de pesados eslabones que reemplazaban la cuerda alrededor del cuello.

—Pero son seres humanos —dijo el explorador.

Karfa Taura se encasquetó el fez.

—Es verdad —dijo. Su tono era flemático, como si estuviera hablando de tuercas y tornillos o de un rebaño de ovejas—. Pero también son mercancías.

A pesar de los lánguidos gemidos de los esclavos (acallados de vez en cuando a latigazos), la caravana llegó a la amurallada aldea de Marraboo hacia el atardecer. Descansaron brevemente, y siguieron hasta Bala, donde pasaron la noche. Al día siguiente llegaron a Worumbang, la frontera entre el reino mandinga y Yallonkadoo. Era la última avanzada de la civilización en unos ciento cincuenta kilómetros; más allá de Worumbang empezaban los paramos del Futa Yallon.

La región del Futa Yallon era un atavismo: veintiséis mil kilómetros cuadrados de deshabitados bosques, sabanas, colinas y praderas, todo tan prístino y antiguo como el mundo antes de la aparición del hombre. Dentro de sus límites tenían que vadear seis ríos, tres de los cuales eran tributarios del Senegal. No había nada de comer a lo largo del trayecto, ni donde cobijarse. Los predadores merodeaban por los setos y los bosques tal y como venían haciéndolo desde hacía una eternidad, y los bandidos

acechaban a lo largo de las lindes. Era un lugar tan peligroso como inhóspito, un lugar tenebroso y legendario, donde la mala suerte y la súbita muerte campaban por sus respetos, y Karfa Taura, cruzando los dedos, se proponía atravesarlo prontamente.

Así las cosas, la caravana salió de Worumbang al amanecer y marcharon sin descanso hasta bien entrada la noche. Los esclavos llevaban a la cabeza fardos de mercancías, el sol era como un látigo, el látigo como una pesadilla. Uno de ellos, una mujer de mediana edad cuyas cicatrices faciales indicaban que alguna vez aspiró a una alta posición en la vida, tropezaba constantemente saliéndose de la hilera. En un momento dado, se desplomó y se negó a seguir andando hasta que Suleiman le azotó las plantas de los pies. Entonces logró ponerse de pie y continuó en una especie de trance. El explorador estaba horrorizado. Pero sabía que no podía hacer nada. El también llevaba exceso de equipaje y, además, con lo débil que aún estaba, a lo sumo conseguía ir al paso del más débil de los esclavos.

Por la noche, cuando la caravana se detuvo en el riachuelo llamado Co-meissang, Mungo fue arrastrando los pies hasta donde estaban los esclavos y la buscó entre las hoscas caras negras. La encontró al final de la hilera, tendida de espaldas. Sus ojos estaban vacíos, la mirada perdida en lo alto, y respiraba como si acabara de llegar a la meta tras una larga carrera. El explorador se inclinó sobre ella y le ofreció un poco de agua. Ella no dijo nada. Simplemente seguía allí, mirando fijamente al cielo, respirando a duras penas. Mungo le preguntó cómo se llamaba, con voz susurrante y compasiva. De alguna manera, el explorador sentía la necesidad de confortarla, de decirle que todo saldría bien, aunque sabía que no era verdad.

—Se llama Nealee —susurró el esclavo que estaba al lado de la mujer, con su tobillo unido al de ella por los grillos—. Está enferma, la sangre no le llega a los pies.

Nealee. El explorador la miró detenidamente. ¿Dónde había oído antes aquel nombre?

—¿Usted quiere comérsela? —dijo el otro con tono áspero.

—¿Comérmela? ¿Qué quieres decir?

Los labios del hombre estaban cuarteados. Tenía una cuerda al cuello, quemándole la nuez.

—*Maddummulo* —dijo—. Los negros ponen a sus esclavos a trabajar, pero el hombre blanco se los come.

Mungo estaba atónito ante aquella falsedad, ofendido por semejante acusación.

—¡Tonterías!

—Ninguno regresa.

—Bueno, eso es porque ellos os meten en un barco para llevaros a otra tierra, una tierra como ésta, donde vosotros trabajaréis en los campos y...

—*Tobaubo fonnio* —dijo el esclavo—, una mentira de hombre blanco. —Su voz era desafinada y carente de emoción—. No hay ninguna otra tierra. Ellos te llevan a donde el mar nunca termina y te cortan en pedazos. Las hogueras arden toda la noche, las ollas hierven. Ellos te mondan los huesos.

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana Nealee no podía comer. Media hora antes de que saliera el sol, hacía frío y el cielo estaba gris. Raudas y peludas cosas pasaban como rayos entre la maleza, los pájaros parloteaban y un vaho de aguas estancadas emponzoñaba el aire. Karfa Taura entonó una bendición general, después de lo cual cada miembro de la caravana recibió un cuenco de gachas acuosas. Nealee se incorporó dolorosamente, cogió la vasija que le daba el criado de Suleiman y se la arrojó a la cara. Cuando Madi Konko se abalanzó sobre ella con su látigo, Nealee cayó rodando y empezó a vomitar. Alguien soltó un taco. Nealee había estado comiendo arcilla.

—¿Comiendo arcilla? —preguntó el explorador.

—Quiere morirse —dijo su compañero de cadena.

Después de las oraciones de la mañana, la caravana se reagrupó. Nealee no quería ponerse en pie y Suleiman tuvo que azotarla. Ella seguía allí, con la cara hundida en el polvo, y resistió pacientemente los primeros tres latigazos, y entonces se levantó, a punto de perder el equilibrio. Pero enseguida se hizo evidente que algo iba mal: Nealee seguía tambaleándose, ora hacia delante, ora hacia atrás, como si alguna fuerza invisible la remolcara. Suleiman le ordenó a uno de sus hombres que le quitara los hierros y la liberara de su carga. A partir de ese momento, el *slatee* marchó detrás de ella, empujándola de vez en cuando con la punta de la lanza.

Poco antes del mediodía tuvo lugar una pequeña catástrofe. Uno de los cantores tropezó con una colmena de irascibles abejas: abejas asesinas, como les llaman en África Occidental. Durante milenios habían desarrollado una rápida, efectiva e inexorable capacidad de respuesta ante los tejones de la miel y los simios adictos a los panales: al más mínimo amago de asaltar sus colmenas, los insectos salían en enjambre y aguijoneaban al intruso hasta matarlo. Cada abeja está programada para volar en un frenético ataque suicida al dispararse una alarma química que también sirve para dirigirla hacia su blanco. Si una persona resultaba aguijoneada a menos de noventa metros de la colmena, sin duda en menos de un minuto estaría envuelta en un espumeante enjambre de insectos. Huelga decir que la mayoría de las veces estas colisiones resultaban fatales.

En el caso de Geo, el cantor, fue menos grave de lo que cabía esperar. El primer aguijonazo hizo que dejara caer la flauta lanzándose de cabeza en una ciénaga a la vera del camino, donde se refugió debajo del cieno como un anfibio. Dos o tres de sus inteligentes compañeros lo imitaron, mientras el resto —hombres libres, esclavos y *slatees*— pusieron pies en polvorosa. Las abejas, confundidas por la pérdida de su primer blanco, dividieron sus fuerzas persiguiendo a los setenta y dos objetivos secundarios. Estratégicamente fue un error. Cuando todo acabó, nadie en la caravana tenía más de quince o veinte picaduras, y algunos —el explorador incluido— salieron indemnes. Pero cuando la caravana se reorganizó, descubrieron que Nealee había

desaparecido. Inmediatamente los *slatees* encadenaron a todos los esclavos juntos, mientras guardias armados registraban los alrededores buscándola. Después de incendiar la maleza para espantar a las abejas, la encontraron junto a un arroyo poco profundo, hinchada con innumerables aguijonazos. Al parecer había intentado eludir a los insectos sumergiéndose en el agua. Pero no funcionó.

Esta vez el látigo no sirvió para nada: Nealee no podía levantarse. Karfa Taura meneó la cabeza.

—Atadla a un asno —gritó Suleiman.

Tras quitar los serones de uno de los animales, atravesaron a Nealee en su lomo, con los pies y las manos ligadas, colgando a la altura de la panza del burro. Desde el primer momento el animal se mostró arisco. Corcoveó y tiró coces hasta que finalmente las correas se rompieron y Nealee salió disparada cayendo en unos arbustos donde se quedó inmóvil, como una muñeca de trapo.

Habían perdido más de dos horas. Los miembros de la caravana hablaban de lo inhóspito que era aquel paraje, de las espeluznantes leyendas que lo envolvían en un halo de terror, y estaban ansiosos por marcharse. Un grito recorrió la caravana: «*Kang-tegi, kang-tegi*». «Cortadle el cuello, cortadle el cuello». El sol se arrastraba por el cielo. Un hombre desenvainó un cuchillo. Suleiman le hizo una señal con la cabeza, y luego ordenó a la caravana que siguiera avanzando. Media hora después, el hombre regresó al grupo, con el vestido de Nealee atado a la cintura.

EL RESTO DEL VIAJE transcurrió sin incidentes. La caravana prosiguió en una serie de marchas forzadas, de sol a sol. Treinta kilómetros diarios, subiendo por terraplenes de puntiagudas rocas y colinas de sombras embrujadas, atravesando bosquecillos atestados de árboles caídos y lianas estranguladoras, cruzando pantanos donde se quedaban clavados los zapatos, vadeando ríos atascados con sedimentos, ensombrecidos por nubes de insectos, bullendo con peces y reptiles. Debilitado por la secuela de la fiebre y la inanición, lo único que Mungo podía hacer para no retrasarse y mantener el paso era dejar caer su lanza, su calabaza de agua, el cuchillo de hueso que Aisha le había regalado. Las correas de las sandalias le mordían la carne como si fueran alambres y el sol le achicharraba la cabeza hasta hacerle oír un delirante pshh-pshh de címbalos acuchillando el desenlace de una ópera o algo por el estilo. Pero llegó hasta el final. Primero a Dindikoo, donde expresó su pésame a las tres esposas de Johnson y a sus once hijos, y después a Pisanía, donde fue a ver al doctor Laidley, entrando por el porche de troncos de su casa como un fantasma.

El doctor Laidley era gordo y rubicundo. A pesar de que la temperatura era de cuarenta y tres grados con un índice de humedad del noventa y nueve por ciento, llevaba una camisa de frac. Con su tonsura y sus gafas de montura de alambre, parecía una caricatura de Benjamin Franklin.

—¿Señor Park? —gritó, dando atronadoras Zancadas sobre las tablas del suelo y

extendiendo una mano gordinflona en gesto de asombro y bienvenida—. ¿Mungo Park?

MUNGO TUVO SUERTE. Llegó a Pisanía el 12 de junio de 1797, con una idea fija: reservar pasaje para Inglaterra en el primer barco que apareciera. Pero la estación del monzón estaba en su apogeo de putrefacción y pestilencia, y él temía que ningún barco atracase en el Gambia mientras eso durara. Lo cual podía significar meses. El doctor Laidley le extendió una letra de cambio a cargo de la Asociación Africana y, tras pagar espléndidamente a Karfa Taura, el explorador se instaló allí, resignado ante la perspectiva de una larga y frustrante espera. Pero al tercer día de vigilancia, quiso la casualidad que un barco negrero americano remontara el río para intercambiar un cargamento de ron y tabaco por hombres, mujeres y niños. El puerto de destino del *Charlestown* era Carolina del Sur, y zarparía el 17. Sin vacilar, el explorador se inscribió en la lista de pasajeros: era mejor regresar a casa por una ruta indirecta que esperar a que terminara la estación de las lluvias en una habitación con goteras en Pisanía. Después de dos años en el Continente Negro, anhelaba un poco de paz.

El 17 por la mañana Mungo se afeitó, se vistió con las ropas que el doctor Laidley le proporcionó, y subió a bordo del *Charlestown*. Las planchas de la cubierta crujieron bajo sus botas cuando dejó caer el equipaje y trató de averiguar dónde estaba su camarote. No se veía nada. La neblina flotaba sobre el agua como la superficie de un sueño, estrangulando las jarcias, disolviendo el alcázar. Vagas formas resbalaban fantasmagóricamente entre la niebla, los mosquitos zumbaban. Hacía un calor como de hierro derretido. Perplejo, el explorador permaneció inmóvil en la cubierta hasta que vio dos siluetas gesticulando a través de una cortina de niebla, igual que en un guiñol.

—Tenemos que esperar hasta que se disipen las nieblas, capitán —dijo el más achaparrado de los dos.

—Tenemos que soltar amarras, señor Fripp. Zarpamos inmediatamente.

—Pero... —Se oyó un manotazo aplastando un mosquito y un efusivo taco gutural.

—No hay peros que valgan, señor. Si nos quedamos otros diez minutos en este fétido poblacho de mierda, la mitad de la tripulación morirá de escalofríos y de vómito negro. ¡Soltad amarras, he dicho!

La silueta más achaparrada empezó a trajinar en la penumbra, hablando entre dientes y aplastando mosquitos:

—Ni siquiera puedo encontrar la puta ancla en esta mierda de neblina... ¡Ay! ¡Me cago en los mosquitos hijos de la gran puta...!

Tardaron dos semanas en llegar al fuerte de Gorée, navegando río abajo, retrasándose por culpa de la espesa niebla, tropezando con tocones y con el viento en contra. Cuatro marineros, el cirujano de a bordo y tres esclavos habían muerto de

fiebre a lo largo del trayecto. En Gorée, el capitán informó a Mungo de que inevitablemente el barco tenía que detenerse porque de momento no podía conseguir provisiones para la travesía.

—¿Detenemos? —exclamó Mungo, sintiendo que el alma se le caía a los pies.

Durante dos meses —primero postrado en Kamalia y luego bregando a través del Futa Yallon— se había alimentado con la visión de un público atento, un enjambre de caras vehementes en torno a una mesa de conferencias en Soho Square, sustentándose con la imagen de Ailie en ropa interior, con la ilusión que le hacía su libro y su fama inminente. Había sobrevivido a las enfermedades, a las humillaciones, al agotamiento nervioso y a la desesperación, y ahora estaba listo para cosechar la recompensa.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

El capitán se quitó los guantes de piel de perro y le ofreció al explorador un cigarro de Raleigh.

—A mediados de septiembre llegará un barco de socorro a Gorée —dijo—. Entonces podremos abastecernos y reanudar el viaje.

¡Mediados de septiembre! Era increíble. Tres meses más en aquel agujero apestado de plagas e insectos, tres meses más tiritando en un podrido camarote junto a un fuerte que era la última carta de la baraja y cuya guarnición estaba integrada por la hez de la sociedad londinense. Mejor hubiera sido quedarse en Pisania, con el doctor Laidley. Allí al menos tenía un vaso de vino, podía disfrutar de una conversación inteligente y de una habitación para él solo. Aquí solo tenía a reos por compañeros, una bodega abarrotada de moribundas caras negras, cucarachas más largas que el dedo corazón, y la incesante y progresiva putrefacción que hacía de Gorée uno de los lugares más insalubres del mundo. Estaba tan cerca y, sin embargo, tan lejos... Se sumió en la depresión, tumbado en el camarote, viendo cómo el barco se iba pudriendo a su alrededor.

Por fin el *Charlestown* desplegó velas a primeros de octubre, y el explorador se vio obligado a asumir el papel del difunto cirujano. No había practicado mucho sus conocimientos médicos en el interior del continente, pero recordaba todo lo que el doctor Anderson le había enseñado, y eso bastaba para hacer frente a las espantosas condiciones a bordo del barco. Los negreros americanos, debido a lo pequeñas que eran sus tripulaciones, eran mucho más inhumanos que los británicos. Por temor a un amotinamiento de los esclavos, los mantenían aherrojados durante todo el viaje. Viajaban a oscuras, en la humedad y el frío, revolcándose en su propia mierda, víctimas de la tisis, el tifus, la hepatitis, atormentados por las fiebres de la malaria. Las esposas y los grilletes desgarraban sus muñecas y tobillos; y los gusanos pululaban en las heridas. Mungo hacía todo lo que estaba en sus manos. Practicaba sangrías, aplicaba sanguijuelas, los obligaba a beber vinagre. Ocho muertos en Gorée, once más en alta mar. Tras quitarles los hierros, los rígidos cadáveres eran arrojados a la espuma, donde raudos tiburones se disputaban los despojos.

A la tripulación no le fue mucho mejor. Tres tripulantes murieron en Gorée, otros

dos durante la travesía. Pero aquella no era la mayor preocupación del capitán. Un problema mucho más urgente eran las vías de agua abiertas en el casco mientras el barco estuvo anclado en Gorée. Ahora, en alta mar, aquellas roturas se habían vuelto críticas. A tal punto lo eran que liberaron de sus grilletes a los esclavos más robustos para que ayudaran a los marineros en las tareas de bombeo. Catorce horas sin parar, con el látigo chasqueando sobre sus cabezas. Achicaban hasta desmayarse, los azotaban para que volvieran en sí, y volvían a bombear. Al paio, el barco estaba haciendo tanta agua que era evidente que nunca llegaría a Carolina del Sur. Al menos era evidente para algunos.

—Capitán... O ponemos rumbo a las Antillas o antes de que usted se entere estaremos pedaleando en el agua en compañía de los tiburones.

—Señor Frip, usted es un hombre leído. Asómese a proa, eche un vistazo y dígame qué pone allí. Si no me equivoco, ahí está escrito *The Charlestown*, ¿no es así? Pues, bien, señor mío, a mí me han pagado para que lleve este barco hasta allí, y eso es lo que voy a hacer.

—Disculpe, señor capitán, pero la tripulación y yo hemos hablado del asunto, y por unanimidad hemos decidido que haremos uso de nuestros puñales hasta agujerear su tiránico pellejo y dejarlo chorreando como una de las fuentes de Richmond, si no cambia el rumbo hacia Antigua dentro de treinta segundos, empezando a contar a partir de ahora por mi reloj, con el debido respeto, señor.

EN ANTIGUA, el explorador tomó el paquebote de Chesterfield, que se detuvo a recoger el correo en Saint John's en su viaje de regreso desde las islas de Sotavento. El barco salió el 24 de noviembre, y avistaron Falmouth en la mañana del 22 de diciembre de 1797. Los pájaros de la costa revoloteaban en el cielo, el viento arrojaba espuma sobre la cubierta. Había hielo en la barandilla, y una diminuta y húmeda nieve añadía sus alfilerazos a las ráfagas. La tripulación era invisible, el capitán estaba encamado; el terrier del cocinero, acurrucado debajo de la cocina. Pero Mungo Park, después de dos años y siete meses en el exilio, permanecía junto al timonel con una sonrisa en el rostro mientras la rocosa isla se acercaba sobre las olas.

CALABAZAS

UN AÑO NO ES NADA: una pluma en la brisa, un soplo de aire. Das una vuelta en redondo y ya pasó. Hielo, capullos, hojas, ramitas. Ocas en el estanque, rastros en el campo. Trescientas sesenta y cinco mañanas, trescientas sesenta y cinco noches. Males menores: un esguince de tobillo, moqueos, la muerte de un pariente lejano. Hay una ardilla en el desván, un árbol se cae durante una tormenta. Las agujas del reloj del vestíbulo le han dado la vuelta a la esfera setecientas treinta veces. Se abren las ventanas, se corren las cortinas, los platos, las tazas y las cucharas se ensucian y

se friegan, se ensucian y se friegan. Los truenos retumban en las colinas como mazazos, la nieve trepa a las afiladas puntas del enrejado, la luz del sol bruñe las ventanas como si fueran de cobre. Un año. Uno de cuántos: ¿de cincuenta?, ¿de sesenta? Los días van comiéndose al año, insidiosamente.



AILIE YACE ACURRUCADA en un rincón de su cama, con las manos bajo la cabeza. La ventana está gris con el amanecer y con la fría lluvia fustigante que no ha cesado desde anoche. Katlin Gibbie duerme plácidamente a su lado, con su hijo de nueve meses entre los brazos. Betty Deatcher, una prima de Kelso, ronca en un jergón, en la esquina de la alcoba. Las brasas de la chimenea se han convertido en cenizas.

Es el día de Navidad, por la mañana, pero Ailie no está contenta ni tiene ningún deseo de realizar actos de buena voluntad. Ha transcurrido un año, y hoy ha de cumplir su promesa: antes del anochecer será Ailie Gleg. Solo pensar en ello le parte el corazón. No se le había pasado por la cabeza que tuviera que cumplir su promesa, siempre creyó que Mungo —como un caballero andante salido de una novela medieval— regresaría para salvarla del dragón. Un año le había parecido suficiente tiempo para que volviera; podía haber regresado por Año Nuevo o por Pascua. ¿Cómo iba a imaginar que no vendría? Ella estaba allí, esperándolo. Esperándolo con una oquedad en la boca del estómago, viendo pasar las siembras de primavera, la festividad de Pentecostés, la víspera de San Juan, la fiesta de San Miguel, el día de San Martín, el baile de la cosecha, hasta que llegó la noche de la vigilia de Navidad y tuvo que darse por vencida, aceptando que las damas de honor le tiñeran los pies con alheña y arrojaran la tradicional piel de vaca sobre ella y Georgie. Pero incluso ahora, a última hora, seguía sin resignarse. Aún no había perdido las esperanzas. Todavía tenía hasta las tres de la tarde, ¿no es verdad? A lo mejor Mungo irrumpía en la puerta cuando ella estuviera ante el altar, alto e imponente, con la tez oscurecida por el sol y una mirada salvaje en los ojos...

Pero ¡alto! ¿Cómo se atrevía siquiera a pensarlo? Ella había dado su palabra, su padre había matado un ternero y un cerdo, y había enviado las invitaciones y los blancos guantes de cabritilla; amigos y parientes vendrían desde muy lejos a pesar de los cortantes vientos, el hielo y la aguanieve, ¿cómo iba a privarlos de aquel placer? Peor aún, ¿cómo iba a partirle el corazón a Georgie y luego huir? No: tenía que prepararse, levantarse de la cama y aceptar las cosas como vienen. Un hombre le había sido arrebatado, y otro se ofrecía en su lugar. ¿Que no era perfecto? ¿Y qué? ¿Que tenía las orejas caídas, que era lerdo y tan asexuado como un gallo capado? ¡Y eso qué más daba! Él la amaba, y eso era lo que contaba. Y tenía un corazón de oro...

Su ensueño quedó súbitamente interrumpido por el sonido de un silbido: alto y enérgico, un eco que recorría misteriosamente la silenciosa casa. La melodía se

acercaba y se alejaba, y ella no estaba del todo segura, pero sí..., sí, era una balada que Mungo solía cantarle años atrás, cuya letra, al igual que la cadencia de su voz, se entrelazaba en su recuerdo:

Ahora que estás en Inglaterra,
o que en Inglaterra has nacido,
nunca vengas a Escocia a cortejar a las chicas,
porque si vienes, te desdeñarán.

Coquetearán contigo,
hasta el día de la boda,
y entonces jugarán sucio,
y te darán calabazas, te darán calabazas.

¿Será posible? ¡Dios mío, será posible! Ailie saltó de la cama, todavía en camisón, con los pies del color de las naranjas de Valencia y el corazón palpitándole. El silbido era ahora más fuerte, justo al otro lado de la puerta, oh, Mungo, Mungo, Mungo, susurró ella, abriendo la puerta en un paroxismo de ciega esperanza; y allí estaba él: Georgie Gleg. Con un traje de lino nuevo, sombrero de copa, chaleco de seda. Su mirada era untuosamente tierna.

—Buenos días, amor mío —le dijo, dándole una guirnalda de acebo en forma de corazón—. Hoy es el gran día.

La desilusión se reflejó en la cara de Ailie.

—Gra... cias —tartamudeó, entre confundida y azorada, sintiéndose incómoda en el papel de cordera destinada al sacrificio. Cuando alargó la mano para coger la guirnalda, se pinchó un dedo. Una gota de sangre brotó casi instantáneamente.

—¡Un momento! —exclamó él, agarrándole la mano—. Déjame chuparla.

Y allí estaba ella, sintiéndose necia con sus pies anaranjados y el camisón arrugado, mientras la lluvia hacía gárgaras en el canalón y su prometido se inclinaba, como en un besamanos, mamándole el pulgar con la misma fruición de un crío chupando el pezón de la madre.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, ella cerraba la puerta con pestillo. Entonces empezó a caminar de puntillas por la alcoba, metiendo cosas dentro de una bolsa de piel negra. Apretando los labios, sus movimientos eran elásticos y furtivos. Cuando Katlin se movió en la cama, Ailie se quedó petrificada en medio de un paso y esperó un rato largo, en silencio, hasta que la respiración de su amiga recuperó el ritmo susurrante del sueño. Ya en el vestíbulo, cogió sus guantes, el sombrero, la bufanda. Pudo oír a su padre y a su tío roncando como norias en la habitación del fondo cuando salió al exterior por la puerta de la cocina.

La lluvia caía constante, sonora. El aire olía a pureza y a renovación, como si hubieran purgado la tierra hasta dejarla limpia de impurezas. Frente a ella se alzaban los lisos troncos brillando con telarañas; a su espalda, la casa hundiéndose en la niebla. Encorvándose, se esfumó entre los árboles como un ladrón.

¡SALVE, HÉROE VICTORIOSO!

¿DEBÍA ARRODILLARSE y besar la tierra? No. Demasiado teatral. Pero ¡cuán emocionante era pisar de nuevo el viejo césped! ¡Cuanta emoción experimentaba oyendo la lengua inglesa, contemplando los rostros ingleses, las gorras, los campanarios y las casitas de piedra en el campo! ¡Era una sensación irresistible! No podía resistir la tentación, tenía que... arrodillarse..., en aquel mismo instante...

Cuando el explorador repatriado se abrió paso entre los pasajeros para besar la tierra —más bien los pringosos tablones del muelle de Falmouth llenos de algas— estaba tan arrobado por la rapsodia del momento que no se percató de la gente que se amontonaba a su espalda. Los demás viajeros, ansiosos de desembarcar y llegar a casa, se aglomeraron detrás de él; uno de ellos, el coronel Messing, tropezó con Mungo y cayó rodilla en tierra. El coronel, recién llegado de una inspección en sus fincas de las Antillas, era un hombre con un alto sentido del decoro. Se puso en pie y, esgrimiendo elegantemente su bastón, golpeó las nalgas empinadas del explorador.

—Apártese, desvergonzado.

COMO MÍNIMO, era un desalentador regreso al hogar..., pero todos en Gran Bretaña —se consoló— pensaban que él había corrido la misma suerte de Houghthon y Ledyard y los demás. Por eso nadie lo reconocía, nadie lo esperaba. En la taberna Dog & Duck, de Falmouth, levantó la vista de sus huevos revueltos para escudriñar las rubicundas caras y las largas narices alineadas en el bar, reservándose su secreto, saboreando la serena incubación de su celebridad. ¡Ah, si supieran! Tuvo que reprimir el súbito impulso de gritarlo, de bailar encima de la mesa, de ponerle música a su triunfo y cantarlo con ellos, proclamándolo con grandes banderas a los cuatro vientos como velas hinchadas: «Lo he conseguido. Solo yo lo he conseguido. Estuve donde nadie ha estado, y he visto lo que nadie ha visto, y ahora estoy aquí para contarlo». Pero no, era mejor que lo leyeran en los periódicos, apiñándose en aquel mismo bar, pasmados y asombrados: «¡Caramba..., pero si estaba aquí mismo, delante de nuestras narices! Hemos perdido una oportunidad única en la vida..., pero ¿cómo se nos iba a pasar por la cabeza que estuviera aquí, tan cerca de nosotros? Si lo hubiéramos sabido...».

En efecto, ¿cómo iban a saberlo? Pero habría alguien que lo sabría, y sin pérdida de tiempo. El explorador pidió pluma y papel y escribió la buena nueva, tan excitado como el día que ganó su primer partido de fútbol:

Amor mío:

Estoy sano y salvo y mi misión ha sido todo un éxito. Quiero que sepas que el grande y glorioso Níger corre hacia el este y que yo corro a tus brazos.

M.

Al día siguiente por la mañana tomó el paquebote con destino a Southampton, donde subió a una diligencia de cuatro caballos, abarrotada de pasajeros, que se dirigía a Londres. Sus compañeros de viaje resultaron ser una señora de Higgenbotham, que venía de visitar a su sobrina en Portsmouth, un par de vendedores ambulantes, de apariencia deshonestas, que pregonaban «el último grito en sartenes antiadherentes y medias indesmallables», y el coronel Messing, el cascarrabias del largo bastón. Otros tres pasajeros iban encima de la convexa baka: dos jovencitas y un clérigo con sotana. Afortunadamente, el coronel Messing no pareció reconocer al explorador. Después de casi una hora de codazos y empujones sin decir esta boca es mía, el coronel se inclinó hacia Mungo y confidencialmente le comentó que no se preocupara por el desgarrón en su pantalón a la altura de la rodilla.

—Como verás —le explicó— acabo de regresar de Antigua y todo mi equipaje va por delante en otro carro. Y que me maten si he tenido el más mínimo accidente durante todo el viaje, pero no hago más que bajar del barco y me topo con un imbécil, un joven payaso, arrodillado y con el trasero empinado, besando el puñetero muelle. ¿Tú crees...? ¡Ni que hubiéramos estado en alta mar tres años en vez de un mes...! Y eso me costó un buen tropezón y el desgarrón en la rodilla.

Mungo emitió un amable carraspeo, y el coronel súbitamente se irguió dirigiéndole una penetrante mirada.

—¡Pero qué color de piel tienes, muchacho! Si no supiera que eres inglés por ese pelo rubio como la arena, juraría que eras chino. Por cierto, ¿de dónde vienes?



HIZO LA NOCHE EN UNA HOSTERÍA DEL CAMINO, y la siguiente —Nochebuena— la pasó apretujado en la diligencia, atravesando la oscura campiña, pasando por Newington, St. Georgels Fields y Southwark, cruzando el puente de Blackfriars hasta el White Swan en Farringdon Street. A las seis de la mañana del día de Navidad, una fría llovizna se cernía en el aire como una manopla, y el coronel roncaba sobre una gran copa de brandy. El explorador se bajó del coche con las piernas entumecidas, se echó al hombro su bolsa y caminó calle abajo. Pero entonces se detuvo en seco, como si hubieran tirado de él con una cuerda. ¿Adónde iba? ¿A casa de su hermana Effie?

Pero a esa hora aún estaría durmiendo. Si hubieran sido las diez o las once, habría alquilado un coche hasta Soho Square para pillar por sorpresa a sir Joseph. Le hubiera gustado entrar en su casa tan campante, como si viniera de dar una vuelta a la manzana, y rehacer ante sus ojos el mapa de África. «Bueno, sir, aquí estoy. He regresado del Níger. Lo he visto, lo he saboreado, lo he cruzado a nado. No es un mito, créame. Es magnífico. Deja pequeño al Nilo, al Támesis, al Mississippi... Hay riquezas fabulosas..., una próspera civilización puebla sus orillas. Y... ¡oh, sí!, definitivamente fluye hacia el este».

Pero... ¿a las seis de la mañana de un día festivo?

Súbitamente le vino a la mente una idea. El esposo de Effie, Charles Dickson. Estaría en el Museo Británico a aquella hora, cuidando las plantas. Fue Dickson quien comenzó la aventura del Níger a través de su relación botánica con sir Joseph. ¡Claro que sí! Podría ser el primero en saberlo —sobre todo teniendo en cuenta que sería el único despierto a aquella hora—. El explorador dio media vuelta y se dirigió al museo. Pero entonces volvió a pararse en seco. ¿Estaría allí el día Navidad? Mungo imaginó a su cuñado con su bata blanca, inclinado sobre las plantas, regándolas y podándolas, adaptando al invierno los arbustos, quitando estambres y anteras, tan entregado a la horticultura que todos esos vegetales debían de ser tan frondosos en sus sueños como copiosa era la lluvia en los bosques de Gambia... Y entonces supo que su cuñado estaría allí.

A esa hora no había coches de alquiler, pero dando una corta caminata llegaría a High Holborn y desde allí hasta Great Russell Street y Montague House, adonde habían trasladado el museo seis meses antes de que él saliera para África. Unos dedos de luz empezaban a asomarse en la parte oriental del cielo. Había guirnaldas en las puertas, piñas y lazos rojos. El explorador sintió como si acabaran de regalarle un millón de libras. Lanzó la bolsa al aire, batió palmas dos veces y la cogió al vuelo sin perder el paso. Entonces empezó a silbar un villancico. El húmedo empedrado le devolvió el eco de sus silbidos, alegrándole el corazón, elevándolo vertiginosamente, haciendo que se sintiera heroico, hasta que empezó a cantar: «Ahora que estás en Inglaterra», mientras pensaba en Ailie.

Entró en Great Russell Street, y el oscuro e imponente edificio se alzó ante él, un monumento a la piedra de cantería. En ese momento la llovizna empezó a blanquear, convirtiéndose en nieve. Los copos volaban metiéndose en su levita y derritiéndose, las suelas de las botas resonaban en el pavimento, las palomas hacían frufrú con las alas. Todo estaba en silencio, no había un alma en las calles. Era como si el mundo entero contuviera el aliento.

La puerta del invernáculo estaba abierta. Mungo entró de soslayo, como un gato, preparándose para darle una sorpresa a su cuñado. Dobló una esquina, avanzando a través de una hilera de árboles frutales enanos; y allí estaba. A pocos pasos, cubriendo un moral con un trozo de arpillera, había una silueta con una chaqueta de paño, guantes y gorro de piel. Una silueta dicksoniana^[12].

—Dix. —Fue cuanto tuvo que decir el explorador.

Charles Dickson se volvió para enfrentarse con un fantasma. Su aliento formaba nubecitas en el aire y la nieve le armiñaba los hombros. Ante él había un bulto, algo extraño e incongruente en aquel lugar, sobre todo un día como aquel, y a aquella hora. Era una apariencia salida del pasado —consumida, cetrina, con los ojos grises salpicados de puntos rojos—, una figura muerta y sepultada, tan largamente esperada que la espera se había vuelto una costumbre. El botánico dejó caer la arpillera y se limpió las gafas en la manga de la chaqueta antes de iluminarse con una ancha y húmeda sonrisa.

—¿Realmente eres tú —balbuceó— o algún fantasma que viene a atormentarnos?

PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

HASTA 1784 las ejecuciones públicas en Londres se celebraban en un lugar llamado Tyburn Tree, frente al Marble Arch. Cada vez que ejecutaban a alguien tenía lugar todo un elaborado ritual en medio de una gran excitación. Los condenados a muerte recorrían las calles en una carreta, maniatados, junto a un féretro de pino. Miles de personas asistían al desfile, y alrededor de la horca se levantaban gradas e improvisados tenderetes donde se vendía de todo, desde baratijas hasta ginebra, caballas, dulces, pan de jengibre y emparedados de lengua estofada. Los pregoneros hacían su agosto narrando y vendiendo confesiones misteriosamente obtenidas, contando con todo lujo de detalles los crímenes de los reos o leyendo las lacrimógenas cartas escritas a sus novias en el último momento. La mayoría de las veces los condenados eran delincuentes de poca monta —falsificadores lloricas, mecheras muertas de hambre, carteristas quinceañeros—, y cuando así era, la muchedumbre daba rienda suelta a su crueldad, abucheándolos y escupiéndoles, arrojándoles piedras y asaduras. Pero cuando ejecutaban a un salteador de caminos — particularmente a uno notable por sus fechorías— la gente caía en éxtasis. Entonces se vestían de punta en blanco, luciendo sus prendas de seda, con los pelos encrespados y rizados, y las hebillas de oro de sus zapatos relucían con un fulgor desafiante. En esos casos, el condenado saludaba a las mujeres haciendo reverencias, estrechaba las manos de los niños que corrían a ambos lados de la carreta, y hasta firmaba autógrafos. El reo iba a la horca como un héroe, un mártir, y cuando empujaban la carreta y quedaba balanceándose en el aire, sus amigos se precipitaban para colgarse de sus piernas, afanosos de acelerar lo inevitable ahorrándole el dolor y la ignominia del lento proceso de estrangulación.

Pero en 1784, y a pesar de las multitudinarias protestas, en las que participó el mismísimo doctor Johnson, se suprimió la «parranda de Tyburn Tree», y desde entonces ahorcaban a los criminales junto a los muros de la prisión. El propósito era eliminar la atmósfera de carnaval que rodeaba las ejecuciones, con la esperanza de intensificar su efecto disuasorio. La muchedumbre que se congregó para asistir a la

primera ejecución en Newgate quedó decepcionada y consternada: simplemente sacaron a los reos y, tras una breve oración, los ahorcaron. No hubo desfile ni fanfarria, no hubo gloria ni dignidad. Solo unos fiambres retorciéndose en la cuerda bajo el frío resplandor del sol.

NED RISE NO ESTABA AL TANTO de estos detalles. Con o sin fanfarria, no quería morir. Pero después de casi un año de dilaciones y aplazamientos conseguidos a pulso, parecía que era eso justamente lo que iba a ocurrirle —iba a morir, a espicharla, a estirar la pata, a palmarla— y no había nada ni nadie que lo fuera a impedir, a menos que el rey quisiera interceder. Y el rey, como todos sabían, estaba más loco que una cabra. Thorogood, respaldado por la fortuna de los Brooks, había realizado prodigios de prestidigitación: estirando los días hasta convertirlos en semanas, y las semanas en meses, y los meses en un año. Y seguía luchando tenazmente para obtener otro aplazamiento, pero sir Joseph Banks también luchaba tenazmente para ver ejecutada la sentencia.

—Pero ¿el día de Navidad, mi señor? —chilló Thorogood dirigiéndose al alcalde.

—El día de Navidad cae en lunes, abogado. Es un día normal de ejecuciones.

—¿Y qué hay de la frase «paz en la tierra» y todo eso?

Banks movía los hilos de todo aquello entre bastidores, ejerciendo su influencia. Había hablado con Pitt, con el príncipe, con el lord chambelán, quejándose de que un aplazamiento tan prolongado en un caso tan nefando resultaba desmedido, censurable: los tribunales no estaban cumpliendo con su deber. A su manera —inescrutable, majestuosa y olímpica—, aquellas luminarias tendían a ponerse de acuerdo. Así que la orden había llegado desde lo alto, y ahora el alcalde hacía oídos sordos a los nuevos alegatos. Miró a Thorogood entornando los ojos...

—Vamos a ahorcar a dos ladrones y a un asesino, abogado... En efecto, yo diría que exterminándolos proporcionaremos gran cantidad de paz a los ciudadanos honrados de esta nación.

NED ESTÁ SOLO, contando los últimos minutos en su celda. Es el día de Navidad por la mañana, el cielo está gris y la llovizna deviene nieve. Boyles lo visitó anoche para presentarle sus últimos respetos, borracho como una cuba. Cantó un par de sensibleras melodías irlandesas con temblorosa voz de barítono, le cogió la mano a Ned y le dijo que esperaba volver a verlo en un mundo mejor, y acto seguido se cayó redondo en una esquina. Y Fanny también lo visitó para darle el último adiós. Magullada como una ciruela fermentada, con los muslos mancillados y las muñecas llenas de moretones. Tenía un tatuaje detrás de la oreja (un *Jolly Roger*^[13] en verde), un reciente verdugón le cruzaba el pómulo, huellas de dientes humanos perforaban sus nalgas. Tenía cara de estar muy cansada. Ned ya no se preocupó más. Se arrojó sobre ella con toda la desesperación del condenado a muerte, con todas las fibras de su ser vibrando en un grito de supervivencia, en un himeneo a la unión del

espermatozoide con el óvulo, en un canto a la dulce y póstuma incubación de la vida. Ella se fue al amanecer, con la cara abotargada por la desesperación.

Son las siete menos cuarto. Le quedan quince minutos. Enciende su trigésima pipa —el pánico golpea sus costillas, las manos le tiemblan—, bebe otro trago de la botella de ginebra que le dejó Boyles y se encorva para limpiar una manchita en el zapato. Afuera, en el patio, los demás prisioneros están haciendo ejercicios. Otros se recuestan de pie contra los muros o se reúnen en las esquinas como conspiradores. Afortunados canallas, piensa Ned, embargado por una ola de autocompasión. Paradójicamente, resuena en su cabeza el ritmo de un villancico: «Noche de paz, noche de amor...». Y eso que, aunque le falta poco para acabar con la botella, se siente tan sobrio como un..., como un juez. La analogía le hace reír. Y suelta una resonante carcajada que de algún modo se desmadra convirtiéndose en un chillido visceral, demencial y horripilante, el quejido de un animal caído en la trampa. «¡AAA-aaaa-aaaaaah!», chilla. «¡AAAaaaa-aaaaaah!». Pero espera un momento: ¿qué es eso? ¿Pasos?

Venían a por él.

De golpe sintió que se desmadejaba hasta quedar despatarrado, los brazos le pesaban como argamasa, se le dobló el espinazo, cerró los ojos. Una sedante serenidad se deslizó en su interior, aferrándolo como un cálido guante. Ahora que había llegado la hora de la verdad, se sentía tan sosegado como cualquier hijo de vecino levantándose de la cama para oler el ganso y el pastel de higos de Navidad. «Vamos a morir como es debido, Ned Rise», dijo para sus adentros.

El carcelero ya estaba ante su puerta, flanqueado por dos mosqueteros. Ned se levantó y dio un paso adelante con toda la apostura de un príncipe yendo a su coronación. Aparte de una incipiente palidez en las mejillas, no tenía mal aspecto, casi habría podido decirse que estaba rebosante de salud; gracias a Fanny estaba aseado y bien alimentado. Se había recogido el cabello atándolo en la nuca con una cinta plateada, y llevaba una elegante chaqueta de terciopelo azul, medias blancas de seda, zapatos hebillados. «Cálmate —se dijo a sí mismo—, no te rindas». Pero entonces una voz resonó en su cabeza, una voz que repetía: «Pero voy a morir, pero voy a morir», como una letanía. Morir, morir, morir, morir, el eco de la sangre le martillaba las sienes.

AL OTRO LADO DEL MURO de la cárcel había grupos dispersos de curiosos esperando para ver la ejecución —en su mayoría eran hienas, degenerados e intermediarios en busca de cadáveres para abastecer las salas de disección de los hospitales—. También había un pequeño contingente de gente elegante, encabezado por sir Joseph Banks y la condesa Binbotta. Sentados en coches aparcados a lo largo de la calle, o situados a una distancia prudencial, acababan de salir de sus hogares y de las juergas atraídos por la lógica macabra del talión. Si por casualidad alguno consideraba que era una

incongruencia asistir a una ejecución el día de Navidad, ni sus rostros severos ni sus tensas mandíbulas lo demostraban.

La nieve caía fervorosamente: casi seis centímetros de fino polvo blanco alfombraban el suelo lodoso, suavizando los crueles contornos del patíbulo. Los lazos corredizos colgaban escarchados como tartas. Diligentemente, los lacayos con libreas resguardaban con mantas las caballerías de sus señores, los espectadores se arropaban con chales y bufandas acercándose a la horca para ver mejor. Compactos como el engrudo, los copos de nieve se arremolinaban en el aire.

Maniatado y con las rodillas temblequeando, Ned estaba ante la puerta principal de la prisión, esperando a que se abriera dando inicio a la ceremonia. A su lado, harapientos, estaban los dos ladrones condenados a la horca junto con él. Uno era un hombretón de aspecto brutal, con el pelo cortado al rape y una nariz aplastada de boxeador. Lloraba y parecía murmurar una oración. Su mano sudorosa aferraba un devocionario, como si eso fuera a salvarle la vida. El otro desgraciado era un enano. Ned reparó en ello con tanta extrañeza como puede permitirse alguien que está a punto de ser ahorcado. Con un metro de estatura, su mata de pelo pelirrojo llameaba como una conflagración. De pronto, sin más ni más, el enano le propinó un rencoroso puntapié en la pantorrilla a su compañero.

—¡Basta de llorar y de rezar, gilipollas! Muere como un hombre.

—Déjame en paz, Cabeza de Zanahoria —protestó el hombretón—. Tú me arrastraste por el mal camino, corrompiéndome y convirtiéndome en un delincuente. ¿No te parece que ya me has jodido bastante?

El enano escupió en el frío empedrado.

—¿Así que yo te arrastré, no? ¿Y quién propuso atracar a lord Lovat cuando salía borracho de la Casa de Juego de White, eh? ¿Y de quién fue la brillante idea de arrancar los panes de oro que doraban por dentro el coche del duque de Bedford? ¡Habla alto, no te oigo, cabeza de chorlito! —gruñó el enano, asestándole otro puntapié al hombretón.

—¡Ahora verás, homúnculo retorcido! —estalló el gigante, dejando caer el devocionario y agarrando por los pelos al enano—. Te voy a enseñar quién corrompió a quién.

A pesar de tener las manos atadas por delante, se las arregló para arrancarle dos puñados de pelo al enano.

—¡Hijo de puta! —rugió zarandeando al pequeñajo como si fuera un saco de plumas, mientras el gnomo trataba de agarrarse a la región inguinal de su adversario.

En ese momento, la puerta se abrió con un apocalíptico chirrido y los dos contendientes flaquearon. Asustados, vieron bajar por la escalera de atrás al capellán que conduciría la solemne procesión hasta la brillante superficie blanca y azul de la calle. La nieve abofeteó a Ned con sus despiadados aguijonazos, pero ni apartó la cara ni cerró los ojos, más bien al contrario, agradeció esa ligera sensación de alfilerazos, maravilloso y automático capricho de los sentidos. En cuestión de

minutos, ya no volvería a experimentar ninguna sensación: ni el placer ni el dolor, ni el sabor ni el olor, ni la blanda presión de los labios de Fanny sobre los suyos ni el hambre, ni la amargura ni el frío. Los ladrones guardaban silencio, absortos en sus propios pensamientos, atemorizados ante la sombría perspectiva de la muerte. En cuanto empezaron a reñir, una asociación de ideas le permitió a Ned reconocerlos como los canallas que le habían robado a él y a Boyles aquella noche al salir de la Feria de Bartolomé. En cierto sentido, saber que dentro de poco recibirían su castigo se le antojó un pequeño consuelo.

La imagen de las tres horcas surgiendo en medio de la ventisca era imponente: «¡Sálvame, Dios mío! —rezaba Ned—, ¡sálvame, Dios mío! Aún tengo que vivir. Dame otra oportunidad... Solo otra oportunidad». Pero entonces vio la colosal silueta negra de un encapuchado, silencioso, encima del patíbulo, y supo que sus rezos no sen/irían de nada. La garra del verdugo lo aferró como un tornillo de banco cuando lo ayudó a subir al tablado. En consideración al enano, habían construido una tarima un poco más alta, pero Cabeza de Zanahoria maldijo al verdugo cuando este lo levantó en peso colocándolo en su pedestal como si fuera un maniquí. El hombretón lloriqueaba soltando gañidos como un cachorro: en cuanto lo vieron flaquear, la chusma se enardecía, vomitando insultos y abucheos. Tuvieron que empujarlo para que subiera a la plataforma, y cuando el verdugo aseguró el nudo en su cuello, gritó como si lo estuvieran quemando. Todo lo cual deleitaba a los espectadores, cuyas filas se estremecían con risas nerviosas.

—Mortales, pobres pecadores —empezó el capellán—, inclinad vuestras cabezas y suplicad perdón a nuestro señor Jesucristo. Pronto estaréis en presencia de vuestro Creador para responder de todos vuestros actos en esta vida, y para sufrir el eterno tormento por los pecados que habéis cometido, a menos que deis muestras de sincero arrepentimiento y merezcáis compasión...

Las palabras del capellán pasaron inadvertidas para Ned. No eran más que un ruido aleatorio prolongando su vida unos preciosos instantes más: ni siquiera las oía. Tampoco tenía una clara percepción de la multitud apiñada a sus pies. No vio a Banks ni a Mendoza ni a Smirke, ni tampoco a Billy Boyles ni al lacayo de Adonais Brooks, ni a la vieja bruja que lo perseguía desde que dio su primer vagido en un frío pesebre lleno de paja. Miraba hacia atrás, a las huellas que había dejado en la nieve, última prueba física de su existencia que ya los copos empezaban a borrar.

—... gracias a la bondad, muerte y pasión de Jesucristo...

Ned cerró los ojos, sobreponiéndose. Pensó en Fanny, en Barrenboyne, en el clarinete. Música, color y movimiento. Pensó en escapar, romper las cuerdas, saltar a un caballo, arremeter contra la multitud y huir a galope tendido por la calle, el viento en su cabello...

—... que el Señor se apiade de ti, que el Señor se apiade de vosotros.

... ¿Dónde estaba ahora? La multitud había matado al caballo no sin antes derribarlo a él, y ahora le apretaban la garganta con sus manos, pero Boyles —sí,

Boyles— irrumpió abriéndose paso en medio del gentío y Ned se levantó de nuevo, corriendo sin poner los pies en el suelo, corriendo por el aire, lejos del siniestro muro de Newgate y la sombra de la horca...

Pero Ned Rise no estaba corriendo. Estaba colgando. Ahogándose en su propio vómito mientras lo izaban, estrangulado, pues le habían dejado caer de nuevo para constreñirle los pulmones. Debajo de él, triste e impotente, se balanceaba Billy Boyles agarrado a sus piernas, gritando como un recién nacido, mientras a su izquierda el enano vociferaba: «¡Me cago en Dios!». Y luego todo fue quietud y oscuridad.

MÚSICA ACUÁTICA

NAVIDAD DE 1797.

Ha sido un año lleno de victorias y derrotas, de audaces ofensivas y oportunas retiradas. Napoleón había derrotado a los austríacos, anexionándose la mayor parte de Italia, mientras Walter Scott renunciaba a Williamina Belches para casarse con Margaret Charpentier a guisa de compensación. En Hampshire, Jane Austen, defraudada por el rechazo de *Primeras impresiones* (¿no debería haberle cambiado el título?), había escrito a vuela pluma una novela gótica, *La abadía de Northanger*, para comenzar un relato didáctico titulado *Eleanor and Marianne*. A Horatio Nelson lo nombraron caballero ascendiéndolo a almirante por su destacada participación en la derrota de la escuadra española en el cabo de San Vicente, y John Wilkes, el incendiario, tras sucumbir bajo el peso del mundo, morirá dentro de veinticuatro horas. Los holandeses han impedido el desembarco de un ejército francés en Irlanda, pero a pesar de todo los irlandeses se han sublevado, y Pitt, en su afán por establecer la Unión con Irlanda, está excitando las iras de su monarca en lo tocante al reconocimiento de la emancipación católica. A todas estas, Coleridge y Wordsworth escribían al alimón un libro que daría al traste con el neoclasicismo tan limpiamente como un gastrónomo rompe un colín.

Pero esa noche, a pesar de los tumultuosos tiempos que corren, la buena sociedad está reunida en el Covent Garden para celebrar la Navidad escuchando *El Mesías*, de Händel. Afuera, la nieve se amontona en el empedrado, en los arroyos de las calles, en las ramas de los árboles; adentro, los lechuguinos de Londres resplandecen con el fulgor de sus acicalados semblantes. Por supuesto, el rey Jorge está allí, en compañía de la reina Charlotte y de sus hijas. Últimamente no parece estar muy bien de la cabeza, y sus ministros temen que recaiga en la demencia que ya le había apartado de sus funciones nueve años atrás (una locura que lo llevó al punto de intentar estrangular al príncipe de Gales a causa del asunto de la sucesión al trono). En otro palco, está el príncipe departiendo alegremente con uno de los mayores antagonistas de su padre, Charles Fox, y con el joven árbitro de la elegancia, el *Beau* Brummell. La sala está de bote en bote. También están allí Fanny Burney, y el duque de York,

Peg Woffington, lord Hobart. Wilberforce, *el Abolicionista*, está sentado en la última fila, junto al obispo de Llandaff, miembro *in absentia* de la Asociación Africana, mientras la condesa Binbotta, oronda y radiante como un tiburón con la barriga llena, monta un número para expresarles su más efusivo agradecimiento a William Pitt y al alcalde. Todo a lo ancho y largo de la sala se oye el frufú de las sedas, el tintineo de las espadas de gala, el susurro de atenuadas chácharas, acatarrados sorbiendo por la nariz, discretas toses. Por doquier se respira la fragancia de las lilas y del agua de colonia.

Sentado a la derecha de sir Joseph Banks, Mungo Park está un poco mareado. Desde que a primera hora de la mañana estrechó la mano de su cuñado en el jardín botánico, no ha hecho otra cosa que dejarse arrastrar en un torbellino de actividad, una vertiginosa sucesión de salvas de aplausos, felicitaciones, caras rollizas y brindis. Un ganso asado con Dickson y Effie, ponches, postres de Yorkshire y bizcochos borrachos con sir Reginald Durfeys, un árbol preñado de velas, fragmentos de olvidadas canciones, tres trozos de tarta y una copa de brandy en casa de sir Joseph, una mezcla de fiestas y tertulias, coches, calles nevadas, palmadas en la espalda y manos extendidas; y ahora aquello. Estaba encantado, trastornado, confortado, dispéptico, exhausto y regocijado. Tan pronto como se supo la noticia, los miembros de la Asociación Africana acudieron a verlo, entusiasmados como colegiales en un partido de rugby, con sus caras curiosas haciéndole mil y una preguntas. ¿Era cierto que los negros cortaban las vacas en tajadas para comérselas acto seguido? ¿Sus ciudades estaban construidas con oro o con excrementos? ¿Era muy ancho el río? ¿Era aquella región del mundo comercialmente viable? ¿Representaban un problema los hipogrifos?

Era exactamente lo que él esperaba, lo que tanto había soñado. Todos hablaban de él en Londres, era una sensación, el centro de gravedad alrededor del cual giraba aquella galaxia de estrellas polares. Pero estaba cansado, con los huesos molidos. Banks, a su lado, quería presentarle a otra persona y él apenas podía levantar la cabeza.

—Oh, Mungo, ¿todavía no te he presentado al duque de Portland? —El empalagoso tono aristocrático de Banks almibaraba el título nobiliario—. Éste es el amigo de quien os hablé, señor duque... Fue al Níger y regresó... esta mañana..., al este. ¡Fluye hacia el este!

Pero entonces, gracias a Dios, las luces disminuyeron, el director subió al podio y los primeros acordes de la sinfonía empezaron a derramarse por la sala. El efecto en el explorador fue instantáneo. El sonido de las cuerdas, del órgano y de los instrumentos de viento actuó como un sedante, purificándolo con la dulzura y la luz de la civilización, con un murmullo de precisión y orden, el murmullo del Siglo de las Luces, el de Saint Paul y Pall Mall, el del infalible principio de causa y efecto, explicación y definición. Estaba de vuelta en casa, al fin había regresado. Estaba de regreso en una sociedad donde se respetaban las formas y el amor a la cultura era un

estilo de vida, una sociedad capaz de dar personalidades como Shakespeare, Wren, Milton y Cook. ¡Salve Britania, claro que sí!

Cuando miró al escenario, el barítono estaba fulminando a «la gente que anda entre tinieblas», y Mungo pensó en Ali, en Eboe, en Mansong, en el caos y la barbarie de África. Pero entonces brotó el coro con la fuerza del rayo y las tinieblas retrocedieron dando paso a la intensa alegría «Porque nos ha nacido un niño rey», y el explorador pensó que jamás había oído nada tan bello. Y ahora cantaba la soprano, remontándose como un ángel, mientras a su alrededor se desplegaba un antiguo y venerable cuento de pastores y la buena nueva de la redención del género humano. Cuando la contralto empezó a cantar: «Entonces el ciego recobró la vista», Mungo se descubrió pensando en Ailie. La solista apenas tenía pechos, parecía un efebo, llevaba el pelo negro recogido en un moño. Mungo cerró los ojos, a través de los párpados vio a unos niños jugando frente a una casa de piedra, Ailie estaba en la puerta, pero entonces, abruptamente, regresó a la realidad, sobresaltado por una áspera cacofonía, un alboroto en las primeras filas, alguien... ¡Alguien gritándole a la solista!

Era el rey, de pie, gritando el título de una composición musical, como un borracho en una taberna. El público estaba atónito; la pequeña contralto titubeó un poco, pero valientemente siguió elevándose con su voz por encima de los enérgicos y persistentes gritos del rey. Al parecer, Su Majestad estaba pidiendo a gritos otra obra de Händel —la favorita de su bisabuelo— y ahora la reina estaba de pie, tironeando de su manga, mientras Pitt corría por el pasillo y la orquesta se amilanaba, y el hombre de la peluca plateada con la cara encendida de ira seguía desgañitándose: «¡Música acuática, Música acuática, Música acuática!».

Dos

EL YARROW

¿Qué es el Yarrow sino un simple río
que se desliza al pie de las oscuras
colinas?

Como él hay miles en otras partes
y todos igualmente dignos de vuestra
admiración.

William Wordsworth, *Yarrow unvisited*

LÁZARO

HABLANDO ENTRE DIENTES y abriéndose paso penosamente a través de la nieve acumulada en la escalera del hospital de St. Bartholomew, el doctor D. W. Delp no estaba para milagros. De hecho, si le hubiera sobrevenido algún milagro mientras saboreaba su cerveza y su bollo, lo habría abucheado y perseguido hasta el lugar de donde salió, y luego, posiblemente, en caso de sentirse suficientemente ofendido, habría disertado en latín acerca de la imposibilidad material de su existencia. Aquella mañana estaba de muy mala leche, amargado por lo que consideraba un fracaso del Gobierno —o, más bien, del inconsistente y desconcertante sistema judicial en que se apoyaba—. ¡La idea de ahorcar a un hombre el día de Navidad! Era algo espantoso. Una barbaridad. Peor aún: una desconsideración. Enojado, dio un puñetazo en el pasamanos de hierro, pero no acertó el blanco, perdió el equilibrio y resbaló en un charco de agua sucia congelada, rodando por la escalera mientras soltaba tacos.

—¿Dónde está el maldito conserje? —gritó abriendo de sopetón la puerta y dando un susto de muerte a las enfermeras—. ¿Acaso no le pagamos sus cinco chelines a la semana para que quite la nieve de la puerta? Y, bien, ¿dónde está? Seguro que está haciéndose el enfermo y calentando su perezoso culo frente a la chimenea, ¿no? ¿Está empinando el codo, eh?

El conserje miraba a hurtadillas desde el armario de las escobas, atemorizado, mientras los pacientes con sus gorros de dormir, sus férulas, sus cabestrillos y sus amarillentos vendajes, guardaban silencio ante el estallido de cólera del doctor. Embozado en su gabán y con el sombrero de castor hundido hasta las orejas, Delp seguía allí parado, bufando a través del mostacho. Y entonces un paciente entrado en años, con una pierna marchita y enfermo de cataratas, exclamó con un hilo de voz:

—Doctor, mis pulmones... Mis pulmones están tan atascados que ya no sé si estoy vivo o muerto.

Eso bastó para que se rompiera el hechizo y la cortina de humo se disipara. Como suplicantes ante un oráculo, los pacientes se aglomeraron alrededor del médico con sus artríticas manos y gotosas piernas, gimoteando: «Doctor, doctor, doctor».

Pero Delp no tenía tiempo para ellos. A pesar de tanta insistencia, no les prestó atención y, apartándolos impacientemente, siguió por el pasillo hasta el laboratorio. No, lo que le había sacado de la cama aquella mañana no eran esguinces, ni reumas ni bocios. Úlceras supurantes y fracturas conminutas eran el pan nuestro de cada día en aquel hospital, dolencias que no justificaban que renunciara a sus días festivos de las Navidades y a una excursión al balneario de Bath, un viaje largamente planeado para hacerlo coincidir con las vacaciones escolares de su hijo en Oxford y con la llegada de su hija, entre baúles y cajas, procedente del internado de la señorita Creamer. Ah, no, de ninguna manera. Lo único que podía arrastrar a Delp hasta el hospital un día

como aquel era una curiosidad científica: el apasionante afán de conocimiento, ampliar los límites de la ciencia anatómica, hacer la pedagógica disección de un par de cadáveres que el verdugo había suministrado la víspera.

El doctor hizo una pausa ante el busto de Vesalio para soltar un largo suspiro de resignación: las columnas y las cornisas de Bath y las decepcionadas caras de sus hijos ya se desvanecían en algún recóndito repliegue de su conciencia, obnubiladas por la disección en perspectiva emergiendo como un rayo de la niebla. Sabía que aquello era de aquí te cojo, aquí te mato. Lo mismo daba que fuera Navidad, su cumpleaños o el primer día dorado de la primavera... Si Quiddle venía a decirle que tenía un cuerpo en hielo, ese día se convertía en un día laborable. Eso ni se discutía. De un tiempo a esta parte, había una gran escasez de cadáveres, y la competencia para obtener los pocos cuerpos sin mutilar disponibles era feroz. Todo el mundo reclamaba su porción del pastel. El Royal College de Físicos, la Universidad de Oxford, el Hospital de St. Thomas, el de St. George, el de Guy, el Westminster, el Middlesex. Aún la tierra no se había asentado del todo en los sepulcros, todavía estaban tibios los cadáveres, cuando ya la mitad de los dolientes londinenses estaban desenterrando a sus queridos difuntos para vender los podridos restos al mejor postor. Pero ¿qué hombre de ciencia se prestaba a ello? Por ejemplo Philpott, el que trabaja en el Royal College. Andaba tan necesitado de cuerpos que diseccionó a su propio hijo de tres años, muerto de tos ferina, ante una clase de cándidos estudiantes de anatomía.

—¡Decius! —Quiddle estaba esperándolo en la puerta del anfiteatro anatómico—. ¿Qué tal estás? ¿Has disfrutado de tus vacaciones?

Delp miró a su ayudante con ojos de pez.

—¿Qué aspecto tienen? —Uno es una preciosidad, parece un ángel muerto. El otro...

—¿Sí?

—El otro es un enano.

—¿Un enano? ¡Maldita sea! Supongo que salió barato, ¿no?

—El normal costó treinta y cinco libras; el enano, veinte. Los intermediarios del Hospital Middlesex me ganaron por la mano, y se llevaron al otro... Es una lástima. Era un auténtico chollo. Un gigante. Un metro noventa, por lo menos.

Absorto en el proceso de desabotonarse el chaleco y quitarse la bufanda, Delp levantó la vista severamente.

—¿Quieres decir que ahora el hijo de puta de Crump está vendiéndoles cadáveres a los del Middlesex, después de todo lo que ha ganado con nosotros?

—Los vende al mejor postor, eso fue lo que me dijo.

Cabreado, el doctor se quitó la chaqueta y se arrancó la bufanda. Revolvió sus bolsillos buscando una cerilla y luego tiró la caja al suelo con un gesto de disgusto. A primeras horas de la madrugada, el corredor estaba a oscuras y un viento frío zumbaba a lo largo de las paredes.

—Bueno, vamos a echarles un vistazo.

EN SU BUHARDILLA de Paternoster Row, Dirk Crump se frotaba las manos frente a la chimenea tras contar por enésima vez las monedas amontonadas en la mesa: unas cien libras en total. No estaba mal para solo un día de trabajo. La gran jugada fue que la vieja bruja se hiciera con el cuerpo del asesino. Porque el verdugo estaba a punto de negárselo a esa pobre y desafortunada madre. Por supuesto, el enano estaba a disposición de cualquiera, pero... De todas maneras, ¿dónde iba a encontrar a un anciano capaz de hacer el papel de desconsolado padre? En cuanto a grandote, era pan comido. Solo tuvo que darle cinco chelines a Tall Bob, el ayudante del boticario, y obligarlo a ensayar su papel veinte o treinta veces: «Yo soy el hermano de Will, y he venido desde Southwark. Mi padre me envía para recoger su cuerpo y llevarlo a casa en carro».

Bob balbuceó su monólogo, pero allí nadie le prestó atención, porque la vieja..., la vieja estuvo magistral. Absolutamente desquiciada por el dolor. Tendría que preguntarle si quería trabajar para él de manera sistemática. Había dos o tres amigos o parientes, o lo que fueran, presionando al verdugo para que les entregara el cadáver, pero la vieja se abrió paso a través del gentío, chillando y llorando a lágrima viva, igual que la madre de Cristo en el descendimiento de la cruz. El único problema fue que no quiso renunciar al cuerpo una vez que lo tuvo en la carreta y se apresuró a doblar la esquina. Finalmente la alcanzó. Incluso ahora le horrorizaba solo pensar en el aspecto de sus ojos cuando la vio en el pescante de la carreta tirada por un burro, envuelta en negros andrajos, semejante a un demonio necrófago con apariencia de mujer, un zombi o algo por el estilo.

—¡Eeeeeh-eeeeeh! —chilló ella—. Ahora está profundamente dormido, te lo garantizo. Cinco libras y es tuyo.

La vieja lo había depositado sobre un barril. Él sabía que podría vender ese cadáver por treinta. Fue contando las monedas en su retorcida garra, tiró el cadáver en su carro, junto con los otros dos, y se dirigió a Paternoster Row. Entonces se sentó ante el fuego y esperó a que Quiddle y Babbo y los demás vinieran a verle para ajustar el precio.

—¿Cuánto quieres? —le había preguntado Quiddle, mirando de reojo los cadáveres—. ¿Eh? ¿Cuánto quieres que te dé?

LA TEMPERATURA dentro del quirófano estaba caldeada. Los dos estudiantes de Leiden ya estaban allí, inclinados sobre sus blocs de dibujo y sus libretas. Detrás de ellos, Delp reconoció a Freischütz, ese joven alemán tan serio con una nariz larguísima y los pelos como hilachas. Por supuesto, el doctor Abernathy también estaba allí, sentado en primera fila, siempre interesado por los misterios del cuerpo humano. Al

fondo: cuatro extranjeros, uno de los cuales era una señora. Quiddle lo había organizado todo invitando a la gente de buena sociedad con inclinaciones científicas y el bolsillo repleto de guineas. Habían venido para disfrutar del repelús.

Delp saludó con una brusca inclinación a su auditorio antes de ponerse los guantes de becerro que solía usar cuando examinaba los cuerpos. Luego se aclaró la garganta y clavó los ojos en las medias del doctor Abernathy.

—Hoy vamos a empezar con un examen de los principales conductos sanguíferos de la pierna... ¿Quiddle?

Quiddle, con bata blanca y corbata, avanzó de una zancada hasta el centro de la sala, donde los dos cadáveres, el grande y el pequeño, yacían juntos encima de una maciza mesa con superficie de pizarra. De golpe, descubrió al más pequeño. Hubo un murmullo en las gradas del fondo, seguido por un melindroso grito sofocado. Ceñudo, puntero en mano, el doctor se acercó al cadáver. El enano se aferraba el cuello con una mano congelada y crispada, rígida como una garra. Era del tamaño de un niño, y en su rostro se leía una acusación, una retorcida mueca de rabia y agonía. Tenía los ojos cerrados, y los labios encogidos mostraban una especie de sonrisa salvaje y desesperada, tan monstruosa como absurda.

—No, no —susurró Delp—, mejor vamos a empezar con el otro.

Obediente como todo buen factótum, Quiddle volvió a cubrir al enano con la sábana y los espectadores soltaron un suspiro de alivio. Pero cuando se disponía a descubrir el segundo cadáver, la aprensión se palpaba en el ambiente: la señora enseguida se tapó la boca, lista para reprimir otro grito, los estudiantes de Leiden de pronto descubrieron los encantos del artesonado, el joven Freischütz empezó a chupar la pluma hasta que los labios se le pusieron negros. Sin embargo, cuando el cuerpo estuvo expuesto a sus miradas, descubrieron que no había motivos para alarmarse: el muerto descansaba en paz, con los brazos a ambos lados, el semblante despejado y sereno. Una toalla blanca envolvía sus partes pudendas, como un pañal. De no ser por la rozadura de la cuerda en el cuello, nadie hubiera sospechado que aquel tipo había fallecido de muerte violenta; muy bien podía estar durmiendo, actuando, posando para un diorama la escena de Adonis muerto durante el accidente de caza. Se hizo un profundo silencio en el anfiteatro, todos clavaban los ojos en la mórbida y pálida forma extendida sobre la mesa de operaciones.

La voz cortante del doctor Delp sonó casi como una agresión:

—Como íbamos diciendo, hoy empezaremos con un examen de las venas de la pierna... ¡Ah!... Quiddle, por favor, ¿quieres empezar?

Cuando el escalpelo de Quiddle cortó la piel de la pantorrilla para dejar expuesta la arteria tibial anterior, sucedió algo extraño y maravilloso: un chorro de sangre — potente como un géiser— brotó de la incisión salpicándole el pecho, la cara y las manos, tiñéndole la bata como si fuera un lienzo.

—La arteria tibial anterior —siguió disertando Delp, de espaldas a la mesasale de la arteria tibial posterior en la rótula, la cual a su vez se convierte en la arteria del

peroné. Se detuvo en mitad de la frase, preguntándose qué era lo que iba mal.

Abernathy se había puesto de pie, estupefacto, los estudiantes de Leiden habían dejado caer sus cuadernos con un estruendo, los opulentos invitados estaban lívidos... Y entonces oyó el rugido a su espalda, infrahumano, fascinante, terrible; escalofriante como un clamor de ultratumba.

—Doc..., Doctor —tartamudeó Quiddle.

Delp se volvió bruscamente para encontrarse con un surtidor de sangre, la pálida cara de su ayudante y, lo que era aún peor, el estremecimiento de los párpados y las espasmódicas crispaciones de los puños del cadáver. Se quedó boquiabierto, el puntero cayó al suelo. Con el instinto de un animal acosado, retrocedió trastabillando, dio media vuelta y salió pitando por la puerta.

—¡Alto, alto, alto! —chilló Abernathy, saltando la baranda y cayendo en el centro de la sala, como un acróbata decrepito—. ¡Está vivo! ¡Ese hombre está vivo! ¡Vamos, detenga esa hemorragia!

Quiddle fue el primero en reponerse del susto. Los muertos no vuelven a la vida, se decía a sí mismo. Vampiros, zombis, demonios necrófagos... Un paciente estaba muriéndose desangrado. No tenía tiempo para pensar en medio de la sorpresa y el terror, pero ya sus dedos estaban en la herida, apretando las venas cortadas, y ahora Abernathy y Delp estaban a su lado, excitados con la urgencia, pidiendo a voz en grito vendajes, compresas, algodones, para restañar la sangre.

En las gradas, la conmoción era total. Freischütz se había desmayado, los estudiantes de Leiden estaban escondidos debajo de sus asientos, los caballeros de la buena sociedad iban de aquí para allá enloquecidos e indecisos como caballos atrapados en un establo ardiendo. Y la elegante señora, petrificada en su luneta, abría desmesuradamente los ojos, tan aterrorizada como desconcertada. Pero entonces otro estado de ánimo asomó en su semblante, una oleada de certidumbre y alegría. En silencio, venerablemente, se arrodilló y juntó las manos en actitud de plegaria.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró—. Es un milagro.

Abajo, en el centro del anfiteatro anatómico, en medio del frenesí desatado alrededor de la mesa de disección —manos enguantadas, instrumentos ensangrentados y concisas órdenes—, Ned Rise levantó la cabeza en el Día de Resurrección y abrió los ojos a las luces en movimiento y a los colores de la vida.

EL LOTÓFAGO

—PENSÁBAMOS QUE USTED ESTABA MUERTO.

—Sí, muchacho, perdone que se lo digamos así, pero eso pensábamos.

—Bueno, lo que quiero decir es que no supimos nada de usted durante dos años..., y entonces llegaron las desoladoras noticias de Laidley sobre su cautiverio moro... Y ahora, dígame una cosa, confidencialmente, ¿realmente se follan a sus mujeres por detrás?

Otra recepción, otra ronda de brindis, otro montón de caras. El explorador estaba tan abrumado que lo único que podía discernir a duras penas era que se trataba de la vigésima fiesta en su honor desde que había regresado, hacía ahora un mes... ¿O eran más de veinte fiestas? El ritmo era agobiante. Pero estimulante. Iba de una conferencia a otra, de un salón a otro. Hoy conocía a una duquesa, mañana a un conde. Mungo Park, el hijo de un pequeño granjero, aún no había cumplido los veintisiete y ya se codeaba con los más poderosos. Aquello era embriagador.

N.º 12, St. Jame's Place
La baronesa Von Kalibzo se complace
en invitarle a la recepción en honor
del Sr. Mungo Park, lumbrera de la geografía
y descubridor del río Níger
9.00 p. m.
28 de enero de 1798

Sir Joseph, a quien no le gustaban mucho esos saraos, le había prevenido contra la baronesa. Aunque era prima alemana del rey y figuraba entre las personalidades de más alto rango en su propio país, en Londres tenía fama de impresentable. Sir Joseph se limitó a decirle que solía incurrir en ciertos «excesos», y le aconsejó al explorador que declinara la invitación. Pero cuando se hizo evidente que Mungo era el invitado de honor, sir Joseph accedió a que asistiera, si solo era un par de horas.

Así las cosas, allí estaba Mungo, encantado con la adulación del gran mundo, bebiendo a sorbitos su cuarto vaso de vino, comiendo galletas untadas con caviar ruso y experimentando la inequívoca sensación de que todo iba como la seda. Negros moros ataviados como criados con pelucas y encajes de Cluny recorrían diligentemente el salón decorado con estatuas de pechos desnudos. Las paredes estaban tapizadas con retratos de Bonifacio, Tiziano y fra Bartolomeo della Porta. Una orquesta de nueve músicos aterciopelaba el ambiente. ¿Qué más podía pedir? Cada vez que abría la boca, los hombres vestidos de etiqueta y las damas con trajes de noche se arremolinaban a su alrededor. ¿Estaba en el paraíso o qué?

Sir Ralph Sotheby-Harp y otros dos acaudalados suscriptores de la Asociación Africana habían logrado arrastrarlo hasta un rincón, junto a una maceta de helechos. Estaban la mar de excitados, sus rostros deslumbrados ardían al calor de la más pura y desinteresada curiosidad científica mientras atosigaban al explorador pidiéndole detalles relacionados con las preferencias sexuales de las diversas tribus. Mungo, quien por regla general se mostraba reticente ante ese tipo de interrogatorio, de buenas a primeras se volvió de lo más elocuente bajo la influencia del vino.

—Los fulah, como ya os he dicho, suelen practicar el coito mientras montan en sus camellos, y los sarakolés... —Aquí bajó la voz cuando un criado moro se acercó

para rellenar los vasos y sus oyentes estiraron más el cuello para oírlo mejor—. Los sarakolés en realidad prefieren las corderas a sus mujeres...

—¡Qué aburrido! —La baronesa había salido de la nada, su cabeza era una masa de rizos, el escote muy profundo—. Quiero decir que eso equivale a reducir un acto tan vital y trascendental a algo así como navegar a orza por mera lubricidad. ¿No lo cree así, señor Park?

—Bueno..., yo... yo... er...

—Venga —le dijo ella, tomándolo del brazo—. Quiero presentarle a algunos invitados que son muy interesantes. Caballeros, les ruego nos disculpen...

POCAS HORAS DESPUÉS el explorador estaba achispado y arrastraba a la baronesa en una serie de precipitados y semiespasmódicos tambaleos mientras las demás parejas despejaban el salón y el violinista se esmeraba dando lo mejor de sí. Las arañas colgando del techo, las plantas, las estatuas, los cuadros y las asombradas caras giraban a su alrededor vertiginosamente hasta formar un contorno borroso, mientras la baronesa se acercaba y se alejaba como una visión en un sueño. Ella taconeaba en un revoloteo de enaguas, girando como un derviche, con los bucles saltando en sus hombros, con los pechos bamboleándose. Inspirado, el explorador intentó una especie de gran *jeté*, brincando por el salón como un antílope, abalanzándose sobre un escritorio y girando hacia su pareja en una serie de espirales cada vez más amplias. Se sentía tan a gusto que podía haber gritado de alegría, rugido como un león, golpeado su pecho y aullado como todos los elementos de la naturaleza desencadenados. Pero desgraciadamente, en el último momento, perdió el equilibrio y se fue de cabeza cayendo en los brazos de la baronesa y empujándola contra una mesa estilo Pembroke que se hizo añicos. Ella se quedó tirada en el suelo, debajo de él, abrazándolo, sintiendo a sus cuarenta años que tenía veinte.

—Usted es todo un bailarín, señor Park —murmuró finalmente, con su mano de largos dedos extendida en la espalda del explorador.

Al poco rato los dos coreógrafos terpsicoreanos estaban otra vez en pie, sonriendo, rodeados por un corro de ansiosos invitados interesados en el estropicio.

—¡Más champán! —gritó la baronesa—. ¡Que siga tocando la orquesta!

Obedientemente, los músicos atacaron otra composición, y unas pocas parejas entraron tímidamente en la pista de baile. Alguien contó un chiste en un rincón, y todos empezaron a parlotear; el pequeño accidente ya estaba olvidado. La baronesa se arregló el corpiño, se recolocó los pechos y alisó las arrugas de su falda, mientras el explorador se limpiaba la levita, sin saber qué decir.

—¡Dios mío, qué divertido! —dijo ella finalmente. Y luego—: ¿Puedo invitarle a otra copa de champán, señor Park?

—Sí... Sí, por supuesto. Y, por favor, llámeme Mungo.

Mientras el sirviente rellenaba sus copas, ella le miró abriendo mucho los ojos y de un modo felino.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para complacerlo..., Mungo?

El explorador permanecía de pie, balanceándose sobre los talones, sonriendo como un idiota, contemplando embelesado el escote de su vestido.

—Quizá le interese ver el resto de la casa... El cuarto de estar, la biblioteca..., mi alcoba.

Él la observó mientras ella bebía a sorbitos: la punta de su lengua como un capullo, fresca, rosada y húmeda.

—Bueno..., er... —tartamudeó Mungo tratando de demostrar aplomo—, el barón..., er..., no creo que a él le agrade mucho...

—¡Bah! —exclamó ella, tomándolo del brazo—. ¿No se lo había contado? El pobre murió hace tres años.

ALTIBAJOS

HA SIDO UN MES AGOTADOR. Un mes de pruebas y de vindicación, con la duda dando lugar a la certidumbre, y la crisis a la resolución. Y luego, ese súbito jarro de agua fría, la ráfaga de alegría y afirmación reemplazada por un nuevo y maligno sentimiento de incompreensión y dolor, prolongado, persistente, tedioso. Como si te estuvieran sacando una muela, siempre la misma, veinticuatro horas al día, durante treinta días seguidos.

La carta de Mungo había llegado a Selkirk el 29 de diciembre. Ailie no la había recibido. Estaba en Kelso, en una casa de ladrillos en las afueras de la ciudad, sentada ante el fuego y examinando sus emociones tan de cerca como escudriñaba la hidra o el paramecio a través del microscopio. La casa de ladrillos era del doctor DinWoodie. No tenía nadie más a quien acudir. Su padre, los parientes, Karlin... Todos, hasta Zander, se oponían a su decisión. Dinwoodie era calvo, estaba medio inválido y tenía sesenta y tres años. Su afición era la taxidermia. «No entiendo nada —le dijo cuando acudió a abrirle la puerta—, eres una casquivana gaviota montaraz. Pero desde luego puedes quedarte conmigo. No faltaba más. Estoy encantado de tener compañía».

La noche de Navidad ella le envió un mensaje a su padre por medio de Dugald Struthers, quien iba a caballo hasta Selkirk para pasar con su madre los días festivos: «Querido padre, no te preocupes. Estoy en casa del doctor Dinwoodie, aclarando mis ideas. Simplemente no podía hacerlo, espero que lo entiendas. ¿Vale?».

A la mañana del día siguiente, a las seis, el viejo estaba aporreando la puerta de Dinwoodie. Con su zapato. Caía una lluvia helada, gris como un lago muerto, unos estorninos se agitaron en el seto, el mundo estaba absolutamente cristalizado.

—¡Dinwoodie! —tronó el viejo—. ¡Abre esta puerta, ábrela ahora mismo o te juro por Dios que la derribaré a patadas!

Ailie estaba arriba, en el cuarto de huéspedes. Había pasado la noche en blanco, atormentada con sentimientos de culpa y llena de dudas. Toda la noche mirando fijamente las vigas del techo, oyendo el tamborileo de las bolitas de hielo en el tejado

mientras la nieve se volvía aguanieve, sintiéndose enferma y sufriendo amargamente por la ausencia de Mungo y por la afrenta que le había infligido a Georgie Gleg y a su familia. A ratos pensaba en regresar corriendo y casarse con él, incluso contra su propia voluntad, pero al instante sabía que era imposible. Y, al amanecer, justo antes de quedarse medio dormida, supo, en un súbito destello de intuición, que esperar a Mungo era igualmente imposible. Se había extraviado en la selva. Nunca volvería a verlo.

El timbre de voz de su padre la sobresaltó. Se incorporó en la cama y oyó su escándalo subiendo por la escalera.

—¿Dónde está esa Jezabel? —gritó él—. ¡Por Dios que la llevaré de vuelta arrastrada por los pelos y le daré de nalgadas hasta que le salgan ampollas en su irrespetuoso trasero y, si es preciso, la azotaré!

Y luego oyó el tono calmado y conciliador del doctor Dinwoodie, ofreciéndole una taza de té con un poquito de brandy, hablando sin parar sobre nociones psicológicas, el efecto que la pérdida de Mungo había causado en ella, la necesidad de más tiempo para cicatrizar las heridas.

—Estoy seguro de que no quieres forzarla a casarse, Jamie.

—¿Forzarla? Ella dio su palabra. Dio su palabra, Donald. Me avergüenza pensarlo. Que siendo una Anderson haya sido capaz de romper su solemne promesa. Ya oigo los chismorreos...

Entonces Dinwoodie dijo algo entre dientes sobre las nuevas generaciones.

—Nuevas generaciones, ¡y un cuerno! —La voz de su padre rebotó como una pelota en un partido de tenis—. Ella ya tiene veintitrés años. Es una mujer hecha y derecha. Y tiene que casarse. Que baje ahora mismo, la muy descarada... Que baje antes de que pierda los estribos y tenga que subir a sacarla de la cama y darle una zurra en presencia de mi más viejo amigo.

—Jamie, no pierdas la calma...

—¡Al diablo la calma!... ¡Ha llegado la hora de actuar!

Se oyó el ruido de un forcejeo, una vajilla haciéndose añicos. Y luego la voz de Dinwoodie, ahora más enérgica, evidentemente enojado, pero con un tono de resignación:

—Muy bien, lo que tú digas, espera aquí... Yo la traeré.

Y entonces oyó el ruido de los pasos del viejo doctor subiendo los escalones.

Diez minutos después Ailie estaba de pie ante el fuego, en el vestíbulo, encogiéndose sobre la taza de té que Dinwoodie le preparó, haciendo frente a la filípica de su padre. En la repisa de la chimenea se erguían algunos de los triunfos del viejo taxidermista: un tejón y dos armiños, erectos, vestidos con faldas y boinas escocesas, tocando una viola y una flauta respectivamente. Ella contempló al risueño tejón mientras su padre bramaba y reñía dando vueltas por el recibidor. El viejo tenía un magnífico par de pulmones, pero a veces necesitaba hacer pausas para recuperar el aliento.

—¿Ya has terminado? —preguntó ella, y antes de que él pudiera empezar de nuevo, agregó—: Porque, tengas o no tiempo para escucharme, yo tengo algo que decir. Georgie Gleg me resulta odioso. Siempre ha sido así. Aunque tenga un corazón de oro, es un bobo. Entre nosotros no hay nada mágico, y no lo habrá ni ahora ni nunca.

Su padre se quedó boquiabierto.

—¿Que entre tú y él no hay qué...? Pero diste tu palabra, chica.

—Antes me verás en el convento de monjas.

—¡Muy bien! —bramó el viejo—. Está muy bien... Como quieras. —Y dio un manotazo en la mesa—. Yo mismo traeré la carreta y te llevaré al monasterio.

Revolvió enfurecido los bolsillos de su abrigo y salió dando un portazo mientras murmuraba «no es hija mía» varias veces, como si estuviera ensayando ese bocadillo.

Eso fue el 26. Tres días después el viejo estaba de regreso. Llegó saltando la cerca de estacas puntiagudas en su yegua flatulenta, dejando un surco entre los arbustos y los macizos de flores, galopando sin parar hasta el umbral, y soplando un clarín como si fuera un orate. Ailie oyó la clarinada a lo lejos y se asomó a la ventana, intrigada. Dinwoodie estaba rellenando un par de erizos, ya vestidos como el pastor y su esposa, cuando oyó el alboroto y pensó que estaban a punto de ser atacados. La confusión duró un instante. El padre de Ailie irrumpió en la puerta, sin tomarse la molestia de llamar, bramando a todo pulmón:

—¡Está vivo, muchachita! —El viejo saltaba en el zaguán.

Ella necesitó unos instantes para asimilar esas palabras —¿será posible? y acto seguido estaba corriendo hacia su padre. Ambos se abrazaron. Con la cara colorada, eufórico por la noticia, su padre blandía una carta en la mano.

—Lo ha conseguido, muchacha. Ha vuelto. ¡Tu hombre ha vuelto!

Después de eso, todo resultó más fácil. El año de espera, el problema con la boda, romper su promesa; todo le fue perdonado. La gente empezó a hablar de premonición, de clarividencia, ella había recibido una señal en el último minuto, adivinando el futuro. ¿Cómo lo había sabido? Venían desde pueblos situados a kilómetros de distancia para felicitarla, para verla, para tocarla, para oír el sonido de su voz. Aquello era un milagro, eso es lo que era, decían. Un amor caído del cielo. Ailie estaba justificada. Se sentía como si le hubiera tocado la lotería, como si hubiera restaurado en el trono a Bonnie Prince Charlie, sentándose ella a la diestra de Dios.

Pero ahora, de regreso a Selkirk, se le caía el mundo encima. Había transcurrido un mes, y no había tenido más noticias de Mungo. Gracias a Dios estaba vivo, por lo menos esto estaba claro..., pero ¿dónde estaba ahora? La diligencia tardaba cuatro días en llegar desde Londres, cinco si había mal tiempo, según decía su padre. Siendo así, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba ese muchacho que parecía arder en deseos de ver a su prometida, eh? ¿Dónde estaba? ¿Acaso en conversaciones para volverse a marchar? Había regresado, muy bien, pero la había abandonado, del mismo modo que

ella había abandonado a Gleg. Le estaba bien empleado. Y así iban las cosas, de mal en peor, hasta que por fin, el día después del aniversario de su compromiso, le llegó la segunda carta.

The George & Blue Boar, Holborn, 29 de enero de 1798

Mi queridísima Ailie:

Forzosamente he tenido que quedarme más tiempo en Londres pues debo redactar un informe de mi viaje que se distribuirá entre los miembros y suscriptores de la Asociación Africana. Con la ayuda del señor Bryan Edwards, secretario de la asociación, espero poder terminarlo en pocos meses, después de lo cual podré volar a tus brazos. No dejes de pensar en esto, mi queridísima amiga y prometida: cuando no quede ni el más mínimo obstáculo, estaremos juntos para siempre. Al menos mientras yo permanezca en Fowlshiels trabajando en el manuscrito de mi libro, que se titulará *Viajes al interior de África, 1795-1797*. ¿Verdad que es excitante? ¿No te parece fantástico, estupendo? ¡Soy un hombre de letras!

Pero, a pesar de todo, languidezco mientras no pueda besarte.

Tuyo, etcétera...

MUNGO

¿EN POCOS MESES? Ella ya había esperado una eternidad. Atormentada y asediada, luchando contra todo el mundo por mantener la fe en él. ¿Y ahora él estaba demasiado ocupado para verla? ¿Estaba tan atareado con su libro que ni siquiera podía venir una semana a Selkirk para decirle que la había echado de menos tan dolorosamente como ella a él? Disgustada, estrujó la carta, súbitamente llena de remordimiento por lo que le había hecho a Georgie Gleg. Eso la iluminó como una epifanía: pobre Georgie, él debía de sentirse tan zaherido y anonadado como ella se sentía ahora.

Pero esa es otra historia.

HISTORIA DE GLEG (NACIDO CON MALA ESTRELLA)

GEORGIE GLEG había nacido en Galashiels, y era el segundo hijo del terrateniente local. Cuando se acercaba el momento del parto, un águila dorada se desprendió de la neblina y, batiendo sus grandes y sombrías alas un par de veces, se posó en la veleta de la casa de Gleg. Los vecinos se quedaron estupefactos. La gente acudía corriendo desde las tiendas y los sembrados para quedarse de pie en el patio, mirando

boquiabiertos al águila.

—Es una señal —dijo alguien.

—Sí —dijo otro—. Pero ¿de buen o mal agüero?

Allí mismo tuvo lugar un debate, al pie de las ventanas de la casa del terrateniente, mientras la madre de Georgie gritaba de dolor y el águila se limpiaba las plumas con tanta calma como si estuviera en su alto nido con sus aguiluchos.

—Aquí se ve la mano del diablo, te lo digo yo —insistía un hombre con un sombrero que le quedaba demasiado grande.

—Tú eres un loco charlatán —replicó otro—. ¡Es una bendición del cielo!

Casi inmediatamente se liaron a puñetazos. Las mujeres chillaban, los caballos piafaban y relinchaban, alguien rompió una botella de Whisky. Los bandos ya estaban formados, y había indicios de que la reyerta podía alcanzar proporciones tumultuarias, cuando súbitamente Davie Linlithgow puso fin a todo eso. Sacó su mosquete y decapitó al águila de un fogonazo. Entre espasmos, el gran pájaro cayó de cabeza salpicando las tejas con su sangre.

El gentío guardó silencio, los camorristas bajaron los puños. En la planta alta, tenue y chillona como una flauta metálica, la voz de Georgie Gleg se oyó por primera vez en la tierra.

SI QUEDABA ALGUNA DUDA acerca del significado de los sucesos que rodearon el nacimiento de Gleg, quedó inequívocamente despejada durante su juventud. Indudablemente, la aparición del águila era una señal de mal agüero, y el hecho de que la mataran, un desastre: la desgracia se posó en los hombros del niño igual que una aparición alada. Cuando tenía seis años, su padre murió en un accidente de caza, y su hermana Effie —la favorita de la familia— fue secuestrada por unos gitanos que la clavaron en un árbol del bosque que estaba más allá de la dehesa del norte. Aquel año el carbunco diezmó los rebaños y las ubres de tres de las cinco vacas lecheras se secaron. Inexplicablemente, las gallinas empezaron a poner huevos sin yema. Hubo un incendio en el establo. El granizo, pedriscos como glándulas afectadas de bocio, destruyó los campos de trigo, y el hermano mayor de Georgie murió fulminado por un rayo. Pobre Simón. Lo encontraron en un brezal, tan mustio que parecía un animal gelatinoso y descolorido recién salido del mar.

Dos años después la madre de Georgie volvió a casarse. Tyrone Quaggus, el nuevo hombre de la casa, era un fanático de las apuestas. Cazar, beber té, dar un paseo por el jardín..., no había actividad humana que no mereciera una apuesta. «Apuesto lo que quiera a que no puede zamparse veinte tazas de té en media hora, señor párroco», decía. «Apuesto diez libras a que puedo darle la vuelta al jardín en dos minutos». «¿Ve usted esa urraca, allá en el seto? Apuesto cinco libras a que antes del mediodía estará picoteando en el cristal de esta ventana». En aquel entonces Gleg tenía doce años, y Quaggus ya había despilfarrado el patrimonio del niño y tres cuartas partes de la hacienda también. La familia estaba en grandes apuros.

Pero, por si fuera poco, la mala suerte perseguía a Georgie de una manera mucho más sutil e insidiosa, lo que lo convirtió en un paria. La gente se apartaba de él como si fuera un leproso, los perros le gruñían, sus amigos de la infancia lo mantenían a raya arrojándole palos y piedras. Para ellos era un sapo, un gusano, una carga; no era digno de disfrutar de la compañía humana. Y para empeorar las cosas, resultaba que Gleg encajaba perfectamente en su papel. Creció siendo un alfeñique repleto de costillas, enjuto de hombros y de pecho, como un pollo desplumado. Sus pies eran enormes, sus manos agrietadas. Decían que su nariz aguileña era la señal que el pájaro había dejado en él. Para colmo, tenía los ojos diminutos y juntos, con reflejos amarillos y rojos, muy alargados hacia atrás y bordeados de una carnosidad del color del hígado. Ojos de pájaro.

En la escuela era objeto de burlas, apodos, bromas pesadas, inhumanas travesuras, escarnios y patentes muestras de desdén. Tenía diez años y, aparte de ser manso como un caballo, era el mejor alumno de Latín en la escuela de Selkirk. Esto último fue el beso de la muerte para sus condiscípulos. Si bien podían perdonarle sus rarezas, sus orejas aleteantes y su falta de coordinación, nunca le perdonarían que las declinaciones salieran a raudales de su boca, sin esfuerzo, mientras que ellos tenían que pasarse horas haciendo garabatos en sus estropeados cuadernos. Los chavales de más edad estaban particularmente indignados. Llevaban cuatro años quemándose las pestañas con el latín, día y noche, y de pronto aparecía aquel sabelotodo enclenque y llorón. Así que decidieron apretarle las clavijas.

Una tarde, al salir de la escuela, cuatro de los alumnos mayores —los hermanos Park, Finn Macpherson y Colin Raeburn— se desviaron de su camino de regreso a casa para encontrarse en la cañada de Ballindalloch. El aire estaba tan seco que crujía, la nieve crepitaba bajo sus pies. Adam y Mungo encendían una hoguera cuando llegaron los demás, como indecisas sombras saliendo de la negra cortina del bosque. Se saludaron con breves ademanes, sombríamente; Finn sacó la botella de whisky del bolsillo como si fuera una daga. Ninguno mencionó a Meg Munro. No hablaron de fútbol ni de hockey, no hubo bromas. Aquello iba en serio. Era un consejo de guerra.

Gleg había hecho algo inaudito: había ganado el premio de la fiesta de fin de año tras superar a sus condiscípulos en una traducción oral de las *Églogas*. El premio consistía en media corona, donada cada año por la señora de Monboddo, una viuda de enormes pechos muy dada a la cultura. Nunca antes un chico de primer año había ganado aquel premio.

—Esto es la gota que colma el vaso —dijo Adam—. Vamos a darle una lección a ese canalla.

Finn le pasó la botella a Mungo, se limpió la boca con el dorso de la mano y asintió:

—Yo digo que habría que darle un tirón de orejas.

—No, no. Seremos más sutiles, haremos que tenga un enfrentamiento con el

viejo.

Adam, a los catorce, era el líder, aunque Mungo y Colin le llevaban un año y estaban a punto de graduarse al final del trimestre. Por lo demás, Mungo no estaba demasiado interesado en todo aquel asunto; simplemente estaba allí por solidaridad. No era cuestión de si Gleg le caía simpático o antipático —por supuesto, le caía gordo—, simplemente no le interesaba perder el tiempo en trivialidades. A los quince, Mungo era en cierta forma el más popular de todos: un estudiante promedio, pero el mejor atleta en la escuela, a pesar de su tendencia a la torpeza. Ya medía un metro ochenta, y tenía la musculatura de un hombre hecho y derecho.

—Estoy de acuerdo con Finn —dijo.

La botella de whisky pasó a manos de Adam.

—Escuchad —dijo inclinándose para exponer a grandes rasgos su plan. Era diabólico en su sencillez y, lo que era peor, arrastraría a Gleg a una grave transgresión de la disciplina escolar.

Puesto que la razón de ser de la asignatura de Gramática era inculcar la comprensión del latín, a todos los estudiantes les estaba prohibido hablar escocés —ni en el aula, ni en el recreo— durante las clases. Una regla que se cumplía a rajatabla gracias a una red de espías «privados y clandestinos», quienes informaban de las violaciones al profesor. La primera infracción se castigaba con una amonestación pública y una multa de dos chelines; la segunda, con una zurra ante la clase. Los estudiantes de más edad, por supuesto, conocían la existencia de los espías y, mal que bien, siempre compraban su silencio. De los seis o siete soplones que actuaban en una clase de treinta y siete alumnos, Robbie Monboddó era el más confiable. Simplemente había que hacerle llegar al profesor un falso informe sobre su alumno más brillante. «Señor Tullochgorm, tengo un informe sobre un alumno, señor. El joven Gleg. Ha profanado a Dios..., y en escocés, sir».

DOS DÍAS DESPUÉS, el maestro emplazaba a Gleg ante el aula. Los carbones resplandecían en la chimenea de piedra, desde una gotera caía la nieve derretida formando un charco en el suelo de tierra. En otros tiempos aquel lugar había sido una vaquería, y el aire aún estaba impregnado de olor a orina y a leche cortada. La escarcha plateaba las pizarras de las paredes interiores, las velas de los estudiantes parpadeaban caprichosamente en la penumbra, los roedores hacían crujir el techo de paja.

—George Peter Gleg —dijo Tullochgorm—, venga aquí.

Los treinta y siete escolares se quedaron helados en sus pupitres. Todos clavaron los ojos en Tullochgorm cuando Gleg se levantó y avanzó aprensivamente por el pasillo. Aunque la cara del maestro nunca variaba de expresión, era difícil valorar su humor en aquellas circunstancias —¿estaba cabreado o simplemente dispéptico? Nadie lograba adivinarlo— aunque Adam y Mungo, entre otros, tenían una idea bastante clara.

El tótem de Tullochgorm era la férula que colgaba de la pared, como una cuchillada de mal agüero. Aquel maestro no quería a nadie ni a nada. Palabras como maravilla, belleza y vida eran ajenas a su vocabulario. Estaba empobrecido y amargado, consumido en su rutina, dependiendo del miserable salario que le pagaba la municipalidad y de la caridad de sus estudiantes. «*Venit summa dies et ineluctabile tempus*», gruñó, enfatizando cada sílaba como si estuviera pateando a un perro.

Gleg estaba de pie ante la maciza mesa de roble del maestro, con la cabeza agachada. Respondió en latín:

—No... No comprendo, señor.

—¡Cómo! *Nil conscire sibi, nulla pallescere culpa*, bribón.

—Pero...

—¡Silencio! —Tullochgorm estaba ahora de pie, impartiendo el consabido sermón sobre la desobediencia, la falta de disciplina, y despotricando de los insidiosos que burlaban las reglas establecidas de la sociedad debilitando el nervio del Imperio. Cuando terminó, agarró a Gleg por el pescuezo y lo vapuleó hasta hacer que se le salieran los mocos.

—¡Dos chelines! —chilló el maestro—. ¡Dos chelines! *Quamprimum!*

Al cabo de una semana el profesor llamaba a Gleg por segunda vez. Adam sonrió sarcásticamente a Finn y a Colin mientras el aula permanecía en silencio y el viento gemía en el techo de paja. Los más jóvenes palidecían, aferrándose a sus pupitres hasta que los nudillos se les ponían blancos. Tullochgorm estaba lívido; Gleg, asustado y confuso. Mungo simplemente miraba al techo, con aire ausente, peinándose con los dedos, y luego metió la nariz en el manoseado ejemplar de aventuras africanas de Johnson que escondía en el forro de su libro de gramática latina.

—*Bonis nocet quisquis pepercerit malis!* —rugió Tullochgorm. Y luego añadió —: Inclínate sobre el pupitre, réprobo.

ADAM PARK y sus compañeros habían conseguido su propósito: Gleg había sido derrocado. En solo siete días había pasado de ser el primero de la clase al puesto número treinta y siete. Pero la cosa no terminó ahí. Después de todo, ¿cómo iba a terminar ahí si Gleg estaba tan obviamente predestinado y era un blanco tan patético, tan evidente, que solo le faltaba llevar pintada una diana entre las cejas? Adam y sus amigos habían encontrado la quintaesencia del cabeza de turco. Cuanto más sufría Gleg, más le despreciaban y más decididos estaban a aniquilarlo, a pulverizarlo, a aplastarlo como si fuera una babosa o una araña. Adam llevó a su hermano aparte.

—Vamos a hacer que le expulsen —le susurró.

Al día siguiente, al amanecer, los colegiales de Selkirk esperaban afuera de la escuela la llegada de Tullochgorm. Hacía frío, y unos cuantos estaban en el zaguán, frotándose las manos y pateando el suelo. Adam y Finn estaban allí, con las manos en

los bolsillos, los cuadernos debajo del brazo. Intercambiaban sonrisas como Casca y Metelo Cimber en la escalinata del Senado. Mungo y unos cuantos de los más fornidos estaban afuera, en el congelado estanque de patos, entrando en calor con un partido *curling*^[14]. Las grandes piedras de dieciocho kilos silbaban sobre el hielo como prolongados suspiros, los jugadores jadeaban en sus deslizamientos, y el eco de las colisiones aporreaba el afilado aire de la mañana. De vez en cuando se oía un grito de triunfo... en latín, por supuesto.

Gleg llegó tarde. Venía deprisa y corriendo por el camino, doblado en dos, con el cuaderno metido dentro de la chaqueta y un jarro de cerveza acunado en los brazos. Era día de matrícula, y cada alumno estaba obligado a contribuir en especies a la despensa del maestro. Colin le había llevado un bollo, Mungo una cesta de patatas. A otros se les había pedido que llevaran nabos o mantequilla o una gallina guisada. A Gleg le tocaba entregar un jarro de cerveza, todos los días, durante dos semanas, para el almuerzo del maestro.

Cuando Georgie estaba pasando al lado del estanque congelado, Mungo se volvió y le llamó:

—Oye, Gleg..., ¿quieres jugar en mi lugar? Georgie estaba atónito. Se quedó tan turulato como si le hubieran golpeado en el cogote con una pala. ¿Jugar por Mungo Park? No podía creerlo. Nunca antes nadie le había invitado a participar en nada. A pesar de que le volvía loco solo pensar en esa posibilidad. A pesar de que asistía durante horas para verlos jugar al *shinty*^[15], al fútbol, al golf, rezando para que le dieran una oportunidad, para que el guardameta se rompiera una pierna y todos se volvieran hacia él, Georgie Gleg, le dieran una palmada en la espalda y lo miraran con otros ojos.

—Y bien, ¿qué dices? ¿Quieres jugar o no?

Él asintió con la cabeza, enfáticamente, golpeando con la quijada su esternón igual que un pichón picoteando para romper el cascarón.

—Solo tengo que..., solo tengo que ir a dejar la cerveza —tartamudeó mientras corría hacia la escuela, demasiado entusiasmado para sospechar.

Embistió la puerta, jadeando, con largos mocos gemelos colgando de sus fosas nasales. En cinco segundos dejó el jarro de cerveza encima de la mesa del profesor, entre los otros regalos, deslizó su cuaderno en una grieta de la pared y salió disparado de vuelta al estanque.

Y ésa fue su perdición.

En cuanto Gleg salió, Adam agarró el jarro, retiró la tapa y bebió un largo trago. Se limpió la boca y empinó el codo de nuevo. Luego le pasó la cerveza a Finn. Finn bebió largamente, le pasó el jarro a Robbie Monboddó, quien a su vez bebió y siguió pasándolo. Un momento después, Adam lo vació. Y entonces, con Colin vigilando por si venía Tullochgorm, se desabotonó el pantalón y orinó dentro de la vasija, esforzándose por exprimir hasta la última gota, empujando, con la cara enrojecida por el esfuerzo. Finn era el siguiente. Y luego Robbie, Colin y los demás. Al principio

Colin no podía orinar y los otros le daban instrucciones burlándose de él, diciéndole «¡arriba!», como si estuvieran en el campo de fútbol y eso fuera marcar un gol. Tullochgorm ya se acercaba a la escuela, y el jarro aún no estaba lleno. «Vamos, vamos, tú puedes hacerlo». Finalmente, en el último minuto, Colin aflojó la vejiga, dulce música, y llenó el jarro hasta el borde. Todos aplaudieron. Tullochgorm pensó que los aplausos estaban destinados a él, y se tocó la punta del sombrero mientras entraba en el aula.

En invierno, las clases empezaban al amanecer y duraban hasta que se ponía el sol, con una media hora para descansar y tomar un refrigerio al mediodía. Durante el receso, los chavales permanecían en sus pupitres, tiritando y comiendo un poco de sus frías gachas de avena, o aprovechaban el tiempo libre para patinar o jugar al *curling* en el estanque. Aquel día en particular, ninguno salió del aula. Había un cuchicheo a la hora del almuerzo, Mungo masticaba una patata fría, Colin calentaba un mendrugo sobre el fuego. A hurtadillas, todos vigilaban a Tullochgorm.

El maestro le dio la vuelta a su silla y se sentó de espaldas a la clase. Colgó de la pared su férula —por lo menos durante treinta minutos— y enseguida empezó a tratar de olvidar cuanto le rodeaba: la pizarra, aquella aula tan aburrida, las caras sucias de sus discípulos. En la mesa había un libro abierto —el *Bellum Grammaticale*—, y empezó a hojearlo, ora dándose masajes en los pies, ora cortando en trocitos un nabo crudo en un plato de avena. Los estudiantes estaban fascinados, como si nunca hubieran visto a un hombre rascándose los pies y comiendo gachas de avena al mismo tiempo. Cuando el maestro alargó la mano para coger el jarro de cerveza todos en el aula quedaron electrizados, una ola de histeria reprimida creció tan rápidamente como decayó... Había sido una falsa alarma. Abstraído, el profesor puso de nuevo el jarro en la mesa y metió la cuchara en la escudilla, clavando los ojos en las páginas del libro. Finn Macpherson casi brincaba en el pupitre. Adam no podía contener una risita nerviosa. Colin se limpiaba la nariz expectante. Solo Gleg estaba ajeno a todo, escribiendo en su cuaderno como si fuera inmune a las desagradables sorpresas de la vida; Gleg, pobre diablo, el cordero del sacrificio olisqueando sin saberlo los pilares del altar tinto en sangre.

Entonces, como si fuera la frase clave de una broma de mal gusto, llegó el momento que marcó un hito en la historia. Tullochgorm se llevó el jarro de cerveza a los labios y bebió largamente. No hubo ninguna reacción. Pasó una página del libro. De pronto se quedó mirando el líquido amarillo del jarro, algo extrañado, y bebió otro sorbito, solo para probar, y entonces lo vomitó todo como una ballena expulsando el aire en forma de surtidor. Treinta y seis cabezas se agacharon, súbitamente absortas en los laberintos de la gramática latina. Georgie Gleg levantó la cabeza. El maestro sufría una especie de ataque, boqueando y con arcadas, dando manotazos en la mesa, con las venas abultadas quemándole el cuello como un despliegue de fuegos artificiales. Georgie estaba pasmado, atónito y asustado al mismo tiempo. Pero del susto pasó al miedo, pues ahora Tullochgorm estaba mirándolo fijamente. No

fijamente..., sino más bien ferozmente. Apuñalándolo con la mirada. Con la barbilla goteando una saliva espumosa incrustada de trocitos de comida a medio digerir y echando chispas por sus ojos de cerdo, Tullochgorm estaba fulminándolo con los ojos.

A los diez años Georgie Gleg empezó a sentirse más pequeño que nunca.



A PARTIR DE ESE DÍA, todo empezó a ir cuesta abajo. Había cumbres y valles, por supuesto, pero esencialmente el mapa de la vida de Gleg se inclinaba hacia el polo más bajo. Inmediatamente después del incidente con Tullochgorm, lo expulsaron de la escuela, lo que le costó una zorra tripartita a manos de su madre, de Quagguus y del maestro. Durante quince días le obligaron a tomar una taza de su propia orina en cada comida, y por las tardes, durante media hora, permaneció en la picota de la ciudad, erguido *ad hoc*. Al cabo de esas dos semanas, Quagguus lo echó de casa con cajas destempladas, y lo enviaron a Edimburgo, donde fue a vivir con su tío Silas, quien lo matriculó en la escuela de aquella ciudad.

Inesperadamente, Edimburgo no era tan malo. Entre otras cosas, porque nadie sabía que él estaba allí. Allí nadie sabía nada del águila asesinada ni de las tejas salpicadas de sangre, nadie le acusaba de hacer mal de ojo ni de cortar la leche con su sola presencia. Para sus condiscípulos, él no era más que otro desgarrado de orejas aleteantes, otro objeto de burla... Nada del otro mundo. A pesar del diluvio de improperios, se las arregló para cultivar un par de amistades —otros inadaptados, por supuesto—, pero ya era un comienzo. Por otra parte, Silas Gleg se dedicó en cuerpo y alma a su sobrino. Lo vestía correctamente, contrató a tutor, le asignó una paga... Georgie empezaba a crecer como cualquier hijo de terrateniente. Y se graduó con todos los honores.

En ese momento intervino Quagguus. Según argumentó, ya que realmente no había hacienda ni patrimonio que dejarle, el niño debía abrirse camino profesionalmente por sí solo y aprender a ganarse la vida. Silas Gleg aceptó a regañadientes. Georgie se colocó como primer aprendiz de boticario y, más tarde, cuando el farmacéutico falleció, pasó a trabajar con un viejo amigo de Silas Gleg, el doctor James Anderson, de Selkirk, en cuya casa conoció a Ailie. En cierta forma, allí su vida se desarrolló con más dignidad, más hermosamente. Por primera vez se acercaba a lo sublime. Cuando ella aceptó casarse con él, sintió que había conquistado el mundo: Alejandro, César, Atila... no eran nada comparados con él.

Pero entonces, justo cuando la vida se abría ante sus ojos como una orquídea en plena eclosión, esa flor volvió a cerrarse de golpe, fatal, injuriosa, completamente podrida. Ella le había rechazado. Y él se deslizó entre las sombras como si fuera una bestia que ella no pudiera ver a la luz del día. Sus parientes y vecinos habían acudido

a la boda. Quagrus, su madre, el tío Silas. Aquel hubiera debido ser el momento culminante de su vida.

Él se fue de Selkirk el día después de Navidad. No hubo explicaciones ni disculpas ni despedidas. Encorvado por la depresión, maleta en mano, se dirigió a Edimburgo. Hacía frío. El viento soplaba cuesta abajo desde el norte con un aullido fúnebre, como el plañido de aves agoreras, y las encostradas ramas de los árboles crepitaban como las velas en un velorio. Si se hubiera tomado la molestia de levantar la cabeza, habría visto una sucesión de grises colinas peladas, tristes grietas, árboles rígidos sin ninguna esperanza de renovación. Pero no levantó la cabeza. Encorvado contra el viento, Gleg siguió a lo largo del camino, hastiado y desconsolado, andando como un soldado de capa caída que huye de un enemigo al que no puede dominar ni entender.

VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

—ESO SUCEDIÓ ANTES, te lo digo yo. Una obstrucción en la tráquea, una postración nerviosa, el estado de coma y el prematuro certificado de defunción. ¡Dios mío, pero si estaba nevando endemoniadamente, y encima, era el día de Navidad por la mañana! ¿Quién va a echarle la culpa al verdugo porque quizá se dio un poco de prisa en la ejecución?

Con la lenta y firme tenacidad de los granos acumulándose en un reloj de arena, la voz de la razón empezaba a surtir efecto en Quiddle. Pero aún se resistía.

—Estuvo colgado veinte minutos, ¿no?

—Psssh. —Delp hizo un ademán desdeñoso con la mano—. ¿Acaso tengo que recordarte que entre los seres humanos existe una infinita diversidad, y que lo que mata a una persona no necesariamente mata a otra? Un isleño de Fiji no dura ni cinco minutos sumergido en las aguas de Groenlandia, pero ¿qué pasaría con un esquimal? Mejor aún... Coge al verdulero de la esquina. Estallará envuelto en llamas si lo obligas a caminar por una alfombra de carbones ardientes, y, sin embargo, en la India sobran los faquires que hacen eso tres o cuatro veces al día... como diversión. ¡Hombre, usa tu sentido común! ¿Quién puede afirmar que veinte o treinta, incluso sesenta minutos, colgando de la horca es tiempo suficiente para exterminar una vida sin antes tomar en consideración los caprichos de la relación espacio-tiempo, las condiciones meteorológicas, el tipo de nudo corredizo y la calidad de la cuerda, la resistencia física del condenado a muerte y otros mil imponderables?

—Digas lo que digas, sigo pensando que es un milagro que ese hombre esté vivo. No sé si es la mano del Todopoderoso o solo un susurro de la ley de la probabilidad, pero te puedo garantizar que es la cosa más extraordinaria que ha ocurrido por estos parajes desde que la criada de la reina Isabel fue fulminada por un rayo y le creció una barba.

La mirada de Delp se llenó de exasperación.

—A otro perro con ese hueso —gruñó, sacándose abruptamente la pipa de la boca como si estuviera desenchufando una boca de riego—, pero te diré una cosa: quiero a ese personaje fuera de aquí en una semana. Cúrale el cuello, sácale un poco de sangre, prepárale caldos..., pero cueste lo que cueste tenemos que ponerle de patitas en la calle.

Hizo una pausa para encender una cerilla y aspiró la llama amarilla que chispeaba en la cazoleta de su pipa.

—Por cierto, no me importa que presumamos de él. Circulan muchas tonterías sobre los milagros de la ciencia moderna y todo eso, y los pacientes lo mirarán con un cierto grado de temor reverencial y tal. Que se pasee un poco por aquí. No creo que eso nos perjudique..., si entiendes lo que quiero decir.



LA PUERTA SE ABRIÓ y la luz inundó la diminuta habitación. En el pasillo estaba Quiddle. Con una bandeja en las manos. Un jarro de peltre, un pan de corteza dorada, un cuenco echando humo.

—Bueno, ya estás despierto —exclamó desenvuelto, con una voz que sonaba en cierto modo a cementerio. Ned Rise yacía en un jergón en el rincón, cubierto hasta el cuello con una sucia manta. La habitación carecía de ventanas, el aire era húmedo y malsano: paredes de adobe, sucio enladrillado, techo de vigas de madera. Evidentemente estaba en un sótano, toscamente construido y sin terminar, y, sin embargo, tenía algunas comodidades: un lavabo y un caño, una chimenea, un cubo de carbón, un espejo enmarcado. Al lado de la puerta, un tambaleante colgador y una canasta volcada, llena de libros (textos de medicina y folletos religiosos) y otros residuos de la vida cotidiana: el corazón de una manzana, cortezas de queso, hojas secas de tabaco, cabos de velas. Alguien había pintado una ventana en la pared del fondo, encuadrándola con una cortina de color amarillo sucio.

—Y bien... ¿cómo te sientes? —exclamó Quiddle, acercándose despacio a la mesita que estaba al pie del jergón.

Ned no dijo nada. Sin afeitar, desgredado, la roja rozadura de la cuerda era como un reproche en su cuello. Sus ojos fulguraban cual espadas.

Rápidamente Quiddle depositó la bandeja en la mesita y retrocedió un par de pasos, manteniéndose a una distancia prudencial, cauteloso. Se llevó las manos a la espalda.

—Oye —le dijo—, tú sabes dónde estás y todo eso, ¿no? Quiero decir, que no estás en el cielo ni cosa que se le parezca. Te salvaste. Estás vivo a pesar de todo eso. Quiero decir, a pesar de la horca. —Quiddle clavó los ojos en las punteras de sus zapatos—. Lo que quiero decir es que estás vivo, hombre... ¡Vivito y coleando como el mismísimo rey!

Concluyó la frase con un estallido de risa nerviosa, como si acabara de contar un chiste en una taberna.

Ned no dijo nada. Sabía perfectamente bien lo que había sucedido. Llevaba casi un día y medio explicándose, saboreándolo, recorriendo toda la gama de emociones que suscitaba en él, desde el asombro inicial, pasando por el éxtasis religioso, hasta la pura alegría animal. Además, había escuchado a escondidas la conversación de los dos médicos en el pasillo.

—Muy bien... Si te sintieras mal, solo tienes que llamar...

Ned clavó los ojos en la sudorosa cara de Quiddle. Desde que su benefactor había entrado en la habitación, estaba haciendo un esfuerzo para ni siquiera pestañear. Y eso es lo que se llama un esfuerzo. Sobre todo teniendo en cuenta que estaba muerto de hambre. El olor del caldo de carne de ternera, o sopa de rabo de buey, o lo que fuera aquello, le hacía sonar las tripas: un ruido sordo en la boca del estómago que le fruncía los labios, un apretón de las glándulas salivares. Pero tenía que seguir fingiendo a toda costa.

—Te comprendo —dijo Quiddle, regresando a la puerta—. Tiene que ser muy fuerte para ti. Ahora solo tienes que reposar. Todo está bajo control. Dentro de un par de días estarás en pie y podrás empezar a vivir, dejar todo esto atrás, hacer nuevas relaciones, nuevas... —Su voz se volvió un susurro, sedante, maternal.

Un instante después la puerta se cerraba y Ned se arrojaba sobre la bandeja con la voracidad de una manada de lobos.

VEINTICUATRO HORAS DESPUÉS Ned se paseaba por el hospital con una bata blanca, saludando con la cabeza a enfermos y moribundos, practicando la imposición de manos con los niños tullidos, exponiéndose pacientemente al sondeo de los dedos de cirujanos, físicos y estudiantes que no salían de su asombro. Le dolía mucho la pierna y sentía una dislocación en el cuello, pero Quiddle le dio una botella de láudano y un barbero lo afeitó empolvándole los cabellos. Ned sabía perfectamente qué esperaban de él. Cojeaba por los pasillos igual que un serafín herido, ocultando la rozadura del cuello debajo de un fular blanco, adoptando una expresión fervorosa y una mirada mesiánica. Cada vez que alguien le dirigía la palabra, se tocaba la garganta con un dedo compungido.

Quiddle opinaba que tenía la laringe aplastada, mientras que Delp insistía en que no había ninguna evidencia de daño físico. Después de examinar minuciosamente el aparato de fonación de Ned, Abernathy se vio obligado a coincidir con Delp, pero sugirió que, en esencia, era un problema más mental que físico. Para apoyar su diagnóstico, trajo a colación el caso de Lucy Minor. Años atrás la habían llevado al hospital tras sufrir un accidente. Un cochero borracho la había atropellado. Los caballos se abalanzaron sobre la señora Minor, quien tropezó cayendo en medio de la calle. Cuando el coche se alejó, los viandantes se precipitaron en su ayuda y se

quedaron asombrados al comprobar que había salido ilesa. Milagrosamente, los relampagueantes cascos y las raudas ruedas pasaron sin tocarla. La ayudaron a ponerse en pie, alguien le desempolvó el vestido, otro le dio a beber un vaso de brandy, pero cuando ella se volvió para darle las gracias al hombre que la había ayudado a levantarse, descubrió que no podía hablar. Los médicos estaban desconcertados. Abernathy había probado con todos los remedios que conocía, desde sanguijuelas hasta cataplasmas calientes en la garganta. La sangró hasta ponerla lívida. Nada. Y ahora, doce años después, Lucy Minor consagraba la mayor parte de su tiempo a obras de caridad con los sordos y los mudos. Ningún sonido había salido de sus labios en todo ese tiempo.

El doctor Maitland, que ejercía en el St. Bartholomew desde hacía casi medio siglo, admitió el punto de vista de Abernathy, pero señaló una evidente diferencia entre los dos casos: la constricción.

—Es un simple caso de obstrucción —insistió—; eso está más claro que el agua. Lo que ese hombre necesita son purgantes. Hay que administrarle una o dos dosis de aceite de ricino, sangrado un par de veces, y después ponerle una lavativa de antimonio y hojas de dedalera.

Runder, un estricto brunoniano, tenía su propia teoría.

—Obviamente se trata de un trastorno asténico... Mírenlo con alcohol y dentro de una semana estará chachareando como un estornino.

Delp objetó:

—Yo digo que todo esto es un fraude, ese tipejo es un impostor. Debemos dejar que los demás pacientes lo vean un poco, y luego lo echamos a la calle. O, mejor aún, se lo devolvemos al verdugo.

Finalmente, después de un debate que consumió dos horas de cena, tres chuletas de ternera, ocho capones, media bola de queso y quince botellas de vino de Oporto, decidieron que Ned Rise se quedaría dos semanas, y que Abernathy se pondría en contacto con la señora Minor para solicitarle que instruyera al paciente en la ciencia de comunicarse por señas. Al cabo de esas dos semanas, el paciente abandonaría el hospital.

La reacción de Ned ante todo esto fue elemental. Dormía en la cama de Quiddle, comía la comida de Quiddle, bebía el láudano de Quiddle. Echaba el aceite de ricino de Maitland por el ojo de patio, se bebía el alcohol de Runder, se pasaba dos horas diarias haciendo señas con los dedos ante una adusta señora Minor, y evitaba escrupulosamente a Delp. Seguía deambulando por las salas, con expresión afligida, elegantemente peinado, los labios sellados. De todas las teorías presentadas para explicar su enfermedad, en secreto, él estaba de acuerdo solo con una: la del doctor Delp.

Oh, sí, había tenido ronquera un par de días. No era para menos. En la oscuridad del sótano, sonriendo, las palabras salían de su boca como pedacitos de soldadura mientras ensayaba el milagro de su resurrección y la febril versión que le contaría a

Fanny. En persona. Subiría de dos en dos la escalera del porche de Brooks, apartaría de un empujón al asombrado mayordomo e irrumpiría en la sala, con un nudo corredizo hecho jirones colgando del cuello. «¡He vuelto de la tumba para vengarme, perverso!», gritaría a Brooks derribándolo de una bofetada. Luego abrazaría a Fanny, susurrándole que no se asustara, y le contaría toda la historia. Brooks tendría que quedar tan impresionado que les extendería un cheque, alquilaría un coche y los dejaría partir. O algo por el estilo.

Pero de momento Ned estaba fuera de combate. Lamiendo sus heridas, recuperando fuerzas, luchando a brazo partido con el horror. Cada vez que cerraba los ojos la veía, despiadada, implacable: la horca irguiéndose amenazadoramente ante él, semejante a un gigantesco insecto carnívoro, la nieve cerniéndose como ceniza, la fría muerte brillando en los ojos vidriosos del verdugo y la inevitable sensación de que la negra capucha ocultaba algún indecible terror inhumano. Despierto o dormido, aquella imagen lo acosaba. De noche, asediado por esa pesadilla, se retorció en el jergón de Quiddle, viendo oscilar en el aire el nudo corredizo, y despertaba con un sudoroso pensamiento: ¿qué pasaría si vinieran a por mí otra vez? ¿Qué sucedería si Banks o Mendoza o la hermana de Twit llegaran a saber que estoy vivo? Abatido, sentía que todo el funesto ciclo volvía a empezar, girando como una rueda trituradora, exquisita tortura, lenta y reiterativa. Quería gritar, chillar hasta hacer añicos las paredes..., pero no lo hacía. El silencio era la clave. Tenía que mantenerlos intrigados. Dentro de dos días, la pierna estaría curada, solo un par de días más y...

La puerta chirrió al abrirse. Quiddle. Acercándose sigilosamente con una bandeja: un pollo frío, una empanada de riñón, una jarra de cerveza. Pero espera un momento: aquel no era Quiddle. Era más alto, más corpulento... ¿Quién era?

Decius William Delp estaba de pie ante su cama, bandeja en mano. Cuando se inclinó para depositarla en la mesita, instintivamente Ned se echó atrás. Durante un largo rato la bandeja se quedó entre los dos, con la empanada de carne desprendiendo un débil humo. Delp clavó los ojos en Ned. Ned apartó la mirada.

—¿A que te sientes mejor ahora que te he traído esto? ¿Verdad que sí, bella durmiente? —dijo finalmente Delp. Era un hombre alto y deshuesado, macilento, con mucho vello negro en las manos—. Bueno... ¿no vas a probar el menú del día..., Ned?

Ned se incorporó como si lo hubieran abofeteado.

—¿Cómo diablos...?

Delp sonreía. Una especie de helada y despiadada sonrisa le surcaba profundamente el rostro, alargando sus orejas y revelando sus destrozados dientes.

—¿Qué pronto has recuperado el habla, verdad?... Bueno, ¡habla más alto!, no puedo oírte..., Ned. Ned Rise, ¿no es ése tu nombre?

Ned se levantó y se dirigió a la puerta, pero Delp lo cogió por el brazo obligándolo a retroceder como si fuera un niño malcriado:

—Aún no he terminado, amiguito. —El doctor hizo una pausa para encender su

pipa. El humo le obligó a guiñar los ojos deshilachándose encima de su cabeza hasta formar una especie de capucha—. Como verás, lo sé todo sobre ti desde el principio. Conmigo no será tan fácil como con el asno de Quiddle y los demás... Yo sé lo que eres: un timador y un asesino. Mi primer impulso fue echarte y devolvarte al verdugo en cuanto pasó la novedad, pero luego se me ocurrió otra idea. He pensado que aquí comes bastante bien, que incluso es posible que quieras seguir aquí, adoptar un nuevo nombre, permanecer escondido por algún tiempo. La gran vidorra en el anonimato, ¿eh?

Delp se paseaba ahora, de aquí para allá frente a la puerta, cabizbajo, con la pipa echando humo. Parecía un oso en el hoyo justo antes de que le echaran los perros.

—¿Sabes? Francamente no veo por qué alguien como sir Joseph Banks tendría que enterarse de tu..., ¡ah!..., mejoría.

Ned estaba alicaído, en cuclillas y contra la pared. Por primera vez sus ojos se encontraron con los de Delp. Su voz resonó con el hastío de la resignación.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué quiere que haga?

COSAS QUE HACEN RUIDOS MISTERIOSOS EN LA NOCHE

LAS LUCES PARPADEAN en la última casa a lo largo de New Road. Es una noche sin luna y fría como los blancos tejados escarchados. Los vecinos han echado los cerrojos y duermen roncando sensata y juiciosamente en sus camas o cabeceando ante el fuego. Afuera, en la calle, el lento paso de una yegua y el apenas perceptible snick-snick-snick de unas ruedas oxidadas rompen la quietud. Ned Rise está agachado en la cama de la escalofriante carreta, acurrucado, embozado, enguantado y con sombrero, mientras Quiddle va al pescante con las riendas. De sus fosas nasales salen estelas de vapor y los ojos le lagrimean a causa del frío. El olor de la yegua se mezcla con el vago y acre aroma de la leña quemada y el limpio y antiséptico mordisco del aire. Sobre sus cabezas, los árboles pelados arañan el cielo.

Súbitamente Quiddle tiró de las riendas chasqueando la lengua suavemente, las ruedas chirriaron y la carreta se arrimó con un traqueteo a un apeadero a la vera del camino.

—Es aquí —susurró y, tras saltar de la carreta, ató las riendas a una aldaba que colgaba de la pared.

Ned miró alrededor desconsolado. Apenas podía ver nada, como no fueran espectrales formas deslizándose a la deriva, enfocándose y desenfoándose, turbias, vaporosas e indescifrables, como coágulos de oscuridad recortados contra un impenetrable telón de fondo. A un metro de distancia, distinguió la negra cuchillada de una tapia cuyas hiladas de sillares grises o blancos resbalaban hasta una verja que se movía fantasmagóricamente. Al otro lado del muro, surgía la silueta de un enorme tejo crispado, reptando en medio de la noche. El campanario de la iglesia era invisible, negro sobre negro, un sólido borrón en un rincón del cielo.

—No quiero hacerlo —dijo Ned.

—¡Chist! Cállate. —Quiddle sacó un par de palas de la carreta y trepó a lo alto del muro—. Vamos —susurró—, sígueme.

DESPUÉS DE QUE DELP LE DEJARA, aquella noche, Ned encendió una pipa y se tendió en el jergón para ordenar sus ideas. Él siempre tenía abiertos los oídos en el hospital y sabía que Delp necesitaba cadáveres con urgencia, incluso con desesperación. El nuevo trimestre escolar acababa de empezar, los otros hospitales competían con él, y su anterior fuente de abastecimiento —Crump— le había salido rana. Además, la sociedad le llevaba la contraria: la disección estaba prohibida, era tabú, algo tan inconcebible como el canibalismo. Si la vida eterna se concebía tanto corporal como espiritualmente, ¿cómo podía un hombre disfrutar de su eterna felicidad o sufrir los tormentos de su condenación si estaba cortado en sesenta y ocho pedazos? Por consiguiente, el tesoro público costaba el sepelio de todos aquellos que expiraban dentro de la jurisdicción de una parroquia: vagabundos, pobres de solemnidad y retrasados incluidos. La única forma legal de obtener cadáveres era visitando al verdugo con la esperanza de que alguna de sus víctimas no fuera reclamada por amigos o parientes. Todo lo cual, como conjeturó Ned, convertía a Delp en un antagonista muy peligroso. Estaba desesperado. Manipulador, intrigante sin escrúpulos, el médico lo había puesto entre la espada y la pared. Una palabra suya —solo una palabra— bastaría para enviar a Ned de vuelta a la prisión, y de allí a la horca, y de allí a la mesa de disección, convertido en carne muerta.

Cuando Delp acudió a la mañana siguiente para conocer su respuesta, Ned se las apañó para fingir una sonrisa y extenderle la mano.

—Haré el trabajo que me pides de ladrón de cadáveres por tres chelines a la semana —dijo.

Delp apartó su mano de un manotazo y le apuntó con un dedo admonitorio:

—Lo harás por dos. Y si dices una sola palabra más, tendrás que hacerlo gratis, ¿entiendes?

Ned entendía. Por supuesto, no le dijo a Delp que no tenía intención de hacer nada en absoluto por él. Simplemente estaba ganando tiempo. Tan pronto como estuviera bien de la pierna, se escaparía e iría a ver a Fanny. Ella tendría algo de dinero. Y si ella no lo tenía, se lo sacaría a la fuerza a Brooks... ¡Bien sabía Dios que ella se lo había ganado! Luego desaparecerían y Delp sería ahorcado.

Desgraciadamente, había una dificultad en el plan.

Una mañana, muy temprano, Ned se levantó, pasó por delante del adormilado portero y salió por la puerta del hospital. Quiddle le había dado una muda de ropa andrajosa, y la supurante incisión en la pierna se había transformado en una larga y delgada cicatriz de color hígado de ternero. Caminó hacia Great George Street, despacio, cojeando un poco, con el frío entumeciéndole la pierna, pero espoleado por

el recuerdo de Fanny. Imaginaba la expresión de su cara cuando ella lo viera aparecer en la puerta, recordaba la blanquísima precisión de sus dientes, la frescura que emanaba de sus brazos, su risa como una sinfonía. Pero cuando dobló la esquina para entrar en Great George Street, intuyó que algo no iba bien. Allí estaba la casa de Brooks, con su pórtico imponente, sus ventanas palladianas y su empinado frontón, pero parecía como si estuviera cerrada..., como si..., como si sus moradores hubieran salido de la ciudad.

Era imposible. Ned cruzó la calle precipitadamente, sin importarle el dolor de la pierna, y torpemente saltó la cerca para encontrarse en el quieto jardín alfombrado de hojarasca. No salía ningún sonido de la casa, ninguna señal de vida. No había sirvientes ni chicos de los recados ni jardineros. Subrepticamente, sombra entre las sombras, se asomó a las ventanas y vio los muebles enfundados, el frío hollín tiznando la chimenea, las oscuras manchas cuadradas en las paredes donde alguna vez colgaron los cuadros. Ya de nuevo en la calle, hizo algunas pesquisas al azar. Tras ser rechazado un par de veces, dio con una locuaz criada que había sacado a pasear a un par de setters gordon.

—¡Oh —exclamó ella—, que me maten si puedo decirle por qué se mudó! Lo único que sé es que el señor Brooks anda por Italia y por Grecia descansando. Por lo menos eso es lo que dicen las cotillas del barrio.

Ned experimentó una contracción estomacal. Toda esperanza se desvanecía de golpe, sintió que su sueño volaba lejos, como una hoja en medio de un huracán. Tenía la pregunta a flor de labios —Fanny, ¿qué había sido de Fanny?—, pero no sabía cómo formularla.

La criada se rascó pensativamente el lunar de su mentón.

—Dicen que también se llevó a su puta... ¡Oh, no tienes por qué mosquearte, rubiales...! ¡Eso lo sabe todo el mundo en la manzana! Un escándalo, un escándalo monumental. Vivir en concubinato siendo soltero. ¡Ah! Yo podría contarte un par de cosas sobre esta gente de la buena sociedad, créeme.

Los perros orinaban y olisqueaban husmeándose mutuamente el trasero. Ned sintió un súbito frío en el aire. Un escalofrío lo recorrió de la cabeza a los pies, como si le hubieran clavado un puñal de hielo en la rabadilla, entonces dio la vuelta en redondo y se alejó mientras la mujer gritaba algo a su espalda. Subió por la calle hasta encontrar un lugar recoleto donde sentarse y pensar en todo aquello. Fanny se había ido. Por tiempo indefinido. De pronto, Delp asomó amenazadoramente en sus pensamientos. Si no estaba de regreso en el hospital cuando el doctor entrara en su habitación, podía costarle muy caro. Literalmente. El muy bastardo lo delataría, dejándolo a merced de los perros. Y después, ¿qué?

Ned se quedó allí sentado, completamente helado, observando a las palomas que escarbaban en el arroyo de la calle.

Al cabo de un rato, se levantó cansadamente y empezó a bajar por la calle. Hacia el hospital de St. Bartholomew.

—¡VAMOS —SISEÓ QUIDDLE—, acabemos de una vez!

Y desapareció detrás de la tapia. El breve y agudo ruido de las palas sonó como un agujero perforando la noche.

A regañadientes, Ned se bajó de la carreta, aleteando con los brazos para entrar en calor. Ya flotaba en el aire el olor de la tierra recientemente removida, y había algo más, algo parecido al hedor de hojas mojadas o lombrices arrastrándose en un temporal. La absoluta oscuridad era espantosa. Ned caminó arrastrando los pies, entornando los ojos en medio de las tinieblas y reprimiendo el impulso de silbar. Le parecía que sus párpados y orejas se habían encogido, tirando del cuero cabelludo como si fuera elástico. «¡Que Dios me perdone!», pensó, y trepó al muro.

Esa misma mañana había tenido lugar un entierro en el camposanto de la iglesia de Islington. Una familia de cuatro. Asesinato y suicidio. Desesperada por una vida de miseria y patatas, la señora había condimentado las gachas de avena de su cónyuge con arsénico trióxido, después de lo cual asfixió a los niños mientras dormían en sus jergones rellenos de esparto. Veló los cuerpos hasta el amanecer, y luego se cortó las muñecas con un serrucho, una y otra vez, hasta caer desangrada junto a sus seres queridos. Delp había leído la noticia en el periódico de la mañana.

Una vez dentro del cementerio, la oscuridad era aún mayor. «¿Y ahora qué?, se preguntaba Ned cuando la voz de Quiddle llegó a sus oídos: «Pssst, por aquí»... y empezó a andar a tientas entre los arbustos, tropezando con huesos, aplastando hierbajos muertos, con la cara azotada por las ramas, y de nuevo se instaló en esa terrible inmovilidad. En medio de la oscuridad, a punto de enloquecer, empezó a constatar con más fuerza que nunca que había mejores maneras de pasar una noche de invierno. Con los ojos de la imaginación, fugazmente vio brazos impolutos, perros durmiendo, jarros de cerveza y el fuego chisporroteante de una chimenea. Pero ¡manos a la obra!: despacio, cautelosamente, como si mil ojos se clavaran en él, espantado, apenas sin saber lo que hacía, empuñó la pala.

—Déjate de tonterías y acabemos de una vez —le dijo Quiddle en tono áspero, y entonces se dieron prisa.

Ned se concentró en el vago brillo de la calvicie de Quiddle mientras avanzaban entre pálidas lápidas sepulcrales y amenazadores monumentos tenebrosos, Cristos crucificados y ángeles de la muerte con las alas desplegadas.

—Horace —susurró Ned—, esto es absurdo. Es vampirismo, necrofilia, no es cristiano, va contra todas las leyes de Dios y de los hombres. ¿No le podríamos decir a Delp que nos perdimos y nunca encontramos la tumba?

El calvo seguía avanzando, agachándose aquí y allá. La única respuesta de Quiddle fue una breve risita, tan tenue y gutural que hubiera podido asustar a una hiena.

Entonces, de repente, se detuvieron. Quiddle se puso en cuclillas y escarbó en la

tierra congelada.

—Es aquí —dijo con un nudo en la garganta, con un hilo de voz que estuvo a punto de quebrarse en un falsete—. Trata de no hacer demasiado ruido con la pala.

Ned trató de no hacerlo. Con pies de plomo clavó la pala en el abismo de negruras que se abría a sus pies y sintió la blanda tierra. Quiddle estaba a su lado, paleando sigilosamente. Ned podía oír el susurro y el zumbido de la pala, y el acelerado chuff-chuff-chuff de su resuello. Trabajaron en silencio durante un largo rato hundiéndose cada vez más profundamente. De vez en cuando, Quiddle encendía una cerilla para ir verificando sus continuos progresos. Finalmente, con un golpe sordo, la pala de Ned chocó contra algo sólido.

—Ahí está —murmuró Quiddle, cavando ahora con más fuerza, quitando la tierra de alrededor del ataúd con el filo de la pala.

Ned había parado de cavar. Al primer choque entre el metal y la madera, un escalofrío lo había galvanizado, como si un rayo hubiera recorrido el mango del instrumento cargando de electricidad los bastos tablones del féretro. Se quedó allí de pie, mirando a la nada, con latidos en las sienes y la garganta seca, oyendo cómo el cuchillo de Quiddle desclavaba la tapa del ataúd, pensando en lo que venía a continuación, y esperando con una estúpida mueca de asco a que su compañero encendiera la siguiente cerilla. Ya podía verlos, al envenenado marido, a los asfixiados niños, a la mutilada esposa incorporándose con sus ensangrentadas mortajas y chillando con una demencial risa de desesperación.

Pero espera un momento: ¿estaba oyendo cosas? ¿Un chasquido en los arbustos que crecían al pie del muro? ¿Amortiguadas pisadas? ¿Un muerto redivivo por arte de magia negra?

—Horace, ¿qué ha sido eso?

Quiddle jadeaba forcejeando con la tapa del ataúd, la madera se astillaba protestando con un gemido: eeeeeee.

—¿Qué ha sido qué...?

—Ese sonido. Allí, en los arbustos.

Quiddle hizo una pausa, su calva se quedó inmóvil en la oscuridad. Un profundo silencio se había instalado sobre la iglesia. Nada se movía. Todo estaba tan quieto y oscuro y desolado como la cara oculta de la luna.

—¡Ánimo! —le dijo Quiddle al cabo de un rato—. Los dos estamos nerviosos. Ahora baja aquí y échame una mano con este fiambre.

Haciendo de tripas corazón, Ned dejó caer la pala con un estruendo y se sentó al borde del hoyo, con mucho tiento, aguantando la respiración por si acaso emanaba algún hedor. Quiddle apoyó el cadáver poniéndolo de pie, rígido como un tronco, y trataba de pasárselo a Ned cuando súbitamente este recibió un golpetazo en la espalda que lo arrojó encima del féretro. Quiddle se cayó, el cadáver se tambaleó, y Ned soltó un alarido al sentir una presencia a su espalda —algo caliente, con brazos y piernas— que gruñía como un cerdo hozando. Y entonces, de buenas a primeras, una luz

cegadora resplandeció en su cara mientras alguien refunfuñaba desde la oscuridad.

—Muy bien: sigue cavando, Quiddle. Eso me ahorrará el esfuerzo.

Dirk Crump estaba parado ante el hoyo, con una linterna en una mano y una pistola en la otra. Su cómplice estaba encima de Ned, Ned encima de Quiddle, y Quiddle apretujado en un rincón contra el cadáver. Como en un gesto de protesta, una mano del cadáver se escapó del sudario, rígida, crispada, con los rabiosos cortes marcando oblicuamente la muñeca, la carne ya lívida, las uñas estropeadas y cianóticas.

—Todo está bajo control, Billy, muy bien —dijo Crump—, ahora ya puedes salir de ahí.

Fue entonces cuando Ned le echó un vistazo al cómplice de Crump y advirtió, con un sobresalto, que estaba mirando a los ojos increíblemente verdes de Billy Boyles.

—¿Billy? —dijo.

Pero Boyles retrocedió extrañado, abriendo desmesuradamente los ojos en una mueca de terror e incredulidad. Cada vez más boquiabierto, su boca era un agujero negro como la noche.

—¡Corre! —chilló dirigiéndose a Crump, arañando la tapa del ataúd para salir del hoyo mientras Ned lo aguantaba tratando de sosegarlo, pero Boyles volvió a soltar un chillido crudo de terror, como el de un recién nacido espetado o el de un animal desollado vivo.

Alelado, en medio del alboroto, Crump dejó caer la linterna cuya luz se astilló en la tierra en una salpicadura de aceite caliente que la noche se tragó rápida e inevitablemente.

En la más total oscuridad, se oía el ruido del forcejeo por salir del hoyo, manos y pies arañando la tierra, Crump soltando tacos y una y otra vez el chillido traumatizado de Boyles:

—¡Corre, por el amor de Dios, corre...! ¡Este lugar está embrujado!

El gruñido de la pistola fue casi decepcionante.

PALABRAS

SIR JOSEPH BANKS, a los cincuenta y cinco años, era un centro de poder e influencia. Presidente de la Royal Society durante los últimos veinte años, director honorario del Real Jardín Botánico, caballero de la orden del Baño y miembro del Consejo Privado, era el decano de la comunidad científica británica, un distinguido botánico cuya colección de plantas estaba entre las mejores de Europa, miembro fundador de la Asociación Africana, antiguo explorador y epónimo de varios lugares conocidos en el Pacífico Sur, el hombre a quien el Gobierno acudía para consultar en casi todas las materias científicas, desde la manera más eficaz de preservar la fruta del árbol del pan a bordo del navío de Su Majestad *Bounty* hasta los preparativos de los viajes de exploración a los trópicos.

Aunque nacido para la riqueza y el privilegio, fue en su condición de explorador que decidió ser objeto de la atención pública. Entre 1768 y 1771 dio la vuelta al mundo con el capitán Cook, y tuvo tanto éxito promoviendo su propio papel en la expedición que al poco tiempo lo nombraron presidente de la Royal Society. Era un fariseo y un santurrón, etiquetero, autocrático, insaciablemente curioso, un manipulador, un coleccionista, un vendedor de semillas, una persona que sabía hacer vida social, que daba la pauta, siempre tras la publicidad..., pero sobre todo era un explorador que se había vuelto demasiado viejo para explorar. Y así, del mismo modo que el atleta retirado se convierte en entrenador, ahora era mentor de sus misioneros geográficos. Era un hombre de buen gusto, refinado y con muchas relaciones, dedicado a su trabajo, perseverante, un hombre que podía hacer que todo el país se detuviera para escucharle. Y, sin embargo, en este preciso instante, lo único que podía hacer era abstenerse de gritar.

—¿Qué es eso que me ha contado Edwards? —dijo, y cada palabra cortaba como una espada. Estaba en su estudio, sentado a la cabecera de la gran mesa de conferencias, encogiendo los hombros, sacando la barbilla, exactamente como un perro bulldog tirando de una correa invisible.

—¿Sir? —A Mungo se le pusieron las orejas coloradas.

Miró rápidamente a su interlocutor y luego bajó los ojos clavándolos en el vaso de burdeos que sostenía en la mano.

—No juegues conmigo, muchacho... Sabes muy bien de qué estoy hablando...

—Si se refiere a la baronesa...

—La baronesa —se burló sir Joseph, separando cada sílaba como si estuvieran manchadas con excremento—. Esa mujer es una vergüenza. Una inmoral, una vampiresa.

Mungo levantó la vista como si lo hubieran abofeteado.

—No está siendo justo con ella... Tiene sus virtudes.

—Un par de tetas, Mungo, nada más que un par de tetas. Eso es todo lo que tiene. —Levantó una mano para impedir cualquier réplica—. No voy a discutir el tema. Lo que quiero decirte es que te apartes de ella. Por un tiempo. Ya no eres solamente un rústico aldeano de los Borders, muchacho... Ahora eres una celebridad, tienes una posición que conservar. Y que Dios me maldiga si uno de mis misioneros geográficos empieza a ir por ahí de juerga igual que ciertos primates con comezón en los testículos. Ya llevas dos semanas en eso..., en detrimento de tu trabajo en el libro, así me lo contó el señor Edwards. —La expresión de Banks se suavizó un poco—. Tenemos suscriptores que nos piden cuentas, Mungo. Gente de bien que apuesta su dinero para comprarte esa gloria que tan rápidamente se te sube a la cabeza. ¿No te parece que ha llegado la hora de que te sientes a trabajar y los compenses?

Se levantó de la mesa y fue arrastrando los pies hasta el aparador para rellenar su vaso. Luego añadió, casi como una ocurrencia tardía: —Después de todo, lo único que quieren son palabras.

PALABRAS. LAS PALABRAS LO ACOSAN día y noche, a través de sus sesiones de reescritura con Edwards, mientras desayuna, a la hora del té y durante la cena, palabras masticadas con platija y pollo, elucubradas en sus horas de soledad, arrancadas de lo más recóndito de su memoria igual que astillas de empedernidas molduras..., palabras que luchan entre sí como instrumentos desafinados, arrítmicas, cacofónicas, palabras que gruñen frases enredando las ideas hasta que él arroja la pluma al suelo, furioso y desesperado. Nunca había imaginado que aquel libro entrañara un trabajo tan pesado. Después del duro desafío físico de África y del apasionante torbellino de celebridad, lo que menos quería era estar sentado a un escritorio entreverando palabras como un jugador profesional de *scrabble*.

Claro que contaba con la ayuda de Edwards. Bryan Edwards, el secretario de la Asociación Africana, estaba al tanto de su trabajo a petición de sir Joseph. Preciso, lógico y minucioso, nunca se separaba del explorador, asesorándolo, alabándolo, tachando su borrador, a veces durmiendo en un catre en la habitación de al lado (Mungo se había alojado en Londres a instancias y a expensas de la asociación). Y a pesar de todo, por muy apasionado y solícito que fuera su amanuense, lo cierto era que Mungo no podía verse levantándose de la cama cada mañana. Cada célula de su cuerpo se resistía a ese suplicio. Y allí estaba, deprimido, más vacío que un cascabillo seco. Era un antiguo pero conocido sentimiento, la terrible y devastadora *Weltschmerz*^[16] del niño que se despierta con la convicción de que no ha terminado sus deberes de Latín.

Una tarde, mientras la débil luz de un sol invernal inundaba la habitación como si fuera leche, Mungo se volvió a Edwards y le enseñó los dientes.

—Ya está —dijo, echando hacia atrás la silla y poniéndose en pie de un salto para pasearse por la habitación—. Me importa un bledo si me quitan el salario y me ponen de patitas en la calle, pero no puedo escribir ni una sola palabra más.

Edwards estaba sentado al escritorio, en medio de una montaña de rasgados, arrugados y amarillentos pedacitos de papel que solo podían haber salido de una papelera volcada. Llevaba lentes, y sus labios eran delgados. De sus ojos enrojecidos emanaba la mirada del escriba. Estaba escudriñando aquel montón de desmenuzados papelitos —las notas originales de Mungo atesoradas en su sombrero de copa confiscado—, buscando una referencia a la prima y esposa de Tiggitty Segó que según Mungo estaba entre sus apuntes.

—Te lo juro —exclamó el explorador—, prefiero que me torturen los moros otra vez, ser desollado a latigazos y encadenado en mi propio vómito antes que tener que pasarme el resto de la tarde aquí igual que el chico de los recados.

Edwards lo miró por encima de los lentes, con unos húmedos ojos inyectados de sangre.

—Será mejor que te resignes, amigo. Ahora eres una persona famosa y tienes que

asumir responsabilidades públicas. Tú sabes tan bien como yo que los grandes descubrimientos son tanto el producto de un despacho cómodo y calentito como el resultado de viajar por desiertos y junglas. Además —añadió sacando un reloj del bolsillo de su chaleco—, dentro de una hora tenemos que dejar el trabajo y salir a tomar el té.

En ese momento se oyó un golpecito en la puerta. El sirviente entró con una tarjeta de visita en una bandeja.

—La baronesa Van Kalibzo —anunció.

Edwards se puso pálido al oír el nombre. En cuanto al explorador, empezó a respirar agitadamente mientras sufría una reveladora transformación —pupilas contraídas, fosas nasales dilatadas y un músculo de la mandíbula latiendo nerviosamente— hasta ponerse como un caballo enloquecido olfateando una yegua en celo.

Súbitamente Edwards cogió al sirviente por el codo, llevándolo de vuelta a la puerta y ordenándole en un tono autoritario que dijera que el señor Park no estaba en casa.

—¿Que no estoy en casa? Eso..., eso es demasiado, Bryan. La señora es amiga mía, y..., y es una aristócrata —dijo Mungo acercándose a su colaborador, jadeando y con la cara enrojecida. El sirviente miró fijamente al suelo—. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Edwards le miró fijamente a la cara, mandamás de pura cepa.

—No te estoy pidiendo nada, te lo estoy ordenando. —Y se volvió de nuevo al sirviente—: Dígale a la señora que el señor Park no está en casa.

La puerta se cerró con un suave quejido y el explorador se quedó allí un momento, alicaído, examinando las deslustradas fibras del entarimado. Levantó la vista para mirar a Edwards, quien se había acercado a la puerta como para bloquearla, luego cruzó a zancadas la habitación, se dejó caer en la silla ante la mesa y empezó a escribir en la hoja que tenía delante con la furiosa enajenación de un poseso.

Y ASÍ TRANSCURRIERON LOS DÍAS, semana tras semana, mes tras mes, declinando las invitaciones, dejando de asistir a las conferencias, desairando a amigos y parientes. Convertido en un prisionero de la pluma y del tintero, con los dedos manchados como los de un leproso; tenía la cara pálida y estaba tan cargado de espaldas que parecía un extraño signo de interrogación. Día tras día clavado ante la página en blanco, sintiendo tanto escozor en los ojos que lloraba, cada vez más irritable, lamentándose de haber salido de Selkirk, pensando que nunca debió retar al destino ni desafiar su lugar en la vida, que no tenía que haber puesto un pie en África. El hombre de acción reducido a la recopilación, como cualquier viejo chocho y parlanchín, como un veterano de guerras extranjeras. Estaba muy disgustado. Jamás había imaginado que aquello fuera así. Un libro. Es una cosa que uno coloca en un estante, un objeto

terminado, ordenado, racional..., pero no una incesante fuente de dolor y privaciones. Después de recorrer casi dos mil cuatrocientos kilómetros, apenas había vuelto a estirar las piernas. Solo salía de aquel despacho para dar su paseo diario —con Edwards, por supuesto— o, en contadas ocasiones, para hacer alguna aparición pública bajo la tutela de sir Joseph. Y cuando se ponía arisco, Edwards siempre estaba allí para recordarle sus deberes.

La fecha tope era junio. Para entonces estaría terminada la versión abreviada y podría ir a Selkirk... y ver a Ailie. Ailie. Ella asomaba en su recuerdo igual que una isla en el océano, un oasis en el desierto. Era la imagen del amor, de la vida, un manantial rebosante de bondad, un consuelo en medio de la larga noche africana y un antídoto contra la seductora vorágine de la fama. ¿Cómo podía haberla olvidado? El remordimiento lo asaltaba a ratos haciendo que fuera más doloroso su cautiverio londinense, esclavo del escritorio, de las páginas, de las palabras. Las cartas de ella eran cada vez más frías y distantes, y las de él menos frecuentes de lo que debían ser (después de escudriñar y cribar aquel revoltijo de palabras día y noche, ¿quién iba a tener tiempo para escribir cartas?). Sabía que la había zaherido, que debía de estar muy ofendida, pero antes la obligación que la devoción y todo eso, y en secreto le remordía la conciencia por haber tonteado con la baronesa. Se sentía como un perro, una bestia en celo siempre acechando, dominada por el oscuro e instintivo deseo de follar, una especie de hiena que corre corriéndose con la manada. Y la imagen de la baronesa irrumpía insidiosamente en sus pensamientos como una bocanada de Eros, sus tetas y su coño, el pelo en sus axilas, las piernas abiertas de par en par. La baronesa con la cara de Ailie, Ailie con la cara de la baronesa... ¿Acaso podía recordar siquiera cómo era la cara de Ailie?

Aquello era una agonía. Pero una agonía que tenía que terminar, y terminaría... Ya estaba acabando, página tras página. Levantaba la vista del manuscrito y en su fantasía la veía flotando: Ailie en la puerta de su casa paterna. Entonces una excitación empezaba a pronunciarse en sus pantalones, y se la llevaba al jardín, entre las flores y el perfume de las lilas..., pero de pronto todo eso se desvanecía y volvía a clavar los ojos en la hoja que tenía ante sí, las letras adquirían mayor nitidez, los puntos de las íes y las culebreantes eses se movían, las palabras corrían a través de la página como soldados, formando pelotones, recalcitrantes y hostiles, boxeando con él, mirándole desafiantes, derrotándolo.

EL REGRESO AL HOGAR

EN LA ÚLTIMA ETAPA de su trayecto a Edimburgo, el coche traquetea atravesando Selkirk a las cuatro de la tarde, en medio de un torbellino de hojas, polvo y cabellos. Las flores relampaguean junto a puertas y ventanas, las ovejas discurren a la vera del camino y levantan la vista con esa estúpida expresión de perplejidad ovejuna, las mariposas se dispersan como confeti, un perro viejo levanta la cabeza para enseguida

dejarla caer en la mugre, desanimado. Por un momento todas las cosas se quedan quietas, como suspendidas en el aire. El sol cuelga como una linterna sobre el coche, la fragancia del nuevo césped y de las manzanas en flor narcotiza el aire, los chasquidos del látigo y las ruedas girando sin cesar producen en los pasajeros un efecto sedante, hipnótico.

Mungo respira hondo, y estira el cuello para asomarse a la ventanilla, para lo cual tiene que inclinarse sobre el voluminoso bulto que forman una matrona y su antediluviana pero robusta madre, ambas de regreso a Edimburgo. Lo que ve, fragmentariamente, es fascinante. Son tres años y medio de cambios, tanto sutiles como evidentes: grietas en los cimientos, nuevos muros y heniles, setos en buen estado a lo lejos, un granero carbonizado por un incendio. Se recuesta un poco más en sus compañeras de viaje, hipnotizado, estremecido de nostalgia cada vez que atisba un lugar entrañable, sintiendo algo así como una silenciosa bendición; la casa del viejo Hogg rodeada de abedules, la puerta del concejal, el guisantal de los Russells, todo eso resbala suavemente por su retina, haciendo que se asome cada vez más, para ver mejor, hasta quedar literalmente acostado encima de la matrona y de su madre, como una especie de maníaco sexual.

—¡Oiga! ¿Qué coño está haciendo? Sí, usted, señor... Apártese o avisaré al cochero.

Tres años y medio.

La nostalgia aumenta a medida que se adentra en la ciudad, viendo pasar las casas como si estuviera en un sueño, los enrejados cubiertos de hiedras, la joven MacInnes sacando agua del pozo en medio de un estallido de narcisos y tulipanes, las abejas zumbando, los gatos echando una siesta, todas las cosas tan ordenadas y serenas como en una página de Oliver Goldsmith. Pero entonces una perra de raza indescifrable, de extraños pelos tiesos, sale de una casa y se lanza contra las ruedas en un paroxismo de ferocidad, ladrándole al coche como si fuera un paquete de carne cruda. El cochero chasquea el látigo y la perra retrocede, soltando gañidos, pero los caballos asustados ya se han desbocado, los peatones están gritando, la catástrofe se huele en el aire. El accidente es abrupto como un tijeretazo: el coche vira embistiendo a un jinete, cuyo caballo se encabrita, despidiendo al hombre por los aires. Después de recorrer unos sesenta metros, casi en medio de la plaza del pueblo, el cochero logra controlar la caballería y conducir el vehículo hasta un apeadero.

Los primeros en llegar al lugar del accidente fueron los niños de caras tiznadas, una horda de vagabundos abandonados a su suerte, convergiendo como moscas en un jarro de sidra hecho añicos. Después acudieron los transeúntes y los tenderos, luego llegaron todos los que oyeron el estrépito: granjeros, nodrizas, deshollinadores y mujeres de la limpieza, zapateros remendones, mirones, el pastor MacNibbit. Por lo visto el jinete —un viejo vestido con *kilt* a cuadros de varios colores y tocado con boina escocesa— cayó en una carreta llena de truchas y salmones envueltos en hojas mojadas. El pescadero estaba desquiciado, sobresaltado y apenado, el viejo en tartán

blasfemaba como un experto en la materia, y la mujer del pescadero montó en cólera y empezó a despotricar soltando una retahíla de diatribas contra los exorbitantes impuestos, el precio del carbón y la Iglesia presbiteriana. Hubo un momento de confusión cercenado por los gritos de rabia y la rechifla, y entonces un hombre con barba cogió al caballo por la brida y lo refrenó, mientras otro ayudaba al viejo a salir de la carreta llena de pescados. Alguien soltó una carcajada. Willie Baillie, borracho como de costumbre, declamó los versos de una maliciosa quintilla humorística. Y entonces, inevitablemente, alguien descubrió a Mungo.

Fue el viejo Cranstoun. Con la cara extasiada y sus ojillos penetrantes, se acercaba apresuradamente para enterarse del origen del alboroto. Empuñando el bastón, iba en una especie de andadura pimpante a tres piernas. Pero al pasar por delante del coche aparcado, y tras saludar inclinando brevemente la cabeza, se detuvo en seco, completamente inmóvil, y dio un par de pasos atrás para mirar embobecido el vehículo, como si acabara de ver una aparición. Durante un rato se quedó allí petrificado. Sus ojos seniles iban de la matrona a su voluminosa madre y, de allí, al héroe alto y rubio que estaba al lado de ellas sacando la cabeza por la ventanilla. Poco a poco, la expresión del viejo pasó de la sorpresa a la exaltación, y entonces abrió febrilmente la portezuela del coche, sin dejar de vociferar como una especie de retrasado mental con la cabellera en llamas.

—¡Santo Dios, es el explorador! ¡Es Mungo! ¡Mungo Park que regresa a su terruño!

Mungo pensaba escabullirse en la ciudad lo más discretamente posible. Hacía un mes que no escribía a Ailie. Nadie sabía que regresaba. Su plan, impulsivamente concebido, era llegar de incógnito y cogerla por sorpresa. El trabajo en la versión abreviada de *Viajes al interior de África* por fin había terminado —después de un prolongado período de torturas dantescas—, dejándole en libertad para pasar unos cuantos meses en Escocia, descansando, pescando, preparando la versión definitiva del libro, haciendo el amor. Esta última perspectiva le entusiasmaba sobremanera. Desde que se dio cuenta de su error y renunció a la baronesa, su pasión por Ailie era cada vez más ardiente. De hecho, su ardor era tan grande que tenía problemas para dormir en las noches brumosas de Londres. La primavera llegó y pasó. Edwards no dejaba de acosarlo. Sir Joseph lo gobernaba con mano de hierro. Entonces llegó el mes de junio. Había terminado el texto a tiempo, y ahora estaba de regreso a Escocia para encender el corazón de su prometida.

Pero la vida no siempre es tan simple.

Por dos razones. Primera, porque la multitud se congregó alrededor del coche tan precipitadamente que cualquiera diría que el viejo Cranstoun había gritado: «¡Guineas! ¡Regalo guineas recién acuñadas gratis!». Y segunda, porque la mirada de la gente le decía a Mungo que no le dejarían escapar sin una celebración por todo lo alto y bien regada con Whisky, un apoteósico jolgorio a la vieja usanza, como exigía la ocasión. Todos estaban extasiados, alargando sus manos temblorosas para tocar al

explorador, mientras la matrona y su madre miraban atónitas y mortificadas, y el viejo Cranstoun permanecía ante la portezuela abierta como un lacayo. «¡Hurra!», gritó la multitud con un géiser de pelucas y sombreros lanzados al aire, y ahora Jamie Hume, con una batuta invisible, marcaba el compás para que cantaran a coro: «Es un muchacho excelente...», mientras Nat Cubbie le pedía a gritos que pronunciara un discurso.

Mungo bajó del coche en medio de un estruendo de aplausos. Cada centímetro de su ser evocaba al héroe martirizado, cetrino, todavía un poco chupado, con la huella del sufrimiento y de la indomable voluntad de conquistar grabada en el rostro. En cualquier caso, los pocos meses que había pasado en Londres, encadenado al escritorio, le habían agotado más que todos los desesperantes meses de enfermedades y privaciones en África. Pero ¿cómo iban a saber ellos eso? Lo único que veían era a su querido coterráneo sonriendo tímidamente, uno de los hombres más grandes que había dado Selkirk, el descubridor del río Níger, el conquistador de África, a quien ellos habían visto crecer. «¡Mungo!», aullaron todos a una. Y luego: «¡Un discurso!».

En medio del rugido, el explorador levantó las manos imponiendo un silencio de expectación. Debía de haber por lo menos trescientas personas en la calle y seguían llegando más. Viejos amigos, caras de la infancia. Finn Macpherson con un delantal de zapatero, sonriendo como si acabaran de nombrarlo príncipe heredero de la Corona, la señora Tullochgorm, Robbie Monboddó con cuello de clérigo, Georgie Scott. Mungo no quería pronunciar ningún discurso. Quería irrumpir en casa de Ailie, abrazarla y alzarla en volandas. Solo quería ir a pie hasta Fowlshiels y mostrarle a su madre que su hijo había hecho algo con su vida. Pero allí estaban todas aquellas caras ansiosas, alzando los ojos hacia él, como si creyeran que podía convertir el agua en vino o resucitar a los muertos o algo por el estilo.

—Muy bien —gritó, y luego, en voz más baja—: Trataré de hacerlo lo mejor que pueda.

Inmediatamente se oyó una petición al fondo de la muchedumbre apiñada:

—¡Habla más alto, muchacho! ¡Aquí atrás no podemos oírte!

—Lo que quiero decir es que solo diré unas pocas palabras —gritó el explorador, ya sin saber qué más iba a decir. El silencio cayó sobre la multitud. El explorador podía oír los pasos apresurados de los que llegaban tarde, gritos sofocados, portazos a lo lejos—. Yo..., yo estoy muy contento de regresar a Selkirk —una oleada de vítores lo envolvió—, de estar entre mis amigos, y yo...

—¡Cuéntanos algo de los negros caníbales! —gritó alguien.

—Sí —agregó otro—. ¿Te torturaron?

—¡El ganado! —exclamó una voz potente—. ¿Qué clase de ganado tienen allí?

—... Realmente yo no tenía pensado pronunciar un discurso —balbuceó Mungo ante un renovado rugido de las masas, empezando a sentirse un poco candidato a alcalde—, como ustedes verán, yo pensaba llegar discretamente, para poder ver a la gente que amo en primer lugar...

—¡Ohhhhh! ¡Es un hombre cachondo, eso está muy bien!

—Es a Ailie a quien quiere ver, eso es seguro.

El gentío recogió el refrán convirtiéndolo en estribillo. Alegres, automáticamente, bullendo de excitación, todos empezaron a corear: «¡Ailie! ¡Ailie! ¡Ailie!», y al instante el explorador se sintió alzado y llevado en andas triunfalmente. A lo largo de la plaza y bajando por la calle, la muchedumbre crecía como una marejada, los perros ladraban, alguien estrangulaba una gaita y otro golpeaba un pequeño tambor militar. Y la gente siempre coreando: «¡Ailie! ¡Ailie! ¡Ailie!».

Antes de que pudiera resistirse, ni tan siquiera comprender cabalmente lo que estaba sucediendo, Mungo se descubrió sentado ante la casa del doctor Anderson, con el equipaje a sus pies, y cincuenta o sesenta personas detrás de él, vitoreándolo. Súbitamente la puerta se abrió y allí estaba ella, Ailie, tocada con un gorro y en bata de casa, con las mangas arremangadas, mirando alelada aquel barullo en su patio. Al verla aparecer, la turba se desfogó, hirviendo en un orgasmo de emoción, dejándose llevar por una primitiva e histérica noción de colofón, pidiendo que la pareja se uniera en un beso. Todos levantaron los brazos, entre vítores ensordecedores, mientras la gaita volvía a sonar y la gente bailaba una enloquecida giga.

La verja que daba al patio estaba abierta. Una mano se posó en el hombro de Mungo, alguien le dio un ligero codazo, y entonces avanzó hacia ella, entre aplausos y aclamaciones cual olas rompiendo en una playa, avanzó hacia su pequeña Ailie de pelo sedoso, cuyos labios y ojos lo llamaban por señas como una promesa de agua al final del interminable desierto. Tres años y medio. Después de todas aquellas noches de abrasadora necesidad y seductores sueños, por fin estaba pisando los peldaños del porche de su casa, incluso ahora notaba algo en su mirada, como si lo reconociera, pero también una mezcla de fastidio y sorpresa, algo soberbio y agresivo en sus ojos, tal vez se sintiera incómoda a la vista de aquel gentío.

—Ailie —susurró al llegar al último escalón, abriendo los brazos de par en par.

—¡Abrázala, muchacho!

—¡Bésala!

El tumulto era apocalíptico. Él la miró profundamente a los ojos. Y ellos le decían no. Decían: he esperado demasiado tiempo. Decían: ¡al diablo con Penélope!

Ella le cerró la puerta en las narices.

EL LARGO BRAZO

AQUELLA PRIMERA NOCHE de su regreso se emborrachó. Apestaba a vómito de borracho. Alguien mandó a buscar a Fowlshiels a su hermano Adam para que lo llevara a su casa. Al día siguiente por la mañana despertó en la habitación trasera de su casa natal, en medio de un enjambre de hermanos y hermanas menores. Tenía un violento dolor de cabeza. Era como si tuviera los huesos ahuecados. Le hacía sentirse enfermo solo pensar en Ailie. Repentinamente la puerta se abrió y su madre se

abalanzó sobre él, abrazándolo, llorando como si estuviera muerto. Vislumbró a su cuñado potencial en el pasillo. Una diminuta silueta pelinegra. En un momento de delirio pensó que era Ailie... Ailie apaciguada tras una noche de reflexión, Ailie que volvía a él. Pero era Zander.

Después del desayuno de gachas de avena con nabo, tortas de avena, huevos fritos y lonchas de pan recién horneado, merluza ahumada, patatas, cebollas, un poco de cerveza y té (a su madre se le antojó que estaba paliducho), Mungo bajó pesarosamente hasta el río con Zander y se sentó entre las altas hierbas frente al castillo Newark. Hacía calor. El sol abofeteaba la superficie del agua filtrándose tenuemente entre los árboles. Los saltamontes se balanceaban en las hojas de hierba, y en cada flor había una mariposa. Mungo arrancó una hoja de brezo y comenzó a masticarla. Al cabo de un rato, empezó a hablar con Zander. Se enfrascaron en cotilleos pueblerinos —¿quién se casó con quién?, ¿quién se murió?, ¿quién se volvió rico?, ¿quién se fue a luchar contra los franceses?—, sin que ninguno de los dos se atreviera a aludir a África ni a Ailie. Hasta que por fin:

—¡Así que pensó que la había abandonado!

Zander jugueteaba pasándose piedrecitas de una mano a la otra. Y respondió sin levantar la mirada.

—Sí. Sufrió muchísimo cuando estabas perdido en África y nadie sabía nada de ti... Lo pasó fatal. Pero luego, cuando regresaste a Londres y no hiciste nada por verla... Bueno, pues pensó que pasabas de ella.

—Pero yo no tenía elección... ¿No podía darse cuenta de eso?

—Ella no es un hombre, Mungo. ¿Qué sabrá ella de deberes y compromisos? Pero escúchame, dale tiempo... Ella volverá. Te ama.

El explorador levantó la vista para contemplar melancólicamente los ruinosos muros del castillo. Conocía de memoria cada grieta y hendidura. De pequeños, Adam y él revivían allí las guerras fronterizas, encaramados en las almenas, poniendo en fuga al invisible enemigo, soñando sueños de gloria.

—Yo también he sufrido mucho, Zander. Muerte y enfermedad, inanición, prisión. He visto morir a mi guía ante mis propios ojos, impotente, incapaz de hacer nada.

—Todo eso lo sabemos, Mungo. Y era lógico que tuvieras un período de readaptación. Pero ella me dijo que si la querías, tendrías que empezar desde el principio.

—¿Hacerle la corte de nuevo?

Zander asintió con la cabeza. Y de pronto su cara se animó.

—Pero cambiando de tema... Cuéntame cómo era eso allá.

ESA TARDE, con un terrible dolor de cabeza, la garganta reseca y la acidez estomacal amargándole la boca, el explorador volvió a la casa de Anderson. Estrenando una

chaqueta de pana y una corbata, con las botas bien lustradas, llevaba un paquete torpemente envuelto bajo el brazo. Una criada con delantal y zuecos le abrió la puerta haciéndole pasar. Debe de ser nueva, pensaba Mungo cuando Douce Davie llegó saltando al zaguán. El explorador se agachó y alargó una mano.

—¡Eh, Davie! —exclamó, chasqueando la lengua—. ¡Buen chico!

El perro se detuvo en seco, soltó un par de gruñidos y le enseñó los dientes. Slam, la criada, hizo mutis. Mungo se levantó incómodo. El perro empezó a ladrar.

Desde el fondo del vestíbulo llegó el ruido amortiguado de unos pasos, luego una puerta abriéndose. Era el doctor Anderson, grande, con su ancha nariz y una nueva barba alargándole la cara como una especie de alga exuberante. Abrazó al explorador como lo habría hecho un amante, estrechándolo contra sí.

—¡Mungo! —susurró con un nudo en la garganta—. Al fin has regresado.

El explorador estaba desconcertado. Cuando el doctor dejó de apretujarlo, Mungo retrocedió un paso para asentir con la cabeza.

—Sí —musitó.

El doctor estalló en un renovado paroxismo de abrazos, palmaditas, estrechándole la mano sin soltársela, mientras el terrier arañaba las piernas del explorador, lloriqueando en son de protesta. Mungo se sintió como si acabara de marcar un gol perforando la portería.

—Bueno, bueno —retumbó la voz del doctor—, pasa a la sala y déjame echarte un vistazo.

Mungo le siguió al conocido aposento, dejándose embargar por una cálida sensación de nostalgia, pero entonces se detuvo en seco. ¿Qué coño era aquello? Las paredes estaban tapizadas con extravagantes dibujos en blanco y negro —cuadrados y rectangulares, dispuestos en forma de colmena, esferas achatadas por los polos, círculos dentro de círculos—, dibujos que se aproximaban a la cruda geometría, como si el artista hubiera intentado crear algo a mitad de camino entre el placer antiestético y la precisión matemática. Entonces se fijó en el escritorio de la esquina. En el centro de la mesa se erguía un nuevo microscopio Cuff, reluciente como un icono. Mungo estaba a punto de preguntarle a su viejo amigo y mentor si ahora se dedicaba al microscopio cuando el doctor se volvió ofreciéndole un vaso de vino tinto.

—¡A tu salud! —ladró—. Y con mi más cordial enhorabuena. Has cubierto de fama y de gloria al condado de Selkirk, y por eso estoy requeteorgulloso de ti.

Y entonces el doctor empezó a revolotear de aquí para allá, rellenando vasos, trayéndole cigarrillos, ofreciéndole tortas de avena, arenques ahumados, tarros de confitura, tumbando bruscamente los libros de los estantes, sin dejar de perorar sobre un caso de impétigo que había tratado recientemente en una señora de Abbotsford.

—¡Rábano picante! —gritó—. Cinco partes de rábano. Mezclas eso con dos partes de sangre menstrual y tres partes de piedra bezoar, y la erupción desaparecerá como si la hubieran tocado con una varita mágica. Explosión homeopática. Yo me quedo con lo probado y verdadero.

El doctor hizo una pausa y se volvió para mirar al explorador como si le estuviera viendo por primera vez.

—Pero supongo que te estoy aburriendo con mis cosas, ¿verdad? Es a mi hija a quien has venido a ver, ¿no es así?

Mungo cogió la mano del doctor.

—Quiero casarme con ella.

—¿Casarte con ella? —gritó el doctor Anderson—. Claro que quieres casarte con ella. ¿Acaso no le pediste que te esperara mientras estabas tan lejos arriesgando el pellejo entre los negros y los hotentotes? ¿Y eso no se llama compromiso..., aunque nunca le hayas dado un anillo de compromiso?

—Aquí..., aquí tengo el anillo... —balbuceó el explorador registrándose torpemente los bolsillos—, lo tengo aquí...

—¿Y un compromiso no significa la sagrada promesa de casarse ante los ojos del Señor y de los hombres? —En su excitación, el doctor había llegado a una especie de estentórea rabia. El eco de sus últimas palabras resonó en la habitación como una sentencia, estableciendo por simpatía una serie de vibraciones en la cristalería de las estanterías.

El explorador estaba pasmado ante aquel despliegue de emoción y la retahíla de preguntas.

—Bueno, sí...

—Tienes razón, muchacho —chilló el doctor con los ojos inyectados de sangre—. Cásate con ella —rugió y abruptamente bajó la voz (¿estaba pestañeando o le había entrado una pelusa en el ojo?)—. Sí, cástate, pero trátala correctamente, muchacho, trátala correctamente.

Y acto seguido salió de la sala dando un portazo que sonó como un trueno distante.

AL CABO DE DIEZ MINUTOS, la puerta se abrió con un susurro. El explorador estaba sentado en un sillón frente a la ventana, tratando de encontrarle sentido a los esotéricos dibujos que empapelaban las paredes. ¿Sería una nueva locura de Zander?, se preguntaba cuando el suave chasquido del picaporte sobresaltó su sistema nervioso igual que una ráfaga de campanas echadas al vuelo. Cuando Ailie entró cerrando la puerta suavemente tras de sí, él saltó del sillón. No sabía qué decir. Torpemente, agobiado por sus emociones, con la confianza hecha añicos por la debacle del día anterior, lo único que se le ocurrió fue mirarla boquiabierto.

Ella también guardaba silencio. Pero su labio inferior temblaba y en sus ojos verdes brillaban las pupilas contraídas, como puntas de alfileres, severas y frías, impregnadas de resentimiento, determinación, rabia. Aparte de aquellos ojos, de esos labios y de la respingona nariz, él apenas la reconocía. Estaba transformada. La muchacha pueblerina que él recordaba con el vestido blanco y los zuecos estaba

ahora ante él, mirándolo como una mujer habituada a frecuentar las fiestas y reuniones de la buena sociedad londinense, ataviada a la moda con una elegante Vestidura de terciopelo, larga y amplia, con brocados dorados garabateados en el corpiño. El terciopelo tenía tantas tonalidades verdes que hubiera podido alfombrar el suelo de un bosque. Peinada hacia atrás, su azabachado pelo corto apenas se veía debajo de un gorro verde a juego con el conjunto. Tenía la cara empolvada y calzaba unas zapatillas primorosas. Posadas en su antebrazo, frías y grises como nubarrones, estaban las tórtolas.

—Y bien —dijo ella finalmente—, me ha dicho mi padre que querías verme.

—Sí, he venido a... —respondió Mungo acercándose a ella, pero entonces titubeó, sosteniendo el paquete con ambas manos, como una ofrenda—. He venido a... —empezó, pero las palabras no le salían, palabras para expresar simples emociones y expectativas, amor, matrimonio, familia... Algo le trababa la lengua, algo súbito que lo dejaba aturdido bloqueando su mente, acaso un trastorno causado por su debilitado estado de salud, tal vez la resaca de la borrachera de la víspera, el excesivo nerviosismo o el brinco que pegó al levantarse del sillón. Ya en Londres había sufrido seis o siete ataques, era la maldita malaria extendiendo su largo brazo desde la costa africana para enmarañarle las ideas aflojándole las piernas. En una ocasión, perdió el hilo del discurso mientras se dirigía a las damas de la Sociedad Ecuéstre y Geopolítica de Chelsea, y sir Joseph tuvo que intervenir y terminar la conferencia en su lugar. También se había desmayado en casa de la baronesa después de beber una simple copa de champán. Y ahora, inexplicablemente, se descubría caído de rodillas, a unos seis metros de Ailie, preguntándose qué demonios era lo que estaba a punto de decirle.

—¿Sí? —le instó ella mientras su cara se suavizaba esperanzada.

—Yo..., er..., er..., yo...

—¿Sí? —Se acercó Ailie un par de pasos, alarmada ante la expresión en la cara de su amado... ¿No habría sido demasiado dura con él?

—¿Ése es el paquete que quieres darme? —susurró, como si estuviera hablando con un niño—. ¿Es para mí ese paquete?

Mungo sacudió la cabeza tratando de aclarar sus ideas, ahora gateando como un perro huyendo de la lluvia. Se quedó mirando el paquete como si nunca lo hubiera visto.

—Yo quiero..., quiero..., ehh..., yo quiero..., er...

¿Dios mío, qué le habían hecho? Avergonzada, Ailie sacudió el brazo y las tórtolas asustadas levantaron el vuelo, estrellándose contra las paredes, aleteando contra el techo... Y entonces se agachó junto a Mungo, cogiendo su cara entre las manos y tratando desesperadamente de averiguar qué le pasaba.

—¿Mungo? Mungo: ¿estás bien?

Él le besó una mano y luego se tendió en el suelo, quedándose postrado, con el paquete a su lado.

—Uh..., uh..., uh..., uh —decía, y Ailie se levantó y salió por la puerta llamando a gritos a su padre.

Al instante el doctor Anderson irrumpió en la sala, con la cara blanca como el papel, seguido por su nuevo aprendiz.

—Rápido, muchacho: ¡las sales! ¡Y trae mi maletín...! ¡Vamos a tener que sangrarlo!

Al respirar las sales, el explorador se incorporó..., lo suficiente para que el doctor y su ayudante pudieran recostarlo contra el sillón y hacerle una incisión en el antebrazo. Ailie estaba allí, apretando los dientes y sosteniendo la jofaina de porcelana mientras la sangre de su novio manaba fresca y húmeda entre sus manos, saltando y salpicándole el vestido. El aprendiz, un chico de dieciséis años con aire ensimismado, apartó la cara y pidió permiso para ir a vomitar en la chimenea mientras el viejo le reñía y las tórtolas arrullaban desde la repisa.

MUCHO MÁS TARDE, Ailie está en su alcoba, ante el espejo, quitándose los aretes, soltando el broche de su collar. Son más de las tres de la mañana. Mungo está durmiendo a pierna suelta en el cuarto de huéspedes, un poco pálido por la pérdida de sangre y con algo de febrícula, pero lo peor ya ha pasado. Zander y ella han estado gran parte de la noche cuidándolo. Cuando Ailie lo dejó para ir a acostarse, Zander daba cabezadas en una silla, con un vaso de brandy apretado entre los muslos.

Ailie se sacó el vestido por la cabeza y lo extendió en la cama, alisándole las arrugas. La sangre se había secado formando un contraste de negro sobre verde, apenas evidente. Deslizó los dedos sobre las salpicaduras pensando cuán tercas eran aquellas manchas y preguntándose cómo se verían por el microscopio. Se imaginó al lado de la ventana, cogiendo un trozo del vestido y colocándolo bajo la lente. Una pequeña porción de algo orgánico moteando la trama, fibras coagulándose y dibujando como dedos en la urdimbre, hilos inextricablemente entreverados en el calculado tejido de fábrica. Sangre seca. Frágil, tan quebradiza como el polvo..., y sin embargo esa mancha persistirá sobreviviendo a media docena de coladas.

Sentada al borde de la cama, ahora en ropa interior, esperó un rato antes de quitarse los zapatos y las medias. Estaba exhausta y regocijada, vacía y realizada. No jugaría más, no daría más largas. Se había comportado como una colegiala. Su hombre estaba de vuelta, y la necesitaba... Eso era lo único que contaba. Los zapatos cayeron al suelo, primero el izquierdo, luego el derecho, y entonces, de buenas a primeras, el paquete encima de la mesa de tocador atrajo su atención. Abultado, torpemente envuelto. Mungo había tratado de dárselo cuando le sobrevino el ataque. ¿Sería algún regalo comprado en Londres?

Las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la lámpara de aceite. Un grillo frotó las patas en algún rincón de la alcoba. Afuera, más allá de las cortinas de encaje, mil grillos le respondieron hasta que la noche crepitó con un etéreo canto cacofónico,

como un ejército de críos sacudiendo sus sonajeros. Ailie se levantó de la cama, brazos y piernas al desnudo, fue hasta la mesa de tocador y sopesó el paquete. Pesado. Sólido. ¡Qué extraña forma! Hubiera querido rasgar el papel que lo envolvía y abrirlo, pero no, no podía hacer eso... seguramente Mungo quería ver la expresión de sorpresa en su rostro. Resueltamente, volvió a ponerlo donde estaba. Y empezó a desatarse el corsé. Enseguida se lo quitó, dejando caer las prendas íntimas al suelo, y ya estaba a punto de dirigirse al armario cuando de nuevo el paquete captó su atención. Volvió a cogerlo, intrigada, y entonces —sin pensarlo dos veces— con las uñas hizo trizas el papel.

Ahora sí que estaba perpleja.

Aquello parecía ser una especie de escultura, tallada en madera o en piedra. Le dio vueltas en sus manos. Era un objeto liso, negro. Tan negro que parecía concebido para tragarse la luz. Al principio no se percató, pero luego, al seguir con los dedos los contornos de la talla, cayó en la cuenta: era una mujer. Pesada, desproporcionada, con la cabeza del tamaño de una bellota, tenía las tetas caídas, el vientre y las nalgas cruelmente hinchados hasta absurdas proporciones. Ailie la miró de cerca. Los pies de la mujer eran como árboles; cada dedo, un tronco. ¿Y qué era aquello? Tortuosa, sigilosa, negro sobre negro, una serpiente subía enroscándose por su pierna.

Ailie miró fijamente la estatuilla durante un largo rato, perdida en la pura, exuberante y lustrosa negrura del objeto, y entonces empezó a tiritar. Una brisa nocturna levantó las cortinas. Desnuda, puso la escultura en la mesa y fue al armario para sacar su camisón. Afuera el canto de los grillos se transformó en un guirigay.

EL HIJO DEL SIGLO

EN EL TRANSCURSO del verano de 1799, mientras Napoleón salía en una escapada de Egipto y Nelson se enredaba en la política italiana, Ailie Anderson cambió su apellido por el de Park. Casi un año después —en junio de 1800— nació su primer hijo. El doctor Dinwoodie se ocupó del parto mientras el padre de Ailie y Mungo compartían nerviosos una pinta de Whisky en la sala. Resultó ser un varón. Tan grande que casi rajó a su madre en dos. Le pusieron Thomas.

Mungo cogió al niño en brazos contemplando aquellos ojos con mucosidades amarillas, los dedos arrugados y enrojecidos como si hubieran fregado diez mil platos, y la cabeza como un pulido bulbo de tejido sedoso cubierto de venas. El padre de Ailie propuso un brindis.

—¡Por el hijo del siglo!

A Ailie aquello le parecía increíble. Después de todos aquellos años de miedo e incertidumbre, después de los interminables días y semanas y meses de espera, él había regresado. Menos de dos años después de que apareciera en el porche de su casa, convertido casi en un extraño, ella era la señora Park, la madre de su hijo. Todas las mañanas despertaba a su lado, cada noche se sentaba con él a cenar. Era suyo.

Estaba absorta en esa idea, que la llenaba de orgullo y satisfacción de pies a cabeza. El microscopio se cubría de polvo.

Por supuesto, tenían sus problemas.

Después del regreso de Mungo, durante el primer año, ambos experimentaron sentimientos encontrados de esperanza y desilusión. Por espacio de seis meses, Mungo siguió viviendo en Eowlshiels, trabajando en su libro desde que se levantaba hasta poco después del mediodía. Luego daba un paseo hasta Selkirk y pasaba el resto de la tarde con ella. Daban una vuelta por el río para ver cómo caían girando las hojas de los árboles, iban a caballo hasta la casa de Katlin Gibbie, donde bailaban al son del violín y del acordeón, improvisaban una hoguera y asaban un salmón en un espetón. Empezaban a conocerse de nuevo. Y era igual a como ya había sido una vez.

Pero la atracción de África empezó a ejercer de nuevo su influencia. El día de Navidad Mungo tomó la diligencia para Londres donde permaneció cinco meses y medio, durante los cuales Edwards y él corrigieron y pulieron *Viajes al interior de África*. El libro se publicó en mayo. Tuvo un éxito inmediato y resonante. Una segunda edición salió a la luz. Y luego una tercera. Los clubes africanos y las asociaciones empezaron a multiplicarse en Europa. No dejaba de escribirle a Ailie ni un solo día. En agosto ella se casaba con un hombre famoso. Embalaba sus libros y su microscopio y se mudaba a Fowlshiels..., provisionalmente. Mungo no cabía en sí de alegría. Las ofertas le llovieron tan pronto y tan seguidas que tuvo que invertir la mitad de su tiempo y de sus energías solo para rechazarlas. El Gobierno apelaba a él para que emprendiera un viaje de inspección a Australia, Banks insistía en organizar una segunda expedición a África Occidental, otros querían oír sus conferencias, que escribiera artículos, que coleccionara plantas, que encabezara expediciones a Groenlandia, a Borneo, a Belice.

—Todavía no quiero establecerme en la quietud doméstica —le dijo a Ailie.

Y ella le preguntó qué quería decir con eso.

—Lo que quiero decir es que no sé a ciencia cierta dónde vamos a estar mañana, ni pasado mañana. Puede que tan pronto como nos instalemos, tengamos que volver a liar los bártulos e irnos de viaje.

Algo así venía temiéndose ella desde hacía tiempo.

—¿No me estarás diciendo que vas a despedirte de una mujer embarazada de tu primer hijo para largarte y desaparecer otros tres años y medio, verdad? ¡Desaparecer para quizá nunca regresar! Hombre, por Dios, acabamos de casarnos y... ¿ya quieres dejarme convertida en una viuda?

—Ailie. *Irnos*, he dicho *irnos*. Sir Joseph habló de establecer una colonia del Gobierno en el Níger... Allí iríamos nosotros, si llegamos antes que los franceses. La asociación quiere que yo, nosotros, vayamos a ese lugar. Piénsalo. —Se le empañó la visión, lo veía todo borroso—. Piensa en todo lo que podríamos hacer si viviéramos allí, en el Níger... ¡Piensa en los nuevos territorios que yo podría explorar, en los descubrimientos que podría hacer!

—Yo no quiero vivir en África —dijo ella, pero él ya no la oía, ni una palabra, ni tampoco la veía. No, él estaba hablando con otra persona, consigo mismo, ensalzando el continente africano, un lugar lleno de colorido, de vida y de extravagante naturaleza, donde los ríos arrastraban pepitas de oro a raudales y la tierra era tan fértil que ni siquiera hacía falta sembrar.

Cuando nació Thomas, justo nueve meses más tarde, seguían en Powlshiels.

AHORA, CON EL PRIMER HIJO destetado y otro en camino, ella estaba sentada en el portal de la misma casa de Fowlshiels, bebiendo a sorbos una taza de café, con un libro abierto en el regazo. Era el verano de 1801. Nada había cambiado. Estaban en guerra con Francia. Los precios se habían disparado demencialmente. La gente emigraba en tropel. Mungo seguía esperando.

Desde que terminó el libro disponía de mucho tiempo libre. Llevaba dos años dedicado a pescar, a cazar. Salía a dar largos paseos solitarios por las colinas, a veces pasaba las noches en el bosque con Zander. Desde que murió su padre y Adam se trasladó a la India, ayudaba a su hermano Archie a cuidar de la granja. Permanecía silencioso, taciturno. En una ocasión no acudió a cenar y Ailie lo encontró abajo, en el río, mirando fijamente al agua donde dejaba caer guijarros, uno tras uno, contando en voz baja —mil, dos mil, tres mil—. Esto era lo que yo hacía para averiguar la profundidad de los ríos en África, le explicó. Y entonces sonrió por primera vez en una semana: era muy importante saberlo antes de vadearlos. A veces se despertaba empapado en sudor, gritando en una lengua extranjera. Su apetito sexual era asombroso. Decía que era feliz.

Sin embargo, cada vez que llegaba la silla de posta de Londres, era el primero en la cola que se formaba frente a la oficina del correo. Siempre esperando un sobre con el sello gubernamental —o el de sir Joseph—. Indefectiblemente regresaba decepcionado. Las noticias eran malas. El Gobierno desviaba su atención hacia la guerra, sir Joseph creía que no era el momento más oportuno para emprender una segunda expedición, los franceses estaban haciendo las primeras incursiones en África Occidental...

Ailie estaba preocupada. ¿Qué sucedería si la guerra terminaba, o si Joseph Banks reconsideraba el asunto, o si los franceses dejaban de hacer sus incursiones? Levantó la vista hacia las colinas y, en lugar de ver una extensión uniformemente verde, vio una selva enmarañada. El feto se movió en sus entrañas. En algún lugar, al fondo de la casa, el hijo del siglo estaba llorando.

PEEBLES

PEEBLES

Era la única solución.

Sí, Peebles. Se lo dirá cuando él regrese.



ESTÁ ATARDECIENDO cuando los divisa: Mungo emergiendo de una hilera de alerces al final del campo, Zander a su lado. El sol se está poniendo, frío y lácteo, y las sombras se deshilachan entre las ramas de los árboles. Profundas, amenazadoras, esas sombras negras azuladas se extienden cruzando el campo como dedos, alargándose, como si se resistieran a dejar escapar a su marido y a su hermano. Por un momento, los pierde de vista, pero de pronto reaparecen: el relámpago del pelo de Mungo cuando mira al sol, sus características zancadas, Zander esforzándose para no quedarse atrás. Al poco rato, ya suben por la carretera.

—¡Hola! —los saluda.

Ellos responden agitando las manos.

—¿Tenéis sed?

—Sí.

Cuando llegan al portal, ella ya ha sacado dos jarros de cerveza. Se sientan con la desenfadada gracia animal de los hombres que acaban de realizar una hazaña prodigiosa. El cuello de la camisa de Zander está empapado de sudor. Su nariz, despellejada por el sol.

—¿Y por dónde habéis estado hoy?

—Allá por Ancrum Moor —responde Zander.

—¡Ancrum Moor! Eso debe de estar a veintidós kilómetros ida y vuelta.

—Diecisiete.

—Y supongo que durante todo el trayecto no habéis hecho otra cosa que hablar de cocodrilos y de mandingas.

Zander sonrío. El bebé, que juega en la tierra, grita en un éxtasis infantil, y Mungo se vuelve para mirarlo un tanto ensimismado, como si no lo reconociera. Thomas mira a su padre fijamente, luego se mete un pedazo de asadura en la boca. El mentón del niño brilla pegajoso con una película de mugre y saliva.

Hay un momento de silencio, los hombres están concentrados en la cerveza. Ailie recoge las calcetas que estaba tejiendo.

—Padre ha pasado hoy por aquí —dice.

La callada por respuesta.

—Me habló de una plaza vacante en Peebles. Un empleo de doctor... Y junto con el puesto ofrecen una vieja casa que no está nada mal. ¿Qué te parece?

Mungo levanta la vista de la espuma de su cerveza.

—¿Peebles? Pero eso está a un día de camino de aquí.

—Ya sé que significa dejar a nuestra familia y a los amigos. Pero no podemos seguir aquí esperando toda la vida..., esperando. ¿Podemos hacerlo?

Zander había estado esperando toda su vida. Depositó en el suelo su jarro de cerveza.

—No veo por qué no. Siempre será mejor para él esperar la oportunidad de partir hacia una nueva aventura que quedarse atascado en la monótona vida de un médico rural. Mira en lo que eso ha convertido al viejo.

Mungo le dirigió a Ailie una lúgubre mirada.

—No sé —dijo.

De buenas a primeras Zander se echó a reír estrepitosamente.

—¿Qué es lo que dicen sobre Peebles?

—¿Qué quieres decir?

—Sí, acuérdate, esa frase que el viejo Ferguson siempre solía repetir...

La cara del explorador se iluminó.

—¡Ah, sí, sí!... Ya recuerdo. Era una noche tan silenciosa, decía, tan silenciosa como un sepulcro... o como Peebles.

EL NEGOCIO SEPULCRAL

LOS DOLIENTES ALINEADOS a ambos lados de la escalera del pórtico son profesionales con trajes y bufandas negras. Clavan los ojos solemnemente en el suelo o dejan vagar la mirada, extraviada en lontananza, en señal de profundo duelo. En posición de firmes, los dolientes de alquiler empuñan unas lanzas de ébano, rematadas con penachos negros, cruzándolas en lo alto como espadas. Una llovizna luctuosa se desgrana en sus sombreros de copa salpicando de rocío las pobladas patillas. Esperan paciente y aplicadamente a que empiece la procesión fúnebre, después de lo cual ya se han prometido que caerán vorazmente sobre las sobras de la cena mortuoria para atiborrarse y beber hasta el estupor. El funeral está previsto para las nueve de la noche.

A lo largo de la tarde, un desfile de carruajes ha ido pasando ante la puerta. De los coches bajan caballeros cariacontecidos, mujeres afligidas y niños llorones que acuden al velatorio. Casi todos son parientes, así que merecen una parte de la herencia. Ahora están reunidos en la casa, llorando a lágrima viva y gimiendo. A las ocho y cuarto un suntuoso faetón se acerca dando tumbos al pórtico y un caballero enlutado desciende del vehículo. Demasiado acongojado para andarse con cumplidos, ni siquiera espera a que le abran la portezuela, y en un santiamén está en el umbral, con el corazón en un puño, el cabello perfectamente acicalado, la cara resplandeciente en lágrimas.

El caballero es Ned Rise. Vestido de luto riguroso, con un traje de terciopelo genovés, la bufanda y los guantes teñidos con tinta de imprenta, incluso ha tizado las suelas de sus zapatos para estar a la altura de las circunstancias. En el bolsillo lleva un pañuelo de seda negra empapado en vinagre que oprime contra su cara antes de entrar en la casa.

Sentado en el zaguán, un viejo compungido con la nariz picada de viruelas reparte ramitas de ruda y anillos de oro grabados con las fechas y las iniciales del difunto. De las paredes, de las ventanas y del techo cuelgan crespones negros, todo alumbrado por muchos candelabros, como una capilla ardiente. Desde la habitación del fondo llega un cuchicheo de personas hablando en voz baja mezclado con una sostenida corriente subterránea de ayes, plañidos y narices sonadas. Ya anegado en llanto, Ned aspira una fortalecedora bocanada de su pañuelo lacrimógeno, y casi está a punto de entrar en el salón, transido de dolor, en un arrebató de histeria, cuando siente una mano en su hombro. Se vuelve en redondo para encontrarse con el tembloroso labio inferior de una mujer muy joven —en realidad una chica, pues no tendría más de diecisiete o dieciocho años—. El pelo cayendo en cascadas hasta la cintura, ojos como lagos de asfalto, un lunar en el pecho izquierdo.

—¿Claude? —dijo ella.

«¡Por los clavos de Cristo! ¿Quién será? —pensó Ned—. ¿La prima? Sí, claro». Cegado por las lágrimas, tomó su mano y sorbió por la nariz.

—¿Eres mi prima?

Ella asintió, deshaciéndose en lágrimas.

«Bueno, la cosa también puede empezar así», pensó él, escondiendo el pañuelo.

—¡Oh, prima! —exclamó hundiendo el rostro en su cabellera.

HABÍAN PASADO TRES AÑOS Y MEDIO desde aquella caótica noche en el cementerio Islington, y la vida de Ned seguía tan circunscrita a esa rutina como el agua de lluvia que corre por un canalón, un canalón diseñado por el doctor Decius William Delp, hombre de ciencia, esposo, padre, chantajista, demonio necrófago... Delp, el eminente y respetable profesor de Cirugía que comparte una copa de Madeira con milord o juega una mano al *whist* con madama, y luego envía a sus cómplices a rondar los cementerios para saquear las tumbas antes de que los cadáveres se pudran.

A pesar de las circunstancias, Ned se las apañó. Era un superviviente. Había sobrevivido a la brutalidad, a la mutilación, al ahogamiento, al hedor de los pescados, a la prisión de Newgate, a la horca. Miraba hacia atrás, recordando cuando la pistola relampagueó en la total desolación del cementerio Islington, y sabía que muy bien podría sobrevivir a cualquier otra cosa —al *sabbath* de las brujas, a una sublevación de los muertos vivientes, a las amenazas de Delp, a Banks, a Mendoza y hasta al mismísimo Napoleón—. Además, Crump solo había disparado una bala y poco faltó para que le alcanzara, pues pasó silbando por su lado, hiriendo a Quiddle en el muslo y astillándole el hueso. El impacto del proyectil sonó como una sorda bofetada, como el garrotazo que derriba a un cerdo; un sonido desafinado, casi inmediatamente absorbido por la esponja de carne y cartílagos. Hubo un momento de pasmado silencio, como si realmente nadie pensara en llevar las cosas hasta ese punto, y luego tuvo lugar el gran espectáculo de Crump poniendo pies en polvorosa mientras dejaba

atrás a Boyles, quien no paraba de gritar protestando. Quiddle no dijo ni mu.

El primer impulso de Ned fue salir pitando. Dejarlo todo y correr hasta que sus pulmones reventaran. Pero entonces recordó cómo Quiddle le había apoyado, alimentándolo, dándole su cama, defendiéndolo de Delp.

—Horace —susurró—. ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Negrura. Nada. Ned empezó a darle la vuelta a la tumba a tientas, temiendo lo peor. Si Quiddle estaba muerto, Delp contaría con cinco cadáveres, y cortarían a su antiguo ayudante en pedazos igual que a los demás: tantos metros de intestino, tantos gramos de este órgano o de aquella víscera, embutidos, tripas, carne en gelatina. La imagen era tan vívida e impresionante que Ned casi se desmayó cuando Quiddle súbitamente cogió su mano.

Quiddle se aferró a su mano como un tornillo de banco. Jadeando, enronquecido, le indicó a Ned cómo se hacía un torniquete haciendo hincapié en que se diera prisa por el bien de los dos, ya que una indiscreción de Crump haría venir a la policía. Ned comprendió perfectamente. Le vendó la herida y lo arrastró hasta el muro del cementerio, pero no tenía fuerzas para subirlo encima de la tapia, mucho menos para pasarlo al otro lado.

—Agárrate bien al muro —cuchicheó, y fue a buscar a Boyles.

Lo encontró agachado detrás de una lápida, farfullando y gimiendo como un idiota. Boyles siempre había tenido algo de esa fascinación del campesino irlandés por los elfos, los ogros y las hadas que anuncian la muerte; pero esta vez la cosa era real. No hacía ni cinco minutos que había estado cara a cara con algo imposible. Fuera espectro, fantasma o sombra aquello era real, un muerto viviente que caminaba y hablaba. Le castañeteaban los dientes. Bien es verdad que estaba medio borracho, pero de todos modos temblaba de miedo. Para meterlo en razón, Ned se vio obligado a abofetearle cuarenta o cincuenta veces y tuvo que contarle dos veces toda la historia de cómo había escapado de la horca antes de conseguir que se levantara y le ayudara a subir a Quiddle encima de la tapia.

Boyles subió a la carreta y le dio un trago a la botella de Ned actuando como un sonámbulo. Quiddle sangraba y gemía. De vez en cuando se quejaba del frío. Ned azoró al caballo hasta que su hombro quedó entumecido por el esfuerzo, y regresó a St. Bartholomew, donde Delp personalmente llevó a cabo la operación, cortándole la pierna a su ayudante justo por debajo de la cadera y cauterizando la herida con la hoja de una pala expuesta al fuego hasta que se puso al rojo vivo.

Con Quiddle fuera de combate, Delp dependía absolutamente de Ned. Y Ned, con las contadas —por no decir ninguna— opciones que tenía, gradualmente venció su resistencia al trabajo y empezó a ejercitar su ingenio compitiendo con Crump y otros para conseguir su pequeña provisión de cadáveres en los camposantos de Londres. Por un galón y medio de ginebra a la semana contrató a Boyles como ayudante, y muy pronto los dos estuvieron tan familiarizados con catafalcos y cementerios como lo estaban con barriles de vino y tabernas. En menos de un año, Ned abastecía de

todos los ejemplares que podía a Delp y, bajo cuerda, trabajaba un poco por su cuenta. En el transcurso del siguiente año tuvo suficiente dinero para mudarse de St. Bartholomew y alojarse en Limehouse. Empezó a vestirse con un cierto grado de elegancia. Cenaba en la calle. Planeaba viajar al continente europeo para encontrar a su amor perdido.

Estaba vivo. Se había adaptado. A pesar de los peligros y de las repugnantes condiciones de su nuevo oficio, experimentaba un moderado sentimiento de optimismo. Por una parte, Delp le amenazaba, exigente y sin escrúpulos, y por otra, Crump también lo amenazaba, pues no soportaba la rivalidad en su esfera de influencia. Pero Ned iba de puntillas a través de esa tenue línea que separaba a Delp de Crump, y poco a poco, con una lenta pero sostenida fuerza, siempre en ascenso, su estrella empezó a elevarse y a brillar.

ASÍ LAS COSAS, al igual que los dolientes de alquiler apostados en la escalera del pórtico y el viejo distribuyendo ramitas de ruda en el zaguán, Ned estaba interesado en el difunto por razones estrictamente profesionales. Veinticuatro horas antes, mientras leía la sección necrológica del periódico, había dado con el siguiente obituario:

La City quiere expresar sus más profundas condolencias por el fallecimiento del señor Claude Messenger Osprey, manufacturero de porcelana fina, muerto de angina a la edad de cincuenta y siete años, este 8 de junio de 1801. El señor Osprey era de todos conocido por su obra innovadora en la manufactura de orinales de loza. Fue el primero en concebir el personalizado *pot de chambre*, y empleó a algunos inspirados artesanos cuyos estimulantes diseños de hojas de trébol y sauces llorones todos conocemos tan íntimamente. El señor Osprey deja a un hermano, Drummond, de Cheapside, y a un hijo, Claude el joven, comerciante de porcelana en Bristol. El difunto será velado en capilla ardiente en la residencia de su hermano esta noche y durante todo el día de mañana. Las exequias están previstas para mañana a las nueve de la noche.

Unas cuantas preguntas entre los afligidos domésticos de la casa de los Osprey revelaron algunos fascinantes trozos de información: a Claude el joven, ya camino de Londres procedente de Bristol, solo lo recordaban en la familia como un niño pequeño. Debido a una desavenencia entre el señor Osprey y su esposa, al niño lo sacaron de Londres a los nueve años, lo matricularon de principio a fin en la universidad, se casó y se puso al frente del negocio que tenía otra rama de la familia en Bristol sin regresar jamás a la capital. Ninguno de los Osprey que vivían en Londres lo había visto desde hacía casi veinte años.

Aquella noche, Ned, Quiddle y Billy Boyles estaban esperando la silla de posta procedente de Bristol cuando el carruaje aparcó frente al Café Gloucester. Boyles, con librea, corrió a abrir la portezuela del coche antes de que se detuviera y gritó el nombre del joven Osprey con voz transida de dolor y ansiedad. Se presentó como lacayo del fallecido señor Osprey, y condujo al joven heredero hasta una esquina para esperar el coche de su familia. Coche dentro del cual, como arañas acechando a un insecto intruso, Ned y Quiddle sostenían en alto una larga cuerda. Osprey no tenía ni la más remota posibilidad de escapar.

—¿SABES? —sorbió por la nariz la prima—. Te reconocí en cuanto entraste por la puerta.

Ned emitió un par de compungidos sollozos, luego se sonó la nariz y levantó la vista hasta hacerla coincidir con los entristecidos ojos de la muchacha.

—Oh, pero... ¿cómo pudiste reconocerme?

—Es que te..., te... —aquí ella cayó desmadejada en sus brazos, lloriqueando como un perro ahogándose—, te pareces tanto a él.

El resto es fácil de imaginar. Unas cuantas tías plastas, unos temblorosos tíos, unos desabridos suegros, sobrinos terceros, una vieja y desconfiada niñera. Gracias a Dios no había viuda. (Ned no estaba del todo seguro, pero le parecía recordar que había secuestrado a la señora Tillie Marsh Osprey en un cementerio del West End hacía cosa de dos años). Mientras tanto, las expresiones de simpatía llovían a su alrededor como ladrillos de edificios derrumbándose en medio de un terremoto. Alguien propuso un brindis. Y luego otro. Más lágrimas, palmaditas en la espalda, la peste a perfume mezclado con el alcohol, un beso y un apretón de manos, y luego salieron a la calle, envueltos en negras capas, enarbolando antorchas, desfilando con majestuosos pasos detrás de la maciza carroza fúnebre tirada por cuatro caballos. Al final de la calle, doblaron una esquina y entraron en el camposanto. Los brillantes ojos de comadreja del cura, polvo eres y en polvo te convertirás. Y entonces Ned se arrojó sobre el ataúd, tratando de morderles los tobillos a los sepultureros, inconsolable, luchando contra una hueste de deudos que compartían su dolor afanosos de consolarlo. Pero él, presa de una feroz efusión de aflicción, siguió arrastrándose, gimiendo, más Hamlet que el mismo Hamlet. Y finalmente, con los ojos arrasados en lágrimas, les suplicó que lo dejaran a solas con su tristeza, para poder enterrar a aquel magno y noble hombre, su padre, con sus propias y caritativas manos.

Diez minutos después el cementerio estaba tan desierto como el reluciente faetón que se detuvo ante la verja, con Quiddle a las riendas. Una delgada silueta de cabeza achatada saltó del carruaje y se unió a Ned junto a la tumba. Hubo un movimiento en la oscuridad, quizá un gruñido o un gemido, un breve indicio de nefaria actividad. Luego el faetón se puso en camino y la última antorcha se apagó en el cementerio.

TODO LO QUE SUBE TIENE QUE CONTENER LEVADURA

CUANDO EL AMANECER extendía sus rosáceos dedos sobre los tejados de Londres, una pequeña cerillera de labio leporino tropezó con una forma que se retorció en el empedrado, la forma de Claude M. Osprey, el joven. El heredero de la fortuna de Osprey, atado de pies y de manos, había avanzado palmo a palmo por un tiznado callejón, arrastrando tras de sí una cola de detrito. Su cara era un crucigrama de ligeros arañazos que parecían trocitos de cabellos cortados, y tenía metida en la boca una mugrienta corbata.

—¡Ummmmff! —resollaba—. ¡Ummmmmmmmff!

La niña ladeó la cabeza y lo miró despabilada, como un perro respondiendo al chasquido de los dedos de su dueño, luego se agachó para registrarle los bolsillos. Media hora después el chico de la carnicería tropezó con él, lo miró y pasó de largo. Pero enseguida dio marcha atrás para mirarlo sorprendido. Y entonces se inclinó a medias, desgarbadamente, sobre el joven heredero, como si la aparición de un hombre maniatado y amordazado al final de un callejón representara un dilema de dimensiones aristotélicas. Los ojos de Osprey desmesuradamente abiertos sobre la mordaza echaban chispas. El niño estaba boquiabierto. Comenzó a alejarse por el callejón, cabizbajo, se volvió en redondo y regresó de nuevo. Finalmente se agachó y cautelosamente le quitó la corbata de la boca a Osprey. El hombre atado movió la mandíbula como si fuera una parte recién creada de su anatomía.

—Desátame las manos y los pies.

El niño se metió la corbata en el bolsillo. Introdujo la uña del meñique en su oreja y extrajo una estalactita de cerumen que examinó pensativamente en la punta del tiznado dedo.

—¿Y qué gano yo?

—Media corona.

—Lo haré por una corona.

—Vale, una corona. Córtame las cuerdas.

—Diez chelines.

—¡Auxilio! —gritó Osprey—. ¡Al asesino! ¡Auxilio!

—Vale, vale.

—Con un rápido y diestro movimiento, el cuchillo salió de la andrajosa manga del muchacho y la soga cayó cortada al pavimento. Osprey se incorporó y se desató los tobillos, luego alargó una mano para apoyarse. El niño le ayudó a ponerse en pie.

—¡Idiota! —siseó el heredero, y de una bofetada envió al muchacho contra la pared. Entonces salió del callejón y corrió en busca de un coche de alquiler.

TODOS ESTÁN PASMADOS en la residencia de Cheapside. Atónitos.

—Pero, pero... ¿por qué alguien iba a querer hacer una cosa así? —balbucea el

tío.

—¡La tumba! —grita Osprey.

Llamaron a las autoridades. Al cura. A la prima de ojos como pozos de brea. A los tíos y a las tías. A los suegros. Cuando quitaron la tierra de la sepultura y apareció el ataúd, todos soltaron un suspiro de alivio.

—¡Abridlo! —gritó el heredero—. ¡Abridlo! —insistió, imponiéndose ante un murmullo de protesta.

El sepulturero desencajó la tapa. El féretro estaba vacío. Algunos soltaron un grito sofocado. Otros se desmayaron. Esa misma tarde el siguiente aviso circuló por toda la ciudad:

Claude M. Osprey hijo, ofrece una recompensa de cien libras esterlinas a quien dé información que permita arrestar a tres hombres —a uno le falta una pierna— que cometieron un atroz acto de depravación contra Dios y la Naturaleza en el cementerio de Saint Paul durante la noche del 8 de junio. Se garantiza la más estricta confidencialidad. Great Wood Street, Cheapside.

Al aviso respondieron treinta y siete informantes. Uno a uno, los treinta y siete desfilaron por el estudio de la residencia de Great Wood Street. Barbudos, tuertos, picados de viruelas, babosos y hediondos, todos contaban una historia diferente. El joven heredero escuchó incoherentes cuentos de asesinato, canibalismo, raptos, violaciones, robos y violencia desenfrenada. Oyó historias de secuestros y mutilaciones, felaciones, sodomía, gitanos, negros moros y judíos. La alfombra estaba manchada con pisadas de lodo y la escupidera desbordándose cuando un hombre alto y flaco, de casi cuarenta años, fue introducido en la habitación. Sus bíceps eran magros como lonchas de tocino. Una barba de tres o cuatro días ensombrecía su barbilla, y se la acariciaba de vez en cuando con rápidos y nerviosos dedos. Los ojos del informante brillaban como pedacitos de cristales azules.

—Me llamo Crump —dijo con una voz cascada y hosca—. Conozco a los hombres que usted busca. Son saqueadores de tumbas.

Osprey le invitó a sentarse con un ademán.

—Hay un montón de depravados en tratos con el demonio. Lo que han hecho no tiene perdón de Dios. No es humano.

Callado, seductor, Osprey hizo sonar una bolsa de monedas. Sus ojos escrutaron a su interlocutor como tenazas.

—¿Dónde están?

—El cojo se llama Quiddle. Le encontrará en St. Bartholomew. El otro, el que tiene la cabeza achatada, a ése le llaman Boyles, Billy Boyles. Es un borracho. Duerme en cobertizos, en carretas y tal. Pero a quien usted busca es al cabecilla, el cerebro que está detrás de todo eso. —Crum hizo una pausa para limpiarse la boca con la manga—. Lo que usted ofrece son cien libras, ¿verdad?

Osprey agitó la bolsa en el aire, haciéndola sonar lenta y melódicamente.

—Su nombre es Ned. Ned es todo lo que sé de él. Es astuto como una serpiente, eso es. Escurridizo. Pero yo lo he estado vigilando, le he seguido, como un terrier tras una rata. Y puedo decirle dónde vive. En Limehouse. En el piso de arriba de la taberna Mermaid. —Crump hizo una pausa para lamerse los labios cuarteados—. Vayamos ahora —cuchicheó— y echémosle el guante mientras haya luz.

EL SABUESO

LA EXPERIENCIA había enseñado a Ned Rise muchas cosas —casi todas desagradables—. Y una de las cosas que le había enseñado era a mantener su caudal en dinero efectivo. Otra era a usar un chaleco salvavidas si a uno le espera un mar picado. También había llegado a la convicción de que un hombre de negocios prudente jamás se quita los zapatos, duerme con un ojo abierto, y nunca, en ninguna circunstancia, se permite el lujo de alojarse en una habitación que tenga una sola puerta.

Y así, cuando Osprey y una pareja de policías —todos armados— irrumpieron en su domicilio de improviso y sin avisar, Ned solo resultó sorprendido a medias. Aunque estaba en la cama durmiendo cuando ellos dieron el primer culatazo en la puerta que daba al recibidor, ya había desaparecido cuando llegaron a su alcoba. Mientras hacían astillas la puerta principal hubo un instante durante el cual el joven heredero, armado hasta los dientes, clavó sus ojos en los ojos del ladrón de cadáveres, sobrecogido y acabado de despertar en su lecho. Estaban a menos de cinco metros uno del otro. Ned lo vio a través de la hendedura que abrían en la puerta, desde la habitación del fondo, aún debajo de las sábanas. Osprey ya empezaba a sonreír con una mueca malvada y vengativa cuando Ned simplemente rodó en la cama y desapareció. Hacía un minuto estaba allí, en carne y hueso, y ahora se había esfumado como por arte de magia, como en un *trompe l'oeil*, igual que una culebra negra escabulléndose entre las piedras de una tapia.

Ned lo había planeado todo previendo una situación así. Cuando le alquiló aquel modesto apartamento al dueño de la taberna Mermaid, también alquiló una pequeña habitación situada exactamente en el piso de abajo —en realidad, un trastero—, explicándole al propietario que él era un mercader itinerante y necesitaba ese espacio extra para almacenar sus mercancías. El propietario dijo que le importaba un bledo lo que él fuera o lo que quisiera hacer con sus habitaciones, siempre y cuando no rompiera nada y pagara puntualmente el alquiler. Ned sonrió y pagó la primera semana de alquiler por adelantado. Luego cogió prestada la sierra que usaba Delp para cortar huesos y esperó a que una recién desembarcada tripulación de marineros y lobos de mar empezara a beber, a gritar, a romper vasos y aullar sus canciones en la taberna de los bajos para aserruchar un agujero en el suelo de su alcoba. El hueco comunicaba directamente con el trastero de abajo. En menos de un minuto podía desaparecer deslizándose de la cama al trastero de abajo y disimular la trampilla. Si a

esto se añade el hecho de que Ned siempre dormía completamente vestido, con los ahorros de toda su vida dentro de un calcetín atado al cuello, es comprensible que fuera capaz de eludir a sus perseguidores.

Al menos, de momento.

Pero Osprey no era de los que se dan por vencidos tan fácilmente. Parecía dispuesto a dejar que el negocio de los orinales languidciera en manos de sus subalternos con tal de no dejar de acosar a su presa hasta capturarla. El ultraje de los restos de su padre era razón más que suficiente para perseguir a sus perpetradores hasta los rincones más remotos de la tierra, pero cuando a eso se sumaba la afrenta que había sufrido en carne propia, la existencia de aquellos ladrones, secuestradores y profanadores de tumbas, era intolerable, algo que le amargaba la vida constantemente, una mancha en su honor de cara a la buena sociedad, y entonces la necesidad de exterminar a aquellos individuos adquiría la magnitud de una misión sagrada. Obstinado, infatigable, loco por vengarse, su boca se amargaba con el sabor de la bilis y sus sueños estaban encharcados de sangre.

El primero en caer en la red fue Quiddle. Lo arrestaron en St. Bartholomew, lo encarcelaron y, tras demostrarse su participación en los hechos, lo ahorcaron. La única prueba contra él fue una declaración hecha por Osprey. Eso bastaba. Delp, por supuesto, lo negó todo. De todas formas, asistió a la ejecución..., a sabiendas de que no acudiría ningún pariente de Quiddle. Más tarde, en un gesto que impresionó a casi todos los presentes, se adelantó y anunció que se encargaría personalmente del cuerpo.

Boyles era harina de otro costal. No era listo, y estaba borracho como una cuba las tres cuartas partes del tiempo. Pero era prácticamente imposible averiguar sus infinitos paraderos. No tenía domicilio. Ni amigos. Ni trabajo. Ni perspectivas de tenerlo. Dormía en soportales, en cocinas, en cantinas. Osprey contrató a una docena de hombres para que recorrieran las callejuelas y las tabernas en las inmediaciones del hospital y apostó un centinela en Limehouse. Todo en vano. Ned Rise fue el primero en encontrarlo. Boyles estaba en el muelle Hermitage, tomando el sol y mirando un enjambre de niños flacuchos que se zambullían en el Támesis mientras las gaviotas planeaban y las goletas de tres palos corrían impulsadas por la brisa como grandes cisnes blancos. Tenía un limón, una patata y una botella de ginebra, y chupaba las tres cosas sucesivamente —primero la botella, luego el limón y por último la patata—. Cuando Ned vislumbró la conocida cabeza achatada y el sobretodo hecho jirones, experimentó una ráfaga de alivio. Boyles volvió hacia él sus relucientes ojos verdes y su larga nariz cuando él se sentó a su lado.

—¡Neddy! ¿Qué pasa? ¿Otro curro?

—Tenemos problemas, Billy.

Boyles no quería ni oír hablar del asunto. Apartó la vista y contempló el cabrilleo de las aguas, como si fuera Napoleón oteando el Canal de la Mancha.

—¿Te has fijado cómo planean las gaviotas en el aire? Son como marionetas que

alguien mueve con hilos desde el cielo —murmuró. Un trozo de pulpa de limón le tapaba una ventana de la nariz.

—Han atrapado a Quiddle.

—¿Quién lo atrapó?

—Osprey.

Boyles miró a Ned como si nunca hubiera oído aquel nombre, extrañado como un bebé.

—Aquel tipo del que nos deshicimos hace dos noches..., ¿recuerdas? El rey de los orinales.

El semblante de Boyles sufrió una conmoción repentina. Parecía que fuera a vomitar, como si el recuerdo de los ojos incendiarios del joven heredero lo hubiera arrojado en medio de una tormenta inundando su patata en acidez estomacal.

—Van a ahorcarte, Billy.

Boyles asimiló esa advertencia con la misma mirada entre pensativa y biliosa. Gradualmente se puso blanco como el papel y se llevó torpemente una mano a la boca. Entonces vomitó la patata, el limón y la ginebra sobre los tablones del muelle.

Ned le arrebató la botella y la arrojó al río.

—Vamos, Billy, levántate. Tendremos que desaparecer.



ESO FUE EN VERANO, cuando los días eran largos y las noches tan suaves como el pecho de una madre.

Ahora, tras dos meses de invierno y con la fiesta de Año Nuevo ya pasada, las cosas iban de mal en peor. Por una única razón: estaban sin blanca. Seis chelines era todo lo que Boyles llevaba encima cuando decidieron evaporarse, y las setenta y cuatro libras de Ned (suma procedente en gran parte de la venta de los despojos mortales del viejo Osprey más la apropiación de la billetera del joven Osprey y otros efectos personales) se habían gastado en alojamiento, pues pasaban las noches en lugares distintos para mantenerse en constante movimiento. Por otra parte, el tiempo también estaba contra ellos. Una ola de frío procedente del mar del Norte soplaba con aterradora intensidad, agrietando cimientos, congelando la superficie del Támesis, propagando fiebres intermitentes, dejando una estela de neumonía y gripe. Mientras las palomas caían del cielo como piedras y los caballos morían entumecidos en los pesebres de los establos, Rise y Boyles tenían que conformarse con frías gachas de avena y una cama en la paja. Y lo que era peor, Osprey se negaba a renunciar a la caza, rastreándolos en cada una de las madrigueras donde se ocultaban, desatando una encarnizada jauría sedienta de sangre que ladraba pisándoles los talones, arruinándoles la digestión, perturbándoles la paz de espíritu, apostando un trasgo detrás de cada arbusto y convirtiendo en una horca cada farol de la calle.

Ahora estaban acurrucados junto a un fuego, debajo del puente de Blackfriars, embozados y miserables, con las narices moqueantes, los pies entumecidos, los estómagos gruñendo. No hacía ni media hora que estaban allí, abrazándose a sí mismos y absortos en la contemplación de las llamas, cuando de pronto Ned se volvió y cuchicheó algo al oído de su compañero. Otros diez vagabundos tiritaban alrededor de la hoguera. Ninguno se tomaba la molestia de levantar la vista. En el río los hielos flotantes gemían como un coro de naufragos.

—Esta noche entierran a una mujer en Saint Paul —dijo Ned.

—¿Qué, con la tierra congelada? Ned sonrió de oreja a oreja.

—Eso lo hace todo más fácil para nosotros, ¿no te das cuenta? Su cadáver estará de cuerpo presente, encima de la tumba, durante unos días hasta que el sepulturero pueda cavar un hoyo.

Boyles moqueaba. Sus ojos profundamente hundidos en las órbitas, parecían dos febriles animalitos escondiéndose en sus madrigueras. Su voz dejó traslucir un tono de reproche.

—Tú me metiste en este lío, Neddy.

—No fui yo, fue Crump.

Boyles se volvió al fuego, y mientras se sacaba los mocos, dejó que la idea fuera a la deriva a través de las circunvalaciones de su cerebro deteriorado por la ginebra. Eso le llevó dos minutos.

—Estoy seguro de que podría tomarme un tazón de malta y quizá hasta una sopa caliente —dijo sonándose la nariz—. Y tampoco me disgustaría dormir en el banco de cualquier hostería. —Hizo una pausa para toser un coágulo de blanco suero—. Pero... ¿podemos correr ese riesgo?

—¡Joder! Si no lo hacemos, moriremos congelados.

POCO DESPUÉS DE LAS TRES de la madrugada se colaron en el cementerio. El cielo era un hervidero de nubes, blancas, negras, cientos de matices grises. El viento no dejaba de soplar, entumeciéndolos y provocándoles jaquecas, con un susurro de muerte en sus oídos. Ned tenía prisa. Temblando de frío, solo pensaba en robar el cadáver, esconderlo en algún lugar y encontrar una cantina donde pudieran dormir en el suelo por un cuarto de penique. Ya imaginaba al cirujano Bluestone sacando el fajo de billetes y la buena cama que tendrían y el banquete que se darían al día siguiente a esta hora. ¿Osprey? Trataba de no pensar en él, necesitaba racionalizar el miedo... Ni siquiera el mismísimo diablo sería tan rencoroso como para apostar centinelas en un cementerio en una noche de frío letal, ocho meses después de los hechos. No, si él fuera Osprey, ahora estaría en la cama, entrando en calor con una mujer, junto al fuego de una chimenea que iluminara la alcoba igual que la noche de *Guy Fawkes*^[17]

...

De pronto, oyó un ruido a su espalda y giró sobre los talones, tenso como un gato,

hasta darse cuenta de que era Boyles que había tropezado con la verja. Esperó a que su cómplice saliera de las sombras, y entonces le hizo señas para que se quedara quieto. Ned se adentró en el cementerio. El fugaz susto lo había sacado de sus cavilaciones, llenándolo de adrenalina, con el corazón dando vueltas de campana. Cinco minutos después localizaba el ataúd: una caja de madera de pino situada entre un par de lápidas al final del camposanto. Se agachó y permaneció vigilante durante unos sesenta segundos. El viento soplaba en los árboles deshojados, el frío reptaba por sus piernas, y entonces empezó a avanzar.

Pero oyó otro sonido —a su izquierda—, un murmullo o un chasquido como de ropa recién lavada colgando en un tendedero. Vaciló. Todos sus instintos le gritaban «cuidado, cuidado» mientras el frío, agujijoneándolo, le susurraba que todo iba bien, que perpetrara el secuestro, que ya empezaba a hacer calor, que sobreviviría. Titubeando, dio un paso adelante. Y otra vez sonó aquello. Eran murmullos, aletazos. Algo iba mal. Muy mal. Andando en cuclillas, se deslizó a mano izquierda, aguantando la respiración, con el corazón en la boca y todos los músculos en tensión.

El sonido se hacía más insistente a medida que se acercaba, la cadencia cambiaba de acuerdo con la intensidad del viento. Asustado, imaginó una silenciosa procesión de fantasmas circulando entre las tumbas, mortajas enceradas susurrando en la brisa, esqueléticas manos alargándose en muda llamada. Pero no, tenía que haber una explicación racional... Se acercó más, murmullos, aletazos. Ahí estaba: el ruido parecía salir de una hilera de sombras, un poco más hacia delante... ¿Qué era aquello? ¿Un panteón? Sí, un panteón, oblongo, macizo, surgiendo entre las sombrías hileras de lápidas sepulcrales como la puerta de entrada al inframundo. Siguió acercándose, y le sobrecogió advertir que todo aquello parecía estarse moviendo, ondulando de algún modo con el lento chapoteo de una mar en calma. Estaba demasiado oscuro para ver, alargó una mano para tocarlo y lo que tocó fue un puñado de tela. ¡Qué extraño! Alguien había envuelto todo el panteón en tela negra. ¿Habrían enterrado a otro personaje importante en aquel monumento funerario?

No tenía tiempo para devanarse los sesos pensando en eso. El frío volvió a espolearlo, y ya estaba a punto de dar media vuelta y regresar a lo suyo cuando otro sonido, mucho más llamativo, lo paralizó congelando cada músculo de su cuerpo. Sordo y apenas perceptible, un sonido de voces... ¡desde el interior del panteón!

Aquello era demasiado. A pesar de toda su experiencia en tenebrosos camposantos, le dieron ganas de aliviarse en los calzoncillos, echar a correr, regresar a gatas al puente de Blackfriars y quedarse allí hasta morir de frío. Pero entonces una súbita racha de viento levantó la hojarasca y una astilla de luz cortó la oscuridad. Un nuevo miedo le asaltó, mucho más terrible que los fantasmas y los duendes. Le ponía la carne de gallina solo pensar en ello. Empezaba a comprender.

Con mucho cuidado, se deslizó por debajo del crespón y se arrimó al marco de piedra que daba acceso al panteón. La puerta estaba un poco entreabierta. Asomó el ojo a la rendija.

Dentro, al débil resplandor de una lámpara de aceite, tres hombres con abrigos de pieles, sentados alrededor de un ataúd, jugaban a las cartas. Apoyaban los pies en una rejuela y las nubes que despedían al respirar flotaban en el recinto. El campo visual de Ned estaba parcialmente obstruido por la espalda del hombre que estaba más cerca de él, pero cuando el hombre se inclinó para mirar sus cartas, Ned descubrió con un sobresalto que el jugador que estaba al otro lado del ataúd era Osprey. De buenas a primeras Osprey tiró sus naipes y dejó de jugar.

—¿No es mejor que salga a hacer su ronda, señor Crump? —dijo a la silueta que estaba de espaldas a Ned.

—¡Vamos, Claude, tengo corazones! No hay quien salga a la calle en una noche como esta, ni el diablo ni su dama.

La luz de la lámpara cayó de lleno en los ojos de Osprey hasta hacerlos fulgar con una luz preternatural. Soltó un suspiro y con gesto impasible sacó una pistola del forro del abrigo.

—¡Oiga, señor Crump! ¿No cree que haría bien en salir a hacer su ronda?

DE REGRESO A LA PUERTA del cementerio, Ned tapó con una mano la boca de Boyles y, pasándole un brazo por encima del hombro, lo sacó del cementerio. Y así se alejaron a trote corto. Tres manzanas después, sin aliento, Boyles se detuvo deshaciéndose del abrazo y de la mordaza de su amigo:

—¿Qué pasa, Neddy? ¿Adónde vamos?

Las sombras velaban la cara de Ned. Su voz sonó áspera, irritada por el frío, casi inaudible a causa de la bufanda que le envolvía la boca y la nariz.

—A Hertford —susurró.

—¿A Hertford? —se quedó boquiabierto Boyles—. Pero... ¿eso no está después de Lunnon?

El reflejo de una luz rebotó en los cristales de una ventana que daba a la calle, arrojando un lampo lunar sobre la cara de Ned. Su expresión era tan fiera y penetrante que Boyles dio un paso atrás, pero Ned lo agarró por la solapa del sobretodo atrayéndolo hacia sí. Su voz sonó tajante, inequívoca.

—Así es —siseó.

ILUSORIOS QUESOS

SIN PENSARLO DOS VECES, Ned salió de Londres. Eso fue durante el invierno de 1802, y tenía treinta y un años. Estaba cansado. Llevaba más de treinta años arrastrándose a través de la mierda y la mugre de las calles, más de treinta años recibiendo castigos y rapapolvos, y cada vez que se las arreglaba para subir un peldaño, alguien le daba un brusco tirón a la escalera desde abajo. Treinta y un años de tormento y degradación, prejuicios, abusos, crueles e inusitados castigos, mitigados solamente por la caridad

de Barrenboyne y los pocos pero inolvidables meses que estuvo con Fanny. Ahora, al cabo de todos esos años de frustración —oscuros y vacíos años que eran como astillas profundamente incrustadas en su corazón—, no vivía mejor que cuando Barrenboyne le había recogido. Estaba sin una perra. No tenía casa, ni posesiones ni familia. Por lo que a amigos se refiere, se reducían a la cabeza achatada y los hombros enjutos de la persona de Billy Boyles, borracho y bobo. Quiddle estaba muerto, Fanny había desaparecido, Shem y Liam andarían metidos hasta las cejas entre montañas de peces y escamas en algún lugar del río —en cualquier caso, no los veía desde hacía cuatro años y medio—. En cuanto al resto de la gente, eran anónimas multitudes, con corazones duros como piedras, prestos a pasarte por encima con sus faetones y landós aunque estuvieras agonizando en medio de la calle. Y cuando no eran extraños, eran enemigos declarados. Banks, Mendoza, Brummell, Smirke, Delp..., y el más virulento de todos, Osprey. Orestes no hubiera podido ser peor.

Así que se fue a Hertford. Al campo. Al igual que Boyles, él nunca había salido de Londres, y no tenía ni pajolera idea de lo que le esperaba. Solo tenía una vaga imagen de grandes bolas de queso, trozos de recién horneado pan untados con mantequilla y miel, vacas rumiando, el lento crepitar del sol inundando un tejado de paja. Billy y él podrían conseguir trabajo como jornaleros o pastores o algo por el estilo. El aire del campo les sentaría bien.

Aparte de todo eso, otro factor entraba en la ecuación: Fanny. Nacida y criada en Hertfordshire, allí había hecho su aprendizaje como lechera para cierto terrateniente llamado Trelawney. Ned visitaría a su familia. Tal vez supieran algo de ella o pudieran decirle dónde encontrarla. Después de cuatro años y medio buscándola por las calles, ya no sabía qué hacer. Evidentemente, no estaba en Londres, y con Osprey pisándole los talones, él no tenía ninguna posibilidad de ganar dinero para ir al continente europeo. Hacía mucho tiempo que la casa de Brooks estaba cerrada a cal y canto. Brooks no contestaba a ninguna carta. Se rumoreaba que había muerto. De ser así, ¿dónde estaba Fanny?

Lo que Ned no podía saber aquella fría mañana, mientras caminaba apesadumbrado por la desértica carretera, era que aquella pregunta ya no tenía sentido.

SUSPIRIA DE PROFUNDIS

FANNY BRUNCH SALIÓ DE LONDRES el día de Navidad de 1797, al amanecer, en un estado de postración nerviosa. Y solo regresaría al cabo de cuatro años.

Aquella mañana nevaba, y los temblorosos copos de nieve caían girando del caliginoso cielo. Pero de eso ella apenas se daba cuenta. Cuando finalmente salió de la prisión eran más de las cinco de la mañana, y el lacayo de Brooks estaba esperándola afuera. Fanny traspasó con su mirada al criado de librea, como si no

existiera, y cuando él extendió la mano para ayudarla a subir al coche, su tacto era como el de un condenado a muerte: carne, sangre, tendones, huesos. A lo largo del recorrido hasta Gravesend ella veía los árboles emergiendo de la oscuridad y dando vueltas como horcas, la nieve colgando de las desnudas ramas igual que jirones de carne, los nidos de ramas y hojas secas súbitamente transformándose en formas humanas que se retorcían pateando en el aire. Sintió unos vahídos, y estaba tan marcada que creyó separarse de su cuerpo. Un tenaz tufillo a carne saturaba sus fosas nasales. Aquel olor era tan penetrante que le pidió al cochero que se detuviera para vomitar a la vera del camino.

Brooks le dio una dosis de láudano durante el viaje hasta Bremerhaven, luego una segunda, una tercera y una cuarta para calmarle los nervios mientras proseguían viaje desde allí hasta Cuxhaven y Hamburgo. Con las pupilas contraídas, ella empezó a soñar en su litera mientras el barco atravesaba una tormenta en el mar del Norte. El viento con su coro de voces la sedó. Ya con las fosas nasales despejadas, el hedor a carne podrida dio paso al aliento de la vida al aire libre, azaleas y jacintos, primavera en Hertfordshire. Arriba, las oscuras vigas empezaron a moverse y a mezclarse transformándose en un montón de caras apiñadas como racimos de uvas, la vela se consumía a un ritmo frenético mientras el barco cabeceaba como un carruaje que hubiera perdido una rueda. Vio a su padre, en primavera, visitando con ella las colinas de creta, vio la limpia y recién barrida cocina en la cabaña de piedra con tejado de paja. Ora despierta, ora soñando; ora vomitando, ora flipando; todo olía a agua de rosas. Al final vio a Ned, yaciendo en algún oscuro lugar —una cueva— con el cuello quemado de rozaduras, un lienzo blanco cubriéndole las partes pudendas. Otra vez vio la horca, en un relámpago, y Ned estaba en pie, deslizándose, casi flotando, hacia la boca de la cueva. La luz era cegadora. Se oyeron unos cantos. Y de pronto estaba en Hamburgo, en un hotel, sentada a la mesa al lado de Brooks, con un vestido nuevo de seda blanca.

—Fanny —le dijo él—. Fanny. ¿Quieres mirarme, por favor?

Ella lo miró. Ahora él estaba de pie. Junto a Brooks había un hombre, alto y erguido, con los bigotes meticulosamente peinados. Tenía los ojos muy juntos y reducidos a la mitad del tamaño natural. Estaba mirándola a través de unos impertinentes.

—Éste es el caballero del que te hablé..., ¿recuerdas? El que conocí anoche jugando a las cartas.

El hombre se inclinó y le besó la mano.

—Karl Erasmus von Pölkler —dijo.

Ella sonrió como todos los campos de trébol de Hertfordshire, sonrió como una idiota. Estaba pensando en otra cosa.

DOS NOCHES DESPUÉS Fanny volvió a abrir los ojos y se encontró sentada a una mesa

de macizo nogal, en el centro de una habitación de alta bóveda. Los muros eran de fábrica curvada, suavizados a trechos con oscuros retratos o tapices orientales. Un candelabro con más de cien velas pendía del techo como un fragmento de sol. Se sentía desorientada, con la mente envuelta en la niebla del opio, pero entonces levantó la vista y vio en la cabecera de la mesa a Von Pölkler levantando una copa de vino en un brindis. Otros seis invitados, Brooks entre ellos, alzaban sus copas al unísono mientras Von Pölkler decía algo en alemán y siete pares de ojos se clavaban en ella. Ruborizada, bajó la vista al blanco mantel. En su muñeca fulguraba una pulsera engastada con piedras preciosas.

Comió *Erbsensuppe*, *Beuschel* y *Gnagi*, *Bratkartoffeln*, *Fleischvögel* y *Hasenbraten*^[18]. Había montículos de desmenuzadas coles y remolachas. Una docena de botellas de Rüdesheimer^[19]. La conversación, que giraba en torno a la invitada principal, transcurría en un titubeante inglés de consonantes atragantadas.

—Para nosotros ser..., ser una grande honora te..., tener con nosotros a tan encantadoras caballeros y damas ingleses aquí, en Geesthacht —chapurreó Von Pölkler, con las arrugas de su frente despejada brillando debajo de la araña.

Fanny inclinó la cabeza cortésmente y siguió comiendo con mecánica precisión: dos mordiscos y un toque de servilleta en los labios. Cuando la chica con trenzas y delantal trajo el *Schwarzwälder Kirsch*^[20], Fanny estaba flotando. Brooks, borracho como una cuba, gesticulando lánguidamente a consecuencia del láudano y hablando estropajosamente tras haber compartido dos pipas de tabaco oriental con su anfitrión, cayó dormido encima de una salsera a guisa de almohada.

Después de la cena, Fanny se disculpó. La chica del delantal la ayudó a subir a su habitación. Se tendió en la cama, pensando en Ned, en su familia, en el empleo que había perdido en casa de sir Joseph, en la sombría perspectiva —como descender por un interminable túnel— que representaba vivir con Brooks. Alargó la mano y cogió la botella y la cuchara. Tintura de opio. Aquella sustancia era mágica, sedante, era su amiga y su consuelo. Y tomó una cucharada como la medicina que era.

Boca arriba, Fanny empezó a alucinar. La vela se convirtió en la luz del sol, la alcoba giró dos veces y de pronto se encontró en un profundo y exuberante cañón. Dorados peces nadaban a la deriva a través de transparentes estanques, agradables cúpulas brotaban en precipicios que daban al mar, las alondras volaban entre nubes que fruncían los labios susurrando melodías descabelladas. Estaba soñando.

Pero el aliento que soplaba en su almohada era el de Von Pölkler.

A PRIMERA VISTA, Brooks había sacado a Fanny de Londres por pura compasión, para ahorrarle las penalidades de la ejecución de su amado. La muerte del estafador era un hecho consumado. Ellos habían hecho cuanto habían podido. Ahora ella tenía que olvidar. Pero, en realidad, él ansiaba estar a su lado mientras la cuerda se sacudía y Ned Rise exhalaba el último suspiro. Ardía en deseos de asistir a esa escena, no había

otra cosa en el mundo que quisiera contemplar. Todo aquello era tan deliciosamente morboso, tan dolorosamente excitante... Los amantes condenados a separarse para siempre, el poderoso y siniestro verdugo apartándolos, rompiendo su último abrazo, la enloquecida heroína arrojándose sobre el cadáver mientras el gentío comentaba indolentemente la ejecución, como si fueran críticos de teatro saliendo del estreno de una obra. «¡Ahhh, lo de ese tipo no ha sido nada comparado con Jack! ¿Recuerdan a Jack Tate?... Solo estiró la pata como un caballo desangrándose después de estar media hora colgado, y hasta se burló de sus verdugos emitiendo horribles ruidos guturales».

Brooks estaba excitado, de eso no cabía duda. Se moría de ganas de verla presenciando la ejecución. Pero más se moría del susto ante la perspectiva de perderla. En cuanto Ned Rise hubiera pasado a mejor vida, ella ya no necesitaría su fortuna —ni sus proclividades—. Tan pronto como sufriera ese rudo golpe, lo dejaría. Él lo sabía.

Y por eso le administró tantas dosis de láudano y se dio tanta prisa en llevarla a Alemania antes de que pudiera cobrar consciencia de lo que en realidad estaba sucediendo. Sin dinero e incapaz de hablar el idioma, ella dependería de él más que nunca. Y era exactamente eso lo que él ansiaba. Fanny Brunch era la mujer más apetecible que había conocido, estaba loco por ella. Tenía la tersura, la pureza y esa especie de belleza angelical que hacía vibrar cada fibra de su corazón de sadomasoquista. Con ella experimentaba algo más que un mero desahogo de placer sexual. Era un continuo proceso de profanación erótica, como mear en los bancos de una iglesia o hacerse una paja en el altar. Estaba hecha para él.

Obviamente Alemania era el lugar más indicado para llevarla. A causa de la guerra, Francia quedaba descartada. Lo mismo pasaba con Italia. Pensó en Grecia, pero el Mediterráneo se había convertido en un campo de batalla flotante... ¿Para qué correr riesgos? No, Alemania era el sitio indicado. La patria de los pocos hombres realmente heroicos de su tiempo: Goethe, Schelling, Tieck, Schiller, los hermanos Schlegel. Y todos estaban reunidos en Jena, la Atenas de la era moderna. Era muy simple. Viajarían Elba arriba, pasando por Magdeburgo, Halle y Weissenfels, y se establecerían en Jena. Él escribiría grandes poemas celebrando el amor, la muerte y el dolor. Podría invitar a Goethe a tomar el té. Decirle a Schiller lo equivocado que estaba al dejar que Karl Moor se rindiera —era mucho mejor ser un proscrito, escupir al rostro de la sociedad burguesa^[21]—. Ésa era su intención: él, Adonais Brooks, un íntimo de las grandes mentes de su tiempo, ayudando a moldear un canon estético para el drama, la poesía y la especulación filosófica con incandescentes escenas de dolor y sufrimiento, cumbres azotadas por ráfagas de viento y jóvenes atormentados, un canon estético que enterraría de una vez por todas las rebuscadas pavadas que venían proclamando en Inglaterra desde hacía cincuenta años. Brooks sentía que se columpiaba en el umbral de un gran futuro preñado de emociones. Y entonces conoció a Von Pölkler.

—Usted deber venir a la hacienda de Geesthacht —dijo el margrave—. Tomar un descanso durante un tiempo. El alemán guardó en el bolsillo los impertinentes y miró a Brooks en lo profundo de los ojos, como si pudiera escudriñar el interior de su interlocutor más allá del azul mate de sus ojos y de la insinuada sonrisa.

—Yo piensa nosotros tener mucho en común.

A MEDIDA QUE TRANSCURRÍAN LAS SEMANAS, a cual más desesperanzadora y humillante, Fanny perdía el interés en las cosas. Ya nada le importaba. Ni la vida ni el amor ni la comida ni la bebida ni el sexo ni las funciones del cuerpo y de la mente. La única cosa que le interesaba era la botella azul que estaba en la mesilla de noche. El láudano la ayudaba a dormir, le permitía olvidar lo que le había sucedido, dónde estaba y quién era toda aquella gente. El sexo era como una avalancha, sofocada en vino y opio. Fornicaba con Brooks, con Von Pölkler, con la chica de las trenzas, con invitados que tenían caras como remolachas, con un perro. Un enredo de piernas y brazos debatiéndose, el humo ascendiendo al techo. Fanny cogía la botella azul.

Al cabo de tres meses en Geesthacht, supo que estaba embarazada. Algo extraño le estaba sucediendo a su cuerpo. Solo ver el desayuno le hacia vomitar. Le dolía el hígado. Su sangre ya no fluía en secreto de acuerdo con los ciclos lunares. Cogió la botella y la cuchara, pero antes de colocarse sintió una agitación en algún repliegue profundo de su mente, algo celular empezaba a florecer en su interior iluminándola con toda la fuerza de la certidumbre: llevaba en su seno un hijo de Ned. Recordó su última y desesperada noche en Newgate en un relámpago de revelación, evocó a Ned penetrándola frenéticamente, con furia implacable, como si de algún modo pudiera trascender su destino con la urgencia de hacer el amor, mientras ella yacía allí, apesadumbrada, acunándolo en sus brazos, como si fuera un niño extraviado. Fanny miró las piedras de las paredes de su alcoba en Geesthacht. La droga empezaba a actuar en su estómago, en su cabeza. Se recostó en la almohada y sonrió.

Fue un varón, por supuesto. Nacido el 25 de septiembre de 1798. En Geesthacht. Von Pölkler estaba encantado. Se refirió a un sistema de educación que él había ideado, un sistema que sería como un borrón y cuenta nueva con todo lo conocido, moldeando la consciencia de aquel niño, imprimiendo en su espíritu reglas precisas y ordenadas, un sistema que le permitiría alcanzar un alto grado de realización y un estado de trascendental libertad por medio de la rígida aplicación de la educación física y un régimen alimenticio adecuado. Él se encargaría de instruirlo en las dos únicas disciplinas que realmente valían la pena: la filosofía y las artes marciales. Aquel no era un niño cualquiera, y tendría una educación especial. Aquel niño estaba destinado a convertirse en un hombre nuevo, un héroe del siglo venidero, el angloalemán Napoleón. Von Pölkler llamaba al niño Karl. En privado, Fanny le llamaba Ned.

Brooks observaba todo aquello con recelo y repugnancia. Si bien aquel niño podía

ser suyo —a pesar de que Von Pölkler opinaba lo contrario—, lo cierto era que le privaba de la compañía de Fanny, robándole demasiado tiempo con ella. Al principio, por supuesto, la maternidad de Fanny le excitó, sumergiéndolo en la exploración de las diversas vías eróticas que la Madonna y el niño abrían ante él: mantener en equilibrio el gorro del bebé en la punta de su miembro erecto, chupar la leche de los pechos de Fanny, atarla con la correa a la cuna y violarla por el trasero, hacerle el amor a dos doncellas de la aldea en pañales, pero pronto se aburrió de todo eso. Haciendo gluglú, el crío balbuceaba, agitaba el sonajero, todo lo cual resultaba insoportablemente tierno y delicado. Aquello no tenía nada que ver con el estilo de vida de un héroe. Se deprimió. Dejó de escribir. Se le iba el tiempo asistiendo a peleas de gallos o tumbado en la cama con una botella de láudano y fumando el tabaco oriental que le daba el margrave. Se pasaba horas enteras en la bodega de vino de su anfitrión, jugando al billar hasta rasgar el paño. Ojeroso, alicaído, los labios se le hincharon como si lo hubiera picado una abeja, tan increíblemente abotargados que parecía que siempre estuviera haciendo pucheros a causa de alguna injusticia imaginaria. Para colmo desarrolló la manía de tirar de su oreja desaparecida. Una noche, él y Von Pölkler, borrachos hasta apestar, se cortaron mutuamente las mejillas con una navaja de afeitar —por motivos estrictamente cosméticos—. Se vanagloriaban de sus finas cicatrices como si fueran galones.

EN VÍSPERAS DEL TERCER CUMPLEAÑOS del niño, Von Pölkler organizó una gran fiesta: la educación formal del hijo de Fanny empezaría al día siguiente por la mañana. Invitó al alcalde de Hamburgo, a varios dignatarios de la región y aristócratas de menor rango, banqueros y tenderos. La mayoría declinó la invitación, para manifestar de esa forma que desaprobaban el estilo de vida del margrave. Pero los que asistieron lo pasaron bomba bailando y oyendo música de cámara, y disfrutaron de un banquete de cochinitillo asado con salsa de ciruela y *Weinkraut*, cerveza negra casera, botellas de vino y todo lo que a uno se le antojara. El margrave invitó a un grupo de elegidos a bajar a un aposento del sótano que antaño había sido un calabozo pero donde aún estaban todos los artilugios del cautiverio y la tortura. Allí degustaron un excelente champán francés, consumieron opio, se desnudaron y se dejaron llevar por sus impulsos.

Fanny no asistió a la fiesta. Se quedó en la cama, al lado del niño, contando las gotas de láudano. Hacía casi cuatro años que estaba en Geesthacht, cuatro años acumulando soledad, desesperanza y autodesprecio, y todas esas fuerzas combinadas la flagelaban día y noche. Cuatro años que eran su temporada en el infierno. Era una prisionera. Su futuro había sido estrangulado en la horca, su presente era un desierto poblado de ruinas.

Al principio, el niño la había revitalizado sacándola de su neblina. Y les pidió a Brooks y a Von Pölkler que redujeran su consumo de medicina. Sus guardianes

accedieron —ella había alcanzado un cierto grado de autonomía y se quedaba mucho tiempo sola, pero el láudano la dominaba mucho más profundamente de lo que suponía—. Sin eso, sus sueños se convertían en pesadillas. Veía a Ned en una fosa, la mortaja pululando con gusanos e insectos; veía a su hijo, el hijo de una puta, transformándose en una bestia bajo la tutela de Von Pölkler; se veía a sí misma agonizando en el frío cieno del lecho de un río, debajo de la corriente arremolinándose como un cielo borrascoso. Entonces se incorporaba bruscamente en la cama, empapada de sudor, temblando de la cabeza a los pies. Con la garganta seca, sentía que mil roedores le perforaban las entrañas mordiendo y desgarrando. Y alargaba la mano para coger la botellita azul.

Eso era lo único que importaba. Tomaba siete mil gotas diarias, y sus sueños eran mucho más llevaderos. Su hijo también dormía mejor gracias al láudano. Cuando dejó de darle el pecho, el niño vomitaba las comidas y tenía un sueño muy agitado y cólicos. Prau Grunewald, la vieja comadrona que había atendido a Von Pölkler en su infancia, sugirió que echara una o dos gotas en las gachas del niño. Eso funcionó. Y ahora la medicina no solo formaba parte de la vida de Fanny, sino también de la de su hijo. Ella no hubiera querido que fuera así. Se daba cuenta de que el niño empezaba a crecer con un inconveniente, como un lisiado, cargando con una necesidad y un antojo vehemente. Pero a aquellas alturas ¿qué importaba ya eso? Von Pölkler le quitaría a su hijo para adoctrinarlo hasta convertirlo en un extraño para ella. Y ella se sentía demasiado impotente para impedirlo.

Mientras yacía en la cama, obsesionada con estas ideas, con el láudano acariciándole el abdomen con firmes y cálidos dedos, la puerta se abrió y Brooks entró tambaleándose. Estaba ojeroso y tenía la ropa hecha jirones, la cara manchada. Se lanzó a la cama, pero con tanto ímpetu que pasó por encima de ella y cayó de cabeza en la esquina de la alcoba. Soltó algo así como una risita burlona y luego se quedó quieto.

Fanny se bajó cautelosamente de la cama para verlo. No parecía respirar. Le dio la vuelta y pegó la oreja en su pecho. El corazón no latía. Gateó hasta la mesita de noche y tomó una cucharada de medicina para aclarar sus ideas. Poco a poco una idea empezó a abrirse paso en su cabeza, con una mezcla de miedo y de júbilo. Dos horas después, cuando Brooks ya estaba frío y una luz grisácea empezó a filtrarse tenuemente por la ventana, Fanny sacó un puñado de monedas del bolsillo del chaleco del cadáver, vistió al niño y salió al pasillo.

Todo estaba en silencio. El corredor se extendía en la penumbra, las colgaduras ensombrecían las paredes. Bajó de puntillas la escalera y entró en el salón principal, temiendo que Von Pölkler pudiera estar aún por allí, con sus enrojecidos ojos de vicioso, en cuyo caso no la habría dejado escapar, a ella, a la madre de su hijo. Fanny tenía que llegar a Cuxhaven —no, embarcarse en un queche en el mar del Norte—, pero antes tendría que deshacerse de Von Pölkler. Aunque de momento todo marchaba bien: no había moros en la costa.

El salón principal era un caos. Lleno de papeles, muebles destrozados, mesas volcadas, sobras de comida, cascotes de botellas. Se oían ronquidos. En algún rincón había alguien gimoteando. A su izquierda, durmiendo en el suelo y recostado contra la pared, estaba Herr Meinfuss, el caballero. Con un desconocido roncando en su regazo. Un poco más lejos, una oscura sombra yacía completamente yerta en el suelo. Era Bruno, el perro pastor alsaciano de Von Pötkler. El animal estaba destripado, sus tripas salían desparramadas como longanizas podridas. Llevando de la mano a su hijo, Fanny dio un rodeo para sortear el cuerpo del animal, y salió a la gris luz de la mañana.

Su infancia en Hertfordshire le fue muy útil cuando llegó a los establos. Le resultó muy fácil ensillar el caballo más hermoso del margrave —un árabe rucio—, poner al niño a horcajadas en la perilla y salir a toda rienda a campo traviesa hacia Hamburgo. Iba a galope tendido. En Hamburgo le vendió el caballo a un receloso pero aprovechado chalán después de explicarle en su rudimentario alemán que su marido estaba lesionado en Oldemburgo, y que necesitaba más dinero para acudir cuanto antes en su ayuda. El chalán, con una mirada cómplice y una sonrisa pletórica de dientes, le dio la quinta parte del valor del animal y le deseó que su esposo se pusiera bien.

Al anoecer estaba en Cuxhaven. Una embarcación salía para Londres, vía La Haya, al día siguiente a las seis de la mañana. Tras comprar dos botellas de láudano en la botica y un poco de leche y avena molida para su hijo, solo le quedaba el dinero justo para pagar el pasaje. Pasó toda la noche acurrucada en el muelle, asustada ante cualquier sonido, esperando que de un momento a otro Von Pötkler se abalanzara sobre ellos. Finalmente, al amanecer, los pasajeros subieron a bordo, el capitán mandó levar anclas y la goleta empezó a salir de la bahía. Fanny estaba acodada en la borda y veía alejarse la orilla cuando una alta y bigotuda silueta a caballo entró galopando en el muelle, levantando un puño en un gesto de rabia. El revuelo fue tan súbito como violento. Se oyó un disparo, y unas voces extendiéndose por el agua como gritos de almas en pena. Pero en ese preciso instante el viento se levantó inflando las velas como una gran mano enguantada, y la orilla se perdió de vista en la gris estela de las olas.

SI BIEN ESA FUGA CONSTITUYÓ UN TRIUNFO —ese sentimiento de salir airosa de una crisis valiéndose de sus propios recursos—, el espanto de su regreso a la tierra natal casi lo aniquiló. Allí no conocía a nadie, a nadie le importaba si estaba viva o muerta, nadie se preocupaba por saber si había regresado sana y salva a Inglaterra o si se había quedado atrapada para siempre en el exilio. Ned ya no estaba, sus padres cerrarían puertas y ventanas en cuanto vieran aparecer a una perdida, Cook, Bount y los Banks preferirían correr desnudos por las calles antes que volver a verla. Incluso se sentía estafada por el pequeño vuelco patriótico que experimentó su corazón

cuando vislumbró la torre o los chapiteles de la catedral de Saint Paul. El barco alemán atracó en Gravesend, y ella ni siquiera tenía dinero para alquilar el bote de un pescador que la llevara por el río. Tal y como estaban las cosas, tuvo que pedirle al dueño de una carreta de pollos que la transportara gratuitamente. El carro se dirigía al mercado entre traqueteos, caía una fría lluvia, el niño chillaba, los pollos apestaban a escamas y a excremento, el hombre puso una mano en su muslo.

Serpentearon a través de los fétidos tugurios del East End de Londres. El hollín flotaba en el aire. Había niños mendigando en las esquinas, mujeres borrachas tiradas en los callejones. Dos cerdos se atracaban con las menudencias en el arroyo de la calle, un loco vendía biblias invisibles, una mujer con cáncer de garganta proponía beberse un galón de agua y vomitarlo por un penique. La carreta la dejó en Poultry Lane, y Fanny vagabundó por las calles durante horas, sin rumbo, con el hijo a rastras. Solo le quedaban unos pocos e inservibles *pfennigs*, no tenía adónde ir ni nada que comer, y lo que era peor, había consumido las últimas gotas de láudano. Avanzaba lentamente para no gastar mucha energía, tratando de resistir, pero ya empezaba a sentir trastornos estomacales. La lluvia caía como fuego y azufre.

En algún momento de aquella noche, o la siguiente, se encontró en Monmouth Street, arrastrando los pies porfiadamente bajo la lluvia, buscando su medicina, comida, un sitio donde cobijarse, un fuego para calentarse, medicina, medicina, medicina. Hacía horas que el niño gritaba, tironeando de su manga, de su falda, gimoteando, deseoso de acostarse a dormir. Ella sentía que tenía plomo en las piernas y le dolía la espalda como si hubiera estado toda la noche acarreando cubos de leche o batiendo en una mantequera. Experimentó varias arcadas, pero no vomitó nada. Una sed insaciable le quemaba la garganta.

Finalmente se detuvo ante una tienda de ropavejero para revolver en un montón de basura con la esperanza de encontrar algún desperdicio que pudiera mitigar el hambre del niño. Entre trapos, harapos y trozos de cristal, encontró una cabeza de pescado empapada de la que colgaba una pálida burbuja de vejiga e intestino. Sintió náuseas, pero el niño la cogió con fruición. Enseguida se la metió en la boca como si fuera un bollo o una magdalena y ella empezó a chillar. Chillaba en un arrebato de desesperación e histeria alimentado por la convicción de que se había rendido y que jamás volvería a recuperar su integridad, cuando la puerta que estaba a su espalda se abrió y un mortecino chorro de luz se desparramó sobre el empedrado.

—Oiga, oiga, ¿qué es lo que pasa? —chirrió una voz oxidada detrás de ella.

El macizo rótulo de madera crujía colgando de sus herrajes: «Ropavejería de Rose», eso decía, moviéndose con el viento. Ropavejería de Rose. Una anciana estaba en la entrada. Encanecida, con el espinazo petrificado como un cartabón, su mano aferrada a la empuñadura del bastón era un racimo de huesudos nudillos. A Fanny se le atragantó el chillido. El niño estaba sentado en un charco y seguía comiéndose la cabeza de pescado vorazmente.

—Oiga —repitió la vieja—. Pase y caliéntese al fuego. No es gran cosa lo que

puedo ofrecerle, pero siempre será mejor que estar en la calle mojándose.

Una vez dentro, Fanny y el niño se encorvaron ante el fuego, rodeados de oscuras montañas de vestidos usados. La vieja salió de la trastienda arrastrando los pies, con un puñado de carbón y un tazón de sopa para el niño. Mientras el niño comía, la ropavejera se sentó al lado de Fanny dirigiéndole una mirada de complicidad. Fanny temblaba con el baile de San Vito y tenía un doloroso tic en la mejilla. Apenas podía sostener la escudilla de caldo que la vieja trataba de poner en sus manos.

—Pareces un títere temblequeando. ¿Te apetece un poco de ginebra, querida? ¿O es algo más fuerte lo que necesitas?

Fanny agachó la cabeza y pidió láudano, preguntándole a la vieja si por casualidad le sobraba un poco.

—Tengo un trastorno digestivo —añadió, en voz muy baja.

La vieja gesticuló con sus garras para levantarse y fue cansinamente hasta un oscuro rincón donde estuvo revolviendo montones de vestidos sucios durante unos minutos que parecieron horas. Cuando por fin regresó cojeando, con una disnea sibilante, traía una botellita azul en la mano.

—Tintura —leyó en la etiqueta— de opio. ¿Es esto lo que quieres, querida?

La vieja estaba sonriendo. Súbitamente soltó un chillido demencial y primitivo:

—¡Eeeeeeh! —cacareó—. ¡Eeeeeh-eeeeh!

Fanny le arrebató la botella y se la llevó a los labios desesperadamente. Casi al instante sintió un alivio en la garganta. Los roedores dejaron de carcomerle el estómago, el brutal dolor de cabeza empezó a desaparecer hasta extinguirse en un remanso de insensibilidad. Bebió otro sorbo, y otro. Al cabo de un rato yacía tendida de espaldas y mirando al techo que daba vueltas en un acelerado remolino de planetas, satélites y ardientes soles perdidos en la fría vastedad del espacio.

FANNY DESPERTÓ AL AMANECER. Un hombre y una mujer estaban a su lado. El hombre ostentaba una amarillenta verruga de sangre en la punta de la nariz, la mujer apretaba una escoba contra su pecho como si fuera un escudo.

—¿Qué coño está haciendo en mi tienda? —le espetó el hombre. Fanny se levantó, asombrada, y miró a su alrededor buscando al niño. Había desaparecido.

—¡Bueno, habla, pazpuerca! —siseó la mujer. Fanny sintió como si la hubieran arrojado escaleras abajo tras haberla golpeado con un mazo. El pánico percutía sus costillas.

—Yo..., yo..., la anciana...

—¿Qué anciana? —dijo el hombre.

—Esta tía está chiflada —escupió la mujer, acercándose más con la escoba.

—No, no... Ustedes no comprenden. Ella se ha llevado a mi hijo. Aquí mismo, ayer por la noche, ella...

—¡Fuera de aquí! —contestó bruscamente el hombre—. Váyase antes de que

llame a la policía. ¿Me oye? ¡Fuera de aquí!

FANNY VAGÓ POR LAS CALLES durante una semana, y cada noche regresaba a dormir cerca de la tienda que estaba en Monmouth Street. No comía nada. El láudano se había acabado. Tirada en un callejón, detrás de la tienda, boqueaba para respirar, sintiendo punzadas en el estómago, con el corazón desgarrado. Era una puta, una opiómana, una madre sin niño. Toda su belleza, toda su resistencia, toda su inventiva habían terminado en eso. Era el siglo XIX. ¿Qué otra cosa podía hacer una heroína sino encaminarse al río?

Corría el mes de octubre del año 1801..., pero ella apenas tenía noción de eso. Napoleón estaba sosegando a los británicos con la Paz de Amiens, De Quincey tenía dieciséis años y estaba sometido a la estricta disciplina del Colegio de Manchester, Ned Rise trataba de eludir a Osprey mientras la buscaba a ella con una especie de resignación desesperanzada, a ella, a su amor perdido, a Fanny. Sin embargo, Fanny no buscaba a nadie. Su hijo había desaparecido, Ned no era más que un recuerdo. Una noche brumosa se encaramó en el pretil del puente de Blackfriars y se arrojó en la niebla. La tersa y oscura superficie del agua se cerró sobre ella como un telón bajando en el escenario.

¡NÁYADE, CLARO QUE SÍ!

EL RÍO ES UN MURMULLO, una pulsación, un cuerpo soñado, con sus cardúmenes de lisas y sus reflejos fluyendo y refluyendo como la sangre, el tic-tac, tic-tac de un brazo de agua tan persistente como los latidos del corazón. A lo largo de su recorrido la superficie parece romperse en mil dedos, dedos buscando a tientas su dirección, allanando cauces, ciñendo las desgastadas rocas negras tan delgadas que parecen omóplatos cuando la corriente las lava. Mungo se recostó entre las tias y altas hierbas que inundaban la orilla, de cara al sol, dejando apoyada la caña de pescar contra la rama de un árbol que crecía a su lado. Estaba de vacaciones, en Fowlshiels. Los traviesos gritos de sus hijos y el murmullo de la charla de su mujer se derramaban sobre él como un bálsamo. Podía sentir la respiración de la tierra. A su lado, Alexander Anderson hojeaba perezosamente una publicación sobre el tráfico de esclavos en África Occidental mientras bebía una pinta de cerveza negra.

Al cabo de un rato, Mungo se apoyó en un codo y miró a la orilla, donde Ailie estaba metida hasta las rodillas en el frío remolino de agua mientras Thomas y Mungo Jr. jugaban en el lodo y la abuela Park mecía al bebé en la cuna. Ailie le hizo señas, dedicándole una sonrisa y un saludo con la mano, para acto seguido zambullirse, acuchillando la corriente como una flecha. Corría el mes de septiembre del año 1803. Han pasado dos años desde que se mudó a Peebles. Dos años haciendo

los preparativos, que si ahora sí, que si ahora no, para una segunda expedición a África Occidental. Dos años pacificando a Ailie y tratando de rechazar una multitud de objeciones. Dos años dedicado al trabajo más tedioso e ingrato que hubiera podido imaginar, atendiendo a los desagradecidos enfermos gangrenosos del condado de Peebles. Dos años, dos hijos más. Mungo Jr. llegó durante el otoño de 1801, poco después de que se instalaran en Peebles; Elizabeth había nacido la pasada primavera.

Todo muy bien. Niños saludables, una esposa amorosa. Eso era la vida. Pero el ritmo de crecimiento de su familia empezaba a preocuparle. Tres hijos en cuatro años de matrimonio. Mungo trató de imaginarse dentro de veinte años, encanecido, acosado por quince niños clamando por comida y leche y magdalenas, nuevas mudas de ropa, libros de texto, dotes, matrículas de universidad.

—Con tres es suficiente —le había dicho a Ailie. Pero ella se limitó a mirarle con el rabillo del ojo, maliciosa e indecente, fértil como el lodo del Níger.

—Quiero tener un hijo para recordarte cuando te vayas y me dejes —le dijo, sin el menor rastro de jovialidad en su voz, dándole a entender que cada nuevo hijo era otro eslabón en la cadena que le ataba a ella.

Por la noche ella encendió velas al pie de la advenediza estatuilla negra que presidía su mesa de tocador, como un icono. Tras frotarse la abultada barriga, él se metió en la cama. Nada más tocarla, ella ya estaba embarazada otra vez.

—Estoy preocupado, Zander.

Zander levantó la vista del libro, guiñando los ojos.

—La forma en que crece la familia y todo eso. Soy responsable de ellos, quiero darles cuanto necesiten..., pero no me veo regresando a Peebles. Esta semana aquí en Powlshiels ha sido como estar en la gloria comparada con la rutina de allá, la gloria, y ni siquiera puedo disfrutarla a fondo. Tengo la sensación de estar desperdiciando mi vida. Cada vez que subo al caballo para recorrer las colinas y visitar alguna cabaña dejada de la mano de Dios, cada vez que veo a algún anciano agonizando, no puedo dejar de pensar en cuál será mi final. Moriré postrado en una cama. Después de cuarenta años de aburrimiento.

—¿Qué piensa Ailie?

—Tú sabes lo que piensa.

—No quiere saber nada de África.

—De eso no quiere ni oír hablar.

El explorador tiró indolentemente del sedal, luego volvió a contemplar a Ailie. La vio surcar las aguas, nadando de espaldas contra la corriente, con un brazo suspendido en un relámpago de espuma, luego el otro, plateados, luminosos, claros y precisos. Como pez en el agua. Se movía con una gracia, con una fluidez atlética, con tanta belleza que le dejaba sin aliento. Momentáneamente la perdió de vista en un trémulo *crescendo* de reflejos solares, para verla emerger de nuevo en una aureola de luz, transfigurada en algo centelleante que estaba más allá de la carne y de la sangre, algo mítico y eterno. ¿Acaso podría abandonarla alguna vez?

—Bueno —dijo Zander—, quizá existan deberes más importantes que los familiares. Tal vez tú le debas algo a la ciencia y también a la civilización.

Mungo se volvió para mirarlo fijamente a la cara.

—Zander, esta mañana recibí una carta. La trajo un mensajero especial desde Peebles. Muy temprano. Antes de que ella se despertara.

La noticia estremeció a Alexander Anderson como un shock eléctrico. Diez mil voltios. Derribó la cerveza, dejó caer el libro y de un salto se puso a sus pies.

—¿Venía de Londres?

El explorador asintió con la cabeza.

—Del Gobierno. De lord Hobart. Quiere verme inmediatamente para que encabece una expedición que establezca el curso del Níger.

Las últimas palabras fueron dichas deliberadamente en un susurro casi reverencial. Zander estaba observándole, ensimismado, con los ojos desmesuradamente abiertos, moviendo los labios silenciosamente, repitiendo cada una de sus palabras. Súbitamente se iluminó con una sonrisa y empezó a estrecharle la mano con fuerza.

—¡Eso era lo que estábamos esperando..., eso mismo!

—¡Chitón! —Mungo parecía una comadreja con un huevo en la boca—. Aún no lo he hablado con tu hermana...

Ella no quiere ni oír hablar de eso.

—No.

Zander se sentó en cuclillas a su lado, balanceándose sobre los talones. Tenía veintinueve años y parecía que tuviera dieciocho.

—Pero si ella quisiera, podría verlo como un designio divino... Si quisiera, podría. Ella lo entenderá. Yo sé que lo entenderá.

Mungo resopló.

—Me gustaría compartir tu optimismo.

—Habla con ella. Adelante, ve a decírselo... Quizá te sorprendas.

El explorador miró hacia atrás por encima del hombro. Envueltos en una manta, Ailie y Thomas asaban pedazos de carne en una fogata. Su madre pelaba manzanas y mecía al bebé mientras el de dos años chillaba como un bobo, desnudo y corriendo a lo largo de la orilla como si hubiera estado toda una semana encerrado bajo llave en el trastero.

—¿Sabes?, puede que tengas razón —dijo Mungo a su cuñado, levantándose—. Será mejor que le hable del asunto ahora mismo. —Y luego, menos convencido—: Aunque detesto estropearle el día.

Pero antes de que pudiera dar dos pasos, toda su ambición, el asunto de la carta, de África, de Ailie, pasaron súbitamente a un segundo plano, porque en ese instante la caña de pescar empezó a moverse nerviosamente. Muy suave al principio, pero lo bastante convincentemente como para atraer la atención de Zander.

—¡Mungo! —le gritó, y el explorador, cuyas reacciones se habían perfeccionado

en las agrestes regiones africanas, se volvió en redondo para evaluar la situación de un vistazo, percibiendo las piezas del rompecabezas y su solución casi simultáneamente (la cara de Zander, el dedo apuntando, la caña sacudida hacia delante por un violento tirón, ahora resbalando a toda prisa hacia el agua igual que una plomada). Ni corto ni perezoso, se lanzó sobre la huidiza caña de pescar, agarrándola por los pelos. Se arrodilló, tambaleándose, luchando con la vara que se doblaba en sus manos, la cuerda dando tirones como latigazos, un destello plateado en las profundidades, inmerso en la pulsación del río.

—¡Ha cogido uno! —gritó Zander—, ¡ha cogido un salmón!

Y ahora Ailie y los niños corrían hacia él, con las caras encendidas por la excitación como si hubieran recibido el primer soplo helado del invierno.

Mungo luchaba con el pez con todas sus fuerzas, con todo su ser concentrado en esa cosa cuya energía recorría las yemas de sus dedos y su panza poniéndolo en contacto con los escondrijos más profundos de la poza. Podía sentir cada guijarro, podía leer en aquella vibración toda la historia del río, ígneos pilares empujados, la uniforme masa de los glaciares restregándolos, la implacable bofetada del río, corriente sin fin, arrastrándose hasta el mar y ascendiendo de nuevo a las nubes. Implacable, decidido, tiró de aquel misterio con cada nervio, con cada fibra de su cuerpo, con cada gota de sangre y cada kilo de carne, tiró y siguió tirando de la cuerda.

Pero el río tiraba de él, cada vez con más fuerza, hasta arrastrarlo.

SIDI AMBAK BUBI

MUNGO REGRESÓ DE LONDRES la víspera de Navidad, con los flecos de una bufanda de tartán asomando por debajo del sombrero de copa y un pequeño extranjero de color a su lado. Si bien nadie prestaba demasiada atención al explorador (lo conocido no se estima), el extranjero era harina de otro costal. Nadie en el condado de Peebles sabía exactamente qué pensar de él. A primera vista parecía bastante ordinario —botas de montar, pantalones de lana, gabán, corbata—, pero al examinarlo de cerca, la buena gente de Peebles se encontraba frente a una serie de anomalías. Por una parte, estaba la cuestión de la tez del forastero, cuyo color de piel parecía estar a mitad de camino entre la terrosa mierda de las aves de corral y el amarillo caseoso de cabra. Por otra, estaba la cuestión de su sombrero, pues no era del todo un sombrero, sino una larga faja de tela enroscada en la cabeza. Eso sin mencionar las escarificaciones rituales en las mejillas, la barba que le llegaba a la cintura y el aro de oro perforando su labio de manera desvergonzadamente bárbara. En resumen, considerando que nada había cambiado en Peebles durante los últimos ochocientos años, la súbita aparición de aquel extranjero resultó tan extraordinaria como el nacimiento de un pato con dos cabezas o el descubrimiento de un nuevo cometa en el cielo nocturno.

Mungo y su oscuro compañero llegaron a caballo cuando se ponía el sol, y

mientras hablaban iban dejando un rastro de nubecitas flotando en el aire frío. Los habitantes de Peebles —retraídos, reservados, medio dormidos— estaban acurrucados entre sus chimeneas cuando el ruido de los cascos empezó a acercarse a sus ventanas. Todos estaban pendientes del poderoso aroma de los nabos y las patatas, de la carne de ternera y la sopa de puerros. Y con todo eso, casi todos se pegaban a los cristales de las ventanas o salían a la calle antes de que el explorador pasara por delante de sus casas. En manga corta, en delantal, en pantuflas, algunos incluso descalzos, todos salían a mirar aquel prodigio, aquel engendro de la naturaleza, esa especie de hablante y ambulante aparición que no podían aceptar, ni tampoco pasar por alto.

—¿Usted ha visto lo mismo que yo? —le dijo Angus M’Corkle a su vecina, la señora Crimpie.

—Sí —dijo la otra sacudiendo ligeramente la cabeza como si quisiera destaponarse los oídos—, y que me maten si ese no es uno de los Reyes Magos que ha venido para la Epifanía.

—No, no. Está claro que se trata del judío errante..., o quizá es un chino mongol.

—Es Alí Babá —dijo Festus Saillie con su rígida mandíbula de juez—. Alí Babá en persona.

SIDI AMBAK BUBI no es ni judío ni mongol. Ni es un monstruo de la naturaleza ni un prodigio ni ningún personaje del folclore árabe. Es, simplemente, un moro: humilde, sin pretensiones, acaso un poco más fervoroso de la cuenta. Un moro de Mogadiscio, bien relacionado y educado, que en principio había viajado a Londres para servir como intérprete de Elphi Bey, el embajador de El Cairo. Pero cuando Elphi Bey falleció súbitamente de resultas de un atracón de carne de carnero que lo puso cianótico, Sidi se quedó sin trabajo. Pasarían meses antes de que en El Cairo tuvieran noticias de la muerte del embajador y se tramitara la designación de un suplente. Sidi empezó a preocuparse. Fue entonces cuando sir Joseph Banks tomó cartas en el asunto. ¿Sería el señor Bubi tan amable de ir al número 32 de Soho Square? Sir Joseph tenía una proposición que hacerle.

Cuando Sidi entró en la biblioteca de sir Joseph, se encontró ante dos ingleses: uno ya mayor y fornido, con una estructura mandibular que sugería un bulldog; y el otro, joven, rubio y musculoso. El de mayor edad, tan distinguido y majestuoso como un buque de línea, resultó ser sir Joseph Banks. Saludó a Sidi extendiéndole la mano, ofreciéndole una silla y una copa de burdeos (cosa que Sidi, devoto musulmán, rechazó cortésmente). Y luego se volvió para presentarle a su acompañante, Mungo Park.

Al oír el nombre del explorador, Sidi se ruborizó de la cabeza a los pies, incluyendo el anillo que colgaba de su labio; se levantó torpemente y se tendió en el suelo a sus pies.

—¡Oh, señor Park, señor, qué gran honor, yo admiro mucho sus escritos —cantó con el agudo zumbido nasal de un almuédano convocando a la plegaria— y aplaudo sus esfuerzos para abrir nuestro pobre y atrasado país a la civilizada influencia de los ingleses, lo juro, lo juro!

Mungo y sir Joseph trataron de convencer al moro para que se levantara y se comportara debidamente, pero evidentemente el visitante aún no había terminado de decirlo todo. Durante un minuto siguió allí prosternado, enterrando la nariz en la alfombra, antes de proseguir con tono vacilante:

—¡Pero, oh, señor Park, señor —musitó—, no sabe cuánto deploro el proceder tan vergonzosamente infame de mis correligionarios en Ludamar! Lo que le hicieron es imperdonable. ¡No son más que unos pobres perros!

Satisfecho de haber solventado aquel asunto, el moro retrocedió a gatas hasta su asiento y se sentó en el borde de la silla, apartando la vista, mientras sir Joseph exponía a grandes rasgos su proposición.

El señor Park, explicó sir Joseph, estaba en Londres por segunda vez en muchos meses con el propósito de organizar una expedición a la cuenca del Níger. La expedición saldría al cabo de seis semanas, a menos que a última hora se presentara algún imponderable. El Gobierno del señor Addington había caído, y el ministro de Colonias, lord Hobart, había sido reemplazado por lord Camden. El nuevo ministro había informado a sir Joseph de que probablemente el Gobierno no podría disponer lo necesario para la expedición antes de septiembre del próximo año.

Malhumorado, Mungo bebía a sorbos su vino a lo largo de toda esa explicación. Estaba decepcionado, desalentado, disgustado. Durante el otoño, a raíz de aquella idílica tarde en el Yarrow, tuvo que pasarse dos infernales días con sus noches prometiéndole a Ailie que no tenía intención de abandonarla. Ella se aferró a él chillando como una posesa, amenazando con ahogarse, con incendiar la casa, con estrangular a los niños mientras dormían. ¡Ah, no, de ninguna manera, él no volvería a abandonarla...! ¡Ella no lo permitiría! Antes se envenenaría. Bajo esta presión, Mungo se dio por vencido.

—Muy bien —le dijo—. Iré a Londres para decirle a Hobart que busque a otro hombre.

Ella le besó las manos. Hicieron el amor como recién casados.

Él le había mentado. Para ganar tiempo. En Londres, lo que le dijo a Hobart fue:

—Yo soy su hombre. Dadme los suministros y los hombres necesarios y os trazaré el mapa del Níger, de principio a fin.

Hobart dijo que necesitaría dos meses para hacer los trámites, y el explorador regresó a Peebles, con los nervios de punta, impaciente, tan atormentado por el sentimiento de culpabilidad como un monaguillo que ha metido la mano en el cepillo.

—¿Se lo dijiste? —le preguntó Ailie.

Mungo apartó la vista.

—Sí, pero..., pero me pidió que fuera el asesor técnico en la nueva expedición

que encabezará un..., un joven galés que sir Joseph ha sacado a la luz.

Eso fue en octubre. En diciembre recibió otra citación de Hobart y el explorador tomó el primer coche para Londres. Entró en el Ministerio de Colonias preparado para liar los bártulos inmediatamente, ya redactando mentalmente el borrador de una carta para Ailie: «Querida Ailie, te amo y adoro a los niños, pero el deber para con mi país y mi Dios está por encima de todo, incluso por encima del sagrado deber para con mi familia. África me espera, la mayor aventura de todos los tiempos, y yo soy el único hombre que...»; la cara de Hobart fue un jarro de agua fría.

—Me temo que tenemos malas noticias, señor Park —dijo el ministro.

—¿Señor?

—Hemos dimitido.

Mungo miró alelado a su interlocutor.

—¿Que han dimitido?

—Addington ha renunciado.

Así las cosas, ahora estaba sentado en el estudio de sir Joseph, mirando tristemente por la ventana, cuando ya tendría que estar navegando rumbo a Gorée. Nueve meses más de espera. Era como si estuviera condenado a desperdiciar su talento en Peebles eternamente, un trabajo excesivo, mal remunerado, de matasanos en la zona fronteriza. Lord Hobart, lord Camden, Addington, Pitt..., ¿cuál era la diferencia? Lo único que recibía eran excusas.

—De modo que —seguía diciendo sir Joseph— en condiciones de ofrecerle treinta libras esterlinas si usted acompaña al señor Park a Peebles para enseñarle árabe como parte de su preparación para la próxima expedición.

El moro miró a su alrededor como si acabaran de abofetearle.

—¿Treinta libras esterlinas? —repitió incrédulo—. ¿Usted me dará eso a mí?

Sir Joseph asintió, y Sidi se lanzó de cabeza en la alfombra.

—*Ya galbi galbi!* —cantó—. *An'am Alá 'alaik!*

AILIE ESTÁ EN LA COCINA, preparando una empanada de cangrejo mientras en la olla se hierven las orejas, el morro, la careta, los sesos, los pies y las manitas de un cerdo recién sacrificado, cuando de pronto le llama la atención un ruido procedente del jardín trasero. Hace ya cosa de un par de minutos que viene oyéndolo, esa especie de sordo golpeteo, pero estaba tan absorta en su trabajo que no le dio importancia. Ahí está de nuevo. Viscoso y amortiguado, como la crepitación de un leño rajándose a lo lejos o alguien acercándose a caballo y dando la vuelta por detrás de la casa. Entonces lo comprende todo: ¡Mungo! Al instante sale a la puerta, con el delantal blanco de harina. El sol se derretía lánguidamente como mantequilla sobre el establo. Su esposo, las crines de los caballos y un aterido y oscuro extranjero mirándola con sus ojos brillantes llenos de puntitos rojos. «¿Quién será?», se pregunta Ailie con un vago malestar instalándose en el estómago, pero entonces cae en brazos de Mungo y

ya nada importa.

Una vez dentro de la casa, Mungo y su huésped se sientan frente a la chimenea, extendiendo las manos hacia el fuego, mientras Ailie pone a hervir la tetera y vuelve a su empanada. Mungo le había presentado superficialmente al pequeño hombre afuera, en la puerta del establo, Seedy o algo así, ella no entendió bien su nombre^[22]. Mientras tanto, la conversación gira en torno a naderías que pasan volando como una ventisca de nieve. Mungo le pregunta por los niños, qué tiempo ha hecho, si tiene suficiente leña cortada, si acaso ha atrapado un resfriado..., y tras deshacerse en alabanzas hablando de la salud de sir Joseph, se refiere a los rigores del viaje, al nuevo Gobierno, a Dickson, a Effie y a Edwards. Pero aún no ha explicado a qué se debe la presencia de Seedy. Ella supone que el pequeño hombre es un africano, a juzgar por el trapo enroscado en la cabeza y las cuchilladas que surcan sus oscuras mejillas y la frente. ¿Será un moro? ¿Un mandinga? ¿Y para qué lo ha traído aquí Mungo?... A no ser que...

—¿Así que —dice ella, amasando con saña— usted ha venido de visita a Peebles..., señor Seedy?

El moro la mira, como si le sorprendiera oír su nombre dicho en voz alta por semejante persona y en semejante lugar. El forastero está tan cerca del fuego que ella teme que vaya a quemarse de un momento a otro.

—Oh, sí, sí, señora, yo visitando Peebles.

La mirada del extranjero le recuerda a ella a los ojos de Douce Davie cuando alguien sacaba un pernil de puerco del aparador.

Mungo suspira, y se levanta.

—¡Qué bien huele eso! —exclama—. ¿Qué estás preparando..., carne en gelatina?

—Para la noche de Navidad —dice ella.

—¿No vas a hacer ganso?

Ella está convencida de que él está tratando de distraerla, que hay algo sobre ese Seedy que él no quiere que ella sepa.

—¿Ganso? Claro que sí —dice impaciente—, también lo comeremos. Pero me gustaría saber una cosa —pregunta volviéndose al moro—, ¿pasará las vacaciones de Navidad con nosotros, señor Seedy?

El moro la mira perplejo.

—¿Holandesa^[23]?

En voz baja, rápido como un disparo, Mungo le dice algo a su invitado en una lengua extraña. ¿Árabe? Sidi sonrío.

—Yo soy un moro, querida señora.

Eso no le dice nada a ella. Ailie se vuelve a su marido, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Se quedará con nosotros, sí o no?

Pero antes de que Mungo pueda responder, de un salto el moro se pone en pie,

como si se tratara de un previo acuerdo.

—Oh, sí, amable señora, señora Park —zumbó, precipitándose hacia ella y postrándose a sus pies—. Con su permiso, yo estaré dos o tres meses aquí.

Ailie se echó atrás como si la hubieran quemado:

—¿Dos o tres...?

—Aili-i-ie —dijo Mungo, desaprobándola en voz baja.

—Buena señora, buena señora —seguía cantando Sidi, persiguiéndola a gatas mientras trataba de besarle el borde del vestido. Súbitamente alzó los ojos hacia ella y ladró: «Yo profesor, yo profesor», con el regocijo de un lexicógrafo que hubiera estado buscando esa palabra todo un mes.

—Ha venido para enseñarme árabe, cariño.

—¿Árabe? ¿Y eso para qué? —Pero ella ya conoce la respuesta, y con la cara larga, la mandíbula poniéndose rígida, añade—: ¿Tú no estarás pensando...?

Mungo la miró como un reo en el banquillo de los acusados:

—Yo..., er..., yo pensaba decírtelo..., ehh..., lo que sir Joseph... —tartamudeó salvándose por los pelos porque en ese preciso instante Mungo Jr. asomó la cabeza por la puerta de la cocina que daba al pasillo, seguido de cerca por Thomas. Tras un momento de vacilación, los niños irrumpieron en la habitación, abrazándose a las piernas de su padre, haciendo vibrar las ventanas con sus estridentes voces infantiles en un estallido de candorosa, radiante y arrolladora alegría.

PADRES E HIJOS

EL CAMINO HASTA HERTFORDSHIRE fue largo. Un camino que no solo pasaba por Enfield, diversos almiares y chabolas habitadas por decrepitas arpías, sino también por la cárcel del condado y la ergástula de viejos barcos arrumbados. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Retrocedamos un paso y recordemos aquel invierno del año 1802, tempestuoso y glacial, y aquellas dos andrajosas siluetas que tiritando de frío se dirigían a Hertfordshire, temerosas, muertas de hambre y sin un penique, obligadas a huir de la ciudad por la tenaz persecución de Claude Messenger Osprey hijo.

Desconsolados, los dos amigos ya no estaban seguros de haber hecho la elección correcta; entumecidos, se preguntaban si morir congelados era realmente mejor que colgar en la horca. Ned apenas podía mover los pies, de tan pavoroso que era el frío. Quería echarse en la cuneta, subirse el gabán hasta las orejas y soñar con humeantes calderas y escudillas de caldo caliente. En cuanto a Boyles, pobre borrachín de cabeza chata, estaba aún peor. Ya llevaba un rato largo sumido en una especie de trance, dando tumbos como un autómatas ebrio, cayéndose de cabeza en los arbustos, desplomándose en el camino y abrazando la endurecida tierra como si fuera un colchón de plumas. Cada vez que daba un traspie, Ned tenía que volver sobre sus pasos para exhortarlo a que se levantara y siguiera andando.

—Vamos, Billy, levántate ahora mismo. Si te quedas ahí tirada, dentro de una hora estarás muerto.

—Vale.

—¡Hala, de pie! —Y tiraba de sus enflaquecidos hombros como si fueran arcos—. Pediremos cobijo en la próxima cabaña que encontremos. En ese momento, oyeron un ruido de cascos y ruedas acercándose en medio de la penumbra del amanecer.

—¡Ojo! —exclamó una voz aniñada, seguida por el chirriar de unas ruedas frenando y la voz más grave de un hombre.

—¡So, so!

La escasa luz reveló la forma de un carromato, cuyas ruedas patinaron hasta detenerse a una pulgada y media de la cabeza achatada de Boyles. El hombre sentado en el pescante tenía la cara llena de baches. Un encallecido granjero que rondaba los cuarenta años, con manos como bloques de granito y una suave chispa en sus ojos de miembro del Ejército de Salvación.

—Eh, hermanos, ¿qué está pasando aquí? —exclamó mientras miraba con los ojos entornados la inerte silueta de Boyles. Ned adoptó su mejor mirada de perro extraviado y le dijo que iban camino de Hertford, pero que estaban pasando una mala racha. Si no encontraban un techo, morirían de frío antes de que cayera la noche.

El granjero hizo una pausa para rellenar la cazoleta de su pipa, y de pronto el primer largo rayo de sol le iluminó la cara.

—No puedo tolerarlo —gruñó, fumando y expulsando el humo por la comisura de la boca—. Suban a la carreta y pónganse cómodos bajo la manta, junto con mis hijos.

Dos pares de redondos ojos negros miraban desde las sombras por encima del hombro del granjero.

—Nahum y Joseph —dijo el estanciero mientras los niños le hacían un sitio a Ned y a Boyles en la cama de la parte trasera del carromato.

Boyles tenía los ojos vidriosos a fuerza de no dormir y del alcohol. Tropezó dos veces, pero se las apañó para trepar arañando a la cama de la carreta con ayuda de Ned.

—Ahí —susurró el mayor de los niños, que tendría unos seis o siete años, y enseguida Ned y Boyles estaban anidados debajo de una manta de piel que debía de pesar cuarenta kilos, bebiendo un jarro de sidra tibia y acercando los pies a una rejuela aún más caliente.

—Solo llego hasta Enfield —dijo el granjero por encima del hombro cuando la carreta se puso en marcha—. ¡Bienvenidos!

UN LORD DE LONDRES —tan lejano como privilegiado nato, con peluca y cubierto de seda, miembro de la Cámara, caballero de la Orden de la Jarretera y parásito habitual

en la casa de juego de White— era el propietario de los jardines meticulosamente ordenados, las hileras de negros árboles deshojados y los cultivados campos donde estaba la cabaña de solo cuatro paredes de Nahum Pribble. Nahum no era más que un arrendatario. Tenía dos cabras, un cerdo, una docena de gallinas y un buey. Su mujer había fallecido. Una noche cayó en la cama murmurando algo sobre un hombre muy gordo que estaba sentado en su pecho. Al día siguiente la almohada amaneció manchada de sangre. Nahum la enterró detrás de la cabaña, pero el capataz lo obligó a desenterrarla y a comprarle una parcela en el cementerio de la parroquia. Desde entonces, Nahum había criado a los niños él solo.

—Debe de ser muy duro —dijo Ned con un vaso de vino caliente entre las manos. Las ventanas estaban oscuras. Boyles roncaba frente a la chimenea, entre dos perros. Los niños ya dormían.

—¿Duro? Eso debió de pensar Jesús cuando lo clavaron a la cruz y le hirieron el costado con una lanza.

Nahum estaba ante un barreño, fregando con sus manazas los platos de madera. La lumbre reveló sus facciones limpias, de arrugas suavizadas, una cara tan alisada e intemporal como un retrato colgado en un museo a oscuras.

—Quiero decir que es muy duro criar a los hijos sin una mujer al lado.

El granjero se volvió para mirarlo a la cara.

—Hay un padre en el cielo que cuida de Nahum Pribble, y Nahum Pribble le da humildemente las gracias por haberlo bendecido como padre en la tierra para velar por sus dos niños.

Ned miró la cama y vio las dos formas en la oscuridad, debajo del cobertor que subía y bajaba lenta y pacíficamente.

—Eso es todo lo que tengo en esta vida —dijo el granjero, en voz tan queda que Ned apenas pudo oírlo a través de la crepitación de la leña ardiendo.

AL DÍA SIGUIENTE POR LA MAÑANA volvieron a ponerse en camino, provistos de pan y queso, un puñado de manzanas y un jarro de cerveza. A pesar del cielo amenazador, del fuerte viento y de la temperatura de entre siete y diez grados bajo cero, Ned se sentía optimista. La hospitalidad del campesino le había conmovido haciéndole sentir, por primera vez en muchos años, que el universo no era enteramente malvado, que la compasión no siempre se maleaba, que la esperanza estaba en los naipes aunque la suerte de la baraja nos fuera adversa. De pronto se descubrió silbando —un aire para clarinete que Barrenboyne le había enseñado— mientras avanzaba despacio por el camino lleno de baches como un terrateniente dando un paseo.

Aunque Hertford estaba a menos de quince kilómetros, Boyles se excitó tanto con la cerveza que convenció a Ned para hacer un alto y tomar un trago antes de pasar el primer mojón. Ned se las arregló para improvisar un fuego al abrigo de una cerca de piedra, y organizaron una merienda campestre: pan tostado con queso, manzanas

asadas y grandes sorbos de cerveza. El resto de la jornada fue bastante desolador, andando penosamente y en silencio contra el viento, sin ver un alma ni una cabaña a la redonda. Al anochecer llegaron a las inmediaciones de Hertford, donde fueron rechazados en las tres primeras cabañas a las que se acercaron. Era pedirle demasiado a la compasión humana.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Neddy? —tartamudeó Boyles, doblándose del frío, con la cara amoratada. El viento estremecía los árboles con un crujido de huesos entrechocando.

Ned se calentaba las manos con el aliento, frotándose los brazos, bailando.

—Llamar a la puerta de la próxima casa —dijo soltando una bocanada de humo— y pedirles que nos dejen acercarnos a la lumbre aunque sea un minuto y que luego nos muestren el camino que conduce a la casa de los Brunch.

La siguiente casa a la que llegaron estaba algo apartada del camino, en una arboleda de arces y tejos. Tiritando, se abrieron paso entre las espinas y las ortigas, pasando por encima de árboles talados y cruzando un fétido arroyo lodoso. Una delgada espiral de humo que salía de una chimenea los guiaba mientras sentían los primeros alfilerazos de la desesperación en los dedos de las manos y de los pies. Pero cuando llegaron a la casa, se pararon en seco. Aquello era una covacha, conectada por medio de un desmoronado pasadizo que hacía las veces de cordón umbilical con una covachuela que estaba detrás. Parecía el túmulo de un druida, o un reestructurado corral de ovejas de los tiempos de Guillermo el Conquistador. La casucha no tenía ventanas, en las paredes faltaban piedras que dejaban huecos aquí y allá, como en una mandíbula medio desdentada, el techo de paja estaba cubierto de malas hierbas, musgo, zarzas y pimpollos de cuatro o cinco pies de alto.

—No vale la pena que perdamos el tiempo —suspiró Boyles—. Hace más de cien años que aquí no vive nadie.

Pero allí estaba, incontrovertible, la débil y permanente hebra de humo deshilachándose en la chimenea.

Preparado para suplicar, Ned se arrodilló en la congelada costra de inmundicias y golpeó ligeramente la puerta, ya con un triste cuento de pobreza y desgracia a flor de labios, la historia de cómo él y Boyles, durante el funeral de su padre en Cambridge —un hombre rico, mercader de porcelana, con una fortuna de casi doscientas mil libras al morir— fueron atacados por salteadores, despojados de sus pertenencias y forzados a punta de pistola a cambiar sus ropas con las de los desalmados canallas, el cuento chino de cómo desde entonces estaban vagando, sin blanca, casi muertos de frío y de hambre, pero decididos a abrirse paso hasta esa distante sede del conocimiento donde una inmensa y deslumbrante fortuna les aguardaba...

Mientras ese cuento colara, no necesitaban inventarse más discursos. La puerta se abrió bruscamente al primer golpe de nudillos, y antes de que él pudiera pronunciar una sola palabra, un salvaje chillido cauterizó el aire y una bruja arrugada dijo:

—¡Eeeeh-eeeh! ¡Conque viajando! ¿Eh? ¿Qué tal va todo? ¿Mucho frío y

mucha hambre? Robando en la calle, ¿no? Bienvenidos al caliente hogar de Madre, vamos, entrad, no os asustéis.

La vieja padecía una progresiva deformidad en la columna vertebral, las sarmentosas manos se deformaban en garras, y sus ojos penetrantes eran como zarpas en una cara estragada cuya edad se perdía en la noche de los tiempos.

Boyles casi la derribó en su precipitación por acercarse al fuego, pero Ned vacilaba, alarmado, hasta que ella alargó una marchita garra y tiró de él obligándole a entrar.

Por dentro aquello era una cueva. Paredes de piedra, suelo de tierra, una oscuridad solo suavizada por el pobre resplandor que salía de la chimenea. Ned casi tropezó con un bulto extendido en el suelo, y su corazón empezó a palpar como el de un animalillo enjaulado; algo iba mal, pero que muy mal, pensaba mientras una voz interior le susurraba: «Cuidado, cuidado». Retrocedió dando un salto y el bulto soltó un bufido, levantándose de la mugre y materializándose en una puerca de orejas gachas y aleteantes.

—¡Oye, tú! —chilló la vieja, con una voz tan cascada y demencial como un violín torturado—, ven a calentarte los huesos. ¡Eeeeeh-eeeeh! —De pronto la bruja empezó a revolotear alrededor de Boyles—. Eh, tú, cabeza achatada... ¿Te apetece un sorbo de ginebra, eh? ¿Eh?

No necesitó decírselo dos veces. Boyles ya estaba bebiendo del jarro antes de que ella pudiera bajarlo del estante, besuqueándolo ruidosamente y jadeando, diciendo gilipolleces sobre el elixir de los dioses, estirando sus larguiruchas piernas hacia el fuego, con la cara roja como la de un hostelero.

—¿Y tú, imberbe, no quieres un lingotazo?

Ned estaba apoyado contra la chimenea, tenso como un gato, preparándose para descubrir de un momento a otro una hilera de niños asesinados colgando del techo o alguna cosa asquerosa y viscosa desenroscándose en la sombra. La cerda sacudió las orejas y se tumbó en un rincón no sin antes dedicarle una larga y lenta mirada de total desdén. El tufo caliente del animal le saturó las fosas nasales. Un hedor de putrefacción y excremento impregnaba la estancia, un vaho de cosa vivida arraigándose y empozándose en cada lino de los pequeños y odiosos acontecimientos del cuerpo.

—No —respondió, frotándose las manos—. No, realmente ya nos íbamos... Solo paramos para preguntar cuál es el camino que lleva a la finca del terrateniente Trelawney...

—¡Ah! —resopló la vieja—, ¿sois amigos del terrateniente, verdad?

Ned cometió el error de decir que sí con la cabeza.

—¡Eeeeeh-eeeeeh! —maulló la bruja—. ¡Eso sí que es un buen chiste, qué demonio! Porque yo pensaba que ustedes eran gentes de poca monta, rufianes, vagabundos, gandules, eso pensé... Pero si son amigos del terrateniente, eso es otra cosa, sí, señor —cacareó—, es otra cosa muy distinta.

Y entonces formó bocina con las manos y gritó a través del pasadizo con una voz tan áspera y emponzoñada como un plato de hongos venenosos:

—¡Niño! ¡Eh, niño! Mueve tu perezoso culo y ven a saludar a estos nobles caballeros que tanto nos honran con su visita.

—Realmente, nosotros solo... —balbuceó Ned.

—Claro que tengo que sentirme honrada —chilló la vieja, arañando la tierra en una obscena parodia de reverencia—. Que te sientes en mi humilde choza y nos concedas a los palurdos campesinos un minuto de tu precioso tiempo. —Empujó hacia él un taburete y volvió a gritar impacientemente en dirección al oscuro pasadizo —; ¡Niñooooo!

Hubo un movimiento al fondo de la habitación, furtivo y tímido. La silueta de un niño emergió de aquel pasadizo que en forma de rictus que parecía conducir a una especie de corral de ovejas. Un niño de cuatro o cinco años, cuyo rostro era una débil mancha blanca en la oscuridad. Allí estaba, indeciso, agachando la cabeza.

—Bueno, tú, tonto de capirote, basta de remolonear en la sombra y ven aquí con tu vieja madre... ¿O acaso no sabes hablar inglés como Dios manda?

La vieja, alerta y vigilante, se había plantado en el centro de la estancia, tomándole el pulso a la situación, sobreactuando ante sus espectadores igual que una actriz delirante en su papel más siniestro. «¿Y ahora qué?», se preguntaba Ned cuando súbitamente ella dio una vuelta alrededor de él, mirándolo maliciosamente, moviendo sin cesar las propectas encías.

—Ese niño tiene un poco de mala leche, ¿no te parece? Un niño cambiado por otro al nacer, eso es diabólico. Cualquiera diría que tiene miedo hasta de su queridísima madre, a juzgar por la manera en que se comporta.

La cara de Ned permanecía impenetrable como una tumba. Allí había algo que le era familiar, algo aciago, algo que no quería ni averiguar. Y no obstante, como si estuviera hipnotizado, compelido a pesar suyo, asistía al sombrío e inescrutable drama que se revelaba con su propia e impetuosa lógica. La bruja avanzó retorciéndose y agarró al niño apretándolo contra su pecho como una graja, cuyo graznido de triunfo sonó igual que una navaja arañando un cristal. Ned la vio deslizarse su sarmentosa mano bajo el mentón del niño y retorcerle la cara hacia la luz mientras sonreía maliciosamente.

Cuando la lumbre de la chimenea bañó las facciones cansadas del niño, iluminando los pringosos mechones de pelo y la cara tiznada, las llagas en la barbilla y la sensata y paciente mirada de un animal en cautiverio, Ned sintió crecer el pánico en su interior. Sin poder evitarlo, miró fijamente al niño como hubiera podido contemplar una estatua sangrante o su propio epitafio grabado en una lápida sepulcral, lo miró como nunca antes había mirado. Boyles dejó de contemplar el fuego para mirarlo boquiabierto. Lo único que se oía en la estancia era el feroz hipido de la bruja, como una disnea cercenada. Y entonces Ned se levantó de la silla, yendo a tientas como un ciego, moviendo la boca sin articular palabra, conmovido y

confuso. Se estaba viendo a sí mismo. Debajo de la impúdica y desafiante mirada de la tarasca, estaba viendo sus propios ojos, los ojos de cuando él era mucho más joven, víctima de una tutela despótica, un harapiento huérfano vagando por las calles. Estaba alucinando, agonizando, volviéndose loco.

El chillido de la bruja rompió el hechizo.

—¿Qué te parece, es guapo o feo? —cloqueó—. Aunque de vez en cuando tengo que zurrarlo, ¿verdad, niño? ¿Eh? —Y como demostración, le dio la vuelta y de un diestro zarpazo le arañó una oreja—. Y ahora regresa a tu jaula, bestezuela inmunda —escupió la bruja, y el niño desapareció en el pasadizo igual que un espejismo.

Aquello era imposible. «Ten cuidado...», gritaba una voz en la cabeza de Ned.

—Yo... —empezó a decir, pero de nuevo sintió el nudo corredizo en la garganta, vio los ojos rasgados del verdugo como extrañas joyas brillando en las ranuras de su capuchón, y sin más ni más cogió a Boyles por el brazo.

—Levántate, Billy, levántate.

Boyles hacía rato que estaba de nuevo concentrado en su jarro de cerveza, sacudiéndolo de vez en cuando y acercándose al oído como un relojero examinando un reloj defectuoso. Acababa de dejar el jarro a un lado y ya se disponía a atizar el fuego, feliz como el día en que nació.

—¿Qué? —boqueó, con un indicio de temblor en la voz.

—¡Eeeeh-eeeh! —soltó la vieja como en un lamento fúnebre.

De un tirón, Ned levantó a Boyles.

—Olvídate de la cerveza, Billy... ¡Tenemos que irnos ahora, ahora mismo! —le gritó, como si Boyles fuera retrasado mental o más sordo que una tapia.

—¡Auuuuh! —graznó la arpía, hurgándose una oreja—. ¿Tan pronto? ¡Pero si acaban de llegar! ¡Madre no ha tenido tiempo de sacar las sábanas, ni siquiera le han dado tiempo para bruñir la vajilla de plata, eeeeeeh!

—Yo quiero quedarme aquí, Neddy —gimió Boyles entre afligido y confuso, pero su compañero ya estaba empujándolo hacia la puerta agarrándolo con todas sus fuerzas, aferrándolo con la implacable urgencia de unos garfios.

Ned titubeó en la puerta, y preguntó flotando en una ola de adrenalina:

—Oiga, vieja —tartamudeó—, ¿por dónde se llega a la granja de los Brunch?

Más que una sonrisa, fue una mueca lo que se dibujó en los labios de la bruja.

—¿La granja de los Brunch? Si mal no recuerdo, ustedes eran amigos del terrateniente, ¿no? —El comentario irónico se le atragantó y empezó a resollar con una tos seca como una yegua exhausta, pero Ned ya había salido, con sentimientos encontrados de terror, rabia y confusión, luchando con las zarzas y arrastrando a Boyles por el codo.

—Medio kilómetro..., camino arriba, imber..., imberbe... —chirrió la vieja a sus espaldas—. En la bifurcación. Solo tienes que saltar la cerca y seguir a campo traviesa. Allí encontrarás una cabaña de piedra con un destartado granero... detrás. ¿Me oyes?

Ned ya estaba corriendo, lleno de pánico. Cada sílaba de la vieja era una inyección de fuego y azufre y cáusticas sales de perdición. Corría como alma que lleva el diablo, martirizado por la voz de la conciencia, olvidándose de Boyles y dejándole atrás, apartando con los brazos los juncos muertos y las ramas que colgaban de los árboles como si fueran olas y él un nadador dirigiéndose a la orilla, corriendo por la fría e impracticable senda para llegar al santuario de la granja de los Brunch como si fuera un filicida cogido con las manos en la masa.

UN BILLETE PARA GORÉE

DESPUÉS DE RECORRER UN KILÓMETRO llegaron a la bifurcación del camino. A mano derecha, un mojón indicaba el camino hacia el centro de Hertford. A la izquierda, una alta cerca de piedras encastradas que les llegaba al cuello, detrás de la cual se extendía un verde pasto maculado con tercas costras de hielo, y a lo lejos, tal como la arpía había dicho, la cabaña de piedra con el destartalado granero.

Boyles se detuvo bruscamente, devanándose los sesos ante el mojón y luego, rascándose la cabeza, fue hasta la cerca de piedra a la que se subió de un salto, apoyándose con los codos y entornando los ojos para verla distante granja. Después de un par de minutos de intensa concentración, moviendo rápidamente los labios y contando con los dedos, se volvió a Ned.

—Neddy, parece que es ahí.

Ned lo oyó a medias. El encuentro con la bruja y su extraño y atemorizado pupilo lo habían anestesiado, dejándole insensible al frío y a la incertidumbre, cerrando sus oídos a la esperanza y a la insípida cháchara de su compañero de viaje. Aún seguía viendo los ojos del niño, seguía oyendo los graznidos de triunfo de la vieja arpía, seguía sintiendo esa sensación de vacío que le estrangulaba las entrañas, el insidioso calambre de una verdad tan inimaginable que solo podía digerirse en la oscuridad esencial de los intestinos. Cuando miró a Boyles, solo pudo asentir con la cabeza.

Un ¡hala! y un ¡upa!, un ruido seco, y ya estaban en el prado, rodeados por media docena de ovejas que los miraban asustadas. A medida que se acercaban, la casa empezaba a parecer más señorial y más grande de lo que habían imaginado; y el granero, menos destartalado. ¿Era ésa la cabaña de un arrendatario? ¿Con tres chimeneas y una segunda planta?

Boyles se estaba frotando las manos de alegría y Ned estaba a punto de establecer la asociación deductiva entre las insólitas dimensiones de la cabaña y las malas intenciones de la bruja, cuando los sorprendió el primer disparo. El segundo rebotó salpicándolos de barro y unos cuantos perdigones rozaron sus muslos y nalgas. Se echaron a tierra. Un instante después, vieron ante ellos a un par de inexpresivos guardabosques, con las escopetas humeando y las botas relucientes. Entonces Ned oyó una voz potente, cuyo eco retumbó a lo largo del espinazo de una montaña con la indignación virtuosa de Dios, ladrando una orden tajante:

—¡Levántate, cara de culo!

Ned se levantó despacio, con las nalgas ardiendo, mirando fijamente la boca del cañón que le apuntaba. El hombre que empuñaba la escopeta, cetrino y de ojos apagados, permanecía tan impassible como una comadreja con una rata en la boca.

—Pero..., pero usted no... —empezó a decir Ned, y el hombre simplemente le asestó un culatazo, rápido, elegante, inesperado, y Ned cayó de bruces en el lodo otra vez.

Entonces sintió la fría presión del hierro contra la nuca, las cuerdas alrededor de las muñecas, la comezón del saco de cañamazo arrojado sobre su cabeza. Entre la primera detonación y la marcha a ciegas a través del campo, no habían transcurrido ni cinco minutos. A pesar del dolor en las costillas y en la quijada, Ned pudo oír al borracho de Boyles sorbiéndose los mocos a su lado y, a lo lejos, apenas perceptible, como mil víboras silbando en lo profundo de un foso, el demencial chillido de la bruja.

EL RESTO ES TAN PREVISIBLE COMO LA LLUVIA en Rangún. El terrateniente Trelawney, decidido a poner fin a la alarmante incidencia de caza furtiva en sus tierras, renunció de mala gana a su cena para sentenciar a los dos a seis horas de azotes, seguido de garrote vil, después de lo cual, si aún estaban vivos, serían estrangulados. El hermano del terrateniente sugirió, en aras de la precisión teórica, que como los transgresores no estaban cazando ni llevaban encima dinero robado, tal vez deberían ser acusados del delito menos grave de entrar sin permiso en la hacienda. No era que quisiera subvertir la autoridad de su hermano —eso ni pensarlo—, ni tampoco sugerir que los culpables fueran castigados con poca severidad, sino simplemente que le resultaba demasiado angustiosa la idea de cenar después de reventar ojos y triturar costillas. El terrateniente, rodeado por las disecadas cabezas de ciervos y jabalíes y por su colección de nudos marineros, vaciló un rato, jugando nerviosamente con su peluca mientras miraba a las musarañas, como si rumiara la objeción de su hermano. Al cabo de un par de minutos, le sonaron las tripas estruendosamente.

—¡Oh, está bien, Lewis! ¡Vamos a hacerlo a tu manera! —refunfuñó—. Que se pasen veinte años trabajando como mulos de carga.

Después de eso, pasaron dos meses confinados en lo profundo de un pozo abandonado, seco desde hacía mucho tiempo, pero con todo y con eso más húmedo que un fregadero. La comida era frugal y paupérrima, y el lugar era tan reducido que ambos se pisaban mutuamente. Boyles no dejaba de quejarse:

—Yo no tenía que haber nacido —se lamentaba echándole el aliento en la cara a Ned, en su cilíndrica prisión, tan estrecha que no podía mover los brazos sin que se enredaran con los de su compañero—. Mira mis pies... Están tan empapados que los zapatos se me están pudriendo. Y, encima, tengo frío... Lo mismo en primavera, que en verano, que en invierno... Estar aquí abajo es peor que el Ártico.

En cuanto amanecía, el capataz de Trelawney —un psicópata con el espinazo tan jorobado que tenía la cabeza pegada contra el hombro izquierdo— los uncía a un arado junto con un artrérico buey y los arreaba a través de los terrones y el lodo de los campos de sol a sol. Por las noches, tenían que turnarse para dormir. Uno de los dos trepaba medio trecho hasta el brocal, afincándose en el revestimiento de piedras del pozo, y allí se quedaba agarrado a las húmedas rocas, mientras el otro se acurrucaba abajo, en el cieno, en un sueño inquieto. Una noche, mientras se agarraba a la raíz de un sauce, prácticamente en el aire, apoyando un pie contra la pared interior del pozo, con los músculos de la pierna acalambrados, a Ned se le ocurrió pensar que quizá hubiera sido mejor estar muerto, que su resurrección en el St. Bartholomew no había sido más que un despertar en el infierno, y que todo lo que le había pasado desde entonces —cada dolor en la canilla, cada punto de sutura y cada calambre, cada golpe en la quijada y puntapié en el culo, cada giro que daba su vida, los desengaños y las pérdidas que le producían retortijones de tripas— no eran más que pequeños eslabones en la eterna cadena de tormentos que él debía vivir de principio a fin, minuto a minuto, maldiciéndolos en voz baja, como si rezara desgranando las cuentas del rosario del diablo.

En ese sentido le parecía que llevaba razón.

Al cabo de dos meses, llegó un alguacil de Londres para sacarlos del pozo, encadenarlos a la parte trasera de un carro y llevárselos a la ciudad, donde fueron reencarcelados en la ergástula del desguace de unos viejos barcos arrumbados. Allí trabajarían el resto de los diecinueve años y diez meses de sus condenas, paleando lodo. Los cascos de los buques eran aún más opresivos y húmedos que el pozo del terrateniente Trelawney, a lo cual se añadía la desventaja de la constante exposición al mal olor, las diarreas y las úlceras provocadas por las pulgas de cientos de endurecidos criminales, padres violadores, pederastas de todos los colores y otros chupadores de sangre por el estilo. Aquello era bastante violento. Por las noches, dormían hacinados, tres en cada camarote, debajo de las goteras, bajo el techo de crujientes bodegas de podridos carcamanes arrumbados en el Támesis y apestando en la lenta transustanciación de serrín y mantillo. Comían sopa de berza y gachas, salpicándose unos a otros, como cerdos. Estaban obligados a bajar a recintos estancos, a treinta o cuarenta pies por debajo del nivel del río, para trabajar con el pico y con la pala, y sacando baldes de abundante y apestosa porquería. A eso le llamaban dragar. Un trabajo que lo derrengaba a uno arruinándole el espíritu. En cuanto dejabas la pala para enjugarte la frente, el látigo del capataz se cebaba en tu espalda.

Pero justo cuando las cosas parecían ir de mal en peor, empeoraron aún más.

En algún momento del invierno de 1804, uno de los jefazos del almirantazgo quedó deslumbrado por una brillante idea mientras miraba fijamente su huevera. Acababa de tener una inspiración que iba a exacerbar los sufrimientos de Ned Rise, Billy Boyles y cientos como ellos. Ya que estaban en guerra y había escasez de

hombres para incrementar las tropas de infantería, a ese lord y oficial se le antojó que era un crimen desperdiciar tanta mano de obra en el desguace de barcos en vez de usarla como tropas regulares para una guarnición que estaba en el quinto pino, pero que aún seguía siendo de vital importancia estratégica. ¿Por qué no?, discurrió sirviéndose una cucharada de blando huevo pasado por agua..., ¿Por qué no custodiar aquel remoto fuerte con convictos? En el pasado ya habían sido empleados en tareas similares, ¿por qué no reclutarlos de nuevo? ¿Por qué no sacarles el máximo partido a esos gandules vagabundos? Obligarlos a prestar juramento y ponerlos a trabajar de verdad. Después de todo, siempre podrían regresar al dragado cuando el pequeño corso hubiera levantado la bandera. A aquel lord y oficial su idea le pareció genial. La transmitió a sus superiores, quienes a su vez la elevaron a sus superiores.

Y así, a principios del otoño de aquel año, Ned y Billy fueron trasladados de la negra y hedionda bodega del *Cerberus* a la no menos negra y hedionda bodega del navío de Su Majestad *Feckless*, y desembarcados, empapados en sus propios vómitos, en Gorée —en el fuerte de Gorée, en la isla del mismo nombre, cerca de la costa de África Occidental—. El fuerte de Gorée, puerta de entrada al Níger y bastión de la putrefacción.

NOLO CONTENDERE

—ME ESTÁS MINTIENDO. Estás planeando otra aventura, ¿verdad? Muy bien, estoy esperando tu respuesta.

—No, de veras que no.

—¿De veras que no? Entonces ¿para qué has traído a ese..., a esa persona de color a mi casa? ¿Por qué os pasáis todo el día farfullando como si fuerais vendedores de camellos en un bazar, eh?... ¿Por qué trajiste a ese Seedy a mi casa? ¿Es que no me oyes?

—Solo para repasar lecciones de árabe.

—¿Y eso para qué?

—Escúchame: ordénamelo y me quedaré aquí.

—¡Quédate!

SOLTANDO LAS ATADURAS

SIDI AMBAK BUBI se fue de Peebles tras una estancia de veintisiete días, dieciocho horas y seis minutos. Llevaba la cuenta minuciosamente. Le pagaran o no las treinta libras esterlinas, cada minuto bajo aquel techo de pizarra en el condado de Peebles era como penar una semana en Gehena. Y toda por culpa de la señora Park. Era igual que una leona con un cachorro, y él, Sidi, el esclavo enviado para devolver el cachorro al zoológico del bajá.

Su juicio no se alejaba mucho de la verdad. Ailie era feroz y estaba a la defensiva, estridente, resentida, antipática hasta llegar a resultar insultante. Miraba al moro como a un ser caído de otro planeta, una presencia perturbadora que venía a dividir su hogar, un ladrón que había salido de la más intrincada oscuridad de África para robarle su esposo; y le pagó en la misma moneda. Vigilando cada uno de sus movimientos, sus claros ojos suspicaces traspasaban las ropas del invitado, la puerta de su alcoba, escudriñando cada centímetro de su carne y cada costilla, siempre molestándolo, lanzando indirectas, criticándolo todo, desde el modo en que encendía su *chibouk* hasta el aspecto de su turbante. Le daba a comer nabos y patatas, tocino, pernil de puerco y manitas de cerdo. Derramaba el té en su túnica, barría Sáhara de polvo alrededor de él cuando estaba sentado estudiando el Corán, azuzaba al perro para que lo persiguiera mordiéndole las sandalias. Ella estaba angustiada, alterada, harta, y se desquitó con el moro de Mogadiscio.

Cuando finalmente Sidi lió los bártulos y cabalgó hasta Selkirk para tomar el coche con destino a Londres, una incómoda paz se instaló en la casa de los Park. Ailie recuperó el aliento y se dejó caer en el sillón. Mungo estaba arrepentido. Le había dado su palabra, definitiva e irrevocable. Sí, le había mentado, lo admitía. La ambición le pudo y la había engañado. Pero no volvería a mentarle. ¿Podía ella perdonarlo? Claro que podía. Se aferró a él, loca de amor, quitándole un peso de encima, mostrándole cuánto valoraba su sacrificio y la promesa que él le hacía. El tema de África quedó sepultado..., aunque la sepultura fuera poco profunda.

En el transcurso de los meses siguientes todo fue paz y armonía, aunque estaba claro que Mungo se sentía cada vez más inquieto e insatisfecho. Tenía un humor de perros. No le interesaban los niños ni las actividades familiares. Le dio por recluírse en su gabinete, silencioso, huraño. El trastorno estomacal que había contraído en Ludamar reapareció como una venganza, y la mayoría de las veces apenas probaba bocado o solo tomaba unas cucharadas de caldo y cebada. Cuando se liberaba de la rutina de atender a sus ignorantes, cascarrabias, accidentados y postrados pacientes, se sentaba a meditar tristemente entre sus libros y mapas, o se ponía a manipular los artefactos que había traído de África, casi en un trance, acariciando los contornos de un cuchillo de hueso o una máscara de madera como si fueran fetiches o las reliquias de algún santo. Cada mañana, al alba, montaba en su caballo y cabalgaba sesenta o sesenta y cinco kilómetros por los brezales para asistir a partos y fallecimientos, curando dolores de garganta y otras dolencias imaginarias, asistiendo impotente al espectáculo de una gangrena devorando una pierna o un cáncer comiéndose los intestinos de una anciana. Ese era su premio. Eso era lo que su osadía y su fama habían hecho de él. Estaba harto de todo aquello.

En mayo de 1804 le dijo a Ailie que iba a venderlo todo, quería deshacerse de la casa, de los muebles, de la clientela. Se mudarían a la casa de su madre, en Fowlshiels. Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Pensar? —dijo ella en un eco—. ¿Pensar en qué?

Él le sostuvo la mirada.

—En lo que voy a hacer con lo que me queda de vida.

Estaban en la cocina. Rodeados de hierbas aromáticas sembradas en tiestos, vajilla, utensilios de madera, cuchillos. En la mesa había una cesta de huevos frescos, pardos y blancos, en un charco de luz solar. Súbitamente ella echó hacia atrás la silla y de un manotazo barrió los huevos tirándolos al suelo.

—Yo sé lo que vas a hacer —dijo en un hilo de voz—. Vas a soltar las ataduras.

—No, Ailie. Cariño. No haré eso. Solo necesito un poco de tiempo para pensar, eso es todo.

Estaba siendo sincero. O, al menos, sentía que lo era. El enfrentamiento a causa de Sidi le había dejado deprimido, con una sensación de envilecimiento. Estaba destruyendo su hogar, era un padre irresponsable, un egoísta con afán de protagonismo, costara lo que costara, aunque eso significara mentirle a su esposa como si fuera un cualquiera de la calle. Ese no era Mungo Park, el héroe, el conquistador de África y descubridor del Níger. No era una conducta decente ni honrada ni noble; era un comportamiento despreciable, y por eso se despreciaba.

No volvería a engañarla. De eso estaba seguro. La mudanza a Fowlshiels no estaba relacionada en modo alguno con la expedición que el Gobierno le había prometido. No tenía nada que ver en absoluto con resolver sus asuntos, instalar a Ailie y a los niños cómodamente bajo el ojo vigilante de su madre, nada que ver. No, eso no le haría sentirse totalmente libre para coger un coche con destino a Londres con cualquier pretexto. No, no y no. El solo necesitaba tiempo para pensar. Eso era todo.

MÚSICA ACUÁTICA (BREVE RETORNELO)

SOPLABA UN VIENTO GÉLIDO Y PREMONITORIO el día que Mungo salió para Edimburgo, un anticipo de las amargas noches que se avecinaban. Eso fue a mediados de septiembre, poco después de su cumpleaños. Las hojas estaban cambiando de color y por las mañanas una neblina gris ceñía el río como la zarpa de un gato o de un oso. Desde luego, celebraron una fiesta. Ailie se encaprichó en que así fuera, aunque al explorador la idea parecía abrumarlo, como si fuera una tontería o algo poco serio, como si al llegar a esa edad no hubiera realmente ningún motivo de celebración.

—Pero, Mungo, cumples treinta y tres años —argumentó ella—. ¿No te parece una cifra de buen augurio?

Él levantó la vista de su manoseado ejemplar de geografía de Leo Africanus. «¿De buen augurio?». Ella sonreía como un payaso.

—Después de todo —dijo ella—, fue una edad crucial para Cristo, ¿no es verdad?

Veintidós invitados asistieron para beber a la salud del explorador; Walter Scott, el pastor MacNibbit y Thomas Cringletie entre otros. Scott acababa de instalarse en

Ashestiel, en el Tweed, aunque desde hacía cinco años era secretario judicial de Etrick Forest y conocía a todos los granjeros de la región —incluyendo a Archibald, el hermano de Mungo—. Cuando Mungo se fue de Peebles, Archie los presentó y, a finales del verano, Scott y el explorador ya eran amigos. Mungo solía visitarlo, cruzaba a caballo la cresta de la colina que separaba al Yarrow del Tweed y pasaba largas tardes en Ashestiel, o bien era Scott quien se presentaba sin avisar para pasar la tarde en el portal de Fowlshiels o bajar al río y pescar mientras observaban los insectos deslizándose sobre la movediza superficie. Daban largas caminatas juntos, cabizbajos, inmersos en la conversación; pescaban, cabalgaban, bebían y filosofaban. Scott había publicado el tercer volumen de *Juglaría de la frontera escocesa* el año anterior, y Mungo se sentía cada vez más atraído por las viejas baladas, contrastando las versiones del poeta con las que él conocía de su infancia, señalando inconsistencias, deleitándose con aquella amistad. Incluso se sintió impulsado a comunicarle a su amigo sus observaciones sobre la tradición oral de los mandingas y los moros. Por su parte, Scott nunca se cansaba de oír los detalles del viaje de Mungo —en particular aquellos que el explorador había suprimido en su libro—. Le servía un vaso de vino tinto y le daba un codazo para que le contara, por ejemplo, los excesos de Dassoud, o los apetitos de Fátima, o los sensuales y flexibles contoneos de Aisha. Quería que le contara historias sobre los que comían perros y se mostraban tan rastreramente serviles ante Mansong, el rey de Bambara. Quería saberlo todo sobre los extraños ritos que Mungo presenció, los indecibles actos y prácticas contra natura.

A Ailie le gustaba aquella amistad. Scott era un hombre culto, de vastos conocimientos, un contemporáneo de Mungo, y parecía tener la habilidad de hacer hablar a su marido, animándolo y vigorizándolo, sacándolo de su taciturnidad y de su encierro permanente. Pero todo tenía un límite. Mungo prácticamente se aisló de los demás invitados durante la fiesta, haciendo corro aparte en un rincón con Scott y con Zander, con las cabezas agachadas, hablando en voz baja. Su madre y Archibald tuvieron que tirarle del codo para sacarlo de allí, para que fuera a apagar las velas y empezara el baile. Pero enseguida volvió directamente al rincón, otra vez con Scott y con Zander. Sus voces se perdían al son de la gaita, y de vez en cuando Ailie los miraba para verlos vociferando, gesticulando, discutiendo algo, con unas caras tan largas y serias que parecían un trío de pastores a la hora del té.

Esa noche, cuando fueron a la cama, Ailie le dio su regalo. Era una brújula, montada en corcho.

—Para que siempre encuentres el camino de regreso —sonrió—. Desde Edimburgo o Ashestiel..., o incluso desde Londres.

Luego titubeó, con la cara iluminada por el fulgor de un sentimiento secreto que empezaba a germinar:

—Hay algo más —susurró, acercándose a él. Mungo levantó la vista, con su cara blanda y la rubia barba de tres días transparentándose a la luz de la lámpara de aceite—. Vamos a tener otro niño. En primavera.



MUNGO MARCHÓ A EDIMBURGO a la mañana siguiente. En un viaje de negocios. Se había pasado todo el verano yendo y viniendo, consultando con Saltoun, el abogado, sobre cuestiones relacionadas con la inversión y los fondos para imprevistos destinados a su familia.

—¿Fondos para imprevistos? —había preguntado Ailie.

—Nunca se sabe —dijo él, solemne como el patriarca de las tribus perdidas.

—Pero aún eres joven, Mungo... Es descabellado pensar en semejantes cosas a tu edad.

—Puedo caerme del caballo mañana. O resbalar en el Yarrow y romperme la crisma contra una roca o...

Ella apartó la vista.

—No quiero ni pensar en eso —dijo—. Haz lo que creas correcto.

La besó en el portal de la casa antes de irse. Y luego la rodeó con los brazos y volvió a besarla, acariciando su pelo y la línea de su mandíbula con dedos temblorosos. A ella le sorprendió tanta pasión.

—Mándales muchos cariñosos recuerdos a los Macleod y a los Leask —dijo ella—, y para el viejo Saltoun... ¿Regresarás dentro de cuatro o cinco días?

Él ya se había montado en el caballo, ahora imponente desde lo alto de la montura, como una estatua de bronce congelada contra el cielo. Ella pensó en militares, en la guerra con Francia, en Colin Raeburn y el olifante de Graham, muerto en Copenhague. Y entonces, súbita e inexplicablemente, se acordó de su madre. La cara de Mungo permanecía imperturbable. Ella consiguió sonreír.

—Cuatro o cinco días, ¿verdad? —repitió.

Mungo estaba a contraluz y ella tenía que guiñar los ojos protegiéndose del sol para poderle mirar a los ojos. Eran del color del hielo. El caballo relinchó y Ailie sintió algo moviéndose en su vientre. Él nunca le respondía. Mungo tiró de las riendas haciendo retroceder al animal y se alejó a medio galope.



LA CARTA LLEGÓ DOS SEMANAS DESPUÉS. Desde Londres. Sin remitente:

19 de septiembre de 1804

Mi querida Ailie:

Perdóname. No podía afrontar la situación. Como habrás sospechado, o como tal vez sepas ya por boca de tu hermano, salgo de nuevo para África.

Esta vez estaré al mando de una expedición financiada por el Gobierno e integrada por unos cuarenta hombres. Es una gran oportunidad. Y es mi patriótico deber aprovecharla.

Me retorceré de dolor hasta que regrese a ti y a los niños, sin duda este mismo año. Nuestro plan es botar una embarcación en Segú y navegar hasta el mar. Si el niño nace varón, ponle el nombre de Archie, ¿quieres?

Por favor, trata de comprenderme, Ailie, queridísima Ailie. El Yarrow es aburrido, la vida es aburrida. Más allá de eso, hay otros prodigios, otras maravillas esperando al hombre capaz de arriesgarlo todo para descubrírselas al mundo. Yo soy ese hombre, Ailie, yo soy ese hombre.

Con amor y contrición,
MUNGO

Para ella la carta fue como una lanza de hueso arrojada por algún negro aborígen, algún Seedy, una lanza salida del hedor, del miedo y de la incomprendibilidad de África, directamente salida del negro corazón del continente. Ni siquiera podía hablar con Zander: él la evitaba constantemente. Cuando pasó la primera semana, ella sabía que llegaría esa carta, incluso antes de abrirla ya sabía lo que diría. En lo más profundo de su corazón lo sabía, pero rezaba encomendándose a todos los santos y arcángeles y poderes en sus esferas celestiales, rogándoles para que le demostraran que estaba equivocada, que Mungo simplemente se había retrasado en Edimburgo debido a un accidente sin importancia o porque había salido a pasear por el campo con Robbie Macleod.

Pero no. Él la había engañado de nuevo. ¡El muy hijo de puta! ¡El muy cobarde, irresponsable y mentiroso hijo de la gran puta! La había abandonado, le había mentado, había inventado mil patrañas, engañándola otra vez. Contándole sus más íntimos secretos a un extraño como Scott y ocultándoselos a ella. Muy bien, pues sanseacabó, ella ya había terminado con él. No era un buen hombre. Era un mentiroso, un embustero y un timador. Se había aprovechado de su amor, de su fe y de su confianza, y se había marchado sigilosamente valiéndose de una mentira..., igual que un ladrón.

Volvió a leer la carta de cabo a rabo, y la arrojó al suelo disgustada. Y entonces, casi en una ocurrencia tardía, recogió el sobre, le dio la vuelta y advirtió que allí había algo garabateado... ¿Una posdata? La caligrafía era tan ceñida, apresurada y retorcida que casi podría haber sido trazada por otra mano. Acercó el sobre a la ventana y entornó los ojos para descifrar los rasgos flagelados y los apretados garabatos hasta que pudo desentrañar su significado:

Lo oigo en sueños, lo oigo por la mañana cuando me despierto y los pájaros trinan en los árboles —un susurro, un retintín—, un sonido musical.

¿Sabes qué es? Es el Níger. Precipitándose, cayendo, arrastrándose hacia su ignota desembocadura, corriendo hacia el océano. Eso es lo que oigo, Ailie, noche y día, día y noche. Música.

El bebé gritó. Ella dejó caer el sobre en la chimenea.

TRES

NÍGER REDUX

Hijo mío, has visto el fuego temporal,
y el fuego eterno; y has llegado a
un lugar donde yo no puedo ver nada por mí mismo.
Con todo el arte de que fui capaz, te he conducido hasta
aquí.
De ahora en adelante, tu guía será tu propia voluntad.

Virgilio a Dante, *Divina Comedia*.

GORÉE **(UN HIMNO AL CONTAGIO)**

A FINALES DEL SIGLO XVIII, la costa de África Occidental —desde Dakar hasta el golfo de Benín tenía fama de ser el lugar más pútrido y pestilente del mundo. Con aquellos calores y humedades, con sus diluvios y las galaxias de insectos, era una especie de monumental caldo de cultivo para las más exóticas y mortíferas enfermedades. «Cuidado con el golfo de Benin —decía una cantinela de marineros—, solo uno de cada cuarenta sale de allí con vida».

Las fiebres acompañadas de erupciones, el pián, el tifus y la tripanosomiasis prosperaban allí al igual que los gusanos con la boca en forma de garfios, el cólera y la peste. Había gusanos planos de bilharziosis y gusanos de Guinea en el agua potable, así como filarias en la saliva de mosquitos y tábanos, y los afilados incisivos de murciélagos y lobos transmitían la hidrofobia. Bastaba con salir al exterior, darse un baño, beber agua o comer cualquier cosa para que todos ellos —bacilos, espirilos y coccidios, virus, hongos, nematodos, tremarodos y amebas— te carcomieran la médula y los órganos, enturbiándote a visión, destrozándote los nervios, desvaneciendo tus recuerdos de la misma manera que un borrador en su vaivén sobre la pizarra pulveriza una oración.

Desde un punto de vista estético, las enfermedades de la filaria —la elefantiasis y la loasis (también llamada «culebreo en los ojos»)— eran particularmente deplorables. La elefantiasis, una enfermedad transmitida por la picadura de un mosquito, producía una pululación de gusanos cilíndricos que bloqueaban el sistema linfático cual insidiosos castores en miniatura, causando erupciones, granulosa lesiones e hinchando las piernas y los testículos como obscenos frutos. La loasis, por su parte, hacía estragos en el rostro, y se transmitía por la mordedura de cierta mosca chupadora de sangre, tan abundante en el área que la mayoría de los mamíferos suelen llevar una especie de oscuro abrigo formado por estos insectos desde que amanece hasta que anochece..., cuando los mosquitos toman el relevo. En la etapa final de esta enfermedad aparecen gusanos por debajo de la conjuntiva del ojo. Gusanos que flagelan y garabatean en los ojos, activos y diminutos flecos de carne que van tranquilamente a lo suyo: alimentarse, aparearse, multiplicarse y eliminar desechos.

SI ALGUIEN CONSEGUÍA SOBREVIVIR a semejantes horrores, siempre quedaba la fiebre kala-azar o la fiebre dum dum. Enfermedad crónica, invariablemente fatal, la kala-azar se manifiesta con la aparición de pustulosas úlceras epidérmicas, marasmo y dilatación del bazo. Y también estaba la lepra, la más pavorosa de todas las

enfermedades. Con su implacable y brutal capacidad para deformar el cuerpo, con su gradual abrasión de las extremidades y la lenta pero tenaz degeneración del tejido facial, dejaba a sus víctimas como ciruelas deshuesadas. Los lugareños la llamaban *Balla jou*, y era incurable.

Y luego, por supuesto, estaban las enfermedades más corrientes, gracias a las cuales miles de colonos franceses, ingleses, holandeses y portugueses se ahorraban los gastos de la adquisición de parcelas en los cementerios de París, Londres, Ámsterdam o Lisboa. La malaria encabezaba la lista, seguida de cerca por la disentería y la fiebre amarilla. Sus víctimas —tenderos, traficantes de esclavos, aventureros, militares y otros del mismo pelaje— sudaban a mares literalmente y se cagaban hasta morir, con frecuencia una semana después de desembarcar, aquejados por lo que popularmente empezaba a conocerse como la Fiebre de la Costa.

No había cura. Diversos curanderos prescribieron sangrías, calomel, laxantes y eméticos para provocar «benévolos vómitos». O los polvos del doctor James, un talco elaborado a base de bórax que resultó ser tan efectivo como la piel de naranja almibarada o las almohadas de crin. La corteza del quino, o quina, se conocía desde 1600 como efectiva en el tratamiento de la malaria, pero ahora, en las postrimerías del siglo XVIII, los hechos demostraban lo contrario, etiquetándola como otro remedio de curandero. Los pobres y desventurados soldados y exploradores que caían enfermos no tenían ni la más remota idea de cuál era la causa de todos aquellos espantos que diezmaban sus filas destruyendo sus esperanzas. Según la creencia general eran los miasmas, esos «pútridos efluvios de la tierra», los causantes de tanto estrago, tantas fiebres y cataclismos digestivos. ¿Los mosquitos, las moscas y las pulgas de mar? ¿Para qué molestarse siquiera en aplastarlos?

Y así eran las cosas en Gorée, la pequeña ampolla de roca volcánica cercana a la costa de Senegal donde estaba acantonada la Real Legión Africana. Calor, suciedad y enfermedades. Suministros insuficientes e inadecuados, indigentes y exhaustos soldados reclutados en los barcos desmantelados, escasez de agua potable, el enfermizo y amarillento chapotear del mar. Degradación, anemia, muerte. Las cosas andaban tan mal que el jefe de la guarnición —un militar de carrera, el comandante T. W Fitzwilliam Lloyd, cuya indecencia^[24] trastornó tanto a sus superiores que le habían dado a elegir entre suicidarse discretamente o aceptar aquel puesto en Gorée — se vio forzado a reducir el rancho a la mitad, doblar la ración de brandy e impartir las siguientes órdenes: cuadrilla n.º 1: seguir cavando tumbas como de costumbre. Cuadrilla n.º 2: seguir haciendo ataúdes hasta nuevo aviso.

Eso ocurría el invierno de 1805. Durante la estación seca y salubre, cuando había un florecer en cada rostro enjuto y una débil sonrisa irreal en cada par de agrietados labios. Cuando había menos insectos y sol deshumedecía los pulmones y las tripas. Pero ya las eternas fuerzas de los cambios meteorológicos estaban en movimiento, la tierra giraba alrededor del sol, inclinándose sobre su eje, los vientos empezaban a silbar y las nubes se amontonaban hacia el sur como ejércitos celestiales.

Dentro de poco empezaría a llover.

OH, MAMÁ, ¿SERÁ ÉSTE REALMENTE EL FINAL?

NED RISE DESPIERTA con dolor de cabeza. Mejor dicho, no es un dolor de cabeza. Es una especie de atroz sufrimiento generalizado, como si sangrara por los poros y el cerebro derretido se le derramara por los oídos. Más débil que un nonagenario, se apoya en un codo mientras oye, en el oscuro albergue, el resuello y los quejidos de los demás dando vueltas en los sudados jergones. Reconoce los chirriantes jadeos de Jemmie Bird, uno de sus compañeros de cuadrilla, las flatulencias orales de Samuel Purvey y el hipido intermitente de Boyles, apenas distinguible del zumbido de los mosquitos. El cuartel está oscuro como una tumba. ¿Serán las dos de la madrugada? ¿Las tres? Ned se vuelve para alcanzar el calabacino de ron y súbitamente se dobla sobre sí mismo. Es otra vez ese demoníaco dolor que le desgarrá las tripas, agarrotándolo hasta hacerle morder la madera de la litera. Un dolor que no cesa, que sube en oleadas semejante a un temporal reventando en la playa hasta dejarlo retorciéndose y quejándose y aferrándose el vientre como si fuera una mujer a punto de parir a un monstruo.

Cuando vuelve a despertar, está tirado en el suelo. Empapado en sudor y con los pantalones encostrados con la amarillenta bilis que ha vomitado en los últimos días. Hay un hedor a enfermedad en el aire —a catastrófica enfermedad que lo devora todo— y alguien está quejándose débilmente al fondo del barracón. Entonces vuelve la dentellada del frío, suavemente al principio, como un perro con un roedor entre los dientes. Y poco a poco aumenta, y Ned se acurruca en posición fetal, con un castañeteo de dientes, con la cabeza temblando como si fuera el muñeco que sale de una caja de sorpresa. El frío es terrible, peor que el fuego. Puede sentir los témpanos de hielo ciñéndolo, la oscura y fría garra del Támesis, las pisadas de los osos polares danzando en su pecho. Alza los ojos al oscuro techo y ve cristalinos iglúes y esquimales muertos en la nieve. Trata de levantarse para regresar tambaleándose al jergón y al escaso calor de su cobertor militar. Pero no puede. Lo único que puede hacer es yacer allí, ovillado, mientras a su alrededor las tinieblas se abren como una boca.

UN CARGAMENTO DE BURROS

LAS BANDEROLAS ONDEAN, las velas mayores, las gavias y los foques traquetean vapuleados por la brisa, la proa corta el agua tan limpiamente como una guadaña mientras las ballenas lanzan sus chorros y los delfines saltan y una pulverizada y vigorizante nube de sal se desparrama en abanico sobre la borda formando un nimbo. El mar y el cielo se unen configurando un decorado compacto, como azulejos, y el sol

es un prodigioso foco colgando entre bambalinas —como si el mundo no fuera más que un escenario y el barco y su tripulación estuvieran acercándose al desenlace de una trascendental representación a petición del monarca—. La atmósfera se estremece con los alegres rebuznos de los asnos cuando huelen los deliciosos y múltiples perfumes de la tierra cercana, con los hurras de los marineros y con los exuberantes acordes del clarinete de Georgie Scott, que ascienden al cielo con las notas de *Por encima del mar hasta las nubes*, *Felices morrales*, *llenad vuestros vasos* y *¡Oh, vosotros estabais muertos, guías!* El ambiente que se respira es vigorizante, ¡y tanto que lo es!

Mungo Park está acodado en la baranda del *Crescent*, el navío militar de Su Majestad, atisbando más allá de las potentes olas azules, hacia la isla de Gorée surgiendo del mar, con sus almenas y sus baluartes de piedra centelleando bajo el sol como una estampa arrancada de un cuento de hadas. A su lado están Zander, Georgie Scott y los cuatro carpinteros que reclutó en el desguace de barcos, en Portsmouth. A su espalda, cuarenta y cinco burros. Pardos, con tercas y rojas venas en los ojos. Los asnos rebuznan mofándose y levantan los rabos, salpicando la cubierta.

—Lo hemos conseguido, Zander —exclama el explorador, rodeando con el brazo a su cuñado—. ¡Ahora ya nada ni nadie podrá pararnos!

TAL VEZ YA NO. Pero estuvieron a punto de pararlos en las lustrosas mesas de conferencia de Londres y en Portsmouth. Poco faltó para que la expedición se frustrara a causa de la lentitud del Gobierno de Pitt en tiempos de guerra y del perezoso sonambulismo de lord Camden. En septiembre —y a instancias de Camden— Mungo había bajado urgentemente desde Escocia creyendo que partiría antes de fin de mes. Se escabulló de Ailie, informó a Zander en secreto y redactó una lista detallada de los suministros y equipamiento necesarios para la expedición. Incluso se presentó con una propuesta digna del corazón más mercenario y burocrático. A sugerencia de sir Joseph, el explorador hizo hincapié en los beneficios prácticos de la expedición más que en los objetivos puramente científicos. Según afirmó, había oro en el valle del Níger —incluso más que en Guinea o en la tierra de los ashanti— y había toda una pléyade de primitivas naciones negras deseosas de entregarlo a manos llenas a cambio de unos cuantos abalorios, espejos o salseras de peltre. Y si los ingleses no aprovechaban esa oportunidad, los franceses lo harían. El mandato para explorar el Níger era algo que iba más allá de la ciencia, incluso más allá del orgullo nacional; respondía a un sólido olfato para los negocios.

Eso convenció al Gobierno. Camden respaldó el proyecto y le dio al explorador carta blanca para que seleccionara mercaderías, acémilas, materiales y hombres. A Mungo le asignaron el rango de capitán, y a su cuñado el de lugarteniente. Georgie Scott, un viejo camarada del colegio y pariente lejano del poeta, sería el delineante y tercero al mando de la expedición. Además, el explorador estaba autorizado a escoger

a cuatro carpinteros de entre los prisioneros confinados en los viejos barcos desmantelados de Portsmouth, y también podría reclutar a un oficial y a treinta y cinco soldados de la guarnición de Gorée. Los carpinteros ensamblarían las lanchas a bordo de las cuales el explorador planeaba navegar río abajo por el Níger; los soldados le protegerían de los moros. Por lo que se refiere a las bestias de carga, Mungo planeaba detenerse en las islas de Cabo Verde para adquirir cuarenta y cinco asnos, amén de los quince o veinte negros que alquilaría en Pisanía.

—¡Magnífico, magnífico! —había sonreído Camden debajo de su peluca reglamentaria—. ¡Espléndido! No reparemos en gastos, hijo mío, te apoyamos al cien por cien. —Cogió un abrecartas plateado del escritorio y empezó a limpiarse las uñas—. Me parece que hay un pequeño problema... ¿Cómo piensas regresar?

Ésa era una buena pregunta. Nadie sabía a ciencia cierta dónde desembocaba el Níger —había incluso algunas dudas acerca de si iba o no a dar a la mar—. Una camarilla, encabezada por el comandante Rennell, el más distinguido geógrafo de la época, insistía en que el Níger ni perdía fuerza en el Gran Desierto ni corría hacia el lago Chad. Si eso era así, la expedición se quedaría varada en medio del continente, sin ninguna posibilidad de retornar contra la corriente y enfrentada a largas y peligrosas caminatas por un territorio inexplorado —una perspectiva que olía a muerte, una inversión desastrosa y pésima—. Otros, sin embargo, opinaban que el Níger era en realidad el afluente superior del Nilo o del Congo, en cuyo caso la expedición podría con toda seguridad —tal vez incluso festivamente— dejarse llevar por la corriente hasta el mar. Mungo estaba seguro de que esto último era cierto, e insistía en que tan pronto llegaran a la desembocadura del Congo sería muy fácil tomar un barco negrero con destino a Santa Elena o las Antillas. Miró directamente a los ojos de Camden.

—En cualquier caso, señor, estoy preparado para hacer lo que sea y sufrir las consecuencias. El que nada arriesga, nada gana. El ministro de Colonias le sonrió alegremente igual que un abuelo chocho, cogió la garrafa que estaba encima del escritorio y sirvió dos vasos de tinto.

—Bien —gruñó—. Que así sea. Solo me queda someter su propuesta al primer ministro, solicitar los fondos, y usted emprenderá viaje dentro de poco tiempo.

Eso fue en septiembre. En octubre llegó el momento de considerar de forma inminente la solicitud. Hacia noviembre el explorador estaba loco de inquietud. Era la misma historia de siempre, una repetición de la debacle del año anterior, cuando bajó apresuradamente de Peebles y tuvo que esperar con las manos en los bolsillos mientras Addington se sometía a Pitt, Hobart a Camden, y sir Joseph, con una cara tan larga como la de un perro de caza, le aconsejó que volviera a casa y estudiara árabe. Aquello era un crimen. Una maldita vergüenza, una lástima y una pérdida de tiempo. Pero ¿qué podía hacer él? Era impotente.

Noviembre transcurrió gota a gota. Mungo estaba sentado en su despacho en penumbra y miraba por la ventana. De pronto empezó a darse cabezazos contra la

pared, haciendo juegos malabares con los tinteros, triturando papeles, hasta estallar en alaridos de cólera. Maldita sea, ellos no iban a hacerle eso otra vez, gritaba sin cesar, haciendo retumbar las paredes, con los músculos crispados. Aquello fue una catarsis, una liberación. En diciembre el explorador consagró cada minuto a presionar para que autorizaran la expedición: escribía cartas y dirigía instancias, congraciándose con los influyentes vendedores ambulantes y los poderosos bolsistas, persiguiendo los carruajes de duques y condes, arengándolos como un loco y compartiendo tantas copitas de jerez con tantos oficiales que la cabeza le daba vueltas igual que un molino de viento mientras su hígado empezaba a resentirse. Todo en vano. El Año Nuevo llegó y se fue. Aquello parecía no tener remedio.

Pero el lento mecanismo del proceso burocrático —ese majestuoso y cortés aparato de relojería que formula lo que es y lo que será a través de una acumulación de accidentes, codicia, intuición e influencia— no dejaba de funcionar, configurando el curso de los acontecimientos a puertas cerradas. Sir Joseph estaba haciendo campaña vigorosamente, toda una nación de tenderos aullaba reclamando nuevos mercados, Camden, moviéndose a la velocidad de un Y perezoso de tres uñas, finalmente empezaba a atraer la atención de Pitt. El momento decisivo llegó una noche durante un descanso en el teatro. Camden se acercó de sopetón al primer ministro, ofreciéndole un pellizco de rapé de Arabia, y expuso su caso. Sí, Pitt estuvo de acuerdo, el Níger se abriría al comercio —al comercio inglés— y sí, claro que sí, el oro era sumamente apreciable. Veinticuatro horas después se autorizaban los fondos, se redactaban los nombramientos la corbeta *Eugenia* recibía la orden de acompañar al *Crescent* hasta Gorée para desalentar a los corsarios franceses. Mungo llamó a Zander, le dijo que hiciera su equipaje y que zarparían, más vale tarde que nunca, el 29 de enero de 1805.

AHORA, MIENTRAS EL EXPLORADOR permanecía acodado en la proa del *Crescent*, contemplando las costas de África por primera vez en siete años, le irritaba oír los aplausos de la tripulación y los jubilosos rebuznos de los asnos, porque una reflexión inquietante empezaba a insinuarse en la placentera vastedad de su optimismo. Una reflexión meteorológica, producto de su larga y triste experiencia con el clima en aquella parte del mundo. Era el 28 de marzo. Lo que prácticamente equivalía a decir que corría el mes de abril. El explorador evocó las patilludas mejillas de Camden y sus pañuelos empolvados, recordó los dilatorios y corteses besamanos de los lores y damas de Londres, pensó en el marasmo de remilgada urbanidad y sentenciosa burocracia. Sí, había ganado al sistema, y allí estaba, en todo el apogeo de su gloria... Pero la triste realidad era que mientras luchaba durante meses contra la inercia del Gobierno, había pasado la estación seca con sus balsámicos y salubres días. En mayo —a más tardar en junio— empezaría a llover. ¿Y entonces qué?

Tan pronto como esa idea afloró en su mente —insinuándose arteramente, como

cuando de pronto cobramos conciencia de nuestra mortalidad, merced a esas mordaces y pequeñas intimaciones que surgen de improviso en nuestro ánimo, interrumpiendo el avance del tenedor hacia la boca o deteniendo el ingenuo compás que marcan nuestros pies en una sala de conciertos—, la apartó de sí. ¿Para qué preocuparse por nimiedades tan desagradables e insignificantes en un momento como aquel? Al fin y al cabo, allí estaba él, regresando al escenario de sus grandes proezas. Allí estaba, con un cargamento de provisiones y mercaderías y pertrechos, con todo el respaldo del Gobierno, rodeado de amigos. Allí estaba él, encabezando una expedición a gran escala, con porteadores y guardias armados y todos los derechos y prerrogativas de un capitán al servicio de Su Real Majestad. Allí estaba él, en la cubierta del *Crescent*, con el viento arremolinándose en su pelo, con un cargamento de asnos.

DADME ALGUNOS HOMBRES VALIENTES

EN LAS LETRINAS y en los barracones del fuerte se rumoreaba que una celebridad acababa de desembarcar. Mungo Park, el famoso explorador africano y autor de éxito, el único europeo que había visto con sus propios ojos el Níger y que había sobrevivido para contarlo, estaba entre ellos. La noticia generó un frenesí de excitación.

—¿Quién?

—¿Mungo qué?

—Nunca he oído hablar de ese tío.

—¿Es blanco?

Pronto los soldados volvieron a caer en su habitual apatía (una especie de espiral descendente que solo aliviaban emborrachándose, jugando, yendo de putas y agonizando), para enseguida sentirse de nuevo interesados: el visitante estaba buscando hombres. ¡Hombres! Para acompañarlo en su largo recorrido por valles y colinas, lejos de aquella isla, en tierra firme, a campo raso ¡y doblando la paga! Sí, aquello era en serio. Jemie Bird le daba vueltas al asunto en la cabeza mientras le servía la comida al comandante. Pero eso no era lo mejor. El explorador estaba autorizado por el Ministerio de Colonias para licenciar a cualquier hombre que le acompañara, un licenciamiento que incluía un absoluto perdón para los convictos y el pasaje de regreso a Inglaterra. Por todos los santos, aquello era algo caído del cielo, como el Santo Grial... ¡La posibilidad de salir de aquel infierno!

El rumor se propagó como un incendio forestal avivado por el viento *harmattan*. Hacia las nueve de la noche toda la guarnición —trescientos setenta y dos hombres (o, más bien, trescientos sesenta y ocho, pues cuatro habían fallecido en el intervalo) — estaba concentrada frente al *bungalow* del comandante. Todos estaban allí — enfermos, anémicos, semejantes a muertos vivientes— mendigando, pordioseando, implorando, suplicando, rogando, ardiendo en deseos de formar parte de la misión.

Un tumulto estalló cuando el comandante, de completo uniforme y llevando al pecho un ramillete de orquídeas, salió a la terraza acompañado por aquel bendito rubio recién llegado.

—¡Hombres! —gritó por encima de la muchedumbre—. ¡Valientes compañeros de la Real Legión Africana: escuchadme!

El rugido disminuyó gradualmente, primero al nivel de maldicientes aislados que refunfuñaban, luego descendió a un gruñido como el de una jauría de perros destripándose mutuamente y, por último, terminó con un bisbiseo de descontento y una especie de triste gañido.

—Como sin duda habréis oído decir —gritó el comandante—, este distinguido caballero, aquí a mi derecha, el capitán Mungo Park... —Aquí fue interrumpido por la voz de un borracho pidiendo tres vítores para Mungo Park y por el enloquecido clamor de «sí, sí», que vino después. El comandante aprovechó la pausa para levantar el brazo de Mungo en un saludo victorioso antes de continuar. Mungo Park ha venido hasta aquí con una misión que es de nuestra incumbencia... Una misión tan noble e intrépida como las trascendentales campañas de César, Alejandro y Horatio Nelson...

—¡Vete a la mierda, sangre azul! —gritó un hombre en las primeras filas.

—¡A la mierda con tus discursos! —gritó otro—. ¡Reclútame a mí, reclútame a mí!

En el acto, alzando las manos como Colegiales, la soldadesca se adueñó de la frase convirtiéndola en estribillo: «¡A mí, a mí, oh, sí, reclútame a mí!», repetían entre lloricas y sensibleros. A partir de ese momento, se desencadenó el caos. Los enfermos tiraron las muletas y danzaron como coribantes, los anémicos se herniaban tratando de levantar troncos y rocas, los febriles recitaban recetas y letras de canciones populares para demostrar su perspicuidad. Aquí y allá estallaron peleas. Las imprecaciones se elevaron arañando el cielo, las piedras y los terrones empezaron a diluviar sobre la multitud como un castigo caído de lo alto. Súbitamente, alguien encendió una antorcha en medio de la oscuridad, y luego otra, y otra. La tropa indisciplinada se apretujaba contra la endeble balaustrada de bambú donde estaba el comandante, cantando «a mí, a mí, a mí, a mí», enloquecida y temible. El desastre ya se oía en el aire cuando el explorador carraspeó.

Todos se callaron inmediatamente. Los «chist» imponiendo silencio se oían aquí y allá, como el chapoteo de océanos lejanos. A Mungo le conmovió el espectáculo, la energía, la necesidad, el clamor casi de adoración que él suscitaba silenciándolo todo durante unos breves instantes. Se adelantó con la confianza de un orador nato.

—¡Dadme algunos hombres! —se desgañitó, enfervorizado, sintiendo correr por sus venas la emoción a raudales, con todas sus fibras histriónicas vibrando hasta alcanzar heroicas proporciones—: ¡Dadme algunos hombres que sean valientes, valientes hasta las últimas consecuencias!

NED EL OSCURO

EL SOL CHAMUSCABA EL CIELO como si acabara de ser creado, como si estuviera entrando en calor, forjando a martillazos el primer eslabón de una cadena de megatónicos acontecimientos nucleares, llameando con toda la convicción de la juventud y la promesa de una eterna combustión. Lo que equivale a decir que hacía calor. Un calor de mil diablos. Y el silencio de un planeta inhóspito e inhabitable. Ningún pájaro gorjeaba entre los polvorientos arbustos, ningún insecto zumbaba, ningún lagarto se rascaba con sus perezosas patas traseras. Ni siquiera soplabla una brisa capaz de mover la hoja de un árbol.

Lentamente, demasiado lentamente, una presencia humana empezó a aparecer en aquella escena de desolación. Bajando por una cuesta avanzaba la cuadrilla n.º I, pasando por delante de los cegadores muros del fuerte y atravesando un campo erosionado con ígneos cascajos. Los miembros del destacamento funerario, treinta en total, se tambaleaban agobiados bajo el peso de los picos, las palas y los cuatro ataúdes recién terminados a hachazos que llevaban a hombros. Media hora y catorce desmayos después, conseguían cubrir los aproximadamente noventa y dos metros de accidentado terreno hasta su destino: un arenoso otero que dominaba el mar, caóticamente desfigurado con lápidas sepulcrales. Cuando depositaron su carga, algunos hombres protestaron por la imposición de tener que cavar sepulturas a pleno sol. Lo usual era dejar los cadáveres insepultos y apestando durante uno o dos días, o al menos hasta altas horas de la noche. Pero aquella mañana el comandante había ordenado que las bajas del día anterior fueran inmediatamente enterradas, sin duda para guardar las formas en presencia del explorador.

—Muy bien, señores —ladró el teniente Martyn—, cinco minutos de descanso. Y luego espero que caven esa tierra pedregosa con tanta furia como si fuera el pellejo del juez que los condenó.

Martyn tenía diecinueve entusiastas años. Su uniforme era impecable; su talante, marcial. Le encantaba el ejército. En respuesta a su orden, los veintinueve subordinados se dejaron caer a tierra con los uniformes empapados de sudor, jadeando y quejándose, arrebatándose las cantimploras y las botellas de ron. Formaban un grupo patético, barbudos y tostados por el sol. Los uniformes eran una vergüenza, sucios harapos envolviendo sus cabezas, tenían los pies y las piernas plagadas de parásitos. Eran hombres de escasa instrucción, sin oficio, borrachos y pendencieros, revientapisos y asesinos, incorregibles hasta la médula. Pero, en fin, ¿acaso hacía falta alguna aptitud especial para cavar una tumba? ¿Cuánta pericia o entusiasmo hacía falta para eso?... Sin embargo, como suele ocurrir en cualquier gran concentración de hombres, siempre había algunos particularmente formados para determinadas tareas, aquellos que con el paso de los años habían desarrollado ciertos conocimientos, cierta destreza. Y Gorée no era la excepción. Entre los miembros de aquel destacamento funerario había dos antiguos profesionales, graduados en los cementerios de Islington y Cheapside: Billy Boyles y Ned Rise.

—Ah, Neddy, qué día más caluroso, ¿verdad? Y qué coñazo tener que estar aquí

sangrando por los poros solo por culpa de un dandi que ha venido desde Londres para tomar el té con el comandante, ¿eh?

Boyles escudriñaba oblicuamente a su amigo desde la sombra del ala deshilachada de un panamá. Exteriormente no se diferenciaba mucho del hombre que había embaucado a Osprey, que se bebió la cerveza de Nahum Pribble y que vivió en el fondo del pozo del terrateniente Trelawney. Estaba tan acostumbrado a la suciedad y a las privaciones, tan habituado al asalto de los microbios después de toda una vida revolcándose en la mierda, el lodo y la porquería de Londres, que ni la disentería ni las fiebres intermitentes habían podido con él. Súbitamente, la sombra de una inspiración le hizo sacar el labio inferior y hundir la nariz:

—Oye, ¿tú crees que ese tío nos llevaría con él?

Ned tenía los ojos inyectados en sangre. Había perdido peso y estaba mareado. En el transcurso de las dos últimas noches no había podido conciliar el sueño, atormentado con los escalofríos y la fiebre de la disentería.

—¿Estás bromeando? —gruñó—. Lo que él necesita para su flamante misión son hombres que puedan ponerse de pie y quedarse derechos y dormir como niños recién nacidos. ¡Joder! ¿Para qué coño iba a necesitar a un par de muertos vivientes como nosotros?

Las facciones de Boyles se transformaron hasta torcer el morro.

—Yo valgo tanto como cualquiera aquí —dijo. Y añadió—: Si me dan mi ración de ron. Además, si ese tío no nos recluta, tú sabes tan bien como yo que cavaremos nuestras propias tumbas dentro de poco.

En ese momento Martyn se acercó al grupo, levantando polvo con sus botas y ladrándoles que despegaran los sucios y perezosos culos de la tierra y empezaran a trabajar, inmediatamente, o les daría una paliza con su bastón de desfile, insignia de mando militar de una pulgada y tres cuartos de grueso.

Ned se levantó a duras penas, apoyándose en el mango de la pala. Miró a Boyles con la expresión de un perro callejero pillado bajo las ruedas de una carreta.

—Lo que tú digas, Billy, lo que tú digas. Yo cavaré tu tumba si antes tú cavas la mía.

Tres horas después Boyles y Rise estaban recostados contra el tronco de la única acacia que había en el otero, bebiendo a la sombra del árbol. Sus palas, clavadas en la tumba a medio cubrir que estaba a sus pies, se erguían como centinelas. El calor distorsionaba el horizonte, poniendo su mano sobre el mar hasta dejarlo aplastado, quieto, muerto. Hacía mucho que los demás se habían ido.

Había sucedido lo siguiente: demasiado cansados para palear, Ned cayó de rodillas y suplicó que lo dispensaran de la tarea. Martyn le acusó de querer escaquearse y le golpeó la espalda con el bastón. No hubo respuesta. Martyn lo golpeó otra vez, un poco más enérgicamente, como si se hubiera quedado en la calle sin llavín y estuviera aporreando la puerta de su casa. Ned perdió el conocimiento. Como castigo por tan flagrante abandono del deber, Martyn le ordenó al resucitado

Rise que se quedara en el otero hasta que rellenara la tumba, aunque no terminara hasta el día de Navidad. Billy Boyles se ofreció voluntariamente para quedarse y vigilarlo.

Así las cosas, allí estaban, recuperando fuerzas para levantarse y terminar el trabajo. A guisa de refrigerio, Boyles empujaba una botella de ron mientras a Ned se le caía la baba apurando las últimas gotas de una cantimplora. El calor era despiadado. Al cabo de un rato, Ned estiró el cuello para mirar la orilla con ojos ausentes, unos borrones de color resbalaban a la deriva ante sus ojos, una triste gaviota solitaria picoteaba algo en la arena. Ned pensaba en tiempos pasados, tiempos mejores, pensaba en la barra de la taberna Pig & Pox y en echar un largo trago de cerveza, cuando de pronto notó un movimiento allá abajo, en la playa. No podía jurarlo, pero parecía una silueta avanzando hacia ellos, una reverberación en forma de neblina lo empañaba todo, aunque no... En vez de una, eran dos siluetas. Entornó los ojos, haciendo visera con la mano contra el sol. Sí, dos siluetas, una alta y otra baja, paseándose muy despacio a lo largo de la playa, en medio de aquel calor, como si fueran coleccionistas de conchas dando una vuelta por la costa de Brighton. Dios mío, ¿quiénes serían? Y entonces cayó en la cuenta. Inmediatamente, Ned se puso en pie y empezó a palear tierra igual que un buscador de oro que hubiera encontrado un filón. Alarmado, Boyles dejó caer la botella y se acercó a él.

—Neddy, ¿qué pasa? ¿Nos atacan? ¿Quién nos ataca?

Ned no aminoró el ritmo, ni siquiera le miró. Simplemente, con voz tensa y urgente como la cuerda de un arco, le dijo:

—Coge la pala, idiota. Cava. Cava por tu vida.

Alelado, Boyles cogió la pala y empezó a echar tierra en el hoyo abierto.

Al cabo de unos minutos, el trabajo estaba casi terminado, y Boyles se asustó al sentir la presencia de dos desconocidos plantados ante él. Uno era bajito, moreno y ligeramente afeminado, con una sonrisa bailándole en el rostro y un hoyuelo en la barbilla. El otro tenía el pelo como el trigo, era alto y se mantenía erguido como una columna. Lucía una barba rojiza de tres o cuatro días... Pero, espera un minuto. ¿Ése no era...?

Mungo Park estaba allí, con sus botas relucientes y los pantalones de nanquín, en mangas de camisa y con chaleco, la chaqueta color melocotón echada al hombro con desenfado. Su cuñado estaba a su lado, sacando pecho, con los brazos en jarra, tan peripuesto como el más indolente dandi de Bond Street.

—Menos mal —dijo el explorador—, ¡qué alegría saber que aún queda gente capaz de trabajar por estos parajes!

Era una voz cordial como un apretón de manos.

Ned, que seguía cavando, echando el bofe, de pronto dio media vuelta, como si le hubieran pillado por sorpresa, y se cuadró bruscamente saludando con una manotada en la sien.

—¡Señor! —ladró automáticamente, como si fuera una foca amaestrada y el

explorador un domador con un pez en la mano.

Hizo un esfuerzo para sostenerle la mirada al explorador controlando al mismo tiempo los continuos cambios de temperatura que lo estremecían, haciéndole castañetear las rodillas. Inmóvil, no pudo evitar el asombro que experimentaba al ver al explorador de cerca por primera vez. Esperaba ver a un viejo, un cuarentón. Al fin y al cabo, esos tipos famosos solían venir a África una vez y luego se iban para siempre, escribían sus libros y se dedicaban alternar con la flor y nata de la sociedad. Y, sin embargo, aquel hombre no era más viejo que Ned.

Mungo apartó un mechón de pelo de sus ojos, apenas sudando aunque el calor golpeaba como un martillo.

—No necesita ser tan formal, amigo —dijo, y Ned abandonó el saludo militar—. Alexander y yo habíamos empezado a pensar que en esta isla nadie salía de la enfermería.

—Bien, señor —dijo Ned, enfatizando en el timbre de voz toda su instrucción—. El Señor nos ha bendecido con buena salud y nos sentimos obligados a hacer todo lo que podamos para pagarle a Él garantizando que aquellos que han sido menos afortunados puedan al menos tener un entierro decente.

Mungo y Zander intercambiaron una mirada de complicidad, como si durante una subasta de caballos hubieran oído un precio tan absurdamente bajo que sintieran hormigueo en las palmas de las manos.

—Sí, señor. Billy y yo ya llevamos aquí tres horas, cumpliendo con la tarea de enterrar a los cuatro infelices llamados ayer por Dios durante la excitación que despertó vuestra llegada, señor.

—Oh..., entonces, ¿sabéis a qué hemos venido a Gorée mi cuñado y yo?

Boyles, que hasta ese momento se había mantenido callado y boquiabierto, empezó a concebir una parrafada.

—Claro que lo sabemos, oh, sí que lo sabemos —trinó con una tonta, húmeda sonrisa rajándole la cara de oreja a oreja—. Usted tiene una grandiosa y gloriosa misión, ¿verdad? Una misión que redundará en gloria eterna para el rey Jorge y la reina y todos los orgullosos ciudadanos de Inglaterra, ¿estoy en lo cierto?

El explorador ya se había quitado el sombrero para coger el cuaderno de notas oculto en la copa. Estaba radiante como un héroe.

—O sea que —dijo, pluma y papel en mano—, ¿debo suponer que os gustaría venir con nosotros?

CRUZANDO EL RUBICÓN

LA ATMÓSFERA TROPICAL impregnada de espeso lodo —ya preñada de humedad— vibraba aquella mañana con los gritos de júbilo de los que se consideraban extraordinariamente afortunados, aunque hubieran sido escogidos al azar. Eran los gritos de los elegidos, la selecta minoría, los que habían tenido la potra de besar a la

reina de la belleza y se llevaban la palma: los gritos de los ganadores. «¡Hurra!», se desgañitaban. «¡Me tocó el premio gordo!» Mezclado con estos gritos había otro ruido, una suerte de interferencia celestial, desenfadada, metálica, que crispaba: el sonido de unos instrumentos musicales violados y maltratados. Aquella cacofonía procedía de la banda del regimiento integrada por seis clarines, dos trompetas y una viola. Situada en la puerta principal del fuerte, la banda estaba tocando *Rule Britannia* y la *bourrée*^[25] de *La música real para unos fuegos artificiales*. La celebración era trascendental, fila tras fila de soldados con casacas rojas en posición de firmes, ante el comandante, que se había levantado temprano y ya estaba montado en su caballo gris. La banda sonaba como una asamblea de arcángeles: la segunda expedición de Mungo Park acababa de comenzar.

Los treinta y cinco hombres que el explorador había elegido para acompañarle salieron por la puerta como pavos reales, jactándose de su buena suerte, casi apuestos con los nuevos uniformes que les habían proporcionado para la ocasión. Y no era para menos. Iban a escapar de un lugar horrible, de un abismo, de las fauces de la pestilencia y la muerte, iban a embarcarse en una expedición que los llevaría a tierra firme y luego de vuelta a Inglaterra, no solo como hombres libres, sino también como héroes. El resto de la guarnición no participaba tanto de ese entusiasmo. Los trescientos veinticinco hombres que Mungo dejaba atrás —en el ínterin otros ocho habían fallecido— estaban aplaudiendo, sí, pero solo por guardar las formas. Decepcionados, envidiosos, se sentían mortalmente desilusionados. Algunos ocultaban el rostro para gimotear. Otros lloraban ostensiblemente sonándose las narices en los faldones de sus camisas o en unos trapos tiznados.

A la cabeza de la caravana, el explorador parecía contento y optimista. Tenía treinta y cinco hombres de calidad, sanos y fuertes, valientes y fieles, además de entusiastas y tenaces de corazón. Tenía a sus burros, y contaba con el respaldo del Gobierno, Zander estaba a su lado, y la banda estaba tocando. ¿Acaso había una manera más auspiciosa de emprender la mayor aventura de su vida? Sonreía, sonreía hasta sentir que se le agrietaban los labios, saludando sin cesar a la tropa mientras pensaba: «Esto era lo que yo necesitaba, por fin, después de tanto tiempo». Ahora no se detendría, y nada ni nadie podría pararlo. Trazaría el mapa del Níger, conquistaría los corazones y cautivaría los intelectos de todo el mundo. Lo que le esperaba era la inmortalidad, ni más ni menos.

Quince minutos después, de nuevo en el *Crescent* y apretujado entre los hombres blandiendo gorras y una recua de burros rebuznadores, pasó lista rápidamente. Los robustos apellidos celtas y anglosajones brotaban de su boca como un espeso jarabe, y las respuestas le llegaban volando, entusiasmadas, unas en voz alta, otras carrasposas y apagadas, otras ahuecadas. Incluyéndole a él, eran en total cuarenta y cinco hombres: Zander, Georgie Scott y el teniente Martyn, los cuatro carpinteros, dos marineros de la corbeta *Eugenia*, reclutados para gobernar los barcos por el Níger, y los treinta y cinco valientes que misteriosamente él había hecho desaparecer

del fuerte. En cuanto a estos últimos, apenas podía relacionar los nombres con las caras, aunque sí reconocía a Jemmie Bird, a Jonas Watkins, a Ned Rise y a Billy Boyles, entre otros. Exceptuando a Martyn, todos —menos uno— eran soldados rasos. La excepción era el sargento M'Keal, un soldado excelente, probado y leal, y con una gran experiencia acumulada durante sus treinta y un años de servicio activo. Por la manera en que estrechó su mano y por su mirada, Mungo supo que estaba ante un hombre de verdad, a pesar de su hoja de servicios. A pesar de que había sido degradado doce veces a cabo, y nueve a sargento. Era un hombre que hubiera llegado a ocupar posiciones mucho más altas de no ser por esa malhadada adicción a la bebida que siempre lo devolvía a las filas. El hombre era de ley. Cualquier idiota podía verlo.

Mungo contempla el alboroto que deja atrás, en la costa, mientras el *Crescent* se aleja del muelle. Todos los que han quedado en el fuerte están llorando de alegría. La banda está tocando a todo volumen, el comandante agita un pañuelo blanco, la brisa hincha las velas. Es un momento glorioso y Mungo levanta el puño cerrado a guisa de saludo mientras el viento impulsa el barco y la isla empieza a desaparecer en lontananza.

MIENTRAS NAVEGAN por el Gambia hasta Pisanía, Ned Rise se recuesta en una caja de mercancías, enciende un cigarro y mira el agua terrosa del río, la trayectoria de los pájaros, las grandes garras de los cipreses que pueblan las orillas como esfinges decapitadas. Se siente mejor, está recuperándose de la disentería, animado por su buena suerte y por la perspectiva de regresar a Inglaterra ese mismo año. El explorador no está mal, piensa. Quizá sea un poco presumido y solemne, pero es un hombre al que se le puede manipular fácilmente... Sí, definitivamente es un hombre a quien puede darle cien vueltas. Ned cierra los ojos y se imagina en el Támesis, azul, limpio y fascinante bajo el sol, con el explorador a su lado, al timón del *Crescent*, la multitud abarrotando los muelles, aclamándolos, las mujeres fáciles: el futuro garantizado. «Ned —dice el explorador—, sin ti no hubiera podido hacerlo». Mungo estrecha la mano de Ned, una aureola tenue y santa vibrando alrededor de los dos. «Pídeme lo que quieras como premio, amigo; pídelo y será tuyo».

Se despierta suavemente, no sabe cuánto tiempo ha pasado —¿un minuto?, ¿una hora?—, oye el cotilleo de los martinets y las abubillas flotando en la orilla y, desde algún lugar del barco, la risa enloquecida de Boyles y de Bird, borrachos hasta las cejas. Se restriega los ojos, mira la hilera de árboles resbalando tranquilamente por la baranda de borda, y empieza a sentir, de una manera vaga y creciente, que algo va mal. Por ejemplo: esa sombra que surge imponente sobre él, corpulenta, fija, indudablemente humana. Ned levanta la vista guiñando los ojos, momentáneamente deslumbrado por el sol, incapaz de reconocer la cara que se recorta a contraluz.

—¿Jonas? —trata de adivinar—. ¿Billy?

La callada por respuesta. El desconocido simplemente está allí plantado, mirándolo desde arriba, mientras Ned protege sus ojos contra la luz y parpadea, intentando que desaparezcan las manchas solares y las imágenes umbrosas de su retina. Lo que ve no es demasiado alentador: una mandíbula saliente y unos ojos porcinos y opacos, mechones de pelo enmarañado entreverados con claros de tiña, la cara arrugada y las orejas gruesas de un patán, todo lo cual corona una masa tensa de huesos, tendones y músculos que podrían pulverizar a cualquiera. El conjunto, por alguna razón, evoca en Ned asociaciones desagradables, dolorosas, y ya estaba a punto de dar un salto a su angustioso pasado cuando el desconocido rompió el silencio.

—Caramba, ¿tú no eres Ned Rise?

Entonces, a cinco mil kilómetros y siete años de distancia, Ned supo que quien estaba de pie delante de él era Smirke. Instintivamente, se cubrió el rostro.

—Me llamo Rose, amigo. Edward Hilary Rose.

El tabernero se agachó poniendo una rodilla en las planchas de la cubierta, con la cara rasposa y sudorosa tan pasmada como la de un niño.

—Pero..., no puede ser. ¡Que me lleve el diablo si no te he visto colgado por asesinato!

Ned empezó a levantarse y poco a poco levantó el brazo, alerta ante cualquier movimiento repentino.

—Pero eres tú, claro que eres tú... Mira, ahí esta la marca del verdugo —bramó Smirke, señalando la rozadura en el cuello y lanzándole en la cara una tufarada de cerveza mezclada con cebolla.

—No, amigo —dijo Ned, retrocediendo agachado como un cangrejo—. Te has equivocado de persona. Soy un soldado, un hombre de carrera. Nacido y criado en Cornwall, nunca en mi vida he estado en Londres...

—¿Londres? ¿Quién ha hablado de Londres?

Y de golpe Smirke lo cogió por el cuello, tensando el potente antebrazo y levantándolo en vilo como si no fuera más que un pelele. El tabernero lo mantuvo suspendido en el aire durante un largo y desagradable rato, contrayendo los ojos hasta convertirlos en rendijas, con el huesudo rostro descompuesto por el odio, y luego lo arrojó contra una pila de cajones.

—¿Y qué me dices de estos muñones, eh, Neddy?

Ned escondió la mano en el bolsillo, pero Smirke le cogió por la muñeca oprimiéndole la mano contra un cajón lleno de impertinentes, separando y estirándole los dedos contra las ásperas tablas de pino. Mudos e inequívocos, los dedos mutilados contaron su propia historia.

Smirke no dijo nada, limitándose a respirar profundamente, con un aire de satisfacción, casi en una sucesión de bufidos. Le sostuvo la mirada a Ned, estaban tan cerca que sus narices se tocaban, y entonces, resollando, como si estuviera alcanzando una especie de orgasmo:

—¡Me has arruinado, Ned Rise! —bramó, con voz tan inexpresiva como la de un deficiente mental—, y ahora escucharás el porqué.

Allí estaba Ned, de pie, apretado contra los cajones, agarrándose a Smirke tan estrechamente que parecían amantes, mientras el hombretón escupía palabrotas en su cara narrándole una historia obsesiva de pérdidas y adversidades.

—Hijo de la gran puta —dijo en voz tan baja que casi sonó como un apelativo cariñoso—, chupapollas. Asqueroso maricón de mierda. Antes yo era una persona honorable —y ahora gritando—, ¡el propietario de un establecimiento respetable, y mírame ahora...!

Ned estaba mirando, no le quedaba otro remedio, mientras pensaba en cómo escapar de aquel loco, esquivarlo y arrojarlo por la borda para que se hundiera en el enconado cieno. Pero de eso nada. Smirke cada vez lo apretaba con más fuerza y seguía hablando.

Había perdido el Vole's Head hacía casi seis años, lo había perdido después de que hubiera pertenecido a su familia durante tres generaciones. Y todo por culpa de la humillación y la pérdida de confianza que había sufrido debido al incidente en el Salón Reamer. El negocio había empezado a decaer. Sus clientes más acaudalados acudían a otros establecimientos, y Smirke se vio obligado a vender parte de los objetos decorativos que adornaban la taberna para poder pagar las facturas. Inevitablemente tuvo que cerrarla, y al cabo de un año estaba vagando por las calles, convertido en un hombre destrozado. Fue más o menos entonces cuando se encontró con Mendoza. «¿Necesitas una o dos libras rápidas, amigo?», le preguntó Mendoza, sacando un gran fajo de billetes. Como siempre, el exboxeador iba vestido a la moda, y parecía tan próspero como un príncipe, aunque no había vuelto a subir al cuadrilátero ni una sola vez desde hacía años. «¿Estás pasando una mala racha, verdad, Smirke?», dijo con una sonrisa. «Ven a verme: yo lo arreglaré todo». Dos noches después, Smirke entraba por una de las ventanas de la segunda planta de la casa de la señora Tuppenham, mientras Mendoza esperaba abajo, en la calle, vigilando. Veinte minutos más tarde, cuando Smirke bajó por la escalera con los brazos cargados y una bolsa llena de vajilla de plata colgando del hombro, había dos policías sujetándole la escalera abajo. Al cabo de una hora, Smirke estaba en Newgate, y de allí lo llevaron al desguace de barcos de Portsmouth. Cuando el explorador apareció buscando carpinteros, Smirke, que había hecho alguna que otra restauración en el Vole's Head, se presentó y ofreció sus servicios. Y de esa forma había llegado hasta allí. A aquel lugar pestilente.

—¡Y todo por tu culpa, Ned Rise! —gritó de repente—. Cuando te vi colgando de la cuerda me dije que eso no era nada comparado con todo el mal que merecías. ¡Yo quería darle una patada a aquel maricón de la capucha negra y hacer su trabajo, apretar la cuerda el doble de fuerte, estrangularte con mis propias manos hasta hacerte desear no haber nacido jamás!

Desesperado, con el mal aliento del loco en la cara y aferrado por el cuello, Ned

optó por darle un codazo en las costillas, seguido de un rápido rodillazo entre las ingles. Un, dos: ¡uf!, ¡uf! Pero aquello no surtió ningún efecto. Smirke estaba inclinado sobre él, aporreándole el espinazo, estrangulándolo tan minuciosamente como un carnicero retorciendo el pescuezo a un ganso navideño. Ned quiso gritar, pero tenía la tráquea cerrada, no emitía ningún sonido, y tuvo que resignarse a sacudirse desesperadamente, a tontas y a locas, mientras la vida se le escapaba a toda prisa, como el agua por un desagadero.

Se salvó gracias al teniente Martyn:

—¡Eh! —gritó el oficial—. ¡Ustedes dos!

Y asestó un par de bastonazos en la nuca al tabernero que sonaron como castañas estallando en un fogón.

Mientras sentía aflojarse la presión de las manos de Smirke, ahogándose debajo de la inmensa masa mojada del cuerpo de su adversario, pesado como un leviatán, constriñéndolo contra el suelo, mientras oía a Martyn vociferando órdenes y haciendo sonar el silbato y un tropel de pasos acercándose y estremeciendo las planchas de cubierta, Ned Rise empezó a reconsiderar la nueva situación, recordando con cierta nostalgia su camastro en el cuartel de Gorée, pensando que quizá había cometido un error, pensando que, a fin de cuentas, quizá toda aquella expedición no era tan buena como decían.

CONTRATIEMPOS EN PISANIA

EL PRIMER CONTRATIEMPO fue de poca importancia —un accidente menor, tan imprevisible como inevitable— pero de todas maneras fue algo así como una señal de mal augurio, una agobiante manera de iniciar una aventura tan histórica como aquella. Y lo que era peor, incluyó la primera muerte.

Al igual que la mayoría de los hombres reclutados en la guarnición, Leland Cahill había estado bebiendo bastante para festejar la conmutación de la pena de muerte que era Gorée, bebiendo por el éxito de la expedición, en honor de Mungo Park, el coraje de sus compañeros y más o menos cualquier otra cosa que se le ocurrió. Cahill era un muchacho de dieciocho años con la cara cicatrizada por los barrotes, con un cociente intelectual un poco por debajo del término medio, con una inofensiva y encantadora apariencia, a quien habían sentenciado a cadena perpetua por sacrilegio, por orinar en público y por robar prendas de lana de un tendedero. Sobrio, era poco menos que inútil; borracho, parecía un catatónico con estrabismo escapado del Hospital Bethlehem^[26]. Sin embargo, cuando el *Crescent* echó anclas cerca de Pisania, le encomendaron la tarea, junto con Mitchell Mewshaw, de instalar la pasarela.

Dado que el nivel del río era bajo en esa temporada, el capitán del barco tuvo que echar anclas a unos cien metros de la orilla. Por suerte, Mungo había previsto esa contingencia y envió a alguien por delante para garantizar que construyeran una balsa con el fin de trasladar a los hombres, los animales y el equipo desde el barco hasta la

orilla. La balsa estaba esperándolos cuando doblaron un recodo del río y vieron las edificaciones de la factoría.

Todos los oficiales estuvieron de acuerdo en desembarcar primero a los burros, cuyo olor se hacía aún más insoportable por estar apretujados en un barco tan abarrotado y debido al intenso calor. Como si fueran conscientes de ese privilegio, los burros se fueron excitando más y más a medida que los dos negros lustrosos de Pisanía arrimaban la balsa al barco. Desgraciadamente, Cahill y Mewshaw, pasándose la botella de ginebra y contándose chistes verdes, no tuvieron en cuenta esa circunstancia. Cuando la balsa estuvo correctamente asegurada, ellos simplemente dieron un par de pasos atrás, ataron los cabos y guiaron la pasarela de madera hasta ponerla en su posición. Error. Porque mientras la pasarela abría una brecha en los macarrones, los burros empezaron a tirar coces y a resoplar, impacientes en medio de la aglomeración y los bandazos de la embarcación; en cuanto bajaron, salieron en estampida. Una masa de pelaje pardo sobrevoló la borda y bajó por la pasarela en una tempestad de cascos retumbantes, en un pandemónium de rebuznos y coces infernales. Dieciocho burros se hundieron sin más en el agua. El resto consiguió llegar a la balsa, asustados y revolviendo los ojos enloquecidos, desesperados por escapar a los empujones que venían de atrás. Inevitablemente asustaron a los negros y volcaron la balsa. En total, se perdieron seis burros. A Leland Cahill, soldado raso, le vieron por última vez cayendo de cabeza desde la rampa inclinada de la pasarela, con las huellas de ciento ocho cascos estampadas en su cuerpo.

EL SEGUNDO CONTRATIEMPO fue menos tangible, comparado con el primero era más bien un chasco mental y espiritual. Una decepción en el sentido exacto de la palabra, un inesperado y trágico giro en los acontecimientos.

Después de que el explorador hubiera organizado a sus hombres y a sus burros, designando a un grupo para que buscara el cuerpo de Cahill en el río, su primer pensamiento fue para el doctor Laidley. Hacía casi ocho años que no le veía. Y, sin embargo, cada vez que pensaba en África, pensaba en Laidley. El viejo le había preparado y asesorado en su primera misión, enseñándole los rudimentos de la lengua mandinga, explicándole las costumbres de los nativos, y le había presentado a Johnson. Cuando Mungo yacía postrado, hecho polvo a causa del primer ataque de fiebre en la jungla, Laidley lo cuidó, dándole tazas del fuerte té de la región, leyéndole los libros de Donne, Milton y Shakespeare en voz tan baja y sosegada como la del Banco de Inglaterra. Fue el último en despedir al explorador, y el primero en felicitarlo cuando regresó. Fue el primer hombre blanco que escuchó la primicia histórica sobre el Níger. Era el centro de gravedad en un caos de colores, dialectos, tatuajes y anillos colgando de las narices, el único pivote en un universo siempre cambiante de necesidades, deseos y extrañas costumbres. Era el mentor de Mungo.

Mientras el explorador pasaba entre las chozas hechas de cañas, cada una con su

perro ladrando y sus niños desnudos asomados a la puerta, mientras subía por el sendero polvoriento hasta la morada del doctor —mezcla de casa con fortaleza y con puesto comercial—, empezó a sonreír por anticipado pensando en el placer de volver a verlo, estrecharle la mano y presentarle a Zander, contarle el éxito fenomenal del libro y las repercusiones de su descubrimiento en la obra de los cartógrafos europeos. Ya podía imaginar las mejillas congénitamente rojas, la tonsura blanca, la cabeza asintiendo y los labios fruncidos, la mirada contemplativa del viejo mientras se balanceaba en su mecedora de mimbre absorbiendo las novedades de Inglaterra. Ya podía verlo estallar en un frenesí de hospitalidad. «Sí, sí, sí —le diría, paternal, franklinescamente, trotando por la estancia con los faldones de su chaqueta revoloteando al viento—, pero, mira, toma un poco de queso de cabra, un plato de cuscús, un vaso de vino de palma. ¿O prefieres un bistec? ¿Un puro? ¿Un poco de brandy?».

El explorador le dedicaría un ejemplar de su libro, y los dos se sentarían en la terraza, inmersos en una tertulia de conocedores del paisaje, en un flujo de palabras que actualizaría a Mungo, eliminando el polvo acumulado durante siete años de ausencia, recordando verdades medio olvidadas sobre la meteorología y la topografía del terreno, sobre las sucesiones dinásticas y las fronteras tribales. A decir verdad, al explorador le hacía bastante falta repasar un poco.

Todo eso pasaba por su cabeza mientras él y Zander subían los peldaños desbastados de la casa, pero una inquietante pregunta seguía insinuándose: ¿por qué el viejo no había ido a saludarlos cuando desembarcaron? ¿Estaría enfermo o realizando una excursión tierra adentro?

La respuesta lo esperaba justo detrás de la puerta cuando se abrió, en la persona sin afeitar y de pelo lacio de D. K. Crump, antes ayudante del doctor y ahora su sucesor provisional. Sentado en una silla de mimbre, ante una botella de ginebra, Crump fumaba una pipa de *mutokuane*. Tenía los ojos inyectados en sangre. A su lado, adormilada en una nube de éxtasis o de estupor, una negra con un holgado vestido a rayas se abanicaba lánguidamente mientras Crump, metiendo una mano por la manga del vestido, le sobaba las tetas como si revolviere patatas en una bolsa.

Al explorador le costó un rato acostumbrarse a la escena. La factoría estaba a oscuras y era inmensa, repleta de mercancías para el trueque. Había cuchillos, mosquetes, barricas de pólvora, rollos de tela, espejos, damajuanas de vino y de brandy, barriles de clavos, hachas, sierras, cajas de sorpresas y toneles llenos de caramelos baratos. Y, en contraste, un montón de productos locales tomados en intercambio: colmillos y patas de elefantes, montañitas amorfas de cera de abeja, plumas de pájaros de todas las clases y colores, costales de pimienta y cacahuetes, un laberinto de grandes trozos de ébano, pieles de leopardos, leones y cebras. Aquello parecía la secuela de una catástrofe natural, lo que queda después de una inundación, la madera y la basura arrojada por el mar, arrumbada en montañas polvorientas que se perdían en los últimos rincones del almacén en penumbras. El explorador lo examinó

todo de un vistazo, y luego se volvió al hombre sin camisa cuyos robustos bíceps parecían reinar sobre todo aquello.

—Soy Mungo Park —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—, y éste es Alexander Anderson, mi segundo al mando. ¿Está el doctor Laidley?

El hombre los miró detenidamente, indiferente como un lagarto tomando el sol en una roca. Le dio una chupada a la pipa, y después se rio. Una risa breve y repentina como el ladrido de un perro.

Mungo se balanceaba intranquilo, ora sobre un pie, ora sobre el otro. Crump agitó las tetas de la negra. Zander se adelantó.

—Oiga —dijo—, le ha hecho una pregunta cortés... ¿Sabe dónde está el encargado o no?

Los ojos azules de Crump permanecieron impasibles. Colocó la pipa sobre la mesa y tomó un sorbo de ginebra. Entonces volvió a reírse.

—¡Ajá! —gruñó por fin—. El viejo gilipollas se murió, hace casi un mes.

Hubo que sacarle las palabras con cuchara, como si se tratara de extraer astillas de la carne. Pero al cabo de diez minutos de paciente interrogatorio, los dos misioneros geográficos pudieron establecer que Laidley había muerto de manera fortuita. Todo parecía indicar que tras regresar de un prolongado viaje de coleccionista tierra adentro, durante el cual había sobrevivido al ataque de un león dispéptico, al mordisco de una mamba negra y al atraco de unos fulah, el doctor salió al patio para inspeccionar sus rosas, le picó una abeja en la nariz y murió dando boqueadas veinte minutos después. Crump, Dirk Crump, un delincuente, otro gandul londinense, había convencido a la compañía de que él era la persona idónea para aquel puesto, y hacía un mes que había llegado para reemplazar al anterior ayudante de Laidley, quien había sucumbido a las inclemencias del clima. Crump se encargó del funeral —un grupo de putos negros cavando la tierra—, pronunció unas cuantas palabras al pie del montículo de barro amarillo que se tragó al buen doctor y notificó el deceso a sus superiores de Londres. Pasarían meses antes de que la noticia llegara a las oficinas de la Compañía de África Occidental en Londres, y otros seis o siete meses para que la compañía reaccionara colocando a otra persona al frente de la factoría. Mientras tanto, Crump era el encargado.

Al explorador se le cayó el alma a los pies. No habría ninguna reunión, ninguna hospitalidad, ninguna charla erudita sobre los últimos cambios en la región. Lo único que allí había era aquel degenerado sonriendo, esa hiena con las botas puestas encima del escritorio del doctor. Mungo dio media vuelta para irse.

—Oiga, señor explorador, ¿no se olvida usted de algo? —dijo Crump con voz áspera y un destello en los ojos. Una extraña excitación se había apoderado de él. Ahora estaba de pie, balanceándose como una serpiente a punto de atacar. El explorador se detuvo en la puerta.

—¿De qué?

—De la balsa. La puta balsa que encargó. ¿Acaso cree que las balsas crecen en

los árboles? —Crump empezó a reírse de su propio chiste. Su risa era un susurro enfermizo.

—¿Y qué?

—Bueno, pues que estoy esperando a que me pague. La Compañía Comercial de África Occidental no da crédito a nadie. En mi opinión, colega, usted no es mejor ni peor que esos negros selváticos que están ahí afuera.

Crump estaba a solo medio metro de distancia ahora, con los brazos cruzados.

—Bueno, tío, ¿a qué espera para pagarme la balsa?

Mungo suspiró.

—Bueno, escribiré una carta al Ministerio de Colonias...

—¡Ni hablar, amigo! Aquí absolutamente todas las transacciones son en dinero efectivo. Mis muchachos..., y usted puede ver a unos cuantos ahí afuera...

El explorador miró. Siete u ocho salvajes pintarrajeados y armados con lanzas, pistolas, mosquetes y espadas estaban apoyados en la balaustrada de la terraza, con caras de pocos amigos, como si no hubieran escuchado un buen chiste desde hacía años...

—... como iba diciéndole, mis muchachos trabajaron mucho en esa balsa, incluyendo tres días de trabajo extra pagados a sueldo y medio, y quieren lo que se han ganado, si entiende lo que quiero decir.

—Muy bien —dijo Mungo, serio—. ¿Cuánto te debemos?

—Quinientas guineas.

El explorador se quedó atónito.

—¿Quinientas...?

—No las pagaremos —dijo Zander abruptamente.

Los tres se quedaron allí un momento, mientras la húmeda esponja del aire absorbía las palabras de Zander como si nunca hubieran sido pronunciadas. Hacía calor, y las gotas de sudor resbalaban por las sienas del explorador salándole las comisuras de la boca. De repente, uno de los hombres pintados gruñó, y todos se volvieron para mirarlo. Estaba maquillado en negro y blanco, la pintura dividía su cara en dos, con listones, como un xilófono. Señaló con un dedo la palma de aceite que estaba al otro lado del claro, en cuyo tronco había un pequeño mono colobo, mascando algo y limpiando con la mano, de vez en cuando, a otro mono aún más pequeño agarrado a su espalda. Lenta y deliberadamente, con una indiferencia total, el hombre-xilófono se echó el mosquete a la cara y apretó el gatillo, dejando clavados a ambos animales en la palma durante un fugaz instante antes de que cayeran al suelo como trapos.

Mungo abrió enseguida su bolsa.

N.º 12, St. Jame's Place
La baronesa Von Kalibzo se complace
en invitarle a la recepción en honor
del Sr. Mungo Park, lumbrera de la geografía
y descubridor del río Níger
9.00 p. m.

28 de enero de 1798

EL TERCER CONTRATIEMPO fue simplemente molesto y extraño. Pero a la vez, de algún modo, era más profundamente inquietante que los anteriores, una especie de golpe visceral, como esas pesadillas que nos ahuecan los intestinos.

Después de su confrontación con Crump, y tras una breve conferencia con sus oficiales, Mungo decidió partir de Pisania al día siguiente por la mañana. Evidentemente el nuevo encargado era hostil y sus socios potencialmente peligrosos. No se sacaba nada prolongando la estancia en Pisania, y cada día que pasaba se acercaba más la estación lluviosa. El único asunto pendiente —enrolar a unos dieciocho o veinte negros para usarlos como portadores, guías e intérpretes— llevaría a lo sumo un par de horas. El explorador se sentía seguro de sí mismo. Gracias a su larga experiencia, sabía cómo encender las pasiones del corazón nativo con apetencias materiales. Ofrecería la mitad de un rollo de tela escarlata y el dinero equivalente al precio de un esclavo de primera calidad a cualquiera que lo acompañara hacia el interior. Solo tenía que difundir el rumor, y su tienda de campaña se inundaría de voluntarios impacientes, formando hordas, hablando como especuladores, empujándose unos a otros para escupir en sus palmas y estrecharle la mano al hombre blanco sellando el trato. Entonces podría arrellanarse y elegir cómodamente.

Pero algo había salido mal.

Aunque había anunciado su oferta justo después del mediodía, pasó la tarde, y ya era de noche, y todavía nadie se había presentado. Tal vez el jefe de la aldea no había propagado el anuncio. ¿Lo habría mantenido en secreto para que solo sus parientes participaran del negocio? ¿Acaso el explorador no había conseguido comunicarse claramente? A decir verdad, después de tanto tiempo, su mandinga era bastante deficiente. A eso de las ocho empezó a preocuparse. Sin negros que condujeran los burros y transportaran los suministros y el equipo, los soldados tendrían que asumir ese trabajo, y ya iban a tener bastantes problemas simplemente cuidando de sí mismos en cuanto empezara la temporada de lluvias. Y lo que era aún peor, no tendría a nadie capaz de comunicarse con las tribus distantes, nadie que lo guiara por el camino correcto.

—No —dijo el explorador a su cuñado mientras discutían el asunto sentados a la

luz de la lámpara de aceite en su tienda de campaña—, no podemos prescindir de ellos. Necesitamos a unos cuantos negros, aunque tengamos que doblar la oferta, aunque tengamos que ofrecerles una granja en los Cotswolds e incluso los calzoncillos del rey.

Afuera, aumentaba el humo de las hogueras donde los hombres cocinaban. Indiferentes a cosas tan insignificantes como Leland Cahill, el doctor Laidley, el precio de una balsa o la disponibilidad de portadores negros, los hombres iban a lo suyo: asando pollos, vaciando calabacinos de cerveza *sooloo* y contagiándoles enfermedades venéreas a las nativas. El explorador podía oírlos profiriendo palabrotas en voz baja y jadeando entre los arbustos mientras él cruzaba la aldea hacia la choza del jefe. Desde el río, débil pero inconfundible, llegaba el extraño resuello de los cocodrilos apareándose en el lodo.

El jefe de la aldea, fibroso, de unos treinta años, tocado con un sombrero de castor y vestido con una camisa de holán francés sin mangas, estaba a punto de sentarse para cenar cuando el explorador salió de las sombras y entró en el halo de la hoguera. Se llamaba Damman Jumma. Su choza, todo un triunfo de la arquitectura de adobe-y-zarzo contemporánea, estaba pegada a la estacada erguida alrededor de la factoría, y la luz de la hoguera iluminaba las puntas afiladas de las estacas hasta hacerlas brillar como una hilera de dientes limados. Había haces de leña descortezada alrededor del fuego, frente a la choza. Las esposas, los hijos, los primos, los tíos y los perros de Damman Jumma estaban repantigados, recostados en aquellos montones de leños como si fueran sofás y confidentes, charlando y bromeando, comiendo cuscús y mordiendo trozos de cecina procedentes de las provisiones del explorador. Cuando Mungo apareció, el grupo guardó silencio.

—Buenas noches —dijo Mungo, sintiendo que el dialecto mandinga sonaba denso, pegándose en su lengua.

Nadie respondió. El explorador se desabotonó y se abotonó la chaqueta, se relamió los labios e intentó iniciar una conversación.

—¿Os gusta la cecina?

Una mujer gorda con los lóbulos de las orejas estirados y anudados lo miró, tenía la cara manchada de grasa. Los niños escuálidos y famélicos, los perros de aspecto desconfiado y los viejos encanecidos lo miraron tan fijamente que Mungo tuvo la impresión de que estaban esperando a que él empezara a bailar o a hacer juegos malabares o algo parecido. Damman Jumma no dijo nada, pero miró al explorador poniendo los ojos en blanco, como huevos pasados por agua.

Mungo se aclaró la garganta.

—Er..., Damman..., er... La razón por la que he venido es para saber si tú has..., er..., en fin, ya sabes, si has difundido mi anuncio sobre esta expedición y el alto sueldo que estoy ofreciendo.

El jefe se metió un trozo de carne salada en la boca y empezó a masticar ruidosamente. Todos lo miraron, en silencio. Tardó tres o cuatro minutos en masticar

la carne elástica, tragarla y lubricarse la garganta con un largo trago del calabacino. Cuando volvió a mirar al explorador, estaba negando con la cabeza.

—*Babarram wo dedoto* —dijo—. Nadie irá.

El explorador no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué quieres decir con que nadie irá? Estoy ofreciendo medio rollo de tela roja traída directamente desde Birmingham y el precio de un esclavo de primera calidad. Eso es más de lo que cualquiera de ellos ganaría en dos años si se quedara aquí cargando y transportando cajones para el doctor, quiero decir, para el señor Crump.

Todos miraron al jefe. Valiéndose de una astilla de madera y de sus dientes, descorchaba lentamente una botella de Chateau Latour que Mungo reconoció como parte de sus bastimentos. Damman Jumma escupió el corcho bebió largamente antes de pasarle la botella a su esposa favorita.

—Escucha —le dijo en un mandinga familiar—, puedes ofrecer el oro y el moro hasta que se te ponga azul la cara, pero nadie irá contigo. La gente de por aquí piensa que eres un *kokoro kea*, que traes mala suerte. Y eso es todo.

Agitado, el explorador regresó a la tienda de campaña para hablar con Zander. Decidieron ofrecer rollo y medio de tela, un cajón de cerveza Whitbread y el precio de dos esclavos de primera calidad a cualquiera que los acompañara en la expedición. Al otro día por la mañana le pagaron a un *jilli kea* para que fuera cantando la nueva oferta por todos los caseríos en un radio de trece kilómetros. No hubo respuesta. El explorador esperó otros dos días. Por fin, al tercer día por la mañana, convocó a Zander, Martyn y Scott y les dijo que los soldados tendrían que llevarlo todo. Cargaron los burros, pasaron revista a la tropa, les entregaron sus provisiones y la expedición emprendió el viaje hacia el Níger.

Mientras salían marchando de Pisania, con los burros tan sobrecargados que se encorvaban agobiados por el peso, los lugareños los miraban abriendo desmesuradamente los ojos, algunos negando con la cabeza, otros aferrándose a sus *safies* y escribiendo en el polvo. Los miraban con la misma clase de fascinación, entre grave e incrédula, que podía suscitar la entrada de los primeros cristianos en el foso de leones o aquellos niños descalzos de la Edad Media agrupados en hordas para marchar a través de Europa y echar a los infieles de la Tierra Santa. Miraban murmurando plegarias mientras sentían una corazonada, embargados por una especie de presciencia que les hacía ver la muerte del hombre. Miraban, solemnes como curas, mientras los apestosos hombres blancos de ojos enloquecidos arreaban la recua de burros, saliendo de la aldea y subiendo por el largo y tortuoso camino hacia ninguna parte.

CON DOLOR

AILIE APRIETA LOS DIENTES, boqueando, con la respiración desgarrada. Piensa en un delirio tembloroso de dolor rosado, en cosas escatológicas y generativas, en la niñez,

la adolescencia y la vejez, en el nacimiento y la partenogénesis, en árboles y en la luz solar, en la nutrición del cuerpo y en su descomposición. Toda su mente florece de repente, filosóficamente, como si estuviera leyendo a Locke o a Galileo o a san Juan el Divino, en vez de estar allí tendida, a punto de soltar los tacos más sucios que conoce. Mientras tanto, los pájaros vuelven a cantar y las ventanas empiezan a suavizarse con la luz del amanecer. Se muerde los dedos. Hay algo dentro de ella, vital e impetuoso, saliendo de sus huesos, luchando por salir.

Es la cuarta vez, y sin embargo el dolor es lo bastante intenso para hacerla saltar y retorcerse como una araña encima de un leño ardiente. «Con dolor parirás a tus hijos», piensa, y después, más amargamente: «Tu deseo te arrastrará hacia tu marido, que te dominará». Desde algún lugar, lejana y como a través de una niebla, le llega la voz del doctor Dinwoodie, suave y sedante. Y luego oye el murmullo de Mary Ogilvie, la criada, contestándole, y el tintineo de una cuchara en una taza. Hay algo en esa sencilla música doméstica, algo que sugiere cotidianidad y liberación, algo catalítico. De repente, está empujando, como si fuera la cosa más corriente del mundo, algo natural y automático. El corazón, los pulmones, los músculos funcionan mecánicamente, al unísono, ahora con un fervor atlético, a toda carrera, tratando de llegar a la meta, de mandar la pelota lo más lejos posible. ¡Ahora! Ailie puede sentir la cabeza entre sus muslos, los dedos de Dinwoodie, ahora siente los hombros y luego la prisa hacia la liberación final. Es como una explosión, con un sonido que chupa y restriega, como si fuera el punto culminante de una descomunal evacuación intestinal. Ailie respira hondamente. Ya está fuera.

Vaciada, se hunde en la almohada y cierra los ojos. Oye el zas, zas de las tijeras del doctor, el agua salpicando, el llanto de la recién nacida criatura. En algún lugar de la planta baja, su padre está regañando al aprendiz, la discusión tiene algo que ver con emplastos y yesos. Luego oye la voz de Dinwoodie, muy cerca, susurrante y solemne.

—Es un varón, Ailie. Un niño precioso y fuerte, tan batallador como su padre.

Y ahora lo coge en brazos, rojo y mojado, apestando a mohosos secretos uterinos. Pero no importa. Chico o chica, niño o monstruo, a ella no le importa. ¡Qué más da!, piensa, sintiendo un sabor amargo y cobrizo en la boca. Su marido la ha abandonado. Cansada y sola, ella acaba de parir a un huérfano.

ALGUIEN EN QUIEN APOYARSE

MUCHA GENTE LA VISITA, personas que van y vienen, sonrientes, joviales, deseándole lo mejor. ¡Qué monada de criatura! Cuchi-cuchi. Hola. Adiós. Todo el tiempo ella está allí, tumbada, recostada en las almohadas como una santa martirizada, sintiéndose rara, rara por ser objeto de tanta simpatía y admiración, rara por estar en la alcoba de su infancia, de nuevo en la cama donde durmió sola durante veinticinco largos años. Se siente rara porque otra vez está sola.

Casi desde el primer momento para ella estuvo claro que las cosas no iban a salir

bien en Fowlshiels. Ailie no vio con buenos ojos la mudanza a la casa de su suegra, pues consideró que era la manera que tenía Mungo de decirle que ella había fracasado en Peebles. Acostumbrada a tener su propia casa y a decidir en todos los asuntos, desde la disposición del huerto hasta cuántas veces había que desinfectar al perro, era lógico que no se llevara bien con su suegra. Las cosas empeoraron cuando él la dejó. Era como si la suegra la culpaba de la temeridad e irresponsabilidad de Mungo, como si estuviera clarísimo que su fracaso como ama de casa era la causa de que su hijo escapara a un mundo salvaje donde tendría que enfrentarse con caníbales y bestias voraces. En la cocina, en el portal, en el patio, en el pozo, Ailie sentía la mirada de reproche de su suegra. Y durante todas y cada una de las tareas domésticas cotidianas, acumulaba un resentimiento cada vez mayor hacia Mungo por la situación intolerable a la que la había arrastrado. Los meses transcurrían con una lentitud increíble. Estaba embarazada, hecha polvo, los niños correteaban por la casa como gitanos e indios pieles rojas, su suegra seguía atrincherada detrás de un glacial muro de silencio. Cuando su padre la invitó a vivir con él en Selkirk, Ailie aceptó sin pensarlo dos veces.

Así pues, ahora está de regreso en su casa. Ha vuelto a casa para dar a luz a su hijo y lamer sus heridas, para criar a los niños bajo el techo protector de su padre. Ahora se respira quietud en la casa. El bebé duerme, su padre está visitando a sus pacientes, y los niños, de visita en Fowlshiels hasta que ella recupere las energías. Se siente perfectamente en casa, liberada de la tutela de su suegra, pero las horas cuelgan de la esfera del reloj y las ventanas están permanentemente grises. Está aburrida. Desanimada y ansiosa. Ha intentado leer un artículo sobre la reproducción asexual de la hidra verde. Empezó una carta para Mungo, pero luego la rompió en mil pedazos, frustrada. ¿Para qué iba a escribirle? De todas maneras, nunca iba a leerla. Por último, se levanta, adolorida, lentamente, y se mira en el espejo. Le asusta lo que ve: una mujer de treinta años, de huesos pequeños, de rasgos delicados, con los cabellos enmarañados y un gesto de dolor y de ira indeleblemente marcado en la cara. Una mujer de mandíbula firme cuyos ojos cortan como cuchillos, feroces y despiadados.

Más tarde llega Katlin Gibbie, gorda, madura y recia a sus veintiséis años. Viene a visitarla con sus niños inquietos y avariciosos. Betty Deatcher también viene a verla, y el pastor MacNibbit. Según parece, todo el mundo quiere verla. Y todos traen algún regalo: algo para el bebé, un ramo de flores, un pan, un cuenco de caldo. Pero Zander no está. Ni Mungo tampoco.

Cada vez que los recuerda se le abre una oquedad en el estómago, un temor que duele como el hambre. Trata de imaginar sus caras —marido y hermano—, pero solo consigue ver a Seedy, sonriendo, relamiéndose, con un hueso atravesado en la nariz. Cuando alarga la mano para coger la estatuilla que está en la mesita de noche, de pronto la cabeza se le llena de recuerdos malvados, imágenes reprimidas durante mucho tiempo que ahora brotan como hongos venenosos en el mantillo de su subconsciente, imágenes que Mungo había evocado en la quietud del lecho, inmersos

en una oscuridad como de papel secante, cuando su voz sin cuerpo empujaba, empujaba, empujaba hasta hacerla ver cada línea de la cara de Dassoud, oler el semen del león y de la hiena, y saborear el lodo de los lechos fluviales. ¿Estarían en peligro? ¿Enfermos? ¿Heridos? Siente picazón en la yema de los dedos de las manos y de los pies, algo rondando la periferia de su consciencia, algo vago e inestable, algo así como un presentimiento. Pero no, simplemente está nerviosa, no es más que eso. Solo una fantasía moribunda, ellos sobrevivirán, ¿qué les puede pasar protegidos por toda una tropa de soldados armados?

Aguda y repentina, la campanilla de la planta baja rompe el silencio como un grito. Más trajín en el vestíbulo. Un murmullo de voces, pasos en la escalera. Ailie no quiere ver a nadie. No cuando está así. Mary está llamando a la puerta.

—¿Quién es?

—Tiene una visita, señora.

—Dígale que se vaya, estoy cansadísima.

Más movimiento en el pasillo, un susurro inoportuno:

—Dice que viene de muy lejos, señora... Desde Edimburgo.

—¿Edimburgo? ¿Quién...?

En ese momento se abre la puerta y Mary se asoma, contrita, mientras el visitante aparece a sus espaldas. Es un hombre alto, alto como el marco de la puerta, con el pelo cuidadosamente peinado y recogido en una coleta, medias de seda, zapatos con hebillas... ¿Será posible?

—Ailie, yo... —tartamudea, y entra en la alcoba con un paquete en las manos—. He venido a darte la enhorabuena.

«¿Georgie Gleg?». Ella no sabe qué va a decir. Su primer impulso es cubrirse la cabeza con la manta, mortificada por el sentimiento de culpa. La última vez que lo vio fue aquella mañana gris de diciembre, siete inviernos atrás, cuando se iba a casar con él.

Sin que lo inviten, Gleg acerca una silla a la cama y se sienta haciendo crujir sus huesudas rodillas.

—Estaba en Galashiels —dice, a modo de excusa—, visitando a mi madre y a mi padrastro, cuando me enteré de la buena noticia... Es tu cuarto hijo, ¿no?

Ailie afirma con la cabeza.

—... Así que me dije que tenía que pasar por aquí y..., y... presentarte mis respetos.

¿Qué podía decir ella? Allí estaba, el hombre que ella había humillado, a quien había tratado peor que a un esclavo, sentado delante de ella, moviendo nerviosamente un paquete en las manos, como si él fuera el culpable de todo. De repente, siente ganas de sincerarse un poco con él.

—¿Te apetecería una taza de té?

Gleg se quedó allí tres horas. Bebiendo té sin parar, como si compitiera en algún concurso, cruzando y descruzando las piernas larguiruchas. Le contó lo que había

estado haciendo todos aquellos años, y compasivamente oyó las esperanzas y los miedos de Ailie.

—Lo que..., lo que pasó entre nosotros —dijo finalmente, y ella no pudo mirarle a los ojos— fue bueno para mí en cierto modo. Salí de aquí y traté de convertirme en alguien. Edimburgo era una ostra esperando a que la abrieran, y con la ayuda de mi tío la he abierto: Ailie, a lo largo de estos siete años y cuatro meses he llegado a la cima de mi profesión.

Lo había conseguido. Después de matricularse en la Universidad de Edimburgo, fue a estudiar cirugía con el segundo de Alexander Monro. Obsesionado por demostrar sus valores, Gleg se dedicó como un esclavo al estudio, sobresaliendo en anatomía, en el estudio del quimo y en farmacología, sacrificando la vida social y renunciando a las diversiones, consagrándose a los libros, ahorrando hasta el último penique para comprar los mejores instrumentos quirúrgicos franceses. Asumió una disciplina rabínica, monástica, se volvió un introvertido. Citaba a Boerhaave y a Morgagni al dedillo, mejoró el proceso de la paracentesis de Monro, escribió tesis sobre el bazo y el hueso esfenoideos, y para su tesis de doctor en Medicina, describió de manera definitiva el esfínter del ano. Dos años después lo nombraban profesor de Anatomía y, al mismo tiempo, establecía una pequeña consulta privada en la planta alta de una casa en Canongate High Street. Muy pronto estaba viajando en coche y vistiendo a la última moda de Londres. Incluso tenía tiempo para practicar la caza de zorros y jugar al golf, y para publicar una serie de artículos en la revista de la Sociedad Filosófica.

Todo eso se lo fue contando poco a poco, en el transcurso de aquella tarde, mientras chupaba terrones de azúcar y blandía sus codos geométricos como si fueran alas desplumadas. Y entonces llegó al final de su relato, y la habitación quedó sumida en el silencio. Mientras tanto, Ailie se había peinado. El bebé dormía a su lado, inmóvil como un retrato. Se aclaró la garganta.

—¿Y tu mujer? —preguntó.

Gleg miró al suelo.

—Nunca me he casado.

EN EL TRANSCURSO de las siguientes dos semanas, Gleg la visitó diariamente. Ailie se alegraba de tener compañía. Gleg la divertía, tan ridículo como siempre, pero también había algo más. Ella no podía definirlo al principio, pero en un momento de revelación cayó en la cuenta de lo que era: gratitud. Gratitud por el hecho de que la adorara. A pesar de todo. Después de tanto tiempo, y de todo lo que había pasado, él seguía adorándola. Y un poco de adoración era exactamente lo que le hacía falta en aquel momento. Había estado muy triste, herida por el rechazo de Mungo, sintiéndose despreciable, poco atractiva, una mujer que no era capaz de conservar a su hombre. Y de repente llegaba Gleg, casi como un peregrino acercándose a un lugar sagrado. Y

sus ojos le decían que era una diosa. Que él había guardado su retrato al lado de su cama durante aquellos largos años de soledad. Que él había sido, es y seguiría siendo siempre su esclavo.

Ailie no podía por menos que sentirse culpable, engañándolo, recibéndolo, aceptando sus regalos y su devoción. Pero estaba aburrida y se sentía sola, y él la hacía sentirse bien. Y, además, ¿qué tenía eso de malo?

—Escucha —le dijo él un día, hacia el final de su estancia en Galashiels—, yo sé lo que estás experimentando y estoy seguro de que las cosas saldrán bien... Quiero decir que es un gran hombre, Mungo, y del mismo modo que regresó la primera vez, lo hará de nuevo... Estoy seguro.

Gleg había estado dándole vueltas a un libro en las manos, un regalo de despedida, *La vie réduit*, de Pierre Menard. Luchaba con sus emociones, las palabras se agolpaban haciéndole un nudo en la garganta, como si quisiera hablar y tragar galletas a la vez.

—Lo que quiero decir es..., er...

Ailie estaba avergonzada. De golpe se acordó de la mirada de Gleg aquella mañana fatídica, en la puerta de su alcoba. Quiso levantarse de la silla, pero él la cogió por el brazo.

—Si pasa cualquier cosa, ya sabes, si necesitas ayuda, dinero, apoyo sentimental, cualquier cosa, siempre puedes contar conmigo, porque yo, yo...

Ella estaba conmovida. Y no era para menos.

—Eres muy gentil, Georgie.

—Puedes apoyarte en mí —dijo él.

RELACIONES PÚBLICAS

NADIE TIENE NI LA MÁS REMOTA IDEA de cuánto puede cargar un burro.

¿Cien libras? ¿Doscientas? ¿Trescientas? ¿Media docena de bolsas de arroz? ¿Tres barriles de pólvora y un cajón lleno de espejos con marcos de nogal al estilo Reina Ana? ¿Un rollo de tela del tamaño de una secuoya gigante? No cabe duda, este animal es una bestia de carga, nacido para cargar del mismo modo que el mosquito ha sido hecho para chuparnos la sangre. Pero, entonces, ¿por qué tiene tanta mala leche este animal, por qué es tan irritable y recalcitrante?

Ni siquiera los arrieros fulah son capaces de responder a esta pregunta. Y ciertamente nadie en la caravana conoce los entresijos más refinados de la naturaleza de un burro. Mucho menos Ned Rise. Nacido y criado en la ciudad, ¿qué sabe él de solípedos? ¿Ni de moros bezudos? ¿Ni de temperaturas de cuarenta y tres grados que te dejan el cerebro horneado como una empanada de riñones?

Lo que sí sabe es que la expedición es un desastre. Ya lo es. Solo han transcurrido siete días desde que salieron de Pisanía y la confusión está a la orden del día: los soldados quejándose, los negros robando, los burros agobiados bajo el peso de las

alforjas cargadas de balas. Desde el principio, Ned tenía sus dudas. Primero tuvieron que dejar en Pisania doscientos kilos de arroz, porque los burros no soportaban tanto peso. Doscientos kilos. De comida. Sin embargo, sí cargaron hasta la última chuchería: gorros de dormir de franela roja, abalorios y piedras de fantasía, telas de la India, canicas de vidrio, servilletas de lino y cristalería francesa, y docenas de bolsas llenas con pequeñas conchas marinas blancas. Cargaron a los burros con todo eso hasta casi reventarlos. Y luego surgió el curioso problemilla de los guías y los portadores: ningún negro los acompañaría. Ni siquiera los ciegos ni los cojos ni los pobres de solemnidad. Ni por todas las cuentecillas de vidrio y chucherías del mundo. Así las cosas, ¿quién tenía que transportar el resto del equipo y arrear a los burros? Ya se sabe. Para colmo de males, el gran héroe blanco tenía una idea de adónde iban tan clara como podría tenerla Jemmie Bird, así que no era raro que los hombres estuvieran dispersos por el sendero, con los pies llenos de ampollas y empapados de sudor, gritando para que les doblaran la ración de ron y el rancho.

Y así había sido desde que salieron de Pisania. Levantándose al amanecer, regateando con viejas brujas de narices chatas para conseguir un poco de agua en este o aquel pozo, cargando a los burros que corcovean y muerden, cojeando por el camino, recibiendo puñetazos de calor, como si el sol fuera un boxeador profesional saltando y golpeándolos cada vez que daban un paso. Tenían que caminar hasta que se caían, levantarse y seguir caminando. Cuando se ponía el sol, armaban las tiendas de campaña en las afueras de algún poblacho de adobe-y-zarzo y ponían a hervir arroz en teteras tiznadas. Si había suerte, el héroe blanco regateaba con los negros y conseguía una cabra esquelética o un par de pollos seniles. Y antes de que uno pudiera darse cuenta, ya estaban en marcha otra vez.

En medio de todo eso, a Ned le ha correspondido la responsabilidad del burro número once. El número está pintado en las ijadas del animal, y se repite en la carga de gafas de ópera y cuchillos de Birmingham atada a su lomo. Atravesando llanos polvorientos y bosques rebosantes de insectos que pican y muerden, desfilando al borde de barrancos y subiendo colinas, transitando por senderos calcinados por el sol y pasando por aldehuelas de escuálidas chabolas —Samee, Jindey, Kootaconda, Tabajung—, metido en el fango del río hasta el cuello, sudando a mares y cubierto de polvo rojo, todavía mareado a causa del último ataque de disentería y sin dejar de vigilar a Smirke, Ned Rise avanzaba detrás del burro número once, siguiéndolo paso a paso, movimiento a movimiento, como si estuviera quirúrgicamente pegado al animal, como si él fuera un lactante y aquella bestia peluda de largas orejas fuera su madre. Camina pesadamente, apoyándose con una mano en la grupa del burro, para no desmayarse a causa del calor, el hedor y el esfuerzo, evitando los cagajones de los asnos y matando moscas a diestro y siniestro. De vez en cuando alza los ojos y ve, a través de una capa de sudor, a alguno de los oficiales que pasa por su lado en un vigoroso caballo árabe, con el uniforme planchado y llevándose una cantimplora a los labios.

Hoy hace siete días que salieron de Pisanía, y parece que habrá un paréntesis en la rutina. A eso de las cuatro de la tarde, un rumor recorre la caravana: van a entrar en un pueblo grande, Medina, la capital de Wooli. Mil chozas, susurra alguien. Mujeres, cerveza y carne. Park les va a dar un día entero de descanso. Aunque la caravana es tan larga que se pierde de vista, Ned puede sentir el efecto de este rumor en los hombres, de una punta a otra. Caminan con más brío, arrean a los burros con más regularidad, incluso alguien suelta una carcajada. Inspirado, Ned empieza a arrear a su burro con más esmero, suspirando por echarse a descansar a la sombra de una choza con muros de barro, quitarse los zapatos y quizá encontrar a una negra que le dé masajes en los pies y entre las ingles.

La senda serpentea por un monte de árboles espinosos e higueras. Todo está seco, seco como la yesca, las ramas quebradizas, y una fina pátina de polvo flota sobre ellos. Los leones tosen en la maleza, los antílopes saltan resbalando entre los árboles como una lluvia de hojas. Cuando Ned da la vuelta en un recodo, ve a Boyles más adelante, fustigando sin entusiasmo la grupa de su burro, a paso lento, apático como un colegial errático.

—¡Oye, Billy! —grita Ned—, espera un minuto, ¿vale?

Boyles se vuelve, entrecerrando los ojos ante el resplandor de un sol astringente, y luego saluda agitando una mano.

—¡Neddy, hola! —grita, dejándose caer a la vera del camino, como un globo desinflado, mientras su burro (el número trece) trata de ramonear algo entre los arbustos de rígidas hojas triangulares. Cuando Ned se acerca, Boyles le alarga la cantimplora de ron con agua.

—¿Has oído, Neddy? —dice—. El envarado nos va a dar un descanso de dos días en Medina. Cinco mil chozas. Manantiales de agua fría burbujeando en el suelo. Y hay tanta cerveza *sooloo* que la ponen en los abrevaderos del ganado para engordar a sus cabras y bueyes y demás bichos.

Sooloo es la única palabra del vocabulario africano de Boyles. Pero cada vez que pasa por una aldea, aunque solo tenga tres o cuatro chozas encaladas y destartaladas, le saca partido, repitiéndola incesantemente, empleando todos los tonos de voz, modulando a su antojo el énfasis silábico, gesticulando, imitando por señas la secuencia de la libación desde la primera copa hasta el regocijo, el estupor y el colapso. Las caras negras se apiñan a su alrededor. Los gruesos y rojos labios sonrían, con los dientes brillando al sol. El hombre blanco es un circo ambulante, un payaso, un loco. *Kakamamie kea*, ríen ellos. Está loco. Enseguida alguien aparece con un calabacino lleno de cerveza, o de hidromiel, o de vino de palma. Boyles se bebe la mitad de un solo trago y luego se tambalea poniendo los ojos en blanco. El público ríe a carcajadas. Muy pronto, aparece el segundo calabacino, y luego el tercero. Alguien toca un *simbing* o tamborea un ritmo en el atabal, las mujeres empiezan a bailar algo parecido al claqué, y Boyles, como un cirio ardiendo trémulamente al viento, consigue mantenerse encendido.

Al cabo de dos horas, incitados por la esperanza y una expectativa creciente, Rise y Boyles poco a poco consiguen dejar atrás a la mayoría de los hombres hasta situarse entre los primeros de la caravana. Van detrás del sargento M'Keal, que avanza a zancadas, al lado de su burro, como si tuviera la mitad de los años que realmente tiene. Por supuesto, está borrachísimo, y canta en voz alta trozos de canciones militares poco conocidas. Por delante de M'Keal, van otros dos hombres entusiasmados, Purvey, según parece, y, tal vez, sí, es él, Shaddy Walters, el cocinero. Marchando a la par, moviendo las varas como metrónomos sobre las grupas de sus respectivos burros, jadeando, resollando y babeando, solo caminan atraídos por la promesa de Medina, ese vago objeto del deseo que se levanta frente a ellos, sobre una colina, como un sueño. Y mucho más allá, a poca distancia de los altos muros de barro rojo, marchan Park y Scott, en sus caballos de guerra, envueltos en las líquidas melodías del clarinete de Scott, que flotan en el aire como una invitación.

Ned y Billy aprietan el paso, solo pensando en echarse a descansar. Chuaz-chuaz, resuenan las varas en las ancas de los burros. Clotaclot-clotaclot, responden los cascos de los asnos. Bajan por una larga cuesta y entran en una cuenca de verdor, dejan el camino y entran a campo traviesa en una serie de terrenos cultivados divididos por rodrigones clavados en la tierra. Son las primeras cosechas, regadas gota a gota desde pozos sedientos, hojas emergentes que esperan florecer cuando empiecen las lluvias que trae el monzón, surcos de brotes de cacahuetes, ñames y sorgo rodeados por maizales inmóviles y silenciosos. Al fin han llegado a un lugar fértil, donde hay una conspiración de agua, clorofila y vegetación creciendo al sol. Después de tantas millas de hierba amarilleada y bosque deshidratado, ese espectáculo es tan refrescante como una compresa sobre los ojos. Sonriendo efusivamente, Boyles se vuelve a su compañero.

—Bonito, ¿no, Neddy? Casi como...

Estaba a punto de decir, «casi como en nuestra patria», pero no puede acabar la frase porque el burro número trece, quizá sintiéndose tan nostálgico y estéticamente gratificado como él, de repente se lanza a correr hacia ese nirvana de verdor que vibra ante sus ojos cansados. Ni corto ni perezoso, el burro de Ned también se da a la fuga y salta entre los surcos como si mil abejas le hubieran picado la ijada. El animal se empina, lanza al suelo su cargamento de gafas de ópera y cuchillos y corre tras el de Boyles rebuznando de alegría.

—¡Eh! —grita Ned—. ¡Regresa!

—¡Ven aquí! —ruge Boyles.

Pero todo es inútil. Los burros ya están a ciento ochenta metros, metidos hasta el lomo en el follaje y comiendo como si fueran vacas en un pasto.

Mungo aparece inmediatamente. Y también aparecen trescientos granjeros medineses empuñando azadas, horcas y lanzas. Hay una tormenta de voces, gritos histéricos y tacos vehementes, un alboroto de gente corriendo. El explorador se mete en el sembrado, golpeando a los burros descarriados con su fusta, pisando fila tras fila

las irremplazables e inapreciables plantas que son el único sustento de los aldeanos. Ned y Billy también se meten entre los surcos, corriendo a tontas y a locas, apartando con las manos las hojas que azotan sus rostros, llamando desesperadamente a los burros, deseosos de que el mundo vuelva a rotar sobre su eje y rezando para que todo vuelva a ser tan miserable como hace cinco minutos.

Pero la línea ha sido cruzada, y el daño ya está hecho. Como enjambres de insectos, los granjeros se lanzan sobre el burro de Boyles, en una avalancha de azadones y lanzas ensangrentadas. Como abejas asesinas, langostas, ejércitos de hormigas, abren los cajones a golpes y forcejean disputándose las mercancías, arrancándole las patas al burro, quitándole la piel, para enseguida resurgir en un frenesí colectivo, buscando al resto de los malhechores, sean equinos o humanos. Rápidamente despachan al burro de Ned, un bosque de lanzas vibrando en su cuerpo como las púas de un puerco espín, y luego dirigen su atención al explorador a caballo. Mungo está a veintisiete metros del gentío, gritando en mandinga frases tranquilizadoras —«Perdonadme, pues no sé lo que hago», «Digan cuál es el precio», «Parece que va a llover...»—, mientras su caballo empieza a piafar y a relinchar. La reacción de la multitud es desoladora: un estrepitoso diluvio de piedras, lanzas y azadas cae a su alrededor.

En ese momento, unos soldados llegan corriendo por el sendero, blandiendo mosquetes y bayonetas. M'Keal profiere amenazas y afrentas raciales, y Martyn aparece a todo galope, alocadamente, con el caballo echando espumarajos y la espada desenvainada. Ned consigue regresar al camino, donde Walters, Purvey y los demás han formado un círculo protector. Pero a Boyles lo han agarrado y está tendido en la tierra, debajo de dos negros muy cabreados, vestidos con pantalones cortos y anchos y tocados con gorros blancos como de cocineros.

—¡Alto el fuego! —grita Mungo saliendo a caballo del campo destrozado, con hojas como borlas colgando de su espalda como si estuviera ataviado para una procesión nupcial. Finalmente, las fuerzas quedan equilibradas. A un lado están las nutridas tropas de la Real Legión Africana; al otro, los granjeros enfurecidos. Los hombres de Mungo, inquietos, mantienen su posición. Los medineses se burlan y les lanzan terrones. Un hombre enarbola una quijada de burro ensangrentada como si fuera una jabalina, otros llevan los gorros de dormir de franela roja confiscados del fardo de Boyles. El resto, hasta el último hombre, amagan con lanzas y azadas, y hacen cortes de manga.

—¡Que te jodan, blanco! —grita alguien en mandinga, y la multitud entera repite la frase, como si fuera un cántico, un eslogan, una promesa y todo un programa de acción.

Desde lo alto de su caballo, el explorador mira más allá del apiñamiento de cabezas negras y ve salir una multitud de refuerzos por las puertas de la ciudad. Lamenta profundamente que las relaciones con los nativos hayan empezado con tan mala pata. Sí, algo ha salido mal, piensa mientras ve a la muchedumbre dilatándose

como una ampolla. También los recién llegados empiezan a corear. Y entonces ve cómo la impetuosa masa negra se traga el pálido destello de la cara de Boyles, como una pluma en un tintero.

RÉQUIEM POR UN BORRACHO

—BUENO, ZANDER, supongo que ha quedado demostrado, ¿verdad?... Necesitamos un guía. Aunque solo sea para evitar esta clase de problemas. No podemos permitirnos el lujo de tener otro incidente tan desafortunado como el del maizal.

Mungo da una chupada a la pipa, contemplativo.

—Aquello se puso feo —dice al cabo de un rato—. Por un momento pensé que iba a desencadenarse una batalla.

Zander tiene unos halos rojos alrededor de los ojos. Parece destrozado, emocional y físicamente.

—Pero lo que le hicieron a él... fue más que bárbaro. Fue, fue...

—Son salvajes, Zander. Eso es innegable.

El explorador se inclina sobre un mapa, la pared de la tienda de campaña se ha puesto rosada con la puesta de sol, y un plato de lentejas y cecina se enfría al lado del plano.

—Por eso mismo tenemos que reclutar a un negro que sea de fiar, que conozca a esta gente y sus costumbres, que sepa adónde conduce el camino y cuál es la siguiente aldea y quién es su jefe. Yo propongo que nos dirijamos a Dindikoo, el pueblo de Johnson. Allí me conocen. Quizá aún encontremos algún pariente suyo, un primo o un sobrino, que esté dispuesto a acompañarnos.

Zander se está mirando fijamente los nudillos. No ha tocado su comida.

—No sé —dice—. No sé.

LA CARAVANA ESTÁ ACAMPADA en Barraconda, a ocho kilómetros de Medina. Barraconda es un lugar bastante patético, incluso dentro del panorama de África Occidental. Cuarenta o cincuenta chozas agrupadas detrás de un muro de rodrigones y espinas, un perímetro sin césped, sin arbustos ni árboles, acribillado de huellas de cabritos y cabras, multitud de moscas chupadoras de sangre y una ausencia total de agua. Enterados de lo ocurrido en Medina, los barracondanos se han encerrado en sus chozas y han dejado sin agua sus pozos. Para los soldados, aquello es peor que el infierno. No hay nada que cocinar, nada que dar a los burros, ni siquiera una gota para humedecerse los labios. Peor aún: han tenido que renunciar a la cerveza *sooloo*, a las mujeres fáciles y a las fiestas en Medina.

Pero nadie se queja. No después de la visita de anoche, que les dio que pensar, y del repugnante y horroroso espectáculo que presenciaron por la mañana.

LA TARDE ANTERIOR, las cosas habían ido de mal en peor en el campo de maíz. A los granjeros se habían sumado pelotones de mujeres enloquecidas, gruñendo y levantando a sus niños desnutridos, gritando que los tiempos eran muy duros y habían perdido la fe, que la sequía resquebrajaba la tierra y los graneros estaban vacíos, al igual que los estómagos. Unos cojos se pusieron al frente de la multitud, agitando las muletas ante las caras de los hombres blancos, mientras unos oradores improvisaron una tribuna de bambú y empezaron a despotricar contra todo, chillones y quejumbrosos. Como música de fondo, el aullido espantoso, como del día del Juicio Final, de los perros del poblado.

Aquello era demasiado para los valientes hombres de Mungo: se estaban poniendo nerviosos. M'Keal fanfarroneaba, Martyn estaba a punto de ensartar a ocho o nueve granjeros en la punta de su sable. Y los burros, oliendo la sangre de los suyos, y viendo los cadáveres de sus congéneres, empezaron a retroceder, echando hacia atrás las orejas, a punto de salir en estampida. Fue Scott quien los sacó del apuro. Llegó a rienda suelta hasta donde estaba el explorador asediado y le sugirió que se retiraran hasta la colina y que se ocuparan de Boyles más tarde. Dadas las circunstancias, Mungo no pudo por menos que estar de acuerdo. Dio la orden, con la voz empanada, y los hombres retrocedieron bajo una lluvia de palos y piedras.

Pasaron una noche miserable, sin agua ni arroz, con los estómagos gruñendo, los centinelas crispados y las hienas entrando sigilosamente en el campamento, acosando a los burros y robando un par de bolsas de cecina y el sombrero de cuero de M'Keal. A las once y media, Whulliri Jatta, el rey de Wooli, envió a un emisario para hablar de la indemnización y del precio del peaje por atravesar sus dominios. El emisario era un hombre de unos cuarenta y cinco años que parecía astuto y vestía pieles de leones y una gorra de dormir de franela roja. Entró en la tienda de campaña del explorador como Pedro por su casa, se sentó y no dijo ni mu hasta que le entregaron dos mil doscientos cauríes, tres yardas de tela roja, dieciocho servilletas de lino, seis cuchillos, una tijera y un espejo. Cuando estuvo colmado de regalos, empezó a sonreír.

—Yo ser Sadoo Jatta —dijo—, el tercer hijo de Whulliri, y yo estoy hablar del Inglés del Rey.

Aparentemente satisfecho con su presentación, cerró la boca y empezó a espolvorear hebras del *mutokuane* en una pipa ceremonial hecha con el cráneo de un poto.

Mungo, Zander, Martyn y Scott se acercaron al príncipe, quien los miró fijamente, tan relajado y contento como si estuviera sentado en su propia casa. Por fin, Mungo se aclaró la garganta, pidió mil perdones por el estropicio causado en el maizal y preguntó qué quería el padre de Sadoo como recompensa.

Sadoo escuchó atentamente las palabras del explorador, de vez en cuando afirmando con la cabeza sabiamente. Pero cuando Mungo acabó, el príncipe le miró

con una expresión vacía.

—¿Padra? —dijo.

El explorador repitió la palabra «padre» en mandinga y los rasgos de Sadoo se iluminaron de alegría pues al fin había captado la idea. Asintió con la cabeza furiosamente, y luego sonrió.

—Mi padra querer —dijo— toda.

Las negociaciones terminaron seis horas después. Whulliri recibiría una tercera parte del ámbar y del coral del explorador, cuarenta mil cauríes, treinta yardas de tela de la India, un par de escopetas de caza plateadas y la boina escocesa de Scott. De este modo los daños se considerarían pagados y la caravana podría atravesar Wooli de una frontera a la otra. Nadie había mencionado a Boyles. El explorador ofreció un rescate de otros cuarenta mil cauríes y un retrato del rey Jorge III. Sadoo levantó la mano.

—No poder ser —dijo, risueño. Y luego añadió en mandinga—: Pueden ir a buscarlo al amanecer.

El significado de las palabras del príncipe se hizo evidente dos horas más tarde, cuando uno de los centinelas, despabilado por los primeros rayos del sol, vislumbró algo colgando del muro de la ciudad, junto a la puerta principal. Algo blanco contra el barro rojo. Siempre alerta, el hombre miró con el telescopio durante quince segundos antes de dejarlo caer con un grito asustado.

—¡Dios mío! —dijo jadeando—. ¡Capitán Park! ¡Teniente!

FUE NED RISE quien cortó la cuerda de la que colgaba Billy.

La ciudad estaba en silencio, las puertas bien cerradas. Mientras los hombres formaban en escuadras apuntando con sus mosquetes, Ned y Jemmie Bird se acercaron a la muralla. Una hilera de caras negras y mudas los miraban desde lo alto del muro. Dos buitres, planeando en el cielo, empezaron a descender en una lenta espiral. En algún lugar empezó a ladrar un perro.

Boyles colgaba de un pie, cabeza abajo, a la mitad de la altura del muro. Sonreía neciamente, como si aquella postura invertida formara parte de una de sus payasadas para hacerse con otro calabacino de cerveza. Pero no estaba haciéndose con otro calabacino de *sooloo*: estaba muerto. Ned pudo ver la larga cicatriz lila que iba desde la caja torácica de Billy hasta su ombligo para luego desaparecer entre los pliegues de sus pantalones. Lo habían abierto en canal. Lo habían abierto y lo habían rellenado como a una perdiz. Con arena.

Jemmie Bird hizo un estribo con las manos para ayudar a Ned a escalar la pared. Ned se agarró al muro de adobe como un gato, aferrándose con los dedos, apretándose contra la pared mientras subía lentamente. El sol le lanzó un navajazo a la retina. Se oía el zumbido bajo y constante como de moscas. En medio del silencio y del calor, bajo aquel cielo que escondía tanto horror detrás de una engañosa pantalla

azul, Ned estaba experimentando una transformación.

A medida que escalaba el muro, pulgada a pulgada, grieta a grieta, sentía que se llenaba de un nuevo sentimiento, una nueva noción de quién era en medio de tanta desolación y amargura, como si el muro fuera algún oráculo, algún Grial, un objeto irradiador de la realidad cósmica.

Pensó en Billy, pobre borracho de cabeza achatada, pobre inocente, convertido en aquel guiñapo colgante. Pensó en Fanny, en Barrenboyne, en su propia niñez miserable que había sido una fiesta comparada con esto, con aquel instante, con esa ascensión a lo largo de una áspera superficie, en aquel poblacho extraviado donde Cristo dio las tres voces, rodeado de salvajes, criminales, idiotas, arriesgando la vida para cortar la cuerda de la que colgaba el cadáver del único amigo que había tenido. De un momento a otro, cualquiera de aquellos negros asomados en lo alto del muro podía dejar caer una piedra o una lanza. Podrían clavarlo en la pared como a una cucaracha. Podrían salir en masa por la puerta y matarlos a todos. Muy bien, que lo hagan. Lo agradecería.

Deslizándose, agarrándose, ahora estaba a quince metros del suelo. Las puntas de los dedos de Billy, crispados con la rigidez cadavérica, rozaron su cara mientras él se agarraba al antebrazo rígido de su amigo para subir más, pasando ante la rara y tensa sonrisa, viendo cómo salían sigilosamente las moscardas por la boca y la nariz del muerto. ¿Qué daño le había hecho Billy a nadie? Pensándolo bien, ¿qué daño le había hecho él, Ned Rise, a nadie? ¿Quién llevaba esa cuenta? ¿Y qué más daba? Ned extendió la mano y cortó la cuerda furiosamente. No me merezco esto, no me lo merezco, no me lo merezco, repetía una y otra vez, como si estuviera rezando. Quería morir, quería vivir. Entonces lo comprendió, como en una iluminación: él tenía una misión en la tierra. Casi podía escuchar las trompetas de los arcángeles, el crujido de rollos de pergaminos antiguos. Ned Rise, elegido en una revelación resplandeciente. Tenía una misión y era esta: eliminar a Smirke, seducir a Park y encargarse de la expedición. De lo contrario, todos estaban condenados a morir. Como Billy.

La cuerda se rompió con un susurro, y el cadáver de Boyles, liberado, cayó a plomo, como una piltrafa. Las caras negras desaparecieron del borde del muro. Una nube de polvo ascendió. Ned no movió ni un músculo, simplemente se quedó allí, agarrándose al muro, bajo el sol virulento, con el hedor de la muerte y la desesperanza flotando en el aire, con el cuerpo viscoso de tanto sudar, pegajoso como un feto arrancado del útero. Siguió agarrándose al muro como lo que era, un hombre con un propósito, un hombre capaz de luchar y de arañar, capaz de manipular y de maniobrar, un hombre que sobreviviría.

TAMBIÉN LLAMADO ISAACO

EL CAMINO QUE CONDUCE A DINDIKOO es largo, polvoriento y seco. Para llegar a Dindikoo la expedición tiene que recorrer una ruta muy transitada, pasando por

Wooli, Tenda y Sadadoo, vadeando ríos sedientos de lluvia, el Nerico y el Falemé, desde regiones donde los hombres blancos no le quitan el sueño a nadie hasta vastos territorios donde no son nada más que un rumor, protagonistas del cuento del hombre del saco para asustar a los niños y quimeras para someter a los esclavos recalcitrantes. Cada vez que pasan por alguna aldea, con los pies doloridos y cansados, cubiertos de polvo, sedientos, deslumbrados por el sol, ni Mungo ni sus misioneros geográficos saben a ciencia cierta qué les aguarda. ¿Echarán a correr los aldeanos como si acabaran de ver al diablo en persona? ¿Apartarán la vista y seguirán en sus asuntos como si les trajera al fresco que unos burros enloquecidos por la sed y unos harapientos monstruos blancos procedentes de otro planeta entraran en su territorio? ¿O empuñarán enseguida sus lanzas, sus arcos y sus flechas? ¿O saldrán a recibirlos ofreciéndoles pollos o una cabra, ellas esbeltas y con los pechos desnudos y oliendo a aceite de palma, ellos pacíficos como curas y hacendados? Cada caserío es un enigma. Unas veces el explorador encuentra la clave para descifrarlo, otras no.

De cualquier modo, ha conseguido que no se repita el incidente que le costó la vida a Boyles, amén de un par de burros y una pequeña fortuna en mercaderías y cauríes. Con un poco de diplomacia, es decir, inundando de regalos a los *Dooties*, colmándolos de cumplidos y manteniendo a los hombres y a los animales bajo estricto control, no solo ha podido comprar agua y provisiones para el camino, sino también reemplazar a los burros a medida que van agotándose. Más aún, también ha tenido suerte con el clima, pues aún no ha empezado a llover y los hombres parecen relativamente saludables. A pesar de lo cual siguen quejándose y gimiendo incesantemente. Les gustaría dar media vuelta y regresar, están hartos de comer arroz, quieren raciones triples de ron, licencias absolutas inmediatas, pagas extras en concepto de peligrosidad. Les duelen los pies, no soportan el calor, tienen las gargantas secas, los cerebros friéndose, los estómagos rugiendo, sufren de dolores de oídos, de cabeza y de muelas, están mareados y no quieren levantarse por las mañanas. El explorador ha empezado a dudar de la calidad de los hombres que ha elegido, especialmente en el caso de Bird y M'Keal, ambos permanentemente borrachos desde que salieron de Gorée.

Pero si bien la mayoría es decepcionante, Ned Rise ha sido un regalo inesperado. Serio y trabajador, siempre cuida de los burros de sus compañeros, además del suyo, ofreciéndose para reconocer el terreno más adelante, hablar con los nativos, armar las tiendas de campaña, cortar leña, acarrear agua. Es la clase de hombre que no teme asumir el control cuando algo sale mal y los demás dan vueltas a tontas y a locas, retorciéndose las manos como colegialas o buscando la solución en una botella de ron. La clase de hombre que no conoce la palabra rendición, un luchador dispuesto a conquistar África en vez de dejarse destruir. Por si fuera poco, también es listo. Sabe leer y escribir, y sumar y restar, y ha recibido alguna instrucción sobre los clásicos. Ya habla bastante mandinga, tanto que contribuye a la buena marcha de las relaciones con los lugareños, asistiendo a largas sesiones donde se regatean los peajes, los

derechos de acceso, donde se habla de itinerarios y distancias, de obsequios, regalos y sobornos. Y, por si fuera poco, también es intrépido, solo había que ver cómo subía aquel muro en Medina. Vamos, que si todos fueran como Ned Rise, Mungo podría dormir tranquilo.

Debido a todos los problemas que se acumulan y multiplican —los burros muriéndose, los soldados incurriendo en negligencias, saliéndose del camino y marchando durante medio día en la dirección contraria—, la expedición no está cumpliendo con el calendario inicial. Retrasados y decepcionados, han tardado casi un mes en llegar a Dindikoo, pórtico del desolado e impracticable páramo del Futa Yallon. A medida que se acercan al poblado, apenas una cuadrícula de luz y sombra destacándose en una ladera densamente arbolada, el explorador se pone más y más nervioso. Una y otra vez estira el cuello, mirando las chozas y los graneros distantes. Y lo hace con tanta intensidad que es como si temiera que el pueblo fuera a desaparecer en cuanto mirase a otra parte. Tiene el corazón en un puño. Supersticioso, cruza los dedos detrás de la espalda y reza una breve plegaria.

Han llegado a un callejón sin salida y solo él lo sabe. Hasta ahora, han tenido suerte. Han sobrevivido sin ningún guía, evitando milagrosamente nuevos conflictos con los nativos. Pero de ahora en adelante será distinto. Si no consigue alquilar un guía en Dindikoo, todo habrá acabado. Porque Mungo está decidido a cartografiar otra ruta, siguiendo las crestas de las montañas Konkadoo, en vez de ir hacia el norte, a través de los reinos fanáticos de Kaarta y Ludamar, o arriesgarse yendo al sur a través de los paramos del Futa Yallon. Al menos hasta ahora ha estado viajando por un camino conocido, a pesar de que han pasado casi ocho años y se ha equivocado no pocas veces. Pero, avanzar directamente al este, cruzando las montañas... Mungo prefiere no pensar en ello.

De repente se vuelve y llama a Zander.

—¡Voy a adelantarme! —le grita—. Encárgate de llevar a la caravana hasta aquella aldea en la cañada.

DINDIKOO SIGUE SIENDO EXACTAMENTE COMO LO RECORDABA. Campos cultivados contrastando con bosques profundos y umbríos, árboles dando sombra, sirviendo de parasoles a las chozas con sus techos cónicos de paja y sus muros circulares de barro. Begonias silvestres y helechos a ambos lados del sendero, tocones cubiertos de convólvulos lilas y blancos, un zorzal acariciando las sombras con su vuelo mientras trina mordentes rápidos y abruptos. Y el dulce sonido del agua, un hilillo y un torrente, procedente de uno de los mágicos manantiales que rara vez sobreviven a la estación seca. ¿Es hibisco lo que huele?

La primera persona con la que Mungo se encuentra es un chaval de entre diez y doce años, gordito, envuelto en una breve toga y con una cara que le resulta exasperantemente familiar. ¿Sera posible?

—¡Eh, muchacho! —grita, pero el niño, con una agilidad sorprendente a pesar de su tendencia a un exceso endomórfico, ha desaparecido en los matorrales con la destreza de un cervatillo. Qué raro, piensa el explorador. Debí de asustar al chaval. Y luego se olvida del niño mientras se adentra en el poblado.

Al poco rato desmonta en un patio polvoriento cubierto con hojas de palmera y astillas de madera, en medio de un corro de niños desnudos y mujeres de anchas caderas. Sonríe. Reparte cuentas de colores y caramelos.

—¿Se acuerdan de mí? —pregunta en su mejor mandinga—. ¿De Mungo Park? ¿El explorador?

Si se acuerdan, nadie lo demuestra. Simplemente lo rodean, extendiendo las manos, treinta o cuarenta pares de manos. Pacientemente, sonriendo y saludando con reverencias a las madres y acariciando jovialmente las cabezas de los niños, distribuye otra ronda de collares de abalorios y caramelos. Al cabo de diez minutos, con la bolsa de añagazas casi vacía, las mujeres ya le han vuelto la espalda, intercambiando entre ellas un collar de granate por otro de coral, corriendo a sus chozas para ver qué tal luce la nueva bisutería en sus viejos vestidos. El último cliente, Mungo se asusta al comprobarlo, es el chico gordito que había visto a la entrada del pueblo. Con sus dedos cortos y rápidos, coge un caramelo y lo deposita en la *safie* que cuelga de su muñeca, apartando los ojos, como preparándose para esquivar una bofetada.

—Espera —dice Mungo, con apremio, cogiéndolo por el brazo—. *Kontong dentegi...* ¿Cómo te llamas, hijo?

El chico mira al suelo. Mungo no sale de su asombro, es increíble cuánto se parece a Johnson, hasta en el peinado y el tacto del pelo, la situación de las orejas, el labio inferior haciendo pucheros y la mirada irónica de un cómico nato.

—Oyo —dice el chico, por fin—. Woosaba Oyo. Oyo. El nombre acelera el pulso del explorador.

—¿Y tu padre?

El chico señala con el dedo a una choza que está frente al patio. Sí, claro, piensa el explorador con una sensación de *déjà vu*, es la choza de Johnson. Tal como él la dejó. La pared de barro, el alto cono de hojas de palmera entretejidas como el sombrero de un chino y, detrás, los corredores cercados que conducen a los conos más pequeños donde viven sus mujeres, como una serie de picos volcánicos en miniatura, definiendo los techos de sus chozas. Mungo se acerca a la choza de Johnson arrastrando los pies, como si estuviera atontado, embargado por los recuerdos, con un nudo en la garganta.

Afuera hay una mujer, una esclava, apilando mijo con un majadero largo como una paleta de críquet. A su lado, echado en el polvo, un perro de color plátano maduro, cuyos bigotes suben y bajan suavemente al compás de su respiración soñolienta. El explorador se detiene para registrar en su memoria la exuberancia de detalles sensuales de aquel lugar, con todos sus sentidos alerta, especialmente el

olfato. Allí todo huele a miel silvestre, a flores, a pasta de harina cocida con mantequilla de *shea*^[27] a pescado y a aceite y a humo de leña. Varias togas empapadas brillan colgando de una cuerda de cáñamo, un loro gris posado en una barra en forma de T preside la puerta. De pronto, a la sombra de una palmera rafia, una mujer... ¿La esposa más joven de Johnson? Sí, es ella. La misma que oyó de sus labios la trágica noticia, solo que por entonces no tendría más de quince años. Mungo recuerda que simplemente dio media vuelta y entró en la choza, sin manifestar ninguna emoción, y luego mantuvo a todo el pueblo despierto durante la noche con sus sollozos. Y allí estaba ahora, apenas un día más vieja, sentada a la sombra, en su telar.

—¿Amuta? —susurró el explorador a su espalda.

Ella se volvió para mirarlo, sin que nada cambiara en su expresión. Las cigarras chicharrearon en el bosque. En lo alto, entre las ramas, una pareja de pájaros buceros revolotearon, casi en un rebuzno.

—Nosotros lo hemos estado esperando —dijo ella, no a modo de saludo, sino más bien como un adiós, en un cansado tono de resignación, en un toma y daca. Mungo se sintió como un intruso, un criminal, el portador de malas noticias y destructor de cosechas.

De repente ella se puso en pie indicándole por señas que la siguiera. Se detuvo en la puerta de la choza, triste y bella, con el pelo recogido en estrechas trenzas pequeñas y los ojos como aceitunas maduras.

—Entre —murmuró, y con un gesto le invitó a pasar.

Adentro todo estaba en penumbra y el ambiente era fresco. A través del hueco practicado en el techo para darle salida al humo, entraba un chorro de luz lechosa. El suelo estaba recién barrido, y la tierra tan bien apisonada que tenía la tersura de un azulejo. En el centro de la choza, un círculo de piedras y tres o cuatro de esos torzales de lianas que, lentamente quemados, usan los mandingas para alumbrarse por la noche. A la izquierda, una amplia cama hecha con bambú y la piel muy estirada de un buey. Había algunas sillas de mimbre y un banco, *safies* y calabacinos colgando de un madero central que hacía las veces de columna, varias vasijas de barro arrumbadas en un rincón. Más o menos el mobiliario típico de una choza nativa.

Pero había algo que distinguía a esta choza hasta hacerla extraordinaria y excepcional, única en toda África, algo que la convertía en la choza de Johnson, y era la estantería. Bañada en la luz que caía por el agujero del techo haciéndola fantasmal e ilusoria, aquella estantería hecha de bambú y cáñamo atesoraba las obras completas de Shakespeare encuadradas en cuero. Al ver aquel mueble, Mungo sintió un nudo en la garganta, y tuvo que contenerse para no llorar. Cogió al azar uno de los volúmenes, *Otelo*, y leyó:

Si a la virtud no le falta belleza,
vuestro yerno es mucho más blanco que negro.

«Mi alegre y querido Johnson», pensó el explorador, negando con la cabeza lentamente, sintiendo que de repente el libro pesaba noventa kilos.

Devolvió el volumen a su sitio y entonces reparó en el escritorio de Johnson — nada más que una hoja, a decir verdad— apretado contra una ventana cuadrada practicada en la pared de paja. Trozos de papel de papiro, una jarra de barro llena de plumas y tintero de color añil: las herramientas del oficio. «Nunca subestime el poder de la palabra escrita, señor Park», le hubiera dicho Johnson si ahora estuviera allí, sonriendo y arrastrando los pies y picando algo de la olla. El explorador acarició el tintero ensimismado, se pinchó la punta de la lengua con una pluma afilada. Perdido en sus recuerdos, apenas tenía consciencia de que Amuta lo había dejado solo en la choza, estaba tan abstraído que ni siquiera se había detenido a considerar su extraño saludo («Nosotros lo hemos estado esperando». ¿Nosotros?), completamente ajeno a todo, menos a la dulce y triste sensación de tocar las reliquias de Johnson y resucitar el pasado.

Cuando se dio media vuelta, casi se asustó al ver una silueta recortada en la puerta. A contraluz, con el rostro ensombrecido, era una persona demasiado baja y ancha para ser Amuta. Era un hombre. El desconocido dio un paso hacia él, con bastante ligereza para ser de cuerpo tan rechoncho. Ahora podía ver el flequillo botánico de su pelo silueteado a contraluz, y en un momento de delirio —como en un *trompe l'oeil*— el explorador pensó que era Johnson salido de entre los muertos.

—*E ning sono, marhaba* —dijo Mungo empleando el saludo tradicional.

La voz que respondió le era tan espantosamente familiar que la piel del cogote se le puso como carne de gallina dejándole seca la garganta.

—*E ning sono, marhaba, Park*.

Rarísimo. La inflexión, el timbre, el tono. Pero con las dimensiones del pueblo y el incesto que se practicaba allí, todo era posible. El explorador carraspeó:

—¿Es..., es usted un pariente de John..., mejor dicho, de —Katunga Oyo?

Negra en la sombra, negra en la luz, la silueta avanzó deliberadamente hasta quedar bañada en el resplandor dorado que entraba por la lumbrera, a la vez iluminada y realizada, el protagonista saliendo a escena y recibido con una explosión de aplausos. De repente estaba hablando inglés:

—¿Pariente? No, no exactamente.

Mungo se acercó despacio, aún con la pluma en la mano, sintiendo cómo se le aceleraba el pulso y le subía la adrenalina, oyendo todas las voces de la razón, las voces de sus maestros de colegio y las de los miembros de la Asociación Africana y las de los científicos pedantes de Gran Bretaña gritándole no es posible, no es posible. Pero sí lo era. Sí, era Johnson. Johnson encarnado.

La reacción del explorador fue puramente visceral. Se echó encima del achaparrado y obeso hombre con todo el entusiasmo de un estudiante de primer año de vuelta a casa por vacaciones.

—¡Johnson! —gritó golpeándole la espalda enérgicamente mientras lo estrechaba

en un abrazo demoledor—. Deberías haberme escrito, al menos hubieras podido... Pero no sabes cuánto me alegra volver a verte, amigo, cuánto me alegra... Pero dime —ahora dando un paso atrás—, ¿cómo pudiste?... quiero decir... Yo pensaba que...

El mandinga permanecía absolutamente rígido, sin hacer el menor gesto para reciprocarse el abrazo del explorador, ni siquiera para esbozar el más elemental modal de urbanidad; no sonreía, no extendía la mano. Parecía tan poco impresionado, tan desprovisto de emoción, que el explorador dudó por un momento. ¿Sería su hermano gemelo? ¿Su primo hermano? Pero no: es Johnson. Indudablemente. Ahora tiene más de sesenta años, pero parece veinte años más joven, su pelo salpicado con sal, más gordo que nunca. Un alfiler de oro le atraviesa la ventana de la nariz, y su mirada afectando orgullo parece estarle diciendo: «Estoy enojado contigo, amigo, pero consideraré zanjado el asunto si me das un calabacino de vino de palma y una pierna de cordero para acompañar mi cuscús». El explorador lo mira una y mil veces, desde todos los ángulos. Por supuesto que es Johnson.

—Johnson —dijo el explorador, impaciente, como si estuviera tratando de despertarlo de un sueño muy profundo—, Johnson: ¿no me reconoces?

El mandinga le sostuvo la mirada.

—Mi nombre es Isaaco.

—¿Isaaco? ¿Qué quieres decir? Johnson... Soy yo, Mungo.

Entonces el explorador cayó en la cuenta de que algo faltaba en la apariencia de Johnson, un elemento permanente grabado en su memoria: la toga. Con las piernas delgadas y la gran barriga al descubierto, su antiguo guía solo llevaba un sencillo trozo de lino, inmaculado como el pañuelo de un galán, que rodeaba sus partes pudendas. Y de pronto las vio, y fue un impacto para Mungo, las dos cicatrices horizontales melladas, la primera ciñendo la caja torácica como un cinturón, la segunda borrándole el ombligo y desviándose en un ángulo hasta los pliegues del taparrabos, para reaparecer, rosada y fea, por el lado exterior del muslo. Mellados, angulosos, aquellos costurones muy bien podían ser la huella de unas descomunales tijeras dentadas.

Una ola de ternura y revulsión recorrió al explorador cuando extendió un tembloroso dedo consolador, como si quisiera suavizar la cicatriz superior.

—No..., no sabía. Yo habría hecho cualquier cosa, tú lo sabes.

El mandinga clavó los ojos en el respiradero del techo.

—Johnson...

El mandinga bajó los ojos, sin el más leve mohín de contento, muy serio.

—Mi nombre es Isaaco.

PRIMERAS EDICIONES

JOHNSON-ISAACO ESTÁ SENTADO en un taburete con parche de piel de buey. Lleva una toga carmesí y añil estampada con multitud de amarillos ojos lascivos, y ha adoptado

la postura del loto. Tiene una gorra de las que usan los marineros británicos. De seda, primorosamente bordada con hilo dorado. A su lado, Amuta y una niña de doce años con esteatopigia y un vestido a rayas. Detrás de él, tan parecidos como bolos, un montón de criados y esclavos. Johnson, viajero del mundo, sabio y garabateador de *safies*, se ha vuelto rico.

Al otro lado del fuego, sentados en la tierra, están Mungo, Zander, Scott, Martyn y Ned Rise. Los restos de un festín —un costillar de cordero, cáscaras de plátano, calabazas vacías y pieles de ñames— están por todas partes. Los insectos y los anfibios chirrían en la oscuridad del bosque cercano. Todos al unísono, como un zumbido eléctrico, hasta que alguna forma más desarrollada de vida los acalla con un aullido repentino y asolador. La hoguera crepita.

—Bueno, John..., er..., Isaaco —dice Mungo, tan francote como un abogado desplegando un catálogo de inversiones—, ¿qué tengo que hacer para convencerte de que nos acompañes como guía e intérprete?

El explorador bebió un sorbo de té de *hoona*, y prosiguió:

—Puedes decir tu precio.

Llevándose el puño cerrado a la boca, Johnson eructó discretamente.

—¿Sabe? —comentó a modo de digresión o de homilía, el explorador no estaba seguro—, cuando un hombre se encuentra en una situación muy grave, por ejemplo, firmemente apretado entre las mandíbulas de un cocodrilo como un bistec con patatas fritas... —aquí hizo una pausa para rechazar con una mano el gesto de objeción dolida de Mungo—, solo tiene dos opciones, tal y como yo lo veo. Abandonado como un zapato viejo por su amigo y patrón, sin nadie a quien recurrir, solo puede hundirse o nadar. Quiero decir que puede resignarse y subir al cielo en busca de la recompensa eterna, convertido en un montón de mierda de cocodrilo, o puede usar la cabeza. ¿Sabe lo que quiero decir? A lo mejor, una vez allá abajo, en el cieno del río infestado con gusanos ciegos y sanguijuelas y otros bichos que ya lo huelen a uno, atrapado entre los dientes del cocodrilo que piensa que ha cogido un gran trozo de solomillo, igual uno usa los dedos pulgares así —y apuñaló la luz de la hoguera con los pulgares erectos— y quizá consiga clavarlos profundamente en aquellos ojos sin párpados, hasta enterrarlos en el cerebritito del lagarto, y luego los retira bruscamente, como se saca un corcho de una botella. ¿Vale? Ahora bien, ¿qué cocodrilo va a seguir mordiéndolo a uno después de eso?

Nadie sabe qué decir. Mungo siente tanta vergüenza y frustración que se le han puesto coloradas las orejas. Pero la referencia al cocodrilo es un arcano para los demás, no son más que tonterías idiosincrásicas, el refunfuño enloquecido de un viejo bosquimano. El hecho de que Isaaco hable inglés es bastante sorprendente, ¿quién les iba a decir que tierra adentro escucharían otra cosa que no fueran jergonzas? Sobre todo Ned Rise esta asombrado. Hay algo en los modales del viejo salvaje que hace resurgir su desagradable pasado enterrado, emergiendo como un leño podrido expulsado por un remolino a la superficie de un río apacible. Aquella barriga,

aquellos ojos, aquella voz, le recuerdan un día, ya remoto, cuando estaba a orillas del lago Serpentine y vio cómo su futuro se desangraba en la tierra. Le hacen evocar a Barrenboyne. Le hacen pensar en la venganza. Pero no. Es absurdo. ¿Un dandi londinense, el primer negro que había visto en su vida, trasladado hasta aquí, en medio de la nada? Eso no tenía ni pies ni cabeza. Lo que pasa es que todos estos negros se parecen. Eso es todo. ¿O no?

—Johnson —dice el explorador, e inmediatamente corrige—, perdona: *Isaaco*. Lo que ha sucedido, ha sucedido. Pero esta vez no tenemos de qué preocuparnos, ni de cocodrilos ni de moros... Tenemos una guardia armada con nosotros.

Sin siquiera pestañear, Johnson contesta.

—¿Usted cree que un puñado de hombres van a intimidar a Mansong o a Alí? ¿O a Tiggitty Segó? ¿Cree que se quedarán con los brazos cruzados mientras una tropa de hombres blancos atraviesa sus fronteras insultando a sus gentes? Guardia armada. ¡Je, je! Por cada uno de vuestros hombres, Mansong puede reunir a tres mil de los suyos.

Mungo miró el fondo de su jícara de té como si allí pululara una nueva especie de fauna fascinante. No tenía nada que decir.

—¿Y qué me dice de Dassoud? ¿Qué va a pasar cuando sepa que usted anda de nuevo por Bambara?

Scott y Zander han empezado a mirarse incómodamente. Martyn se agacha, despreocupado, picoteando los restos del banquete con su cuchillo.

—Por los viejos tiempos, Johnson —suplica Mungo—. Por la amistad. Por todo lo que hemos vivido juntos.

La cara de Johnson parece suavizarse. Reflexionando, toma un largo sorbo de té, mueve el buche dentro de la boca, luego se ajusta la gorra y frunce los labios como si estuviera reprimiendo una sonrisa.

—Le costará caro —dice por fin—. Quiero las obras de Milton, las de Dryden y las de Pope. Encuadernadas en cuero, con títulos dorados.

A Mungo le toma un rato digerir la idea del precio. El explorador se queda sentado, moviendo la mandíbula, y luego se pone en pie de un salto, tan de repente que asusta a dos de los criados viejos de Johnson, haciendo que un perro huya ladrando hasta los arbustos.

—¿Quieres decir que vendrás?

Convertido en el decoro personificado, Johnson se levanta soltando un suspiro y extiende la mano. Amuta y la niña de doce años han sacado calabacinos y escancian vino de palma en las manos ahuecadas tanto de negros como de blancos... Todos sonríen. Los criados asustados han regresado al grupo y los insectos y los anfibios han empezado a zumbar otra vez, estridentes y alegres.

Johnson coge al explorador por las muñecas y lo atrae hacia sí.

—Escuche —le dice en voz baja y confidencial—: el ejemplar de Pope lo quiero firmado por el autor.

EL PRINCIPIO DE LA TRISTEZA (PLIF, PLAF)

EN ESTA ÉPOCA DEL AÑO, abrasadora y asoladora, cuando los pozos están secos, los árboles marchitos y los graneros vacíos, cuando la sabana es como una mejilla afeitada y los remolinos de polvo danzan por doquier, cuando tragas tierra hasta que la lengua se te pone estropajosa y las lágrimas se tiñen de negro; en esta época del año rezas para que llueva. Seas mandinga, sarakolé, fulah, moro, maniana o ibo, rezas para que llueva. En todos los resecos poblados, los hechiceros fruncen los labios, es un asunto muy serio, y siembran los campos con embriones de ratas o derraman cubos de sangre fetal sobre las viejas cabezas rajadas de ídolos tallados. Los perros están hambrientos, las cabras arrancan los rodrigones de la tierra y devoran el bambú, el mimbre y la paja. Los aldeanos se aprietan los cinturones y salcochan una pasta hecha del polvo amarillo de la vaina de la *nitta* y luego alzan los ojos al cielo, expectantes. Al anoecer, cuando la luna es un ojo ensangrentado en el horizonte, las mujeres se juntan para quitarse la ropa y arrastrar los arados por los campos encostrados mientras el zahorí pluvial de la región entona su canción invocando la lluvia en un falsete estridente:

Revienta cielo, sangra agua,
Borongay.
Que se hinche el melón, que engorde el grano,
Borongay.
Hey-hey, hey-hey,
Borongay.

Nacido dentro de ese ciclo meteorológico, Johnson está tan adaptado a esa dinámica como las ovejas en el campo y los chacales que jadean en la espesura. Pero esta vez, a causa del explorador, está rezando para que las lluvias se retrasen un poquito más, al menos hasta que hayan cruzado las montañas. Claro, de todas maneras la lluvia siempre es un problema, pero allí arriba, en las alturas, transitando entre aquellas crestas dentadas, bordeando precipicios de hasta noventa metros, sería un desastre. De eso no cabe duda. Un auténtico desastre. Así que, prudentemente, Johnson había tomado las medidas necesarias para protegerlos de un diluvio. Es decir, ha confeccionado un fetiche antipluvial que consiste en las escamas de un pequeño lagarto de las dunas, seis centímetros cuadrados de callo de camello, una pizca de azufre y seis versos de *L'Allegro*, de Milton.

Sin embargo, ahora, mientras trota a la cabeza de la caravana, con la *safie* colgando al cuello y seguido por sus cuatro sirvientes montados en burros, empieza a dudar de la eficacia de su hechizo. La razón es muy simple: ya se huele la lluvia en el aire, un olor tan rico e inconfundible como un halo colgando sobre un lago al amanecer. Husmea otra vez, para estar absolutamente seguro, y vuelve grupas en

busca del explorador. Lo encuentra al pie de una colina pedregosa, inclinado sobre una burra que se está muriendo. Las costillas del animal suben y bajan mientras las patas se sacuden espasmódicamente. Alrededor de la burra moribunda, dispersas como si hubieran caído del cielo, hay bolsas de clavos, un par de sierras, una vela de lona, barriles de brea y pacas de estopa.

—Venga, veintiuna —la anima el explorador—, venga, muchachita. Levántate. Yo sé que lo puedes hacer.

Detrás de él, entre avergonzado, arrogante y estúpido a la vez, está ese carpintero enorme de pelo rojo, ese que se llama Smirke, con la nariz y los pómulos tan pelados por el sol que son de color fresa resbaladizo y tierno.

—Señor Park —grita Johnson con tono de urgencia—, tenemos que hablar.

El explorador se levanta, frotándose las manos como un cocinero espolvoreado de harina, y se vuelve a su guía con una sonrisa.

—Hola..., Isaaco. ¿Qué te pasa, amigo?

—En privado, señor Park, señor, si no le importa.

Smirke mira al guía, y Johnson no sabe descifrar si es una mirada airada o si simplemente está protegiendo sus ojos del sol. La bruma gime como una abuela postrada en la cama.

—Sigue aquí, Smirke, ¿vale? —dice el explorador, montando ágilmente en su caballo y obligándole a andar con un diestro golpe de muñeca.

Mientras marchan a paso de ambladura, lo que hace que los suaves y sedosos pliegues de la barriga de Johnson ondulen bajo su toga, el explorador le pregunta amistoso y expectante.

—¿Y bien?

—Bueno, solo quería decirle, señor Park...

—Llámame Mungo, amigo.

—Señor Park, creo que vamos a tener una tormenta brutal dentro de una hora y creo que usted debe dar la orden de acampar aquí y ahora. De otro modo la mitad de estos muchachos blancos estarán vomitando bilis antes de que oscurezca.

El explorador mira al cielo. Es un azul profundo y transparente de un horizonte al otro, ni siquiera se nota una pizca de humedad. El calor es tan intenso que parece levantar al explorador del caballo y mantenerlo levitando, como un puñado de ceniza flotando en una corriente térmica encima de un horno.

—¿Estás bromeando?

—Nada de bromas. La puedo oler. La lluvia. Dentro de una hora.

—Pero si ni siquiera hay una sola nube en el cielo.

—Escuche, señor Park, no tengo tiempo ni energía para discutir. Ahora mismo mis hombres están construyendo un albergue en la cima de esta colina, detrás de aquel afloramiento de granito, allí, aquel que parece un capirote. Si aún le queda sentido común, hará lo mismo.

El explorador se queda pensando, intrigado, como si acabara de escuchar un

chiste que no comprende.

—No seas ridículo, Johnson, Isaaco, o como quiera que te llames. Son las nueve y media de la mañana. Tenemos todo un día de marcha por delante. Si crees que voy a detener la caravana para acampar aquí solo porque se te ha metido en la cabeza que va a llover, lo siento mucho, pero eres más cerrado de mollera que un queso de Banbury.

Johnson ya se alejaba con su yegua. Se detuvo un momento, volvió la cabeza y miró al explorador con un gesto de cansada resignación, como un maestro hartado de un estudiante al que por tercera vez, tras quitarle diez a veinticinco, le siguen quedando dieciocho.

—¿Sabe, señor Park? Usted sigue siendo tan imbécil como hace ocho años.

CUARENTA Y CINCO MINUTOS después el cielo se puso color acero engrasado y el viento empezó a soplar a cien kilómetros por hora, levantando nubes de polvo que borraban el horizonte. Los relámpagos astillaban la neblina que se arremolinaba en lo alto mientras torbellinos de vapor arrancaban de raíz los árboles como si fueran tallos de apio. Y entonces rompió a llover. Bramando como las cataratas del Niágara, el diluvio fustigaba bajando por llanos y valles, doblando los árboles y los arbustos, dispersando las hojas, levantando polvaredas, flagelando las cuevas rocosas de las montañas con un estruendo como de cañonazos. En un santiamén los fardos y las cajas que transportaban los burros quedaron empapados, los hombres calados hasta los huesos, los asnos chorreando como caños de desagüe. Bullendo y terrosa, el agua corría cuesta abajo a toda prisa, formando primero un arroyo, luego un riachuelo, y enseguida un río. La lluvia rebotaba en los guijarros, hasta hacía poco abrasados, que ahora chupaban sedientos con un rugido terrorífico.

Shaddy Walters fue la primera baja. Cuando el viento se levantó, repentino y feroz, el cocinero de la expedición estaba tratando de rodear un risco de áspero granito rojo, torcido y gigantesco como el lomo de una ballena. A su izquierda se abría un despeñadero de sesenta metros. Casi inmediatamente perdió el sombrero de paja, que salió volando y luego cayó como si fuera una bala de cañón, mientras el polvo le azotaba la cara encegueciéndolo. Entonces, en medio de un estruendo de calderos y sartenes, su burro se desplomó, rebuznando. Cayó encima de una bolsa de arroz que reventó y los granos se pegaron a la cara del cocinero como si fuera pólvora, ascendiendo en una ráfaga ruidosa que subió como un relámpago hasta la troposfera para ir a caer sembrados en la tierra estéril, cientos de kilómetros al norte. El cocinero estaba alarmado. Desesperado, arrastró por el cabestro al burro mientras Mungo pasaba tronando en su caballo, gritando algo entre las dentelladas del viento. El burro fue presa del pánico: poniendo los ojos en blanco y agitando la cola en el vacío, empezó a resbalar hacia el borde del precipicio.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó Jemmie Bird abandonando a su burro, trepando,

patinando en el lodo, a cuatro patas, subiendo por el peñasco de granito y corriendo hacia una arboleda sin hojas que crecía en una meseta más adelante. De golpe y porrazo, con un ruido electrizante, una de las marmitas salió volando del lomo del burro, rebotó contra la pared rocosa y volvió a sonar en la escarpadura, una y otra vez, como un címbalo echado a rodar cuesta abajo desde el pico Ben Nevis. La idea de abandonar a su burro imitando a Jemmie pasó por la cabeza del cocinero, pero la reprimió. Indiscutiblemente Shaddy Walters era un testarudo. Era capaz de servir arroz con cebolla tres veces al día durante toda una semana. Capaz de servir el mismo té recalentado mil veces aunque tuviera el sabor del bronce usado para fundir cañones. Capaz de aferrarse al cabestro de un asno tan obstinado como él, genio y figura hasta la sepultura.

Y eso fue precisamente lo que hizo. Al cabo de dos minutos, la lluvia llegó en forma de golpe, transformando el saliente en una pista de patinaje, y Shaddy y el burro número veintisiete pasaron a mejor vida enfrascados en el terror y la tenacidad, cayendo por el precipicio como un par de gigantescos granizos. Si acaso gritaron — débiles voces mortales en el vado que aullaba—, nadie los oyó.

A todas estas, de los cuarenta y un hombres que quedan, excluyendo a Mungo, treinta y ocho están de rodillas vomitando. Son la fiebre amarilla, la disentería, las fiebres, el vómito negro. Eso ya lo ha visto antes el explorador. Doblados, agarrándose el vientre, como si les hubieran disparado en las entrañas, los hombres caen en el zarzal alrededor del cual Mungo está tratando desesperadamente de levantar algún tipo de cobijo de lona para proteger la pólvora, el arroz y los mosquetes que pronto se oxidarán. Algunos han conseguido controlar a sus burros, otros no. Casi todos se revuelcan en la tierra, resollando y temblando, en sus propios charcos de vomito. Uno de ellos, un chico de dieciocho años que se llama Cecil Sparks, está llorando. Su llanto se pierde en la cacofonía de la lona vapuleada por el viento, entre los truenos y el rugido de la lluvia, y entre los gruñidos y los gemidos de los que se retuercen de dolor. Pero allí sigue su gimoteo, dejándose oír a ratos, un sollozo brotando de las profundidades, el sonido de la desesperanza, el sonido del fracaso, de la autocompasión y la aniquilación.

DUMMULAFONG

—SE LO DIJE —le dice Johnson sin malicia, sin la menor inflexión de voz, tal y como suena. Reclinado cómodamente en un asiento de piel de buey, a lo madame Récamier, con un fez y una bata de seda roja, posa los pies en una alfombra de piel de leopardo. Su campamento, medio kilómetro en la retaguardia del explorador, está detrás de una monolítica eminencia de piedra, de cara al norte. Aunque ha seguido lloviendo durante la noche —con una ferocidad tan incesante que el explorador ha empezado a preguntarse si no sería mejor construir su barco allí mismo y bajar navegando hasta el Níger—, la tienda de campaña de Johnson está tan seca como Benowm en febrero.

Han cubierto el suelo con unas ramas de acacia para absorber la humedad y las paredes de lona han sido reforzadas con tablillas del mismo árbol. Un fuego chisporroteando lame los muslos de seis o siete aves de caza —¿perdices?— cuando Mungo entra, calado hasta los huesos, y Johnson suelta su frase concisa y contundente.

El explorador agacha la cabeza, contrito como un penitente. Está de capa caída, viene arrastrando el sobretodo, que chorrea.

—Nunca volveré a dudar de tu palabra —dice, casi en un sollozo. Johnson mete una pizca de tabaco de Virginia en la pipa y delicadamente le da unos golpecitos con el pulgar.

—Anímese, señor Park... Tarde o temprano tenía que suceder. La lluvia, digo. Señala el fuego.

—Siéntese y séquese un poco, coma algo, beba una taza de té y cuéntemelo todo.

Chasqueó los dedos, y uno de los sirvientes salió de las sombras para servirle al explorador pollo con ñame. Oscuro, aromático, el té silba en una tetera plateada sobre los carbones.

—¿Y bien? —preguntó Johnson, como un dandi sentado en su club que habla sobre una bagatela perdida a las cartas o en el hipódromo—. ¿Cuántas han sido las bajas?

Mungo miró el plato de comida en sus rodillas. Las pérdidas durante las últimas veinticuatro horas han sido muchas. Demasiadas. Y él es el único culpable. Primero fue Cecil Sparks, pobrecito, alguna extraña enfermedad acabó con él poco antes del amanecer. Se retorció en la tierra unos cinco minutos, como un pez en el muelle, y después se cortó la lengua de un mordisco, se le bloqueó la mandíbula y murió. Luego, cuando salió el sol, Martyn le comunicó que a Shaddy Walters lo habían encontrado en lo profundo del precipicio, aplastado debajo de su burro y medio comido por animales salvajes. Las marmitas habían quedado abolladas, pero aún podían usarse, y pudieron recuperar cincuenta libras de arroz empapado. H. Hinton, cuyo nombre nunca supo el explorador, había desaparecido, con su burro.

Al cabo de un rato, Mungo levantó la cabeza y se fijó en una mancha oscura en la lona por encima del hombro izquierdo de Johnson.

—Tres —respondió enronquecido, sintiéndose tan miserable como si lo hubiera empujado por un despeñadero.

—Oiga, señor Park, no es el fin del mundo. Todavía le quedan... ¿cuántos? ¿Cuarenta?

—Treinta y nueve, sin contarme a mí. Ni a ti.

—Pero, la otra vez usted sobrevivió sin nadie a su lado, ¿no es verdad?

Mungo apartó los ojos, y entonces, sin poderlo impedir, el aroma lo estaba volviendo loco, mordió un muslo de pollo que goteaba.

—Tal como yo lo veo —dijo Johnson, exhalando anillas de humo—, escampará a eso de las tres. Quizá siga lloviznando durante un rato, pero, si tenemos suerte,

podremos llegar a Boontonkoooran antes de que caiga la noche, llovizne o no. El pueblo no es gran cosa, pero el *Dooty* no es mala persona, y si usted le ofrece algo, digamos cinco mil cauríes, puede que él encuentre una o dos chozas secas y usted pueda reorganizarse. ¿Qué le parece?

Pesándole en el alma su anterior desconfianza, con los labios brillantes de grasa, el explorador asintió lentamente con la cabeza.

—Tú eres el jefe —dijo.

BOONTONKOORAN ES UNA ESPECIE DE APEADERO, nada del otro mundo, pero dadas las circunstancias es decisivo. Por seis mil quinientos cauríes, el explorador ha podido alquilar tres chozas con goteras, infestadas de bichos, y comprar provisiones para dos días —leche, maíz y mijo—. Por otros seis mil quinientos, más tres botones de su sobretodo, logró que un leñador octogenario pero robusto le diera un par de burros idénticos y se jubilara. Sin embargo, no hay carne disponible —a ningún precio— y las lluvias incesantes han obligado al explorador a prolongar allí su estancia durante tres días. Los soldados —mojados, sí, pero no calados— se tumban formando montones harapientos en el suelo de tierra de las chozas alquiladas, sorbiéndose los mocos, rascándose, acurrucados en mantas mohosas y hundiendo sus jarros de estaño incrustados con mocos en la olla de caldo, cecina, arroz y verduras marchitadas que ha preparado el nuevo cocinero, Jemmie Bird. Un bodrio que sabe exactamente a agua de mar, y comérselo es como hacer gárgaras a ocho brazas de profundidad, pero al menos calienta las entrañas. Afuera, la lluvia azota con una intensidad incesante, como nunca habían visto llover, ni M'Keal ni Mungo, ni siquiera Johnson. Hasta los marineros reclutados de la corbeta *Eugenia*, el mayor de los cuales en una ocasión sobrevivió a un tifón cerca de las Marquesas, dicen que esta lluvia es algo fuera de serie.

La inclemencia del tiempo preocupa al explorador. No tanto por el problema de los caminos intransitables, los ríos crecidos y los precipicios resbalosos, sino más bien porque piensa en los efectos que tanta humedad tendrá a largo plazo en la salud de los hombres. Sabe muy bien lo pernicioso que puede ser el clima, como el aliento pútrido de un pantano. De los terrenos inundados y del agua estancada salen legiones de enfermedades misteriosas capaces de convertir al hombre más fuerte en un esqueleto. Incluso él, a pesar de haber pasado por esa experiencia, está empezando a sentirse indispuerto. Y si eso es así, ¿cómo se sentirán los espantapájaros como Bird o los tísicos como Watkins? ¿Tendría que llevarlos en brazos hasta el Níger? Y si así fuera, ¿quién arreará los burros y transportará las provisiones? Y lo que es peor: ¿quién los defenderá de los moros?

En el transcurso de la segunda noche de su confinamiento en Boontonkoooran, encorvado en la tienda de campaña que ha improvisado cerca del techo de una de las chozas alquiladas, le confía sus miedos a Zander.

Al principio, su segundo al mando no responde. Simplemente se queda allí sentado, con un libro abierto en las rodillas, mirando distraídamente la pared de lona. A Mungo le llama la atención lo cansado y demolido que parece su cuñado, tiene los pómulos tan enjutos que todo el rostro parece una máscara, y los ojos febriles se hunden tanto en sus ojeras como si hubieran decidido esconderse del mundo.

—Zander —dice el explorador, alarmado—. ¿Te encuentras bien?

Zander suspira.

—Tengo un poco de calentura, supongo. Y diarrea. Cuando me levanto, siento mareos, como si hubiera bebido demasiado. Pero no es nada grave.

El explorador le está mirando fijamente, boquiabierto, con una mueca de horror insinuándose. Zander cierra el libro de sopetón.

—¿Qué decía s?

—¿Estás seguro?

—¿Seguro de qué?

—De que te sientes bien. ¿No tienes dolor de garganta, náuseas, hormigueos en las yemas de los dedos?

Zander se ríe débilmente, y luego tose.

—Puede que sea un pequeñajo —dice, aún tosiendo—, pero soy duro de pelar. No olvides —continúa en un intento por convertirlo todo en un chascarrillo— que vengo de buena sangre.

El explorador trata de sonreír, y solo consigue una sonrisa forzada.

—No te preocupes por mí —dice Zander ahogándose para reprimir un acceso de tos—, solo estoy un poco resfriado, nada más. Y ahora, explícame lo que piensas hacer.

De momento tranquilizado, pero ya con una nueva preocupación que añadir a la lista, Mungo confiesa sus miedos y dudas, quejándose de la carga terrible que ha devenido su liderazgo, de las vidas que están en sus manos, como los granos de un reloj de arena.

El consuelo que le da Zander es previsible.

—Ya lo conseguiste una vez —suspira—, y volverás a hacerlo.

—Pero no lo he conseguido..., ¿no lo ves? Hace ocho años no tenía que cuidar de nadie más que de mí mismo. Lo peor que podía ocurrirme era no sobrevivir. Pero ahora tengo a treinta y nueve almas en mi bolsillo, sin hablar de los caballos y los burros y las miles de libras de provisiones y equipo. Toda mi reputación está en juego.

Se ha levantado y pasea de un lado a otro. De repente se vuelve, casi gritando:

—Y los hombres... ¿Qué pasará si no consiguen sobrevivir? ¿Qué pasará si el clima les puede y los derrota? ¿Qué pasará si no pueden continuar?

NO ERA UNA PREGUNTA RETÓRICA.

A tal punto fue así que al día siguiente, cuando se dio la orden para que la tropa se levantara, aún entre dos luces, cuando los pájaros todavía no sabían si debían o no gorjear, tres de los hombres se negaron a obedecer. Mejor dicho, eran incapaces de hacerlo. Incapaces de ponerse en pie. Rome, Cartwright y Bloore. Martyn incluso llegó a hacerles unos rápidos tatuajes en las plantas de los pies, pues decía que estaban fingiéndose enfermos, pero ni así consiguió que se levantaran.

—¡Señor! —le dijo el militar a Mungo mientras este apretaba las cinchas de lino de los burros—. ¡Tres de los hombres se niegan a obedecer el toque de diana, señor!

Martyn entrechocó los talones y saludó marcialmente.

¿Que no querían levantarse? Vaya. Era exactamente lo que temía. Devuelto a la disciplina militar por la voz estentórea de Martyn, el explorador sacó pecho y fue directamente a la choza donde yacían los remolones. La mayoría de los burros ya habían sido cargados, y los hombres esperaban en fila debajo de la llovizna, impacientes, con los ojos enrojecidos, escupiendo gargajos de vileza en la tierra mojada. Mungo entró en la choza, enfurecido, listo para descargar toda su frustración.

Las palabras estaban a punto de salir de sus labios —«¿Cómo se atreven, gandules?»— cuando de pronto se detuvo al verlos y olerlos.

Los tres yacían amontonados en un rincón de la choza, demasiado exhaustos para levantar la cabeza ni apartar las hordas de mosquitos que habían aparecido misteriosamente en cuanto empezaron las lluvias, ennegreciendo manos y caras y cuellos, de suyo requemados por el sol. Al parecer, Cartwright dormía, con la mejilla apretada contra el suelo, en un charco de vómito, mientras que el viejo Rome farfullaba con un hilo de voz, y Bloore, decúbito supino, miraba al techo de paja como un catatónico. El lugar olía peor que una enfermería... Aparte de las ventosidades y la sobaquina, había algo más, algo esencial y telúrico: la peste a muerte.

—Pregúntales si están listos para levantarse, venga —se burló Martyn desde el marco de la puerta. Y luego añadió con una especie de ladrido—: ¡Señor!

Mungo se arrodilló junto a Bloore y agitó una mano ante sus ojos para espantar a los insectos que se cebaban en su cara. El hombre ni siquiera pestañeó.

—Bloore —dijo en voz baja el explorador—, ¿puedes levantarte?

El viejo Rome, un cincuentón que afirmaba haber estado en la batalla contra los yanquis en Saratoga, había empezado un monólogo susurrante en cuanto el explorador entró. Ahora alzaba la voz, desesperado, como si tratara de aplacar a algún dios desconocido, al Dios del Galimatías o al Rey de las Quintillas Jocosas^[28]:

—Había una jovencita de valía —ronroneó cada vez más fuerte hasta casi gritar—, excesivamente orgullosa de su linaje, / y yo me le acerqué sigilosamente por detrás, / como para recordarle / que..., que...

—¡Bloore! —gritó el explorador para poder competir con las divagaciones del viejo chiflado—, ¿quieres que te traigan una camilla?

El enfermo miraba al techo, resollando.

—Que..., que... —seguía rugiendo el viejo Rome.

El explorador tomó la mano encallecida de Bloore.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Por fin Bloore volvió el rostro y miró al explorador con ojos enloquecidos. Una cuerda se destacó en su cuello mientras ladeaba la cabeza: ningún otro músculo se movió. Tal parecía que estuviera derritiéndose en el proceso de descomposición, fundiéndose con la tierra. El explorador sintió el aliento del enfermo en su cara, espantoso como carne putrefacta. Los labios de Bloore se entreabrieron.

—¿Sí? —dijo Mungo, acercándose para oírle mejor—. ¿Sí?

—¡Que un ganso no siempre tiene que graznar^[29]! —gritó el viejo Rome en tono triunfal.

Bloore hizo un esfuerzo para respirar. Su voz crujió como una pluma arrastrada por el viento.

—¿No ha hecho bastante ya, señor explorador^[30]? —dijo con voz ronca—. Tenga un poco de corazón y déjeme morir en paz.

Y ASÍ FUE COMO TODO EMPEZÓ a ir de mal en peor. El chapoteo constante de la lluvia, la caravana avanzando cada vez más lentamente, el agotamiento inexorable de la tropa. Roger McMillan, soldado, y William Ashton, marinero, se ahogaron mientras cruzaban un río embravecido, el Bafing, en una canoa; J. Bowden, carpintero, se rezagó y unos salteadores de caminos lo asesinaron no sin antes quitarle la ropa; a Christopher Baron lo despedazaron los perros salvajes mientras vomitaba en la maleza. Día tras día los hombres se caían a ambos lados del camino, los burros se perdían, los bártulos se extraviaban en el monte o se los robaban los negros.

Eso era lo peor: los atracos. Todo lo demás Mungo podía soportarlo, la lucha del hombre contra la naturaleza y todo eso, pero el asalto incesante de los nativos, la misma gente a quien más podía beneficiar la apertura de la región al comercio británico, eso era trágico y le sacaba de quicio. En vez de llegar a cada pueblo con una sensación de alivio, sintiendo que era un refugio y un sitio para descansar, el explorador había llegado a temer acercarse a cualquier zona poblada. La voz había corrido como la pólvora: la caravana era *dummulafong*, «caza legal». A todo lo largo y ancho del camino, desde Doogikotta hasta Kandy, se extendió el siguiente rumor: un grupo de hombres blancos enfermos, tan debilitados que apenas pueden empuñar las armas ni arrear los burros, llevan un cargamento de cuentas y oro y cosas tan exóticas y maravillosas que no hay palabras para definir las en la lengua mandinga.

Y así, los lugareños aparecían como tábanos, como chacales, como hienas. Robarle cualquier cosa a aquellos caras pálidas, siempre vomitando y apestando a mierda, se había convertido para ellos en una cuestión de honor, algo así como mantenerse firmes e inmóviles ante la embestida de un toro enfurecido en Sierra Morena. Eran ubicuos, despiadados. Una vez, mientras trataba de ayudar a un

soldado cuyo burro se había desplomado en el lodo, Mungo se volvió hacia su caballo a tiempo para ver a un nativo huyendo como un galgo con sus alforjas. En otra ocasión, dos viejos flacos como juncos se plantaron delante de él, y antes de que pudiera levantar el mosquete, uno saltó para arrebatarse el arma mientras el otro le quitaba el sobretodo. Y todo eso bajo el flagelo de la lluvia.

—La única manera de parales los pies —dice Johnson en su yegua, envuelto en la neblina— es disparar contra cualquier ladrón sin previo aviso. Hágame caso, señor Park: yo conozco a esta gente.

La neblina ha teñido de gris los árboles circundantes, y hacia la retaguardia toda la vegetación se desvanece en el vientre de las nubes. Las hojas gotean, hay extrañas criaturas llamando desde el bosque, las ranas se aparcan y cantan disfrutando de lo lindo.

—Hombre, no lo olvide, esto es África —dijo Johnson repitiendo algo que había dicho hacía mucho tiempo, cuando el viejo Eboe escudriñaba las líneas de la palma del explorador y los cielos se abrieron rompiendo el cielo—. Aquí hay una rivalidad brutal. Al que se muestre débil, le dan una paliza y le roban todo lo que lleve el burro.

La orden recorre la caravana: disparar sin avisar.



EL RESULTADO INMEDIATO de la nueva táctica del explorador es que Martyn y M'Keal, autonombrados vigilantes de la caravana, matan alegremente a un par de viejas que se tambaleaban por el camino llevando unas cestas de huevos a la cabeza, como encantadoras de serpientes. Mungo revisó los cadáveres despatarrados, las caras y los pechos agujereados, la sangre mezclándose con un río de yema y de albúmina, como una salsa protoplasmática, sin edad, una especie de gel esencial y vital supurando en la superficie de un pantano antediluviano.

—Enterradlas —ordenó.

Diez minutos más tarde, mientras iba a caballo por un laberinto de rocas inmensas y esféricas, amontonadas en la hierba como un cementerio de elefantes, el explorador advirtió un alboroto a la cabeza de la caravana. Uno de los hombres..., al parecer Ned Rise..., estaba peleando con un par de negros. Mungo se apeó del caballo y corrió por el estrecho desfiladero entre las montañas rocosas, gritando: «¡Al ladrón!», como si estuviera en una concurrida calle de Londres o de Edimburgo. Los negros, desnudos bajo la lluvia, le miraron tranquilamente, midiendo la distancia que les separaba del explorador, y volvieron a lo suyo. Uno bailaba con Rise arrastrándolo en círculos, forcejeando con él para quitarle el mosquete, como en el juego del tira y afloja, como si el arma fuera una sierra y estuvieran talando un árbol, mientras el otro negro cortaba tranquilamente las alforjas del burro de Ned. Cuando llegó el explorador, ya el primer hombre corría con el sombrero de Ned, y el segundo desaparecía en la

espesura con una bolsa de veinte kilos de arroz. Ned, todavía aferrado a su mosquete, yacía tirado en el lodo, pues se había caído de culo cuando el negro soltó inesperadamente el arma para poner pies en polvorosa.

Soltando tacos, Mungo apuntó al primer hombre.

—¡Toma ya! —exclamó, apretando el gatillo.

No hubo ninguna detonación. El ladrón se paró con los brazos en jarra, a solo cuarenta y cinco metros de distancia. Y entonces, increíblemente, empezó a mover las caderas con unos obscenos movimientos pélvicos que implicaban burla y desprecio a la vez.

Mungo tiró el mosquete al suelo con rabia —¡vaya, pólvora mojada!— y cogió el de Ned. Pero el ladrón, como un conejo, ya había desaparecido. El explorador estaba que echaba chispas, en el colmo de la frustración, cuando de pronto se volvió alertado por el grito de Ned. No podía creer lo que estaba viendo. Un negro hijo de puta estaba subiéndose al caballo que había dejado en el desfiladero no hacía ni un minuto. Aquello era demasiado. Temblando de indignación, se echó el mosquete a la cara, apuntó y disparó. ¡Bang! La explosión de humo, un rápido y agudo alarido, y la jubilosa exclamación de Ned:

—¡Te lo has cargado!

En efecto, allí estaba, en el suelo, como una perdiz. Mungo dejó caer el arma y empezó a correr mientras veía cómo el ladrón se levantaba del lodo para desaparecer resbalando entre las rocas, con la pierna herida y un objeto brillante en la mano.

—¡Seguidle! —rugió Mungo, con la excitación del cazador.

Enseguida llegó a donde estaba su caballo y siguió tras la pista del hombre herido. Alertados, Johnson, Martyn y Scott le pisaban los talones. Saltaron por encima de las rocas justo a tiempo para ver al ladrón metiéndose en un matorral. Al instante estaban allí, pero ¿dónde estaba el negro?

—¡Salga de ahí, idiota! —gritó Martyn.

Los caballos galopaban por la espesura, rompiendo los arbustos en mil pedazos, caracoleando por aquí y por allá en total confusión.

—¿Dónde coño se ha metido? —relinchaba Scott, rastreando el suelo como un cazador de zorros.

La frustración era total. Dando voces, unos a caballo y otros a pie, llegaron refuerzos. Pero el ladrón, como por encanto, parecía haberlos eludido. El explorador se volvió a Johnson encogiéndose de hombros, pero el guía no le prestó atención, simplemente permanecía encima de su yegua, señalando silenciosamente al baobab que se alzaba ante sus narices. Allí, como un animal acosado por una jauría, estaba el ladrón, escondiéndose en el follaje, encaramado en una rama a unos ocho metros del suelo. Agachó la cabeza, temblando, y dejó caer el objeto brillante. Uno de los soldados lo recogió. Era una brújula, montada en corcho, la brújula que Ailie le había regalado a Mungo cuando se separaron. «Para que siempre encuentres el camino de regreso hasta mí», le había dicho.

—Dispare, señor Park —dijo Johnson.

Martyn, con la sangre caliente, transformó la frase en un estribillo: «¡Que dispare! ¡Que dispare!».

Muy lentamente, milímetro a milímetro, el explorador levantó su pistola hasta apuntar al hombre miserablemente encogido, temblando en el árbol. Los segundos parecían una eternidad, predador y presa, ganador y perdedor, frente a frente. Pequeño y con cara de hambre, con la piel violeta de tanta humedad, el ladrón miró hacia abajo desconsoladamente, con unos ojos ya vidriosos, algo lechosos, unos ojos como de ternero degollado o de perro atropellado en medio de la calle. El ladrón sangraba por un muslo. Un muslo más pequeño que el antebrazo de Mungo. Tenía la carne destrozada, como si se la hubieran molido en una máquina, y había hebras de pelo y tierra y hojas mohosas adheridas a los labios de la herida. La lluvia orquestó una elegía en el follaje.

—¡Dispare!

El explorador pensó en sir Joseph Banks, en su libro, en Londres y en el torbellino de la fama, pensó en Ailie, en los niños, en el reflejo del sol en el río Yarrow. «¿Qué hago? —pensó—. ¡Ay, Dios!... ¿y ahora qué hago?». Y entonces apretó el gatillo.

LA ÚLTIMA SONRISA AFECTADA

EL ESTALLIDO ES TERRIBLE, imponente, repercute en las resbaladizas rocas igual que una explosión de dinamita en una sala de conciertos, como el colérico fogonazo de un volcán en erupción. Enseguida se oye un chillido lastimero, y el retumbar de uno, dos, tres disparos más. Ned Rise está de pie en el desfiladero, pensando en hombres en posición de firme, en banderas ondeando, en salvas ceremoniales anunciando una nueva era. Había escuchado aquellos disparos con sentimientos encontrados de aversión y de alivio. Aversión a la idea de un pobre negro muerto a mansalva, alivio al comprobar que por fin el gran héroe blanco había sentado la cabeza. Porque las cosas iban mal, pero que muy mal. Con los hombres ardiendo de fiebre y disolviéndose en diarreas, con la lluvia sepultándolos en el lodo y los negros robándoles descaradamente, ya empezaba a quedar claro que ninguno vería el Níger: ni el teniente ni Park ni el bobo de su cuñado. ¿Y adónde iba a ir a dar con sus huesos Ned Rise, el superviviente? Iría a dar en otro montón de huesos, junto con los demás, despojados de sus ropas por los nativos, con los buitres sobrevolándolos. A menos que Park se endureciera mostrándose un poco más energético. Aquellos disparos eran un buen comienzo.

Ned se quedó allí de pie, sin moverse, escuchando el último y lejano clamor de protesta, esperando el eco del tiro de gracia. Entonces regresó a su asno, aseguró la albarda apretando las cinchas y ajustó las cuerdas que sostenían varios sacos y baúles sobre el lomo del animal. En cualquier caso, había empezado a llover más

copiosamente. Mientras se inclinaba para recoger el casi inservible mosquete que Mungo había dejado caer en el lodo, con el rabillo del ojo captó un movimiento en el claro que se abría un poco más abajo. ¿Más ladrones? ¿Bestias salvajes con predilección por la carne de asno... o por la humana? Instintivamente, Ned desenvainó su cuchillo.

Allí estaba aquello de nuevo. Un movimiento en la maleza.

—¡Eh! —gritó Ned, acariciándose nerviosamente el verdugón del verdugo en su cuello.

Bajó por el sendero, a través del claro —un único y macizo baobab, un montón de pimpollos, hierba de sabana, flores silvestres, espesos coágulos de zarzas— y luego por un largo camino pedregoso flanqueado por gargantuescas rocas. En cuanto Ned gritó, cesó abruptamente el movimiento en la maleza. Allí detrás había algo, o alguien, de eso no cabía duda, pero Ned no sabía a ciencia cierta adónde debía apuntar. Esperaría a que llegaran los demás, pensaba cuando las zarzas empezaron a temblar violentamente, como si algún inmenso animal estuviera arrancándolas de raíz.

Impaciente, Ned se agachó, cogió una piedra y la lanzó a los arbustos, pero se quedó sorprendido al oír el sordo e inequívoco golpe de la piedra chocando con la carne, un sonido que él había aprendido a distinguir cuando de pequeño mataba a pedradas a las palomas en pleno vuelo. Al cabo de un instante, un par de negras manos apartaron las hojas y una disgustada cara apareció, pero ¡qué cara! Tan negra y salvaje como la de un gorila. No: más negra y salvaje aún, porque era una cara humana. Aquellos ojos le miraban ferozmente desde unas cuencas teñidas de ocre. Unas profundas y verticales escarificaciones le surcaban la frente y las mejillas, y tenía el pelo recogido en un copete. De su cuello colgaba un grueso collar hecho con cabezas de cobras, como una advertencia, como si dijera soy venenoso y no dudaré en morderte. La mala catadura de aquel tipo convertía a los atacadores de marras en niños de teta —hasta los salvajes de Pisanía palidecerían de envidia comparados con él—. Desalentado, ya sin esperanzas, Ned levantó el mosquete que goteaba, con el cuchillo apretado bajo el brazo, como último recurso para salir del paso.

No sucedió nada. Durante un largo rato, Ned y el salvaje se quedaron frente a frente, a una distancia de quince metros, con la lluvia cayendo oblicuamente. Ned hacía todo el esfuerzo posible aparentando temeridad y mostrándose dueño de sí mismo. Entonces, súbita e inexplicablemente, el salvaje sonrió. Más que una sonrisa era una húmeda mueca obscena. Los labios gruesos y abultados ensanchándose dejaron al descubierto unos puntiagudos dientes limados. Y entonces desapareció. ¡Paf! Igual que un degenerado elfo.

ESA NOCHE ACAMPARON a la intemperie, con la lluvia retumbando en la lona de las tiendas como tambores de aborígenes. La noche se pobló de relámpagos, de sordos y

fantasmagóricos gritos de animales que merodeaban por los alrededores. A eso de las dos, el fuego del puesto de vigilancia se apagó con un aguacero y una manada de hienas —apocadas, con las orejas echadas hacia atrás— entró subrepticamente en el campamento y destriparon a un asno.

Al otro día por la noche también vivaquearon al raso, y otra vez llovía. Y así fue durante las siguientes dos noches. De acuerdo con los cálculos de Ned, estaban aproximadamente a mediados de julio, o sea, había pasado un mes del plazo fijado por el gran héroe blanco para que —según dijo— estuvieran deslizándose Níger abajo. «Solo nos faltan dos semanas», les dijo. «Otros doscientos cuarenta, o doscientos sesenta kilómetros. ¡Manteneos firmes, caballeros!», les exhortó.

¡Ja! ¡Manteneos firmes! Aquella mañana Ned presenció cómo Jonas Watkins escupía sus pulmones y luego lo vio caer de bruces en la tierra ensangrentada. Entre varios lo pusieron de pie, pero se tambaleó y volvió a desplomarse. Tenía la cara manchada de rojo, macilenta, y los ojos como leche. Park acudió enseguida, y le preguntó si podía continuar. Jonas no podía responder. Al cabo de un rato el gran héroe blanco volvió y le dijo a Jemmie Bird que le dejara un poco de carne salada y alguna munición a Watkins. «Ya te unirás a nosotros cuando te sientas mejor», le dijo Park. Otro chiste. Si la expedición era un hombre quedándose calvo, el pobre Jonas no era más que otro pelo caído en la alfombra. Pero lo que realmente le amargaba a uno la vida era aquel pequeñajo, ese enclenque lugarteniente: el cuñado. A ese lo llevaban con mil dificultades en una parihuela, como si fuera un miembro de la realeza o algo por el estilo mientras Jonas se quedaba atrás, a la vera del camino, convertido en pasto de los buitres. ¿Qué se ha creído Park? ¿A quién creía que estaba tomando el pelo?

Ned apretó los dientes y se mantuvo firme. Transcurrió un mes. Escalaron montañas, atravesaron llanos, pasaron a través de una sucesión de idénticas aldeas que apestaban a mierda. Extraños pájaros pasaban volando por delante de sus caras, animales carnívoros atacaban fugazmente a los asnos en una borrosa ráfaga leonada, manadas de enormes ciervos con flancos listados y retorcidos cuernos embestían y se alejaban volando al oír sus voces. Comieron tejones de la miel y ratas de bosque, se bañaron en charcas plagadas de sanguijuelas, gusanos de la bilharziosis y gusanos de Guinea. El mundo hedía a humus y a progresivo enmohecimiento. En menos de dos días vadearon tres ríos crecidos —el Wonda, el Kinyaco y el Ba Lee—, retumbantes como dioses coléricos, erizados con desarraigados árboles y enmarañados nidos de arbustos, arrastrando tocones sumergidos a medias, serpientes y cocodrilos. El agua, terrosa como excremento, se encrespaba embistiendo con ímpetu. En el primero —¿era el primero?— Jimmy M’Inelli —un buenazo que barajaba las cartas con una sola mano con tanta destreza como los demás manipulando el cuchillo y el tenedor con ambas manos— fue engullido por un cocodrilo como si fuera una lasca de queso entre dos galletas. Ned estaba a su lado, con el agua a la cintura y a menos de tres metros de la orilla, cuando aquella cosa se arrojó violentamente sobre el pobre

Jimmy, como un tronco resbalando por un tobogán. Lanzó una dentellada y se hundió en el terroso paraje de la corriente. No hacía ni un segundo Ned estaba gritándole a M'Inelli para que le diera la mano y, en un santiamén, allí solo había un rizo en el agua. Ni corto ni perezoso, Ned voló a la orilla. Era un acróbata, un águila. Ya en tierra, chorreando agua y con escalofríos, respiraba como una locomotora de vapor. Su cabeza hervía a la máxima velocidad. Vio la cara de Billy, la de Shaddy Walters, la de Jonas, la de M'Inelli. El miedo le atenazó: de alguna manera, a las buenas o a las malas, tenía que burlar a Park, ser más listo que él.

UNA NOCHE, a las afueras de un poblado llamado Bangassi, Ned estaba agachado junto al fuego del puesto de vigilancia secando su camisa en un palo mientras tocaba distraídamente el clarinete de Scott. (Apuntes sobre el clarinete: al explorador se le ocurrió que un poco de música no estaría mal, pues con dulces melodías podrían apaciguar a los negros de la región y atraer a los rezagados de la caravana, guiándoles como a ovejas descarriadas. Cuando vio que Scott estaba demasiado enfermo para tenerse en pie, mucho menos para soplar el instrumento ni para sostener una nota de dos tiempos, pidió voluntarios. Los hombres protestaron hastiados. Ned, siempre a la caza de una oportunidad para recomendarse a sí mismo, dio un paso al frente). La noche era húmeda y malsana, una tenue llovizna descendía emplumando el aire como si fuera el aliento de ángeles caídos. Jemmie Bird, designado para montar la guardia en el segundo turno, dormía a pierna suelta al lado de Ned; los demás gemían y roncaban en las tiendas empapadas.

Todo estaba preternaturalmente quieto. Tan quieto que Ned creía poder oír cada una de las gotitas mientras caían a través de la neblina. Acababa de terminar una conmovedora interpretación de su composición favorita, *Greensleeves* —la última triste y cristalina nota aún colgaba en el aire—, cuando se llevó un susto de muerte al oír una especie de silbido, como un roce, repetido a intervalos, que venía de la tienda principal. Se volvió y entornó los ojos escudriñando la oscuridad: ¿estaban llamándolo?

La lumbre de la hoguera parpadeó, subiendo y bajando como el vaivén de las olas chocando al pie de un embarcadero. Sí, allí había alguien, detrás de la tienda que hacía las veces de puesto de mando. Se levantó y avanzó hacia allí, silencioso e intrigado. Pero espera... Pudiera ser Smirke, ese hijo de la gran puta, dispuesto a atacarle otra vez. Andando con pies de plomo, se inclinó hacia delante, buscando en las sombras.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, en el fondo esperando que alguno de los muchachos saliera de su escondite riéndose de él... Pero los muchachos estaban demasiado agotados para jugar: tenían que ahorrar energías para agonizar.

Estaba a punto de gritar otra vez cuando, en un súbito relámpago de aprensión, volvió a ver aquella cosa —aquella cara—, el mismo rostro que le había mirado

fijamente desde el zarzal hacía quince días. Pero ahora eran dos, no, tres. Y de nuevo sonó el silbido, una especie de hssst: ¿lo estarían llamando a él?

—Jemmie —susurró, pateando a su compañero dormido.

—¡Mamá! —gritó Jemmie dando un respingo—. ¡Mamá!

Cuando Ned volvió a mirar, las caras se habían esfumado, y Jemmie Bird estaba frotándose los ojos, murmurando una y otra vez: «Maldito sueño».

—Estaba soñando que había regresado a casa en Wapping, y que estaba mamando de la teta de mi madre... Era espantoso.

Hubo un momento de meditabundo silencio, la hoguera chasqueaba, y entonces Bird soltó una risotada —«¡Ja!»— como si acabara de hacerse un chiste para sus adentros, y acto seguido se recostó en la hierba y empezó a roncar otra vez.

Nervioso, Ned dejó el clarinete en el suelo y cogió su mosquete. Poco faltaba para que se adentrara en las sombras, dispuesto a enfrentarse a sus demonios, cuando súbitamente alguien dejó caer una mano en su hombro y giró en redondo, presa del pánico, para encontrarse frente a la atónita cara de Serenummo, uno de los negros sirvientes del guía. Pero ¿de dónde coño había salido?

—*E ning somo, marhaba* —dijo el esclavo.

Ned le devolvió el saludo. Él y Serenummo se habían hecho amigos compartiendo una pipa de vez en cuando y conversando en mandinga: Ned para mejorar el dominio de esa lengua, Serenummo para hacerle preguntas al hombre blanco con ojos de gato sobre «Englo-torra» y el gran océano salado. Pero ahora, antes de que el esclavo pudiera sentarse junto al fuego, Ned lo cogió por el codo.

—¿Has visto algo ahí atrás hace un minuto?

Serenummo era alto y tenía una musculatura fibrosa, las venas brotaban en sus brazos como llanas estrangulando a un árbol. Tenía una expresión viva e inquisitiva, y cuando hablaba, lo hacía torrencialmente, tirando de su oreja derecha para enfatizar. Igual que la mayoría de los mandingas, solo tenía una vaga idea de cuán viejo era, pero Ned sospechaba que debía de tener unos treinta y cinco años.

—¿Ver algo? —dijo Serenummo.

—Caras. No estoy muy seguro de haberlos visto.

El negro se relajó sentándose junto al fuego y sacó un calabacino de entre los pliegues de su toga. Se lo ofreció, invitándolo a beber.

—Hombres salvajes —dijo Ned, ignorando el calabacino—. Desnudos y pintados, con dientes afilados. Creo que nos están siguiendo.

—¡Ah! —exclamó Serenummo—. Tú querer decir los manianas.

—¿Manianas?

El negro asintió con la cabeza.

—No hay nada que temer —dijo—, ellos solo esperan para hacer negocio con ustedes.

Ned estaba sumido en un mar de dudas aprensión. ¿Negocios? ¿Qué clase de negocios podía hacer él con aquellos monstruos perversos? ¿Garrotes y

empalamientos? ¿Violaciones, tortura y descuartizamiento? Igual que un gato callejero, siempre se las había apañado para caer de pie y estaba acostumbrado a toda clase de despropósitos —ya fuera como pescador, como emprendedor hombre de negocios, como Cristo resucitado, como saqueador de tumbas, como convicto—, pero aquella aberración africana lo dejaba patidifuso. La asquerosidad y la barbarie de aquella atrocidad hacían que a veces deseara estar de regreso en Londres huyendo de Osprey, de Banks y del verdugo. Al menos ellos no iban a abrirlo en canal y rellenarlo con arena. Antes de que se diera cuenta, estaba gritando:

—Bueno ¿y por qué coño no salen y dan la cara? ¿Por qué se esconden en la maleza como un hatajo de pintarrajeados demonios?

—No es su estilo. Escúchame —dijo Serenummo, haciendo una pausa para empinar el calabacino—, casi ninguna tribu comercia con ellos, así que lógicamente están un poco escarmentados y recelosos. Lo que quieren es, bueno..., es... quieren comerse a sus prójimos: corazón, riñones, cerebro. Nosotros les llamamos a ellos *maniana*.

—Caníbales —susurró Ned, interrumpiéndolo en inglés.

Ahora Serenummo estaba disertando, dándole tirones a su oreja, con los ojos animados; apenas había notado la interrupción.

—Ellos viven lejos hacia el este, a lo largo del Joliba. Cuando libran una guerra, reúnen a los muertos y a los heridos, y se los comen. En tiempos de paz su rey envía cuadrillas a grandes distancias para emboscar a los viajeros solitarios que se aventuran a lo largo del camino, y si no pueden capturar a ninguno, entonces deciden comprar uno o dos esclavos para la olla.

Ned se acuclilló junto al negro, tan ensimismado y horrorizado como un niño oyendo cuentos de brujas y trasgos. No podía dejar de pensar en los hombres que habían ido quedando a la vera del camino, le atormentaba imaginarse la suerte de los rezagados que ahora mismo estaban durmiendo lejos del campamento. En medio de la noche.

—Por supuesto —añadió Serenummo, con una sonrisa nerviosa a flor de labios—, en realidad nunca nadie quiere hacer negocios con ellos, quiero decir, venderles un esclavo. Eso sería demasiado cruel —susurró, mirando de reojo a Ned—, demasiado cruel. Peor que la muerte.

En ese momento oyeron un súbito clamor en medio de la desolación de la noche, seguido de una palabrota, un estallido de refunfuños, dientes rechinando y la barahúnda de los cascos de unos asnos.

—¡Que me maten si no acabo de romperme la puta pierna! ¡Maldita sea! ¡Me cago en la madre que parió a Park, ese hijo de la gran puta!

Era la voz de Smirke.

Serenummo se levantó rápidamente, dio una palmadita en el brazo de Ned y se deslizó hacia la tienda de su amo mientras el alboroto se acercaba cada vez más. Un momento después Smirke estaba de pie en el halo de luz de la hoguera. Con él venían

cuatro rezagados de mejillas chupadas, ojerosos y asustados. Los burros que traían a remolque estaban salpicados de sangre, los hocicos echando espumarajos.

—¡Por los clavos de Cristo —ladró uno de los hombres mientras se tiraba al suelo junto a la hoguera—, casi nos comen vivos allí atrás!

Ned reconoció al hombre: era Frair, un costal de huesos y un quejica, primer premio en eso de andarse quejando siempre.

—No puedo dar ni un paso más —añadió otro, zigzagueando—. Estábamos acostados al pie de ese gran árbol y en cuanto se puso el sol aparecieron esos lobos furtivamente, ¡Jesús!, y ya estaban olfateándome los pies.

Smirke se sentó pesadamente junto a Frair, mirando con el ceño fruncido a Ned como si él fuera responsable de todos sus problemas, mientras los demás —ojerosos y aturridos como los supervivientes de un naufragio— fueron tambaleándose hacia la tienda, remolcando a los asnos. Sin decir una palabra, Smirke se inclinó hacia delante y hurgó en la olla de arroz y cebollas que el explorador había dejado allí para los rezagados. Comió con las manos, masticando ruidosamente, gruñendo y eructando, chupándose los dedos mucilaginosos igual que un león alheñado lamiéndose las garras. Frair se agachó detrás de él, con su pequeña cara de chacal, para coger las sobras.

Smirke había adelgazado mucho en los últimos meses, a causa de las enfermedades y del agotamiento. Prácticamente se había quedado calvo, y la piel, donde no estaba quemada por el sol, mostraba una coloración sebosa. Seguía siendo grande, fornido y estúpido —y, por lo tanto, peligroso—, pero en los últimos días no le había dado tantos problemas a Ned. Gozando del favor de Park, Ned viajaba con una carga más ligera, generalmente a la cabeza de la caravana, mientras que Smirke, encargado de conducir a dos asnos cargados con dos tercios de las herramientas de carpintería, invariablemente cerraba la marcha, en la retaguardia. Después de diez horas de marcha bajo la lluvia, Smirke no parecía tener suficiente energía para ajustar cuentas.

Y así era como tenía que ser, porque había llegado la hora de que Ned ajustara las suyas. Olvidar que aquel Smirke le había golpeado salvajemente, robándole el dinero tan duramente ganado y arruinando su oportunidad con Fanny, olvidar que había cometido perjurio para verlo colgado en la horca, eso era fácil. El problema era que aquel maniático estaba allí, esperando la ocasión para liquidarlo. Era una cuestión de vida o muerte: o mataba o lo mataban. No hacía ni tres semanas, mientras cargaban los asnos en una mortecina y lluviosa mañana, Smirke lo había agredido sin que mediara ninguna provocación. Según parece, mientras estaba apretando la cincha, la rompió, y su mal genio estalló al mismo tiempo. Enfurecido, le dio una patada al burro, tiró al suelo la inservible cincha y arremetió contra Ned. El ataque fue brutal, calculado para matarlo. Sin avisar, le asestó un golpe a Ned en la región lumbar, empujándolo hacia una charca poco profunda que apestaba a orina donde enterró su cara sujetándolo por la nuca. Si Park y Martyn no hubieran llegado al instante, Ned

habría muerto ahogado. De todas maneras, se le llenaron los pulmones de agua, le quedó un feo cardenal y estuvo varios días derrengado. A Smirke, loco de atar y farfullando, tuvieron que ponerlo encima de un asno y atarlo como si fuera una paca de heno.

—¡Te mataré por esto, Rise! —aullaba, una y otra vez, hasta que alguien le metió a la fuerza un calcetín en la boca.

Ahora, mientras lo veía encorvado sobre la comida, como una bestia babosa, con sus ojos de cerdo ya entrecerrándose a causa de la fatiga y la astenia que provoca la malaria, Ned tuvo una inspiración. Aguantó la respiración hasta que Smirke y Frair roncaron al unísono, ambos despatarrados cerca del fuego, como perros después de una cacería, y entonces se inclinó sobre Jemmie Bird para verificar si estaba despierto. Dormía como un lirón. Con el corazón palpitando y la garganta seca, Ned comprobó la cazoleta del mosquete y deslizó la pistola de Jemmie en su cinturón. Entonces se alejó de puntillas, fundiéndose gradualmente con las sombras que crecían detrás de la tienda.

—Hsst —llamó.

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo. Nada. Y al poco rato, tenue como una hebra, le devolvieron la llamada.

Los manianas estaban allí, fragmentos de sombra. Podía olerlos —sudor y grasa y el olor a almizcle de algún animal salvaje—, un olor que lo sobrecogió con su acrimonia penetrante, un olor que sacaba a la luz ancestrales recuerdos raciales, algo a la vez atávico y somático. Entonces los vio, sonriendo, sus dientes flotando en el vacío como si no tuvieran nada que ver con sus mandíbulas y sus caras. A medida que los manianas se acercaban, él retrocedía hacia el círculo de luz de la hoguera, sin dejar de apuntar con el mosquete a la más cercana hilera de afilados dientes relucientes.

Ellos salieron de las sombras, como si lo hicieran de una charca dejando tras de sí el rumor de la succión de unas aguas oscuras. Eran cinco, jóvenes y flacos y de ojos salvajes. El olor se aferró al estómago de Ned. Les hizo señas para que siguieran avanzando, y el salvaje más cercano, el que tenía el collar de cabezas de cobra, obedeció. Ned le señaló al durmiente Smirke.

—¿Hacemos negocio? —dijo en mandinga.

El caníbal miró al extabernero evaluando aquel corpachón tostado por el sol, y luego miró a Ned. Sus dientes parecían mordisquear el aire, y se agarró ambos hombros para contener un temblor de gastronómica fruición anticipada. Súbitamente su cara expresó una interrogación, una plegaria, y levantó tres dedos.

Al principio Ned no entendió..., pero enseguida cayó en la cuenta. Le estaba preguntando si los tres estaban en venta: Bird, Frair y Smirke. Mientras tanto otro maniana se había acercado, muy flaco y con aspecto de estar hambriento, mirando a los hombres dormidos como un ama de casa en la pollería. «No», dijo Ned haciendo señas enfáticamente, y levantó un solo dedo antes de señalar otra vez a Smirke. El

primer hombre parecía decepcionado, la lobuna sonrisa disminuyó momentáneamente, pero entonces el segundo dijo algo, tajante y categórico, y ambos rápidamente dijeron que sí con la cabeza, como pájaros carroñeros dando picotazos en el cadáver de un animal: ¡trato hecho!

Ned permaneció ojo avizor, mirando a las sombras, mientras los cinco silenciosamente ataban al dormido Smirke con cuerdas de cáñamo, envolviéndole como si fuera una momia. Cuando lo tuvieron bien atado, el hombre del collar de cabezas de cobra abofeteó la patilluda cara despertándole al tiempo que le tapaba la boca con un apretado trozo de tela y cera de abeja. Smirke empezó a sacudirse mientras lo arrastraban, atado igual que un cerdo, soltando una retahíla de protestas y gritos enloquecidos que se quedaban atascados en lo profundo de su garganta. «Ummmmm —gruñía—, ummmmmmmmm», como si estuviera relamiéndose de gusto ante una opípara cena lujosamente alumbrada con candelabros.

Electrizado, Ned se había dejado llevar acercándose demasiado, fatalmente atraído por el espectáculo, como una mariposa nocturna por una bujía, hasta que se detuvo asustado; si no estaba alerta, podía terminar en el caldero junto con Smirke. Súbitamente el de las cabezas de cobra dio media vuelta, con un tic nervioso en el ojo y contrayendo los labios en una sonrisa obscena, la sonrisa de complicidad que un conspirador le dedica a otro. Ned retrocedió encogido de pavor cuando el salvaje le ofreció la mano. El olor del negro, tan cercano, era insoportable: Ned hubiera querido quitarse la ropa a zarpazos, correr dando alaridos por el bosque, beber sangre. Había algo en la mano del maniana, una negra bolsa de cuero, pequeña y tersa como una pera. «Cógela», le decía el otro por señas, inclinando la cabeza y extendiendo el brazo. Ned cogió la blanda bolsa, extrañado, y entonces se dio cuenta, con una ráfaga de vertiginosa alegría, de que era su paga —Judas Iscariote— y en lo más hondo de su corazón rio cuando se metió la bolsa en el bolsillo. Se sentía diabólico, poderoso, regocijado. Asociado con los demonios y las sombras de la noche.

Se adelantó y miró a Smirke directamente a la cara. El hombretón yacía allí igual que un bebé patilludo, moviendo exasperadamente la boca amordazada, estirando el cuello, con los brazos apretadamente atados al cuerpo, como si estuviera fajado en un lienzo. Los tendones se anudaban en su mandíbula, la garganta se hinchaba respirando en vano. Revolvía los ojos brutalmente, ceñudos y aterrorizados, pasando de una cara a otra, hasta que se posaron en los de Ned con una mirada de cólera, odio y total desesperación. Ned le respondió con un guiño, saludándolo con un golpe seco de su mano en la sien, para luego agitar la mano en el aire, como una solterona despidiendo a su compinche en los muelles. Y entonces, despacio como el sol cuando sale por detrás de las colinas, las comisuras de su boca empezaron a levantarse, en una sonrisa afectada^[31].

DEL DIARIO DEL EXPLORADOR

Al fin, después de tantas desgracias y tribulaciones, tengo que dar gracias al Señor por su guía y protección, pues he vivido para zambullir mi corazón en el Níger por segunda vez deleitándome con el suave torbellino de su música, que acaricia mis oídos. Es un río majestuoso, desbordándose con la fabulosa carga del monzón, ennegrecido por el aluvión. Y nada tiene que envidiarle a los ríos más caudalosos de la tierra, ni siquiera aquí, en su parte alta.

Si alguna lección hemos aprendido en esta ardua expedición, es la siguiente: que un contingente de europeos, transportando mercancías, puede adentrarse en el continente evitando fricciones con los nativos, atracos y la pérdida de unos tres hombres, de un total de cincuenta, si se adoptan las debidas precauciones y se tienen en cuenta los caprichos climáticos. Prácticamente pudiera decirse que esto se ha llevado a cabo gracias a seis valientes y bravos muchachos reclutados entre los soldados de Gorée — Martyn, M'Keal, Bird, Rise, Frair y Bolton— y a un habilidoso carpintero que nos acompaña desde Portsmouth, un tal Joshua Seed, que en estos momentos está delirando. Desgraciadamente, hace unos días perdimos al compañero más corpulento, Smirke, a manos de los predadores de una tribu nómada nocturna. El señor Scott, encontrándose indispuerto, se vio obligado a quedarse atrás, en Koomikoomi —una pintoresca aldea en la montaña, a menos de sesenta y cinco kilómetros de distancia— hasta que se sienta suficientemente bien para unirse a nosotros.

Johnson —es decir, Isaaco, como ahora misteriosamente prefiere que le llamen— ha resultado una ayuda tan inestimable como ya lo fue en mi primera expedición. Aplicado, erudito, humilde e inteligente, es el africano más leal, un hombre de letras que una vez recogió algodón en Carolina y cuidó del vestido de sir Reginald Durfey en Piltdown y en Londres. Abandonando las comodidades de su hogar y a su familia para ayudarnos a forjar un nuevo camino desde el Gambia hasta el Níger, se ha consagrado en cuerpo y alma a extender las fronteras de los conocimientos geográficos. Precisamente esta mañana se presentó en mi tienda con la humilde pero sabia sugerencia de que debemos enviarle un mensaje a Mansong de Bambara para poder entrar en su reino y pedirle su bendición para nuestra empresa. «¡Es una idea genial!», exclamé, e inmediatamente despaché a dos de los negros sirvientes de Johnson hacia Segú, llevando regalos para Mansong y su hijo Da, junto con una carta detallando nuestro objetivo al visitar de nuevo su país. Espero que este munificentísimo potentado nos facilite las naves necesarias para proseguir en nuestro empeño, ya que sin carpinteros sería bastante peliagudo construir nuestra propia embarcación.

Mientras tanto, he decidido —de nuevo siguiendo el consejo de Johnson — navegar río abajo después de Segú hasta la ciudad de Sansanding (transportados por una curiosa tribu de barqueros que se ganan la vida llevando mercancías y gente de aquí para allá en sus canoas hechas de troncos ahuecados, como gondoleros venecianos), donde pensamos instalar nuestro mercado de trueque, y allí tendrá lugar la botadura del navío de Su Majestad *Joliba* hacia territorios desconocidos. Estoy totalmente de acuerdo con mi fiel consejero cuando asegura que la etiqueta exige que pasemos de largo Segú, y que no sería elegante imponernos una vez más a la generosa y realmente cristiana caridad de Mansong, quien, ni que decir tiene, tanto se preocupó por nosotros durante la primera expedición. Y aunque Sansanding, según dicen, es una ciudad predominantemente mora, podremos vender allí a mejor precio nuestras mercancías y, en caso de dificultad, estaríamos en el amplio regazo del Níger antes de que el arraigado fanatismo y los irracionales prejuicios de los moros pudieran infligirnos cualquier daño. Una vez a flote, he decidido no tratar en modo alguno con las tribus locales, en caso de que se muestren hostiles, sobre todo mientras sigamos el curso del río hacia el norte, en pleno corazón de los dominios moros. No trataré con nadie hasta que hayamos alcanzado el mar. Si Dios quiere, el viaje será tan tranquilo como revelador. No he oído ni una palabra del diabólico Dassoud. Espero que haya pagado hace tiempo el precio de sus pecados.

¡Río misterioso, río legendario, río de oro! ¡Qué bueno es estar otra vez bajo tu hechizo, contemplar de nuevo tu superficie arremolinada, sacar a manos llenas un largo y refrescante trago de tu agua saludable y fortificante! Alexander Anderson, mi querido cuñado y segundo al mando, parece muy animado por el espectáculo. Estos valerosos escoceses, luchando a brazo partido contra las inclemencias del tiempo y el esfuerzo titánico que entraña nuestra marcha, han estado a mi lado en la fortuna y en la adversidad, han sido un consuelo y un ejemplo. La fiebre de mi cuñado parece haber remitido bastante, y las curativas aguas del Níger han devuelto a tal punto el color a su pálida tez que de pronto me sorprende pensando en crepitantes chimeneas y en los frescos y suaves copos de nieve de los Borders. Espero que pronto se recupere por completo, y que el señor Scott se reúna con nosotros este fin de semana. Y entonces, con la mente despejada y el cuerpo descansado, podremos seguir adelante para conquistar el Níger.

¡OH, EL GRAN CAMBIO!

ERA UN SOÑADOR NATO. Un bobo de nacimiento, habría dicho su padre, siempre diciendo chorradas, un tórtolo que no dejaba de andar tonteando de aquí para allá, que no servía para nada como no fuera para vaciar botellas de whisky y atracarse de

comida. Le mandaron a la escuela a la edad de seis años, y se encerró en sí mismo, convirtiéndose en un devorador de mitologías y cuentos de viajeros, un solipsista que huía de las crueldades del internado refugiándose en las tranquilizadoras páginas de un libro o dando interminables paseos por los bosques llenos de malas hierbas y los cementerios abandonados. De regreso a casa por vacaciones, vagabundeaba por las colinas de Selkirk, y era un extraño para los hijos de los granjeros, que le ignoraban al verlo en la calle para luego tildarlo de esnob a sus espaldas. Su hermana era su única amiga.

Era un niño delgaducho y nada atlético, y de buenas a primeras se había transformado en un hombre. Ni siquiera él se había percatado del cambio. Fue un proceso tan rítmico e imperceptible como el paso de las estaciones: la hierba verdeando, las hojas cayendo, la nieve, la lluvia, el sol, el internado, la escuela pública, la universidad. Desde el momento en que su madre le dejó hasta el día que obtuvo su título en Edimburgo, su existencia estuvo programada, el camino claramente marcado, de modo que era una pauta tan fácil de seguir que no había ninguna razón para que se preguntara qué quería hacer en la vida... Él sabía, con la serena seguridad del que no ha sido puesto a prueba, que, fuera lo que fuera, sería espectacular.

Pero cuando estuvo de regreso bajo el techo paterno, título en mano, Alexander Anderson no supo qué hacer. Por primera vez en su vida tenía la libertad de elegir, de correr adonde sus piernas le llevaran, de hacer lo que le diera la gana. Era una responsabilidad abrumadora. Horacio, Catulo, la *Fisiología* de Aristóteles..., ¿de qué le servían ahora? Él no quería dedicarse a la medicina, a pesar de las presiones de su padre; despreciaba tanto esa profesión que incluso le resultaba repugnante. Ni ejercería derecho, ni tomaría los hábitos como tantos de sus inquietos condiscípulos. En algún momento acarició fugazmente la idea de alcanzar la fama como poeta —el glorioso Southey, el intrépido Burns, el asombroso Anderson—, pero renunció a ese sueño después de llenar seis o siete cuadernos con lúgubres y autocompasivas bobadas a la manera de *The Mall of Feeling*, de MacKenzie, y entonces comprendió, de un modo práctico y ecuánime, que no tenía ni pizca de talento. El otro proyecto que le pasó por la cabeza fue la carrera militar —la centelleante casaca roja, el tambor y el pífano, poner de rodillas a los franceses y todo eso—, pero no, allí era adonde iban a parar todos los atletas —al campo de batalla, descalabrados—, y ¿cómo iba él, con su metro sesenta y dos y sus cincuenta y siete kilos, a tener ni la más mínima posibilidad de competir con ellos?

Y así, desanimado, acompañando a su padre en las visitas de médico rural, se quedó en Selkirk, experimentando de vez en cuando vagas ansias, doblegándose como un arbolito bajo el peso de la nieve, sintiéndose un antisocial y autodespreciándose, comiendo y vistiéndose bastante bien gracias a los intereses de su modesta cuenta bancaria, bebiendo para matar el tiempo, y soñando, siempre soñando.

Entonces apareció Mungo procedente del Níger, radiante, heroico, triunfador, y Zander ya no dudó acerca de lo que quería hacer con su vida. Se estaba organizando una segunda expedición, y él formaría parte de ella. ¿Acaso había allí algo grande que hacer? Ni las proezas de Nelson ni las del mismísimo Napoleón podían compararse con la aventura del Níger. La excitación de enfrentarse a lo desconocido, el delicioso riesgo, el apasionante júbilo de la victoria sobre la naturaleza: aquello era demasiado esplendoroso para ser cierto. ¿Cómo se le había ocurrido acariciar cualquier otra idea en el transcurso de los últimos años? Por supuesto, todo esto lo pensaba para sus adentros y, desde luego, la idea brotó como una hiedra tenaz trepando, agarrándose, extendiéndose hasta cubrir todos los recovecos y las grietas de su ser. Él vadearía ciénagas, se abriría paso desmochando a hachazos la selva, auxiliando a su cuñado en sus exploraciones, pequeño pero ágil, descubriendo los secretos más profundamente enterrados del Continente Negro. Fue como una revelación. Alexander Anderson, explorador. Para eso había estado economizando sus energías todo este tiempo.

Lo que él no sabía era que tendría que esperar siete años para que llegara su oportunidad.

Siete largos y atormentadores años, años que le desgastaron como una indeterminada condena a prisión, sin permisos por buena conducta. Mataba el tiempo bebiendo, cabalgando, un flirteo aquí, otro allá. Cazaba, fumaba cigarros, practicaba boxeo para reforzar su resistencia. Y seguía a Mungo como una sombra. Sin cesar le pedía que le repitiera sus cuentos hasta ser capaz de recitarlos de memoria, hasta que impregnaban su alma, traspasándola, como suele ocurrir con las leyendas. Cada día le interesaba menos el único oficio que conocía —curar—, convirtiéndose en algo enojoso, pues distraía su atención de su única obsesión. Por las noches, o durante los largos y grises atardeceres, cuando no estaba de humor para abrir con el bisturí un divieso o aplicar una lavativa, devoraba todo lo que caía en sus manos sobre el tema de África y los viajes de exploración. Leyó a Moore y a Bruce y a Leo Africanus; desgastó las páginas de tres ejemplares de los *Viajes* de su cuñado, y siempre llevaba consigo aquel libro, siempre con la nariz metida entre las sobadas páginas, citando pasajes enteros ante asustados pacientes e imbéciles granjeros, como si fuera un libro sagrado. Una tarde, Mungo lo llevó aparte y le dijo que todo estaba ya a punto. Zander estaba exaltado. Cuando todo se derrumbó tres meses después, se sumió en la desesperación. Transcurrió un año —el más largo y desolador de su vida— antes de que Mungo volviera a hablarle del tema. Esta vez no era una falsa alarma. Lió sus bártulos en una especie de trance: al fin todas sus esperanzas y sus sueños se verían realizados, todos los años de espera tocaban a su fin. Se iba a África.

AHORA, CON LA LLUVIA AZOTANDO las paredes de la tienda con la furia de una plaga bíblica, con las tripas heladas y la cabeza ardiendo de fiebre, yace boca arriba en una

parihuela empapada de sudor, suspendida entre un par de desvencijados cajones mientras un cuervo grazna a lo lejos y los negros escarabajos se arrastran por sus piernas y zumban batiendo los élitros en su cara. Está agonizando. Consumido, debilitado, ahora solo pesa unos cuarenta y cinco kilos, y no puede —ni quiere— seguir adelante. Avergonzado, ha dejado que unos hombres casi tan exhaustos como él lo transporten, como si fuera una mujer o un niño. Mungo le había dado varias dosis de calomel, lo había sangrado, buscando serpientes, pequeños antílopes y blancos gusanos sin ojos del tamaño del antebrazo de un hombre para que tuviera carne fresca. Pero todo era en vano. Está agonizando. Y se alegra.

Súbitamente se abre la puerta de la tienda y entra Mungo. Se le ve preocupado, cabizbajo y pensativo, y tiene el rostro tan desolado y amarillo como un balón desinflado. Una gota de agua cuelga de la punta de su nariz.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta.

Zander quiere aliviar de su carga al explorador, quisiera mentirle y decirle: «Estoy bien... No te preocupes por mí». Pero no puede. Cuando abre la boca para expresar las palabras, allí no hay nada, ningún sonido en absoluto.

Mungo no se interesa por la respuesta. Atraviesa a trancos la estancia, le da la espalda a Zander y se quita la chaqueta echando los hombros hacia atrás, luego se deja caer en un cajón, junto a la cama. Algo huele como a sulfuro cuando enciende una vela de sebo, y luego se oye el crujido de un papel. El explorador está garabateando en su diario con una urgencia casi frenética, como si el acto de escribir pudiera disminuir los efectos de un cataclismo o infundirle vida a un cadáver.

Afuera, la aldea de Bambakoo, bruñida por la lluvia, sucumbe bajo el peso del diluvio: tamarindos, caobas, higos, una salpicadura de pájaros tropicales de vivos colores en un amasijo de verdor. Más allá de las relucientes chozas y los tupidos bosques ribereños, el Níger castiga sus orillas, desollando la tierra hasta dejarla en sus metamórficos huesos, vocalizando su autoridad, chasqueando y chupando, tragándose la lluvia como un insondable agujero. Zander puede oírlo desde la parihuela, la lluvia cayendo en las colinas, corriendo precipitadamente por las paredes de la tienda hasta formar una palpitante red de terrosos tentáculos, empujando, haciendo carambolas, saltando, venciendo finalmente todos los obstáculos y uniéndose al río en su largo e inexorable viaje al mar.

—Es una lástima —dice Mungo sin volverse—. La pérdida de vidas, quiero decir. Si pudiera volver a empezar, no saldría de Inglaterra hasta que no estuviera condenadamente seguro de que las lluvias habían terminado aquí. —Hizo una pausa, durante la cual la pluma siguió raspando el papel—. Todo ha sido culpa de este mal tiempo..., de eso no cabe la menor duda. Nosotros, escoceses e ingleses, no estamos hechos físicamente para respirar este ambiente malsano. Esto de estar constantemente calados hasta los huesos, este... —Soltó la pluma y se restregó los ojos con los dedos. Siempre de espaldas a su cuñado, siguió hablando, con la voz estrangulada por el dolor y por el desencanto, con otra mala noticia adhiriéndose gelatinosamente a sus

dientes, como si fuera un cartílago—: Ahora puedo decírtelo —refunfuñó volviéndose a su cuñado—. Un escocés ha muerto. Cogió... —el explorador mira a Zander y vuelve a darle la espalda, como si le diera vergüenza mirarle directamente a la cara—. Cogió unas fiebres hace dos noches. El *Dooty* acaba de comunicármelo a través de un mensajero especial.

Zander no dice nada. Le cuesta mantener los ojos abiertos, y mucho más le cuesta respirar. Es como la primera vez que participó en un partido de fútbol en la escuela y sufrió una caída, todos sus sentidos se quedaron paralizados por el golpe y sufrió un fuerte ahogo.

De pronto se produjo un silencio, persistente y pesado, solo se oía el siseo de fondo de la lluvia y el rugido del Níger.

—¿Zander? —dijo Mungo. Y luego, casi un ladrido—: ¡Zander!

En un santiamén estaba a su lado, agarrando la muñeca de su cuñado como impidiendo que resbalara al borde de un precipicio. El pulso era casi nulo, tan débil e intermitente como el tictac de un reloj estropeado. Presa del pánico, el explorador lo cogió entre sus brazos —un montón de palos dentro de un saco— y torpemente le puso un trapo empapado en vinagre en las fosas nasales. Los ojos de Zander pestañearon dos veces; estaban vidriosos, como si miraran hacia dentro. Tenía una roncha roja en la garganta, y una fría palidez mortecina reptaba lentamente subiendo hasta su cara.

Moribundo, se parecía a Ailie.

HASTA EL GORRO

EN ESPAÑOL EXISTE UN SOLO VERBO, *esperar*, para expresar al mismo tiempo la acción de esperar y la de tener esperanza. Lo mismo ocurre con el inglés: no hay espera sin esperanza. Esperamos a que llegue la primavera, a que nos den mesa en un restaurante, esperamos la muerte.

Esperar, permanecer en un sitio o quedarse inactivo o con la esperanza de que ocurra algo esperado.

Ailie siempre estaba esperando. Se había quedado en Selkirk, en la casa de su padre, inactiva y... ¿esperando qué? ¿La carta que le dirá que no espere más, que nunca volverá a ver a su marido ni a su hermano? ¿O la misiva escrita apresuradamente comunicándole que Mungo ha resurgido en la costa africana, sano y salvo, y que ya está camino de casa, convertido en todo un héroe? Ni lo uno ni lo otro. A esas alturas, apenas le importa: ¡está hasta el gorro! Se había pasado toda la vida esperando a Mungo, esperando a que terminara la universidad, a que regresara de Yakarta, de África, de Londres. Ya no puede esperar más. En realidad,

francamente, preferiría saber que están muertos —él y Zander también— antes que seguir en este limbo siempre diferido, sin desenlace, en esa agonía de vivir pendiente de otra persona, respirando cada bocanada de aire, día a día, previendo morbosamente una serie de sucesos en un lugar tan distante que pudiera ser mítico.

Había recibido tres cartas. Una de Zander, remitida desde Gorée, y dos de Mungo, remitidas respectivamente desde las islas de Cabo Verde y desde Pisanía. La carta de Pisanía llegó la semana pasada. Brillaba como una daga en la palma del cartero, y solo de verla, blanca con afilados bordes, casi se le partió el alma. Metió el sobre en el bolso y se apresuró a subir la calle con un trote nervioso y ligero, con la sangre zumbando en sus oídos. Llegó aturdida a la puerta, oyó el eco de sus pasos en los peldaños, con cien crujidos y gemidos insinuándose, y ya estaba sola, en su alcoba. Durante un largo rato, se limitó a quedarse sentada al borde de la cama, estudiando la conocida letra garabateada en el sobre, luchando contra el impulso de arrojar la carta al fuego. Pasó un cuarto de hora. Y solo entonces, sosegadamente, como un recaudador de impuestos, rasgó el sobre con un abrecartas y extrajo la misiva doblada.

No decía nada.

Al igual que las anteriores, estaba llena de fanfarronería y autobombo, y hablaba de robustos asnos y valientes hombres. Él conquistaría el Níger, Mungo lo haría, lo mediría con una cinta métrica y trazaría la carta geográfica de su curso de un extremo al otro y estaría de regreso a tiempo para trinchar el ganso de Navidad. Hacia el final, había unas cuantas palabras dedicadas a ella y a los niños. Esperaba que el recién nacido gozara de salud y que fuera un varón. La carta estaba fechada el 29 de abril: hacía casi cinco meses.

Está esperando otra carta. Está esperando que Mungo regrese. Está esperando para reanudar su vida. Mientras tanto, ahí están los niños. Thomas, el hijo del siglo, tiene cinco años. Archibald, nacido en abril, ya ha sido destetado y come mermelada de manzana y gachas de harina de avena. Junto con Mungo Junior y la pequeña Euphemia, arman un persistente guirigay de gimoteos y gritos que ni la alivia ni la vuelve loca, según como esté de humor. Desde la primavera, no ha vuelto a tocar el microscopio. Está aburrida. Es la misma y vieja historia de siempre.

Con una excepción: Georgie Gleg. Ha pasado el verano en Galashiels, fuera de la universidad y alejado de su consultorio. Todos los días viene a visitarla a Selkirk con algún regalo: un ramo de flores, una caja de bombones, una novela de tres tomos... La saca a pasear al campo en su coche, la lleva a cenar a lo que queda de la hacienda de la familia en Galashiels. Es divertido. La saca de su melancolía, de su espera, de la rutina, de los escuetos retortijones de tripas que le provoca el miedo, el miedo que ensombrece sus días obsesionándola de noche.

No han faltado cejas arqueadas en la ciudad. Su padre la regañó. Al fin y al cabo, ella era una mujer casada, y por cierto casada con un santo y un héroe. Eso ya lo sabía, y le remordía la conciencia. Pero al mismo tiempo sentía que ya no le debía

ninguna lealtad a Mungo, que él la había engañado y traicionado, y que por tanto ella haría lo que le saliera de las narices. ¡Al diablo la decencia! Además, su relación con Georgie era sencillamente un reflejo de su necesidad de compañerismo... En el peor de los casos, no era más que un inocente flirteo. Las mismas verduleras que tan dispuestas estaban a cotillear se revolcaban todos los sábados por la noche, detrás de las tabernas, entre los arbustos, retozando y gruñendo como cerdas en celo. ¡No, podían irse al infierno! No tenían la menor idea de lo que ella estaba pasando, ni puñetera idea de lo que se siente cuando una está hasta el gorro.

LA CARTA

SEGÚ. UNA TARDE LLUVIOSA a mediados de septiembre de 1805. Frente a los altos y encalados muros del fuerte de Mansong, una nutrida cola de suplicantes espera la autorización para entrar y rendir pleitesía al potentado. Es un grupo heterogéneo: representantes de las tribus del oeste ataviados con empapados saronges y tocados con mustias plumas, moros con caras de pocos amigos que llevan tabletas de sal envueltas en pieles de antílope, viejos en harapos acurrucados entre cabras patéticas, bueyes y monos. Hay leprosos y gandules, cantantes, mendigos y esclavos. Y luego están las mujeres. Corpulentas, gruñonas y culonas, cargando rollos de tela, cestas de mimbre, aves canoras en jaulas y gatos cervales atados con correas. También están las viejas brujas, apretando contra sus atrofiados pechos canastas llenas de tamarindos. Y chicas descalzas, radiantes y núbiles, con vestidos de color añil y pulseras de cobre, en fila india para la inspección, como aves del paraíso.

Al final de la cola, con dolores en los Juanetes y calados hasta los huesos, están las tristes siluetas de Serenummo y Dosita Sanoo, sirvientes de Isaaco, el escribiente, y emisarios del tobaubo Park. Los burros que han traído están cargados con regalos raros y exquisitos para Mansong y su hijo Da. Obsequios que van desde lo puramente práctico (soperas de plata, escopetas de dos cañones y barriles de pólvora), pasando por lo epicúreo (una caja de cerveza de Whitbread y un ristra de morcilla), hasta lo meramente caprichoso (seis pares de guantes de terciopelo, unos quevedos con cadena colgante de oro y una caja de música que vibra con los primeros ocho compases del aria *Ombra mai fu*, de Jerjes). Y lo que aún es mucho más importante: a estos humildes emisarios se les ha encargado entregar una carta del explorador al potentado, una carta escrita y llevada en el mayor de los secretos, tres hojas de papel que el explorador parecía considerar tan preciosas como el oro, tan poderosas como una *safie*.

Esta carta solo puede ser entregada en las propias manos de Mansong, insistió el explorador, con las pupilas reducidas a puntos de intensidad furiosa; bajo ninguna circunstancia pueden mostrarle su contenido a nadie más; ni a Wokoko, ni a los altísimos guardias pretorianos, mucho menos a los comerciantes moros del mercado y obviamente tampoco a Dassoud, ni a ninguno de sus secuaces. Había una mirada

extraña y casi mística en la cara del blanco mientras les entregaba la carta y repetía sus instrucciones por enésima vez. Serenummo nunca la olvidaría. El *tobaubo* parecía un nigromante tribal encaramado en un árbol de alguna cumbre pedregosa, con los brazos abiertos, armándose de valor para dar un salto de fe. O para precipitarse en el olvido.

Bambakoo, río Joliba, 10 de septiembre de 1805

A Mansong, el Maravilloso, Vencedor de Leones y Domadot de Topis,
Mansa de Bambara, Waboo, M'butta-butta, Wonda, etc.

Majestad:

Yo soy aquel hombre blanco que estuvo hace nueve años en Bambara. En aquella ocasión fui a Segú, y le pedí permiso a Mansong para pasar al este; Su Majestad no solo me permitió pasar, sino que magnánimamente me obsequió con cincuenta mil cauríes para adquirir provisiones para el viaje. Ese gesto generoso ha hecho que el nombre de Mansong sea muy respetado y venerado en la tierra de los blancos. Por consiguiente, el rey de aquella nación me ha enviado de nuevo a Bambara, como embajador de buena voluntad, y si Su Majestad está dispuesto a escucharme, le explicaré los motivos por los que he regresado a su gran país.

Como sabe Su Excelencia, los blancos somos gente dedicada al comercio, y todos los artículos de valor que los moros llevan a Segú son fabricados por nosotros. Por ejemplo, si se habla de una buena pistola, ¿quién la fabricó? Los blancos. Si se habla de un buen corte de tela o de abalorios o de pólvora, ¿quién los fabricó? Los blancos. Nosotros les vendemos estas mercancías a los moros; y luego los moros se las venden a ustedes a un precio mucho más alto. Ahora bien, el rey de los blancos desea encontrar el modo de traerle directamente a usted nuestras mercancías y vendérselo todo a un precio más barato del que ahora está pagando. Con este propósito, si Mansong me permitiera pasar, me propongo bajar navegando por el *Joliba* hasta un lugar donde sus aguas se mezclen con las saladas; y si no encuentro ningún escollo, ni peligros que obstaculicen la navegación, los barcos del hombre blanco vendrán y comerciarán en Segú, si así Mansong lo desea.

MUNGO PARK

P. D. Confío en que Su Majestad no revele el contenido de esta carta a nadie, excepto a sus consejeros; porque si los moros llegaran a enterarse de mi oferta, seguro que me detendrían antes de que yo pudiera llegar al mar.

Después de dos interminables horas bajo la lluvia, los emisarios de Mungo Park se ponen en posición de firmes cuando la enorme puerta se abre con un crujido y un hombre achaparrado y gordito, con una toga escarlata, sale y empieza a recorrer la cola, parándose aquí y allá, ora interrogando a un jefe de tribu que chorrea, ora charlando con una risueña mujer que coquetea. Dos gigantes acompañan al embajador, ataviados con plumas y bombachos, armados con lanzas de afiladas puntas planas, aljabas de flechas envenenadas y grandes arcos capaces de disparar con suficiente fuerza para clavar a un elefante contra un árbol.

—*Kakoro killi shirruka* —susurra Dosita, bajando los ojos—. Salvajes del este.

Serenummo retrocede un paso cuando el embajador se detiene frente a él. Astutamente, el gordito les echa un vistazo a las alforjas de los burros doblegados por el peso de los fardos, y luego mira a Serenummo.

—Os han enviado los hombres blancos, ¿verdad? Estáis al servicio de los demonios, ¿no?

Serenummo afirma con la cabeza. Los gigantes miran a los árboles, como si estuvieran contemplando algún espectáculo extraordinario que escapa a la comprensión de los simples mortales.

—Seguidme —dice el embajador bruscamente.

Los condujeron hasta un patio central ensombrecido, rodeado por una larga estructura de adobe y madera, una especie de barracón dividido en habitaciones: unas sencillas y simétricas, con techos de piedra; otras tan fuera de escuadra que parecen querer recordar toda la gama de posibilidades geométricas. A lo lejos estaba el viejo sicomoro enseñoreándose del lugar como un dios tutelar.

—Esperad aquí —ordenó el embajador haciéndoles señas a un par de sirvientes que, encogidos de miedo, se adelantaron para registrar los fardos de los burros. Y luego desapareció por un pasillo que parecía abrirse ante él como una boca, y Serenummo y Dosita se quedaron allí, en aquel patio lleno de lodo, bajo la vigilancia de los dos gigantes. Habían venido de muy lejos, tenían hambre y sed, estaban cansados y empapados. Pero nadie les ofreció nada de comer ni de beber. Nadie les invitó a guarecerse de la lluvia ni les autorizó a sentarse.

Al cabo de media hora, el embajador reapareció por el pasillo oscuro y torcido al otro lado del patio. Les hizo un gesto con el dedo índice, y entonces dio media vuelta y salió haciendo sonar sus sandalias. Tenían que ir de prisa para seguirlo, doblando primero a la derecha, luego a la izquierda, torciendo hacia el este, al oeste, al norte, al sur, pasando por diversos aposentos, patios, pasarelas, corrales, establos, siempre guiados por el destello rojo de la toga del gordito, como si estuvieran desenredando, hilo tras hilo, la madeja secreta del laberinto. Por fin entraron en una habitación en penumbra iluminada solo por un brasero, con paredes de adobe y que olía a una mezcla de sudor e incienso.

A una orden del embajador, se arrodillaron, tocando con sus frentes el suelo de tierra apisonada, en actitud de sumisión. Cuando Serenummo levantó la vista,

descubrió que estaba en la sala del trono, en presencia del mismísimo potentado. Mansong estaba sentado en un sillón dorado, enorme, como una estatua en un parque. Llevaba puesta una sucia peluca y pendientes hechos con cucharas de plata. A su lado estaba su hijo Da, una versión miniaturizada del rey; a sus pies, un perro blanco. Wokoko, brujo y consejero principal, estaba sentado a su derecha, ataviado con pieles de hiena y plumas de avestruz, y alrededor se movían las sombras dilatadas de los guardaespaldas. Pero lo sorprendente era la presencia de dos moros. Un tuerto que fumaba en pipa y su compañero, un hombre grande, duro como una roca, con negros ojos mesiánicos y una cicatriz respunteándole el caballete de la nariz. ¿Qué estaría haciendo Mansong con dos moros en su trono?

—Mansong, el Magnífico, considera que vuestros regalos son aceptables — anunció el embajador—. ¿Tenéis algún mensaje para el rey?

Serenummo se levanta lentamente, soltando las cuerdas de la bolsa de su *safie* para extraer la carta. Pero entonces se detiene un momento, recordando la orden del explorador. Puede sentir la mirada de los moros sobre él.

—¿Y bien? —dice el embajador secamente—. Mansong está esperando.

Serenummo buscó en su bolsa y sacó la carta. Hizo una reverencia y avanzó un paso para entregársela al rey, pero de repente el moro grande se puso en pie, rápido como una bestia lanzándose sobre su presa. La regia mano estaba extendida y la carta al alcance de sus dedos cuando intercedió el moro:

—Esto es para mí —gruñó en árabe, apartando la mano de Mansong el Poderoso como si fuera la mano inoportuna de un mendigo, cogió la carta al vuelo y la guardó entre los pliegues de su juba con una mirada de rabia y desdén. Nadie dijo ni mu, ni siquiera el más feroz de los guardaespaldas.

HISTORIA DE DASSOUD (SEGUNDA PARTE)

HOMBRE DE LA NOBLEZA, tan soberbio como rencoroso, representante de una cultura que estaba a años luz de los moros sahelianos criados con leche de cabra y siempre golpeando sus atabales, Dassoud había visto el Mediterráneo y atravesado el Sáhara, así que no era la clase de individuo que se conforma durante mucho tiempo haciendo el papel de matón y de chacal humano. Eso de ser un subordinado podía estar bien para un hombre joven, alguien libre y sin compromisos, pero a medida que Dassoud maduraba concebía la esperanza de recibir una tajada mayor del pastel. Allí donde antes se había sentido a gusto, ahora empezaba a sentirse irritado en su puesto de segundón. De modo que pronto sintió envidia por la autoridad de Alí, deseando tener sus prerrogativas, criticando tanto sus tácticas en el campo de batalla como sus pactos de paz. Pero la clave de aquella insatisfacción, a decir verdad, era Fátima. A medida que pasaban los años, ella engordaba más y más. Florecía, engullendo cuscús y tortas de semillas aromáticas, comiendo veinte veces al día, despertándose por las noches para pedir cuajada con miel. Cuando llegó a tener veintipico años, la reina había aumentado otros treinta y cinco kilos. Al llegar a los doscientos siete kilos, estaba irresistible. Dassoud decidió dar el primer paso.

Una noche fue a por Alí, tal y como hacía dieciséis años Alí había ido a por su predecesor. Matar al guardia nubio y cortarle la cabeza a Alí no era nada, cuestión de un minuto, pero el problema consistía en localizar primero a Alí. Porque el emir, comprendiendo que ineluctablemente se acercaba la noche en que un nuevo usurpador le daría caza en Benowm con cimitarra o garrote, convirtió en una práctica cotidiana posponer el momento de irse a la cama hasta altas horas de la noche, y eso sin decirle a nadie —absolutamente a nadie— en cuál tienda dormiría. Lo mismo amanecía hoy en la tienda de Mohammed Gumsoo que mañana en la de Mahmud Imail. Era como jugar al escondite de tienda en tienda, y aquello duraba ya tanto que los súbditos del emir lo encontraban tan natural como el humo de sus marmitas.

Durante dos semanas, Dassoud visitó silenciosamente cada una de las tiendas de las que Alí salía por la mañana, charlando con los sirvientes que habían recogido la estera del emir, con los que habían enrollado sus alfombras y con los encargados de llevar su narguile. Los criados cambiaban diariamente, pero había una sirvienta, una vieja cuya juba colgaba como una mortaja, que estaba allí para limpiar casi todas las mañanas. Dassoud la llevó aparte y la amenazó: si no traicionaba a Alí, la aplastaría como a un escarabajo. Estaba tan encorvada como una raíz de espino, su piel casi pálida, y tenía un ojo tan nublado como un charco de semen. Un pequeño aro deslustrado destelló en su labio cuando echó la cabeza atrás para reírse:

—Lo traicionaré —siseó—, con mucho gusto.

Más tarde, después de poner la cabeza de Alí en un poste en el centro del campamento, Dassoud fue a ver a la reina con las manos aún manchadas de sangre.

Con el apoyo de Fátima, Dassoud pudo consolidar su poder. Como viuda de Alí,

le confirió legitimidad a los ojos de los moros de Ludamar; como hija de Boa Khaloom, le concedió un vínculo de sangre con la tribu de Al-Mu'ta, de Jafnoo. Era solo un principio, y Dassoud lo había perseguido a toda costa. Allí donde Alí se había conformado con un tímido acercamiento, Dassoud establecía una alianza activa; allí donde Alí había pasado por alto la usurpación de sus fronteras, Dassoud se esmeró en dilatarlas. Tomó todas las medidas necesarias para asegurarse la lealtad de Boo Khaloom, y entonces, desde una posición de fuerza, se dirigió a las feroces tribus de Il Braken y de Trasart, en el noroeste, y desafió a sus líderes en un combate cuerpo a cuerpo. Implacable, dinámico, los cortó en pedazos uno a uno.

Aquel mismo año, Dassoud ya estaba al frente de una fuerza de unos mil quinientos jinetes, doscientos de los cuales pasaron a formar parte de su caballería de élite. Eran los mejores jinetes que podían encontrarse en el desierto. Desde Jafnoo y Ludamar y Masilla, desde las tribus de Il Braken y de Trasart y de Al-Mu'ta, llegaron a la tienda de Dassoud, salvajes y diestros, atléticos, rápidos y ágiles, excelentes tiradores, jinetes insuperables. Nadie podía desafiarlos. Con Dassoud en la caravana como una aparición demoníaca, como un *shaitan* negro, atravesaron el Sahel occidental, desde Gedumah hasta Tombuctú, pulverizando la tierra bajo los cascos de sus caballos y aterrorizando a los fulah, a los mandingas y a los Wolof. Hasta el poderoso Mansong fue intimidado.

Dassoud estaba contento. Era emir de Ludamar, dueño y esposo de Fátima, comandante de un ejército y conciliador de las tribus del desierto. Había realizado sus sueños, sus ambiciones. ¿Qué más podía desear? Pronto se acostumbró a la cómoda rutina de agredir y extorsionar, de atacar al este, al oeste y al sur, atacar para pacificar a los pueblos recalcitrantes, para adquirir esclavos y ganado, atacar incluso por el mero placer de atacar. Era una vida regalada. Estaba encantado.

Y así siguió siendo hasta aquella tarde, cuando lo sacaron abruptamente de su plácida siesta, a la sombra de la tienda de Fátima, mientras flotaba en la succulenta adiposis de la carne de su esposa, oyendo una música suave de fondo, indiferente al intenso sol y al llanto en los campos de batalla; así fue hasta aquella tarde cuando su idilio se rompió en mil pedazos al saber que los hombres blancos —los nazarenos— habían regresado al Sahel. Fue Ahmed, el *Bushreen* tuerto, quien lo llamó en voz baja, respetuosa pero apremiantemente, desde afuera de la tienda. Dassoud salió casi al instante, con el ceño fruncido, empuñando su cimitarra. Ahmed estaba sin aliento. Los hombres blancos, todo un ejército, acababan de entrar en Bambara, en Bambakoo, dijo jadeando. Tenían armas de fuego, estaban matando a los negros, tomando esclavos, saqueando los campos.

La noticia golpeó a Dassoud como la coza de un camello. Se quedó allí de pie, estupefacto, hasta que la sorpresa inicial se transformó en ira. Hombres blancos: nazarenos. Los odiaba con toda su alma, los odiaba como nunca había odiado a nada ni a nadie en su vida. El único hombre blanco que había visto —aquel envilecido y rastrero explorador con ojos de gato— se le había escapado. Se había burlado de él.

Le había ganado. Era la única contienda que Dassoud había perdido en su vida, y el recuerdo de esa derrota era como una llaga abierta, tan húmeda y fresca como el día en que lo vio por primera vez. Apretó los dientes, acordándose de la humillación que le había infligido, de cómo había regresado al campamento con las manos vacías, harapiento, y de cómo, aunque nadie se atrevió a decirle nada, mil ojos le dieron a entender lo que pensaban. Y además estaba Fátima, la manera en que ella había mimado a aquel horrible monstruo, sentada durante horas escuchando sus galimatías como si fuera un marabú o un sabio, o algo por el estilo, mientras que él, Dassoud, hijo de un sultán bereber y terror de los campos de batalla, no era nada para ella. Solo pensar en ello, incluso ahora, después de tantos años, lo llenaba de ira. Se volvió hacia la cosa más cercana —el camello de Ahmed— y lo derribó de un solo puñetazo. Entonces saltó a su caballo y salió tronando hacia Segú.

Dos semanas más tarde, era el hombre más feliz del mundo. De todos los nazarenos del mundo, el que había regresado para ponerse al alcance de su larga mano era ni más ni menos que el mismísimo Mungo Park. ¡Y la carta! Se reía al pensarlo, todavía circulaba entre las tribus del norte, pues el emir había decidido usarla como acicate, azuzándolas hasta llevarlas al paroxismo de la cólera, provocando en ellas esa especie de rabia virulentamente letal, implacable y sanguinaria que ningún otro ataque —ni contra la religión y el ganado, ni siquiera contra las mujeres y los niños— hubiera podido suscitar tan instantáneamente: los nazarenos estaban afectando sus bolsillos. ¿Acaso había una manera más eficaz de enfurecerlos? No importaba cuán grande fuera el ejército del hombre blanco, él, Dassoud, el Azote del Sahel, tendría listos a mil quinientos jinetes frenéticos antes de que acabara el mes. Y entonces, en Sansanding, volvería a saludar a Mungo Park.

SANSANDING

HAY CARAS EN LA NOCHE haciendo muecas, lanzando miradas lascivas, caras de salvajes desnudos con colas de serpientes por pelo, ojos que miran fijamente y puntiagudos dientes limados. Se acercan a él, cerrando los incisivos con un silbido, se oye un grito salvaje, llueven lanzas y piedras y flechas con las puntas envenenadas, se oye la succión de la corriente, el rugido de las rocas..., y se despierta sudando, debajo del mosquitero y de una salpicadura de estrellas. El explorador está en Sansanding, y ha estado delirando durante los últimos veinte días, un mes, ¿quién sabe cuánto? Primero fue la muerte de Zander —sí, así empezó todo— y luego lo de la carta destinada a Mansong. Aparte de eso, no consigue distinguir lo real de lo fantasmagórico, confunde lo que en verdad ocurrió y vieron otros hombres y lo que sucedió solo en sus visiones y en su imaginación. Algo pasó con Jemmie Bird, algo malo, una discusión con Johnson, durante un tiempo navegaron a la deriva, flotando en el río, al menos eso creía recordar, y entonces los olores y los colores empezaron a arremolinarse en el mercado de Sansanding y Mansong se demoraba en

proporcionarles una canoa. Sí, a medida que la fiebre disminuye, empieza a recordar.

LOS MUROS SE CAYERON y los volcanes entraron en erupción la noche que murió Zander. El cielo se rompió y la tierra se estremeció aquí y allá, como una carreta descontrolada, dando bandazos y zarandeándose hasta que el explorador tuvo que arrodillarse y echar los intestinos por la boca. Vomitó, con lágrimas en los ojos, un torrente de arroz, tamarindo, pescado medio digerido y amarga bilis amarillenta goteando de sus labios, mientras Zander yaeía allí, en su camilla, muerto. Mungo prorrumpió en maldiciones. Se mordió la lengua. Golpeó la tierra con los puños. Cuando por fin la tierra cesó de temblar descubrió que no podía levantarse, sus brazos carecían de fuerza, las piernas no le obedecían; era como un salmón desesperado en el Yarrow, lanzándose río arriba, impelido por alguna fuerza arcaica y despiadada, salto tras salto, centellante, solo para ahogarse en una charca poco profunda, con el lomo fuera del agua, coleteando débilmente. Estaba hecho polvo.

La noche continuó. Hubo un grito como el de un chotacabras, un apresurado revoloteo de plumas. ¿Por qué luchaba para seguir aguas abajo por el Níger?, se preguntó. ¿Por qué estaba arriesgando su vida, robando vidas? ¿Qué clase de hombre era él, Mungo Park, que era capaz de arrastrar a un hombre acostumbrado a la vida de salón —un hombre de hombros estrechos como Zander— hasta las salvajes fauces de la naturaleza? ¿Qué clase de hombre era él, que había abandonado a una esposa y a sus cuatro hijos? ¿Cómo podía guiar a treinta y seis hombres hasta la muerte, cómo era capaz de volarle la tapa de los sesos a un pobre negro encogido de miedo, mandándolo al otro mundo hasta el día del Juicio Final, como si no fuera más que un insecto o un batracio? ¿En qué se había convertido? La respuesta o todas esas preguntas era algo a lo que no quería enfrentarse. Ni ahora ni nunca. Al amanecer, se levantó y descorchó un barrilete de ron.

Estuvo tres días borracho. Borracho hasta las cejas. Mientras tanto, Johnson se había encargado del entierro de Zander, lo había organizado todo para el viaje hasta Sansanding, y había despachado a Serenummo y a Dosita Sanoo con la carta para Mansong. Cuando por fin Mungo se recuperó, se encontró en una piragua, estirado como un Vikingo rumbo al Valhalla. Era una noche sin estrellas y tan negra como el vacío. Escuchó el rumor de los remos, un bajo murmullo de voces. Escuchó los ululatos, el zumbido y el farfullar de criaturas nocturnas, un fragor que aumentó hasta llegar a ser tan alto e indistinto como el retumbar de olas enfurecidas, y entonces vio las formas en la noche, las caras y los colores, engendros con cabezas de águilas y colas de serpientes, y supo que estaba sufriendo un ataque de fiebre. Había permanecido milagrosamente a salvo durante la marcha por tierra, pero ahora, con lo mucho que había bebido y la noche que había pasado en el suelo húmedo, la fiebre le había ganado por la mano. De repente se incorporó en medio de la oscuridad.

—¡Zander! —gritó—. ¡Johnson!

Una mano cálida se extendió sobre su pecho.

—Tranquilo, señor Park. Es solo un poco de fiebre, nada más. Ahora está en el río. ¿No lo oye?

Lo oía. Pero no podía resignarse a quedarse allí tumbado, era el jefe de la expedición. Tenía que levantarse y capitanear a sus hombres, navegar con las canoas, divisar tierra y pensar en nuevos nombres para bautizar cada recoveco topográfico, cada vericuetto geográfico. Había que dibujar mapas, había que cartografiar regiones enteras, había que recoger y disecar especímenes botánicos.

La mano seguía sobre su pecho, como un peso enorme. Empujándolo hacia abajo, firme y persuasiva.

—Recuéstese, señor Park, todo está bajo control —susurró Johnson—. Llegaremos a Sansanding por la mañana.

¿Qué? ¿Llegar a Sansanding acostado? Eso jamás. Con fiebre o sin fiebre, con Zander o sin Zander, él tenía que levantarse y comandar a sus hombres. Apartó la mano de una bofetada, como un niño enfadado, y se puso de pie tambaleándose en medio de un tumulto de gritos procedentes de proa y de popa. Escuchó el graznido de un pájaro asustado en la proa, y entonces la canoa empezó a dar bandazos, ora a la izquierda, ora a la derecha, y otra vez a la izquierda, hasta que salió catapultado cayendo de cabeza en la negra sopa de la noche y en el frío más recóndito del rápido Níger.

Hubo gritos y palabrotas, unas en inglés y otras en el dialecto de los barqueros somonos. La canoa en la que Mungo se había despertado medía ocho metros de eslora. Transportaba sacos de mercancías, a dos somonos, a Johnson, a Ned Rise y a Jemie Bird. Cuando se volcó, los pasajeros y los barqueros cayeron al río. Jemie, que se había atado a las ollas de cocinar, flotó brevemente gracias a los grandes calderos de hierro; minutos más tarde, cuando los calderos se ladearon y se llenaron de agua, se hundió como una piedra. Mientras tanto, Ned consiguió coger al explorador por el cuello de la camisa y arrastrarlo nadando como un perro hacia la espesura de la orilla. Johnson, debatiéndose en el agua, topó por casualidad con la canoa, y se agarró a ella mientras iba río abajo dando vueltas al tiempo que los somonos intentaban conducir la embarcación hasta la orilla.

Una hora más tarde, todo eso era historia. Las otras canoas habían llegado al lugar del naufragio con una antorcha y habían recogido los remos flotantes. Remolcaron la canoa hasta la orilla y la enderezaron. Al explorador y a Ned Rise los localizaron por medio de ululatos y silbidos. También lograron rescatar la mayoría de los bultos, firmemente atados al casco de la canoa. Dos barriletes de pólvora se mojaron y hubo que tirarlos, y una bolsa de arroz se rompió. En cuanto a Jemie Bird, también era historia.

EN SANSANDING, el explorador pasaba de la lucidez al delirio sin darse cuenta.

Desoyendo el consejo de Johnson, puso un puesto en el mercado, y los musulmanes se arremolinaron como perros, gruñendo y aullando, gritando contra los infieles, los demonios blancos y los precios baratísimos. Con el dinero que ganó, compró provisiones para el gran viaje río abajo hasta el océano. Provisiones que se amontonaban a un ritmo constante en los rincones de la tienda del explorador, *guervas* de cerveza y calabacinos de vino de palma, pollos en jaulas de mimbre, ristras de cebollas, pescados secos, huevos, ñames, mijo y maíz. Los sacos de higos secos salían por debajo de su almohada y los trozos de queso de cabra colgaban del palo hincado en la tierra, despidiendo un olor tan penetrante como el de los calcetines empercudidos de un regimiento entero. Había algo en aquel tufo que aclaró sus ideas haciendo que una mañana se despertara con tan poca fiebre que pudo escribirle otra carta a Mansong suplicándole que le ayudara a conseguir una embarcación que estuviera en condiciones de llegar al mar. La respuesta del Magnífico fue ambigua. El rey miraba con buenos ojos su esfuerzo, dijo el mensajero del monarca, y los protegería como los extranjeros de Mansong en todos los territorios bajo su jurisdicción, desde el oeste hasta el este. Pero tendrían que esperar al sacrificio anual a Chakalla antes de que él pudiera hacer cualquier cosa. Esperad, repitió el mensajero, Mansong asegura que cuidará de vosotros.

Mungo esperó.

Los días se acumularon, uno tras otro, como fichas de dominó. Ya corría octubre, y las lluvias habían empezado a disminuir. Estaban desperdiciando el tiempo. Por fin, después de reiterados intentos para impresionar a Mansong con la urgencia de su petición, el explorador decidió actuar por su cuenta, y envió a Johnson y a Ned Rise al río para que compraran la canoa más grande que pudieran encontrar. Pero al parecer nadie les facilitaría los medios para salir de la región a no ser que Mansong personalmente les diera permiso. Johnson enarboló ruidosas bolsas repletas de cauríes, equivalentes al rescate de un rey, pero los barqueros se limitaron a agachar la cabeza y a mirar para otra parte.

El explorador estaba en un dilema. ¿Debía someterse a la voluntad de Mansong mientras el nivel de las aguas del río bajaba y los comerciantes musulmanes se sublevaban contra él? ¿Debía aumentar el soborno? ¿Intentar nadar? Desgraciadamente, de resultas de todo ese estrés, sufrió otro ataque de fiebre y estuvo delirando durante dos días, perdido en divagaciones acerca del escote de la baronesa y el doguillo de la señora de Banks, farfullando sobre la fuerza de su brazo y su puntería para meter el balón en la portería, y jactándose de que el nombre de Park quedaría grabado en la historia, con letras más grandes que el de cualquiera. Cuando se recuperó, se tomó una dosis tan fuerte de calomel que no pudo comer ni dormir en toda una semana. Fue durante ese confuso período de prisa, aceleración e intensa excitación cuando pensó en volver a su plan original de construir su propia nave, a pesar de las limitaciones obvias impuestas por la falta de materiales y de artesanos hábiles.

Dominado por esa idea, saltó del camastro como un mastín y entró dando zancadas en la tienda de campaña donde el carpintero superviviente yacía en su delirio.

—Joshua Seed —dijo tronando como un dios—, levántate de la cama y constrúyeme un barco.

El enfermo extendió un pequeño puño de nudillos huesudos y Mungo lo ayudó a levantarse del catre. En los cascos de los buques viejos de Portsmouth, Seed había impresionado al explorador con su cuerpo endurecido por el trabajo y la claridad de sus ojos. Ahora se movía como un anciano con trastornos intestinales. Con los hombros atrofiados, los ojos amarillentos y las mejillas chupadas, Seed salió de la tienda arrastrando los pies y entró en la luz abrasadora del sol que sucedía a las lluvias. Respiró hondo, enderezó los hombros y cojeó resueltamente hacia el montón de clavos, la sierra oxidada, los martillos, las azuelas y los formones que habían sobrevivido al viaje. Y luego empezó a aporrear los trozos de madera que andaban dispersos por aquí y por allá.

Trabajó toda la tarde, pidiendo de vez en cuando más madera. El explorador estaba encantado. Regresó a su tienda, alimentó a los pollos, escribió en su diario y escupió en la tierra. A las seis salió para comprobar los progresos de Seed y quedó sorprendido al ver que el carpintero había atraído a una multitud de nativos intrigados por el ruido del martillo y de la sierra, por sus meticulosas mediciones, por el cepillado y por los ensamblajes. Mungo se abrió paso a codazos entre el gentío, tratando de no pisarles los pies a los aldeanos, y ya estaba a punto de decirle a Seed algo así como: «¿Qué tal va todo, muchacho?», cuando se paró en seco, estrangulado por la incredulidad. Seed trabajaba, a ritmo sostenido, silbando como si no tuviera ningún problema en el mundo, ajustando unas piezas de madera aquí, cepillando una astilla allí. Trabajaba, sí, pero no construía un barco. Construía un ataúd.

Seed murió antes del atardecer. El explorador metió cuidadosamente el cuerpo del carpintero en su féretro, le pagó a un par de cafres mandingas para que cavaran un hoyo y lo enterró sin ceremonia. En cuanto al barco, había muy pocas esperanzas. Pero fue entonces, en el preciso momento en que Mungo arrojaba la primera paletada de tierra encima del ataúd, cuando Ned Rise entró tan campante en el campamento, precedido por los cascos oscuros, brillantes y pulidos por el agua de dos canoas que parecían flotar en el aire como regalos de los dioses. Soltando un resoplido, los ocho porteadores que las llevaban en andas las volcaron en el aire y las depositaron en el suelo tan ligeramente como si fueran de cartón. El explorador estaba en éxtasis. Abrazó a Ned como si fuera su hijo pródigo, golpeándole la espalda con ambas manos y colmándolo de elogios y promesas de medallas, trofeos, premios y regalos en metálico en cuanto regresaran a Inglaterra. Entonces examinó las canoas.

Estaban podridas, las dos. Lodo, plantas acuáticas y pececillos moribundos tapizaban por dentro los cascos, y en la borda de la más pequeña había un mordisco gigantesco, testimonio de alguna confrontación histórica con un hipopótamo airado.

En fin, parecía como si las canoas hubieran sido construidas en algún momento del reinado de Carlos I y se estuvieran pudriendo desde entonces. El calomel excitó las glándulas salivales de Mungo, su labio inferior se descolgó y derramó un hilillo de baba.

—¿Pero qué es esto, Ned? —preguntó con el corazón en un puño, incapaz de disimular la desilusión—. Salta a la vista que estos cascos no sirven para nada.

Ned estaba sonriendo de oreja a oreja. Había encontrado las canoas en un montón de madera que el río había arrastrado hasta las inmediaciones del pueblo. Estaban medio sumergidas, impregnadas de agua y pudriéndose. No pertenecían a nadie. Él las sacó del río, las revisó minuciosamente y decidió que valían la pena. A cincuenta cauríes por cabeza, pudo alquilar a los ocho vagos habituales de la región, quienes con las piraguas balanceándose encima de sus cabezas achatadas las llevaron al campamento.

—Tal vez podamos arreglarlas —concluyó.

El explorador parecía dudar.

—En serio —dijo Ned—. Mire —prosiguió, inclinándose sobre el casco resbaloso y verde de la canoa más grande—, la mitad de la proa de esta no está tan mal... Y ahora échele un vistazo a esta parte con las marcas de dientes. La popa de esta otra parece bastante resistente, ¿no le parece?

El explorador miró. Estaba muy nervioso con el polvo blanco e insípido que había tomado para combatir la fiebre. Cautelosamente, deslizó una pierna para golpear el casco de la nave más pequeña. Se arrodilló, acariciando la madera como si estuviera valorando la calidad de un mueble. Entonces se volvió mirando a Ned con los ojos entornados.

—¿Quieres decir... que podemos juntar las dos partes buenas de ambas canoas?

Ned se golpeó la frente con la palma de la mano y taconeó saltando sobre un pie.

—Es una idea genial, capitán.

EL NAVÍO DE SU MAJESTAD *Joliba*, enarbolando los colores del pabellón británico, estaba cargado y listo para navegar el 15 de noviembre. En apenas un mes, el explorador, cada vez más lúcido, ayudado por Ned Rise, Fred Frair y Abraham Bolton, había sido capaz de armar una embarcación razonablemente funcional, de doce metros de largo por uno ochenta de ancho, con fondo plano y un calado que no pasaba de treinta centímetros cuando estaba totalmente cargada —Martyn y M'Keal se negaron a ayudar, argumentando que se habían enrolado como militares, «hombres de armas», y no como peones—. Una punta oxidada salía de la proa del *Joliba*, rígida como el brazo de un jugador de rugby, y un toldo hecho con ramas dobladas, además de dos pieles de buey, se tendieron sobre la mitad de la nave. El toldo daría albergue y sombra mientras las pieles servirían de escudo contra las piedras y las flechas que pudieran arrojarle a Mungo cuando navegase por el poderoso Níger hasta las

desconocidas, y casi seguramente hostiles, regiones orientales.

Además, el explorador había tomado algunas medidas ofensivas, ordenando que abrieran ventanas a trechos en la piel de buey para que sus hombres pudieran disparar desde la cubierta. Distribuyó nuevas armas entre los soldados que le quedaban: unos mosquetes Charleville que había que mantener cebados, montados y cargados día y noche. Esta vez, Mungo Park no se detendría en virtud de nadie, ya fueran moros o manianas, o cualquier otro personaje desagradable que se encontrara en el camino. De ninguna manera. Si el lema de la primera expedición había sido ofrecer la otra mejilla, esta vez sería *guerra cominciata, inferno scatenato*: «guerra comenzada, infierno desencadenado».

Fue más o menos en aquel entonces, cuando el barco ya estaba calafateado, reforzado y aprovisionado, y el explorador estaba resolviendo sus asuntos en Sansanding, cuando tuvo una discusión con Johnson.

CUESTIÓN DE SENTIDO COMÚN

—ESTO NO ME GUSTA —le había dicho Johnson cuando llegaron a Sansanding—. ¿Está seguro de que lo quiere terminar? —preguntó cuando el barco empezaba a tomar su forma definitiva.

Y por fin, cuando el *Joliba* estuvo listo para navegar, llevó al explorador aparte y le espetó: «Usted está loco». Ahora, el día de la partida, Johnson entraba en la tienda de Mungo para anunciarle que iba a regresar.

—Aquí nos separamos —dijo—. Ce venido a despedirme. Estoy cansado de esta mierda, Mungo. Basta ya de Isaaco, basta ya de señor Park. Soy yo, Johnson, el que te está hablando, tu viejo amigo y compañero, tu consejero, y te digo que lo deberías reconsiderar. Te lo voy a decir más claro: no vayas.

El explorador estaba sentado ante un escritorio improvisado, en medio de un montón de cartas a medio escribir, fragmentos de diario y rudimentarios mapas desplegados. Aparte del revoltijo del escritorio, la tienda exhibía el orden minucioso de un esenio. En un rincón, ya preparada, estaba la mochila con los efectos personales del explorador; al lado, los baúles que atesoraban su sextante, sus termómetros y los manojos de tallos, hojas y capullos secos que llevaría a Inglaterra para su clasificación. Habían sacado de la tienda toda la comida para ponerla a bordo del *Joliba*, pero aún quedaba un vago tufo a queso de cabra y a excremento de pollo. Incluso habían barrido el suelo.

Los segundos transcurrieron. Ocho latidos del corazón. La exhortación de Johnson colgaba en el aire como el recuerdo de algo muerto, mientras el explorador, en ropa interior, guiñaba un ojo tratando de pasar un hilo por el agujero de una aguja, mojándolo una y otra vez con la punta de la lengua. Ni siquiera levantó la vista.

—Hablo muy en serio, hermano —dijo Johnson—. Me llevo a Serenummo y a Dosita y a los dos dembas, y me voy para Dindikoo mañana. Si te quedara un poco de

sentido común, y por lo que veo no te queda ninguno, vendrías conmigo.

Mungo estaba tratando de remendar una rotura de quince centímetros en los fondillos de sus pantalones de nanquín, pero sus manos empezaron a alterarse al ver que no podía enhebrar la aguja. Era frustrante. Ya bastantes problemas había tenido yendo de aquí para allá ultimando los preparativos, garantizando que cargaran el barco, que los hombres estuvieran listos, sin saber a ciencia cierta si se encaminaba al triunfo o a la derrota, para que ahora surgiera el coñazo de tener que coser. Hastiado, tiró la aguja y el carrete de hilo al suelo y miró airadamente a Johnson.

—Escúchame —le dijo con dureza—: no vengas aquí a agobiarme en el último minuto simplemente porque no confías en el éxito de la misión. Durante todo el viaje has sido pesimista, y te diré una cosa: no te necesito. Y, ahora, recoge tus cosas y vete. Y santas pascuas. No se hable más.

Johnson negaba lentamente con la cabeza. Aparentaba ser mucho más viejo de lo que parecía en Dindikoo solo unos meses antes, estaba más desgastado y crispado. Había perdido la mitad de la papada, y su gran bulto abdominal parecía haber disminuido. Con el pelo cada vez más blanco y sus miembros más rígidos, había empezado a aparentar los sesenta y dos años que en realidad tenía.

—No me necesitas —dijo— porque tienes a Amadi Fatoumi. Era verdad. Johnson nunca había ido más allá de Sansanding, y no sabía nada de la geografía oriental ni de las gentes ni de las lenguas que se hablaban en el Níger inferior. Y Mungo había contratado los servicios de un nuevo guía, un comerciante itinerante llamado Amadi Fatoumi que había viajado por el sur hasta Kong, Badoo, Gotto y el castillo de la Costa del Cabo, y en dirección este, hasta Tombuctú, Hausa, Maniana y Bornou. Pero con todo y con eso, la idea de proseguir el viaje sin Johnson le resultaba insoportable. Sintió un escalofrío en la rabadilla, y el susto le llegó hasta las plantas de los pies. Sin Johnson, estaría totalmente solo.

—Vale —dijo, levantándose bruscamente de la mesa—. Te pagaré el triple, te mandaré cajones de libros, cuadros, lo que quieras.

—No —dijo Johnson, siempre negando con la cabeza de aquella manera cansada y resignada—. Nunca me mandarás nada, Mungo. Porque si mañana sales en ese barco, nunca vivirás para ver Inglaterra otra vez.

—¡Mentira! —gritó Mungo, dándole puñetazos al palo de la tienda de campaña hasta que la lona empezó a temblar y a hincharse.

—Regresa conmigo —susurró Johnson—. Hazlo por mí. Por tu esposa y tus hijos. Regresa antes de que sea demasiado tarde.

El explorador estaba en calzoncillos, dando vueltas alrededor del palo, agitando los brazos como un gigantesco pájaro acuático alzando el vuelo desde el pantano.

—Sabes que no puedo hacerlo, amigo. —Se esforzó en controlar el tono de la voz—. He gastado una fortuna, todo dinero del Gobierno, y he perdido a nueve de los diez hombres que venían conmigo. Georgie Scott está muerto, y Zander. ¿Y tú quieres que regrese con el rabo entre las piernas? ¿Con qué cara me presento ante sir

Joseph y ante Camden? ¿Incluso ante Ailie? No: es imposible. Tengo que seguir.

—Eh —dijo Johnson en voz baja y tranquila, como si estuviera musitándole algo a Amuta en medio de la noche—, olvídate de tu ego, trágate tu orgullo. Hablemos con franqueza: te has equivocado. Has traído a todos estos enfermos y este cargamento excesivo hasta aquí, en medio del monzón, ¿qué esperabas? Regresa. Regresa ahora y organiza otra expedición. Eres joven. Puedes hacerlo.

Desconfiar de sí mismo era algo nuevo para Mungo, algo que había surgido sigilosamente, como un tumor maligno, durante el curso de la segunda expedición. La desconfianza y el sentimiento de culpa. Cada palabra que salía de la boca de Johnson le golpeaba con la fuerza de sus propias convicciones, cada palabra lo traspasaba como una aguja. Pero era testarudo. Alzó el mentón.

—Salgo al amanecer.

—Yo no estaré aquí —dijo Johnson.

Era la afirmación de un hecho consumado. Sosteniéndole la mirada al explorador, buscó en su toga y sacó una pistola plateada: lustrosa y de cañón largo, grabada con las iniciales del único hombre al que había matado, un inglés como Mungo, con su pelo rubio y su cara colorada.

—Tómala —dijo con un hilo de voz—. A mí me trajo suerte.

Iluminada por un rayo de luz del atardecer, la pistola destelló en la mano del explorador como si estuviera cargada de electricidad, como si fuera una especie de instrumento mágico capaz de lanzar relámpagos y despedir azufre. Se la puso en el cinturón, confuso, sin saber qué decir.

—Johnson —empezó—, ¿quieres decir que no hay nada que yo...?

El viejo guía le interrumpió:

—Ten cuidado con Amadi Fatoumi —dijo—. A mí no me gusta. No me gusta lo que he oído decir de él.

En aquellos últimos días de incertidumbre y aprensión, el explorador se había vuelto tan volátil como una botella de Whisky escocés. Hacía un momento estaba conmovido, pero ahora, solo con oír mencionar el nombre de Amadi, una ira repentina se apoderó de él estremeciéndolo hasta hacerlo temblar.

—¿Qué quieres decir? —replicó—. ¿Que solo porque no está gordo ni viejo no sirve para nada? ¿Porque no tiene un alfiler atravesado en la nariz no se puede confiar en él?

Johnson simplemente le miró a los ojos, frío e imperturbable. Lo que quería decir era que Amadi Fatoumi era más o menos tan digno de confianza como una cobra con dolor de dientes, y que Mungo no estaba en condiciones de juzgar al personaje. Sí, Fatoumi era un comerciante, había vendido armas y drogas y ron de las Antillas a las tribus del interior, adquiriendo a cambio muchos esclavos. Era un mandinga —de Kasson—, pero su pelo estaba cortado al cero y lucía una barba pringosa y negra que se abría en abanico desparramándose hasta los hombros al estilo de los moros. Había una negrura sin fondo en sus ojos, la pupila y el iris eran casi indistinguibles, y tenía

la manía de frotarse las manos agachando la cabeza cuando hablaba.

Apareció una tarde con Martyn y M'Keal. Lo habían encontrado en el mercado o, mejor dicho, él los había encontrado a ellos. Como de costumbre, se habían emborrachado con cerveza *sooloo* y con una bebida clara y fuerte destilada de las bayas que los nativos llamaban *fou*. Entonces Amadi se acercó a ellos con una sonrisa de oreja a oreja. Sabía más o menos veinticinco palabras en inglés —palabras como *cachivache*, *matar* y *puta*— y las usó para entretener al teniente y al sargento durante media hora, haciéndose el tonto, hasta que les llevó por un callejón, donde les ofreció los servicios de dos hembras tan dúctiles como sumisas y una bola de hachís negro.

—Capitán, señor —decía Martyn al explorador pocas horas después—, este hombre es indispensable.

Amadi estaba de pie entre un Martyn a punto de desplomarse y un M'Keal de ojos enloquecidos, vestido con juba y sandalias. Estrechó la mano del explorador con un fuerte apretón.

—Encantado de conocerle —murmuró.

Media hora después ya estaba enrolado en la expedición, con sueldo triple y la promesa de una cuarta parte de las provisiones que quedaran después de llegar a la tierra de Hausa.

Para Johnson era evidente que se trataba de un tipo capaz de dar una puñalada traperera, un estafador, muy probablemente un asesino y, sin duda, un compinche de los moros. Pero, dijera lo que dijera, el explorador no le haría caso.

—Tienes celos, eso es todo —dijo Mungo—, porque Amadi Fatoumi tiene la mitad de tus años y sabe el doble que tú. Puede hablar el maniana, el hausa, el tuareg y el árabe, y ha hecho el viaje de ida y vuelta a Tombuctú.

Ahora, en el último momento, viendo al explorador con la cara enrojecida y temblando de cólera, como si estuviera dispuesto a luchar con la muerte, Johnson considera inútil añadir que sus informadores le habían dicho que Amadi había sido criado en condición de esclavo en la tribu Il Braken, que había apuñalado a un hombre a causa de una disputa jugando a los aros y que había engañado a la mayoría de los comerciantes de Sansanding. No, Mungo estaba medio enfermo, experimentaba sentimientos de culpa mezclados con el miedo y la incertidumbre, y se aferraba a Amadi Fatoumi y a sus supuestos conocimientos como hubiera hecho con un salvavidas en una mar encrespada. No tenía sentido discutir: Johnson solo podía suplicar.

—No vayas —dijo.

Mungo parecía estar al borde de un ataque de nervios.

—¿Por qué coño no voy a ir? —rugió.

Johnson lo cogió por el brazo, pero Mungo se zafó con una sacudida y le dio la espalda.

—Está bien —dijo Johnson—. No quiero que vayas porque me importan tus huesos recalcitrantes, no quiero que vayas porque sé que no volverás. ¿Te acuerdas de

Eboe?

Mungo se volvió como si le hubieran dado una cuchillada, con un gesto de dolor y de desasosiego, aterrorizado.

—¿Te acuerdas de él? —repitió Johnson—. ¿Y de aquella vieja ciega, la de Silla, la que olfateó tu olor de hombre blanco y cogió tu mechón de pelo? ¿Te acuerdas de lo que dijo?

Mungo se acordaba perfectamente. Johnson pudo verlo en su cara. La mujer se había detenido volviendo sus ojos muertos hacia él, pronunciando entre dientes el nombre de un lugar distante, un nombre que brotaba de sus labios como el nombre secreto del diablo, un extraño y bárbaro nombre con resonancias de conjuro: «Bussa. Tened cuidado con Bussa», había dicho ella con voz ronca.

Con el rostro demudado, Mungo permaneció un largo rato de pie ante Johnson, con los brazos levantados, como si estuviera librando una especie de duelo ritual contra sí mismo. Por fin, sus labios empezaron a moverse, en silencio, como si rezara.

—No vayas —repitió Johnson, y el hechizo se rompió.

Mungo torció el gesto, en una mueca tan fea como una máscara. Rápido y violento, cogió a Johnson por la toga, a la altura del cuello, forzando al guía a caminar hacia atrás.

—¡Traidor! —le espetó—. ¡Mugre, escoria! Tú eres el malvado, eres tú quien ha venido a destruirme, no Amadi Fatoumi.

Entonces, de un empujón, lo tiró al suelo.

—¡Salga de aquí! —gritó, su voz rota por la ira—. ¡Salga de aquí, negro!

La cara de Johnson no mostró nada. Se levantó haciendo un esfuerzo, se sacudió la toga y salió de la vida de Mungo Park. Para siempre.

BUEN VIAJE

EN ALGÚN LUGAR hay un gallo cacareando y un almuédano cantando su plegaria matinal a la tirolesa. Fuera de la tienda de campaña, se oye el chancleteo de las sandalias y las voces de las aldeanas recogiendo estiércol para encender los fuegos y preparar el desayuno. Desde la selva que crece a orillas del río, llega el canto de los pájaros. Ya al rayar el día ha empezado a hacer un calor agobiante y el aire tumescente se derrama sobre el explorador como si fuera escoria. Cansadamente, soltando un resoplido de resignación, sale de la manta sudada y de los sueños que le han producido un terrible dolor de cabeza. Tambaleándose, sale al aire libre para orinar contra un muro de barro. Durante la noche el tiempo ha cambiado, la estación ha cambiado: poco después de la medianoche, el viento sopló hacia el norte y el *harmattan* empezó a silbar desde el gran desierto, trayendo consigo esa sensación de fragilidad y esa depresión que cae sobre el explorador como un cobertor de plomo. De pie, despierto a medias, con la polla en la mano, se siente destemplado y con resaca, aunque no ha tocado ni una sola gota de alcohol en semanas.

Una mancha oscura florece en el muro rojo, ahora es un dragón alado, ahora es la cabeza de un ciervo, y Mungo está mirando fascinado su chorro de orina cuando, de repente, siente una presencia a su espalda, unas pisadas, unos carraspeos. Cuando vuelve la cabeza, lento como un sonámbulo, descubre a su espalda lo que queda de su ejército, más o menos en formación, con los uniformes desgarrados que resplandecen bajo los primeros rayos del sol. Martyn y M'Keal, Ned Rise, Fred Frair y Abraham Bolton. Empuñando sus mosquetes, aguardan con las mochilas en el suelo. Detrás está Amadi Fatoumi con sus tres esclavos de aspecto envilecido, todos visten juba y *tagilmust*, como moros. Mirando hacia atrás por encima del hombro, ve que los nueve hombres le están contemplando fijamente, silenciosos, respetuosos, como si el acto de orinar en calzoncillos contra un muro fuera algo comparable a consagrar la hostia o convertir el agua en vino.

—Capitán, señor —ladró Martyn, rompiendo el hielo—. La tripulación del *Joliba* se presenta para cumplir con su deber como le ha sido ordenado.

Claro que sí. Era la mañana de la partida, la mañana que lanzaba al viento su destino, o más bien al agua. Se había despertado con un poco de calentura y el aire estaba tan pesado que se le había ido el santo al cielo. Claro que sí, ahora se acordaba. La gran aventura empezaba de nuevo.

—Muy bien, teniente —dijo Mungo subiéndose los pantalones y volviéndose hacia sus hombres—. Desarmen esta tienda de campaña, ocúpense de mi equipaje y prepárense para zarpar.

Mareado, legañoso, aún medio dormido, rápidamente pasó revista a las caras excitadas y esperanzadas de los hombres. Hubiera querido decirles que todo saldría bien, que el Níger no se secaba hasta el punto de evaporarse en el desierto ni desembocaba en el lago Chad, y que a partir de ahora todo sería más fácil. Pero no puede. Porque a pesar de todas sus esperanzas, plegarias, suposiciones e intuiciones, sabe que es posible que los esté llevando a una muerte fluvial en el ombligo de un continente dejado de la mano de Dios. Lo único que le sale, a modo de inspiración retórica, es una orden tajante:

—¡Y háganlo rápido!

LO QUE NO SABÍA EL EXPLORADOR, ni tampoco el guía, mucho menos la tripulación, era que en aquel preciso momento las colinas de los alrededores de Sansanding temblaban bajo el fragor de los cascos: el viento *harmattan* no era la única cosa que llegaba ruidosamente desde el norte. No, también estaba Dassoud, el Azote del Sahel, a punto de entrar en el pueblo con mil doscientos jinetes ardiendo en deseos de enfrentarse con el ejército de los hombres blancos. Dassoud solo piensa en una cosa: descuartizar a los nazarenos, sean los que sean y aunque estén bien armados y, sobre todo, clavar la cabeza de Mungo en una lanza para llevársela como regalo a su dama, Fátima de Jafnoo.

Sin embargo, su calendario bélico acumula un retraso de dos meses y medio. Había planeado aniquilar al explorador antes de que acabara septiembre, pero entre octubre y principios de noviembre descubrió que no era exactamente el azote que creía ser. Todo por culpa de las discusiones destructivas entre las diversas tribus bajo su mando. Aunque espoleadas hasta el frenesí por la carta del explorador, todavía vacilaban a la hora de unirse bajo la bandera de Dassoud, o de cualquier otro. Era así de sencillo: no había elegido el mejor momento.

Primero estalló una cruenta contienda entre el Trasart y Al-Mu'ta, de Jafnoo. Mubarak del Trasart había ejecutado a tres de los sirvientes de Boo Khaloom por coger agua clandestinamente de uno de sus pozos; para contraatacar, Boo Khaloom en persona entró sigilosamente en el campamento de Trasart, se meó en las gachas de Mubarak y le robó su mejor caballo, que conservó para obtener un rescate. Una vez entregado el rescate, Boa Khaloom devolvió el caballo, cortado en ocho pedazos, envueltos en piel de cabra. Mientras tanto, Mahmud Bari del Il Braken se había olvidado del castigo que habían sufrido a manos de Dassoud y se negó a participar en la *yihad* contra los nazarenos a menos que fuera él quien encabezara la guerra santa. Exasperado, Dassoud se vio obligado a emplear dos preciosas semanas yendo a caballo hasta Gedumah para abrir por el medio a Mahmud Bari como a una salchicha, y para sofocar la rebelión incipiente. Y, por si fuera poco, los fulah eligieron precisamente aquel momento para llevar a cabo un ataque por sorpresa contra Jafnoo.

Dassoud había acabado con estos desafíos a su manera feroz y contundente, pero mientras tanto había perdido un tiempo muy valioso. Cada vez que se presentaba una situación que lo desviaba de su meta más ansiada, enloquecía hasta el delirio. Siempre estaba cabreado, ya fuera porque tenía que matar a trescientos fulah —incluyendo mujeres y niños—, ya fuera porque la carne estaba demasiado quemada y el cuscús demasiado blando. Todo lo cual no hacía sino incrementar sus iras contra el explorador. Aniquilar a los nazarenos se convirtió en una obsesión que bullía en sus venas, quemándole el alma día y noche con un fuego que aumentaba cada vez que un nuevo obstáculo interrumpía sus planes. Pero ahora, después de dos meses y medio de dilación, Dassoud estaba en marcha, tronando por las calles de Sansanding como un endemoniado.

EN LA ORILLA HAY FOCHAS y chorlitos de alas eufóricas. La superficie del agua se mueve hirviendo con los últimos residuos furiosos del monzón, y algunas canoas apenas entrevistas se deslizan como el viento a través de los retazos de la niebla matinal.

—¿Están todos dentro? —grita Mungo, sintiéndose como un niño en el Yarrow mientras él y Ned entran en el agua empujando con los hombros el barco *Joliba*. Y entonces, tan dichoso como un novio proponiendo un brindis, el explorador rompe un calabacino de *fou* en la proa y da la orden de zarpar.

Sentado junto a la caña del timón está Martyn, con una barba y unos ojos de alcohólico que hacen que parezca tener treinta y ocho años en vez de diecinueve. Los demás, incluyendo a Amadi Fatoumi y a sus tres criados, remolonean sin dar un golpe de remo. Gracias al aluvión, la propulsión no será un problema: por muy cargado que esté, el *Joliba* empieza a deslizarse como una ramita y es tan maniobrable como en el sueño de un marinero.

Ned Rise sube a bordo ágilmente cuando la corriente empuja la nave, pero Mungo se demora un poco más de la cuenta, con el agua al pecho, sujetando la popa. De pronto, Martyn abre la boca como si fuera a tragarse una naranja o un huevo. Asustado y confuso, el explorador lo mira, y luego vuelve la cabeza para seguir la línea imaginaria de los ojos del teniente. Mira hacia atrás, a la calle polvorienta que llega hasta la orilla del río. Y lo que ve lo deja de piedra. Ve a un ejército de moros avanzando impetuosamente hacia ellos. Los caballos sudorosos hacen temblar la tierra mientras los jinetes, blandiendo cimitarras, se arremolinan en sus jubas flameantes.

Los hombres de Mungo, que hasta hace un instante holgazaneaban como príncipes hemofílicos, empiezan a remar furiosamente mientras el explorador, aún con medio cuerpo en la estela, sube torpemente al barco. Ante la sombría perspectiva de una muerte inminente, todos están echando el bofe —incluyendo al patilludo M'Keal, al Fatoumi de mucha labia y al frágil Frair—, remando como si compitieran en las regatas del equipo de Oxford. Mungo también rema. Incapaz de localizar un remo en medio de la confusión, se agacha en la borda y empieza a agitar el agua con las manos ahuecadas, como si estuviera cavando una madriguera acuática.

—¡Remad! —grita Ned a su lado, y el *Joliba* empieza a coger velocidad.

Están a unos noventa metros de la orilla cuando el primer moro entra en el agua. Es un tipo grande vestido de negro, azotando al caballo y gritando obscenidades en árabe. En cuestión de segundos, el río está plagado de moros, cientos de ellos, unos disparando sus mosquetes, otros arrojando lanzas y coreando gritos de guerra. Mungo, más que remando salpicando, se atreve a mirar hacia atrás para ver a sus enemigos. Ensartijando los ojos, los caballos nadan como focas, y las ventanas de sus narices se dilatan presintiendo el olor de la sangre. Las cimitarras lanzan destellos rojos al sol. De repente, Mungo deja de remar, sintiendo cómo se le aflojan los brazos. Acaba de reconocer al moro más cercano —a unos sesenta metros—, cuyo caballo casi revienta con el esfuerzo. Conoce esos hombros cuadrados siempre a punto de romper las costuras de la juba, conoce esos ojos, esa cicatriz, esa máscara lasciva impregnada de odio...

Dassoud enarbola una pistola, pero con los brincos del caballo apenas puede apuntar, y el *Joliba* se aleja cada vez más deprisa. Desesperadamente, el moro dispara. Apenas otra nubecita de humo en medio del caos de jubas revoloteantes, lanzas zumbando por el aire, gritos y remolinos de polvo levantándose en la orilla. El humo y el polvo son tan densos y la algazara tan envolvente que el explorador no está

seguro de si el moro ha disparado o no hasta que de pronto siente algo cálido y húmedo en su brazo y un golpetazo que lo derriba. El explorador se vuelve boca arriba para ver quién ha tropezado con él y descubre la cara ensangrentada de Abraham Bolton, que venía a traerle un remo. Con el ojo derecho reventado, el soldado aún se tambalea encima de Mungo, blandiendo el remo en el aire, tratando de conservar el equilibrio. En un acto reflejo, el explorador se encoge de hombros, agachando la cabeza, y Bolton, el pobre borrachín, tropieza con él y cae al río como un saco de piedras.

Cuando Mungo se incorpora y mira a popa, vuelve a ver los ojos de Dassoud cada vez más cerca, tan cerca que casi puede sentir en sus pulmones el resuello agonizante del caballo del moro. Vagamente —como en un sueño—, el explorador extiende una mano para coger el remo de Bolton, pero entonces siente la mirada de Dassoud aferrándolo como un garfio y se le encoge la garganta, y todo le parece una injusticia tan grande que tiene que reprimirse para no echarse a llorar. Como si el moro lo hubiera hipnotizado, es incapaz de pensar en los noventa mosquetes que están debajo del toldo y en la pistola plateada que lleva debajo de la camisa. Solo puede pensar en el fracaso, en la ignominia y en la muerte.

Pero entonces llega a través de la algarabía la voz de Ned Rise, potente, exhortando: «¡Remad, muchachos! ¡Remad con más fuerza!», y toda la escena empieza a desdibujarse.

Dassoud se queda atrás mientras el *Joliba* se desliza velozmente con la corriente, a lomos del Níger, alejándose cada vez más y más de la sangre, del terror y de las siniestras garras del cautiverio. Paralizado, Mungo se queda arrodillado como un suplicante, incapaz de moverse ni de pensar, mientras ve a su enemigo mortal perdiéndose en la distancia, borrándose hasta que la mancha negra de su cabeza desaparece en el latido de las aguas.

Y SILENCIOSAMENTE FLUYE EL NÍGER

ADENTRARSE EN EL RÍO es como recorrer por dentro una anatomía humana, como navegar a través de las venas y las arterias y los órganos que gotean, como explorar las cavidades del corazón o extender la mano para tocar el alma impalpable. Tierra, bosque, cielo, agua: el río resuena con el ritmo de la vida. Mungo lo siente, tan constante y omnipresente como el tictac de un reloj sobrenatural, lo siente durante los abrasadores días sin viento y las noches impenetrables que resbalan precipitándose al borde del vacío. Ned Rise también lo siente, y hasta M'Keal. Es una presencia. Un misterio. La sensación de comulgar con lo eterno que lo empaña todo, reduciéndolo al silencio, haciendo que callen los pájaros de cuellos largos, los hipopótamos, las chicharras, los cocodrilos, las fochas, los martinetes y las agachadizas, los grandes peces plateados que saltan en el agua sin salpicar. Es como si todos estuvieran hechizados, el explorador y sus hombres; como si la sangre que palpita en sus venas

fluyera al compás del río, como si el Níger los estuviera limpiando de toda culpa, librándolos del horror y las vicisitudes del viaje por tierra. Persuasiva, suave, la corriente que los empuja durante esas primeras semanas de profundo silencio obedece a una fuerza y a una lógica completamente propias.

Pero de repente, una mañana, la tripulación despierta bajo un cielo ensangrentado y es como si les hubieran destaponado las orejas. Los sonidos resuenan brutalmente, insoportables, desde el chirrido de la caña del timón hasta el crujido de las pieles de buey vapuleadas por un viento cruel y tórrido que se ha levantado durante la noche. Los buitres nubios y los grandes grifos reales describen círculos sobre el *Joliba*, a tan baja altura que los hombres pueden oír el revoloteo de sus alas. Los hipopótamos resoplan como cañonazos y los cocodrilos ladran como perros. De repente todo el universo les está gritando.

Mungo sale de entre las mantas mojadas, haciendo un gesto de dolor a causa del ruido, y se asombra al ver que ya no están navegando entre los bosques, las lianas y las enredaderas formando arcos que habían estado viendo desde que salieron de Sansanding. Pasmado, mira a su alrededor, y luego saca el catalejo y vuelve a mirar. No hay ninguna pincelada de verdor sobre el agua, ninguna vegetación, ninguna orilla visible. Entonces cae en la cuenta: durante la noche debieron de entrar en el lago Dibbie, ese vasto mar del interior que según decían se encontraba entre Djenné y Kabara. Contento de sus conclusiones, contempla la superficie brillante. Inmenso, sin orillas, soplado por un viento caliente, las olas terrosas del lago hacen vibrar el casco bajo sus pies.

El explorador consulta la brújula. Navegan en dirección nornordeste. Hacia Tombuctú y el gran desierto. Traga en seco, esperando que lo que la vieja Djanna-geo y Amadi le dijeron sea cierto, que después de esa ciudad, el río tuerza describiendo un recodo hacia el sur. Pero cuando ve el movimiento insistente de la aguja de su brújula, lo asedian las dudas. ¿Sería posible que Rennell y los demás tuvieran razón? ¿Se extinguiría el río en el Sáhara? ¿Bajaría rugiendo por un agujero sin fondo hasta el centro de la Tierra? ¿Se evaporaría en el lago Chad?

Perturbado por estas reflexiones, Mungo se dirige a la proa, donde están sentados Amadi Fatoumi y sus criados. Los cuatro están en cuclillas, abriendo desmesuradamente los dedos de los pies, tirando trocitos de huesos tallados contra el casco cóncavo de la canoa y repartiéndose montones de cauríes según el resultado. Cuando Amadi ve acercarse al explorador, sirve ceremoniosamente un poco de té negro en una taza del tamaño de un dedal y se la ofrece con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—Bueno —dice Mungo, balanceándose con el barco—, hemos llegado a Dibbie, ¿verdad?

Encorvado en la proa, casi desfallecido, Fred Frair lo mira fugazmente y vuelve a abstraerse en la contemplación del agua. Amadi mira al explorador como si no le hubiera oído.

—He dicho Dibbie, ¿no me has oído?

De golpe el explorador advierte que está gritando. Es lo menos que puede hacer en medio de tanto ruido: el tintineo enloquecedor de una cuchara y un plato en algún lugar de la popa, los ronquidos de borracho de M'Keal resonando debajo del toldo, el grito de unas gaviotas distantes, el zumbido de los mosquitos. Y todo eso es tan ruidoso como si lo hubieran amplificado cien veces. Exasperado, se inclina hacia su guía.

—¿Qué es todo este puto ruido?

Amadi parece sorprendido. Señala al cielo.

—El viento —dice—. Muy seco.

A la siguiente pregunta del explorador, más bien retórica, «¿Corre hacia el sur el Níger después de pasar Tombuctú y sigue siendo navegable?», el guía responde volviendo a señalar, pero esta vez a estribor.

El ataque en Sansanding, encabezado por su enemigo mortal, ha tenido un efecto perturbador en el explorador. Ansioso, con acidez estomacal, sufre una misteriosa irritación nerviosa que se ha instalado en sus ingles y entre los dedos de los pies. Al igual que el hipocondríaco cuando descubre un tumor en su sobaco con una oleada de alegría fatalista, Mungo siente que sus peores sospechas están confirmadas: es cierto que están allí, escondiéndose detrás de cada árbol, camuflados entre las paredes de barro de las chozas, sí, allí están, al acecho, esperándolo, tal y como siempre él había sospechado. Y así, con una determinación que es casi una monomanía, ha decidido evitar todo contacto humano. A pesar de las protestas de la tripulación, ha descartado visitar las ciudades de Silla y Djenné, como si fueran moradas de demonios y basiliscos, echando ancla lo más lejos posible de la más miserable de las chozas y acercándose a la orilla solo al amparo de la oscuridad. Los hombres querían parar y bajar a tierra para abastecerse de víveres frescos, de leche, de pan, pero él ni siquiera los escuchaba. No pensaba parar en ningún caserío, aunque fuera el poblacho más rústico perdido en la selva, no se detendría para conseguir cerveza, ni carne fresca, ni siquiera para sentir la tierra firme bajo sus pies durante cinco minutos. No pararía por nada del mundo.

Ahora, al ver aquella mancha en el horizonte, una manchita negra, una nadería, fue presa del terror. En medio de aquel lago oceánico, aquella manchita negra solo podía querer decir una cosa: gente. Recalcitrantes, fanáticos, moros que matan. El primer grito no salió a causa del susto convertido en un nudo de flema en su garganta. Pero luego gritó como un centinela cogido por sorpresa en una guardia nocturna:

—¡Nos atacan! ¡Nos están atacando!

La respuesta no se hizo esperar. Amadi y sus hombres saltaron dejando caer montones de cauríes, y Fred Frair, tan lánguido hacía un momento, pegó un brinco como si le hubieran dejado caer en la bragueta una olla de sopa caliente. Martyn enseguida acudió, preparado para entrar en combate, y M'Keal, en botas y calzoncillos, se puso en pie soltando tacos.

—¡Moros! —gritó Mungo, llevándose el catalejo al ojo al mismo tiempo que Fred Frair, al primer grito de zafarrancho de combate, se lanza a buscar un arma y pasa corriendo por su lado, aullando como un perro.

El resultado, visto en términos estrictamente mecánicos, es tan sencillo como la acción y la reacción, fuerza y contrafuerza: Frair tropieza con el codo del explorador y el catalejo escapa de sus manos, da tres vueltas en el aire y desaparece entre las aguas oscuras.

Es igual. No necesitaba lentes de aumento para ver que la mancha en el horizonte era una cuadrilla de moros hostiles. Los hombres, asustados, estaban dispuestos a creer lo que dijera su jefe. Martyn y M'Keal ya están contando los mosquetes, veinticinco, treinta, treinta y cinco, mientras Frair entra y sale de la parte toldada del barco acarreando barriletes de pólvora, horquillas, baquetas y toda la munición disponible por si hiciera falta volver a cargar. Solo Ned Rise, gobernando la caña del timón, parece conservar el aplomo. Usando el sextante y la brújula, y con la vela provisional que ha confeccionado durante la noche, mantiene el rumbo del *Joliba* en una corriente que, cada vez menos fuerte, los arrastra hacia Tombuctú, hacia Hausa y más allá, hacia Londres.

Mientras tanto, el explorador se ha puesto rígido, erguido en la proa como un pointer galardonado. Sudando a mares, entrecerrando tanto los ojos que ya le tiemblan los músculos faciales, otea el horizonte como si pudiera incinerarlo con la simple fuerza de su concentración ocular. Los segundos transcurren lentamente. Y entonces, en un raptó de oscura intuición, se da cuenta de que una temible conjunción está teniendo lugar alrededor del *Joliba*: ¡no es una mancha, sino tres! ¡Tres canoas bruñidas y rápidas tan cargadas de moros sanguinarios que navegan casi hundidas!

—Tres —dice Martyn a su lado, y su voz es lacerante como un escalpelo.

Sí. Moros sanguinarios. Salvajes. Animales. Ahora los puede ver, ¿realmente puede verlos?, con sus turbantes centelleando al sol. De repente, experimenta una sensación de calma, esa sensación que suele atribuirse a los soldados en medio de la batalla. Firme y fatalista, se echa el mosquete a la cara y mira a través del ahusado cañón.

—Prepárense para disparar —sisea.

Durante veinte minutos permanece allí de pie, como un actor de salón en un cuadro viviente. Las tres canoas, en formación, se acercan, cada vez más y más, en un ángulo que inevitablemente acabará cruzándose con el derrotero del *Joliba*. Ahora puede ver nítidamente sus formas negras recortándose contra el gigantesco balón del sol que se levanta sobre el lago como una vieja bestia cansada, detrás de ellos. Cuando están a tiro, Mungo da la orden de disparar.

La primera descarga de mosquetazos es como un bofetón que produce un vuelco en la canoa más cercana. A lo lejos se ven brazos agitándose en el aire, se oyen gritos de confusión, de dolor. Los soldados dejan caer al suelo los ocho mosquetes humeantes y en el acto empuñan otros ocho. Otra descarga cerrada, y la segunda

canoa salta en el agua. Entre el sol y el humo, el explorador apenas puede distinguirlos, pero es seguro que son moros, con sus jubas y los pantalones abombachados, poco importa que tengan las caras negras y lloren como mujeres y niños.

Después de la segunda andanada, los ocupantes de la última canoa se lanzan al agua, dejando la embarcación al garete. Entonces la tripulación, Amadi Fatoumi y sus negros criados, empiezan a disparar al azar, masacrando todo lo que se mueva en el agua, da lo mismo si es una cabeza desfigurada por las heridas o la estela de un nadador. A todas estas, el explorador apunta a una forma oscura que se agarra a una canoa volcada, y poco falta para que apriete el gatillo cuando una mano se interpone impidiéndole disparar. Se vuelve rápidamente y es Ned Rise. Las pistolas rugen, el humo flota sobre el *Joliba* como un nubarrón anunciando lluvia.

—Dícales que no sigan disparando —grita Ned—, es un error, ¿no lo está viendo?

Para Mungo es como despertar de un sueño. Deja caer el mosquete y mira a sus hombres asustado por la transformación que advierte en sus rostros. Hasta Frair, por muy debilitado que estuviera, parecía una especie de bestia voraz, con todos los músculos en tensión, retorciendo la boca, enseñando los dientes. La mirada de Amadi se había tornado vidriosa y asomaba la punta de la lengua por la comisura de la boca mientras sus esclavos disparaban tan embelesados como pueblerinos en un tiro al blanco. Y los militares de carrera, Martyn y M'Keal, estaban en su salsa. Para eso habían nacido, para eso fueron entrenados, aquel era el momento para el cual habían conservado sus bayonetas afiladas y sus mosquetes engrasados. Con las caras tiznadas por el humo, apuntaban, disparaban, y cogen el siguiente mosquete en una cadencia fluida, despiadados e implacables como máquinas. Distraídamente, el explorador siguió la visual del arma de Martyn, que pasaba en línea recta entre dos canoas que se hundían, hasta detenerse en el agua revuelta, justo donde asomaba la cabeza de una mujer empapada. ¿Una mujer?... No, no puede ser. Pero sí puede ser, y de hecho es. Una mujer, con la juba inflada a su alrededor, con los pendientes de cobre brillando al sol, una mujer luchando para mantenerse a flote, y para mantener a flote a un niño.

—¡Alto el fuego! —grita—. ¡Alto el fuego!

Pero nadie obedece la orden. En el transcurso de los cinco minutos siguientes, el Dibble se hace eco de los gritos y de las detonaciones hasta que las canoas quedan reducidas a astillas. Cuando todos los mosquetes han sido disparados, sobre el lago se instala una quietud, todo permanece inmóvil, todo menos el chapoteo del agua contra el casco del *Joliba* y el aliento infernal del viento y las manchas de sangre que lentamente tiñen la oscura superficie espumosa.

DOS DÍAS DESPUÉS, tras salir de la inmensidad del lago regresando al cauce principal

del río, Fred Frair cometió una gran estupidez. Había contraído una serie de enfermedades desconocidas, tan tropicales como misteriosas, y en los últimos días parecía muy fatigado y apagado, pachucho, siempre echado en algún rincón de la canoa, acurrucado, como una larva a punto de extinguirse. A nadie le gustaba verlo allí, pero ¿qué le iban a hacer? El veterano M'Keal, con su barba blanca y la cara de color ciruela roja se sentaba a su lado durante horas, y de vez en cuando le daba un trago de ron o un poco de vino de palma, pues era el único remedio que tenía a mano. Martyn, tras haber visto morir a cuarenta compañeros, no se preocupaba. En cuclillas debajo del toldo, se dedicaba a limpiar mosquetes, cargándolos, silbando. Fred no era santo de la devoción de Ned, pues era amigo de Smirke, y de todas maneras estaba demasiado ocupado vigilando al explorador, consultando la brújula, los mapas, y manejando la caña del timón para preocuparse por el enfermo. En cuanto a Mungo, no tenía tiempo para preocuparse por ninguno de ellos, pues estaba demasiado obsesionado con Dassoud, pensando a todas horas en la mala leche del moro saheliano. En cualquier caso, a todos les hubiera encantado que Frair sobreviviera, porque si él pasaba a mejor vida, ¿quién sería el próximo?

Aquella mañana de mediados de diciembre de 1805 navegaban bajo un sol ecuatorial que lo incineraba todo, entre pájaros chillones y nubes de insectos, cuando de pronto Frair se incorporó y empezó a gritar como un borracho con *delirium tremens*. No podía seguir aguantándolo, gritaba. No podía más con el calor, la fiebre, la peste de la muerte. Amadi y sus hombres miraron a otra parte. M'Keal se inclinó sobre el soldado tembloroso y en vano trató de hacerlo callar.

De todos los horrores que había padecido —en la cárcel, en Gorée y a lo largo del camino—, de todas las enfermedades que lo estaban consumiendo, lo que por fin había llevado a Frair al borde del exterminio era la infección de un gusano de Guinea, *Dracunculus medinensis*. Una enfermedad dolorosa, nauseabunda, pero nada del otro mundo. Ahora mismo, el explorador sufría por segunda vez esa infección, y dos semanas atrás Martyn había conseguido sacarse de la pierna uno de aquellos gusanos. Pero Frair no podía soportar la idea de tener en su cuerpo esa cosa viva y ciega, ese gusano creciendo dentro de él, comiéndole la carne, cagando y orinando en su sangre.

Veinticuatro horas antes, le había reventado una ampolla en la corva de la rodilla izquierda y el explorador, después de administrarle una dosis de *fou*, le limpió la herida y se la curó. En el húmedo interior de la úlcera, pálido y blando, se veía la cola de un gusano de Guinea hembra, cumpliendo los dictados de la naturaleza: hinchándose y poniendo millones de minúsculas larvas en aquel flujo amniótico de pus. Con mucho cuidado, Mungo cogió la porción visible del parásito y la enrolló en una ramita; luego se descolgó por la borda para lavarse las manos en el río. Había hecho todo lo que podía para aliviar el dolor de Frair. No podía extraer el gusano, ni tampoco matarlo. Su cuerpo, que medía entre sesenta y ciento veinte centímetros de largo, estaba profundamente incrustado en el tejido conjuntivo de la pantorrilla de Frair, enrollándose hasta quedar tan apretado como el hilo en un carrete. Lo único que

se podía hacer, lentamente, día tras día, era sacar entre dos y cinco centímetros de gusano enrollándolo alrededor de la ramita. Si se rompía y moría dentro de la pierna, se pudriría allí, no lo podrían extraer, y Frair moriría de gangrena.

Desesperado, asqueado y horrorizado, la gran estupidez de Frair consistió en arrancarse la pequeña rama sujeta a su corva, cortando el gusano en dos. Durante un rato, nadie reaccionó, y el ruido que los había estado asediando desde que salieron del lago Dibbie resonó a través del silencio. Entonces M'Keal lanzó un silbido, agudo y repentino, como si estuviera llamando a un perro o expresando su admiración ante el tamaño de un pez colosal, y uno de los hombres de Amadi se escupió las manos para ahuyentar la mala suerte. Atraído por los gritos de Frair, Mungo simplemente se acercó y miró la úlcera que brillaba como una boca abierta. Entonces negó con la cabeza y le dio la espalda.

Desde luego, no había ninguna posibilidad de detenerse para enterrarlo. El día de Navidad —o más o menos por esa fecha: el explorador había perdido la cuenta exacta del tiempo en el revoltijo de sus diarios—, Prair, envuelto de la cabeza a los pies en una manta de moscas, fue declarado oficialmente muerto. Como capitán y jefe de la expedición, Mungo murmuró unas cuantas palabras ante el cadáver y luego lo arrojaron a las ondas amarillas del Níger, donde esperaban los peces tigre, las tortugas y los cocodrilos.

Aquella noche, mientras consultaba el reloj a la luz de la luna, el explorador descubrió que inexplicablemente se había parado. Fabricado en Alemania y montado en una caja de plata con sus iniciales grabadas, aquel reloj era un regalo del padre de Ailie, un recuerdo de otra época y de otra vida, cuando el joven explorador viajó por vez primera a las Indias Orientales, fuente de esperanza y de ambición. Ahora, navegando a toda prisa por el oscuro torrente, aquella época se le antojó tan remota como la Era de los Dinosaurios. Le dio una palmada al reloj, se lo llevó a la oreja. Vocinglero y desdeñoso, el oscuro bosque le aulló con mil voces indescifrables. Mungo contempló el cielo, las estrellas cambiando de posición y los planetas en sus órbitas, y dejó caer el silencioso reloj en la lisa y negra sopa del río.

INFIERNO

LOS DÍAS PASAN FUGAZMENTE, tensos y tirantes como ballestas. Las tardes son abrasadoras, y al ponerse el sol, se oye una especie de suspiro y asciende el vapor. El año ha terminado, indocumentado, con las fechas navideñas transcurriendo monótonamente, entre hedores de putrefacción. Silencioso e ineluctable, el *Joliba* discurre por delante de varios caseríos desiertos, entre bancos de arena donde los reptiles toman el sol, sobrevolado por bandadas de pájaros tan nutridas que con sus plumas podrían rellenarse todas las almohadas de Europa. El río siempre es el mismo, y nunca es el mismo.

En Kabara, el puerto de Tombuctú, el explorador se equivoca en sus cálculos.

Echa el ancla demasiado pronto, y en vez de esperar a que sea noche cerrada, para así poder pasar por el más amenazador de los escollos sin ser advertidos, se acerca a la concurrida orilla surcada por un intenso tráfico de embarcaciones a la vista de todos y en pleno día. Cuando doblan en un recodo del río y Mungo avista la ciudad, piensa que es una ilusión óptica, un defecto de su vista. No es más que un espejismo, piensa. Un fantasma surgido en una mente extenuada, acosada por la fiebre y la ansiedad. Pero allí está la ciudad, incontrovertible. Ya se ven las chozas y los almacenes, un montón de canoas flotando en la orilla distante, como un capote negro. Súbitamente se vuelve hacia Amadi y empieza a reprenderlo en su defectuoso árabe, chillando como si estuviera regañando a su perro. El guía simplemente se encoge de hombros.

Mungo solo sabe una cosa: tienen que evitar Kabara a toda costa. Tombuctú es el nexo del comercio moro, el centro que une el Sáhara con el Sahel y Sudán. Si en todas partes ha encontrado hostilidad, con mayor razón lo rechazarán allí. Disgustado, le vuelve la espalda a Amadi y ordena a sus hombres que empuñen los remos; acto seguido le quita bruscamente la caña del timón a Ned Rise y hace un giro de ciento ochenta grados.

—¡Remad con fuerza! —insiste apretando los dientes, y lentamente, dolorosamente, el *Joliba* sobrecargado empieza a navegar río abajo.

Sin embargo, una hora después, todavía pueden ver Kabara. Los hombres están extenuados, y la canoa se queda al paio en medio del río. M'Keal es el primero en ver la inutilidad del esfuerzo.

—Vamos, capitán —grita dirigiéndose al explorador que está sentado junto a la caña del timón—, ¿no pensará esperar aquí hasta que el arcángel Gabriel toque la trompeta, no?

El viejo soldado jadeaba, aferrándose a los remos con manos temblorosas, brillando de sudor como un lechón asándose al fuego. Mungo se quedó pensando, y de pronto empujó el timón a estribor y el *Joliba* dio la vuelta quedando otra vez de proa a Kabara.

—Prepárense para repeler cualquier embarcación que se acerque a menos de cuarenta y cinco metros —siseó.

Barba Azul no lo hubiera dicho mejor.

Esta vez, las canoas salieron de verdad para atacarlos. Canoas largas como galgos ingleses, abarrotadas de musulmanes rabiosos, deseosos de decapitar y descuartizar a los nazarenos para mayor gloria de Alá, para resarcirse de la frustración de Sansanding y vengar la matanza de Dibbie, para reivindicar su derecho de antigüedad sobre el monopolio comercial en la zona y hacerles pagar muy caro a los pálidos infieles la osadía de transitar por sus fronteras sin haber pedido, ni pagado, el correspondiente peaje. Enfurecidos, los moros poblaban dieciocho canoas con sus barbas, sus dientes y sus lanzas.

Pero lo que no tenían los moros era poder de fuego. Aunque sus canoas, diestramente conducidas por somonos y ribereños soorka, se desplegaron cercando al

Joliba, tuvieron que acercarse mucho para poder arrojar sus lanzas con un mínimo de eficacia. Mungo y sus muchachos, cada uno con quince mosquetes de un disparo a su disposición, hicieron fuego nutrido, como un ejército, acribillando a los moros hasta convertir sus jubas en mortajas perforadas. Parfullando y maldiciendo, los árabes tuvieron que batirse en retirada y el *Joliba* siguió bajando por el río, sin problemas.

UNA SEMANA MÁS TARDE el explorador advierte que aunque han dejado atrás Tombuctú, siguen navegando hacia el norte, adentrándose en el desierto. La Hora del río, siempre tan exuberante, ha empezado a ralear, y las colinas están casi peladas, áridas, repletas de euforbios, rosas del desierto y espinas silbantes. El calor es intenso, atroz, devorador. No hay manera de escapar del sol. A la sombra del toldo, desfallecidos como si fueran los supervivientes destripados de Austerlitz, Martyn y M'Keal juegan a las cartas, dormitan, se pasan un calabacino de *fou*, y de vez en cuando alargan las manos como serpientes, metiéndolas en el agua, para salpicarse las camisas y las caras. Ned Rise había improvisado una especie de parasol encima de la caña del timón, y Amadi y sus sirvientes, que se habían quitado la ropa hasta quedar en taparrabos, seguían acuclillados, tirando los dados de hueso y contando los cauríes. Ninguno se atreve a darse un chapuzón. Y no es para menos. Los cocodrilos, algunos del tamaño de la mitad del *Joliba*, pululan en ambas orillas como espectadores que asisten a una procesión. Y los hipopótamos chapotean en el agua hasta formar espuma en lo que parece ser una demostración de ira, o tal vez porque tienen ganas de jugar o lo que sea.

El sol sale y se pone, rutinariamente, y los días van encadenándose hasta consumir otra semana y todavía el río sigue llevándolos hacia el norte. Ya no queda cerveza ni fruta ni mantequilla ni pan, y los hombres se quejan de la monótona dieta de cecina, arroz, ñames y cebollas. Mungo consulta la brújula cuarenta veces al día. Está preocupado. También lo está Ned Rise. Ned le pregunta al explorador, el explorador pregunta a Amadi, Amadi se encoge de hombros. La incertidumbre los está matando, por no mencionar el calor, el aburrimiento, el maldito enloquecimiento y la desesperación de unos hombres que están eternamente embarcados. Así debió de sentirse Colón, tambaleándose al borde del mundo, asomándose a un abismo.

En un lugar que según Amadi se llama Gouroumo, siete canoas salen rápidamente para perseguirlos, y los hombres del *Joliba*, en calzoncillos, se despabilan, emergiendo del letargo, solo durante el tiempo que les lleva matar a los desafortunados nativos. Teniendo en cuenta que el tedio es tan grande que un día no se distingue del otro, casi dieron la bienvenida a los agresores, casi resultó divertido que los atacaran. ¿Qué otra cosa podían hacer como no fuera echarse en cualquier rincón de la nave friéndose como lonchas de tocino? Además, matar a un par de negros de vez en cuando los mantenía en forma, con los reflejos alertas, estabilizaba el pulso y mejoraba la vista, preparándolos para el día en que se presentaran

verdaderos problemas. Y no era que quisieran meterse en líos ni nada por el estilo. Ellos no provocaban a nadie, simplemente aquellos caníbales desnudos salían de la orilla, persiguiéndolos como cocodrilos, babeando de las ganas de meter a un hombre blanco en la olla de la tribu. Después de todo, los negros cuervos que han estado comiendo en el *Joliba* sabían a ternera o algo así.

Al explorador no le gustaba aquella situación. Los hombres que los atacaron en Gouroumo eran negros, y él no tenía nada contra los negros. Pero la verdad era que no le dejaban muchas opciones. Mungo no sabía si lo atacaban instigados por los moros o si solo estaban enojados porque él no seguía al pie de la letra el protocolo en cuanto a los regalos y permisos de tránsito. Lo único que sabía era que los atacaban con la fiereza de un boxeador saliendo de un salto de la esquina del cuadrilátero, belicosos y resueltos. Lo único que sabía era que querían interrumpir su navegación y que, en cuanto se detuviera, quedaría a merced de sus enemigos. Podía imaginarlos registrando los fardos, revisando las provisiones, lanzando sus alientos en su cara, asestándole puñetazos en las clavículas, sin dejar de farfullar en alguna lengua troglodítica, enrevesada como la flatulencia de un corral, como cerdos gruñendo y vacas tirándose pedos. Si Mungo paraba el *Joliba*, lo abordarían, le robarían la comida y las armas, quemando sus cuadernos de notas, entregándole a los moros. Ante esa perspectiva, fue como si una bombilla se apagara en su mente, ni hablar del peluquín. Aunque tuviera que seguir matando negros, no se detendría por nada del mundo, pasara lo que pasase. ¡Al diablo con las consecuencias!

Desgraciadamente, las consecuencias se presentaron más pronto de lo que imaginaba, y en forma de canoas —sesenta en total—, cerca de un lugar llamado Gotoijege. Fue al atardecer, dos días después del incidente en Gouroumo, mientras el *Joliba* bordeaba un peñasco escarpado que salía del río como un codo doblado. Todo era quietud en un marasmo de calor sofocante. Los hombres estaban adormilados, las olas térmicas se rizaban reverberando contra el promontorio, mientras un buitre solitario los sobrevolaba paseándose entre corrientes de convección. Gradualmente, igual que una hoja o una ramita fluvial, el *Joliba* dobló el promontorio y entró en un remanso. Fue entonces cuando el explorador tuvo la primera intuición de que algo iba mal: le pareció ver algo oculto en las profundas sombras del promontorio. Medio segundo más tarde, lo cual equivale a decir medio segundo demasiado tarde, captó la imagen.

Era una emboscada.

Había tantas canoas amontonadas en la caleta que aquello parecía un atascadero. Más abajo, como un ejército de la Edad de Piedra, había otras veinte canoas atravesadas en medio del río, resistiendo la corriente. Cientos de furiosas caras negras, pintadas de varias maneras, todas aciagas. Negros de ojos saltones empuñando remos, con redes de abotargadas venas negras destacándose en los flexibles músculos de sus brazos, empedernidas manos negras aferrando arcos y aljabas, flechas envenenadas y lanzas de puntas alargadas. No cabía la menor duda: la

noticia se había difundido. Alguien le había dicho a aquella gente que había hombres blancos en el río, extrañas criaturas pálidas y fantasmales perpetrando locuras, causando estragos, dejando un reguero de hombres muertos a lo largo del recorrido, negándose a pagar peaje, sin dignarse siquiera a postrarse ante el alto y poderoso, el imperial y elegido de Dios, negándose a pedir permiso para pasar por los territorios tribales. Hombres blancos pidiendo al cielo un castigo ejemplar.

Súbitamente, con un alarido que hubiera podido provocar un alud en los Alpes, el paisaje entró en erupción. Donde hacía un instante solo había sol y silencio y la lenta modorra de la embarcación dejándose llevar a la deriva, había ahora un frenético hervidero, un oleaje de hostil humanidad, en todas partes a ambas orillas del río. El promontorio que habían dejado atrás parecía un hormiguero tras haber sido pisoteado. Los salvajes en cueros vivos saltaban farfullando amenazas, profiriendo insultos y pinchando con sus lanzas el cielo. Una legión de mujeres brotó de la nada, corpulentas y culonas, cortando el aire con agudos chillidos, golpeando retumbantes ollas, grandes como tambores, como si quisieran despellejar a los desventurados exploradores y hervirlos en sus calderos. Hombres y niños —cientos de ellos— se precipitaron a la orilla arrojando lanzas y piedras y encendiendo antorchas, acribillando la nave con sus flechas envenenadas y los toscos cuchillos de hierro que venían volando por los aires. Al mismo tiempo, las canoas entraron en acción, deslizándose detrás del *Joliba*, fluidamente, como sombras. Los remeros eran gigantescos atletas negros, y detrás de ellos iban los guerreros pintados, agachados y afilando sus lanzas, flexionando los músculos para hacerlos entrar en calor. Y todos —hombres, mujeres, niños, remeros, arqueros, lanceros y jefes— ululaban como carniceros al cabo de tres días de borrachera.

El espectáculo era imponente. Terrorífico. Abrumador.

¿Será éste el final?, pensó el explorador, sintiendo que sus entrañas se enrollaban como erizos, mientras Martyn cogía el mosquete y Ned Rise tiraba de la caña bruscamente hacia la derecha apartando la canoa del abucheo. Las Hechas caían en el toldo con un *thunk-thunk-thunk*, una pedrada le abrió un corte en la mejilla a Martyn. Los exploradores se quedaron mirando fijamente las caras de quinientos rabiosos salvajes, mientras otros doscientos se acercaban raudos como el rayo en sus canoas, tan cargadas que se sumergían por debajo de lo que vendría a ser la línea de flotación. Los habían cogido por sorpresa, y el asunto se ponía cada vez más feo, pues era como si estuvieran derrotados antes de que empezara la batalla.

Pero entonces las aguas volvieron a su cauce: la maniobra de Ned les había dado un respiro, permitiéndoles recuperarse del susto, y el dulce tufo de la pólvora ya había excitado sus fosas nasales haciendo que en un abrir y cerrar de ojos estuvieran preparados. Empuñando las armas con todo el coraje de que eran capaces, saturados de adrenalina, rápidamente empezaron a disparar como campeones, como asesinos. En cuanto el barco estuvo fuera del alcance de las flechas, aquello fue coser y cantar. Como una partida de caza. Como matar patos en el Cotswolds. Disparaban a sus

adversarios con rabia modulada, sin darles cuartel, con la absoluta falta de piedad que los poseyó en el lago Dibble; vomitaron plomo hasta que destrozaron la escuadrilla, y entonces se volvieron hacia la hilera de canoas que bloqueaba el paso del río aguas abajo.

Los negros no retrocedieron. A unos noventa metros de distancia, Ned viró el *Joliba* hasta ponerlo de costado, en posición de andanada, y los hombres se alinearon como un pelotón de fusilamiento —Mungo, Amadi y los esclavos en una punta de la embarcación, Martyn, M'Keal y Ned en la otra— y abrieron fuego, descarga tras descarga, sobre la oscura línea de canoas que estaba frente a ellos mientras la corriente los arrastraba hacia allí. Un negro con plumas de avestruz y un collar de coral, tal vez el jefe de una aldea o el rey de una tribu, se mantenía firme en la proa de la canoa principal, empuñando un cetro en una mano mientras levantaba solemnemente la otra en un gesto imperioso, un gesto que decía: «Deponed vuestras armas y rendíos ante la real omnipotencia de nuestra superioridad numérica». Cuando Martyn lo derribó de un disparo, eso pareció desanimar al enemigo. Al poco rato, Ned enderezaba de nuevo el *Joliba* corrigiendo su rumbo, llevándose por delante a la última canoa que se interponía en el camino, y sanseacabó. Un juego de niños.

El único que resultó herido fue M'Keal. En el fragor de la batalla, alguien le disparó con un mosquete —sí, un mosquete—. Al parecer le disparó un moro que iba sentado en la proa de una de las piraguas, «un tío grande, vestido de negro». La bala le cortó un trozo de la oreja izquierda y unos cinco centímetros de su áspero pelo. Una herida leve, a decir de todos. Pero cuando fue alcanzado por la bala, algo crujió dentro de su cabeza. Se puso como una fiera. Echando espumarajos por la boca, igual que un perro rabioso, estrenó todo un catálogo de epítetos raciales, dando patadas y tartamudeando y agitando el puño. Luego, sin dejar de hablar entre dientes, empezó a arrojarles cosas a los negros de caras asombradas que estaban más cerca. Primero cogió y les tiró los mosquetes, seis u ocho en total, luego les tiró un barrilete de pólvora. La batalla rugía a su alrededor: nadie se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Tiró un saco de arroz por la borda, una espada reglamentaria, el sextante. ¡Ahora verán, aborígenes maricones! Lo siguiente que les lanzó fue una caja de municiones, y luego la talega que el explorador solía llevar colgada del hombro: la brújula, el cuaderno de notas, las cartas inconclusas destinadas a Ailie y todo lo que había dentro. Maldiciendo, gruñendo, golpeándose el pecho, con la cara encendida de ira, el viejo soldado se quitó los zapatos y también se los tiró, y lo mismo hizo con sus calzoncillos, sus calcetines, su sombrero de pita, la tetera, un barril de salazón de ternera y un canasto lleno de ñames podridos. Cuando el peligro pasó y sus compañeros pudieron controlarlo, el fibroso veterano de la campaña antillana había reducido a la mitad el cargamento de la embarcación, aligerando su peso y poniéndole punto final a cualquier especulación acerca de latitudes y longitudes o sobre la alineación de los polos magnéticos.

Cosa que apenas parecía importarle.



SIN CRONÓMETRO, sin brújula, sin sextante, los misioneros geográficos del *Joliba* miran al sol y saben que es mediodía, un eterno mediodía, y también saben que se dirigen al norte, al desierto, hacia la luz deslumbradora, hacia las fauces del misterio. Melenudos, con los cabellos pringosos de polvo hasta los hombros y barbas que llegan a la cintura, con los altivos uniformes rojos convertidos en colgajos y taparrabos, todos están descalzos, pues apenas queda nada de lo que una vez fueron sus relucientes botas. Mugrientos, indisciplinados, desnutridos, ojerosos, macilentos, llenos de rojas erupciones, achicharrados por el sol y con los pies salpicados de ampollas, podrían ser el último vestigio de una antigua tribu emigrando hacia una nueva patria, podrían ser cavernícolas, carroñeros, comedores de inmundicias y de carne cruda. Solamente Amadi y sus tres esclavos permanecen inmutables. Alertas y vigilantes, tocados con sombreros de ala ancha, siguen lanzando sus huesos labrados. No son hombres del siglo XIX, son hombres del milenio, hombres cuya manera de andar, de mirar y de mover las manos prefigura el continente europeo, anticipándose a toda la historia escrita. Saben que el río tuerce formando una curva. Saben que los mapas y los pantalones y la carne salada son irrelevantes, y que los hombres blancos están locos. Saben esperar, pacientemente. Están contentos. Se mantienen con los ojos abiertos.

Mientras tanto, la gran canoa negra va a la deriva, a merced de la corriente. Durante el día predomina el cegador destello del sol en el agua, toda la tierra ardiendo en llamas, calentada al rojo vivo, las colinas consumidas por el fuego. Por la noche las orillas reverberan con fantasmales ecos —apagados gruñidos, sobrecogedores gritos, las hienas regodeándose con su pavorosa risa— mientras el agua bulle con unas explosiones que cortan la respiración, estallidos como de extrañas y gargantuescas bestias dando cabriolas en las profundidades o estirando sus largas colas con cuernos de un lado al otro del río para tenderles una trampa a los imprudentes navegantes.

Una noche, a la luz de una luna tan brillante que barnizaba la superficie del río derramando su pálido resplandor sobre los árboles, los arbustos y la orilla llena de cascajos, los despertó un súbito y devastador alboroto de chillidos y rugidos. Primitivo, cacofónico, escalofriante, era el fragor de una manada frenética, gruñidos y chasquidos de furiosas mandíbulas, como lobos riñendo por unas piltrafas. Pero eso no era todo: había indicios de algo más, algo mucho más atroz. A medida que se acercaban, empezaron a darse cuenta de lo que era: voces humanas gritando por encima del clamor.

Ahora todos estaban despiertos —incluso M'Keal— mirando fijamente a la oscuridad, petrificados de pánico. Con los nervios de punta, oyeron el sonido de la carne desgarrándose, los huesos crujiendo, los confusos gritos pidiendo ayuda.

Aquello era tan insoportable como una herida frotada con sal y ortigas, tan inadmisibile como pensar en la muerte de uno mismo. Ned volvió el rostro con una mueca de asco, al explorador se le revolvieron las tripas. No podían ver nada. Pasó un terrible minuto, luego otro, y la noche los envolvió con sus demoníacos gruñidos entreverados con jadeantes sollozos, como si de algún modo ellos no fueran más que unos pobres pecadores que habían pasado la invisible barrera descendiendo por los arremolinados afluentes del Aqueronte y del Leteo. Súbitamente, uno de los hombres gritó: «¡Ahí! ¡En la orilla derecha, justo ahí delante!».

La luna cambió de sitio, arrojando el cielo en una atmósfera indefinida e insustancial, de modo que tan pronto está allí como no está allí. Entonces las sombras se pusieron en movimiento, cobrando vida, y la marejada de gruñidos creció hasta llegar a un furibundo *crescendo* que concluyó con un simple resuello y una repentina explosión de luz: una antorcha llameaba hiriendo las sombras. Vacilante e inestable, la luz iluminó un negro amontonamiento de siluetas, unos cien demonios que sonreían mostrando los dientes hasta las encías, babeando saliva espumosa: hienas. Garras, lomos y furiosos hocicos negros; hienas, asesinas de niños, ladronas de sepulturas, ahogándose en su propia baba. Enfrentándose a los animales, un solo hombre —quizá un mercader ambulante— retrocedía desde el destripado cadáver de su camello, moviendo la antorcha de un lado a otro como la espada de un arcángel, mientras una mujer y un niño se encogían aterrorizados a su espalda, atrapados en una pesadilla.

Encorvadas, agachándose, las ladronas de sepulturas se acercaban, babeando sobre el cadáver del animal como un banco de peces en pos de una carnada, mordiendo y tragando retorcidos y relucientes intestinos grises, forcejeando para conseguir las mejores posiciones, mientras otras hienas salían de las sombras a paso de lobo, con los ojos brillando de hambre insaciable. El hombre seguía retrocediendo, mirando a todas partes, mientras la mujer, abrazando al niño, crispada como si ya estuviera despedazada, hacía amagos con un leño. Por un momento, pareció que el enfrentamiento iba a quedar tablas. Pero entonces, en un relampagueo, la antorcha se apagó y la furiosa ola de hocicos y ásperos pelajes cayó sobre ellos, en medio de una refriega de desgarradores chillidos, gruñidos y dentelladas fulminantes.

El *Joliba* siguió navegando, dejando atrás el ruido de dientes rechinantes y el crujido de huesos, siguió fluyendo hacia el norte, hacia el infierno.

LA BESTIA DE DOS ESPALDAS

LA INCORPÓREA VOZ DEL PASTOR MacNibbit es una profunda, serena y meliflua presencia derramándose por el templo, una poderosa promesa, una punzada de presagio y un bálsamo de consuelo. «Y aunque yo camine por el valle de las sombras de la muerte...», retumba su voz, moviendo la melenuda cabeza, sacudiendo la quijada, en un trémolo admonitorio que va reptando para subrayar cuán negras y

desesperanzadoras pueden ser las cosas... Pero Ailie no está escuchándole. Ni siquiera está mirándole. Agacha la cabeza, como si rezara, pero sus pensamientos están en otra parte. Concretamente está pensando en Georgie Gleg, y en el viaje, la excursión, la aventura que está a punto de emprender. Esa misma tarde. Ya todo está preparado, su equipaje hecho. Y no puede pensar en otra cosa.

Georgie la había invitado a realizar un viaje de seis semanas por las Tierras Altas de Escocia, pasando por Fife, Angus, Aberdeen, Banff y Moray, para concluir con una estancia de una semana en Avis House, en Drumnadrochit, desde donde se divisa el castillo Urquhart y uno de esos lagos de lecho profundamente revuelto que todas las colegialas conocen tanto a través de canciones como de leyendas, el más grande de todos, el lago Ness. Avis House era el hogar ancestral de la rama de la familia Gleg que vivía en las Tierras Altas, actualmente habitado por la prima segunda de Georgie, Fiona Gleg, una solterona cincuentona. Durante su reciente estancia en Edimburgo, Georgie la había tratado de periproctitis y de gota. Para demostrarle su gratitud, ella lo invitó a hacerle una visita y «a ver las glorias del viejo y gran lago». Georgie inmediatamente pensó en Ailie. Qué bien le vendría un viaje así, un cambio de aires que le permitiría vivir su propia vida, liberándose, por un tiempo, de sus deberes de paciente esposa, madre y ama de casa. Eso sería lo mejor para ella.

Sí que lo sería. Ailie no había ido nunca en su vida más allá de Edimburgo, y allí solamente había estado un par de veces. Nunca había ido a Londres ni al continente europeo, ni siquiera a Glasgow. Mungo simplemente liaba los bártulos, cogía a su hermano por el brazo y se iban de excursión a recorrer medio mundo. Cada vez que le venía en ganas hacía lo que le salía de las narices. Y ella tenía que quedarse anclada en casa con los niños, igual que una esclava de la cocina en un cuento de hadas. Pues bien, aquella era su oportunidad, y, Dios mediante, la aprovecharía.

Oh, por supuesto, todo sería la mar de decente. Tanto la madre de Georgie como Betty Deatcher les acompañarán como carabinas, y además, ha decidido llevar a su niño de cinco años. Así que no habría trampas, ni relaciones sospechosas, nada escandaloso. A pesar de todo, su padre se había opuesto violentamente al viaje. Con o sin carabinas, lo veía como una afrenta a su marido.

—¿Y qué va a pasar si él regresa mientras tú andas de pendoneo por ahí?... ¿Qué le voy a decir? —le había preguntado el viejo, furioso, con un mordaz tono de acusación.

—Dile que estaré de regreso hacia la segunda semana de abril.

—Pero, Ailie, tú no le puedes hacer eso a ese hombre... Es tu esposo.

En el altar particular de su padre, Mungo figuraba al lado de santa Columba y Bonnie Prince Charlie.

Los ojos de Ailie se dilataron hasta no ser más que una enojada mancha glauca, fría y brillante como el estuario de Forth, y su voz tembló con el esfuerzo para reprimir la ira:

—Es lo mismo que él me hizo a mí.

Ahora, sentada en el largo y duro banco de la iglesia, entre su padre que resollaba con indignación virtuosa y los niños que se agitaban nerviosamente, solo podía pensar en su liberación, en escapar, en hacer caso omiso a la ardiente exaltación azufrosa de MacNibbit y entrar en el coche de Georgie. Encima de su cabeza, la luz del sol se filtraba por las vidrieras de colores, radiante, luminosa como la sangre, palpitando al ritmo de sus venas. ¡Las Tierras Altas! ¡Inverness! ¡El lago Ness! Apenas podía contenerse, ardía en deseos de levantarse de un salto y danzar entre las columnas del templo, gritando la buena nueva. Súbitamente, la palabra del pastor le acarició el oído, refrescante, resucitadora, como una bocanada de aire entrando en los pulmones de una chica ahogada. «Ciertamente —exclamó enternecido, enfervorizado, con la buena nueva derritiéndose en su lengua como una porción de mantequilla—, ciertamente la bondad y la misericordia no me abandonarán jamás...».

Ailie levantó la vista, como si aquella promesa solo tuviera significado para ella, como si el pastor derramara su bendición sobre el viaje que estaba a punto de emprender, una señal de que ella hacía lo correcto. El sermón había terminado, los feligreses se levantaban para irse haciendo crujir los asientos. Y ella no podía dejar de sonreír. Amén, decía para sus adentros. Amén.

LA DILIGENCIA DE GEORGIE los llevó hasta Leith, donde tomaron un barco para Kinghorn y luego una silla de posta. De allí viajaron hasta la costa este, pasando por Cupar, St. Andrews, Ellen, Fochabers y Cawdor, deteniéndose en hosterías y casas de campo para tomar algún refrigerio, o para reflexionar sobre curiosidades del paisaje como Dunbuy Rack y el castillo de Gordon. Ailie iba con la cara pegada a la ventanilla, arrobada, contemplando la costa azotada por el viento con sus achaparradas píceas y los abetos y sus playas de cantos rodados. Thomas, el hijo del siglo, casi tenía seis años. Se agarraba a las mangas de su madre y gemía, intranquilo a causa de los cabeceos y las guiñadas del carruaje, o interrumpía el delirante monólogo de Georgie soltando chillidos dignos de un aborigen y otros ruidos despectivos. Reproduciendo escrupulosamente cada detalle, era el vivo retrato de su padre. La señora de Quaggus viaja de luto riguroso («Pobre Tyrone: le falló el corazón una noche mientras hacía una apuesta con el arzobispo Oughten para ver quién bebía más ponches —una especie de concurso, una competición, ya sabéis— y Tyrone habría ganado sin ninguna dificultad, porque el arzobispo no tenía estómago para más de seis o siete ponches, mientras que mi querido difunto ya iba por su duodécimo —su *duodécimo*— ponche cuando Dios lo llamó a su seno para premiarlo...»). Un suspiro. «Yo supongo que él sabía lo que estaba haciendo al desafiar de esa forma a un arzobispo»), sentada en la ventanilla de enfrente, estirada como una percha para sombreros. De vez en cuando, la viuda envolvía a su hijo en una mirada apasionada y maternal, regocijándose de su talento y pericia, como si

fuera nada menos que un Molière o un Hipócrates. Betty, a punto de cumplir los treinta y aún sin casarse, con una nariz tan larga como una tijera de podar, hacía cuanto podía para resultar simpática y responder al aluvión de palabras de Georgie, quien a su vez estaba tan contento de tener a su lado a Ailie que era incapaz de cerrar la boca, ni siquiera cuando la tenía llena de cebolla y tortas de avena, hablando sin cesar a lo largo del trayecto, desde Selkirk hasta Drumnadrochit.

En Inverness, al igual que Boswell y Johnson antes que ellos, se alojaron en la hostería de Mackenzie, y Ailie estaba tan excitada que apenas reparó en los rústicos muebles toscamente tallados, ni en las desecadas moscas que colgaban del techo, ni en el estómago de cordero relleno que sabía a cuero quemado. Lo único que sabía era que el lago, el glorioso lago, estaba a menos de cinco kilómetros de allí. Arrojó a su hijo, y luego corrió a abrir la ventana a la que se asomó para ver los oscuros troncos de los árboles y respirar a fondo el intenso y húmedo olor del lago. Oyó el lejano graznido de un ganso, y luego apareció la luna escapando de la garra de los árboles. Con su cara restregada y picada de viruelas, era la misma luna que salía en Selkirk, pero de algún modo aquí parecía diferente, como si estuviera acabada de crear, como si fuera algo mágico, una señal en el cielo. Ailie durmió como una princesa drogada.

Por la mañana reanudaron el viaje por la tortuosa carretera que va a Drumnadrochit, serpenteando a través de hileras de abedules y pinos, con el lago extendiéndose a sus pies igual que un inmenso y brillante brazo de mar. Ailie se deleitaba con el paisaje mientras la invadía una extraña sensación de satisfacción, de justicia. Por fin estaba haciendo su propia expedición, explorando un poco por su cuenta. Esa idea la hizo reír estridentemente —la esposa del explorador explorando— y la señora de Quaggus levantó las cejas, como queriendo que la dejaran participar del chiste. Ailie no podía recordar un momento más feliz.

En Avis House los recibió una entusiasta Fiona Gleg que se moría de ganas de hablar, una pelirroja con una rebeca de lana gruesa que se adelantó a sus sirvientes para abrazar a los recién llegados, uno tras otro, en la escalera del porche. Ni siquiera les dio tiempo para sacudirse el polvo del camino, y antes de que pudieran recuperar el aliento, ya los estaba sometido a una ráfaga de preguntas, opiniones, observaciones y suposiciones, que iban desde el eczema del tío Silas hasta las egregias comidas en la hostería de Mackenzie, pasando por los sillares del castillo Cawdor —muy mal labrados, ¿verdad?—, el decepcionante tamaño de Dunbuy Rock y el peculiar color de los ojos del pequeño Thomas. En el vestíbulo de suelo entarimado y paredes revestidas de madera, en medio de un torbellino de criados que iban de aquí para allá cargando baúles, paquetes y sombrereras, la prima Fiona se volvió a Ailie con una vasta, húmeda y maternal sonrisa.

—Señora Park —le dijo, y aquello sonó como si le dijera señora *Prado*^[32]—, he oído hablar tanto de usted que parece que el joven físico que está aquí a mi lado no puede hablar de otra cosa... Y quiero decirle que es un placer conocerla y que estoy muy contenta de darle la bienvenida a Avis House.

La pelirroja la había tomado por el brazo. Georgie Gleg, distinguido profesor y doctor en Medicina, las seguía arrastrando los pies y mirándose la puntera de los zapatos.

—De más está decirle —añadió Fiona— que he disfrutado mucho leyendo el libro de su esposo.

EN EL TRANSCURSO DE LOS DÍAS SIGUIENTES, Avis House ronronea, ruge y cruje de actividad, como si la casa entera hubiera echado a andar encima de una descomunal carreta. Con las puertas siempre abiertas de par en par, el entarimado gime con tanto entra y sale de gente. Todos los vecinos de los alrededores, siempre y cuando sean moralmente intachables, han sido invitados a visitar la casa. Hombres de faldas cortas y mujeres con chales de tartán acuden a tomar el té, cenar, jugar a las cartas o al juego de aros. El pastor fulano de tal, el doctor mengano de tal, el honorable señor zutano de tal... Ailie apenas puede conservar el recuerdo de tantas caras. Hay Macdonald en la antesala y Dinsdale en el césped del jardín, Cameron de radiantes sonrisas que vienen a ver al físico de Edimburgo y a la esposa del famoso explorador, y Ramsay de caras solemnes, impacientes por discutir *Lives of the Fathers*, de Cave, y los *Sermones*, de Ogden. Por la noche hay enormes poncheras y sidra y botellas de oporto, cordero asado, arenques, *fricasé* de polla de agua, carne de ternera, leche espumosa, tajadas de lengua estofada y pudín de leche y pan; y de sobremesa, volutas de humo de tabaco; y después, música, bailoteos y juegos de salón. Parece que están en Navidades, que cada día es la festividad de San Miguel, la fiesta de la cosecha. Cualquiera diría que todo el condado está de vacaciones.

A Ailie no le basta y quiere más. Se siente como una quinceañera, ligera, graciosa, atractiva, apreciada. Por primera vez en muchos años es el centro de atención, lo mismo si baila la giga en el salón con un joven galán vestido con *kilt* y medias de rombos a dos colores que si habla de moda con las señoras o de caballos y perros con un bizco médico rural. A pesar de la extraña situación en que se encuentra —casada con Mungo después de haberle dado calabazas a Georgie—, no podría sentirse más relajada..., ni más bien acogida. Al principio, cuando Fiona aludió a Mungo, pensó que era una sutil indirecta —y bien sabe Dios que la prima de Georgie y su madre y todos los de su clan tenían derecho a estar dolidos con ella—, pero ahora estaba segura de que había sido un comentario inocente, una manera de entablar conversación y nada más. En cualquier caso, lo cierto era que Fiona y la señora de Quaggus echaban el resto para fomentar una relación entre ella y Georgie. Le quitaban a Thomas de las manos, entreteniéndolo con canciones en erse y cuentos de hadas, de trasgos y del monstruo que vive en el lago, atiborrándolo de tortas, paseándolo a caballo por los prados de los alrededores. Y Betty también. No hacía ni una hora que habían llegado cuando apareció un joven clérigo de tersa tez que se sentó a tomar el té con las señoras y desde entonces no se separaba de Betty. Todo era

muy extraño. Casi como si las dos viejas casamenteras estuvieran alcahueteando, como si Ailie realmente fuera una quinceañera, libre y sin compromiso, como si fuera la compañera elegida para un hijo ejemplar y un excelente primo. O como si fuera... una viuda.

Una viuda. La idea la estremeció, fría e insidiosa, una tarde, mientras se vestía para bajar a tomar el té, deteniéndola en seco. ¿Realmente pensaban eso...? ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Ella era una mujer casada, madre de cuatro... Su esposo se había ausentado por poco tiempo. En un viaje de trabajo. Igual que un abogado itinerante o un juez celebrando sesiones por el distrito. Y entonces, de pronto, como si le hubiera caído encima una mortaja mojada, vio la realidad en toda su crudeza. Mungo andaba por ahí, en algún lugar, sufriendo, tal vez herido, atormentado por las enfermedades, asediado por las muecas horribles de las caras de los negros y por las bestias aulladoras, mientras ella estaba allí, en una excursión campestre, como si él no existiera, igual que una colegiala o algo por el estilo, igual que una viuda. Viuda. Esas dos diabólicas sílabas constreñían su cabeza de manera insoportable, intolerable: Ailie Anderson de Park, viuda del difunto e insigne explorador.

Eso era. Alrededor de eso giraba todo, eso explicaba por qué la vieja Quaggus y la afectada Fiona se desvivían por ella. Ya habían enterrado a Mungo, y ahora estaban adobándola —como si fuera un filete de carne— para Georgie. Se quedó un rato allí sentada, mirando fijamente el zapato que reposaba en su regazo, humillada, asustada, irritada con aquellas brujas intrigantes, resentida con Georgie. Pero luego se levantó de la cama y arrojó el zapato a la pared, más disgustada y zaherida y colérica que nunca. Aquello no era culpa de Georgie —él era un santo, su salvador—, ni de la señora de Quaggus ni de Fiona. Era culpa de Mungo... Suya y solo suya era toda la culpa. ¿Habría ido ella hasta aquel lago si él no la hubiera abandonado? ¿Se habría atrevido a mirar a otro hombre si él no hubiera quebrantado sus votos conyugales? No. Muerto o vivo, la había convertido en una viuda, condenándola a un confinamiento solitario. Muy bien, él se lo había buscado. Sí, señor. Y que la colgaran si pensaba quedarse sentada en casa esperándole hasta que le salieran canas.

Diez minutos después estaba tomando el té, riéndose de un chiste de Georgie. Su hijo, cuya cabeza apenas llegaba al borde de la mesa, le dirigió desde abajo una rápida mirada con los sorprendidos ojos de Mungo, y Ailie se tragó la carcajada. Hubo un momento de silencio, desagradable. Betty y su predicador, Fiona y una colección de Macdonald y Ramsay bajaron los ojos mirando a sus tazas, hasta que la señora de Quaggus extendió una mano haciéndole cosquillas al niño y él se calmó estallando en risillas.

Fiona golpeó con una cuchara el borde de su platillo, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Ejem! —se aclaró la garganta, ahuecándose el pelo con los dedos—. Si me permiten decir una palabra en medio de tanta hilaridad, he pensado, Ailie, que tal vez tú y Georgie quieran salir a dar un paseo hasta la casa de uno de mis arrendatarios..., ir a ver algún rincón típico, ver cómo viven los montañeses. Es muy pintoresco, se lo

aseguro.

—Sí, vamos. —Georgie cruzó una mirada con ella, luego apartó la vista.

—Con mucho gusto cuidaremos del niño —añadió la señora de Quaggus.

—De eso puedes estar segura. —Fiona aún estaba sonriendo, enseñando todos los dientes.

AFUERA, EL TIEMPO ESTABA CARGADO. Las nubes borraban las cumbres, la neblina subía reptando desde los valles. Donde antes había flores, helechos y arbustos deshojados, ahora solamente se veía una gasa de niebla ascendiendo hasta unir el cielo con la tierra. Ailie y Gleg iban delante, montados en un par de caballos castaños tirando a rojo, mientras Thomas —armó tal berrinche que Ailie se ablandó y aceptó llevarlo— iba detrás en un poni llevado de la rienda por Rorie Macphoon, el alguacil de campo de la prima Fiona. Se detuvieron en la cima de una colina para ver un solitario perro pastor guiando un rebaño cuesta abajo, sus blancas patas se desdibujaban cuando entraba y salía de la neblina persiguiendo a las ovejas descarriadas. Una oveja enorme de ancha cara, justo frente a ellos, con ojos de abuela asustada, se lanzó a comer brezo y hierba antes de que el perro la descubriera. Georgie, adoptando un estilo nada frecuente en él, citó un pasaje de Macbeth:

Por el modo en que me pican los pulgares,
algo malvado se acerca a estos lugares,
y el viejo Rorie se tronchó de risa.

El cielo se había oscurecido perceptiblemente y la llovizna empezaba a viciar el aire cuando llegaron a una pequeña choza en la ladera. Pintoresco, pensaba Ailie, oh, sí, claro que sí, y entonces llamó a Thomas para que se apresurara a venir a echar un vistazo. El niño mostró una expresión ensimismada, pasmado ante lo romántico de la escena, como si fuera algo salido de un libro de cuentos. La cabaña estaba hecha de tepe, con una tosca puerta de madera ampollada. En la fachada faltaba un cuadrado de tepe, obviamente cortado y extraído para configurar una ventana. Por el patio discurría un arroyo con un sonido de peces y tritones haciendo gárgaras, y las copas de los pinos se perdían en la vaporosa atmósfera como sólidos tallos de judías gigantes. Entonces oyeron un delicioso y aterrador cacareo de voces mezclándose con el humo que salía por la chimenea. Georgie, fusta en mano, llamó a la puerta.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió y un anciano perplejo asomó la cabeza. Miró boquiabierto a Georgie, como si este acabara de aterrizar de otro planeta, ladeando la cabeza y entornando los ojos para verlo mejor. Georgie le tendió la mano, cordial y condescendiente al mismo tiempo.

—Gleg —dijo—. Me llamo Georgie Gleg. Pasábamos por aquí y paramos para hacerle una visita.

Lo único que consiguió con su presentación fue que el viejo ladeara la cabeza hacia el otro lado, como si estuviera contemplando un barco hundándose por la proa o apoyando el mentón en un violín invisible. Apenas tenía labios, y sus ojos eran ventanas cerradas. Lentamente, titubeando, como si hubiera respondido a la llamada solo para descubrir que allí no había nadie, empezó a cerrar la puerta. En ese momento, Rorie Macphoon —que se había quedado rezagado trayendo por la brida al poni— apareció, y entonces la cara del viejo montañés sufrió una transformación: aquel rostro antes atónito o simplemente obtuso desplegaba ahora una secuencia de emociones. Ailie observó que tras su inicial mirada de alegría, el campesino adoptó una expresión más dura, como de rabia y rencor, inmediatamente sepultada por un astuto brillo de avaricia en los ojos que enseguida se transfiguró en una especie de avergonzada y obsequiosa resignación. Georgie Gleg, el físico de Edimburgo, deslizó media corona en la mano del viejo, y todos entraron en la cabaña.

Un enorme gato salpicado de manchas los miró fijamente desde la chimenea. Tenía los ojos color queso Cheddar. Junto al animal, tan quieta que podría haber estado hecha de cera, dormía una anciana sentada en una silla esculpida en el tocón de un árbol. Una tabla de roble balanceándose sobre dos montones de losas hacía las veces de banco, y el somier de una cama, tirado en el suelo y relleno con brezo, se combaba arrimado a la pared del fondo. Eso era todo el mobiliario de la estancia. A pesar de la penumbra apenas mitigada por la trémula lumbre de la chimenea y la luz mortecina de la ventana, Ailie pudo distinguir otros objetos que empobrecían más la morada: una muleta y un azadón oxidado arrumbados en un rincón, gavillas de cebada apiladas en el suelo, un mamón de turba, ristras de cebollas, una jofaina de madera. Algo así como una cortina de mimbre acordonado hacía las veces de puerta de un cuarto trasero, una puerta tan baja como la boca de una cueva, de donde emanaba un cáustico hedor a orina y de vez en cuando un inquietante balido cabruno. Deplorable, pensó Ailie. Lastimoso. En vez de pintoresco, esto más bien es sórdido. Estaba en ascuas, balanceándose ora sobre un pie, ora sobre el otro, escuchando a las cabras mear mientras se preguntaba por qué demonios Fiona los había mandado a aquel Cuchitril.

—Así que —retumbó Georgie, dirigiéndose al anciano mientras se calentaba las manos en el fuego de turba— usted vive aquí, ¿verdad?

Asustado, el aldeano agachó la cabeza y retrocedió un paso. El moco de pavo que colgaba debajo de su barba había empezado a temblar y Rorie trató de improvisar una especie de explicación empezando con la frase «Señor Gleg» repetida tres o cuatro veces y entreverada con sonidos guturales de vacilación como «er» y «uh», y un despliegue de gestos nerviosos, arrastrando los pies y alzándose el pantalón, cuando súbitamente un discordante torrente de palabras los envolvió a todos. La vieja, jorobada y coja, con un ojo nublado, había vuelto a la vida, invitándolos a una disquisición en erse, la lengua vernácula de las Tierras Altas. Y era una disquisición, pues ella seguía, seguía, seguía, dándose cuerda a sí misma como si fuera una gárgola

mecánica, con el ojo bueno dando saltos en su cuenca, pronunciando toda una disertación, muchas de cuyas palabras eran absolutamente ininteligibles. Finalmente, al cabo de unos cinco minutos, remató su discurso con una risa salvaje y mordaz que sonó como el viento en el arroyo de una calle hasta amainar convertida en un acceso de tos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Georgie volviéndose a Macphoon.

Thomas, intimidado por la escena —la penumbra, el hedor, la tácita amenaza— se agarró a la falda de su madre, mientras Ailie se mordía el labio para reprimir una carcajada. Se comía la risa mientras pensaba: «¿Y realmente Fiona piensa que esto es pintoresco?».

Rorie, sombrero en mano y asustado como un pecador a las puertas del cielo, se aclaró la garganta y miró al suelo de tierra:

—Ella dice que es la mujer más feliz del mundo.

¡No aguantaba más! Ahora sí que no podía seguir conteniéndose. Súbitamente Ailie perdió el control y empezó a reír a carcajadas, empezando con una risa apenas reprimida entre dientes hasta desembocar en una serie de alaridos que le partían el esternón. Asintiendo con la cabeza y sonriendo, la vieja ama de casa cogió un pellizco de rapé y se sumó a su hilaridad, riendo histéricamente, muy alto y con muchas ganas, pero su risa era como un cuchillo afilándose en una piedra de amolar.

—La más feliz... —jadeó Ailie, desternillándose, incapaz de completar la frase.

Y entonces la vieja empezó a farfullar de nuevo, con voz carrasposa y áspera, en aquella extraña lengua musical, pero con algo inexplicablemente arcaico y exótico, como si fuera la lengua de Ur, una resonancia de reminiscencias sumerias, mesopotámicas, algo que se remontaba a Luxar o a las hojas medio pulverizadas de un pergamino desteñido. Cuando se calló, Ailie se volvió a Macphoon con una sonrisa anticipada:

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho esta vez..., más palabras de sabiduría?

Rorie repitió la misma rutina de gestos —arrastró los pies, alzándose nerviosamente el pantalón, dándole vueltas al sombrero entre las manos— y luego miró a Ailie a los ojos:

—Dice que ella tiene a su esposo aquí, a su lado, y que eso es todo lo que una mujer desea y necesita.

Aquello la hirió en lo más vivo, como un mazazo, una estaca clavándose en su corazón. El viejo estaba diciendo que sí con la cabeza y sonriendo; una obscena mueca de labios húmedos, una parodia de sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes amarillentos y la blanquísima punta de la lengua. Y su mujer, la vieja bruja, cacareaba igual que un reloj de cuerda mientras hacía un esfuerzo para levantarse de la silla. Ailie tuvo la sensación de estar atrapada en un sueño, como si alguien le estuviera gastando una broma de mal gusto, y sintió todo el mal aliento del universo silbando en su cara, y estaba espantada. Ya no sonreía.

Georgie, percibiendo que algo iba mal, la tomó del brazo y la condujo a la puerta,

despidiéndose del viejo con una inclinación de cabeza y dándole otra moneda. Alarmado, Thomas se aferró a su madre como si alguien quisiera secuestrarlo, y Rorie, sonrojado, se concentró en sus zapatos. Temblando, enfadada y anonadada, Ailie salió al deslavazado aire gris y aspiró profundamente, preguntándose qué estaba pasando y por qué dejaba que el pitorreo de una vieja arpía la alterase de aquel modo.

De golpe y porrazo sintió que tiraban de su codo. Se volvió. La anciana, encorvada en su muleta igual que un signo de interrogación ambulante, la miraba con su puntiaguda y astuta cara de ave raptora. La luz era pobre y no podía verlo muy bien. Pero había algo inicu, una cosa mala, en el labio de la bruja, como si estuviera cicatrizado, como si..., como si tuviera el labio perforado por algo, igual que el labio de Seedy. Ailie se echó atrás instintivamente, y la mano de la anciana se deslizó para acariciar la cabeza de Thomas, pellizcándole las mejillas, diciendo algo con su voz cascada y rechinante.

La indignación subió a la cara de Ailie hasta ponerla al rojo vivo. Le dirigió una mirada de interrogación a Rorie, que estaba en la puerta, con el blanco bulbo de la cabeza del viejo asomándose por detrás de su hombro.

El alguacil se ensalivó las yemas de los dedos y se los pasó por el pelo, alisándolo:

—Dice que ella una vez tuvo un niño como el suyo. Y que se le escabulló.

Allí no había árboles, ni arbustos, y ya empezaba a oscurecer. El invisible lago en el profundo valle bramaba con mil voces. Balanceándose en la muleta, la vieja se rascó las canas erizadas de su barbilla, con una mirada maliciosa.

—Y dice que usted debería andar con ojo y cuidar de él.

Durante un largo rato, mientras se alejaban por el ensombrecido bosque, con las sillas de montar rechinando y la silenciosa niebla pegándose a sus codos y a sus rodillas, pudieron oír la risa de la vieja, cual una cuchillada cortando la noche en dos.

EL ÚLTIMO DÍA DE SU ESTANCIA en Avis House amaneció como una insinuación de julio, soleado y sin nubes, el aire cargado de un pesado y penetrante calor, como si de algún modo la estación se hubiera adelantado, con la tierra ladeándose sobre su eje y el sol inflamándose como un haz de leña menuda lanzado sobre carbones incandescentes. Ailie ya estaba levantada al rayar el día, embriagada por la textura del aire, por el perfume de los narcisos y el zumbido de las abejas. De pie ante la ventana y mirando al lago, no pudo dejar de sentir una punzada de pesar, una resistencia a la idea de irse, de regresar a la rutina de la monotonía cotidiana. Es verdad que echaba de menos a los niños, y a su padre, e incluso, hasta cierto punto, la formalidad de la vida casera de cada día en Selkirk..., pero aún no estaba lista para regresar. Aquello era la aventura, aquello era vivir, aquello era lo que había anhelado toda su vida. En la casa ella solo se debía a su marido, a los niños, a su padre, y estaba condenada al papel de esposa constante de un ausente tan santo como mártir.

En el césped saltaban los gorriones y los estorninos. Más allá, sobre el lago, un águila dorada se deslizaba, muy alta, en el aire tenue y luminoso de la mañana. Quería irse, quería quedarse. Quería ver las caras de los niños, y a la vez quería seguir viajando más lejos, a las islas Hébridas, al Ártico, mucho más lejos aún, hasta llegar a Rusia y al Tíber. En aquel momento comprendió mejor que nunca a su esposo: la aventura, la sorpresa, el repelús de averiguar las permutaciones de la posibilidad, la pureza de los hechos y de la experiencia; después de esas emociones, ¿cómo iba a conformarse con mirar siempre el mismo pedacito de jardín, la misma yegua negra, las mismas cuatro paredes? Era 6 de abril. Hacía año y medio que Mungo se había ido. Hoy sería su día, un día exclusivamente destinado a ella.

Mientras desayunaban, Fiona abrió de par en par las ventanas del comedor para que entrara el canto de los pájaros, la dorada luz, las pequeñas moscas nacidas prematuramente. Tim Dinsdale estaba allí, también Donald MacDonald, media docena de contritos Ramsay, Ewan Murchison, sir Adolphus Beattie, la señorita Mary Ogilvie, Betty y su predicador, la señora de Quaggus, Fiona y Georgie. Todos — incluso Reelaiah Ramsay— parecían sonreír, la mar de alegres, planeando dar un paseo a caballo o una vuelta por los alrededores, tal vez improvisar una merienda en el campo o jugar al croquet. El único tema de conversación era el tiempo.

—¡Oh, el día está fragantemente delicioso como una manzana reineta! —dijo la señora de Quaggus, untando con mantequilla sus tortas de avena.

—¡Y tanto! —admitió sir Adolphus, levantando la vista del plato de huevos y lonchas de tocino—. ¡Realmente espléndido!

Tim Dinsdale comentó que no recordaba que hubiera hecho tanto calor en abril desde el año 81, el año que nevó en julio.

—Es una bendición del cielo —suspiró Fiona.

Ailie no podía estar más de acuerdo.

Más tarde, Georgie se sentó a su lado en el parral. Con un sencillo traje de color pardo, camisa de seda y botas de montar, casi parecía elegante. Desenrollando su alargado cuerpo y alzando el mentón, cruzó las piernas con desenfado, con un gesto de confianza en sí mismo a la vez cortés y sin pretensiones. Sus orejas seguían siendo enormes, y las mangas de la chaqueta le quedaban tan cortas que se le veían constantemente las muñecas, la nariz era como un ariete... Pero ¿qué importaba ya todo eso? ¿Acaso no era una niñería fijarse en esas nimiedades?

Georgie cambió de posición en la silla.

—Bueno, Ailie —dijo al cabo de un rato—, hoy es tu último día aquí. ¿Quieres dar una vuelta por el lago?

—¿Remando?

Él asintió.

Fiona y Thomas marchaban como soldados por el recibidor, marcando el compás con cacharros de cocina y cantando *Haytill foam, foam eri* a todo pulmón; Betty y su predicador paseaban por el jardín cogidos del brazo, y la señora de Quaggus, rodeada

por los Ramsay, elogiaba a su difunto marido inclinada sobre su sexta taza de té.

Georgie estudiaba el perfil de Ailie. Ella se volvió para mirarle a los ojos:

—Vale. No tengo nada mejor que hacer.

VARADA EN LA DESEMBOCADURA del Divach Burn, con los remos en los escálamos, cualquiera creería que la lancha es el remanente de una fantástica forma de vida, un insecto colosal arrastrado hasta la orilla o el ahuecado exoesqueleto de un cangrejo prehistórico, si no fuera porque Fiona la ha pintado de rojo cereza —para mayor visibilidad— bautizándola caprichosamente: *The Kelpie*. Reposando entre las hierbas, el bote es un anuncio de civilización, mientras los pájaros entran y salen volando de los juncos y las moscas flotan sobre el agua. Georgie se quita las botas con los pies, arrastra la lancha en el agua teñida de color Whisky y galantemente le ofrece una mano a Ailie desde la popa. Luego mete en el bote el cesto de la merienda —tres botellas de vino, salmón ahumado, tajadas de lengua estofada, queso, pan, rábanos, servilletas y un mantel blanco—, empuja el bote con un movimiento aceptablemente atlético y se alejan de la orilla.

Apenas corre la brisa, y el aire —debe de haber entre veinticuatro y veinticinco grados— se derrite como mantequilla. Ailie se quita el fular y el sombrero, se afloja el cuello de la blusa y ve cómo retroceden los juncos en la distancia y cómo el gran baluarte derruido del castillo Urquhart se asoma allá en lo alto, a mano derecha. Es un espectáculo grandioso. El tiempo que hace, el paisaje, la compañía. Se siente tonta como una niña, y la sangre se vuelve ligera en sus venas. Georgie echa el resto remando. A ella le gustaría extender la mano y pellizcarle la nariz.

—¿Nos acercamos para echarle un vistazo a las ruinas desde abajo? —jadea él, virando el bote hacia el promontorio del castillo. Están frente a frente, a pocos palmos de distancia. Sus pies se tocan.

—Sí —ríe Ailie, todo es tan divertido, tan perfecto. Ya está borracha y ni siquiera han descorchado la primera botella de vino—. Sí —repite, pero entonces, rápidamente, añade—: no.

Georgie, obediente como un caballo de tiro, suelta los remos.

—Quiero decir que ya estoy viendo el castillo. Mejor dirigirnos al centro del lago, hasta un lugar desde donde casi no se vea la orilla. Vamos a vivir una aventura. Luego podemos quedarnos a la deriva por allí y seguir así todo el día.

Él sonrío caballunamente complacido. Lo que más desea en este mundo es llevarla a dar una vuelta por el lago —llevarla a donde ella quiera, ir a la deriva hasta que el sol se ponga—. Se inclina sobre los remos con ahínco, devorando con la vista el banquete que ella le ofrece con sus ojos.

El bote aguanta el oleaje, el sonido de los remos forma un rizo, como campanillas en el viento, y Ailie echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, sintiéndose la heroína de una novela de amor medieval, como Una o la rubia Isolda. Ahí está Georgie, el

héroe sudoroso, allí está el castillo y aquí la dama en peligro: lo único que faltaba era el dragón. La idea le da risa y Georgie la imita, con una sonrisa de oreja a oreja, vasta como el horizonte.

Al cabo de una hora cabalgan sobre el movedizo abdomen, en el mismo centro del lago, equidistante de las orillas. La barca se desliza suavemente a la deriva, balanceándose con el aliento casi imperceptible del inmenso e inmóvil cuerpo del agua. El sol cae sobre ellos igual que un edredón, ardiente y lujurioso. La chaqueta de Georgie cuelga del asiento de proa, se ha abierto la camisa; Ailie se ha quitado los zapatos y las medias, y luego mete los pies en el agua, igual que una campesina. Las tajadas de lengua estofada, las rebanadas de pan y los rábanos adornan el mantel impolutamente blanco, y dos botellas vacías ruedan de aquí para allá en el suelo de la embarcación, al ritmo de la respiración del lago. Están riéndose. Ailie y Georgie, recordando los viejos tiempos.

—¡Aquellos poemas que solías escribirme! «La alborada rosicler de tus mejillas», «las espúmeas nubes de tus pechos»... Eran tan, tan ridículos. —A Ailie se le atraganta la risa, boqueando, ahogándose, entre hipos.

Georgie también se ríe. Él era ridículo. Lo admite.

—Y... Y... la forma en que tocabas la flauta..., y..., y tu manera de cantar... — El vino y la sangre se agolpan enrojeciéndole la cara a Ailie, y a fuerza de tanto reír siente punzadas en la base del cráneo.

—Sí, es verdad —ríe Georgie—. Yo era un adolescente lunático, absurdo, con la cara llena de granos. —Súbitamente deja de reírse—. Pero quiero decirte una cosa, Ailie. Yo te amaba. Te amaba y sigo amándote.

Fue como si de pronto hubieran bajado el telón, cambiado el guión. Hacía un instante se reía, dominando la situación, bromeando con Georgie; ahora estaba tensa y fascinada. Sus palabras la penetraron como dedos modelando la arcilla, ablandándola. El corazón empezó a latirle como un desfile de tambores. «Alto —pensó—, alto ahí». Y luego: «Sigue, sigue».

Ahora él estaba de rodillas, entre sus piernas, frotándole los muslos con sus nudillos largos y flacos, espasmódicamente, como si ella se hubiera ahogado y tratara de revivirla.

—Desde la primera vez que te vi —dijo— juré que... —Pero ella puso una mano en su boca, meciendo su cabeza entre sus manos, acariciando el tieso y amarillo espectáculo de sus orejas. El sol, el vino, el romántico lago, el antiguo castillo, un año y medio de celibato: Ailie estaba ardiendo.

Venerándola, reverencial, sin el menor indicio de zafiedad ni de indecisión, la estrechó con devoción, en un secreto ritual tan tierno y convincente que parecía que fuera ensayado. Su falda, su ropa interior, los botones del pantalón. Ailie se dejó llevar, era una criatura hecha de sensaciones, de electricidad, hecha para los mimos, los roces y las caricias, cerró los ojos, sumiéndose en aquella cadencia, el balanceo del bote, sus manos aferradas a los hombros de Georgie, su cara acercándose a la

suya, su lengua...

Ailie parpadeó, abrió los ojos, los cerró. Volvió a abrirlos. ¿Qué era lo que acababa de ver por encima del hombro de Georgie? ¿Qué era eso que ocultaban sus cabellos y la tiesa geografía de sus orejas? Estaba delirando. Delirando. Él seguía moviéndose dentro de ella, pero ella abría los ojos, estirando el cuello. La cosa que había visto se arqueó sobre el bote, encabritándose, diestra, muscular y húmeda —era imposible, aquello no podía ser—, había una cara en la parte superior de aquello, tenía ojos de serpiente, la sombra cayó sobre sus mejillas ruborizadas como una repentina e hiriente bofetada. No. Aquello no era posible. Cerrando de golpe los ojos, se agarró fuertemente a él..., como si en ello le fuera la vida.

MÚSICA ACUÁTICA (REPETICIÓN)

¿ERA 5 O 6 DE ABRIL? No estaba seguro. El clima había devenido una mortificación. Solo sol y más sol, y el inexorable discurrir del río, el caudal bajando largamente hacia la resurrección. Y sería una resurrección: de eso estaba seguro. Tenía que olvidarse de la desesperación, de todo lo inútil, de la desconfianza en sí mismo. Las cartas estaban sobre la mesa, y todas eran ases: el Níger había cambiado de dirección hacia el sur. Tal y como había esperado, rezando para que así fuera, tal y como Amadi había pronosticado. Ahora ya llevaban dos meses navegando hacia al sur, y era una inoculación de confianza. Se dirigían al sur. Hacia el océano Atlántico. Hacia la confirmación. Hacia la gloria.

Un simple recodo en el río bastó para obrar un milagro en el ánimo de todos. Ned Rise ya no crispaba las manos aferrándose a la caña del timón. Martyn había empezado a hablar y hasta a sonreír un poco, y M'Keal —aunque seguía un poco zumbado— daba señales de que se recuperaría. Y no era para menos. En cierta forma eran como prisioneros sentenciados a la pena capital que de pronto veían sus condenas conmutadas. Dos meses atrás, miraban frente a frente a la muerte; ahora estaban en la recta final. Lo único que tenían que hacer era resistir un poco más, y ¿quién sabe?, tal vez podría llevarles menos de un mes, incluso una semana; aguantar un poco más y disfrutar de una bienvenida de héroes en Londres, y quizá hasta recibir una pensión del Gobierno. Más pronto de lo que pudieran imaginar estarían bebiendo cerveza negra y ponche, embaucando a las chicas, comiendo hasta reventar, saciando el hambre en grandes ollas borbotantes, hartándose con las bolas de queso de Cheshire y atracándose entre arriscadas montañas de ostras. Oh, sí: ellos volverán a casa.

Por supuesto, aquello no sería coser y cantar alrededor de la fogata, ni había que verlo todo color de rosa. Incluso después de que el río empezara a arrastrarlos en dirección sur, habían vivido de susto en susto, una crisis tras otra. Cada dos por tres, aparecían tribus hostiles en ambas orillas —los juli, los ulotrichi, los songhai y los mahinga— y escuadrillas de canoas surgían inesperadamente, como balas, para

interceptarlos. Una mañana despertaron para ver un ejército de tuaregs —primos hermanos de los moros— mirándolos fijamente desde lo alto de un despeñadero. Debían de ser unos tres mil, montados en camellos, con las jubas de color añil tremolando al viento, largas barbas erizadas y espadas de dos filos centelleando al sol. En ningún momento se movieron. Ninguno. Como si estuvieran esculpidos en piedra. Y con todo eso, ¡cuán terrible resultaba esa silenciosa presencia, cuán nefasta, cuán insoportable!... ¿Qué estaban haciendo allí, qué querían? En otra ocasión, después de una escaramuza con una escuadrilla de canoas, dos negros furibundamente fanáticos consiguieron subir a bordo del *Joliba* en medio de la confusión, y ya estaban a punto de romperle la crisma al rubio explorador cuando Martyn dio media vuelta y los despachó con una ráfaga de sablazos. Durante varios días Mungo estuvo palpándose la cabeza por todos lados, tan suavemente como si amontonara huevos en una cesta.

Pero el acontecimiento más inquietante de la etapa meridional del viaje fue la deserción de Amadi Fatoumi. Según se acordó, Amadi quedaría liberado de cualquier obligación en cuanto llegaran a Yaour, en la tierra de Hausa. Allí le pagarían lo que le adeudaban de su salario en mosquetes, pólvora y mercaderías (la primera mitad la había recibido, en cauríes, en Sansanding), y en Hausa él trataría de alquilar los servicios del miembro de una tribu para que guiara a la expedición durante el resto del viaje. Muy bien. Ese era el trato. A nadie le gustó la idea —¿y si no lograban encontrar otro guía, y, además, cómo podrían desembarcar a Amadi en Yaour sin exponerse a ser atacados?—, pero tuvieron que apechugar con eso. Que desertaría, eso ya lo sabían, pero lo que los dejó pasmados fue la forma en que lo hizo.

Cuatro semanas atrás, una tarde, Amadi y sus esclavos se levantaron al unísono, escondieron sus huesos esculpidos, sus cauríes, las teteras y las pipas, y se dirigieron arrastrando los pies hasta la popa, donde Mungo conversaba con Ned Rise, recordando Bond Street y Drury Lane. Amadi habló en mandinga. Dentro de tres días estarían en Yaour, dijo, pero tendrían que echar el ancla esa noche porque había unos rápidos muy peligrosos un poco más abajo. Él les guiaría por los rápidos por la mañana, y ellos empezaría a hacer los preparativos para desembarcar en Yaour. ¿Podía, preguntó, mirar entre las cosas que el explorador le había prometido como pago?

Los esclavos observaban la cara de Mungo como si fuera comestible. El explorador no quería ni pensar en perder a Amadi, no quería hacerle frente a ese problema. Incluso pensó en faltar a su palabra, encañonar al guía con una pistola y obligarlo a seguir con él. Pero no, no podía hacer eso. Sus relaciones con los nativos —si es que tenía alguna— siempre se habían basado en la confianza mutua. Amadi había cumplido con su parte del pacto, Mungo se atendería a eso.

—Muy bien —dijo—, lamentamos verte partir, pero supongo que no hay nada que hacer.

Miró al guía esperanzado, pero la cara de Amadi era como una carta firmada,

sellada y ya enviada.

—Bien. No tengo inconveniente en que escojas ahora lo que quieras... Pero recuerda, cuando lleguemos a Yaour, prometiste encontrarnos un guía. ¿Vale?

Amadi hizo un gesto de aquiescencia, y luego, seguido por sus esclavos, se agachó debajo del toldo para registrar entre las cosas que habían sobrevivido al arrebato de cólera de M'Keal en Gotoijege. Durante un largo rato el explorador pudo oírlos hablando entre dientes sobre este o aquel objeto, lanzando silbidos de reverencial admiración, debatiendo en un bajo murmullo en un dialecto que no podía comprender. Al cabo de una hora, Mungo le ordenó a Ned que echara el ancla, y Amadi y sus hombres se retiraron al mismo lugar de siempre en la proa del barco. Cuando oscureció, los esclavos se acurrucaron debajo de sus jubas y se quedaron medio dormidos, pero Amadi seguía sentado allí, como un cadáver, escudriñando la orilla. El resplandor de su pipa era un faro en la noche que amenazaba.

Por la mañana, se había ido.

Mungo no podía creerlo. Despertó en medio de la niebla, entre el discurso de los pájaros y los ronquidos de M'Keal, y fue hasta la proa del barco para calentar el agua del té sobre el brasero que tenían allí. Pero algo iba mal. La proa de la embarcación estaba vacía, las acurrucadas formas negras tan habituales allí durante los últimos cuatro meses y medio que ya parecían formar parte del barco —nudos en la madera, anclas humanas, velas aferradas— habían desaparecido. Esfumados. Como si alguien hubiera pasado una goma de borrar por la esquina del retrato familiar. Aquello era inquietante. El explorador estaba en ascuas. Frenético, despertó a los hombres y apresuradamente hizo un inventario de las provisiones y pertrechos.

Tres cuartas partes de los mosquetes habían desaparecido. Y también los barriletes de pólvora, las balas, hasta el último retazo de velarte, todas las chucherías y bagatelas; prácticamente lo único que no se llevaron fue el clarinete que Ned había heredado de Scott. Martyn estaba enfurecido.

—Malditos aborígenes, negros hotentotes ladrones. Se fueron a nado con todo eso, ¿verdad?

Así lo habían hecho. Con o sin cocodrilos. Y ahora los hombres del *Joliba* estaban sin guía, sin nada que ofrecer en las operaciones de trueque, y virtualmente indefensos, con el arsenal reducido a la mitad y los efectivos diezmados. El panorama era bastante poco alentador, pero mucho menos prometedor sería cinco minutos después. Porque para entonces estaba previsto un ataque cuidadosamente orquestado, un ataque bajo el aspecto de caníbales manianas chasqueando sus afilados dientes y armas que se revelarían inservibles de resultas de un sabotaje (Amadi había mojado la pólvora de todos los mosquetes que no pudo llevarse y era casi seguro que se había confabulado con los manianas). Más tarde, recordando el incidente, Mungo se daría cuenta de que el guía debía de tenerlo todo planeado desde el principio, lo más probable era que estuviera en permanente contacto con los demonios necrófagos, para traicionarlos y entregarlos en manos de los antropófagos con la misma indiferencia

con que se venden cabras o pollos en una subasta. Amadi era un desalmado. Un malvado. Les había dado la puñalada traperera.

Por suerte, en cuanto sonó el primer aullido gastronómico entre los arbustos, Ned Rise tuvo la suficiente presencia de ánimo para cortar la cuerda del ancla, y el *Joliba* —con los mojados mosquetes y todo lo demás— bajó a la deriva por el río quedando fuera de peligro justo cuando los salvajes pintados de ocre saltaron de la maleza como un vendaval, empuñando sus espetones y sus cuchillos trinchantes.



ASÍ LAS COSAS, allí estaban —sin guía, sin cauríes, sin mercancías, sin ancla, harapientos y trucidados por las enfermedades, achicharrados por el sol y hambrientos, a merced de la corriente, con el nivel del agua bajando como un anticipo de la estación seca, con los bancos de arena lamiéndolos como lenguas, esquivando las gibosas rocas blancas que sobresalían del nauseabundo chapoteo del río como costillas descarnadas; soportando las picaduras de ácaros, moscas, garrapatas, chinches y mosquitos, en medio de un hedor a pescado muerto y a porquería que era tan rancio y agobiante que apenas podían respirar—, allí estaban, encantados de la vida, festejándolo, dirigiéndose al sur. Tal vez la traición de Amadi en cierto modo les vino bien, pensó el explorador mientras sostenía una cerilla sobre su pipa y contemplaba la fulgurante superficie del río. Sirvió para unirlos más que cualquier otra cosa: cuatro valientes británicos que no conocen la palabra «rendición» reunidos para hacer frente a un escurridizo mundo de negromoros, caníbales, traidores, negros lacayos y chaqueteros. Se habían enfrentado a todo eso. Lo habían conseguido. La traición de Amadi era la gota que no colmaba el vaso, ni siquiera se acercaba al borde. Ahora eran capaces de hacerlo todo sin ayuda de nadie, solo ahora lo sabía. Lluvias, enfermedades, guerra abierta, perfidia, la pérdida de amigos y hermanos y compañeros de armas, con el alma cayéndose a los pies ante la incertidumbre de que el río siguiera hacia el norte, adentrándose en el desierto; habían vivido todo eso. El resto no sería nada, era pan comido.

Fue entonces cuando la primera sombra pasó fugazmente por la cara del explorador, ciñendo la periferia de su conciencia, igual que un insecto flotando sobre un plato de pudín; una sombra todavía demasiado leve como para perturbarlo. Sus pensamientos habían saltado en una cadena de asociaciones que iba desde *dirigiéndose al sur*, pasando por *era pan comido*, hasta llegar a *Londres, la gloria, Selkirk y Ailie*, y ahora se rascaba meditativamente el tobillo, aferrado a este último y pequeño eslabón de oro imaginativo: Ailie. Se preguntaba cómo estaría, si estaría aburrida, enfadada, desilusionada. Tenía todo el derecho del mundo a sentirse decepcionada, él lo admitía. Ya habían pasado veinte meses, y solo Dios sabía cuánto más tendría que esperar. ¡Pobrecita! Podía imaginaria suspirando por él, rondando la

oficina de correos, leyendo y relejendo sus *Viajes* hasta desteñir las páginas con sus lágrimas. Muy bien, él la recompensaría. Lo haría. Ella podría irse a vivir con él a Londres mientras estuviera escribiendo el nuevo libro —dedicado a Zander, y a ella, por supuesto—, y la complacería en todos sus caprichos: un coche, joyas, vestidos, criados, microscopios... Fue entonces cuando la segunda, la tercera y la cuarta sombra pasaron volando por su cara y él levantó la vista reflexivamente para escudriñar el cielo.

Ned ya estaba mirándolos. Buitres. Ocho, diez, doce, y seguían llegando más. Desparramados como hojas, colgaban en el aire tranquilo, con las alas tiesas y mudas, deslizándose, oscilando, dando vueltas encima de la embarcación, muy alto, como uno de esos juguetes giratorios que cuelgan encima de las cunas. Era una asamblea, un sínodo de basureros. Alas negras, blancas pechugas, ojos como garras, los comunes buitres egipcios daban vueltas debajo de los grandes grifos reales, cuyas alas desplegadas tenían dos metros y medio de envergadura, y estos a su vez giraban debajo de los aún más grandes nubios que rozaban el techo del mundo como supervivientes de la era de los grandes reptiles. Y ahora, embistiéndolos como hacen las rémoras con los tiburones, cual hienas voladoras, había bandadas de cuervos y milanos y grandes marabúes atacando con picos como cuchillos de carnicero. En diez minutos el cielo se oscureció con todos esos pájaros, girando, silenciosos, docenas y docenas de ardientes y amarillos ojos absortos en el recalentado toldo y el escopleado casco del *Joliba*.

Ned estiró el cuello para observarlos. Y Martyn, más marcialmente erguido que nunca, aunque envuelto en harapos y acribillado por las picaduras de los insectos, había salido de su nido debajo del toldo, protegiéndose los ojos del sol, para contemplar solemnemente las negras formas flotantes, las rígidas alas y los potentes picos. Incluso M'Keal, apestando a borracho y aún medio enloquecido por la herida en la oreja, por el calor, por la fiebre, por la monotonía o por lo que fuera, estaba allí de pie, inmóvil, mirando al cielo, lelo como un patán en el circo. Las sombras se abatieron sobre ellos, eclipsándolos. Ned no las tenía todas consigo. Sea lo que fuere, aquello no podía significar nada bueno. Apretó los dientes y escupió en el río con una mueca de disgusto. Desde que salieron de Yaour las cosas habían mejorado. No había turbulencias en el agua, no veían a nadie, y el río, hasta donde él podía conjeturar a partir de sus observaciones del sol, la luna y las estrellas, estaba llevándolos directamente al sur. Era un crimen que aquella señal de mal agüero viniera a estropearlo todo. Una verdadera lástima.

Más o menos las últimas tres semanas habían sido agradables, sosegadas, y el curso del río se había estabilizado, como las pulsaciones de un seno materno, eterno, calmado, tranquilizador. De una manera un tanto perversa, Ned había empezado a desear que aquello no terminase nunca. ¿Londres? En definitiva, ¿qué era Londres para él? Un lugar donde se sentía acosado, maltratado, perseguido, condenado. Allí no tenía parientes, ni amigos, nada como no fueran enemigos: los Osprey, los

Mendoza, los Banks. La muerte de Billy, el recuerdo de Fanny. ¿De qué le servía Londres? Aunque los demás no hablaban de otra cosa, Ned había empezado a perder el interés en volver... ¿Para qué iba a hacerse ilusiones? Medallas, recompensas: ¡qué burla! Aquello sería la misma historia de siempre. Pena y dolor, pérdidas y privaciones. Una vez en Londres, ¿volvería a dirigirle la palabra el grande y poderoso Mungo Park, volvería a mirarlo cuando se cruzaran en una calle?

Sin hogar, sin padres, sin perspectivas ni esperanza, Ned ha empezado a ver ese desolado, fétido y agobiante continente bajo una nueva luz, como un lugar donde tan pronto todo podía empezar como terminar. Todo lo que había vivido en los dos últimos años, el calor, el hedor y las enfermedades, todo aquel sufrimiento y aquel exotismo, tenía que tener algún objetivo, alguna significación oculta, algún vínculo con su vida. Ha pensado que es muy probable que no regrese a Londres cuando lleguen a la costa. Se quedará allí trabajando como comerciante, o tal vez se tome un descanso y luego se abra paso regresando al interior del continente, explorando por su cuenta, buscando a toda costa su razón de vivir, aquello para lo cual había sido salvado...

Por supuesto, todo aquello no era más que una ilusión, algo que imaginaba, soñando despierto, místico y esquivo a la vez. Lo importante —lo esencial— era mantenerse con vida. No renunciaba a su puesto en la caña del timón, y tampoco dejaba de luchar con el explorador para conservar las riendas de su destino, aunque seguía siendo una batalla tan enmascarada y sutil como desde el principio, desde que sus caminos se cruzaron aquel día abrasador, en Gorée, ante una sepultura medio cubierta. No, no había hecho ninguna concesión y, no obstante, el resultado era que a estas alturas aquella pugna estaba casi muerta. Quizá fuera el sol, la febrícula, la paz de las últimas tres semanas, pero lo cierto era que las relaciones de Ned con su patrón y compañero de viaje se habían suavizado un poco. Ahora sabía que iba a sobrevivir, que lo peor ya había pasado, y que a lo sumo solo podía ponerlo en peligro la locura de aquel imbécil explorador; certidumbre que había limado las asperezas en sus relaciones con el gran héroe rubio. Además, de un tiempo a esta parte Mungo confiaba tanto en él, tal y como Ned había anhelado en Gorée, que se había convertido en su mano derecha —suplantando a Martyn, a Johnson, a Amadi y a los demás—, en alguien tan íntimo para el capitán como antes lo era su escuchimizado cuñado.

Habían hablado, de hombre a hombre. Habían hablado en las noches silenciosas, con la niebla alfombrando el agua, con cuarenta y un hombres muertos y la luna ecuatorial a sus espaldas como un peso inamovible. Mungo le abrió su corazón, le habló de su matrimonio, de sus hijos, del dolor de la separación, de sus ambiciones. Le estaba hablando de todo eso como si lo hiciera consigo mismo, durante horas y horas, cuando de sopetón, sin venir a cuento, le preguntó a Ned cómo había perdido los dedos y a qué se debía la cicatriz en su cuello. «Oye —le dijo—, eso se parece mucho a la rozadura de una cuerda». Ned, con el rostro despejado e inocente, sin

pestañear, le mintió:

—¿Lo de los dedos? Eso fue en una carnicería, cortando unos filetes. —Y luego, tocándose la cicatriz del cuello—: ¡Ah! ¿Esto? Esto no es nada. Me enganché la cabeza en una verja cuando era un niño. No tendría ni seis años. Tuvieron que ir a buscar al herrero para que separara los barrotes.

Vamos, que ganarse astutamente la confianza del explorador no constituía ninguna hazaña. El tío era fácil, un necio egocéntrico. Si Ned no se hubiera apoderado firmemente de las riendas, hacía ya mucho tiempo que todos estarían muertos. Sin embargo, no le guardaba rencor al hombre. De hecho, en cierta forma lo admiraba, pues tenía su propio rumbo; al menos estaba obsesionado con algo. ¿Podía decir Ned otro tanto de sí mismo? Mungo Park podía ser un engreído, un loco ambicioso, un egoísta, un ciego, un inepto, un vanidoso, pero por lo menos tenía una meta en la vida, una razón de vivir. Y este era el grano de verdad que Ned había extraído de la suma de experiencias vividas durante las tres últimas semanas de navegación a pleno sol: tenía que haber una razón, un principio organizativo, en la vida de los hombres. Para M'Keal era emborracharse, para Martyn eran las armas y el derramamiento de sangre, para Park era arriesgar su estúpido pellejo con el fin de dilatar los mapas y dejar su nombre inscrito en los libros de historia. ¿Y para él, para Ned Rise? No bastaba simplemente con sobrevivir. Un perro puede sobrevivir, una pulga. Tenía que haber algo más.

Pero aquellos pajarracos ensombrecían la imagen complicando las cosas. Súbitamente sonó un disparo a su espalda, y se volvió sobresaltado. Era Martyn, casi encima de él, con un mosquete humeando mientras enarbolaba un puño al cielo. Casi al instante un buitre cayó en la embarcación. Atolondrado, sangrando. Herido en el ala, el pájaro se arrastró con dificultad y levantó el reluciente pico en un siseo de protesta. El teniente estaba riéndose. Se acercó, alzando la culata del arma igual que el hacha de un verdugo mientras M'Keal aplaudía. El pájaro saltó un par de veces, igual que un gallo evadiendo una carreta, y entonces Martyn lo aplastó de un culatazo. Los huesos crujieron, las garras rastrillaron el suelo, y Martyn volvió a golpearlo. Hubo un momento de silencio, el pájaro dejó de moverse, y entonces M'Keal desplumó el cadáver, confeccionó un abanico de plumas, sangre y excremento y se lo pegó en la barbilla.

—¡Miren —cacareó—, miren! ¡Me han salido plumas!

Nadie estaba mirándole. De pronto, algo mucho más poderoso que una multitud de aves carroñeras había captado la atención de todos. Un rugido distante, gemebundo, el ruido de aguas bravas despeñándose entre rocas, el sonido de un rompiente, olas, espuma, una marea de botellas vacías de naufragos. Los rápidos. Mungo se agachó para consultar el tosco mapa que Amadi había grabado en la bruñida madera del casco, luego miró a Ned con una expresión de desamparo, el semblante de un prisionero encadenado que ha caído en manos de sus enemigos. Con un hilo de voz, apenas audible debido al estruendo cada vez más cercano, susurró una

sola palabra: «Bussa».

EL ESTRUENDO SE ACERCABA más y más, rodeándolos por todas partes, retumbando con una sorda y profunda resonancia gutural, estallando con súbitos y sobrecogedores estampidos y truenos, como si hubieran desembocado en una batalla naval. En cuestión de minutos la superficie del río empezó a inclinarse velozmente hacia abajo, como si alargara el cuello, ahusándose, mientras las altas paredes a ambas orillas de pronto se volvieron oblicuas, sesgadas, torciéndose en un ángulo demencial. A proa el caudal de agua se agitaba embravecido, con hileras de escollos moviéndose debajo de la superficie como huesos bajo la piel. A todas estas, casi imperceptiblemente, otro sonido aún más impetuoso empezó a aflorar en medio del estruendo, una succión, como si algún insondable volumen de agua —un lago, un océano— estuviera escurriéndose por un sumidero.

No tenían tiempo para eludir aquello. No podían ni pensar en arrimarse a la orilla, no tenían ninguna posibilidad de retroceder. Lo único que podían hacer era amarrar todo lo que se moviera —armas, barriles de pólvora, comestibles— y surcar el plano inclinado. Mientras tanto, el río se encrespaba por segundos, desgarrándolos en todas direcciones, estremeciendo la embarcación como una ramita, arrastrándola hacia atrás como si estuviera petrificada. Ned forcejeó con la caña timoneando a derecha e izquierda, era imposible ver más allá de la proa, la caña era un palo flojo, casi inservible, en sus manos. Mungo daba carreras de aquí para allá, asegurando barriles en la regala, hablando solo, gritando órdenes que nadie escuchaba. Martyn, el duro e inquebrantable veinteañero, el derramador de sangre, miraba a todas partes aterrorizado, y M'Keal —bufón, borracho y orate— dejó caer las plumas del pájaro muerto optando por atarse a sí mismo a un puntal del toldo. En lo alto, fuera de peligro, plácidos y pacientes, los buitres se cernían como un enjambre de monstruosos mosquitos, como arpías, acechándolos.

—¡A los remos! —gritó Mungo—. ¡A los remos!

Nadie le hacía caso, las paredes de ambas orillas crecían más y más alejándose en el cielo, el Níger se encabritaba y corcoveaba igual que un caballo enfurecido. Los hombres del *Joliba* se agarraron fuertemente a cualquier cosa, la espuma volaba por encima de sus cabezas, la incesante barahúnda del agua chocando en las rocas casi amenazaba con tragárselos, el río avanzaba vertiginosamente, mientras tocones y cascajos arañaban como garfios el fondo de la embarcación. Y entonces —en una rápida sucesión de imágenes borrosas— las paredes de arcilla entre las que navegaban se transformaron en escarpados frontones de piedra cuya superficie acribillada de acné geológico presentaba la aspereza del papel de lija, mientras que por debajo era suave como la mítica montaña de cristal. La canoa pasó rozando un solitario peñasco, grande como un atolón, y luego empezó a dar bandazos alrededor de un par de pilares de roca erosionada, y de pronto, frente a ellos, ¿qué era aquello?

En medio de la confusión, con la luz refractándose, el estruendo, la espuma y la neblina, aquello podía ser cualquier cosa, desde una serie de rápidos hasta una réplica del Niágara.

—¡Agárrense bien! —gritó alguien, y todos apretaron los dientes, preparándose para dar un triple salto y volar a la eternidad.

Pero una vez más el Níger los sorprendió: el bramido no procedía de un salto de agua ni de los rápidos. Frente a ellos, a unos seiscientos metros, el río parecía detenerse en seco, cortado por una monolítica pared de piedra que se extendía en el horizonte igual que un gigante desplomado. Las orillas se ensancharon, la velocidad de la corriente disminuyó un poco, y entonces vieron el pasadizo, un único conducto abierto en el centro de la pared, como una boca. El explorador se quedó pasmado ante aquella visión... La corriente los arrastraría hacia allí como ratas en una cloaca, estrellándolos contra las rocas, ahogándolos.

Pero no, espera un momento... ¡Aquel túnel debía de tener treinta pies de alto, cuarenta! Súbitamente una apasionante ráfaga de alegría se apoderó de él: ¡estamos a salvo, a salvo una vez más!

—¡Mira! —gritó volviéndose rápidamente a Ned—. Es tan grande como los portalones del Puente de Londres. ¡Pasaremos por ahí sin problema!

Sí, claro que sí. ¿Acaso no era la luz del día lo que se veía al otro lado del túnel?

Sí, era eso. Y, de hecho, el arco abovedado de la galería, desgastado por los siglos, era lo bastante elevado para dejar pasar al *Joliba* —incluso a un barco el doble de alto, si vamos a eso—. Pero había allí otro factor, un elemento crucial y quizá decisivo que el explorador aún no había tenido tiempo de tomar en consideración. Y era lo siguiente: lo que a aquella distancia parecía ser una exótica vegetación ensombreciendo la pared rocosa —tal vez una tupida espesura, acaso una especie de sarro erizándose a lo largo del espinazo de alguna bestia mesozoica, con coágulos de algas a modo de piel— en realidad era algo totalmente distinto, algo animado, inteligente, hostil.

—¡Un momento! —Martyn estaba ahora en la proa, entrecerrando los ojos, escudriñando el monolito que se acercaba de frente, como un vigía en un nido de cuervos—. ¡Miren eso..., esa gente en aquellas rocas!

Gente. En efecto. Mungo miró, M'Keal miró y Ned —sintiendo que se le caía el alma a los pies: nueva vida, proyectos, ¡bah!, es otra vez la ley de Rise—, Ned miró. A medida que el río los arrastraba rápidamente, todo se tornaba más claro, claro como un veredicto de culpabilidad o una condena a muerte. Un ejército se desplegaba a lo largo del acantilado —tan compacto en ciertos lugares que los guerreros parecían coagularse en sólidas masas negras como grumos de alquitrán—, un ejército grande como el del zar, grande como el de Napoleón, interminable, como si todos los vecinos del barrio de Holborn hubieran salido a la calle con las caras tiznadas y armados con lanzas, arcos, flechas y cuchillos. Desde el principio los africanos sabían que aquel momento llegaría inevitablemente, por eso habían soportado todas sus

frustraciones, haciendo de tripas corazón, tragándose su orgullo herido con la firme convicción de que al final tendrían su revancha.

Jaque mate.

El río seguía arrastrándolos, incontenible. Los remos eran inútiles, habían perdido el ancla. Infaliblemente, del mismo modo que la gravitación universal hace girar los planetas alrededor del sol, la corriente los llevaría hasta aquella sombría boca de piedra que estaba allí enfrente, atraídos —como limaduras hacia un imán— hasta las lanzas de sus enemigos, fatal apetito. El explorador podía verlos ahora con total claridad —el ejército de los tuaregs que los había acechado desde lo alto del despeñadero, los hombres de la tribu de Hausa con sus jubas y turbantes, un contingente de manianas, ocres brazos y dientes afilados—. Allí estaban los soorka y los innominados salvajes de Gotoijege, afanosos de vengar a su rey. Cada prerrogativa ignorada, cada desaire, cada herida infligida y cada gota de sangre derramada se había vuelto contra ellos como un fantasma para acosarlos. Aquel era un día preñado de ironías. Incluso ahora, mientras contemplaba su propia muerte como si asistiera a la representación de un drama en un teatro, Mungo podía verla marca blanquecina dejada por el agua en un nivel más alto en un segundo pasadizo que nítidamente seguía la línea del acantilado más hacia delante, ancho y sin escollos y seco como un hueso: solo navegable durante la temporada monzónica.

De ensueño, ese momento antes de la muerte. Fama, gloria, esposa, familia, ambición... eran igualmente irrelevantes. Él era un gran gamo cornudo entre las garras de un predador, anonadado más allá del dolor, con las tripas derramándose en la hierba, los ojos vidriosos, el crujido y el babeo de su masticación como endechas. Miró alrededor, desinteresado, con aire ausente. Martyn estaba haciéndose ilusiones con las armas, Rise rígidamente aferrado a la inservible caña del timón, M'Keal santiguándose. Noventa metros, el agua hervía chupándolos. ¿Qué podía hacer? ¿Matar de un tiro a uno entre mil? ¿Segar otra vida? No. Lo mejor era seguir allí sentado, esperar hasta llegar al bosque de lanzas, los dentados escollos, las calderas de burbujeante aceite.

Pero entonces algo le hizo pegar un salto poniéndose de pie, algo parecido a la cólera, una furia imponente alimentada con adrenalina y odio: en medio de aquel tropel, a través de la selva de armas, brazos, piernas y torsos que forcejeaban para ocupar las primeras posiciones, Mungo acababa de reconocer un rostro aislado, una única cara. La cara del hombre que más detestaba en todo el insondable universo, odiándola con una saña rayana en la pureza, con un absoluto, implacable y despiadado aborrecimiento, el hombre que lo había frustrado, dificultando su camino como un sosia del diablo, irracional, frío y letal; el hombre al que, de haber podido, hubiera estrangulado en la cuna: Dassoud. Dos silbantes sílabas que se atragantaban en su garganta, abofeteándole el rostro, y de golpe Mungo empezó a dar tumbos con los bandazos de la embarcación mientras metía la mano entre los jirones de su camisa de vivos colores, buscando el liso marfil de las cachas de su arma secreta, su último

recurso, la reluciente pistola chapada en plata que Johnson había insistido en darle con una bendición de despedida.

La había conservado, llevándola siempre consigo, a lo largo de todos aquellos meses. El tesoro escondido en secreto, enfundada en lo profundo del cinturón de su harapiento taparrabos, oculta en los pliegues de la absurda camisa estampada con barras cruzadas que se hizo con los colgajos de la bandera de Inglaterra. Si sobrevenía lo peor, si el río se evaporaba bajo sus pies o si caía en manos de los moros, había planeado usarla para matarse. Una bala, solamente una. En el cielo de la boca, o en el blando pabellón de la oreja. Pero ahora, como caída del cielo, veía con qué finalidad había sido fabricada aquella bala, comprendía por qué la habían excavado de las entrañas de la tierra, derritiéndola, fundiéndola y templándola, comprendía por qué Johnson —sal de la tierra— lo había obligado a aceptar aquella pistola. Dentro de tres minutos él estaría muerto. Y Dassoud también.

Setenta y ocho metros. Cuarenta y cinco. Ahora la chusma gritaba, rosadas bocas se abrían como heridas en las oscuras y crasas caras. Diez mil pares de pulmones, plañideros, en un bramido que por una fracción de segundo superó el sobrenatural estruendo del río para disminuir casi inmediatamente convertido en una muda gesticulación.

Dassoud estaba allí, esperando. No encima del arco como los demás, sino apostado en un saliente de roca a flor de agua, en primera fila, lo que lo convertía en el hombre que estaba más cerca del embalado *Joliba*. Tenía un cuchillo en la boca, aferrado entre los dientes, y apuntaba con un mosquete. El *tagilmust* colgaba debajo de su mentón, como si adrede expusiera el rostro, dando la cara con una tensa sonrisa de victoria, los ojos como una conflagración. Había quemado sus naves. Había renunciado a todo por este momento, a lo más escogido de su caballería, a su hegemonía sobre las tribus del desierto, al blando y fecundo chapoteo de la carne de Fátima. Durante cuatro meses y medio —desde que fracasó en Sansanding— había estado viajando, obsesivamente, perdiendo varios caballos a fuerza de tanto galopar, con la cara llena de ampollas y la garganta reseca, para llegar a este lugar. Irrumpiendo en las tierras de los cafres, matando extrañas cosas parloteantes y chupando carne cruda mientras cabalgaba —sin tiempo para detenerse—, inflamando a los jefes de las tribus con sus noticias de los hombres blancos, del mzzareno, despertándose, comiendo, respirando cada día, todo eso lo había hecho para que llegara este momento, para llegar a este lugar, a Bussa.

Veintitrés metros. Martyn abrió fuego sobre el mar de rostros, las lanzas vibraron como un bosque en movimiento, M'Keal se cayó, los peñascos se inclinaron hacia atrás. Mungo metió la mano entre los harapos de la camisa, sacó la pistola en un fluido destello de luz, el arma centelleó como una espada mágica sacada de la roca. Apuntó a la cara de Dassoud, ambos extendían los brazos, con seguridad y firmeza, pero la canoa dio un bandazo, dificultando la puntería, ahora estaban más cerca de la corriente arremolinada, del rugido... Una piedra rozó su mejilla, las lanzas cayeron

sembránclose en la cubierta del *Joliba*... En algún lugar, a su espalda, Martyn gritó por encima del estruendo, agonizando...

En la popa, atónito, sin dar crédito a sus ojos, Ned Rise evaluaba frenéticamente las alternativas: podía saltar y arriesgarse a nadar o esperar para batirse hasta la muerte, aplastado como un insecto. Respirando profundamente, con el rostro demudado, se agarró a la caña del timón por puro hábito, posponiendo el momento, sin dejar de mirar el amasijo de caras negras y viendo al verdugo otra vez. ¡Salta! Se gritó a sí mismo. ¡Salta! Pero no podía, las aguas se encrespaban como los dientes de una sierra, desbastando las rocas con furioso fragor... Y entonces cayeron la primeras flechas en el barco, clavándose una y otra vez en el cuerpo de M'Keal, cuya boca abierta en un mudo chillido expulsó la sangre como una sorpresa... Y Ned seguía allí. Las fracciones de segundo hacían tictac, tictac, el *Joliba* subía y bajaba dando tumbos: Ned Rise, exclarinetista, malhechor, ahorcado y explorador africano, era hombre muerto. Estaba febril, aterrorizado, en la boca del lobo, con todos los músculos crispados. Y entonces vio a Mungo en la proa. Mungo sacando algo de la camisa bajo una lluvia de lanzas, Hechas y piedras. Una cosa de morro alargado, delgado, un cañón de plata, una cosa salida de una remota pesadilla: una pistola de duelo. Una llave de percusión hizo click en su memoria. Barrenboyne. Johnson. Su vida desperdiciada. Y entonces, en un relámpago, se levantó precipitándose impetuosamente hacia la proa, esquivando lanzas y flechas, abriéndose paso, absolutamente enloquecido.

Trece metros. La embarcación se sumergió por proa violentamente y luego emergió por completo, quedando suspendida en el vértigo de unos tenaces segundos, y ya Mungo tenía a tiro a Dassoud, cuya cara era una diana fácil, grande como la rueda de un carro, pero cuando iba a disparar, súbitamente alguien detiene su mano, y le arrebatan la pistola de un tirón. Ned Rise estaba allí, empapado, desquiciado, rasguñado por las lanzas, agarrando la pistola como si aquel objeto fuera la clave del universo, el Santo Grial, el *deus ex machina* capaz de hacerlo levitar en un periquete, sacándolo del maldito barco, elevándolo por los aires, salvándolo por los pelos.

—¡Dámela! —chilló Mungo por encima del furioso bramido del río, frenético, sintiendo que le quedaba una fracción de segundo.

Cogió la pistola, Ned forcejeando para recuperarla, la embarcación girando hacia la boca del túnel, el mundo derrumbándose a su alrededor... «¡Barrenboyne!», aulló Ned, como si fuera un grito de guerra, el rostro descompuesto, el pelo mojado cayéndole sobre la cara. Nueve metros, cuatro metros y medio, todas las esperanzas del explorador cifradas en un cañón plateado, en un fragmento de plomo; «¡Dámela!».

—¡Mal bicho! —gritó Ned—. ¡Una broma pesada, esto es una broma pesada!

—¡Eeeeeeeh! —graznaban los buitres, volando bajo—. ¡Eeeeeehheeeeh!

—¿Qué dices? —gritó el explorador, desgañitándose ahora que un húmedo y sombrío viento salía del túnel aullando con entrecortados sollozos—. ¿Qué?

Y entonces cayeron por la cascada.

Fue como saltar para caer en los dientes de un huracán, danzando en una avalancha. Al instante quedaron sepultados bajo el alud de incontables toneladas de agua, tan estruendoso y poderoso que hasta las rocas temblaban. El disparo de Dassoud no acertó el blanco, el *Joliba* se fue a pique haciéndose astillas en los rocosos estribos del túnel abovedado, Martyn y M'Keal, ya cadáveres, saltaron fugazmente en el aire y luego fueron chupados como si nunca hubieran existido.

Arriba, entre las rocas, diez mil bocas soltaron un jubiloso alarido de victoria. Descalzos, desnudos, con las caras jaspeadas de pintura y desfiguradas por las cicatrices rituales, los negros de las diversas tribus se abrazaban, besando a sus enemigos jurados, danzando en corro, cogiéndose por los brazos. Los gritos resonaron, una y otra vez, alrededor de las hogueras que ardieron hasta altas horas de la noche.

Y el Níger, el Níger siguió fluyendo, dejando atrás el alboroto de Bussa, discurriendo por Baro y Lokoja, al pie de onduladas colinas y llanuras sin árboles, acariciando y tamborileando las orillas como dedos de agua en un teclado, haciendo vibrar los juncos con una música extraña e inverosímil, corriendo a lo largo de su recorrido hasta el mar.

Coda

ALGUNOS RUMORES INQUIETANTES empezaron a llegar a la costa a finales de 1806. Rumores que hablaban del fallecimiento de Mungo Park y del descalabro de su expedición. En enero de 1807 llegaron a Inglaterra, y poco después —cual microbios llevados por el viento— empezaron a diseminarse por Escocia. Ailie hizo frente a esos rumores —a cada descabellada noticia— y se negó a creerlos. ¿Mungo muerto? Eso era imposible. Un error, eso era todo, el resultado de prestarle la menor atención al irresponsable farfullar de aquellos negros salvajes, aquellos abominables e insignificantes Seedys con sus caras tatuadas y los dientes cariados: ¿qué sabrían ellos del coraje y la resistencia de su esposo? Después de todo, la primera vez estuvo casi tres años, y nadie —ni siquiera su padre, ni tampoco Zander— creía que hubiera sobrevivido. No. Aquellos rumores carecían de fundamento, eran absurdos.

Pero cuando 1807 dio paso a 1808 sin que ella tuviera ninguna noticia concluyente de su esposo ni de su hermano, empezó a anhelar los rumores, rumores que podían reforzar lo que tan apasionadamente creía: que de alguna manera Mungo andaba por ahí, en algún lugar. En 1810 el Ministerio de Colonias estableció contacto con el guía Isaaco a través del teniente coronel Maxwell, gobernador de Senegal, y le encargaron que averiguara las circunstancias que rodeaban la desaparición del explorador. Veinte meses después el envejecido mandinga emergió de la selva con un documento escrito en árabe: el diario de Amadi Fatoumi. Al hombre blanco, escribía Patoumi, lo habían matado en Bussa, aunque él hizo cuanto pudo para impedirlo. Mungo Park estaba muerto. Se había ahogado cuando el *Joliba* zozobró en los rápidos durante un ataque de los nativos.

Ailie rechazó ese documento. Eso era mentira. Mungo estaba vivo —por supuesto que lo estaba— y Zander también. Su padre trató de hacerla entrar en razón:

—Es muy triste, pero tienes que aceptarlo, muchacha. Te has quedado viuda, y aunque me duela decirlo, también te has quedado sin hermano.

Sus palabras no tuvieron efecto. Ella había oído todo eso antes, quince años atrás, cuando todos lloraban en las cervecerías al «osado joven escocés devorado por las sombras del Continente Negro», cuando amigos y parientes acudían a darle palmaditas en la espalda y su propio padre trataba de obligarla a contraer un matrimonio que ella no deseaba. Y ahora era otra vez lo mismo. Cada nuevo rumor que ellos traían a su puerta los convertía en cuervos. Betty Deatcher con los ojos arrasados en lágrimas, el reverendo MacNibbit poniendo cara de lápida sepulcral. «Pobrecita», decían, mirándola vehementemente, observándola con una especie de anhelo en los ojos. «¿Hay algo que podamos hacer?».

Georgie Gleg le escribió desde Edimburgo poco después de que el diario de

Amadi Fatoumi se diera a conocer. La carta era larga y exhaustiva —unas treinta hojas de exquisita caligrafía con márgenes minuciosamente rayados—, ofreciéndole consuelo, esperanza, dinero, un hombro donde llorar, una proposición de matrimonio. Nunca la contestó. En vez de eso, reunió todos los recuerdos de la primera expedición de Mungo —el estropeado sombrero de copa, la ventruda estatuilla de ébano de proporciones distorsionadas, las tres ediciones de sus *Viajes*— y erigió una especie de santuario en la esquina de la antesala. Colocó cinco sillas alrededor de la exposición, donde pasaba largas horas cambiando de asiento, por turnos, con los niños a los pies, siempre leyendo en voz alta los *Viajes* o las cartas de Mungo, o bien se quedaba allí, pensando en las musarañas, esperanzada, rezando, esperando a que llegara el siguiente rumor.

Oh, sí, por supuesto que circularon nuevos rumores. Seis años después del hecho y más de ocho meses después de que el Ministerio de Colonias cerrara oficialmente el caso, seguían llegando rumores. Incontenibles, arrastrados por una misteriosa fuerza, los rumores recorrieron un tortuoso camino hasta sus oídos. Desde el golfo de Benín hasta las Antillas y Carolina, desde Badagri hasta las islas Canarias y Lisboa, Gravesend, Londres y Edimburgo, pasando de los labios de los salvajes a los de los negreros, de la boca de los negreros a los oídos de los diplomáticos y al hombre de la calle, los rumores persistían: hombres blancos seguían vivos en el interior de África.

De hecho, aunque ningún europeo lo sabría jamás, había un grano de verdad en esos informes. Si en algo eran erróneos, se trataba de un error de grado, pero no de esencia: no eran *hombres* blancos los que estaban vivos en lo profundo de África, sino *un solo hombre blanco*. Un superviviente. Un perfecto desconocido, en cierto modo un paria, un hombre que había nacido para la pobreza y experimentado el milagro de la resurrección.

UNAS TREINTA Y SEIS HORAS DESPUÉS del desastre de Bussa, Ned Rise abrió los ojos en el nirvana por tercera vez en su vida. Pero esta vez el paraíso no era ni un húmedo y malsano barrio de chabolas con hedor a pescado a orillas del Támesis ni un anfiteatro anatómico cerca de Newgate Street..., sino un lugar muy luminoso que lo deslumbró con toda la intensidad del sol tropical. Lo último que recordaba era la siniestra faz de su propia muerte mirándolo lascivamente, la pared de roca avanzando hacia él vertiginosamente, la multitud aullando sedienta de sangre, el forcejeo con Park...

¿Y ahora qué? Estaba desorientado. Sentía fuego en cada articulación, como si tuviera astilladas las rótulas, y un profundo e intransigente dolor apuñalándole la rabadilla. De haber tenido suficiente fuerza de voluntad para incorporarse y examinarse, se habría descubierto tan desnudo y desenfadado como el día en que lo trajeron al mundo: el sombrero de paja y los harapos yacían en el cieno del lecho del río. Pero no podía moverse. Se limitaba a permanecer allí tumbado, inerte, con el sol esparciéndose sobre su espalda como una manta caliente.

La visión, antes borrosa, empezó a aclararse. Sus sienes palpitaban. Yacía en un montículo de cascajos —hojas, ramas, leños y huesos—, entre las formas caprichosas de variados tonos pastel de los peñascos pulidos por el agua, peñas desparramadas por el paisaje como huevos de monstruos antediluvianos. Tórrido e inmóvil, el aire parecía el aliento de un dragón dormido. No se oía nada, nada se movía, y de repente —violento contraste— todo estalló con un cruel estrépito, un impetuoso batir de alas. Ned miró hacia arriba enfrentándose a la aviesa mirada de un ave carroñera, un buitre extendiendo las garras, desplegando las alas como un dosel. Atrevido, combativo, el abominable saqueador de tumbas siseó dando un cauteloso paso hacia él. «¡Y dale, ya empezamos otra vez!», pensó Ned.

Pero entonces el pájaro dio un salto hacia atrás, girando la cabeza alarmado, y se alejó dando tumbos hasta salir de su campo visual. Algo le había asustado. ¿Una hiena? ¿Un león? ¿Un maniana? Ned apenas tenía presencia de ánimo para preocuparse. Miró fijamente la pulida superficie rocosa que estaba frente a él, un chorrito de agua le lavaba las piernas salpicándole las ingles, escuchó el eco de un estruendo de alas en el silencio. Y de pronto oyó otro sonido, entrecortado y melódico, no era el simple canto de un pájaro, tampoco una ilusión acústica creada por ramas frotándose al viento ni miméticos arroyos —aquello era música, el sonido de la civilización, de la humanidad—. ¿Estaría muerto después de todo? ¿Sería aquello la vida eterna —el purgatorio—, ese lugar fétido y humeante situado en el más allá, donde demonios y ángeles rivalizan disputándose las almas de los que mueren? Cerró los ojos. Tal vez durmió.

La música siguió sonando; parecían flautas, tres o cuatro, melodías entrelazándose como enredaderas. Estaba adormeciéndose, se sentía cómodo. Cuando se incorporó, el sol rozaba el horizonte y solamente las cumbres convexas de los peñascos estaban iluminadas, inundadas de un rosáceo fulgor, como si cada uno fuera un cascarón rompiéndose, a punto de eclosionar. De repente la música cesó. Ned miró alrededor: no había indicios de los rápidos de Bussa, ni de músicos, ni señales de vida. Solo había suaves peñas, rodando hacia el horizonte como melones o pelotas de playa o grandes cabezas calvas, y el río a su espalda. ¿Habría imaginado las flautas?

A duras penas, sintiendo un dolor como de clavos perforándole las manos y los pies, se irguió, y casi inmediatamente se desplomó tropezando con la peña más cercana. Estaba magullado, desgarrado, estropeado, con los huesos molidos. Tenía rosados cardenales en las clavículas, y tantos rasponazos de diversas tonalidades jaspeaban sus piernas, nalgas y costillas que parecía un payaso con un disfraz multicolor. Había recibido una paliza de muerte. Pero estaba vivo y coleando, y por lo visto no tenía nada roto. Casi como una ocurrencia tardía, se dio cuenta de que tenía hambre.

Entonces —inequívocamente— algo se movió. Por allí, en la confusión de la peñas. Y luego oyó un ruido como de gente dándose empujones con los codos, rozándose con los hombros.

—¿Quién vive? —gritó Ned.

Nada. Lo intentó de nuevo: en mandinga, en soorka y en árabe. Un silencio prolongado, y luego, a manera de respuesta, la música volvió a sonar. Más listo que el hambre, Ned se recostó contra una peña y trató de mostrarse agradecido. Al cabo de un rato, empezó a dar palmadas marcando el ritmo junto con los ocultos músicos, mientras en algún lugar a mano izquierda, empezó a oír la percusión de un tambor, regular y vibrante, como los latidos del corazón.

Tímidos, nerviosos como ciervos, empezaron a mostrarse entre las peñas. Una cabeza aquí, un torso allá: jugando al escondite. Poco a poco se volvieron más audaces, y Ned vio que el peñascal estaba lleno de unos individuos muy pequeños, no más grandes que niños, ahora al descubierto, todos de pie y mirándole fijamente desde sus placidos ojos castaños oscuros. Completamente desnudos, sus miembros eran manojos de fibras, sus panzas abultadas como barrigas de niños en forma de pucheros. Y no eran negros —no exactamente—, sino más bien del color de bellotas o avellanas.

Ned esperaba. Ahora podía contar dieciocho, incluyendo a un par de niños. Los músicos —cuatro homúnculos canosos de anchos pies— seguían soplando sus caramillos, mientras los parches del oculto tambor seguían sonando. Toda la banda se contoneaba al son de la música, y Ned, a pesar de las persistentes punzadas en el codo, seguía dando palmadas. Fue entonces cuando uno de los hombres se separó de los demás y empezó a acercarse, arrastrando los pies en el barro, moviendo la cabeza y los hombros al compás de la música. Llevaba en bandolera un pequeño arco —parecía un juguete— y de su hombro colgaba un carcaj. Los pezones eran oscuros rosetones, llenos de cicatrices de algún remoto accidente —¿un incendio?, ¿una guerra?, ¿ritos iniciáticos?—, sus clavículas y costillas sobresalían, el vello del pubis era una maraña de alambre blanco donde colgaba el arrugado pene gris como un emblema. Una aureola de encanecido pelo se desparramaba en abanico alrededor de su cabeza, y su apergaminada boca mostraba unas encías desdentadas: podía ser el primer hombre en la tierra, el padre de todos nosotros. Ned estudió su rostro, tratando de elegir la reacción más apropiada, pero el patriarca permanecía inexpresivo.

De pronto empezaron a cantar, todos a una, unos extraños y agudos gimoteos salpicados con chasquidos de lengua y gruñidos. Por primera vez Ned empezó a sentir aprensión —después de todo, quizá no fueran tan inofensivos como parecían—. Y entonces lo vio. Algo brillante en la mano del viejo: ¿un cuchillo?, ¿una pistola? ¿Para eso había sido salvado? Pero entonces, súbitamente, supo qué era aquel objeto refulgente que absorbía la luz, supo por qué se lo ofrecían, supo lo que tenía que hacer y cómo sobreviviría. De golpe y porrazo pudo ver su futuro. Ya no era un paria, ni un criminal, ni un huérfano... Era un mesías.

El anciano le entregó el clarinete. Todavía húmedo, no estaba empapado, ni sus agujeros atascados, y las llaves se conservaban intactas. El tambor sonaba al son de

las flautas. Ned se llevó el instrumento a los labios —ahora sonreían, rodeándolo como niños precoces—, se lo llevó a los labios y tocó.

LOS AÑOS FUERON CAYENDO como las pieles de una cebolla, capa tras capa. Caído en desgracia, *Beau Brummell* huyó a Calais. De Quincey comía opio. Sir Joseph Banks y Jorge III habían pasado a mejor vida. Hubo disturbios en Manchester, en Portugal y en Grecia. Beethoven se quedó sordo; Napoleón cayó, volvió a subir al poder, y de nuevo cayó; de resultas de la crisis económica de 1826, sir Walter Scott se arruinó. Los sombreros emplumados volvieron a ponerse de moda y el faralá causaba sensación. El Níger seguía siendo un misterio.

Guerra, paz, Habsburgo, Hannover, corpiños escotados y blusas de algodón, la caída de un imperio, la restauración de una dinastía, Metterniche, Byron, Beethoven, Keats; nada de eso le interesaba a Ailie. Muy bien podía estar viviendo en otro mundo. Desde el momento en que sucumbió a Georgie Gleg y tuvo su horrible visión en el corazón del lago Ness, era otra mujer. La visión —¿realmente había sido una visión?— fue como una advertencia, una reprobación. Había ido demasiado lejos. Envidiosa y amargada, rebelándose contra la terrible vacuidad de una vida siempre en la retaguardia, le había vuelto la espalda a Mungo cuando él más la necesitaba. Era una adúltera, una apóstata, una pecadora.

Pasaría el resto de su vida consagrada a compensar ese agravio. Cuando llegó a su casa de Selkirk, montó el santuario en la antesala y reunió allí a los niños para inculcarles la leyenda de un padre que apenas llegaron a conocer. «Es un héroe —les decía—, uno de los hombres más grandes que ha dado Escocia, que se enfrenta al peligro como quien se sienta a desayunar». «¿Dónde está?», le preguntaban. «En África», les respondía. «¿Cuándo volverá a casa?». «Pronto», decía ella.

Ésa era su penitencia. El santuario, la leyenda, la carga de criar sola a los niños. Desde Edimburgo le llegaban regalos: peinetas, vestidos, perfumes, juguetes para los niños. Ella los devolvía sin usar. Gleg enviaba carta tras carta. Ella nunca las contestaba. Y cuando él apareció en su puerta, con el rostro estigmatizado por el pesar y la angustia, la sirvienta no le dejó pasar. «¿Qué he hecho yo para merecer esto?», gritó asomándose a las ventanas una y otra vez. «¿Qué he hecho?», gritó hasta que el padre de Ailie le amenazó con llamar a la policía.

Los niños crecieron. Su padre muerto. Ella pasaba horas enteras en la ventana, mirando las colinas, esperando, esperanzada. Y cuando se sintió más ensombrecida, cuando supo en lo más hondo de su corazón que nunca volvería a ver a Mungo ni a Zander, un nuevo rumor empezó a susurrarle al oído; apareció un comerciante en Edimburgo con una historia que le había contado un agente suyo comisionado en el Gambia, quien se la había oído a un nativo traficante de esclavos, quien a su vez la conocía por boca de un sacerdote mandinga: había un hombre blanco en el Sahel, humilde, santo, viviendo como un negro. Y todo empezó de nuevo. El andaba por ahí,

ella lo sabía.

Mientras tanto, los niños crecían. Thomas, el hijo del siglo, era al mismo tiempo una maldición y un consuelo. Idéntico a su padre, físicamente precoz, era un atleta, el mejor futbolista de Selkirk cuando tenía catorce años. Alto, robusto de pecho y ancho de hombros, el pelo rubio como la arena, era la imagen rediviva de Mungo. Ella lo miraba, y el pasado volvía a acosarla como una cosa indeciblemente triste emergiendo de lo profundo de un frío y oscuro lago.

Mungo Junior y Archie también eran iguales a su padre —especialmente en la forma de los ojos—, pero Thomas era una réplica exacta, el molde forjado a martillo, la pieza fundida a troquel^[33]. Y era el que más alimentaba la leyenda de su padre. Siempre absorto en el estudio de los libros y los mapas de la biblioteca del explorador, repetía la letanía de los rumores hasta que las palabras cortaban como vidrios.

En 1827 Ailie tenía poco más de cincuenta años, era una mujer pequeñita, prematuramente envejecida, agotada por la acumulación de infructuosas horas y la futilidad de su vida: hacía veintidós años que no veía a su esposo. Su hija ya estaba casada, Archibald se marchó con el ejército, Mungo Junior había sucumbido al ansia de ver mundo —murió de fiebre en la India, donde lo enviaron con su regimiento—. Thomas nunca se casó. Vivía en Selkirk, cerca de su madre, compartiendo con ella la carga de la desaparición de su padre, fomentando la esperanza de que un día regresaría, encanecido y triunfante, desde las montañas azotadas por el viento, desde las dunas y las junglas.

Fue una mañana fría y despejada a principios de otoño cuando él la abandonó. Thomas hacía sus planes en secreto, no había ninguna necesidad de alarmar a su madre. Cuando ella supo que se había ido, comprendió exactamente lo que había sucedido: marido, hermano, hijo. Él le escribió desde Acera, en Costa de Oro. Todo era la mar de sencillo, lo tenía bien planeado. Viajaría solo, como había hecho su padre en la primera expedición, viviendo igual que los nativos, dirigiéndose hacia el nordeste a través del reino ashanti y la tierra de los ibo, hasta encontrarse con el Níger en Bussa. El viento *harmattan* soplaba. Las condiciones eran perfectas. Tan pronto como pudiera contratar a un guía se pondría en camino.

Ella escudriñó el sello de la carta antes de abrirla. Apenas había motivos para leerla: sabía lo que decía, podía haberla escrito ella misma. Tenía cincuenta y tres años. La señora de Mungo Park. Era casi un chiste.

Se quedó un largo rato sentada a la ventana, con el pesado sobre entre las manos. Una extraña luz mortecina empalidecía los arbustos, los tejados, los árboles, deslavazando incluso las distantes colinas, privándolas de vida y color. En la repisa que estaba a su espalda, engrasada y negra, yacía la estatuilla de ébano: grávida, obscena, otro artefacto.

No hubo más cartas.



T. C. BOYLE. Escritor estadounidense (Peekskill, Nueva York, 1948-).

Entre sus novelas destacamos, *Música acuática* (1981), libro que cuenta dos historias paralelas centradas en los años finales del siglo XVIII, la de Mungo Park un viajero soñador que busca la aventura y la fama en expediciones al interior del África desconocida y la de Ned Rise, un paria de las calles de Londres que vive de milagro y al que nunca le acompaña la suerte, *El fin del mundo* (1987), *Oriente, Oriente* (1990), *El balneario de Battle Creek* (1993), novela que saca a la luz las manías y excentricidades del doctor Kellogg, científico loco que defiende la vida biológica; y *Encierro en River Rock* (1998). En 1997 ganó el Premio Médicis por su novela *América*. T. Coraghessan Boyle, por su enorme sensibilidad, su ironía y su talento narrativo, está considerado en la actualidad, como uno de los escritores más relevantes de la narrativa estadounidense.

Notas

[1] *Slattees*: mandingas libres, generalmente musulmanes conversos (*N. del A.*) <<

[2] *Rise* significa «crecer», «ascensión, elevación». (Todas las notas son del traductor salvo que se indique lo contrario.) <<

[3] *Assignats*: «papel moneda emitido por la revolución»; en francés en el original. <<

[4] *Soul food* en el original; cocina típica de los negros del sur de Estados Unidos. <<

[5] A de adúltero, alusión a *La letra escarlata*, de Nathaniel Hawthorne. <<

[6] Referencia al sombrero loco de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. <<

[7] Una especie de tabaco hecho con las hojas de la planta del cáñamo, *Cannabis sativa*, que los nativos fuman para aumentar su potencia sexual y provocar sueños. <<

[8] *Highland*: cierto baile escocés. <<

[9] Juez de paz de una ciudad o provincia, responsable de vigilar el granero comunal. Se le reconoce inmediatamente porque es el más gordo en medio de una tribu de mondadientes ambulantes (*N. del A.*) <<

[10] El país de los *hon-kees* (N. del A.) <<

[11] Todo este erotismo culinario pone en evidencia el juego de palabras oculto en el nombre de Fanny Brunch. En Estados Unidos *Fanny* significa «culo», y en inglés británico vagina, coño». Por otra parte, *brunch* significa «desayuno-almuerzo». <<

[12] Juego de palabras con «dickensiana», en alusión al escritor Charles Dickens. <<

[13] Pabellón negro de los piratas. <<

[14] Deporte que se juega sobre hielo. Consiste en hacer rodar piedras hasta una marca central. <<

[15] En Escocia, especie de hockey. <<

[16] *Weltschmerz*: palabra alemana intraducible. Es una noción clave del romanticismo alemán. Melancolía motivada por los desengaños de la vida, pesimismo romántico, palabra acuñada por Jean Paul. <<

[17] *Guy Fawkes Night*: Fiesta nocturna para conmemorar el fracaso de la conspiración de la pólvora en 1605. Se celebra en el Reino Unido cada 5 de noviembre con fuegos artificiales, cohetes y hogueras. <<

[18] Por orden de aparición, el menú alemán consiste en sopa de guisantes, bofes y corazón, cabeza, manitas y rabo de cerdo adobados, patatas salteadas, filete relleno y asado de liebre. <<

[19] Vino blanco del Rin, de una ciudad próxima a Maguncia. <<

[20] Un brandy de cerezas. <<

[21] Karl Moor es un personaje del drama de Schiller *Los bandoleros*. <<

[22] La aparente confusión de Ailie tiene una obvia connotación peyorativa, pues *seedy* significa «desaseado», «raído», «sórdido». <<

[23] Juego de palabras intraducible entre *holidays* («vacaciones») y *hollandaise* («holandesa»). Pero el trabalenguas se pierde en castellano. <<

[24] Según la transcripción del acta oficial contra el excoronel, fue acusado de dieciocho actos de conducta impropia, incluyendo «servirle té a su personal de plantilla disfrazado de mujer con un vestido de tafetán» y «obligar a ocho soldados rasos, so pena de corte marcial, a frotarle el cuerpo desnudo con plumeros mientras repetían la frase: “¡Oh, soy una humilde serpiente oculta en la hierba, depravada y despreciable!”». (N. del A.) <<

[25] Baile típico de Auvernia. <<

[26] Nombre de un manicomio de Londres. <<

[27] Un árbol africano cuyas semillas dan una grasa usada en comidas, para hacer jabón. <<

[28] *Limerick* en el original; se trata de una forma poética original, de tono burlón, algo grosera y surrealista. <<

[29] Como es frecuente en los *limericks*, hay siempre un juego de palabras con doble sentido, más bien grosero. En este caso, la palabra *goose*, aparte de «ganso», también significa «meterle la mano a una muchacha». <<

[30] En vez de *explorer*, el autor escribe *hexplorer*, en un juego de palabras intraducible. *Hex* significa «maleficio, mal de ojo, embrujar». <<

[31] Juego de palabras con el apellido *Smirke* y la palabra *smirk*, que significa «sonrisa afectada». De ahí el título de este capítulo. <<

[32] Mrs. Paddock en el original, o sea, señora Prado, es un juego de palabras alusivo al señor Park, es decir, al señor Parque. <<

[33] *Cast die* en el original. Juego conceptual que, aparte de troquel, también entraña la noción de que «la suerte está echada». <<